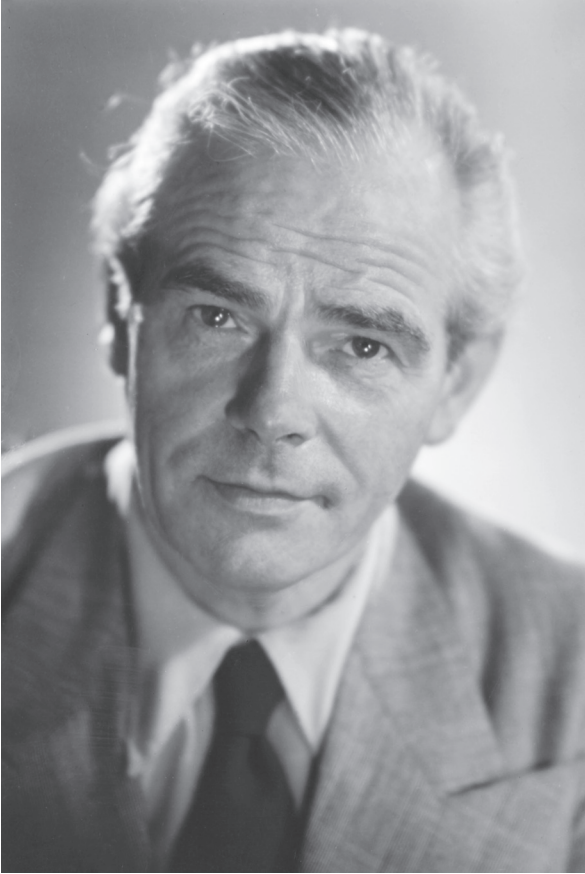


Entre la vida y la muerte



Jozef Rulof



Jozef Rulof
1898-1952

Jozef Rulof

Entre la vida y la muerte



El Siglo de Cristo

Contacto y derechos de autor

El Siglo de Cristo

Braspenningstraat 88, 1827 JW Alkmaar, Países Bajos

Tel: 00 31 (0)728443852

E-mail: info@rulof.org

Página web: rulof.es

En la portada verá la imagen de una pintura que Jozef Rulof recibió desde el más allá.

© 1937-2023, Stichting Geestelijk-Wetenschappelijk Genootschap “De Eeuw van Christus”, Países Bajos, todos los derechos reservados.

Entre la vida y la muerte, 2023

ISBN 978-94-93165-48-9

Contenido

Contacto y derechos de autor	4
Palabras del editor	7
Lista de títulos	8
Comentario sobre los libros de Jozef Rulof	9
Lista de artículos	11
Jozef Rulof	15

1940

Prefacio	21
Mis padres y mi juventud en la tierra	23
Posesión	32
La muerte de mis padres	45
Mi formación para el sacerdocio	59
Mis primeras lecciones en concentración	68
Mi otro yo inconsciente	79
Lección de concentración	82
La primera prueba	84
Mi madre	95
Dormir	105
Nuestro muro espiritual	109
Mi primer desdoblamiento del cuerpo consciente mediante la concentración de la voluntad	115
Mi primer paseo espiritual consciente en Isis	119
El gran deseo de Dectar; mi madre	122
La segunda prueba	134
Las fuerzas secretas de Isis	138
Las muchas vidas de Dectar	148
Mi líder espiritual	153
Los muros astrales de Isis; obtuve mi arma	157
El ala paralizada de Dectar	164
Mi vida anterior; Lyra y Lécca	170
Mi padre y mi madre	181
En las tinieblas	190

El gran don sanador de Dectar	204
Mis dones físicos	214
Grandes sanadores	220
Conocí la muerte	224
De nuevo en las tinieblas: puesta a prueba de mi conciencia	241
En la corte del faraón	255
Lyra	261
La “pradera”	269
Mis dones físicos (2)	276
Las sesiones psíquicas	284
Nuevas sesiones	305
Las nuevas leyes de Isis	311
La muerte de Iseués	313
El fin del Templo de Isis	315
Nuevas vidas	321
Mi renacer en la tierra	322
Mi deseo por la vida invisible	325
El misterio de la vida y la muerte	330
Mi padre	332
Un líder espiritual	339
Mi muerte; Carma	354

Palabras del editor

Estimado lector, estimada lectora:

Este libro pertenece a la serie de veintisiete libros que entre 1933 y 1952 llegaron a la tierra por medio de Jozef Rulof. Estos libros son editados por la Fundación Círculo Científico Espiritual “El Siglo de Cristo”, que Jozef Rulof fundó con este fin en 1946. Como dirección de esta fundación garantizamos el texto original de los libros que ponemos ahora a tu disposición. En ese texto, los añadidos realizados por el editor se ponen entre corchetes (redondos), para distinguirlos del texto original.

También hemos publicado un comentario sobre los libros, que contiene 140 artículos. Consideramos la edición de los veintisiete libros y este comentario como un conjunto inseparable. En el caso de algunos pasajes de los libros, remitimos a los artículos en cuestión del comentario. Así, por ejemplo, (véase el artículo ‘Explicación a nivel del alma’ en rulof.es) remite al artículo básico ‘Explicación a nivel del alma’, tal como se puede leer en la página web rulof.es.

Un saludo afectuoso,
La dirección de la Fundación El Siglo de Cristo
2023

Lista de títulos

Relación de los libros que llegaron a la tierra por medio de Jozef Rulof, en el orden en que se publicaron, ...

- Una mirada en el más allá (1933-1936)
- Aquellos que volvieron de la muerte (1937)
- El ciclo del alma (1938)
- Las enfermedades mentales contempladas desde el otro lado (1939-1945)
- El origen del universo (1939)
- Entre la vida y la muerte (1940)
- Los pueblos de la tierra contemplados por el otro lado (1941)
- Hacia la vida eterna a través de la Línea Grebbe (1942)
- Dones espirituales (1943)
- Las máscaras y los seres humanos (1948)
- Jeus de madre Crisje Parte 1 (1950)
- Jeus de madre Crisje Parte 2 (1951)
- Jeus de madre Crisje Parte 3 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 1 (1949-1951)
- Preguntas y respuestas Parte 2 (1951-1952)
- Preguntas y respuestas Parte 3 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 4 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 5 (1949-1952)
- Preguntas y respuestas Parte 6 (1951)
- Conferencias Parte 1 (1949-1950)
- Conferencias Parte 2 (1950-1951)
- Conferencias Parte 3 (1951-1952)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 1 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 2 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 3 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 4 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 5 (1944-1950)

Comentario sobre los libros de Jozef Rulof

El prólogo a este comentario es:

Estimado lector, estimada lectora:

En este ‘Comentario sobre los libros de Jozef Rulof’ describimos en cuanto editores el núcleo de su óptica. Contestamos de esta manera a dos tipos de preguntas que se nos hicieron en años pasados sobre el contenido de estos libros.

En primer lugar están las preguntas sobre temas específicos, como por ejemplo la incineración y la eutanasia. Muchas veces, la información sobre semejantes asuntos está dispersa en los 27 libros, con en total más de 11.000 páginas. Por eso hemos juntado temáticamente pasajes relevantes de todos los libros, y los hemos resumido en un artículo cada uno.

La información dispersa se debe a la construcción de conocimientos en la serie de libros. En el artículo ‘Explicación a nivel del alma’ distinguimos dos niveles en esta construcción de conocimientos: el pensamiento social por una parte, y las explicaciones a nivel del alma por otra. Para su primera explicación de muchos fenómenos, el autor se limitó a palabras y términos que pertenecían al pensamiento social de la primera mitad del siglo pasado. Por eso sintonizó con la visión de mundo de sus lectores de entonces.

Libro tras libro, el autor fue construyendo, paralelamente, el nivel del alma, con el alma como entidad central. Para explicar la vida a nivel del alma, introdujo palabras y conceptos nuevos. Con eso llegaron nuevas explicaciones que completaban la información sobre algunos temas de la ronda anterior.

La mayoría de las veces, sin embargo, las explicaciones a nivel del alma no completaba las primeras descripciones, sino que las reemplazaba. Así, por ejemplo, se puede hablar en terminología social sobre una “vida después de la muerte”, pero en el nivel del alma, la palabra “muerte” ha perdido todo significado. Según el autor, el alma no muere, sino que se desprende del cuerpo terrenal y entonces hace la transición a la siguiente fase en su evolución eterna.

La falta de familiaridad con la diferencia entre estos dos niveles de explicación conlleva un segundo tipo de preguntas sobre palabras y opiniones en los libros, sobre los que el pensamiento social actual ha cambiado en comparación con la primera mitad del siglo pasado. En este comentario, desarrollamos esos asuntos desde el nivel del alma. Así va quedando claro que palabras como por ejemplo “razas” o “psicopatía” ya no tienen relevancia en el nivel del alma. Estas palabras y las correspondientes opiniones se usaron

únicamente en esta serie de libros para acercarse al pensamiento social en el período en que surgieron estos libros, entre 1933 y 1952. Los pasajes con estas palabras pertenecen al espíritu de tiempo contemporáneo de los lectores y de ninguna manera representan la verdadera visión del escritor ni del editor.

No siempre queda claro a la hora de una lectura actual de los libros, porque el autor no suele mencionar de manera explícita en qué nivel de explicación se ha tratado el tema en un pasaje determinado. Por eso, como editores, en ciertos pasajes añadimos una referencia a un artículo relevante de este comentario. Ese artículo aclara entonces el asunto tratado en ese pasaje desde el nivel del alma, para iluminar la verdadera visión del autor acerca de ese tema. Por razones culturales históricas y espirituales científicas, en los 27 libros no hacemos cambios en las formulaciones originales del autor. Con motivo de la legibilidad, solo hemos adaptado la antigua ortografía del neerlandés. En la versión online de los libros en nuestra web rulof.nl, se pueden visualizar los cambios lingüísticos por oración.

Consideramos la edición de los 27 libros y este comentario como un conjunto inseparable. Por eso a partir de ahora remitimos en la tapa de cada libro y en las ‘Palabras del editor’ al comentario. Puede leer los 140 artículos de este comentario en nuestra web como páginas web por separado.

También los pasajes relevantes de todos los libros de Jozef Rulof en que hemos basado los artículos son una parte íntegra de este comentario. Estos pasajes se han reunido en forma de libro con los artículos en cuestión y están disponibles como las cuatro partes de ‘El libro de consulta sobre Jozef Rulof’, en la forma de libros de bolsillo y electrónicos. En nuestra web, en la parte de abajo de la mayoría de los artículos se ha incluido un enlace a otra página web con los textos fuente de ese artículo.

Con la edición de los 27 libros y este comentario aspiramos aportar algo a una comprensión fundada del verdadero mensaje del autor. Ya lo expresó Cristo al decir: “Ámense los unos a los otros”. Al nivel del alma, Jozef Rulof explica que se trata del amor universal que no se ocupa de la apariencia o de la personalidad de nuestro prójimo, sino que se centra en su núcleo más profundo, que Jozef llama “el alma” o “la vida”.

Un saludo afectuoso,

En nombre de la dirección de la Fundación El Siglo de Cristo,

Ludo Vrebos

11 de junio de 2020

Lista de artículos

El comentario consta de los siguientes 140 artículos:

Parte 1 Nuestro más allá

1. Nuestro más allá
2. Experiencia cercana a la muerte
3. Desdoblamiento corporal
4. Esferas en el más allá
5. Esferas de luz
6. Primera esfera de luz
7. Segunda esfera de luz
8. Tercera esfera de luz
9. Tierra Estival - cuarta esfera de luz
10. Quinta esfera de luz
11. Sexta esfera de luz
12. Séptima esfera de luz
13. Regiones mentales
14. Cielo
15. El otro lado
16. Esferas de los niños
17. La pradera
18. Morir como transición
19. Muerte
20. Espíritu y cuerpo espiritual
21. Incinerar o enterrar
22. Embalsamar
23. Donación de órganos y trasplantes
24. Aura
25. Cordón fluido
26. Eutanasia y suicidio
27. Muerte aparente
28. Espíritus en la tierra
29. Esferas tenebrosas
30. Tierra crepuscular
31. País de odio y pasión y violencia
32. Valle de dolor
33. Infierno

34. Dante y Doré
35. Ángeles
36. Lantos
37. Maestros
38. Alcar
39. Zelanus
40. Libros sobre el más allá

Parte 2 Nuestras reencarnaciones

41. Nuestras reencarnaciones
42. Recuerdos de vidas anteriores
43. Mundo de lo inconsciente
44. Predisposición y talento
45. Niños prodigio
46. Fobias y miedos
47. Sentimiento
48. Alma
49. Grados de los sentimientos
50. Material o espiritual
51. Subconsciente
52. Conciencia diurna
53. Del sentimiento al pensamiento
54. Plexo solar
55. Cerebro
56. Estrés e insomnio
57. Aprender a pensar
58. Pensamientos de otros
59. Qué sabemos con seguridad
60. Ciencia
61. Psicología
62. Científico espiritual
63. Verdad universal
64. Conexión de los sentimientos
65. Seres queridos de vidas anteriores
66. Parecido físico con nuestros padres
67. Carácter
68. Personalidad
69. Personalidades parciales
70. Voluntad
71. Autoconocimiento

72. Sócrates
73. Renacer para una tarea
74. Venry, sumo sacerdote renacido
75. Alonso pregunta por qué
76. Arrepentimiento y remordimiento
77. Enmendar
78. Renacido como Anthony van Dyck
79. Templo del alma
80. Libros sobre la reencarnación

Parte 3 Nuestra alma cósmica

81. Nuestra alma cósmica
82. Explicación a nivel del alma
83. No existen las razas
84. Grados de vida materiales
85. Ser humano o alma
86. Anti racismo y discriminación
87. Cosmología
88. Omnia Alma y Omnifuentes
89. Nuestras fuerzas básicas
90. División cósmica
91. Luna
92. Sol
93. Grados de vida cósmicos
94. Nuestras primeras vidas como células
95. Evolución en el agua
96. Evolución en la tierra
97. La equivocación de Darwin
98. Nuestra conciencia en Marte
99. Tierra
100. Bien y mal
101. Armonía
102. Karma
103. Causa y efecto
104. Libre albedrío
105. Justicia
106. Origen del mundo astral
107. Creador de luz
108. Cuarto grado de vida cósmico
109. Omnigrado

110. Animación de nuestro viaje cósmico

Parte 4 La Universidad de Cristo

111. La Universidad de Cristo

112. Moisés y los profetas

113. Autores de la Biblia

114. Dios

115. El primer sacerdote mago

116. El Antiguo Egipto

117. Pirámide de Giza

118. Jesucristo

119. Judas

120. Pilato

121. Caifás

122. Getsemaní y Gólgota

123. Apóstoles

124. Cuentos eclesiásticos

125. Evolución de la humanidad

126. Hitler

127. Pueblo judío

128. NSB y el nacionalsocialismo

129. Genocidio

130. Grados de amor

131. Almas gemelas

132. Maternidad y paternidad

133. Homosexualidad

134. Psicopatía

135. Demencia

136. La mediumnidad de Jozef Rulof

137. El Siglo de Cristo

138. Futuro luminoso

138. Instrumento de sanación definitivo

140. Aparato de voz directa

Jozef Rulof

Jozef Rulof (1898-1952) recibió un conocimiento universal sobre el más allá, la reencarnación, nuestra alma cósmica y Cristo.

Conocimiento procedentes del más allá

Cuando Jozef Rulof nació en 1898 en la localidad rural de 's-Heerenberg, en Holanda, su líder espiritual Alcar ya tenía grandes planes para él. En 1641, Alcar había hecho la transición al más allá, después de su última vida en la tierra como Anthony van Dyck. Desde entonces había ido construyendo un vasto conocimiento sobre la vida del ser humano en la tierra y en el más allá. Para llevar ese conocimiento a la tierra, quería desarrollar a Jozef hasta convertirlo en un médium escritor.

Después de que en 1922 Jozef se estableciera en La Haya como taxista, Alcar lo desarrolló primero hasta ser un médium sanador y pintor, para ir construyendo el trance necesario para recibir libros. Jozef recibió cientos de pinturas, y con su venta pudo controlar él mismo la edición de los libros.

Cuando Alcar comenzó en 1933 con la transmisión de su primer libro, 'Una mirada en el más allá', dejó que Jozef eligiera la profundidad del trance mediúmnico. Podría meter a Jozef en un sueño muy profundo y adoptar su cuerpo para escribir libros al margen de la conciencia del médium. Entonces Alcar podría usar a partir de la primera oración su propia selección de vocabulario para explicar al lector de ese tiempo cómo había llegado a conocer la realidad a nivel del alma, todo centrado en la vida eterna del alma humana.

Otra posibilidad era aplicar un trance más ligero, en el que el médium podía percibir lo que se escribía durante el proceso de escritura. Eso le permitiría a Jozef ir creciendo espiritualmente a la par que el conocimiento transmitido. Pero eso implicaría que la construcción del conocimiento en la serie de libros se sintonizara con el desarrollo espiritual del médium. Y así Alcar no podría ofrecer las explicaciones a nivel del alma antes de que también el médium hubiera llegado a ese punto.

Jozef optó por el trance más ligero. Eso hizo que Alcar estuviera un poco limitado en cuanto a las palabras que pudiera usar en los primeros libros. Hizo que lo experimentara Jozef al escribir la palabra "Jozef" mientras este estaba en trance. En ese mismo instante Jozef despertó del trance, porque sentía que lo llamaban. Para evitarlo, Alcar escogió el nombre "André" para describir las experiencias de Jozef en los libros. Alcar también cambió o eludió otros nombres y circunstancias en 'Una mirada en el más allá', para

que Jozef pudiera permanecer en trance. En este primer libro, el lector sí descubre, por ejemplo, que André estaba casado, pero no que esto hubiera ocurrido en 1923, ni que su mujer se llamara Anna.

Primero Alcar hizo vivir en carne propia a su médium todo lo que se describía en los libros, para mantener la armonía con los sentimientos de Jozef. Para eso Alcar lo hizo desdoblarse de su cuerpo, para que Jozef pudiera percibir por su cuenta los mundos espirituales del más allá. Los libros describen sus viajes conjuntos a través de las esferas tenebrosas y de luz. Jozef vio que después de su transición en la tierra el ser humano termina en la esfera que se corresponda a sus sentimientos.

En estado desdoblado también fue testigo de muchas transiciones en la tierra. Describiéndolas, se deja constancia en los libros de qué ocurre exactamente con el alma humana a la hora de la incineración, el entierro, el embalsamamiento, al eutanasia, el suicidio y el trasplante de órgano.

Jozef llega a conocer sus vidas pasadas

Alcar escogió el nombre “André” porque Jozef había usado ese nombre durante alguna vida pasada en Francia. Entonces André había sido un erudito, y la dedicación para examinar todo escrupulosamente podía ayudar a profundizar paso a paso el nivel de explicación de los libros.

De esta manera, en 1938 Jozef pudo recibir el libro ‘El ciclo del alma’ del maestro Zelanus, un discípulo de Alcar. En él, Zelanus describió sus vidas pasadas. Mostró así cómo todas sus experiencias en sus vidas pasadas habían ido construyendo finalmente sus sentimientos, y cómo gracias a ellas pudo percibir cada vez más cosas.

En 1940, Jozef se había desarrollado suficientemente para vivir el libro ‘Entre la vida y la muerte’. Así llegó a conocer a Dectar: su propia vida anterior como sacerdote del templo en el Antiguo Egipto. En los templos, Dectar había elevado mucho sus fuerzas espirituales, por lo que pudo vivir experiencias intensas en estado desdoblado, sin descuidar paralelamente su vida terrenal. Ahora hacían falta esas fuerzas para alcanzar el grado supremo de la mediumnidad: la conciencia cósmica.

Nuestra alma cósmica

En 1944, Jozef Rulof se había desarrollado como “André-Dectar” a tal punto que pudo vivir, junto con Alcar y Zelanus, viajes espirituales a través del cosmos. El conocimiento más elevado del más allá se trajo a la tierra en la serie de libros ‘La cosmología de Jozef Rulof’ por medio de las descripciones de esos viajes.

Fue cuando los maestros Alcar y Zelanus pudieron por fin describir la realidad como habían llegado a conocerla ellos mismos en tanto que verdad. Solo entonces pudieron usar palabras y conceptos que describen la esencia de nuestra alma, descubriendo así la esencia del ser humano.

En la cosmología, los maestros aclaran a nivel del alma de dónde provenimos y cómo comenzó nuestra evolución cósmica al escindirse nuestra alma de la Omnia Alma. Fue cuando André-Dectar llegó a conocer sus vidas pasadas en otros planetas, y el gigantesco camino de desarrollo que ha recorrido su alma para evolucionar desde una célula etérea en el primer planeta en el espacio hasta la vida en la tierra.

Además, visitó con los maestros los grados de vida cósmicos más elevados que nos esperan después de nuestras vidas terrenales. La cosmología describe hacia dónde vamos, y de qué manera son necesarias en este sentido nuestras vidas en la tierra. Arroja una luz cósmica sobre el sentido de nuestra vida y la esencia del ser humano como alma.

La Universidad de Cristo

Los maestros podían viajar por todos los grados cósmicos y transmitir este conocimiento definitivo, porque a ellos les ayudaba su orden de docentes. A esta orden se le llama “La Universidad de Cristo”, por ser Él el mentor de esta universidad.

Durante su vida en la tierra, Cristo no pudo transmitir este conocimiento, porque entonces la humanidad no estaba todavía lista para ello. A Cristo ya lo asesinaron por lo poco que pudo decir. Pero sabía que su orden traería este conocimiento a la tierra desde el momento en que pudiera nacer un médium al que ya no se le ejecutaría por hacerlo.

Ese médium fue Jozef Rulof, y los libros que recibió anunciaron el comienzo de una nueva era: “El Siglo de Cristo”. Cristo mismo había tenido que limitarse a la esencia de su mensaje: el amor desinteresado. En el Siglo de Cristo, Sus discípulos podían explicar punto por punto, por medio de Jozef Rulof, cómo al dar amor universal nos elevamos a nosotros mismos en cuanto a nuestros sentimientos, alcanzando así esferas de luz más elevadas y grados de vida cósmicos.

Jozef fundó en 1946 la Fundación El Siglo de Cristo por encargo de sus maestros, para administrar los libros y las pinturas. En ese mismo año, viajó a Estados Unidos para dar a conocer allí los conocimientos que había recibido, en colaboración con sus hermanos emigrados. Al igual que en Holanda, ofreció conferencias en trance y demostraciones de pintura.

De vuelta en Holanda se encargó también durante años de noches informativas —además de ofrecer cientos de conferencias en trance—, para

contestar las preguntas de los lectores de los libros. En 1950, el maestro Zelanus pudo escribir, sin interrumpir el trance, la biografía de Jozef con el título de 'Jeus de madre Crisje', bajo el nombre de "Jozef" y el nombre de su juventud, "Jeus".

Los maestros sabían que la humanidad no aceptaría todavía la Universidad de Cristo, a pesar de todos los conocimientos transmitidos y los esfuerzos de Jozef. La ciencia solo aceptará una prueba de la vida después de la muerte si esta se establece sin un médium humano, para que se pueda excluir la influencia de la personalidad del médium.

Esta prueba se ofrecerá por medio de lo que los maestros llaman el "aparato de voz directa". Predicen que este instrumento técnico traerá una comunicación directa entre el ser humano en la tierra y los maestros de la luz. En ese momento, Jozef y los demás maestros podrán hablar al mundo desde el más allá, y podrán dar a la humanidad la felicidad de la certeza de que en cuanto almas cósmicas vivimos eternamente.

Jozef hizo la transición al más allá en 1952. El maestro Zelanus ya había mencionado al final de su libro 'Dones espirituales' que Jozef y los maestros ya no se dirigirían a los médiums humanos después de la transición de Jozef, porque el conocimiento definitivo desde el más allá ya se puede encontrar en los libros que se le concedió recibir a Jozef durante su vida terrenal.

1940

Prefacio

Estimado lector, estimada lectora:

Este libro también lo recibí del otro lado.

J.R.

*“¿Puedes, hombre de la tierra
aceptar el Dios de ‘Amor’?”*

ALONSO

Mis padres y mi juventud en la tierra

A mí se me ha dado hablarte de mis padres y mi vida en la tierra. Para ello te llevaré al Antiguo Egipto, en los alrededores de Menfis. Es un lugar apacible y la naturaleza allí es preciosa. Quisiera llevarte a la casa de mis padres, donde nací, y te pido que me sigas hasta allí.

Mi padre era un enamorado de la naturaleza y amaba todo lo que es parte de la vida. Era un ser humano lleno de sentimientos, convencido de los milagros y fuerzas de la creación; era, además, conocedor de la naturaleza y un hombre muy creyente y sensible. Lo que percibía en la naturaleza era para él una oración; lo vivía y experimentaba en el reino de las plantas y de los animales. De modo que nuestra casa era, por decirlo de alguna manera, un paraíso. En cada rincón había plantas y flores que él cultivaba. Allí también estaban las numerosas jaulas con preciosas aves.

Cuando cuidaba a sus hijos, como él los llamaba, hablaba a veces muy intensamente y me contaba los milagros de la naturaleza, o descendía conmigo en ese milagroso mundo. Entonces intentaba aclararme la concepción, el crecimiento de flores y plantas y el nacimiento de cada especie, pero sobre todo lo poderosa que es la naturaleza y cómo él mismo hablaba a la vida interior de la flora y fauna.

—Ves, Venry, les hablo a mis hijos y ellos escuchan. Siento su voluntad de nacer y crecer, pero tengo que saber y poder comprender cuándo tienen hambre y sed, para que no vuelvan a su propio Padre al que aman más que a mí.

—¿Cómo está tan seguro que también ellos tienen un padre?

—¿Crees —fue su respuesta— que nace algo al margen de “Él”?

—¿A quién se refiere, Padre?

Entonces me dijo, pero lleno de felicidad y como un niño grande:

—Quiero decir “Amon-Ré”, nuestro Dios, el Dios de toda esta vida, del sol, de la luna y las estrellas, de los árboles, las flores y los animales; pero sobre todo el Dios tuyo y mío y de tu madre, del insecto más pequeño y de las fieras, el Dios de la noche y la luz, del silencio y los truenos, de la gloria en el Cielo y en la Tierra en la que vivimos, que nos conoce y ama y que algún día nos llamará para ir a Él. Entonces, querido Venry, nos inclinaremos y Él me preguntará: “¿Ha dado usted, Ardaty, a ‘Mi Vida’ a lo que tiene derecho?”. Y yo hago todo lo que puedo, Venry, para alimentar y cuidar toda esta vida para que los Dioses sean clementes conmigo.

Miré a mi padre y pregunté:

—¿Me habla de un solo Dios y de Dioses!

—Sí, mi Venry, conozco a “Amon-Ré” y hay Dioses. No puedo saber

cómo lo sienten los demás.

Entonces incliné la cabeza, porque de sus ojos salía una poderosa luz que no podía soportar.

Después de un breve tiempo, cuando no me miró, osé volver a mirarlo y entonces me sonrió, pero me fui a mi querida madre. Le pregunté con severidad, debido a que me estaba rebelando, me estaba entrando un sentimiento de impotencia y de no entender:

—Madre, ¿quién es mi padre? Habla de un Dios Supremo y de Dioses.

—Pero, Venry, ¿cómo puedes preguntarme esto con tanta dureza? ¿Por qué eres tan abrupto? Se me hace que estás irascible.

—No quiero decir nada particular con eso, Madre, pero padre me acaba de hablar de su Dios. ¿Conoce usted a su Dios, Madre?

Mi madre me miró muy seriamente y dijo:

—Las cosas de las que habla tu padre, querido Venry, están muy hondas en su alma y es una voz que le llega del silencio y de regiones lejanas. Oye y conoce esa voz. Sé, hijo mío, que tu padre tiene la bendición de esa fuerza. A esa fuerza la llama su Dios.

Su Dios, querido Venry, nos puede aportar la luz del sol, hacer soplar los vientos y regar nuestros jardines y campos. Tu Padre ve crecer y florecer esa fuerza, y esa fuerza vive en él, en ti y en mí, en los animales y las plantas y todo lo demás que vive. Él ya sabe desde hace mucho cómo se despiertan las flores y por qué trinan los pájaros cuando tienen el buche lleno, haciendo que su canto ascienda a regiones más elevadas, incluso hasta donde están los Dioses.

Durante mucho tiempo pensé sobre todo esto y pregunté:

—¿Es Dios visible, Madre?

—Claro, Venry, y lo aprenderás, porque todos los seres humanos tienen que conocerlo a “Él”. Lo mejor es que estés muy atento, Venry, quizá “lo” verás pronto.

—Habla usted igual que padre, pero ¿a través de quién pueden hablar los dos así?

—Escucha, querido Venry. En este hermoso país vivía un sacerdote que enseñaba a la gente sobre las cosas invisibles. Hablaba de la naturaleza y sobre las incidencias de Dios, y así fue como aprendió tu padre.

—¿Y padre también aprendió en los textos?

—No, querido Venry, de la naturaleza, solo de la naturaleza y de los milagros que forman parte de la vida.

—Pero ¿sabía el sacerdote también por qué los pájaros cantan más por la mañana y por la noche, Madre? ¿Lo sabrá padre?

—Puedes preguntárselo y él te contestará.

—¿Cree usted en ese sacerdote y en el Dios de padre?

—¿Por qué, mi amado Venry, no iba a creer yo en ellos? ¿No somos dueños de los milagros de Dios?

Reflexioné sobre todas las cosas y pregunté:

—Usted quiere mucho a padre, ¿no es así, Madre?

—Sí, Venry, y también tú tienes que querer mucho a padre.

Regresé a mi padre.

—Madre dice que usted habló con un sacerdote sabio y que podía hacerle preguntas. ¿También le preguntó por qué los pájaros cantan tanto por la mañana y por la noche?

Mi padre me miró con sus ojos radiantes y dijo:

—Mira, querido Venry, eso es muy sencillo. Cantan por las mañanas porque la noche anterior han dormido bien y aún están en vida; pero por las noches cantan de gratitud por haber recibido tanto alimento ese día. Se sienten contentos y felices, y entonces rezan a su Dios, dándole las gracias por todo.

—Padre, ¿saben, pues, que hay un Dios? ¿Pueden, igual que nosotros, “pensar y sentir” y dar las gracias y rezar?

Mi padre me miró muy seriamente y dijo:

—Eres muy sabio, Venry, para los años que llevas en la tierra, pero escucha.

Toda la vida en la tierra pertenece a los Dioses. Pero toda esa vida vive en su propio mundo, aunque desde allí da las gracias a su propio Dios. Lo integran los pájaros y todos los demás animales, las flores y plantas, también los peces que ves aquí. Dan las gracias a su Dios a su propia manera, así que los pájaros cantan; y puedes oír su canto, pero en él está su oración.

—¿Y las flores y plantas, Padre?

—Pero si te lo acabo de decir: todas rezan y dan las gracias. A las flores no se lo oyes hacer y solo lo descubrirás más tarde, cuando seas mayor.

—Pero ¿es que tienen oídos, como nosotros, Padre, y puede usted oírlas hablar?

De nuevo me lanzó una mirada interrogante y cariñosa.

—Ven aquí conmigo, Venry, y escucha.

Me acercó mucho al oído una flor.

—¿Oyes algo?

Escuché con mucha atención.

—No, no oigo nada, Padre.

—Hay que escuchar bien, Venry, y esperar, hasta que hable a la otra flor.

Me quedé expectante, pero no oí nada.

—¿Los peces saben hablar, Padre?

—Sí, claro —fue su respuesta.

—¿Lo hacen cuando no lo oímos ni nos fijamos?

—Sí, Venry, justo entonces, cuando las personas no nos fijamos.

—¿Y escuchan también lo que yo quiero, Padre?

Ahora me escrutó el alma.

—¿Cómo dices, Venry?

—Que si escuchan, Padre, lo que yo quiero.

Se quedó sin responderme y se fue a mi madre.

Cuando resultó que había terminado de hablar con ella, regresó.

—¿Ya oíste hablar a las flores, Venry?

Hice como que no lo había oído y pregunté:

—Cuando los peces saltan a la superficie del agua, Padre, ¿es que entonces están contentos y es esa su manera de cantar, agradecer y orar?

Me sonrió.

—Sí, casi siempre.

—Y los peces, ¿son mayores que las flores y los pájaros?

—No —dijo—, tienen la misma edad.

También le pregunté muy severamente:

—¿Cómo está tan seguro de eso?

Sin responderme, y como si tuviera que hacer algo donde mi madre, se alejó para hablar con ella.

Esa falta de respuestas me irritaba y me adentré en la naturaleza, ausentándome bastante tiempo, pero olvidé todo. En otra ocasión hice nuevas preguntas a mi padre sobre otras cosas, pero eso me enojó de repente tanto que mi padre me miró asustado. Preguntó:

—¿Qué pasa, Venry? ¿Te hice algo o te dije algo indebido?

No le respondí y me fui corriendo de casa. No volví hasta bien entrada la noche. Mi padre me hizo preguntas, pero ni yo mismo entendía por qué de pronto me había enfadado tanto.

—No lo sé, déjeme en paz.

De nuevo se asustó, porque no era la respuesta de un niño y nunca respondía así. Me miró largamente con una mirada escrutadora y después me dejó en paz. Al día siguiente había vuelto en mí y olvidado todo. Pero cada vez que le hacía preguntas me asaltaba un intenso enfado y sentía que no me contestaba con claridad.

Así fueron pasando mis primeros años mientras crecía. Siempre hacía otras preguntas e intentaba hablar con la naturaleza, igual que padre, descubriendo la naturaleza en los detalles, hasta que mi juventud se vio trastornada de manera atroz.

Estaba en nuestros jardines con mi padre, haciéndole preguntas, pero sin obtener respuestas claras. En el mismo instante había otra fuerza, más fuerte que yo, que me obligaba a irme. Huía de casa como si algo terrible estuviera pisándome los talones. No comprendía quién o qué era, pero me salía de dentro y como un enojo. Pero tenía que alejarme de mis padres, a quienes sin

embargo amaba mucho.

Entonces deambulaba por la naturaleza e intentaba hablar a la vida en ella, igual que hacía mi padre, pero el idioma del que me servía no parecía ser claro, porque la vida no oía ni entendía, o no comprendía lo que yo quería decir, por mucho que me esforzara.

Había pescado pececillos hermosos y con esos animalillos jugaba a mi manera. Había escogido a algunos, deseoso de que me escucharan y de que aceptaran que yo era su dueño y señor. Y por extraño que sea, a veces podía hacer con ellos lo que yo quería. Practicaba durante horas y los obligaba a hacer cualquier cosa. Si deseaba, por ejemplo, que se quedaran quietos, entonces es que ya no se podían mover nada y se quedaban donde estaban.

Mostré la hazaña a mis amiguitos, porque quería saber si ellos también eran capaces de hacerlo, pero resultó que no. Por mucho que lo intentaran, no les salía, y entendí que eran incapaces de pensar.

Lo que significaba y por qué yo sí era capaz era algo que no lograba explicarme. No tenía ningunas ganas de hablarlo con mis padres. Pero aún había otras fuerzas en mí y también me cuidaba mucho de no decir nada de ellas.

Cuando me dormía salía de mi cuerpo material. Entonces sí era capaz de hablarle a la naturaleza, pero era como si fuera completamente uno y estuviera conectado, aunque viviera a la vez en otro mundo. Desde ese mundo me paseaba por los jardines de mi padre y sentía que me entraba la vida de las plantas y flores. En ese mundo podía ir donde quisiera mientras mi cuerpo material yacía durmiendo, aunque yo mismo estuviera fuera de él. Así entendí que en el fondo poseía dos cuerpos y que esto que yo era ahora pertenecía a ese otro mundo.

Entonces planeaba por el imponente universo y allí, en ese espacio o mundo, veía a personas que eran como las personas materiales en la tierra, aunque todas eran aladas y vivían en ese mundo.

Entre ellas vi a algunas que eran luminosas y que quizá pertenecieran a los Dioses. No lograba entender por qué otras personas, como mis padres, no contaban nada de eso. Pero eso a su vez me hizo entender también que esto significaba algo especial, que solo yo vivía y conocía. Pero solo cuando estaba dormido podía salir de mi cuerpo. Además, sabía exactamente cuándo me desdoblaría de mi cuerpo. Con antelación me atormentaban curiosos sentimientos; recibía una corriente fría que hacía vibrar mi cuerpo entero, y entonces me vencía el sueño.

Si estaba muy cansado, esos sentimientos tampoco eran tan intensos y podía comenzar mi viaje nocturno al poco tiempo. El primer viaje de todos los que hice fue el entrar y salir de mi propio cuerpo. Cuando viví este milagro estaba completamente despierto en el espíritu, o sea, en ese otro mundo, y miraba dentro de ese imponente espacio, donde resultaba que siempre

había luz. Entonces salía y entraba de mi cuerpo y podía verlo claramente. Con cuidado me iba elevando más y más, incluso a través del tejado de mi casa paterna, hacia el espacio. Poco o mucho después regresaba a mi cuerpo terrenal, consciente de dónde había estado.

Después de estos viajes y experiencias nocturnos no sentía nada especial durante un buen tiempo, a pesar de haber conocido ese otro mundo. Después volvía a desear poder ir lejos, lejos de mi propio entorno, a través de las cosas materiales que estaban en la tierra. Ningún ser humano terrenal puede traspasar las cosas materiales, ni hacer en la tierra lo que yo hacía allí. Cuando vivía todas esas cosas extrañas y curiosas hablaba muchísimo con mi padre. Por esas conversaciones descubrí, a pesar de mi temprana edad, que él tampoco lo sabía todo de la vida. Un buen día dije a mi padre:

—Me habla de los milagros de su Dios, pero ¿está usted convencido de que no hay más?

Lógicamente, me miró muy sorprendido y volvió a irse. No me atreví a seguirlo, pero adiviné a dónde iba. Fue a ver a mi madre, le contó mi pregunta, pero no pude oír de qué hablaban. Y eso me enojó.

Esos sentimientos me surgieron muy de improviso, de forma poderosa y espontánea, y así actué. Pero ahora busqué la manera de poder escuchar a escondidas su conversación, si se presentaba otra ocasión.

Nuestra casa estaba sola y rodeada de un gran jardín, dividido en muchos otros más pequeños. Había en ellos diversos tipos de flores y una gran abundancia de hierbas aromáticas y árboles que sin excepción le importaban mucho a mi padre. Debido a sus conocimientos de la naturaleza cuidaba los jardines del Templo de Isis, a los que abastecía de plantas, hierbas aromáticas, flores y frutas. Era un maestro del cultivo.

Quería intentar escucharlos detrás de la casa, por el lado izquierdo o derecho de donde yo dormía. Pero eso también se me había ocurrido de forma muy inesperada y solo hacía poco, además de muchos otros pensamientos y sentimientos.

Sentía, con todo lo joven que era, que los odiaba. Pero ciertamente no sabía por qué; a veces me asaltaba una terrible fuerza y cólera cuando mi padre me hablaba de su propio Dios, de sus cosas y los milagros en la naturaleza, de las frutas y flores y de las fuerzas de las hierbas aromáticas, o cuando no me daba una respuesta concluyente.

Su seguridad sobre todos estos milagros naturales me impulsaba y espoleaba a odiarlo aún más. A medida que fui creciendo y que chocábamos, esos sentimientos de odio se fortalecieron e intensificaron.

Cuando me entraba ese odio, sentía de inmediato que me recorría esa corriente fría, y era como si otra fuerza al margen de mí me obligara a odiar a mis padres. Dada mi edad juvenil, esos sentimientos y terribles pensamientos

no podían estar presentes en la vida de mi propia alma. Había cumplido catorce años, pero en mí había un sentimiento profundo y natural, y a veces entendía de qué me hablaba mi padre.

Entonces lo desentrañaba todo, lo repasaba y lo comparaba con mis propias vivencias, sintiendo que él hablaba como un ser humano terrenal —pero como uno en posesión de un sentimiento muy desarrollado, incluso de una gran fe— aunque las desconociera por completo. Fui sintiendo y entendiendo por qué podía odiar de repente como solo odian los adultos a plena conciencia.

Pero a veces también me daba por odiar y hasta maldecir lo que les pertenecía, también sus posesiones interiores y su amor. Me entraba de golpe y solo iba haciéndose más intenso. Los pensamientos se me iban sucediendo en sentimientos, y primaban por encima de los míos. Lo quisiera o no, tenía que sentirlos, seguirlos y escucharlos. Entonces aún sentía por qué los escuchaba.

Me daban poder y fuerza, lo que entendía muy bien. Pero aun así no quería poseer todos esos terribles sentimientos, porque me daban miedo.

Pero solo más tarde, cuando llegué a conocerme y a conocer las fuerzas de mi odio y mis desdoblamientos, descubrí de dónde sacaba todos esos pensamientos diabólicos. Mis padres eran víctimas, porque se quería destruir su felicidad, incluso su vida, lo cual se intentaba conseguir haciéndome rebelar contra ellos; mis dones eran usados contra sus sentimientos de amor.

Cuando le hice a mi padre la pregunta “Me habla de los milagros de su Dios, pero ¿está usted convencido de que no hay más?”, sintió intuitivamente lo que quería decir con ella, pero esta y todas las demás que le hacía le parecían extrañas, sobre todo porque volvía con semejantes preguntas una y otra vez. Pero cuando se me acercó diciendo: “Ven, querido Venry, vamos a recoger fruta y te buscas la más hermosa para ti”, se me desvanecieron al instante mis sentimientos de enfado y odio hacia él y volví a ser un niño normal. Sus sentimientos amables y amorosos arrinconaron los horribles pensamientos que me hacían sufrir y me convirtieron en un niño natural.

Entonces éramos completamente uno, no había nada que trastornara nuestra armonía; comprendía del todo a mis padres y era un niño como otro cualquiera: obediente y lleno de amor hacia mis padres.

A veces pasaban semanas y meses, y estaba apacible; también mi sueño era muy normal, porque me quedaba entonces en mi propio cuerpo. Pero la forma en que me llegaba seguía siendo para mí un gran misterio, era como si me tocara un chorro de fuego procedente del cielo.

Cuando seguía a mi padre y él enviaba sus profundos sentimientos a mi madre, primero me asaltaba un calor innatural, pero después me quedaba frío como un témpano; y entonces me entraba ese terrible odio que me obligaba a morderme los labios para reprimir las palabras, los sentimientos y

pensamientos que me brotaban, o les habría lanzado todo lo que es feo y grosero. Sin embargo, cuando me dejaban a mi aire, ese odio, ese calor y ese frío remitían, y recuperaba la naturalidad, sin más.

Pero ese no responder suyo, igual que sus líos con sus animales, me llevaba a un estado antinatural, encendía la mecha de mi odio, por lo que salía de la casa en busca de la naturaleza. Horas después, a veces ya por la noche, regresaba a casa.

Ya sin saber qué hacer, mi padre lo comentó con el sumo sacerdote. Este me citó.

En el Templo de Isis me llevaron a una pieza donde tenía que reposar, me dijo. No sé lo que me hicieron los sacerdotes; pronto me quedé dormido y entonces viví un nuevo viaje. Una vez fuera de mi cuerpo, estuve paseando por los jardines, recogiendo flores y hablando a los pájaros y otros animales que andaban libres. Algunos de ellos podían verme en ese otro mundo, y mi amor por toda esa vida tampoco resultó haber cambiado en nada. Después fui a los otros jardines, porque alrededor del Templo de Isis abundaban los jardines donde los sacerdotes cuidaban sus hierbas, plantas y frutales.

Mientras paseaba por allí, vi cómo se me acercaba una niña, que estaba dando el mismo paseo que yo. Le pregunté de dónde venía y lo que hacía junto al Templo, y respondió:

—He venido a saludarte y a decirte mi nombre. Me llamo Lyra. ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Venry —dije. Pero de repente me entró una tremenda fuerza y se me elevó a una conciencia muy diferente; después pregunté—: ¿Sientes, Lyra, cómo soy en este momento? ¿Que ya llevo siglos esperando? ¿Se me concedió en este instante poder verte?

Cuando la quise tomar de las manos y besarla, me dijo:

—Estás hablando como si fueras muy mayor, y es que lo eres, pero ahora solo puedes verme. La conciencia en la que vives ahora ha sido despertada en este instante, porque sé que eres mucho más joven. Ahora puedes hablar como un adulto, pero sé que me perteneces; ambos somos uno y volveremos a vernos, porque lo dice “Él”.

Cuando le quise preguntar quién era ese “Él”, se disolvió ante mis ojos y desapareció. También se borró aquello en lo que yo vivía, y cuando me desperté había un sacerdote delante de mi lecho de reposo. Me pidió seguirlo y me llevó a mis padres.

No se me permitió presenciar su conversación, pero ahora tenía un lugar desde donde escucharlos. El sacerdote dijo a mis padres:

—Créame, estimado Ardaty, su hijo posee grandes dones. Vendremos a buscar al muchacho dentro de algún tiempo para darle la escuela que él necesita. Hemos podido seguir su espíritu y hemos descubierto dones en él

que le darán las grandes alas. Ahora he podido liberarlo de las influencias malignas. Hace usted bien en estar atento a él. En un año podrá formarse como sacerdote y desarrollaremos sus dones.

Dijo aún más cosas, pero ya no pude entenderlas, y después se fue. Yo también me retiré y hasta horas después no regresé a donde mis padres. Había vuelto en mí.

Pasaron meses. Mi padre me hablaba de la naturaleza, pero no le dije nada sobre mi propio secreto. Sin embargo, comprendí que mis padres lo comentaban y que lo hacían susurrando por haberme sorprendido. Algún tiempo después volví a hacer viajes nocturnos. Me quedaba un vago recuerdo del encuentro con aquella niña y se me hacía como si lo hubiera soñado. Pero una noche conocí a aquel que me provocaba todas esas cosas terribles y que era la causa de mi odio hacia mis padres. La ayuda de los sacerdotes, sin embargo, resultó haber sido insuficiente.

Posesión

Cierto día había ido con unos muchachos a bañarme al Nilo. Nos quedamos jugando en el agua toda la tarde, hasta la puesta del sol. Después volvimos a casa y me vi sometido a muchas preguntas por parte de mis padres, a quienes respondí. Tras la cena fueron a dar un paseo por los jardines. Cuando volvieron me metieron en la cama, pero en el mismo instante sentí que me envolvía algo extraño, después de lo cual me cayó encima un intenso sueño, y ya no supe nada más.

Poco después, cuando todo estaba en calma, acepté mi viaje hacia ese otro mundo. No tardé en alejarme mucho de mi cuerpo material y en volver a planear en ese imponente espacio. El cuerpo yacente, profundamente dormido, descansaba, pero yo mismo vivía plenamente consciente en otro mundo. Me encontré con mucha otra gente que tenía alas, como yo. Los oía hablar e incluso me sonreían, lo que me hizo bien y me puso feliz, pero seguían otro camino.

Cuando me desdoblaba de mi cuerpo material y hacía viajes, me sentía como un ser adulto debido a que me entraba una conciencia más elevada que me permitía pensar y sentir como los adultos. Mi edad infantil se disolvía por completo.

Entendí de lleno lo natural que era eso, pero también estaba convencido de la posibilidad; era milagroso. Pero aún desconocía por qué de pronto aceptaba o recibía ese estado adulto. En mi cuerpo terrenal, en el que todavía era un niño, a veces también me asaltaba esa fuerza que se me imponía como vejez y conciencia adulta; fui conociéndola y significaba una personalidad.

Mientras iba planeando así, sentí de improviso que se me acercaba algo horrible por detrás, y cuando me giré vi a un ser humano que me dijo:

—¡Hola, Venry!

Inmediatamente pregunté:

—¿Me conoce? ¿Quién es usted?

—Soy tu amigo, Venry, te conozco desde hace mucho.

—¿De qué me conoce?

—De este mundo, del mundo en que vives, y de antes.

Lo miré, pero sentí que me estaba engañando y respondí:

—Lo odio, porque está mintiendo. ¡Lo odio a usted y sus pensamientos! Me convierte usted en un niño antinatural.

Tardé en entender el extraño fenómeno que estaba viviendo, pero leí ese saber en su alma y su ser. Pero eso no lo trastornó en lo más mínimo.

—¿No te parece una gloria, Venry, poder pensar y sentir como un adulto?

Vamos, Venry, no te enfades conmigo, porque te doy fuerza para comprender muchísimas cosas que tú mismo no puedes comprender. No debes hablarme de esta manera, estás siendo muy desagradecido.

Cuando me habló vi el significado de todo su ser y el objetivo de su llegada. Ante mí fue pasando una escena tras otra y vi lo que quería de mí. En ese instante vi quién era: vi que había sido sacerdote y que amaba a mi madre, pero que quería poseer ese amor desde su mundo, por la fuerza si fuera necesario; pero intentaba conseguirlo a través de mí. Sentí más cosas en él, pero permanecieron invisibles para mí. Entonces vi a mis padres.

Mi madre había sido sacerdotisa. A través de él llegué a mis padres, pero los rodeaba una densa emanación. Esta escondía un gran secreto que yo sentía claramente. Pero no podía atravesarla con la mirada. Vi a tres personas en esta densa emanación. Al parecer, él lo sintió, y sonrió. El hombre que se me había acercado tenía que ver con mis padres. Los había conocido como sacerdote, había amado a mi madre, pero había sido un amor no correspondido. Mi madre lo despreciaba. En mi padre había encontrado y recibido ella a un buen esposo, honesto.

Pero esta terrible persona que se había acercado a mí, bajo cuya influencia y voluntad me encontraba ya desde hacía bastante tiempo, que me convertía en quien era ahora en la tierra, quería destruir la felicidad de mis padres desde este mundo. Todo esto lo veía, y muy claramente, pero esta persona me inspiraba repugnancia y odio, y quería que se fuera. Me llegó el sonido de su risotada llena de escarnio.

—Ya ves, Venry, que me parece bien que lo sepas todo de mí. Los dones que posees los debería haber tenido yo en la tierra, porque entonces, créeme, todo habría sido diferente. Entonces no se me habrían adelantado y todavía viviría allí. Quizá se me habría concedido poder abrazar a quien es tu madre y habría vivido yo las caricias que recibe tu padre.

Cuando habló de mi padre profirió unas risotadas satánicas que me lastimaron.

—¿Por qué se mofa de mi padre?

Ignoró mi pregunta y prosiguió:

—Pero romperé esos corazones; tu padre ya pagará por haberme engañado, porque aquí soy tan libre como un pájaro volando. Y ya ves, Venry, que sé encontrarte e incluso alcanzarte, que además puedo hacer lo que quiera.

Lo maldije y me quedé mirando a esta terrible persona. Lo reté con la mirada y sentí que no podía hacerme nada; había otra fuerza en este espacio que velaba por mí, más fuerte que él, aunque ahora pudiera alcanzarme. Todo esto lo tenía que vivir. Quizá este acontecimiento tuviera un gran significado. Recé y esperé en silencio que se me ayudara y clamé por mi padre. Lo sintió, y lo que ocurrió conmigo entonces fue tan tremendo y horrible que me vi

enviado tan rápido como un rayo a mi cuerpo material. Tan veloz como una estrella volando por el espacio volví a desplomarme en mi cuerpo, donde desperté.

Mis padres estaban junto a la cama cuando abrí los ojos. Sentía latir el corazón en la garganta y tenía el cuerpo estremecido y temblando, espantado. Sentí una profunda compasión por mis padres, pero poco después ya no quedaba nada de ella en mí. Era yo mismo y no lo era; me sentía a la vez fuera y dentro de mi propio cuerpo. Jamás había vivido algo semejante. Aun así, podía percibirlo todo y miraba mi propio cuerpo, viendo que mis ojos buscaban los de mi padre, y al parecer era incapaz de resistirse a los míos. Me encontraba viviendo ahora en un estado inexplicable. Nos quedamos mirándonos, pero mi madre estaba pendiente de lo que ocurría.

Vi que mi rostro era como una máscara. Mi propio rostro parecía haberse disuelto parcialmente. Estaba experimentando otra voluntad, ajena, que poseía una tremenda fuerza. Esta fuerza quería que odiara a mi padre y lo sometiera a mi voluntad.

Si me entregara dócilmente —porque me resistía mucho—, esa fuerza me manejaría a su antojo y podría alcanzar a mi padre. Así que era consciente de todas esas fuerzas, pero seguía sintiéndome a mí mismo. Mi madre sintió esta terrible lucha y se desplomó. Mi padre se la llevó en brazos y luego regresó a donde estaba yo. Agarró una tela, la mojó y me envolvió en ella. No entendí por qué lo hizo, pero sentí que se había preparado para este acontecimiento y que el sacerdote lo había avisado. Lo oí hablar, pero a esa otra persona que estaba en mí:

—¡Usted, granuja, ladrón de felicidad, desvalijador de fuerzas vitales, usted que mancilla el sacerdocio, alma tenebrosa, demonio, salga de este niño, salga de él, o llamo a Dios!

Yo, que también lo estaba viviendo todo, experimenté sus imprecaciones y maldiciones, pero solo en parte. Lo estaba presenciando y a la vez estaba tan lejos, pero aun así oía hablar a mi padre cerca de mí. A la persona con quien había hablado en el espacio y cuya vida había conocido, a aquel que parecía poseer las fuerzas que mis padres desconocían, a él no lo veía ahora, y sin embargo estaba presente aquí.

Terminó el día en la tierra; había vuelto a hacerse de noche. Mientras mi padre volvía a decir maldiciones, por lo que vi confirmada mi certeza de que él conocía a esa persona, atravesé las paredes hacia la habitación de mis padres. Por lo visto, mi madre había estado descansando todo ese tiempo. Vi que recuperaba la conciencia y que se levantó de la cama para rezar. La veía desde las alturas de ese otro mundo y sentí lo sensible que era. Después se alejó y fue hacia mi padre. Este, entretanto, había cesado sus imprecaciones y me acerqué a los dos. Descendí en mi madre, pero sintió su corazón latién-

dole tan fuerte que fue presa de temblores y convulsiones, por lo que clamó por ayuda, desplomándose otra vez. En mi mundo me asusté del acontecimiento y una profunda compasión me atrajo entonces a mi propio cuerpo. Mi padre volvió a llevársela.

Oí entonces unas risas horribles y una voz demoniaca que decía imprecaciones, que solo yo podía oír, pero que estaban dirigidas a mi padre. Pero él no las oyó. Entonces oí decir —y esa voz penetró profundamente en la vida de mi alma— “Volveré, regresaré porque no desistiré. Ella me pertenece, Ardaty, solo a mí”.

Volví a oír sus risas demoniacas, pero también este sonido fue desvaneciéndose, y me sumí en un sueño profundo y natural. Poco después, sin embargo, mi alma volvió a liberarse de la vestidura terrenal, y me desplazé. Oí decir a mi padre:

—Venry está ahora bien dormido. Ahora iré a ver a Dectar para contárselo todo. Puedes irte a dormir; yo me quedaré todavía con nuestro Venry. Reza por él, Madre, tu fervorosa oración lo ha liberado ahora.

Mi madre estaba otra vez consciente, pero abandoné mi cuerpo y este entorno, y me fui planeando hacia otro que me era familiar. Era como si me estuvieran llamando. Me vi desplazado en el silencio y sobre un hermoso pasto verde, y en un entorno precioso, me encontré con Lyra. ‘Ciertamente’, pensé, ‘Lyra me ha llamado’. Al verme se levantó de golpe y me saludó. Desde lejos ya exclamó:

—¡Hola, mi querido Venry! Ya lo ves: cuando estamos en apuros, otra fuerza nos junta. Hace unos instantes estabas en manos diabólicas.

—¿Por quién lo supiste?

—Lo sé por “él”, Venry, que me ayuda y que a ti también te ayudará. Nos une un vínculo espiritual y nos mantendrá vinculados aún bastante tiempo; pero entonces nuestros caminos se separarán, dice él, y ahora veo y sé lo que alguna vez hicimos.

—¿De quién recibes esta verdad y quién es él?

—De la misma manera que tú.

—¿Y ves a esa persona, Lyra?

—No, verlo no puedo, pero basta con que suplique y lo llame para que venga.

—¿Es un hombre?

—Creo que sí, Venry, y buena persona, dice que es mi líder espiritual.

—¿Puedes confiar en eso?

—Sí, claro, porque viene a buscarme en mis sueños. Entonces salgo de mi cuerpo, como lo vives tú, y voy por este espacio. En este lugar me dio a conocer las flores, los colores y este entorno. A través de él supe que hay otro mundo en el que viven personas y que todas ellas han muerto en la tierra.

Desconozco dónde están todas ellas, porque aún no me he encontrado con ninguna. Y sin embargo aquí hay muchísimas. Quizá no me esté permitido verlas todavía.

—Ah —dije—, yo he visto a muchísimas personas. Pero, dime, Lyra, ¿cómo me conoces tan bien?

—A través de “él” sé que una vez fuiste mi maestro, pero también mi amado. Eres mío y me perteneces para la eternidad. Sé, estimado Venry, que una vez nos pertenecemos.

—¿Todo eso lo sabes por él?

—Cuando estoy fuera de mi cuerpo eso me entra sin más.

—Pero ¿eres entonces mayor o joven?

—Muy mayor, Venry. En nuestros cuerpos ambos somos muy jóvenes, pero esa sabiduría brota de la profundidad de nuestro interior, y aun así todavía somos niños. Quien no es capaz de vivir esto, Venry, ni siquiera lo cree. Cuando sigo estos sentimientos, entonces alguna vez fui tu esposa. Entonces nos separaron por la fuerza, fuimos torturados y nos maldijeron, pero nosotros también hemos matado a otros. No puedo decir ni tengo claro si es su deseo que ahora nos volvamos a ver. Tampoco si volveremos a recibir este amor. Pero en mí sí hay un sentimiento, querido Venry, que me dice que volveremos a vernos. Recibiremos el mayor amor de todos, el anhelado por nuestros corazones. Será tan grandioso como la profundidad del espacio en que ahora estamos.

—¿Pudiste hacer más preguntas, Lyra?

—Sí, Venry. Le pregunté por qué me llevaba a ti.

—¿Y cuál fue su respuesta?

—Me dijo: “Soy tu guía y seguiré siéndolo por el momento. Has de saber, Lyra, que conozco a ambos. Velo y seguiré velando. El hombre con el que te encontrarás se hará sacerdote y tú serás sacerdotisa. Ambos son uno y seguirán siéndolo. Más no te puedo decir todavía. No te puede suceder ningún mal, ni a él, querida Lyra; no lo olvides nunca”.

Todo esto lo llegué a saber, Venry. Ahora sé que pronto te harás sacerdote, pero yo también me encamino al sacerdocio, y le preguntaré si podremos volver a vernos. Dice expresamente que no lo conseguiremos sin su ayuda, pero que los Dioses nos son favorables.

—¿Habrá otras personas con estos dones, Lyra?

—No lo sé, Venry. Pero ahora siento que tendremos que volver a nuestros cuerpos en breve. Yo vivo en otro entorno. También dijo que ambos nacimos el mismo día, que poseemos los mismos dones y que nuestras almas pueden sentir lo mismo en todo. Tal vez lleguemos a saber lo que nos ocurrió en siglos pasados.

Vine ahora, querido Venry, para ayudarte y contarte todo esto. Ahora lo

oigo decir: “¿No te olvidaste de nada, Lyra?”. ¿Lo puedes oír tú también, Venry?

Me quedé escuchando y oí que una voz tenue dijo:

—Fíjate bien en todo esto, algún día volverás aquí y deberás reconocer el lugar.

—¿Escuchaste, Lyra?

—Sí, Venry, pero no pude oír nada.

Le dije lo que había oído.

—No sé cuándo nos volveremos a ver, Venry. Pero en los tiempos de penuria tendrás que desear mi presencia. Pon esos deseos muy intensamente en tu corazón, para que los sientas. En la tierra eres joven y no posees esta sabiduría. Recibirás las alas grandes, Venry. Yo siento lo que eso significa; aún no lo sé todo, pero es grandioso lo que harás. También ahora tenemos alas, podemos planear por el espacio, irnos lejos de nuestros cuerpos materiales, pero esas otras alas, querido Venry, te harán muy grande. Veo cosas hermosas, aún lejanas, muy lejanas, por lo que me quedo en silencio. Me quedaré esperando pacientemente, con amor.

Entonces, tomados de las manos, fuimos paseando por este entorno tan bello. No dijimos ni una palabra, pero pronto vimos que se haría de día. Entendimos que esto significaba despertar en el mundo donde estaban nuestros cuerpos materiales. Alcé la vista hacia Lyra.

—Qué hermosa eres, Lyra. Qué hermosura tu rostro y tus ojos. Es imposible que una estatua del Templo de Isis sea más hermosa, porque ya las pude ver allí una vez.

—Ahora vete, querido Venry. Nos juntaron, pero ahora tenemos que despedirnos. Tenemos que volver al Templo de nuestra alma, al cuerpo en el que vivimos. Mira, allá, detrás de aquella emanación azulada, allí está quien me trajo hasta aquí y hasta ti, porque ya lo estoy viendo. Mira, mi estimado Venry, me está indicando que me acerque. Es hora de que me vaya. Antes de que salga el sol deberé estar en mi cuerpo. ¿Pudiste oírlo a él?

—No, Lyra, no oí nada, quizá esto solo sea para ti, tal como hace unos instantes me dijo lo que era para mí. ¿Es posible?

Me hizo un gesto con la cabeza para decirme que estaba de acuerdo con mis sentimientos.

—Te saludo, mi querido amigo, te saludo.

Ví cómo se marchaba y se disolvía para mí. Me corrían las lágrimas por las mejillas. Cuando se disolvió en esa luz crepuscular, también yo me apresuré hacia la vivienda terrenal en la que vivía, y descendí hacia ella. Me había olvidado de preguntar a Lyra dónde vivía. Me arrepentí mucho. Pero era consciente de lo que había vivido y alcé la mirada. Mi madre estaba junto a mi cama y me estaba acariciando.

—¿Cómo estás, mi querido hijo, un poco mejor?

Lloraba.

—No llore, querida Madre, y escúcheme. Si las fuerzas de su Dios de aquí arriba no le resultan claras, yo se las puedo explicar. Es en otro mundo, entre la luz y las tinieblas, donde ha nacido toda la vida, por la que nosotros somos, al igual que los animales, los árboles y las plantas, y por la que cantan los pájaros. Quien esté en él puede ser obligado a hacer algo que ni siquiera desea. Pero entre la luz y las tinieblas aún hay otra luz, querida Madre, y esa luz puede ayudarla. Es una luz que ve y que siente, y sabe muchísimo de nosotros, de las personas. Quien la siga desconoce el miedo, no es un juguete de sí mismo y sabe lo que quiere. Solo le brindará serenidad y silencio, uno que no es de esta tierra, uno que es como cuando sale el sol y la noche da paso al día. Allí reside el significado de por qué canta el pájaro, dando gracias a los Dioses por lo recibido ese día, y de por qué el caracol carga su concha.

Esa luz, querida Madre, está en todos nosotros, es lo que sentimos y podemos ver si se despierta en nosotros.

De pronto me di cuenta a través de quién y por qué decía yo todo esto. Empecé a comprender lo que me había comentado Lyra. La fuerza, que era su líder espiritual, me serenaba, a través de él descendía en mí mismo y allí, muy dentro de mi vida interior, residía toda esta sabiduría.

Por eso pedí a mi madre que escuchara. Pero le entró miedo y salió de la habitación. Poco después regresó, se arrodilló y rezó. Envío una fervorosa oración a su Dios y yo la seguí. Lo que ocurrió entonces nos unió mucho. Entonces vi —me vino muy de improviso— que pronto la perdería.

Yo yacía con la conciencia intacta y veía pasar ante mis ojos una visión tras otra; una me conectaba con la otra. En una visión me vi como un supremo sacerdote, vi la túnica que llevaba y a Lyra, que era mi amada. Ambos amábamos, pero mentíamos y engañábamos. Habíamos mancillado el sacerdocio. Y esos rasgos aún estaban muy dentro de mí. Había también otros rasgos y sentimientos, y si estos podían ser despertados por fuerzas más elevadas, estas podrían alcanzarme y sería capaz de conseguir cosas más elevadas, pero que solo podían desenvolverse a través de lo elevado.

Adoraba a Lyra, pero ambos habíamos cometido un asesinato tras otro. Habíamos lanzado prematuramente una vida tras otra al espacio. Yo la había obligado a hacerlo; pero Lyra cumplió con mi voluntad y ambos vivimos todas estas cosas horribles. La repulsión y el horror entraron en mi alma.

Mi madre seguía rezando. Cuando pensaba en ella podía seguirla, pero en la misma medida me era posible ver en el pasado. En el silencio en el que vivía ahora imploré a mi madre que continuara suplicando fuerza y clemencia por mí a su Omnipotero, para que me ayudara y me señalara cómo poder enmendar todas esas cosas horribles y liberarme. Entonces empecé a

ver de nuevo.

Lyra y yo nos pertenecíamos y éramos uno; pero en aquel tiempo eso lo habíamos robado, y habíamos quemado vivo a aquel que le pertenecía a ella. Un acto inhumano, llevado a cabo por pasión e impulsado por deseos propios de satisfacer la avidez de nuestro sentir y pensar. Percibí numerosos acontecimientos impuros y vi que también le había engañado a ella y a otros, y que incluso había abusado de menores.

Todos esos errores y pecados vivían en mí y a mi alrededor, en la profundidad de mi alma; pese a que ahora me sintiera diferente y buscara lo elevado, esa realidad seguía allí y formaba parte de mi vida interior. Por volver al pasado me sentía muy viejo; los sentimientos que iban aparejados a ello se me imponían y no me quedaba más remedio que aceptarlos.

Lyra me veía como su maestro y yo, por mi parte, la veía como mi mujer; entonces ella también vivía en su propio pasado, y percibía que a veces sentía en su conciencia diurna; descubrió, como yo ahora, los muchos errores y pecados que un día la hicieron sucumbir.

Estaba yo muy interesado en mi propio pasado, porque aquella vejez me brindaba ese saber; las escenas confirmaban que contenía verdad, y yo mismo sentía que despertaba y que cobraba conciencia en mí. Había visto yo todo esto con una rapidez sorprendente y volví a sintonizar con mi madre. La vida en la que me encontraba ahora clausuraba el pasado y lo que acababa de ver volvió a hundirse en mis profundidades. Entró mi padre acompañado del mismo sacerdote que ya me había ayudado antes. Me miró a los ojos y dijo a mi padre:

—Trae el tubo de soplar, Ardaty, rápido, y oscurece la habitación.

Mi padre se alejó apresuradamente, trajo un tubo de soplar con el que se hace fuego y oscureció la estancia; el sacerdote le ordenó que se fuera. Mi madre se puso a rezar por mí, su vigorosa oración me ayudaría.

El sacerdote me sopló por la nariz; me puso de espaldas y percutió las vértebras. Después buscó el sistema nervioso, palpó los músculos, me percutió y tocó varios puntos de la espalda, y me ungió con aceite de oliva. Entonces se quedó esperando un buen tiempo.

Todo esto yo lo iba viendo, plenamente consciente. Pero aún me quedaban sentimientos de rebeldía, que podía distinguir claramente de mis demás sentimientos. Me hacían muecas, por lo que entendí que todas esas influencias aún no habían salido de mí. Debido a su vigorosa intervención seguramente que ahora desaparecerían, porque este sacerdote era conocido por ser un gran sanador.

Cuando ya estuvo preparado, me insufló su aliento sanador. Lo hizo en distintos lugares de mi cuerpo. Sentía que si continuaba me volverían a funcionar los pulmones, porque todavía se me hacía imposible inspirar suficiente

aire: tan intensa y fuerte era esa otra influencia.

Al parecer, resultó que estaba en condiciones de influir en él, de modo que le envié mis deseos, porque deseaba de buen grado que continuara. Y qué feliz me sentí cuando el sacerdote adoptó mis sentimientos. El tratamiento estaba siendo una bendición para mi organismo. Volvió a esperar un instante, me colocó entonces su mano izquierda en la frente, me sujetó la mano izquierda con la suya derecha y se abismó entonces en una profunda meditación. Sentí y vi, sin embargo, que estaba empezando a ver; probablemente, temía un nuevo ataque. Se concentró bastante tiempo, después de lo cual me volvió a mirar a los ojos, diciendo a mi madre:

—Querida Madre, hemos recuperado a Venry. Levántese, su oración ha sido oída. Venry vivirá, los Dioses quieren que viva. Los dones que hay en él me enviaron lo que yo necesitaba; esas fuerzas completaron las mías, de lo contrario tendríamos que habernos quedado pendientes del desenlace. Los Dioses nos enviaron ayuda más elevada, su hijo está sano. Estoy en deuda con esta vida, porque sus dones nos brindarán más adelante la sabiduría suprema.

Sentía que aún no podía abrir del todo los ojos, pero gracias a unos tenues rayos de luz que entraban a la habitación vi a mi madre y al sacerdote. El sacerdote se la quedó mirando, de forma extraña e indagadora. Mi madre fue a buscar a mi padre y se arrodillaron.

Estaba volviendo entretanto a mi propio cuerpo y lo que había visto fue hundiéndose mucho en mis profundidades, igual que todas esas otras influencias. Por mucho que sintonizara con ello, era como un recuerdo de siglos antes.

Ya abrí los ojos del todo; hace unos instantes habían sido como los de un muerto, pero gracias a mi fuerza vital volvieron a irradiar la luz del ser humano viviente. Cuando intenté moverme se me hizo imposible, a pesar de que mi cuerpo se estuviera recuperando.

De pronto sentí que me estaba volviendo a entrar ese terrible odio. Me resistí mucho, porque sentía que él quería hablar. Esas fuerzas, sin embargo, eran más fuertes que yo y mi boca dijo:

—Le doy las gracias por su ayuda, pero habría sido mejor si hubiera dado sus artes a otros. Lo maldigo, maestro Dectar, maldigo a todos quienes están con usted.

El sacerdote se concentró intensamente. Después de un rato dije a mis padres:

—Debo darle las gracias, a usted, mi Madre, y también a usted, mi Padre. Sigán su camino, los días están... —Y de nuevo me asaltó esa otra fuerza y me hundí en una profundidad infinita; el sacerdote me devolvió la conciencia de la misma manera. Cuando volví a abrir los ojos, me sonrió.

—¿Ya pasó, no es así, Venry?

Me limité a asentir con la cabeza porque no quería volver a hablar, ya que ahora me sentía con miedo de llegar otra vez a ese estado, diciendo palabras horribles, lo que desde luego no quería. Después de beber un poco de refrescante néctar de fruta también se disipó en mí esa tensión y me recuperé del todo. Entonces el sacerdote preguntó:

—¿Puedes contestarme, Venry?

Dije:

—¿Qué quiere saber de mí?

—Haré una sola pregunta. ¿Sabes, Venry, en lo que permaneciste?

—Sí, lo sé todo.

—Oh, qué hermoso, qué asombroso —dijo a mis padres—, y eso por sus propias fuerzas, él solo, es increíble.

Entonces me dijo:

—Volveré, estimado Venry; ahora a quedarse tranquilo y no tengas miedo, porque todo ha desaparecido.

Luego dispuso un muro de fuerza a mi alrededor y allí es donde viviría. A continuación se fue y me quedé profundamente dormido. Mi espíritu se quedó libre de todas las fuerzas extrañas. Cuando se puso el sol me desperté animado y descansado, y al abrir los ojos vi a tres personas a mi lado, que reconocí como mis padres y el sacerdote.

—¿Descansaste bien, Venry?

—Sí, pero aún tengo sueño. ¿Puede dejarme dormir un poco más?

—Te daré algo, Venry, para que puedas volver a dormir.

Así lo hizo el sacerdote y dormí hasta el día siguiente, cuando el sol ya estaba en el cenit. Vi a mis padres y al sacerdote, pero también estaba el sumo sacerdote, que me sonrió y preguntó:

—¿Descansado, Venry?

—Sí —le dije con una inclinación de la cabeza.

—Ahora eres completamente libre, Venry.

Lo miré y parecía que a él también lo podía atravesar con la mirada. Me entraron sus pensamientos, y pregunté:

—¿Me vuelve a llevar a esa habitación?

Entendió que había adoptado sus pensamientos, pero me hizo un ademán significativo.

—No, de momento no, será más tarde, primero tienes que recuperar fuerzas y después volverás con nosotros. El maestro Dectar te formará. ¿Te gustaría, Venry?

—Mucho.

Mientras tanto vi algo muy curioso. Al hacerme el sumo sacerdote preguntas, vi que aún había otra fuerza en este espacio, que lo blindaba por com-

pleto, como había hecho el sacerdote Dectar conmigo. Por esta fuerza, que se fue acumulando de repente, que lo rodeaba como una densa emanación, entendí que ahora le sería imposible captar ni el más mínimo detalle de mí y los demás que estaban aquí. Esta fuerza blindaba por completo su vida interior y los dones que poseía. Por eso mis padres y el sacerdote Dectar eran relegados a un segundo plano, igual que yo.

Por ese blindaje invisible se desvanecía la vida interior de todos nosotros, y se me hacía que se nos quisiera proteger. Pero no veía bien para qué. El sumo sacerdote ni veía ni sentía nada de eso, al parecer solo era cosa mía. Entonces se fueron.

Después de que se hubieran despedido de mis padres, percibí que también mis padres estaban envueltos en una densa emanación. Y cuando se echaron una mirada elocuente y mi padre se mostró nervioso, no dejé de seguir este fenómeno tan curioso.

Mi padre iba de un lado para otro y dio a mi madre una respuesta equivocada, lo que nunca le había oído decir a él. Pero cuando ambos me observaron y sintieron que los seguía, mi madre me dijo:

—Estabas poseído, Venry, ahora estás otra vez mejor.

—Sí, Madre, estoy mejor.

Pero seguí mirándola.

—¿Descansarás un poco más, Venry?

—Sí, Madre.

Pero no dejé de seguir la emanación que la rodeaba. Iba envuelta en una densa emanación. Estaba disolviéndose. Medio inteligible y entre dientes dije:

—Qué extraño es todo, muy extraño, y poco claro. Me gustaría volver a verla, hace un momento se veía mucho más claro.

Al parecer, había entendido mis murmullos, y preguntó:

—¿Qué es extraño, Venry, y qué quieres ver?

—La emanación, Madre, está disolviéndose.

—Tienes que descansar, Venry. No vayas a empezar otra vez, vete a dormir o volverán los sacerdotes.

Me quedé mirándola y entonces vi cómo la densa emanación terminó por disolverse del todo. Mi madre se asustó, entendí por qué.

—No por eso, Madre, ay no, por eso no. Veo el hermoso rostro de usted, Madre, y para mí usted no es vieja. Usted es muy hermosa para mí, oh, tan hermosa. Mi querida madre empezó a llorar mucho y se fue. Pero me había comprendido.

Su rostro estaba completamente deformado, había profundos surcos en su rostro que, no obstante, era joven, pero que ahora era muy viejo. Pero ya des-

de niño veía a través de esta máscara, en cuyo reverso veía a un ser completamente diferente. Podía ver claramente los labios bien formados, la piel tan hermosa e intacta, la frente alta y los ojos radiantes. Para mí era como el Loto en la noche con luna. Vi que alrededor de la cabeza tenía una aureola de luz, y volví a hallar el silencio que hace tan poco tiempo se me había concedido conocer. Vivía en este silencio y en él permanecía. Cuando de niño le pregunté una vez por qué era tan fea y deformada, rompió a llorar y se desplomó.

Ahora se fue y me quedé muy dormido. Pronto me curé y quedé completamente recuperado. Todos esos acontecimientos me habían debilitado el organismo de tal modo que había planeado entre la vida y la muerte, como les dijo el sacerdote Dectar a mis padres. Un ser astral no solo había tomado posesión de mi vida interior —del alma—, sino también del cuerpo material; es la posesión más profunda y la última de todas. Las fuerzas vitales del hombre material eran destruidas de esta manera, y solo en muy poco tiempo. Un demonio succionaba estas fuerzas y debido a que este ser tenía todos los órganos vitales bajo su control, se derrumbaba el organismo entero. Pero el hombre que era atacado de esta manera, o que podía ser atacado así, tenía que tener dones; entonces era imposible semejante conexión y toma de posesión, porque de este modo la vida interior resultaba inalcanzable.

Por eso, quienes tuvieran “dones naturales” siempre estaban expuestos a un gran peligro si por medio de ellos se quería vivir algo en la tierra, pero desde aquel mundo. Si era posible esta conexión, iba irrevocablemente seguida de la posesión. Los sacerdotes conocían estos poderes y fuerzas y pudieron volver a liberarme. Así se disolvió la posesión y quedó eliminada de mi vida interior esa otra personalidad.

El sacerdote Dectar me había blindado ahora, y en eso seguiría viviendo. Pero por todas mis vivencias e incidencias pudieron comprobar que yo albergaba una gran sensibilidad y que posiblemente se trataba de dones. Cuando alcanzara mi edad, ellos los desarrollarían. Se me dijo que fuera cada mañana al Templo de Isis. Allí me permitían pasear libremente, pero sentía por qué lo querían. Así podían controlar su propio blindaje e intervenir en caso de necesidad si yo fuera atacado de nuevo.

El sacerdote Dectar me hacía preguntas que debía responder según mis propios sentimientos. Al inicio no entendía muy bien la razón de que me hiciera preguntas, pero le respondí a su entera satisfacción. A continuación preguntó:

—¿Puede sentir mi joven amigo en lo que vive?

—En el espacio.

—Muy bien, estimado Venry, excelente, incluso. Pero debes intentar sentir en lo que estás, o sea, aquí, alrededor de tu cuerpo, en este pequeño círculo.

Dibujó un círculo a mi alrededor. Vi, sin embargo, que empezó a ver,

porque desapareció la luz de sus ojos y estaban completamente vacíos, pero dije:

—No puedo responder.

—Eso también está muy claro, estimado Venry, muy bien, gracias.

Sin embargo, entendió que podía responderle pero que no quería. Él sentía lo que yo sentía; era algo que no podía expresarse en palabras. Aun así, yo veía, sentía y entendía que él miraba dentro de ello para controlar mi respuesta. A él se le hacía muy sencillo, debido a que este sacerdote era un gran vidente, y le salía la vocación de ser un gran sanador.

—Pronto serás formado para el sacerdocio supremo, Venry, y entonces pasaremos mucho tiempo juntos. ¿Te parece una gloria?

—Sí.

—Esto es para las personas con dones naturales, Venry, y tú los tienes.

Después se fue.

Fui a pasear por los jardines y en pensamientos volví a lo que había vivido, identificando el lugar donde me había encontrado con Lyra. Me pareció muy natural, porque en ese otro mundo yo no había cambiado en nada. En esta vida en la que vivía ahora tenía que seguir las leyes materiales, pero en aquella otra podía traspasar todas las cosas materiales, y tampoco había cambiado en nada el mundo material desde ese mundo.

En este lugar me había encontrado con Lyra. Todo esto significaba para mí que no me había imaginado nada y que formaba parte de la realidad. Cuando intentaba volver a ella, de golpe dejaba de ser capaz de pensar y se desvanecía lo que sentía. Era muy plausible y entendí que me habían blindado bien, porque me quedé tranquilo y ya tampoco fui capaz de abandonar mi cuerpo. Así fueron pasando meses.

La muerte de mis padres

En todo ese tiempo ni sentí ni oí nada de mi enemigo invisible, porque me protegían muchos. Los sacerdotes velaban y también aquella otra fuerza que me había llevado hasta Lyra, que era su líder espiritual y me suponía una gran ayuda. De esa manera, la impotencia de ese demonio parecía total. Ya ni pensaba en él.

Mis padres eran muy felices ahora; yo era muy diferente, tal como le correspondía a un niño de mi edad. Ahora mantenía la calma, pero a veces era capaz, igual que un adulto, de pensar y responder en profundidad. Esos sentimientos nacían en mí mismo y me parecía algo muy normal. Gracias a estos sabios sentimientos que permanecían en mí fueron desvaneciéndose todos esos acontecimientos anteriores y había en mí serenidad y un silencio desconocido. Un buen día, sin embargo, volví a percibir en mí otros fenómenos y tampoco estos podían ser detenidos.

Empezó con el sentimiento peculiar de que vivía en la tierra y la vez “no”. Era como si viviera entre dos mundos, por lo que me sentía en parte en la tierra y en parte en ese otro mundo, y era entonces cuando se manifestaban esos fenómenos peculiares. Para controlarlo me flagelaba el cuerpo, pero sin sentir el más mínimo dolor. Si me cortaba en el dedo u otra parte del cuerpo, sangraba unos pocos instantes y cesaba de inmediato, por profundo que fuera el corte que me infligiera. Lo mostré a mis amigos y ellos también lo intentaron. El resultado fue tal que no volvieron a hacerlo. Después volví a vivir otros acontecimientos.

Por más intenso que brillara el sol, ya fuera de día o de noche, ese otro mundo lo podía percibir ahora continuamente. Incluso de día ese mundo destellaba a través de los rayos de sol; era como si extendiera una densa emanación de colores morados y violáceos por encima de todo lo vivo. Cuando les contaba de este fenómeno a los demás, resultaba que nadie veía nada y la sorpresa era general.

Pero me dolían los ojos y mi padre fue a consultar al sacerdote Dectar. Me dieron potentes hierbas aromáticas con las que debía humedecerme los ojos, lo que se haría después de la puesta del sol. Por extraño que volviera a ser esto, entendí por qué y para qué debía aplicar ese tratamiento una vez que anocheciera. Me entró el sentimiento de que los rayos de sol tenían una influencia predominante sobre estas hierbas, aunque fueran potentes. Después del ocaso esas fuerzas se disolvían solas. También pensé que aquellas hierbas no me ayudarían, porque este ver se producía desde dentro y que así podía percibir un cambio en la naturaleza.

Por eso hice como que obedecía, pero no usaba las hierbas. No me di cuenta de su significado. Pero cuando me entraron esos pensamientos, sentí que algo fallaba en mi pensamiento y sentimiento y que tal vez incluso podía ser una gran equivocación.

El sacerdote Dectar estaba al corriente de mi sentir y pensar, por lo que comprendí que mis acciones eran seguidas incluso a distancia. Vino a verme porque había dejado de ir al Templo.

—¿Por qué no obedeces mis órdenes, Venry?

Me lo quedé mirando con sorpresa y sin contestar.

—Vamos, Venry, pero si somos amigos. ¿Por qué no usas las hierbas? Son para dar vigor a los ojos y volver a fortalecer los nervios. Miras demasiado al sol y eso es algo que no debes hacer.

El sacerdote lo sabía todo de mí.

—Ya ves, Venry, somos completamente uno, y por eso sé lo que haces. Ahora debes escucharme, porque tus propios pensamientos no son puros. ¿Por qué no obedeciste esos sentimientos? Esos pensamientos eran muy correctos y los acertados. ¿Estarás en el futuro atento a qué pensamientos te entran desde lejos y cuáles te pertenecen a ti? Y puedes sentirlos, Venry, esas fuerzas están presentes en ti. Pero son pruebas, Venry, y por eso somos completamente uno; más tarde te quedará claro. Más tarde vendrás a mí y entonces iremos a dar muchos paseos y aprenderás mucho. Pero, anda, cuéntame ahora por qué no usaste esas hierbas.

—Pero ¿no sabe usted ya por qué no lo hice?

—Sí, cómo no, pero lo quiero oír de ti, Venry.

—Sentía que no me ayudarían, porque esto me venía desde dentro y porque vivía en ese otro mundo.

—Muy bien, Venry, pero ya lo ves, tendrías que haber seguido esos otros sentimientos, porque tus ojos han sufrido. ¿En qué lo sentías tan claramente, Venry? Puedes pensártelo tranquilamente, tenemos todo el tiempo.

Sentía ahora que me estaba ayudando. Me entraron pensamientos y respondí:

—Es muy natural. Ese otro mundo se hace cada vez más nítido. Cuando quise continuar y decirle todo, de pronto no pude seguir, y él preguntó:

—Tienes que responder a mi pregunta, Venry, solo a la pregunta, a nada más.

Entonces entendí cómo éramos uno y le dije la forma en que lo había sentido.

—Muy bien, Venry, y está muy claro; pero ahora lo demás, lo que aún recuerdes.

—Cuando miro en ese mundo, la luz solar pierde intensidad y no atraviesa esa otra luz. Después veo colores, colores muy hermosos, que se funden. Se lo

conté a mis amigos, aunque no logran ver nada, pero yo, sin embargo, la veo siempre, incluso cuando es de noche.

—Vaya, vaya, ¿y qué más ves, Venry? ¿Otras cosas, por ejemplo?

—Se ven muchas cosas en ella, pero no consigo distinguirlas tan claramente. Pero en esta luz, o detrás, vive algo, porque hay movimiento y siento paz y silencio; es como si me llamaran.

El sacerdote se alegró.

—Es porque, bueno, más tarde se verá, Venry. ¿Te resulta una gloria que se te conceda ver?

—No, me parece muy normal.

—Está bien, Venry, deja de desear, muchacho, entonces no ves bien, todo tiene que venir a ti por sí solo. En esto hay que conservar mucha serenidad.

—Sé por qué le parece bien esto. También puedo hablar con usted sin usar la voz, entonces no se me abre la boca.

—Estupendo, estimado Venry, pero eso también se verá más tarde. Vendré a buscarte pronto, pero entonces te avisaré antes, igual que deseas hablar conmigo ahora. Pero me oirás y entonces vendrás al instante. Puede ser de madrugada, o de noche, justo después de la puesta del sol, pero tienes que venir sin demorarte. ¿Vendrás entonces, Venry?

—¿Lo oiré?

—Pero por supuesto, querido Venry, me oirás con mucha claridad y entonces vendrás enseguida a mí, ya sabes dónde estoy.

—¿Por qué no me lleva consigo?

Sonrió, pero sentí muy claramente que a partir de ahora estaba bajo su control. En lugar de contestarme se había conectado conmigo.

—¿Por qué se ata usted a mí?

—Porque te llamaré, ¿verdad, Venry?

Se despidió y se fue. Ahora éramos enteramente uno. Cuando me miró, pensé que me hundía en la nada. Se me hundió la conciencia en mi interior y ahora era un instrumento en sus manos.

—Dectar, Dectar —repetí varias veces su nombre, como si me fuera familiar. Me faltaban muchas cosas por aclarar, pero a este hombre lo comprendía. Lo quería mucho, aunque ya supiera que algún día sería su superior en pensamiento y sentimiento, por mucho que se aclamaran sus grandes dones, sus habilidades y su sabiduría. Eso tomaría conciencia en mí. Pero yo descubriría su honda sabiduría y él aprendería de mí, porque mis dones iban desarrollándose. Había sentimientos en mí que me decían que tenía que quererlo profundamente y confiar en él como en mis padres.

Le había prometido usar las hierbas hasta sentir que ya no fuera necesario. De pronto me entraron esos pensamientos y lo oí decir, aunque en un susurro:

—Para ya, estimado Venry, vete a dormir tranquilamente, pero para.

Le envié:

—Seguiré su consejo.

Todavía lo oí decir:

—¡Gracias, querido Venry, muchas, muchas gracias!

Volví a entender algo más de él. Esa reiteración, esa insistente reiteración de mi nombre y esa forma de hablar queda: me llegaba hondo y es que tenía que obedecer, lo quisiera o no. Me entraron muchos pensamientos y por improbable que fuera, esto no significaba nada nuevo para mí, porque conocía estas fuerzas. Mientras más pensaba en él, más clara se hacía mi propia vida. Pero ahora yo vivía bajo su voluntad, sentimiento y pensamiento; le bastaba sintonizar conmigo para que yo tuviera que obedecerle. Era indudable que él poseía fuerzas milagrosas, pero también en mí estaban esos milagros, de los que casi nadie sabía nada.

Desde hacía tiempo que ya no tenía que ir al Templo y seguía a mi padre en los jardines, o lo ayudaba a alimentar a los pájaros. Hablaba mucho con él, pero no comentaba nada de lo que sabía de ellos dos. Yo albergaba un respeto sagrado por su amor hacia mí. Mi madre buscaba medios para mimarme, porque las cosas agradables no cesaban. Pero percibía una atmósfera singular, casi encantada a su alrededor, y veía que se iba haciendo una persona muy callada. Parecía que también mi padre lo sentía. Estando una tarde juntos en el jardín, dije a mi padre:

—Padre, ¿conoce el silencio que porta madre y del que es consciente?

—Querido Venry, hay sentimientos que para otros son sagrados y ante los que inclinamos la cabeza. Madre bien sabrá por qué opta por el silencio, y dejaremos que así sea, ¿no es cierto, Venry?

—Usted está engañándose —dije muy de improviso, y de golpe volví a sentir surgir en mí esos sentimientos de odio.

—Piensa en tu maestro, Venry. Hay que conservar la calma, mucha calma, porque tu vida apenas está empezando. No me engaño, querido; no puedo engañarme, pero hay otras leyes que pueden transformarse en poderes y fuerzas y que no podemos detener.

Pensé en él y lo seguí en sus pensamientos, entendiendo lo que quería decir.

—¿De modo que usted se rinde completamente?

Me miró y dijo:

—Tan joven, mi querido Venry, tan joven pero ya tan sabio, tan hondo y natural. Oh, ojalá pudiera vivir para escuchar lo que vayas a predicar, lo que vaya a decir tu boca y que se oír a leerá hasta muy lejos de este país, por lo que los faraones, uno tras otro, aceptarán lo que te ha sido dado, y que será alimento espiritual para los hombres. Déjame que te apriete contra mi corazón, quiero dar gracias al Todopoderoso porque tú, Venry, seas mi hijo, aunque

nos quede poco por estar juntos en este hermoso entorno.

—¿Sabe lo que es, Padre?

—Lo que digan o quieran los Dioses, querido Venry, lo hemos de obedecer, pero sobre todo tenemos que escuchar lo que “Él” diga y tenga que decirnos.

Continuó con su trabajo, pero en el mismo momento vi una raya blanca plateada que atravesaba la tierra. Prosiguió su camino quebrándose y fue avanzando por el interior de la tierra. No perdí de vista aquella misteriosa raya y me quedé mirando un buen tiempo en una tremenda profundidad donde vi ocurrir esta cosa curiosa.

—¿Qué ven tus ojos, Venry?

Cuando quise responderle, oí que en mi interior se dijo:

—Mantén la calma, querido Venry, mucha calma y no veas todavía; sigue siendo tú mismo. ¿Me oyes? ¡Habla Dectar, tu maestro!

—Nada, no veo nada —dije a mi padre.

Agitó la cabeza, pero mi visión se disolvió. Volví a ser yo mismo; acto seguido fui a mi madre. Me vio llegar, me tomó la mano derecha y dijo:

—Mi querido niño, ven, siéntate a mi lado y hablemos un poco. Esquivó mi mirada y no habló de inmediato.

—Alguna vez dijiste que pueden ocurrir cosas que los seres humanos no queremos pero que aun así deben ocurrir.

—¿Yo? —pregunté, pero ella siguió.

—Cuando esas cosas ocurren, querido Venry, no tenemos poder sobre ellas, sino que entonces son los poderes elevados y quizá los Dioses quienes saben de eso. Algunas veces se nos comunican, pero muchas no. Sin embargo, cuando nos son comunicadas, en esos casos no se habla, hijo mío. Entonces esos sentimientos son depositados en nosotros y son muy nítidos. Tal vez nadie sepa desde dónde nos vienen, pero aun así podemos confiar en ellas, y tenemos la certeza de que lo que sentimos ocurrirá.

Si vienen de lejos o de cerca es algo que tampoco sabemos. Pero una voz en nosotros dice que actuemos como sintamos y que eso sea lo único que escuchemos.

Cuando dejó de hablar y se abismó en sus pensamientos, dije:

—Habla como padre, pero usted siente algo, Madre, y sé lo que es. De modo que no me lo ocultes, porque lo sé —reiteré ahora con mucho vigor.

Me miró con los ojos anegados en lágrimas. Entonces dijo:

—Has leído en mi alma, Venry. Y lo que has leído allí lo portabas todo este tiempo en ti, y ya solo por eso siento gratitud hacia Dios. Te doy las gracias, hijo mío, por haber atesorado toda esa sabiduría, aunque aún seas un niño. Eso se te dijo entre la vida y la muerte, pero no todo es verdad. Guárdanos en tu memoria cuando ya no estemos, pero sabes que hemos conocido la

felicidad.

Eres muy viejo, querido Venry, porque tu rostro, tus ojos y todo tu ser reflejan sabiduría. El cielo sabe que no fui consciente, que sufría aunque entendía todo, y que aceptaba esas penas.

Una corona carece de importancia, querido Venry, solo la tiene lo que tu padre posee.

—¿Lo sabe usted todo, Madre?

—Sí, hijo mío. Si los Dioses quieren, lo sabrás todo. Cuando sientas la luz en ti, Venry, será la señal de que puedes saber todo. He llegado a conocer las leyes del cielo y veo detrás de las cosas y te conozco, querido Venry, porque ¿no eres como yo? ¿No está también en mí lo que está en ti? ¿No recorrí esa escuela? Lo sé, mi amado hijo, has venido a nosotros con una meta determinada y la alcanzarás.

Rezaré por ti, Venry, para que los Dioses te den un arma poderosa, un arma que ninguno de todos ellos posea. Pero servirás, Venry, solo a los Dioses servirás.

Lo que aprendiste de mí no es nada en comparación con lo que verías detrás del velo. Y allí es donde vive Dios. Se te concederá percibir la creación de los cielos, del hombre y de los animales. Tienes en ti lo que ninguno de nosotros posee, y los mayores tesoros son para esta vida y la siguiente.

—¿Dónde ha conseguido toda esta sabiduría, Madre?

Pero ahora tampoco respondió y prosiguió:

—Tu padre me abrió, Venry, a ti también te abrirán.

Volvió a esperar un instante y dijo entonces:

—¿No hablarás con nadie sobre lo que te conté, Venry?

—Se lo prometo solemnemente, Madre. ¿Podría contarme algo sobre mi educación?

—El maestro Dectar te enseñará, puedes entregarte a él. Lo que sabes ahora lo tienes de mí, de tu padre y de ti mismo. Pero en los jardines de tu padre vive la sabiduría natural, de la que verás el origen y que quizá se te conceda vivir.

—¿No quiso usted que yo aprendiera, Madre?

—Cuando naciste, amado Venry, estaba conmigo mi madre, que desde hace tiempo vive detrás del velo. Me traía flores espirituales y decía:

“Solo en los jardines de Ardaty reside el secreto de la vida”.

Entendí a mi madre, que continuó:

—Sobre tu frente, querido Venry, reposa la estrella de nuestra casa. Y aquellos que poseen este símbolo de sabiduría predicarán a dónde vamos y cómo se han creado las cosas. Verán cómo es nuestra vida después de esta. Conocen el secreto del porqué de las celebraciones de los pájaros y el de la irradiación de luz por las flores. Se les concede contemplar muchos milagros,

porque ven y porque han recibido las grandes alas.

La tomé de las manos y la besé con mucha emoción. Yo sabía desde hacía tiempo que nos separaríamos. Por eso me propuse hablar todavía mucho con ella.

Entró mi padre, que había traído flores para mi madre, entre ellas una de una rara belleza, que él llamaba “el amor” y a la que había puesto el nombre de ella. A mí me trajo fruta. Mi madre le dio las gracias y un profundo amor radió por encima de sus vidas.

Después del almuerzo seguimos un buen tiempo juntos y mi madre habló conmigo. Después fuimos caminando por los jardines, admirando lo que había cultivado mi padre sustrayéndolo al suelo. Aceptábamos la belleza de la vida en la tierra y nos sentíamos agradecidos por los grandes dones que los Dioses nos habían enviado.

Mi padre observaba todos sus tesoros y vi que le rodaban las lágrimas por las mejillas. También esto lo entendí y sentí su gran amor por toda esta vida.

Lo oí decir:

—Ahora han terminado de crecer y sin embargo volverán a los Dioses, porque nos llaman, hijos míos.

Se desprendió de toda esta hermosura y volvimos.

Una vez cuidados los pájaros, rellenos los pesebres y ordenadas las flores, con lo que podía comenzar la hora del descanso, nosotros de todas formas seguimos juntos. Imposible que el cielo fuera más hermoso. Nos había conec-tado el silencio, que se elevaba desde la profundidad de nuestro interior, y entendimos. Entonces me surgió el impulso de hacer preguntas, por lo que pregunté a mi madre:

—Querida Madre, ¿por qué no nos vamos de aquí si sabe que dejaremos de estar juntos?

Me miraron ambos, pero madre respondió:

—No puedes escapar de las leyes, querido Venry. El lugar donde brillan las estrellas y los planetas y al que deben su nacimiento, donde crecen y florecen las frutas y donde nuestra vida es una ley, es un bien prestado y pertenece a los Dioses. Ocurrirá, hijo mío, tal como los Dioses piensen que está bien.

Y mi padre añadió:

—Entonces las palmeras nos mecen su adiós y saludan a quienes sienten y entienden a Dios, porque la vida sabe quién está despierto y consciente, igual que cantan todos mis hijos la canción que solo conoce y entiende el Sembrador de la Vida.

Solo pude entenderlos a través de mis especiales sentimientos y pensamientos, y me sentí muy agradecido. Mis padres eran personas despiertas y conscientes, y su amor había llegado a su apogeo. Entendían todas estas cosas naturales. Para ellos eran leyes, y esas leyes yo las tendría que aprender y

asimilar durante mi vida. Después madre nos habló a padre y a mí:

—¿Sienten este fuerte calor? Si continúa así y luego se desgarran el cielo, por lo que habrá un diluvio que traerá crecidas y desbordamientos, inundaciones de los campos y la muerte de todo lo que vive, nosotros iremos “adentro”. ¿Sienten el calor? (—preguntó).

Nosotros también sentíamos el intenso calor al que se refería. Había un calor que iba aumentando en intensidad.

—Querido Venry, créeme —continuó—, cuando todo se derrumbe permanecerá el Templo de Isis, tendrá que quedarse y así será porque lo quieren los Dioses. También tú te quedarás en la tierra, hijo mío. En el Templo descubrirás los milagros del universo. Tienes que quedarte para ver todos esos milagros, que solo allí se conocen; puedes percibirlos detrás y dentro del espacio. Los Dioses quieren que te quedes. ¿A dónde iríamos si tuviéramos todos los caminos cerrados? Veo que las puertas de la tierra celestial se abrirán y que mi madre me llama y me espera. Tú te quedarás, hijo mío, para aprender y para ver todos esos milagros. A mí no se me ha dado eso, pero tú recibes e irás a donde tú quieras. La fuerza por la que planeas en el espacio está presente en tu vida profunda. Y quizá vendrás entonces hasta nosotros y admirarás los jardines de tu padre, que tendrá también allí. Viviremos en sus jardines, lo infinito entrará en nosotros, así como el saber de por qué partiremos más tarde. Algún día nos verás tal como somos “dentro” de nosotros. Nos verás como no nos has conocido. Pero entonces iremos hasta ti y te ayudaremos, si tu corazón nos pertenece. Ese amor, hijo mío, será y significará la luz, por la que por delante verás el camino bueno.

Qué silencio nos rodea ahora. Los errores y pecados que cometí los he visto perdonados en tantas cosas que me dio la vida, por lo que estoy preparada.

A tu padre, querido Venry, le debo gratitud; él me devolvió a mí misma, por lo que pude entrar a los jardines de la vida. Quien siembra recoge, y quien sigue lo que crece, plantado por manos amorosas, no padecerá dolor, ni pena ni tristeza.

Quien quiera ver vivirá que toda tristeza cede y se disuelve. La vida nos permite seguir el crecimiento, pero quien “va adentro” vive y experimenta aquello que está presente en la profundidad de su propia vida del alma. Mi sentir temporal se está disolviendo ahora en mí, ahora lo final está en mí y es como un tenue susurrar. Pero aun así, mi corazón entiende y lo siento estremecerse y temblar.

Por eso seguiré la voz de mi corazón, querido Venry, síguela tú también, como sea que ella te hable. Si sientes que sucumbes, sucumbe entonces. Cuando la voz diga que te fundas en el amor, fúndete entonces, y si ordena que desciendas, descende, hijo mío: se trata de seguir el camino que los Dioses te marquen y fijen. Ese camino, querido Venry, no lo puedes eludir,

porque cuando está en ti, cuando pregunta y clama en tu interior, cuando arde por dentro y te propulsa, no puedes hacer otra cosa.

Si tienes que vivir, entonces no puedes morir, y si tienes que morir, entonces no puedes seguir viviendo.

Ah, hijo mío, si el silencio te rodea y está en ti, entonces no lo busques y quédate a la espera hasta que estés seguro de ti mismo. Entre la vida y la muerte está el secreto y ese secreto lo llevas dentro, se desarrollará y cobrará conciencia, y lo traducirás en palabras. Entre la vida y la muerte están el “porqué y para qué”, y la respuesta a todas nuestras preguntas, pero tú estarás allí y vivirás en los milagros, porque tus alas son grandes. Solo allí, querido Venry, vive la sabiduría para todos nosotros. También en mí hay algo de eso milagroso, hijo. Por eso, cuando la voz diga “ven”, iremos los dos hacia donde muchos nos recibirán, cantarán y esperarán.

Tú no eres como los demás niños, querido Venry, porque todo esto lo entiendes. Si los sabios no hubieran habitado la tierra, tampoco sabríamos nada de esto y habrían perecido nuestras almas hambrientas. Pero nuestra sed ha sido saciada por lo que sentimos y vemos, y por lo que ya nos ha sido dado. Ahora hay alimento en la tierra, pero desde ellos y por medio de ellos. Me entra un gran pudor ahora que siento que pasaron muchísimos años sin que mi alma estuviera sedienta. Lo que se me concedió recibir, querido Venry, sin duda habría podido ser más grande y poderoso, pero mi deseo por las cosas que hay en la tierra me privaban de la inmaculada animación, y esta solo es celestial. Y sin embargo me siento muy satisfecha y se me concede ser como los Dioses quieren verme, y entro (—dijo).

Silencio total a nuestro alrededor. Se levantó de golpe, fue a por su instrumento y cantó su canción favorita. Esa melodía interpretaba su sentir, pensar y su gran amor, y era para el que estaba junto a ella, arrodillado.

Sentía un respeto sagrado por su manera tan profunda de ser uno y entendía a estos seres como personas y almas, para lo cual podía servirme de mi contemplación interior. Ambos iban “adentro” de aquello de lo que estamos hechos nosotros y el espacio. Sentían el silencio, que sin embargo ahora no era para mí, debido a que aún no podía sentirlo y que solo podían sentirlo dos almas. Pero yo todo lo comprendía.

Cuando se disolvieron los últimos acordes y el sonido de su preciosa voz en este sagrado silencio, se fueron para admirar los jardines. Parecía que hoy ya no habría oportunidad de dormir. En nosotros había serenidad, a la que se la llama el silencio.

La había entendido, por profundas que fueran sus palabras. Ahora conocía muy bien a quien era mi madre. Les deseaba esta gran felicidad y me sentía parte de la misma. Ella veía detrás de las cosas y las experimentaba como en un sueño. Pero sabía que me quedaría atrás, solo, y que así tenía que ser; esa

seguridad también era su propia posesión. Era una, en todo era una con el absolutamente último uno: “la muerte en la tierra” para ambos.

Nos quedamos juntos hasta muy entrada la noche. Madre se encargaba de traer bebidas refrescantes y mi padre hablaba con los pájaros, que no conseguían de ninguna manera dormirse. Las flores tenían los capullos caídos: la naturaleza estaba aturdida, porque de las aguas se elevaban densas nieblas que se quedaban suspendidas encima de la tierra. Estábamos detrás de la casa bajo los frutales, yo flanqueado por mis padres, que me apretaban las manos.

Había serenidad en nosotros y no se dijo ni una sola palabra. Con toda seguridad nos habríamos quedado dormidos, pero ahora no era posible. Vivíamos en una conciencia que tocaba “la vida y la muerte”, entre poderes y fuerzas que representaban un poder supremo fuera de esta vida. Pensábamos quedarnos juntos hasta que saliera el sol. Mi madre vivía en plena serenidad, también mi padre era completamente él mismo. Pero hablaba entre dientes, aunque mi madre entendía, por lo visto, cada palabra, y le dijo:

—Querido Ardaty, no te preocupes por dejar atrás todo lo que no necesitamos en nuestro viaje celestial. Todos los hijos que pertenecen a esta vida y aún no están preparados se quedarán aquí. La otra vida nos esperará allí.

Pero si tu amor ama lo temporal, entonces ¿para qué prepararse?

Querido Ardaty, ¿albergas una verdadera voluntad? Sin duda que merece la pena poseer lo atractivo que posees aquí, formado por tu maestría.

Es comprensible que tu vida atenta sienta esta profundidad. Estos sentimientos, sin embargo, están también en mí. Pero hay una belleza encantadora, que hace que lo temporal haga la transición a lo infinito y haya este silencio, que radia por encima de toda nuestra vida y nuestro ser uno. Mis contemplaciones interiores solapan “esta” y la otra vida, y veo las leyes inmutables que significan poderes y fuerzas.

Me asalta una emoción tras otra cuando mis ojos interiores ven la luz en la que viven los Dioses.

La liberación temporal de mi alma toca la vida que amas, pero las leyes solo piden una completa entrega y el “ir adentro” de la realidad. Los sentimientos de ese tipo no pueden destruirte. El estar en rebelión contra esta vida y la siguiente está vinculado a tu propia personalidad, pero la vida nos exige completa seguridad, porque negarse obstinadamente puede rompernos el corazón. Quien siga ese camino se adentra en una improbabilidad de sentir y pensar, y se desprende de la plena conciencia. Esto expulsa a todos de aquello que tiene que ser vivido de lleno.

Créeme, querido Ardaty, no permitiré ahora que me someta el desaliento, ahora que las leyes se transforman en poderes y fuerzas. Si sientes este silencio total en el que vivimos, sigue entonces con cuidado el sendero iluminado que te preparan los Dioses. También sé que ahora te entrarán preguntas de todo

tipo, pero la amenaza directa también se te abalanza encima y crea un abismo entre “la vida y la muerte”.

Los deseos engañosos pueden suponer tu infelicidad, y por su acumulación tu alma hace la transición hacia eso, repeliendo aquello que es lo perfecto. Lo que hay ahora en ti tiene una radiación que llega lejos y te conecta con esta vida y la siguiente. En nuestras almas yace el origen, pero también llevan vinculadas el nuevo nacimiento, aunque lo infinito es algo que uno tiene que “querer” recibir. Si quieres vivir, Ardaty, ve entonces “adentro”, y muere. Si los deseos interiores y terrenales te hacen muecas y sientes un estremecimiento, será, en el fondo, la ignorancia de lo que hay detrás de eso. Todo lo que poseemos en la tierra, querido Ardaty, es prestado.

Venry conocerá a Ardaty en la medida en que a los Dioses les parezca bien. Pero mira todo eso tan encarnado: es como sangre. Ilumina las tinieblas. Es una señal, pero solo para quienes aceptan (—dijo).

Miré en las tinieblas, pero no vi luz ni nada encarnado que fuera del color de la sangre. Pese a haber percibido muchas veces la luz que otros eran incapaces de ver, no logré percibir nada de lo que veía mi madre. Hablé los últimos días más que en toda su vida. En silencio, en mucho silencio y ensimismada había vivido su vida terrenal, guardando su secreto.

Ahora estaba completamente abierta y todo era profundo, cada palabra tocaba la vida infinita. Cuando mi madre dejó de hablar, mi padre se incorporó de un salto y abrió las jaulas.

Los pájaros seguían despiertos y habló a sus hijos, conminándolos a mantenerse tranquilos. Después volvió a donde estaba mi madre.

Esta se levantó de pronto, tomó a Ardaty de la mano, y ambos se quedaron mirándome. Me entraron los ojos de mi madre, igual que la noche da paso al día y que se despierta la vida. Vi pasar ante mí mi joven vida y volví a vivir su gran amor. Nuestras almas eran una sola y siguieron siendo eternamente una. Entonces, como si fuera presa de una sacudida, se desprendió de mí e hice la transición a mi padre. Sentí cómo me entraba un agradecido sondar y sentir, así como la felicidad de un niño grande. Como si el hecho de ser uno solo también fuera perfecto en eso, ambos me dijeron a la vez:

—Adiós, mi querido Venry, adiós hijo mío.

Y se fueron, caminando por los jardines. Ambos se disolvieron ante mis ojos y me quedé solo.

En pensamientos seguí lo que ella había dicho a mi padre y a mí. Su sentir y pensar era de una hondura imponente, y aun así podía entenderla. Si descendía mucho en mí mismo la entendía completamente.

¿Llegaría a conocer a Ardaty? ¿No conocía a mi padre lo suficiente? Al pensar en él los pájaros se fueron volando hacia el espacio y desaparecieron. Tenía

un gran significado, porque era de noche, a pesar de que estuviera asomándose una tenue luz crepuscular, que anunciaba el nuevo día. En el mismo instante en que los pájaros quedaron en libertad surgió de las entrañas de la tierra un sordo fragor, de inmediato seguido de un segundo y tercer fragor, y percibí que una luz de un rojo intenso rompía el crepúsculo. Casi me asfixiaba la atmósfera sofocante y a lo lejos oía que se iban acercando los rugidos de las bestias. Inmediatamente después oí hablar dentro de mí la voz de Dectar.

—Ven, querido Venry, ven rápido, por favor. Ahora no busques a tus padres, están sumidos en una profunda oración y están yendo “adentro” y hasta “Él”, que posee la Omnisabiduría. Anda ahora, querido Venry, ven rápido, antes de que suceda que las leyes se transformen en fuerzas y poderes (—concluyó).

Me había hablado un maestro en la concentración y de férrea voluntad. Desde el Templo de Isis construyó un muro de fuerza a mi alrededor. Mi vida interior, que parecía haber estado dividida en dos durante bastante tiempo, por lo que me había sentido en dos mundos a la vez, estaba volviéndose una ahora. Sentía, además, otras fuerzas y pareciera que mi cuerpo material hubiera perdido la fuerza de la gravedad. Pero no entendía nada de todo esto, aunque lo sentía muy claramente.

Me fui corriendo de casa y de este entorno tan rápido como podían mis piernas. Pero mi avance era más como el planear de un pájaro, tan veloz iba; jamás había podido correr tan rápidamente.

Para llegar al Templo de Isis solo necesitaba un cuarto de hora, pero ahora podría salvar esa distancia en pocos segundos. Vivía en una fuerza que me era desconocida. El Templo estaba fuera de nuestro pueblo y para alcanzar el sendero que me llevaría a la escalinata principal primero tuve que atravesar un bosque, pequeño pero tupido, y entonces lo vi ante mí. Ahora proseguí a un ritmo menos acelerado.

Ya había olvidado esos curiosos sentimientos. Por cuarta vez oí ese terrible fragor que surgía de la tierra. La iluminaba una luz estridente, de un rojo sanguíneo, y en la naturaleza todo estaba iluminado y era de color rojo profundo. Mi madre había visto este horror con anticipación y yo mismo lo había percibido como una raya de un blanco plateado.

El asustado trinar de los pájaros de pronto me arrancó del sueño y me pareció reconocer a los nuestros, que ahora no paraban de volar en libertad sin poder hallar descanso.

Una vez más oí el horrible fragor y vi que la tierra se estaba desgarrando. Pero no tenía miedo. La tierra estaba rajándose violentamente y con una fuerza increíble, por lo que los edificios se desplomaron, desapareciendo la superficie, y me encontré ante un profundo abismo insalvable que me impedía el paso. A mi alrededor no había más que vacío, profundidad, soledad y aban-

dono. Varias cabañas y casitas habían sido arrastradas a las profundidades y me llegaba el asustado llanto de mayores y niños. La lluvia caía del cielo torrencialmente y un diluvio anegó la tierra.

Percibí que el suelo que pisaba estaba empezando a desmoronarse, porque sentía temblar este trozo de tierra bajo los pies. Pero en ese instante volví a sentir cómo volvían a surgir en mí esas fuerzas extrañas y oí que Dectar dijo:

—Salta, querido Venry, no te preocupes y salta, podrás saltar lejos, muy lejos, para que pases por encima de este abismo y vuelvas a sentir tierra firme bajo los pies. Planearás, Venry, pero ¡salta!

Pero no me atrevía, porque veía que no sería capaz de dar ese salto y que desaparecería en la profundidad.

De nuevo oí hablar a Dectar:

—Has de saber, mi querido Venry, que estas fuerzas también están en ti; que estas nos han sido dadas, aunque pocos las sientan en su interior. Tú las tienes, las llevas dentro y yo las conozco.

Puedes ir donde tú quieras, pero tienes que saltar, y lo harás. ¡Salta ahora, Venry!

Entonces sentí que por detrás de mí, y por dentro, me entró un frío intenso y que me hacía más ligero. Tenía la sensación de que estas fuerzas surgían desde el interior de la tierra, y calculé la distancia. Solo tenía tres metros para dar el salto. Delante de mí se abría un abismo tan profundo y ancho que me daba miedo. Tenía una anchura de al menos diez metros, antes de poder llegar al otro lado. Aún pisaba tierra firme, pero no podía avanzar ni retroceder. Me encontraba en apuros. Aun así, no me daba cuenta de que mi vida corría peligro. Volví a oír a Dectar.

—¡Salta ahora, Venry, salta, el tiempo se agota!

Entonces fui presa de un miedo tremendo, tan terrible y horripilante que el sudor me corría por todo el cuerpo. Pero sintonicé mi concentración y voluntad en el salto sobre ese abismo, y supe lo que ocurriría. Me entró una fuerza enorme, puesta en marcha por mi miedo, por mi pensar y sentir, y ahora podría obligar a un pájaro a que cambiara su rumbo y, si lo quisiera, a que viniera hasta mí.

Salté y dejé de sentir mi propio cuerpo, y planeé hacia el otro lado. Pero mientras fui planeando tuve la sensación de que alguien me portaba, un ser invisible, aunque no vi a nadie. Me fui corriendo a toda prisa, a través de grietas y hoyos volví a encontrar el camino y vi que una parte del bosque había desaparecido en la tierra. Delante de mí estaba la escalinata principal que me llevaba en línea recta al Templo. Cuando hube cubierto la primera parte, descansé un poco. El camino fue subiendo después en zigzag y mientras lo recorría me pareció que alguien me esperaba allí arriba.

‘¿Eres tú, Dectar?’, me preguntaba. Mientras me apresuraba hacia arriba, vi

que era él. Su joven rostro rebosaba alegría. Me abrazó.

—Ya lo ves, Venry, todo esto es necesario. Ahora tienes nuevos dones, despertados a la fuerza por el miedo.

Alcé la mirada hacia él y pregunté:

—¿Dónde están mis padres?

—Están ingresados, Venry: en su propio jardín de verano, donde todo siempre florece, siempre, donde todo huele bien y todo les sonreirá. Sígueme, querido Venry, ya no nos separaremos nunca. Quiero ser un padre y una madre para ti.

Quise responder a Dectar y hacerle preguntas, pero me sobrevino un mareo y ya no supe de nada.

Mi formación para el sacerdocio

Cuando me desperté, Dectar estaba conmigo. Estaba tumbado en un espacio muy agradable pero pequeño y aspiré el aroma de hierbas, de las que sabía que las había cultivado mi padre. Dectar dijo:

—Es de ambos, querido Venry, solo de tus padres. También tengo un recado para ti.

—¿Tan pronto, Dectar?

—Sí, ya tan pronto, y dice:

“Querido Venry, estás en buenas manos, pero cuídate. Nosotros dos estamos muy felices y en vida. Si Dios quiere, nos verás, pero no te apresures”.

Es todo, Venry.

—Le estoy muy agradecido, Dectar.

Entendía a mis padres, sentí que me entraba su gran amor.

—Venry, ¿sabes cuánto tiempo has dormido?

—No, no lo sé, pero me siento descansado.

—Dormiste siete días y noches, mi querido amigo.

—¿Cómo es posible, Dectar?

—Es por lo que has vivido.

—¿Por qué lo quiso usted?

—No solo yo lo quise, Venry, también los sumos sacerdotes quisieron que vivieras esto.

—¿Y ya lo sabía usted de antemano?

—Sí, todo, los maestros también vieron el terremoto con anticipación, pero ibas a quedarte hasta el último momento de todos junto a tus padres.

—¿Sabía usted que iría a planear y que ocurriría?

—También eso, Venry, y de eso estamos seguros, pero aún hay mucho más. Has visto que estuve siguiendo tus pensamientos y sentimientos. Lo que diré ahora ya es parte de tu formación, por lo que puedes hacer preguntas, que te contestaré. Quiero, pues, que pienses con lucidez y sintonices tus preguntas de tal modo que siempre podamos seguir avanzando. No preguntar por lo último que sucedió; comenzar por las primeras cosas del todo, porque esto es lo que hemos de hacer y esas son las leyes de este Templo. ¿Me entiendes mi amigo?

—Sí, Dectar, escucharé con atención y sé lo que quiere decir usted.

—También es mi deseo, Venry, que sigas siendo del todo quien eres, que me aceptes como tu amigo, y, ¿me llamarás por mi nombre?

—Le doy las gracias, y lo haré. ¿Para qué es esto, Dectar?

—Estupendo, muy bien, Venry, celebro esta pregunta y te estoy muy agra-

decido. Indica sentimiento y que eres quien eres, indica serenidad y adaptación. A seguir así, Venry, y obtendremos rápidos progresos.

Es porque nada debe trastornar tu sentir y pensar interiores. Aquí debes ser igual que como eras con tus padres. Allí podías sentir y pensar con lucidez, y eso fue muy bueno. Recibías, veías y vivías, y en eso debes ser de lleno quien eres. Es también por eso que no quiero ser tu maestro, sino tu amigo. Pero hemos de obedecer las leyes de este Templo.

—¿De modo que tenían que morir mis padres, Dectar?

—Sí, Venry, ambos lo comprendieron y sintieron. Ahora están en el cielo.

—Entonces, ¿no habría sido posible partir, de todas formas, antes de que ocurriera?

—No, Venry, porque su transición es una ley. Y quienes sientan esto, cumplen con estas leyes y actúan según cómo les entren. Muchas otras personas no sienten nada de eso, y por eso partirán y huirán. Pero se engañan a sí mismos y morirán de todas formas, porque los Dioses saben lo que hacen. Estos sentimientos, estimado Venry, que nos vienen con mucha antelación, tocan la conciencia infinita y allí es donde vivía tu madre. Probablemente pensarías que esto es así para todos, pero este estado de ánimo es una sintonización que une cada siglo con otro siglo y que conocerás más tarde.

—Así que, Dectar, ¿no se muere demasiado pronto, ni se parte demasiado tarde?

—¿Es posible que los Dioses se adelanten o retrasen con algo? ¿Se pone demasiado tarde el sol o sale demasiado pronto? ¿Conoces el “porqué y para qué” del tiempo, Venry? Los conocerás en este Templo, porque estas fuerzas están en ti y las desarrollaremos.

—¿Por qué tuve que dar ese salto, Dectar? Podía haber partido antes y así se me habría ahorrado todo ese miedo, ¿no?

—Estupendo, Venry, sigue así, buena pregunta, lúcidos pensamientos. ¿No sintió mi amigo que ocurría algo asombroso?

—¿Quieres decir esa luz, Dectar?

—Exacto, Venry, ese asombroso sentimiento que te entró, que te hizo tan ligero como un pájaro en el aire y que hizo anular la fuerza de la gravedad. Esa fuerza despertó ese estado, llevándote a él.

Pero, por qué, preguntarás, ¿para qué estuvimos esperando hasta el último momento de todos? No puedes saberlo, amigo mío, y tampoco te voy explicar ahora estas leyes, porque eso será más tarde. Que baste si digo que son dones que representan a dos mundos, que significan las fuerzas físicas y psíquicas. Te siguieron los maestros, pero fue solo gracias a ese miedo que se despertaron estas fuerzas, y en poco tiempo viviste la experiencia de muchos años.

Para despertarlas necesitamos bastante tiempo, ahora se despertaron en ti

en pocos segundos. Pero eso lo comprenderás más tarde, igual que la razón por la que lo quisieron los maestros.

—Tengo la sensación, Dectar, de que ahora puedo pensar más profundamente y con mayor lucidez. ¿Es por eso y tiene que ver también con eso?

—Muy bien, fenomenal incluso, Venry, me alegro mucho. Sigue pensando y sintiendo en eso, así lograremos rápidos avances.

Acabo de decirte que en solo unos segundos viviste mucho tiempo. En nosotros, los seres humanos, residen muchas fuerzas, pero nos son desconocidas. La mayor parte de la gente ni es capaz de pensar, Venry. Duermen, aunque crean y sientan que llevan dentro la gran conciencia. Pero duermen durante toda su vida un sueño profundo, a pesar de estar despiertos. Pero ese estar despierto lo conocerás y entenderás aquí, y entonces sentirás de inmediato lo poco que la gente sabe de sí misma. ¿Me comprendes, Venry?

—Sí, Dectar, te comprendo. Cuando eso se despierta, ¿la gente se siente como me sentía yo estando allí y en la tierra?

—Exacto, así es, Venry, están medio despiertos, o sea, medio vivos, y aun así piensan que están “sintiendo y pensando”, como vivimos nosotros. Pero eso no es verdadero: no estar realmente “vivo”, eso es dormir, muy profundamente. Ya lo conocerás, Venry.

—¿Sabes mucho de la gente, Dectar?

—Sabemos muchísimo, Venry, pero tampoco todo.

—Pero de mí lo sabías todo, ¿no?

—Los sentimientos humanos, amigo mío, no son profundos y de eso lo sabemos todo, pero lo que vive entre “la vida y la muerte” esperamos conocerlo ahora, aunque ya sepamos muchísimo. Aquí aprenderás a pensar, Venry, como nunca antes pudiste hacerlo. Y en eso obtendrás el sacerdocio.

—¿También llegan otras personas aquí, Dectar?

—Por supuesto, pero regresan a la vida después de aprender aquí cómo tienen que pensar y sentir. Aquí aprendieron a hablar, Venry, y están preparadas para vivir entre la gente, y se harán grandes, pero esa grandeza también la conocemos nosotros.

—¿Tengo que aprender a hablar otro idioma, Dectar?

—No, Venry, a ti eso no te hace falta, para ti todo es diferente, te lo contaré más tarde. En ti hay fuerzas, y nosotros las despertaremos. Son dones, Venry, sentimientos innatos, los recibiste de los Dioses; has de estar muy agradecido por ello. Solo las personas con dones naturales poseen estas fuerzas y rasgos, que no pueden ser aprendidos. Nosotros lo sabíamos y por eso quisimos que te quedaras hasta el último momento de todos; así podemos empezar ya con tu formación. Estas fuerzas no son como las de “él”, ¿no es así?

—¿Quieres decir por las que estuve poseído?

—Sí, Venry. Estas fuerzas significan serenidad, pero son muy poderosas y

por lo mismo te pueden inquietar, si no eres capaz de procesarlas, porque son enormes. Pero tampoco temas eso, te ayudaré.

Te sentías tan ligero como un pájaro en el aire y podrías obligar a uno a que se te acercara. ¿No es así, Venry?

—Eres un maestro, Dectar, y lo sabes todo.

—De ti lo sé todo, Venry, y somos uno, en el sentir y pensar. Ahora estás completamente blindado. Yo abriré la morada de tu alma; ahora no puedes ver, pero sí sentir muy, muy profundamente.

—¿Es por eso que dormí tanto, Dectar?

—También por eso, Venry, pero tu salto te dejó completamente agotado. En ese tiempo estás completamente blindado, y por eso ahora solo puedes pensar en mí y en aquello que aprendas. Más tarde volverán en ti tus propios pensamientos, pero ahora me tienes que seguir a mí. Intenta pensar en tu juventud, Venry, y experimentarás que no es posible (—dijo).

Hice lo que me pedía Dectar pero no fui capaz de sentir ni de pensar; me había entrado un vacío. Podía volver a pensar hasta mi salto, pero más profundamente y más allá no me resultaba posible ahora.

—¿Por qué es esto así, Dectar?

—En primer lugar, para ayudarte, para que esas fuerzas no te tomen desprevenido y puedas seguir siendo quien eres. Pero sobre todo, porque debemos empezar del todo vacíos y no allí donde haya completa luminosidad en ti. Así que son todos los acontecimientos que has vivido. Todos esos años los tengo que desintegrar, o bien clausurar. Pero ahora que sé lo que te espera y cómo fue tu vida, clausuro por el momento todas esas experiencias y vamos a empezar cuando llegaste a mí.

Es desde ese momento que dio comienzo tu formación. Así que olvidarás por el momento todo lo demás, Venry, porque no debe haber nada en ti que trastorne tu nueva vida. Ahora proseguiremos desde unas tinieblas que sientes como un vacío.

Esos pensamientos y sentimientos son los únicos que puede haber ahora en ti, y seguramente ya sentirás que esto solo es posible por medio de nuestra ayuda. De modo que empezamos cuando te acercabas al Templo, pero más tarde tu juventud también volverá en ti.

Ahora vete a dormir, Venry, volveré por la mañana, porque ya es de noche. Vete a dormir tranquilamente, solo a dormir, no sueñes, no pensarás en nada, porque es mi deseo y el de los maestros (—concluyó).

Mientras hablaba ya me fui quedando profundamente dormido. Me entró al alma una sensación paralizante y una serenidad gustosa. Grandes eran las fuerzas de este hombre y ya no supe nada más.

* *

Había llegado a la edad de quince años y ahora mi formación iba a comenzar. Cuando desperté a la mañana siguiente estaba Dectar conmigo, y dijo:

—Buenos días, Venry, ¿durmió bien mi amigo?

—Sí, Dectar, me siento gloriosamente descansado.

—Te traje algo de comer y tu vestidura.

Junto a una bandeja con algunas frutas había un vaso lleno de néctar. Sobre un asiento de madera había una vestidura amarilla, con capucha azul y cinturón rojo. Encima del lugar de mi corazón vi un signo, y este signo determinaba mi vida interior y mi estancia aquí. También Dectar llevaba la misma vestimenta, aunque de otro color y tela; pero el signo que había visto en la mía también lo llevaba él. Él ya me sentía.

—El signo, querido Venry, solo lo pueden recibir las personas con dones naturales, y tú eres una de ellas.

—¿Tiene su vestimenta el color de su saber, sentir y pensar?

Solo sonrió.

—Prepárate, Venry, conocerás el edificio, vamos a dar un paseo. Enseguida regreso.

No necesité mucho tiempo para prepararme. Comí las frutas y bebí del néctar, y cuando terminé, entró Dectar. Comprendí que me seguía y que sabía que estaba listo.

—Ahora vamos a dar un paseo, Venry. Verás lo que ha ocurrido.

Estaba preparado y seguí a mi maestro. Tenía el cuerpo ladeado hacia la izquierda mientras caminaba; antes ya me había llamado la atención. A veces andaba erguido, como una persona normal. Mientras pensaba en esto, se dio la vuelta y me echó una mirada profunda, que de golpe me dejó triste. Pero continuó andando por delante de mí y atravesamos largas salas y pasillos, pasando por una sucesión de espacios, aunque sin ver a nadie. Pareciera que el edificio se hubiera dormido con todos sus ocupantes. Entonces llegamos al exterior y vi ante mí los preciosos jardines del Templo de Isis.

Era una mañana espléndida, los rayos de sol bañaban toda esta vida. Ahora estaba en los jardines de Isis, el Templo de la Sabiduría, que conocía y poseía el origen de la vida, y que había llevado ese conocimiento a la humanidad a través de hombres y mujeres videntes.

Fuimos bordeando arriates de hermosos diseños y jaulas con muchos animales, incluso salvajes, pájaros e insectos; después visitamos los frutales y los jardines de hierbas aromáticas y todas las plantas beneficiosas para el interior del hombre. Después de haber paseado un buen rato sin haber cruzado palabra alguna, me dijo:

—Todo lo que ves, Venry, crece y florece gracias a la maestría de tu padre. Él era el maestro de todas estas cosas hermosas. Cuando se rodeaba de ellas, las flores emanaban para él sus aromas y los pájaros le cantaban su saludo matinal, y los demás animales bailaban de alegría. Pero toda esta hermosura también la posee allí donde está ahora. La propia vida fue para él también la escuela, y en ella fue consciente.

—¿Dónde está la escuela, Dectar?

—Yo soy la escuela, Venry, y te enseñaré cómo tienes que ver las cosas, no es necesario un idioma para eso.

—¿Por qué no?

—Porque está en ti, Venry, es otro y mejor que el nuestro.

—¿Y lo aprenderé a hablar?

—Solo cuando estés dormido y te encuentres entre aquellos seres que ya no están en la tierra y que ya saben lo que se puede aprender entre la vida y la muerte.

—¿Y crees que llegaré a eso, Dectar?

—Si lo quieres mucho, Venry, recibirás las alas más grandes de todas. Pero mira allí, Venry, mira cómo un terremoto desgarró la tierra, tumbando y rajando montañas, haciendo crecer ríos y derribando casas. Aun así somos unos afortunados, porque este lugar se quedó a salvo. En otra ocasión desapareceremos junto a todo lo que ves, Venry, porque eso también es posible.

—¿Ya lo sabe ahora, Dectar?

—Todavía no sé nada, Venry, pero me gustaría saberlo todo. Lo que veo y siento es muy poco, y por eso no estoy seguro. Pero nos quedaremos a la espera, los Dioses nos lo pueden dar, Venry, ¡ellos saben todo!

—Pero esto ya lo sabía hacía mucho tiempo, ¿no es así, Dectar?

—Si digo desde hacía años, ¿podrás aceptarlo?

—Mi madre lo vio con antelación y a mí se me concedió ver algo, ¿fue gracias a usted?

—Sí, Venry, lo viste y lo sentiste, pero a través de mí; así, sin embargo, puse a prueba nuestro ser uno. ¿Eres feliz, Venry?

—No puedo responder a la pregunta, porque no hay sentimiento en mí.

—Muy bien, Venry, tienes que decir lo que sientes, nada más, usa sobre todo pocas palabras y lo que quieras decir lo has de intuir claramente. ¿No lo olvidarás nunca?

—Te lo prometo, Dectar.

—Lo que deban aprender otros no es para ti; llegarás a conocer y comprender la naturaleza. Quizá te parezca muy sencillo, pero pronto te quedará claro lo complicado que es.

—Dectar, ¿tan difícil es entonces ver las cosas en la naturaleza, tal como esta las creó?

—Tu padre lo sabía hacer muy bien, Venry, pero es harto difícil. Era un maestro en eso. Para aprender a ver la naturaleza, amigo mío, hacen falta muchos años, pero tú harás rápidos progresos. Por eso, la naturaleza es nuestra escuela de aprendizaje.

Tienes que pensar y seguir pensando, siempre intentar sentir, y al mismo tiempo ver claramente cómo es la vida en la naturaleza y en todos los tiempos. Tienes que saber sentir lo profundo que es el sueño de los distintos animales, qué quiere decir el alegre trinar de un pájaro, la obstinada resistencia de otra especie. Tienes que seguir toda esta vida, Venry, la tienes que conocer hasta lo más hondo de su ser.

—¿Cómo podré procesarlo, Dectar?

—Cuando te hayas llenado con todo eso, deberás olvidarlo otra vez, porque después de un tiempo volverá en ti. Solo entonces será una posesión tuya y te definirá como persona.

—¿Y tan difícil es eso, Dectar?

—Tu entusiasmo juvenil aún no siente la profundidad de lo que digo, pero eso también cambiará. Sé, además, que puedes hacerlo. Aquí hubo muchos otros que sintieron la llamada del sacerdocio. Pero eran incapaces de pensar, Venry, y se les mandó de vuelta. Ninguno tenía sentimiento y siguen dormidos, viviendo la vida transitoria. En sus almas no vimos ninguna grandeza, ni en todas esas vidas anteriores, y esta vida es demasiado breve para despertar eso. Si sentimos y vemos que podemos sacar algo de ellos, créeme, querido Venry, que entonces ya hacemos todo lo que podemos, pero no es posible. En la conciencia diurna son muertos en vida, en la conciencia semidespierta están dormidos y en ese subconsciente profundo reside un cansancio mortal que ahoga su voluntad y concentración.

Ves, amigo mío, no es tan sencillo. Si no puedes sentir ni seguir la naturaleza, Venry, tampoco podrás detener más tarde el águila en su vuelo. No albergarás entonces la voluntad de obligarlo a que venga hasta ti, y a nosotros tampoco nos resultará posible enviarte a donde viven quienes abandonaron esta vida. Para eso estás aquí, Venry, y eso nos hará aprender a todos. Si quieres alcanzarlo, amigo mío, entonces seguirás la vida del insecto más nimio y de toda la demás vida que abunda en la naturaleza. Empezarás a sentir entonces lo infinito de toda esta vida, y a asimilarlo, y estarás preparado para sentir de lleno los poderes y fuerzas que hay entre la vida y la muerte, pero sobre todo para ofrecer a este Templo lo que los Dioses nos han destinado. Ese sentimiento está presente en ti, Venry. La naturaleza te dio tesoros interiores que solo se entregan a pocas personas. En la vida en la que miraste de niño hay muchos secretos, leyes, fuerzas y poderes, pero nosotros, las personas, somos parte de ellos. Pero a nosotros, amigo mío, nos toca reflexionar e intentar sentir y vivir muy seriamente aquello que se halla detrás de esta vida.

—¿Sabes llamar a un pájaro para que venga hasta ti, Dectar?

—Sí, Venry, esas fuerzas están en mi poder, pero ¿qué quiere decir eso? ¿Qué significa, amigo mío, saber sintonizarte con una sola meta y que sin embargo sigas sintiendo una impotencia contra la que me estrello? ¿Ves ese pájaro allí, Venry?

—Sí, Dectar, se aleja volando.

—El animalito regresará, Venry, regresará a mí, regresará y tendrá que regresar, ya vendrá, la vida, querido Venry, no ese animal, sino que regresará a mí la vida.

—Ciertamente, Dectar, ya está allí el pájaro, tienes el animal en tu poder. ¡Eres un gran milagro, Dectar!

—Tú también lo aprenderás, Venry, incluso muy pronto; solo está adquiriendo tan rápidamente conciencia en ti porque diste aquel salto. Pero suficiente por ahora. Por la tarde iré a buscarte para llevarte al sumo sacerdote. Pero ahora vas a descansar primero y a reflexionar sobre todas las cosas, aunque te ayudaré. Empiezas con tu llegada, Venry.

Estoy en ti y sigo conectado contigo, y sabes que puedo alcanzarte. Ahora puedes hacer lo que tú quieras: pensar o no pensar; te sigo y tengo que seguirte. No estarás solo en nada, porque también en la “nada” somos uno. Incluso cuando duermas, querido Venry, en tus sueños, y dondequiera que esté tu espíritu seremos uno, hasta que estés preparado y hayas alcanzado el sacerdocio.

Así transcurren los primeros años, ese tiempo lo necesitas para poder sentir y pensar con claridad, si quieres conseguir lo que acabo de hacer. Si veo bien y nítido, Venry, me superarás y nos darás una sabiduría de la que ahora no sabemos nada todavía.

A pesar de todos tus sentimientos, querido amigo, tendrás que ser muy cauto con muchas fuerzas. De modo que cuando estés solo, te verás sorprendido por pensamientos y poderes y sentimientos que carecen de razón de ser, que te entran de improviso, porque el aire está grávido de los mismos, pero que nada tienen que ver, nada, con tu propia vida y que pertenecen a otras vidas fuera de este Templo.

Somete todos estos sentimientos sintonizando en ellos tu severa e inflexible voluntad, y obligate entonces a sintonizar tu concentración de tal forma que seas dueño y señor de tu propia vida.

Niégales el acceso a estos vacuos pensamientos, que pueden destruirnos, como sacerdotes. No des rienda suelta a tus pensamientos, querido Venry, si no quieres ser lanzado a través del espacio como un vendaval, solo piensa porque quieres pensar.

Lo que entonces te entre y esté en ti estará bajo control de tu vigorosa y fuerte voluntad. No permitas, Venry, quedarte a merced de fuerzas y pen-

samientos ni que así oscurezca la luz en la que vives. Haz que siempre estés preparado, no solo en la conciencia diurna, o sea, tal como eres ahora y me estás escuchando, sino también en el sueño.

Ya habrás comprendido, Venry, que todo esto no es tan sencillo, pero te ayudo a pensar, y lo hago encantado.

—Te doy las gracias, Dectar, y me esforzaré.

—Ahora quiero, amigo mío, que descanses. Pero no te prepares para nada, Venry, tampoco para mi llegada, debes permanecer a la espera en todo, porque desconocemos las prisas, y estas pueden matar tu formación.

Entonces Dectar partió y me quedé solo, pero había en mí miles de pensamientos y sentimientos.

Mis primeras lecciones en concentración

Después de acostarme empecé a pensar. Me había quedado claro lo que quiso decir Dectar, y por eso volví en pensamientos al instante en que perdí la conciencia. Antes que nada me sintonicé con eso e hice la transición al acontecimiento. Lo que me entró ahora se me hizo de una importancia extraordinaria, porque ya no sentía nada de mi juventud; ya estaba obteniendo la prueba de lo bien que me había blindado Dectar. No podía haber recibido una ayuda más natural y clara.

Cuando mi concentración pareció perfecta, me sentí preso de un mareo. Ciertamente, había vuelto a ser uno con este acontecimiento y a conectarme con él. Quería vivirlo también ahora, pero tendría que seguir consciente. Porque si hiciera ahora la transición a ese mismo estado y perdía la conciencia, no conseguiría nada, y tampoco se trataba de eso. Pero si lo conseguía, entonces esa falta de conocimiento, o inconsciencia, la devolvía a la conciencia, y podía dar comienzo mi formación.

Así que continué y vi que me elevaba. Dectar me estaba esperando. Entonces me acerqué a él; él me hablaba y yo quería hacerle preguntas. Pero me asaltó aquel mareo y ya no supe nada más. Así lo había vivido.

Retuve ese instante. Fui descendiendo más y más en el acontecimiento y también ahora sentía que me mareaba. ‘Es estupendo’, pensé, ‘mi concentración es perfecta’.

Ahora tenía que intentar seguir consciente. Se me hacía milagroso esto de revivir algo que pertenecía al pasado. Estaba conociendo y comprendiendo las leyes espirituales, y las asimilaría.

Pero mientras pensaba, sentía y me concentraba, noté que mi cuerpo material estaba perdiendo fuerzas vitales. Me puse a pensar, porque quería saber de dónde y a través de qué me entraban esos fenómenos. Pronto me pareció entenderlo. Cuando había vivido mi inconsciencia, también había perdido el sentimiento en ese estado. ‘Así que está muy claro’, pensé: ‘si ahora eres de lleno uno con eso, también lo tienes que vivir ahora’. Pero ahora era consciente e iba a percibir el acontecimiento.

Mientras Dectar me tenía entre sus brazos miraba en el espacio. Lo que veía yo ahora ya era parte de la inconsciencia, pero ahora estaba consciente. La mirada de Dectar ocurrió durante mi inconsciencia. Entonces no lo pude ver, pero ahora estaba viviendo lo que sin embargo había tenido lugar fuera de mi conciencia. Este curioso fenómeno, el sentimiento de estar conectado de forma clara y natural, y que mi concentración ya parecía perfecta me hacía muy feliz. Por eso comprendí que estaba siguiendo el buen camino.

Pero ¿qué es la inconsciencia? ¿Tiene fronteras? ¿Qué sucede cuando una persona está inconsciente? ¿Significa algo este quedarse dormido?

Me entraron estas preguntas y no eran más. ¿Eres tú, Dectar? ¿Eres tú quien hace estas preguntas en mí a través de tus grandes fuerzas y dones? ¿Estás intentando ayudarme de esta forma? Si es así, amigo mío, nuestro ser uno es perfecto y escucharé.

Quería seguir ahora ese sumirse en las profundidades, que era la inconsciencia. Y cuando me sintonicé con eso, vi, viví y experimenté que mi alma se desprendía del cuerpo material. Este proceso se había completado por esa sacudida y por el consumo de fuerzas vitales, y por eso el alma “tenía” que alejarse. Yo mismo era expulsado de mi organismo. Entendía de lleno lo curioso y natural que era esto, y me parecía muy asombroso. Pero ya estaba sintiendo otra cosa. Ahora que era uno con eso y que estaba conectado con ello, sentía que ahora también mi cuerpo material estaba perdiendo fuerzas. Si ahora no me esforzaba mucho, volvería a perder conciencia, cayendo en un profundo sueño, lo que allí era y significaba la inconsciencia.

Para comprobarlo elevé el brazo derecho, pero me pesaba tanto ese miembro que volvió a desplomarse a mi lado. No podía haber hecho una prueba más clara. Ahora seguía consciente por mi fuerte y clara concentración, sin eso volvería a dormirme de nuevo.

Estaba conociendo las leyes materiales y espirituales. El alma estaba desprendiéndose del cuerpo material, en este caso por acontecimientos emocionales, y entonces se derrumbaba el cuerpo. Era un acontecimiento muy profundo y a la vez muy sencillo. Así se desarrollaría mi interior.

Las personas podían perder el conocimiento en muchas otras situaciones, pero lo que ocurría entonces era como lo había conocido ahora. Si ahora me dejaba ir del todo, debilitando mi concentración, entonces me quedaba dormido. Por eso comprendí y sentí que la inconsciencia y el sueño en el fondo eran un solo estado, un solo acontecimiento, como si fueran una sola incidencia. El sueño significaba el sumirse de forma natural en las profundidades y el desprenderse del alma; con la inconsciencia, sin embargo, ocurre por una sacudida, que no significaba más que consumir fuerza, y eso tenía que ocurrir.

‘Qué asombroso’, me decía, ‘y solo ahora es cuando te estás conociendo’. Pero ahora ¿qué? ¿Qué venía después?

Mientras me hacía esas preguntas me entraron nuevos sentimientos y entendí de pronto lo interesante, pero a la vez lo profundo que era este acontecimiento. Mi organismo material me obligaba a escuchar en este momento. Lo acababa de vivir, porque mi cuerpo quería dormirse ahora. Pero yo quería seguir a Dectar. Si ahora me sintonizaba con él, me quedaría dormido. Así que me encontraba ante un misterio grande y profundo, pero me parecía

sentirlo después de que me hubieran entrado pensamientos.

Seguiría a Dectar, pero para eso me dividiría. Una parte de mí tendría que ir a ver allí, pero la otra tenía que encargarse de que no se me durmiera el cuerpo. Esos sentimientos acababan de entrarme y entendí lo que se quería decir con eso.

La división de mí mismo era completa, porque lo que veía y vivía lo acepté de inmediato. Mi división era muy importante y vi nuevos milagros. Hacía unos instantes había visto a Dectar muy claramente: él y yo íbamos ahora envueltos en una densa emanación. Porque ahora que percibía con las fuerzas mediadas, también se había debilitado mi vista y el espacio en el que Dectar y yo vivíamos. Así que eso partía de mí mismo, al haberme dividido vivía con las fuerzas mediadas, lo que se me hacía como un gran milagro. Ahora continué, porque quería ver lo que sucedía.

Dectar miraba en el espacio. Cuando volví a percibir, lo oí hablar. Tampoco sabía nada de eso. Pero ¿con quién hablaba Dectar?

Me sintonicé con él y oí:

—¿Están los Dioses con nosotros, Ardaty? Oh, vete a ella y no te preocupes, le enviaré a Venry el mensaje de usted. Pero diga a su madre que soy feliz. ¿Se me dará ahora todo, Ardaty? Vuelve ahora sin demora, Ardaty, rápido, usted lo sabe.

Qué curioso, ¿Dectar oía y veía a mi padre? Pero ¿por qué actuaba Dectar de esa forma tan extraña? ¿Para qué ese regreso tan rápido de mi padre? ¿Para quién?

Entonces vi que Dectar iba subiendo, peldaño a peldaño, en dirección al Templo.

‘Pero ¿por qué este secretismo?’, volví a preguntarme. ‘¿Compartía mi padre un secreto con Dectar? ¿Estaba al tanto mi madre? ¿Qué le sería dado a él? ¿Quién obligaba a partir a mi padre tan apresuradamente?’. Hablaban con urgencia. Dectar hablaba de un modo en que no lo había oído hacerlo antes. Volví a sintonizarme con él. Era curioso el comportamiento de Dectar, muy curioso, porque se hablaba a sí mismo, pero oí:

—En mis brazos descansa un muchacho con dones; algún día hará milagros. Puede sanar, con toda certeza, y seguirme y continuar siguiéndome, pero entonces llegará un momento en que me quede solo. Entonces seré un muerto en vida. Venry amará a quien ama y algún día, por sus grandes alas, se sentará a su vera en las nubes y me mirará. Oh, ojalá se me concediera vivirlo. Y entonces ya me habrá pasado, tendré que quedarme en la tierra y vivir mi vida en la inconsciencia.

Oh, querido Venry, entonces me menospreciarás, pero soporta entonces que te haga preguntas, porque he de saber cómo es la vida allí donde viven quienes partieron. Solo eso puede hacerme feliz. Vete entonces “adentro”,

querido Venry, y mira en las cosas que viven allí, pero dime cómo siguen su curso los planetas y las estrellas y por qué no sabemos nada de eso. Dime todo lo que veas y sientas, he de saberlo. En mí hay muchos dones y veo detrás de las cosas y con mucha antelación, pero no es nada en comparación con lo que hay en ti.

Entonces oí que Dectar hablaba susurrando para sus adentros, y eso también se me hizo muy extraño.

—Me dirás, querido Venry, por qué la hiena se sacia con el cadáver y por qué hay tantos animales viviendo en un solo animal. Eso es poderoso, Venry, muy profundo, pero he de saberlo como sea. Quiero ser como el rey del aire, el animal que es soberano y que domina ese espacio. Ay, Venry, tengo tanta hambre y sed, pero tú puedes ayudarme. Se me concedió ver al faraón varias veces e incluso sanarlo; se me concedió entrar a su santuario y posar mis manos encima de su joven corazón. Se dice que soy un hombre sabio, y sin embargo, Venry, soy muy pobre, ahora que te tengo entre mis brazos. Qué grandes son tus dones. Tienes que contarme de ellos, porque quiero ser feliz en esa vida. Quiero conocer toda esa sabiduría.

Algún día, mi amado Venry, me sobrepasarás a toda velocidad y ya no podrá seguirte Dectar. Entonces verás las profundidades y la irradiación de todas las vidas en que viví. Entonces pondrás a raya a los demonios, lo que esté poseído quedará lejos de ti, serás dueño del espacio y habrás recibido las alas más grandes de todas.

Puedo vencer a los demonios, Venry, pero, ay, me cuesta tanto esfuerzo. Si me enseñas, te juro que te seguiré, pero entonces tienes que enseñarme todo lo que los sabios tienen por decir allí. En mí hay un solo gran deseo, Venry, y quizá me ayudarás también con eso.

Recibirás mucho de ese reino para el Faraón y serás recompensado e incluso recibirás amor, así como aceites y maravillosas hierbas aromáticas que solo conoce y posee el faraón. Se te abrirán las puertas de sus santuarios; reinarás y dominarás en el Templo de Isis y todo crecerá y florecerá, para mayor gloria de todos nosotros y de quienes vengan después (—dijo).

Vi que Dectar estaba acercándose a la entrada, pero a la vez sentí que también él se había dividido.

Dectar, ¿por qué te divides? ¿Por qué quería ocultarse? Nadie podía oírlo hablar y sin embargo había miedo en él de que así ocurriera. Miedo, pero ¿de quién? Sentía yo su miedo muy claramente en mí; ahora ya no me hacía falta dudar de la claridad de mi propia sintonización.

En el momento en que se acercó a la entrada se abrieron las puertas y entró conmigo. Pasamos por las salas, que reconocí, y me portó hacia dentro. Me depositó, se arrodilló junto a mi lecho de reposo y rezó como sabe rezar y suplicar un suplicante a un poder que es muy superior a él.

Después me puso ambas manos suyas en la frente y empecé a sentir también eso. Descendí entonces a mucha profundidad en mí mismo.

La gran fuerza de Dectar me sacó de esa inconsciencia, devolviéndome al sueño natural. Este regreso lo viví ahora en plena conciencia y me pareció milagroso. La inconsciencia era más profunda que el sueño natural. Entonces me vi despertar y estaba él junto a mi lecho de reposo, hablándome del recado de mi padre.

Ahora que había llegado yo hasta aquí, me pregunté: ‘¿Quién eres, Venry? ¿Quién eres para que un maestro de la concentración y de la firme voluntad te esté suplicando? Dectar me ve como un maestro. ¿Hay fuerzas mágicas en mí?’. Volví a pronunciar mi propio nombre.

¡Venry! ¡Venry! El poder y el efecto mágico de esos sonidos me provocaron un estremecimiento y temblor cuando pronuncié mi nombre como lo había hecho Dectar. Me brotó un sentimiento profundo y horrible, y fue aún más profundo que el miedo del que había sido preso, y que me había llegado de él. Esto tenía que ver con un asesinato y destrucción. ¿Venían del espacio estos sentimientos? ¿O eran sentimientos que venían de mí mismo? Me sintonicé con algo diferente, pero aun así mantenía cautivo todo mi ser.

Entendí que algún día conseguiría mucho si esos sentimientos eran míos; pero ahora todavía no lo entendía para nada. Dectar, sin embargo, veía más y sentía fuerzas; en mí veía dones, y quería poseerlos. Para él significaba la sabiduría suprema y pertenecía a ese otro mundo.

Ya sentía que me estaba entrando un mundo asombroso. Y eso que solo llevaba unos días aquí; había dormido más que vivido conscientemente. Ya había conocido ahora el sueño y además había asimilado concentración. Ahora entendía del todo a Dectar.

Pero en el alma humana había altibajos, que significaban fuerzas y sentimientos. Pero esas alturas y profundidades eran los sucesos a los que uno se veía sometido en la vida cotidiana. Las experimentaba el ser interior, y eso era el alma, o el espíritu. Yo ya había alcanzado el punto de poder diferenciar ambos cuerpos gracias a mi modo preciso y atento de pensar y de sentir. Para mí se trababa ahora de volver a vivir todos esos sucesos, de pensarlos y sentirlos a fondo, y de conservar la conciencia de los mismos. Era solo entonces cuando en el fondo los había vivido por primera vez, quizá aprendiendo de ellos, y esa escuela se convertía en la sabiduría del alma, a la que en la tierra se le había dado un nombre, que era “yo” y que se llamaba Venry. Me asombraba ya poder pensar y sentir con tanta claridad, pero entendía que se me estaba ayudando.

Ahora que me sintonizaba con Dectar me llegaban esos sentimientos, y era como si caminara a mi lado y ahora también estuviera ocurriendo. Si yo regresaba a mí mismo entonces Dectar se alejaba y volvía a sentirme solo.

Conocí un sinfín de fuerzas incomprensibles y ahora entendí la frase de Dectar de que las personas no sabían pensar, aunque creyeran estar completamente despiertas. ¿Quién pensaba de esta manera? Y solo así era como uno llegaba a vivir por fin de forma natural. Para eso recurriría a mis fuerzas y seguiría avanzando.

Concentrando la voluntad ya había conseguido poder dividirme, lo que no solo era muy interesante, sino también muy instructivo, y por lo que fui conociendo mi vida interior. Solo ahora empecé a sentir bien qué era el hombre material y cómo funcionaba este ser humano. La vida interior, que es el alma, podía dividirse a sí misma. Lo acababa de vivir. Me pareció extraordinaria esa división de mí mismo, porque aun así conservaba la conciencia, dado que tenía lugar por medio de la fuerza de voluntad y la concentración. Me entró entonces el sentimiento de que era justo con esto con lo que tenía que seguir y que tenía que sentir claramente mi propia división para poder dividirme cuando fuera posible y necesario. No entendía de dónde venían estos sentimientos. Me entraban, y no de lejos, ni tampoco desde donde me llegaban los sentimientos de Dectar. Estos pensamientos nuevos que me entraban me llegaban desde el espacio. Y de eso era consciente, así de claramente sentía lo que me entraba. Por eso miraba hacia arriba, pero no podía percibir nada especial. Y, sin embargo, con esos sentimientos sentía un calor encima de mi cabeza, una suave y gloriosa irradiación que se me hacía placentera.

Vivía cosas curiosas. Qué profundo es el hombre, qué curiosa es la composición de estas dos personas: una es invisible y la otra representa el cuerpo material, siendo esta última el hombre verdadero para la tierra.

Dectar me había dejado dormir. Pero ¿qué ocurría ahora durante mi sueño? Me dijo que yo estaba completamente vacío y que tenía que recuperarme, porque aquel salto había consumido todas las fuerzas materiales. Lo entendí completamente. Pero ¿ese sueño? ¿Qué ocurrió con mi alma durante esos siete días y noches? También quería saber y conocer eso, y continuaría con ello.

Salté de mi cama e intenté volver a verme. Me coloqué en una esquina de mi celda y sintonicé con eso. Sí, ciertamente, allí tenía a Dectar arrodillado ante mí, suplicando posesiones interiores. Pero me encontraba dormido. Entonces colocó sus manos en mi frente, y terminó por marcharse. Así seguí mi propia vida y sentí que para ello no era necesario dividirme, porque iba a ver yo solo, de la manera en que lo había hecho unos días atrás. Era exactamente como antes cuando podía ver detrás de las cosas. Pero ahora veía a pleno rendimiento y me sentía muy tranquilo.

Pero había más cosas que tenían mi total interés. Volví a sentir esa cálida irradiación encima de la cabeza, pero lo curioso de ello eran los pensamientos y sentimientos que le siguieron. Estos pensamientos me venían del espacio y no eran de Dectar; los sentimientos también eran diferentes y pude distin-

guirlos de los otros. Me resultaba una señal clara y me propuse fijarme en ellos a conciencia: quizá me ayudaría. Si aquellos pensamientos eran los de un ser invisible, entonces es que este poseía serenidad, porque ese calor me hacía sentirme muy sereno y feliz. De esta fuerza partía algo que podría llamarse protección, llevaba aparejado algo así. Esa fuerza quería, además, que yo empezara a ver y me sintonicé con mí mismo.

Lo que percibí era increíble. Me vi como alma y esa alma empezaba a verse ahora a sí misma. Mi alma vivía en una densa emanación, lo que me parecía muy curioso. Dectar acababa de irse y cayó la noche. Pero yo seguí la noche y no pasó nada reseñable. Después fue amaneciendo; por la mañana entró Dectar a mi celda y me humedeció los labios. Se quedó esperando un tiempo y luego me administró algo; entendí por qué lo hizo. Me daría fuerzas y evitaría que me debilitara. De nuevo se fue; volvió por la tarde y se repitió lo que yo había percibido.

Estaban velando por mí, porque Dectar cuidaba de mi cuerpo como lo habría hecho mi madre. Por la noche regresó a donde me encontraba. Después de que me hubiera dado de comer, se colocó a mis pies y se puso a hacer algo. Dectar iba a ver y pude seguir lo que percibía. Se le fue la luz natural de los ojos, algo que yo ya había percibido en el pasado.

‘¿Qué ves, Dectar?’, me preguntaba. ‘¿Qué quieres ver en mí?’.

Buscaba algo, porque estaba escrutando la vida de mi alma. Sentí entonces que tocaba mi vida interior y que descendía a mi alma para verla. Dectar contemplaba en la vida de otro, y ese otro era yo. Pero de pronto empecé a sentir a Dectar. Por el calor que me radiaba obtuve un profundo contacto y lo seguí en su pensamiento y sentimiento. Yo también descendí en mí mismo y quise ver lo que él estaba haciendo allí en mi interior.

Me entró un sentimiento de codicia que me impactó muy fuerte, porque tocaba mi plena conciencia, y entendí el significado. Dectar buscaba tesoros espirituales, como un avaro que recuenta su oro y plata, y que persigue tesoros terrenales. Pero se abalanzaba sobre mi alma como un glotón. Descerrajó las cerraduras de la morada de mi alma, destrozando las puertas que le cortaban el acceso, que solo yo podía abrir, y entró a donde habita mi alma: a lo más profundo y sagrado de todo ser humano. Dectar se metió dentro de mí, pero sin que fuera requerido, como un ladrón en la noche.

‘Dectar, Dectar, ¿qué buscas en mi alma? ¿Por qué descerrajas las puertas de la morada de mi alma? Ni los Dioses harían eso, porque es mía, es mi propio cuerpo y la vida interior me pertenece a mí. Dectar, ¿quiere decir eso que estás velando por mí? ¿Es ese el amor que quieres brindarme? ¿Y significa eso que quieres ser un padre y una madre para mí?’.

No dejé de seguir a Dectar y volví a sentir el fulgor de ese glorioso calor sobre mi cabeza. Ese calor incrementaba mi ver y sentir; ese calor quería que

percibiera con claridad. Me sentía muy agradecido por ello, aunque todavía no entendía si estos rayos emitidos conscientemente procedían de un ser humano. Descubrí en Dectar a un ladrón espiritual. Intentó registrar todos los rincones de la morada de mi alma. Lo que allí ya estaba ordenado y colocado con esmero lo apartó con rudeza para mirar en el lugar donde estaba la pieza: ese era el rigor con que registraba cada rincón.

Lo que esto significaba para mi cuerpo material lo pude percibir ahora claramente. Todos esos pensamientos y sentimientos brutos trastornaban mi sosiego. Mi cuerpo material se sacudía intensamente y vi forzándome hacia la izquierda y derecha, y que continuamente daba vueltas sin hallar descanso, aunque entonces no fui consciente de ello. Pero eso era por Dectar: mi alma, “yo mismo” estaba siendo trastornado. Dectar no paraba de buscar, pero ¿qué?

Pensando en ello volví a sentir aquel calor, y con él otros pensamientos. Había dejado de seguir a Dectar, porque había sintonizado con sus quehaceres.

Ahora descendería en su interior para sentir y ver lo que buscaba en la vida de mi alma.

Pero lo oí decir:

—¿Eres tú o no eres tú? Tengo que saberlo.

Siguió su búsqueda y seguía mi vida interior. Por fin entendí lo que quería. Dectar intentaba ver en mí “vidas”, que yo había vivido, y estaba buscando una de ellas en mí.

‘¿Eres tú o no eres tú?’ ¿Y soy yo, Dectar? ¿Estaría pensando en encontrar en mí a otra personalidad ajena a mí mismo? ¿A quién estaba buscando y qué sería lo que realmente quería saber?

De pronto volvió en sí, olvidándose de cerrar las puertas de mi alma, y, como un ladrón que es sorprendido, se recompuso. Después de unos instantes él también se había rehecho del todo. Pero entonces volvió a alzar la mirada, hacia la izquierda y derecha, esperó de nuevo un instante y se sintió otra vez tranquilo.

¿Qué temas, Dectar? Te veo tiritando y temblando de miedo. Te ha entrado miedo. ¿Por qué, amigo mío, maestro Dectar, eres un ladrón espiritual? ¿Tengo que protegerme de ti? Como un animal hambriento te deslizas a hurtadillas en mi alma y trastornas su serenidad.

¿Y tú me dices que esté tranquilo, muy tranquilo, Venry? Tranquilidad, ante todo, y pensar y sentir; pensar profundamente, muy profundamente. ¿Eres un farsante, Dectar? Si he de aceptar eso, qué profunda será entonces la herida en mi alma. Ya estoy tiritando y temblando de lo que se me ha concedido percibir.

Se había recuperado del todo y se fue.

Continué siguiéndome, se acercaba la noche. Me había llegado otra fuerza que entró a mi celda. Esa fuerza era como una sombra, y también esta descendió a mi interior; volví a vivir ese hurgar en la vida de mi alma, pero ahora con aún más violencia y prisas que antes. ¿Era Dectar de nuevo? ¿Habría salido astralmente de su organismo, como lo vivía yo antes? Porque ahora yo ya podía pensar con más profundidad, y pensé en eso.

¿Pertenería la sombra a Dectar y sería parte de él? Me hacía preguntas a mí mismo, porque ahora no lograba percibir con claridad. Pero esta sombra quería abrir mi alma, abrirla ya del todo ahora, lo que en realidad requería años. Buscaba y registraba mi alma como un fantasma. Entonces conocí algo curioso y misterioso. Seguí la sombra, pero ya no lograba verme tan bien y entendí que aquí había una división de una persona que quería saber algo, como yo mismo también había vivido.

Esta sombra procedía, sin duda, de un ser humano, que se dividía a sí mismo mediante la concentración, buscando descubrir algo sobre los demás. No lograba sentir si era Dectar, pero entendí que esta fuerza no me estaba permitiendo descender como lo había podido hacer con él. Pareciera que esta sombra estuviera vacía; la vida vinculada a ella se había protegido a sí misma. Si no me equivocaba en mis sentimientos, esta sombra era la de un sacerdote sabio, en todo caso la de un ser humano que sabía lo que podía hacer, y que además poseía dones para poder salirse de su propia vestidura material. Ahora me era imposible conseguir nada en mis pensamientos, sentimientos y profunda concentración, ni prácticamente ver nada; esta vida me superaba en fuerza y quizá era un maestro haciéndolo.

Después de que me hubiera registrado por dentro durante bastante tiempo, la sombra desapareció igual que había aparecido. Quise saber más de esto y sintonicé con Dectar. Pero Dectar y esta sombra eran dos seres separados; los claros sentimientos que me entraban ahora lo confirmaban plenamente. Mi serenidad interior sería presa de una desagradable sensación si ahora no seguía siendo yo mismo. Entonces empecé a hacer más preguntas. ¿Está el aprendiz de sacerdote continuamente controlado? ¿Por qué tanto misterio? ¿Había sido esta la sombra de un sumo sacerdote y se le seguía a uno en el espíritu? No dudaba de las fuerzas interiores que poseía este ser: acababa de recibir una convincente prueba. Pero me infundía miedo.

Pasó la noche y por la mañana Dectar entró a mi celda. Me despertó a medias, porque me quedé adormilado, siguiendo el empuje natural y quedándome otra vez dormido en mi lecho de reposo. Me hizo hacer cosas, medio dormido, que pertenecían a la conciencia, pero entendí que era necesario.

Mientras dormía yo allí tranquilamente, él me seguía y sentí que se había recuperado. Dectar me enviaba ahora todo su amor y se arrepentía de lo que había hecho. Me pidió perdón, pero yo ya le había perdonado todo. Su man-

era de actuar, sin embargo, me extrañó mucho. Después de un breve tiempo se fue y volví a estar solo. Volví a ver en alguna ocasión otras sombras que me miraban, pero por lo demás no pasó nada especial. Suponía que eran los maestros, pero no estaba seguro. Llegó el momento en que desperté y vi a Dectar a mi lado. Seguí entonces lo que habíamos comentado y los demás acontecimientos, entre ellos mi primer paseo con Dectar. Entonces terminé con mi primera revivencia de todas. Después salí de mi rincón y quise descansar un poco más. Pero tras un breve descanso entró Dectar a mi celda. Como un niño pequeño me susurró:

—Venry, no pienses en nada, por favor. En nada, solo en tu revivencia y aquello que tenga que ver con tu propia vida. No en aquello otro, solo en tu presencia aquí y lo que tenga que ver con tu sacerdocio, ¿de acuerdo? ¿Me sientes, Venry?

Le hice sentir que lo comprendía, pero no me era posible comprenderlo del todo. Tenía delante de mí un profundo misterio. No entendía su afectación infantil, tal como se estaba presentando. Pero me tomó de ambas manos, lanzándome una mirada profunda, y vi que le corrían lágrimas por las mejillas. Me dijo en pensamientos, tal como yo hubiera querido hablar con él tiempo atrás:

—¿Podrás perdonarme, Venry? Naturalmente, lo sabrás todo, todo, pero más tarde.

Mi sorpresa fue máxima cuando prosiguió diciendo:

—Ya lo ves, estimado Venry, todo va bien. Estaba convencido de que ibas a seguir por el buen camino. Es estupendo, incluso muy claro, y has podido sentirme, ¿no es así, Venry?

Cuando le quise ofrecer una respuesta, me desconcertó diciéndome:

—¿No te seguí tranquilamente? Sé lo que vivió mi discípulo. ¿No te llevé con todo mi amor hasta este entorno? ¿No fue perfecta mi vigilancia durante tu sueño? Solo había serenidad y silencio, Venry, mientras dormías.

Dectar me miró y vio lo asustado que estaba, pero prosiguió sin inmutarse y dijo:

—Ciertamente, podría haber venido numerosas veces, pero me parecía tenerte bastante vigilado, Venry, y te controlaba el sueño, pero era muy profundo. Te estuve velando día y noche, como quizá habría hecho tu propia madre.

Por aquí acechaba un peligro y Dectar quería evitarlo. Era probable que supiera muchísimo de esto, yo no entendía nada. Su excelente disfraz, el amor que me enviaba y su actitud infantil me llevaron a un estado de entrega total, y lo aceptaba como mi maestro. Dectar me había seguido, sin embargo, y había sondado y sentido mi alma, y dijo:

—Intachable, amigo mío, muy bien, así conseguiremos rápidos progresos.

Pero continuó, aunque también ahora con una muy diferente túnica de personalidad:

—Ya lo ves, Venry, soy tu maestro, pero también tu discípulo. Con esto estás irrevocablemente listo, no olvidaste nada y estoy muy satisfecho. Cuando hayas visto todas tus vidas anteriores, ya no seré necesario.

Me miró y entendió mis sentimientos. Yo también sentía ahora lo que quería decir con eso, pero dijo:

—Entonces podemos empezar con nuestro trabajo, Venry, y será plena tu contemplación interior.

Esperó un instante antes de hablar, como si quisiera darme tiempo para reflexionar, pero también como una persona muy diferente:

—No puedo transitar por ese camino, Venry, porque el mío pasa por baches, altos y bajos, por lo que necesito tiempo para poder alcanzar eso. Pero tengo que saberlo, porque está volviéndome loco. Me enloquece el deseo, Venry, y quiero verla a “ella”, porque vive en mí. Está convirtiéndome en quien soy ahora. Sígueme, estimado Venry, desciende en mí, tienes abiertas las puertas de mi alma, “ve adentro”, Venry. Quiero sentir un amor que me lleve, que me dé todo. Quiero verla, ahora, en esta vida. ¿Cómo tengo que acercarme a ella, Venry, ahora que mi ala está paralizada? Y el espacio es grande, Venry. ¿No sucumbiré entonces?

Volvió a susurrarme:

—¿Puedes perdonarme, Venry? Crees que estoy diciendo disparates, pero lo juro por los Dioses, soy un infeliz, Dectar está paralizado. Pero hay peligro, Venry.

Miraba hacia los lados y hacia arriba, pero siguió hablando. Se me hizo patente que aquí había un peligro que yo ya llegaría a conocer. Entonces me ocurrió de improviso algo incomprensible y mi boca le dijo:

Mi otro yo inconsciente

—No digas eso, querido Dectar. Tienes grandes dones. ¿No hablaron mis padres de tus grandes fuerzas y de tu sabiduría? ¿No curaste a los enfermos y no visitaste los lechos de enfermos y no reanimaste a los moribundos? ¿No detuviste a la pantera en su amenazante salto, cuando quiso abalanzarse sobre su presa, un niño de corta edad? ¿No impediste la lucha entre el león y el tigre, por medio de tu voluntad y tu fuerza?

Mi madre, querido Dectar, me dijo que eso hiciste y que tu sabiduría es grande. Conoces las cosas del campo, las tinieblas no entran en ti, siempre hay luz en tu fuero interno. ¿Qué más quieres? Ahora veo, estimado Dectar, lo mayor que eres, pero sobre todo lo jóvenes que son los sentimientos para querer poseer todas estas fuerzas.

Anhelas una grandeza de espíritu, anhelas la vida y el amor, y quieres conocer esa profundidad. Cuando esté preparado —porque ahora sé para qué estoy aquí—, entonces, estimado Dectar, te ayudaré. Entonces recibirás lo que anhela tu corazón, pero será con mi ayuda.

Ciertamente, Dectar, tu ala está paralizada, pero no tengas miedo, ya tomé mis medidas. Nadie nos oye ni trastorna nuestro ser uno. No te preocupes, mira a donde quieras y verás que mi celda está vacía y cerrada. Esas fuerzas están en mí; de eso soy ahora consciente. También sé qué peligro nos acecha. En este momento, estimado Dectar, hablo desde mi profundo interior. Esta es la otra e inconsciente “conciencia”, Dectar, que alguna vez poseí. Pero yo mismo vivo ahora en otro organismo, y este cuerpo, amigo mío, aún tiene que alcanzar la edad madura.

Estabas buscando, estimado Dectar. Trastornaste cruelmente mi interior y serenidad. Ahora estoy completamente abierto y te hablo. Pero, Dectar, ¿desde dónde? ¿Quién te habla?

Jugaste un juego peligroso, amigo mío, no vuelvas a hacerlo o nuestro lazo quedará desgarrado y transformada en ceguera la sabiduría que anhelas. Tu forma de ver es intachable, estimado Dectar, pero tus sentimientos y deseos exigen ser destruidos. Ya al entrar en mí suplicabas por posesiones y dejaste de pensar en todas esas leyes que te hacen tiritar y temblar. Olvidas, amigo mío, en lo que vives. Pero te digo, no vayas demasiado lejos, ahora sabes que te calo y que puedo seguir tu vida interior. No me obligues, Dectar, a que mis fuerzas te aten de pies y manos, y que tu fuerte y vigorosa voluntad se disuelva hasta convertirse en “nada”. Intentaste averiguar todo durante mi sueño, y ahora has oído mi palabra. Déjame, estimado Dectar, velaré por mí mismo, y lo seguiré haciendo. Pero para eso necesito tu ayuda, y todavía hay

otra que se deja sentir como calor. Espera, Dectar, ten paciencia, no quiero ver trastornos en mi tarea, ni otra voluntad que me domine.

Han pasado siglos, estimado Dectar. Ahora vuelvo a vivir en la tierra y he de terminar mi tarea. Sucumbí en esa otra vida. En la profundidad de mi alma yace el secreto, el “porqué y para qué” de que esté aquí, pero lo conoceré, aunque de otra manera en que lo conociste tú. Conoces mi vida anterior, Dectar, también la tuya propia y ahora sabes quién soy.

Ahora que llevo aquí unos días ya quieres que vaya hasta ti. Dectar, estás a merced de tus propios sentimientos. Hace siglos fuiste mi discípulo y me seguiste en todo, y te enseñé cómo debías sintonizarte. Recibiste poder y fuerza para ver detrás de las cosas, así como el amor, que tornaste en dolor. Mancillaste la tumba de tu madre, seguiste el veneno que le suministraste, solo para saciar tu hambre y sed, pero eso fue tu ruina. Naturalmente, Dectar, te has enmendado y de eso eres consciente, pero te pregunto: ¿Te olvidaste de todo esto? Yo vivo, Dectar, y soy la persona a la que buscas, y ahora sabes que soy yo. También sabes que puedo salvar todas las profundidades en mi alma, pero que en ello no tolero trastornos. Espera, Dectar, hasta que esté preparado. Solo entonces te ayudaré y conocerás las nuevas leyes, que son solo para quienes siguen el camino en el que vivimos nosotros y que poseen la voluntad de servir a “Dios”, que nos dio a todos la vida. Vete ahora, estimado Dectar, déjame hacer, necesito tiempo para recuperarme. Vete, amigo mío, pon tu interior bajo control y aparece en otra túnica que no sea tan transparente.

Créeme, Dectar, si no hubiera otra ayuda, ya estaríamos perdidos los dos. Nada, querido Dectar, nada le dirás a la personalidad que se llama Venry. Estaré preparado en unos años, entonces recibirás una sabiduría de la que aquí no se sabía nada. Ahora eres mi discípulo, luego de nuevo mi maestro, y eso lo seguirás siendo un tiempo. Pero si caigo, Dectar, caerás conmigo y tendrás que esperar siglos antes de verla. Esta conciencia volverá a dormirse, Dectar, el Venry regresa, pero ya sabes que vivo en su alma y que soy parte de ella. El Venry, estimado Dectar, no podrá saber todavía nada de todo esto.

* *

*

Me vino a buscar Dectar. Yo había descansado gloriosamente y entró a mi celda. No sabía yo nada de lo que se había hablado.

—¿Vamos a los maestros, Dectar?

—Sí, Venry, y deberás poder responder bien y claramente a las preguntas. Se pondrá a prueba tu concentración, y conserva la calma.

Pero cuando quise seguirlo, Dectar recibió un mensaje procedente del espacio y dijo:

—Espérame aquí, Venry.

Me perforó con los ojos y partió.

¿Se le seguía? ¿Por qué lo reclamaban? Me estremecí; este mensaje, interceptado del espacio, me daba miedo. ¿De modo que había peligro? Cuando lo pensé, volví a sentir ese calor. Después tuve sentimientos y entendí lo que debía hacer. No debía pensar en nada, solo en mí mismo; esas eran las órdenes y así los pensamientos que me surgieron. Estaban despertándose las leyes de este Templo y ya se me estaban imponiendo.

Entonces regresó Dectar y dijo:

—Pienso demasiado en mí mismo, Venry, tenemos que ser muy serios.

Percibí que se escoraba hacia la izquierda, solo el miedo le hacía cojear ahora.

—Vamos a caminar, Venry, se ha aplazado nuestra visita a los maestros.

Lección de concentración

Ya fuera sentí que Dectar se había blindado por completo. A mi lado caminaba mi maestro y junto a él su discípulo. Dectar me llevó a una jaula en la que había encerrados distintos tipos de pájaros. Cuando entramos me dijo:

—Venry, ahora tienes que intentar llamar a uno de los pájaros para que venga hasta ti. Mira, te mostraré cómo se hace.

Dectar sintonizó su concentración con un pajarito y al instante el animalito voló hasta su mano extendida, posándose tranquilamente encima.

—Ves, Venry, el animalito me obedece.

—¿Para qué es esto, Dectar?

—Hay que tener una concentración muy fuerte, Venry. Cuando luego vivas entre la vida y la muerte, tienes que estar preparado. Tienes que poder concentrarte de diferentes maneras, pero también tienes que ser muy fuerte de esta manera. Anda, inténtalo, te ayudaré.

Sentí que Dectar liberó al pequeño animal y este de hecho se fue volando al instante. Entonces sintonicé mi concentración con el animalito, pero no quiso venir hasta mí y se quedó donde estaba.

—No piensas con suficiente claridad, Venry. Tienes que seguir la vida interior, no al animalito que puedes ver, sino la vida interior. Si sientes esa vida en ti, empiezas a pensar y a sentirte como un pájaro, pero es así como eres uno del todo. Entonces te gustaría volar, porque está en ti ese sentimiento y así eres como el animalito. Pero entonces te pones a pensar, primero con mucha calma, más intensa y conscientemente, cada vez con más fuerza, hasta que de repente sintonizas tu voluntad, y entonces hará lo que tú mismo quieras. También ahora lo sigues, saltas de rama en rama, pero llevas al animal al lugar que has fijado de antemano. De modo que primero hay que hacerlo uno, ser de lleno uno, y, después, sintonizarte con lo que deseas. Lo puedes hacer con toda calma, pero también sin demora, o sea de repente, y entonces quieres vivir todo de golpe, y se te acerca el animalito. ¿Puedes sentirme, Venry?

—Sí, Dectar, haré lo que pueda.

—Tienes la capacidad, Venry, en ti está esa fuerza, lo sé.

Entonces volví a sintonizarme, con cuidado me hice uno y agucé la concentración. Quería que el animalito diera vueltas volando y se me posara después en el hombro derecho. Cuando lo obligué a hacerlo, voló repentinamente del lugar donde estaba posado y empezó a hacer círculos. Dectar, que me seguía, dijo:

—Estupendo, ya lo ves, el animalito obedece. Vendrá hasta ti.

Ciertamente, el pajarito se me posó en el hombro. Cuando vino hasta mí, vi otro pajarito colorado y lo seguí. De inmediato sentí que el contacto se había interrumpido, y el animalito volvió a su sitio.

—Mal, Venry, tienes que pensar en una sola cosa, no pueden haber en ti otros pensamientos. Ya lo viste; ahora otra vez, y más atención.

Me sentía extenuado de tanto concentrarme, y pregunté:

—¿Por qué es tan cansado esto?

—No estás acostumbrado a trabajar a pleno rendimiento. Las personas que piensan y sienten a pleno rendimiento se agotan muy pronto. Todas esas otras personas viven a medio rendimiento, que es la conciencia semidespierta, de la que ya te hablé. Ahora vives a pleno rendimiento y tu voluntad está sintonizada en una sola meta, y eso es lo que te cansa tanto. Por hoy ya es suficiente, Venry, y de paso ya sientes lo difícil que es hacerte uno con la naturaleza, sentirte uno con ella. Anda, nos vamos de aquí.

—¿Tan fuerte es la voluntad sintonizada, Dectar?

—Si poseyera la fuerza, pero con plena conciencia, y quisiera que este edificio se derrumbara, entonces este Templo desde luego se derrumbaría, por muy poderosos y fuertes que sean el edificio y sus fundamentos. Pero yo tampoco sé pensar todavía, aún soy muy insignificante en eso.

Estuvimos paseando por los jardines y seguimos la vida de las plantas y flores mientras Dectar me hablaba del Templo y los sumos sacerdotes. Así pasó el día. Y así fueron pasando las semanas y los meses. Ya había conseguido avanzar mucho. Entonces se acercó el momento en que tendría que superar las primeras pruebas.

La primera prueba

Dectar vendría a buscarme. Había serenidad en mí y ya era un ser humano completamente diferente. Y ahora vería a los sumos sacerdotes. Había siete: uno de ellos estaba a la cabeza y los demás tenían que completar su propia tarea. Junto al faraón dirigían este país y eran los doctores, cirujanos y expertos en medicinas o hierbas, los profesores de religión y los conocedores del bien y del mal.

Cuando entró Dectar yo ya estaba listo y nos fuimos a otro edificio. Al entrar, se nos acercaron volando varios pájaros y entendí por qué esos seres alados estaban aquí. También había algunos animales salvajes, de mayor y menor tamaño, así como serpientes venenosas de todo tipo.

También entraron los maestros y se colocaron sobre una tarima. En el medio estaba sentado el supremo sacerdote. Todos llevaban diferentes túnicas; estas indicaban su grado y sabiduría y los dones que portaban en su interior, o que habían asimilado. Todos estos hombres, tal como me dijo Dectar, eran famosos por alguna propiedad, que conformaba su estudio, y en ella eran maestros.

Entre ellos había sanadores que de manera infalible curaban en poco tiempo un tumor o muchas otras enfermedades mediante la concentración. Entre ellos había quienes convertían un animal salvaje, furioso y apasionado, en un cordero; que hacían obedecer a un ave rapaz en pleno vuelo, y otros que podían transformar en miel el veneno de una serpiente por dominar el animal y su ponzoña. Poseían una concentración infalible, estos caballeros eran sumamente poderosos. Todos conocían las leyes imperantes entre la vida y la muerte, y las tenían plenamente en su poder. Podían ir a donde quisieran, y así es como se desdoblaban de su cuerpo material y reunían tesoros espirituales que al regresar portaban de forma consciente en su interior y que después se documentaban. El sumo sacerdote y algunos más estaban en continua comunicación con el faraón, y eran sus consejeros y elaboraban las leyes con su Rey.

Tuvimos que sentarnos con ellos. Lo que se diría ahora a un discípulo también era de interés para los maestros. Un grave error de un discípulo afectaba al maestro. Si un discípulo alcanzaba cosas extraordinarias, entonces era el maestro quien las había logrado. Mi sentir, pensar y vida interior estaban en manos de Dectar. Si yo cometía errores entonces también le afectaba a él, pero yo solo era un instrumento.

También había escribanos, porque cada palabra que se decía se anotaba para ser conservada. El primer momento de todos de mi entrada estaba ano-

tado en un pergamino amarillo, así como lo que había vivido en mi juventud, junto a todo lo demás que ya había conocido. Habían seguido mi vida, por lo que entendí que podían averiguar mi pensamiento y sentimientos interiores.

Empecé a sentir cómo me entraba una influencia apabullante. Se sondeaba mi alma y se investigaba mi complejidad. Este sondeo y la investigación tomaron bastante tiempo; después tuve que desvestirme. A mi izquierda había un pequeño espacio al que accedí.

Decatar me dijo:

—Tranquilo, Venry, los maestros tienen que ver la constitución de tu organismo.

Así es como aparecí desnudo del todo ante ellos, a la espera de sus órdenes. Pero mi gran interés se hundió en mi interior, ahora que estaba siendo sometido a su sondeo e investigación repelentes. Desde la profundidad de mi interior sentí brotar repugnancia, pero seguida de inmediato de calor, por lo que entendí y sentí claramente que esa fuerza invisible me había seguido hasta aquí.

Con ese calor tuve nuevos pensamientos y comprendí lo que tenía que hacer ahora. Lo que viví ahora fue una revelación para mí. Cuanto más descendían en mí, más intenso se hacía el calor a mi alrededor y en mi interior. Esta curiosa fuerza me trajo serenidad. Entonces seguí a los maestros y viví el espacio. En estos momentos vivíamos en el universo, íbamos de mundo en mundo, de esfera en esfera en donde hubiera vivido el alma; allí estaban los grados de las vidas en las que yo había estado. Buscaron muchas vidas, porque todos eran clarividentes en el más alto grado, e intentaban ver ahora, a través de mí como contacto, esas diferentes vidas. Con estas como base podían determinar mi actual estado. El supremo sacerdote quedó sumido en honda meditación después de haberme escrutado, pero los demás aún no habían terminado. Albergaba yo un sentimiento como si ya no viviera en la tierra. Me llegaban sentimientos de aliento para seguirlos. Pero había algo, algo que se resistía, que les impedía sentirme en lo más hondo de mi ser, porque todos se miraban, y seguramente estaban ante un gran misterio.

Y yo, por muy asombroso que fuera, lo comprendía todo. Esto sí fue para mí una revelación, pero para todos ellos fue lo incomprendible. Dentro de mí y a mi alrededor había algo que no lograban determinar. Me rodeaba un misterio, o yo mismo lo era, un problema profundo y poderoso para todos ellos. De nuevo descendieron en mi interior, este curioso fenómeno no lo habían vivido todavía.

Reunían unas fuerzas terribles. La insistencia del sondeo y de la concentración me parecía horrible, porque muy en mi interior me dolía. Pero me sentía como un niño pequeño, como un niño que no era consciente de nada, que nada sentía, nada veía, nada vivía y que estaba del todo vacío antes ellos.

Sin embargo, había una fuerza en mí, había dones y hasta dones conscientes que ellos conocían y que podían seguir. Pero lo que tanto deseaban ver planeaba y vivía ahora entre la vida y la muerte; no podían verlo ni sentirlo en ninguna de mis vidas; les paraba los pies a todos.

Sus fuerzas antagónicas se me abalanzaron encima. Dectar comprendió que había trastornos y preguntó:

—¿Hay algo que te moleste, Venry?

Lo miré y respondí:

—No, maestro Dectar, nada, me siento muy tranquilo.

—Los maestros quieren que seas tú mismo de lleno.

Dectar ya había dicho demasiado; el sumo sacerdote lo advirtió con una mirada, pero esta fue terrible, ninguna fustigación podría ser más grave. Dectar recibió una mordedura espiritual, que le penetró mucho. Sus sentimientos bonachones no eran aceptados.

¿Entendería Dectar algo, me preguntaba yo, de lo que estaba sucediendo aquí? Era plenamente consciente de ello, pero no osaba pensarlo, ni invocarlo, dado que entonces podían seguirme de inmediato. Aquí había un poder que les paraba los pies a todos, un poder en el que yo vivía, sentía y seguía siendo yo mismo. Sus dones, así como su ver y sentir, y hasta su maestría, ahora dejaban de existir. Estaban siendo trastornados en sus contemplaciones y sentimientos. Para ellos, el alma humana era como la naturaleza, y sin embargo ninguno de ellos era capaz de determinar la verdadera profundidad de mi vida interior.

Entonces tuve que vestirme y volver a sentarme. Ahora era yo quien intentaba seguirlos a ellos, pero se me hizo imposible pensar, no permitían que otros fueran incorporados en sus pensamientos y sentimientos, en su propio mundo. Se nos cortaba el camino, a nosotros y a cualquiera que no perteneciera a este septeto.

No debía sentir compasión por Dectar, porque de lo contrario me seguirían y castigarían, y entonces él no me habría enseñado bien. Pero cuando a Dectar y a mí se nos envió un intenso odio, por haber sido molestados ellos en su ver, sentí que me entraba otra conciencia, por lo que le prometí que los destruiría a todos. Estos sentimientos me habían llegado con ese glorioso calor, y entonces entendí que podía pensar y sentir, sin que ellos pudieran seguirlo. Todo mi ser vivía en otro poder y fuerza, lo que me suponía una gran protección. Los sentía a todos fuera de su propio poder, fuerza y capacidad, aunque fueran maestros. Ahora empezaría una lucha espiritual, y no me cabía duda de que iba a ser a vida o muerte. Pero me acababa de entrar por qué y de dónde sabía yo esto.

Los maestros tenían un arma poderosa, porque eran uno. De pronto pensé en mi madre y en las palabras que me había dicho.

“Rezaré, querido Venry, para que los Dioses te den una poderosa arma”. ¿Tendría que ver esto que ocurría aquí con aquello? ¿Sabía mi madre de todas estas leyes? Mi juventud estaba cobrando conciencia en mí, otra fuerza me despertaba ahora parcialmente, y estos pensamientos y sentimientos eran parte de eso. La fuerza que ahora vivía en mí y que estaba consciente era imponente. Estaba viviendo ahora que planeaba y vivía en el espacio, pero pudiendo pensar y sentir todavía en mi propio cuerpo; mi alma se dividía en miles de partículas, porque estaba aquí y en el espacio, allí, con ellos, detrás de ellos y delante de ellos, y en ninguna parte. Sin embargo, era consciente de mí mismo, y era del todo yo mismo.

Solo ahora comprendía mi sentir y pensar de semanas atrás, es decir, que tenía que seguir bien y claramente ese dividirme, y que, si fuera necesario, podía hacer uso de esta arma. Pero ahora estaba siendo ayudado al dividirme, porque el calor era tremendo.

Una centésima parte de mí estaba presente aquí y representaba a Venry, pero el restante noventa y nueve por ciento se había extraviado, vivía en el espacio, pero este era infinito, y allí podían perderse todos. Di gracias a esa ayuda invisible por estos fabulosos dones, di gracias a todos los que tenían que ver con esto, también a mi propia madre. La felicidad que estaba en mí, ahora que estaba viviendo que me seguían pero sin poder encontrarme, trastornaba su ser uno, produciéndose un estado discordante. Y cuando esto sucedía veía un poder que debía de ser y significar concentración; era una voluntad fuerte y vigorosa, que planeaba por encima de mí, dándome toda esta asombrosa fuerza. Esto empezó a ser mi arma, que manejaba yo mismo y que nadie podría quitarme. Si los Dioses querían convertirme en su instrumento, pues entonces enviaba todo mi amor y fuerza hacia arriba, Venry estaba listo. Si conseguía asimilar esas leyes y fuerzas —de lo que ahora ya no dudaba—, sería un instrumento útil y podríamos empezar. Sentía claramente estar siendo usado como un instrumento, pero no solo para todos estos sacerdotes, también para fuerzas invisibles de las que aún desconocía el empuje.

Uno de ellos se levantó de su sitio, fue a una esquina a por una pequeña jaula en la que había un hermoso pajarito y la colocó en una tarima. La abrió y volvió a sentarse.

El animal saltaba de un palito a otro, sin preocuparse por nada más. Se me solicitó entonces sintonizar mi concentración en el animal y llamarlo. No venía al caso si eso ahora ya era posible; era una prueba para ver lo profundamente que podía sintonizar mis pensamientos en un solo punto. Todas las miradas estaban fijadas en mí. Me sintonicé con el animal, siguiéndolo en todos sus movimientos. Fuimos juntos de palo en palo, hasta que quise que se quedara posado. Entretanto volví a sentirme completamente en mi cuerpo. Este milagro ocurrió durante la concentración y sentí que el pajarito

me obedecía.

De nuevo puse en movimiento el animal y lo obligué a salir de la jaula. Aunque vaciló, me seguiría, como fuera. Una especie así aún no la había sometido a mi control, la desconocía, quizá no la había en nuestro país. Quería que el animalito se posara en mi mano y con eso me sintonicé.

Mantuve elevada la mano derecha y obligué al animal a que viniera. Pero se negaba, por mucho que me esforzara, no me obedecía. Había otras fuerzas, y estas querían que la prueba saliera mal.

Volvió a ser el calor por el que me entraron esos sentimientos, y comprendí que esas fuerzas procedían de un ser humano. Esta imponente conciencia, esta increíble energía y ese fabuloso sentir y pensar pertenecían a una persona, y ese ser quería que esta prueba fracasara. Me sentí muy emocionado cuando en mi interior y a mi alrededor oí decir:

—No todo de golpe, Venry. Ten paciencia, muchacho, o irán demasiado lejos y entonces no podrás completar tu tarea.

Mientras hablaba miré a los maestros, pero nadie había sentido ni percibido nada, y supe a ciencia cierta que se estaba velando por mí. Los maestros comprendieron que me encontraba impotente y que no podía seguir. El pajarito se fue volando hacia el espacio, pero ahora hacía lo que él mismo quería, y siguió volando. Ya me había separado del animal y estaba a la espera.

Uno de los maestros se sintonizó con el animal y este voló de inmediato a la jaula.

La concentración de aquel era infalible.

Volvieron a entrarme otros pensamientos. Pensamientos de duda. Los maestros dudaban de varios fenómenos y se preguntaban: '¿Por qué no podemos seguir a este jovencito, que por lo visto es incapaz de sintonizar una clara concentración?'.

Entendí que esa fuerza podía alcanzarme de varias formas cuando oí decir en mi interior:

—Ves, querido Venry, hicieron que muchos sucumbieran, los espantaron ya locos y los destruyeron. ¿Y acaso no son los doctores de este Templo? Ya lo ves, Venry, tengo poder y conozco su arma espiritual, pero los he despistado. Estoy preparado, Venry. Me seguirás a mí, y no a ellos, porque ambos tenemos que enmendar y deshacer aquí lo que ellos han construido. Su espantoso edificio tiene que derrumbarse. Por eso conocerás y comprenderás su vida, y por qué estoy aquí. Muchos sucumbieron o fueron malditos; otros terminaron deformes y desaparecieron sin dejar rastro. ¿Eso es servir a los Dioses, Venry? Tienes que ver detrás de su propia arma, Venry, pero hazlo a través de mí, y acepta que soy dueño y señor de este ámbito.

Ahora no me busques, Venry. Los Dioses quieren que vuelva a ti. Nuestro ser uno está libre de cualquier trastorno. Haces mi trabajo. Recibirás las

llaves de este Templo y conocerás todos los secretos. Pero ¡paciencia y mira ahora a través de mí!

Les habían entrado dudas, su disarmonía era de tal forma que yo había trastornado el contacto entre ellos. No podían captar los sentimientos y pensamientos de los otros. Este imponente contacto, que era su arma secreta, lo empecé a percibir ahora.

Vi que del supremo sacerdote salía un cordón luminoso hacia los otros, uniéndolos a todos. Ese cordón astral, construido a base de pensamientos y concentración, era la conexión mágica. Este cordón invisible lo veía ahora a través de esa otra fuerza, porque comprendí que eso a mí no me sería posible hacerlo. Veía porque se quería que viera. En algunos puntos, el cordón se había debilitado e incluso era translúcido. Por dudar y no alcanzar lo que querían se habían interrumpido los sentimientos y pensamientos entre ellos. Entendí lo misterioso y fabuloso que era eso, me resultaba patente su ser uno.

Tal como yo era uno con Dectar cuando él me llamaba y yo tenía que acudir, eso lo habían conseguido ellos. Entendía ahora, porque podía seguirlo, lo poderoso y mágico que era esta arma, con su empuje místico y hasta posesión del espacio, y que tocaba el mundo invisible. Estos maestros eran uno solo en la profundidad de su ser. Todos tenían dones, y gracias a ellos y al conocimiento de las leyes astrales se habían conectado intensamente.

Se recuperaron rápidamente mientras el cordón se hacía más denso, su contacto y atención volvieron a ser completos, pero comprendieron que ni siquiera los maestros son Dioses. Había una laguna en su ser uno, pero ya lo recompondrían cuando estuvieran solos. En apenas unos segundos me había percatado de esta arma secreta y la pude seguir, pero desde luego lo más importante era que la había comprendido.

El supremo sacerdote tomó la palabra y me dijo:

—Se le está formando como sacerdote. Debe seguir en todo a Dectar y debe obedecer las leyes de este Templo. Aceptará todo ciegamente, se dará por completo y se preparará. Váyase, pero sepa que lo seguimos.

Nos fuimos. Dectar estaba callado. Entramos en mi celda.

—Te han aceptado, Venry, ahora podrás quedarte siempre conmigo. Oh, me siento tan agradecido.

Tenía mucha curiosidad por saber cómo había sentido las pruebas y pregunté:

—¿Me seguiste, Dectar?

No me respondió y se me quedó mirando muy seriamente, de lo que deduje que había peligro. Aquí no se podía pensar en nada, cualquier pensamiento podía ser captado y entonces se nos castigaría. Si no pensábamos según las leyes, o lo hacíamos al margen del Templo, sobre pensamientos que tenían que ver con nuestra propia vida, olvidándonos de la seriedad del sacerdocio,

había un castigo inmediato. Dectar empezó a ver, miró hacia arriba y los lados, esperó un momento y dijo:

—Ahora escúchame bien, Venry. Ahora todo es seguro de nuevo, pero cuando sientas en mí un repentino cambio, ya no digas nada, ni pienses en nada, ni siquiera en ti mismo, y blíndate ante todo y todos. Nos siguen y por eso soy cauto. Tienes que seguirme, Venry, o ya no podremos hablar más de forma confidencial. Si los maestros sienten que me olvido de mí mismo se nos destruirá a los dos en poco tiempo. Así que si quieres confiarme algo, estemos donde estemos, tendrás que pensar siempre en esto. Tienes que rodearte de un muro de fuerza y construirlo mediante la concentración. Aún eres joven, Venry, también viejo, pero aun así, tu juventud te podría llegar a ser fatal. Siento que se te ayuda, y por eso puedo hablar ahora contigo, pero no te olvides de esto nunca.

¿Lo que sentía, estimado Venry? Pues, jugabas un juego a vida o muerte. Conozco tu interior; tuve la oportunidad de conocerlo, pero tengo mucho miedo, ahora que sabes lo poderosos que son. Pero se necesitan tus dones, Venry. Ya podrían ocurrir ahora cosas terribles, y de eso la gente de fuera del Templo no sabe nada, pero entonces nosotros dos sucumbiremos (—dijo).

Dectar puso las manos en el rostro y suspiró profundamente. Lo comprendía. Prosiguió:

—Los maestros no podían alcanzarte, Venry. Había algo, pero te advierto que ahora debes ser muy cauto. No vivías en la tierra. No estabas en su presencia, estabas y no estabas. Se me concedió seguirte, pero no fue posible mediante mis propios dones. A través de qué o quién no sé, pero ambos éramos del todo uno.

Los maestros te seguían. Lo que sucedió hoy aún no lo había vivido aquí. Lo terrible de eso me infundió temor. En ese instante, Venry, ya no vivías en la tierra, no eras nada en el fondo, imposible de encontrar, ver o seguir, y sin embargo eras muy fuerte. Se me hace por eso un gran misterio, y lo es también para ellos, y por eso hay peligro, uno tan terrible, Venry, que te suplico ser muy cauto en adelante (—concluyó).

Dectar me miró:

—¿Lo he percibido bien, Venry? —preguntó.

Prosiguió sin siquiera querer saber mi respuesta.

—¿Pensabas, Venry, que no sabía nada de esto, que me había ofuscado y que me sentía como un muerto viviente? Tampoco sabías que esas fuerzas estaban en mí, pero sé aún muchas más cosas. Ahora escúchame con atención.

A partir de ahora, querido Venry, tenemos que saber cómo sintonizarnos. Quiero que sepas que aquí siempre hay peligro. Has de saber entonces que te sigo y ese seguimiento tienes que poder sentirlo. Me tienes que poder sentir con claridad a mí, no a otros. Podrás captar muchos pensamientos, pero ten-

drás que poder determinar que no son los míos. Intentarán incidir en ti desde lejos y hacer entonces como si fuera yo. Si accedes a eso, si pensaras alguna vez que soy yo y me reenvías una respuesta, por lo que los maestros llegarían a saber de nuestro sentir y pensar y ser uno, entonces te aseguro, querido Venry, que seremos carnaza para las fieras.

No uno, sino decenas han sido arrojados como alimento para los animales; no una imprecación, sino miles de imprecaciones y condenas maldicen la existencia de este edificio, porque se ha mancillado lo sagrado, y pisoteado y denostado la profundidad del espíritu. No te olvides, Venry, de que ya sirvo a los Dioses desde hace treinta años y que conozco los secretos del Templo de Isis.

Di muchas gracias a Dectar y respondí:

—Eres un verdadero sacerdote, Dectar. Nos unirá un hondo contacto y nos asiste el espíritu, de quien yo tampoco aún no sé nada.

—Vi tu contacto, Venry, y ahora conozco tu secreto.

—¿Tú, Dectar?

—Te olvidas de que tu padre me habló, dejándome el mensaje de que me han incorporado a su círculo. También tengo claro que no sé todo, pero sí sé ahora que tú conocerás los secretos y que destruirás su conexión mágica, que es su ser uno.

Viven desde hace siglos en estas tinieblas, Venry. Todos esos maestros se envuelven en una emanación monstruosa, y también ellos viven en ellas. El mundo cree que hacen bien, pero la luz se perdió y están errantes. Nada ha cambiado en esto durante todos estos siglos, porque siempre se van sucediendo unos a otros.

Pero aun así vi, Venry, que los llevaste por un camino equivocado; eso me hizo bien. Entonces sentí cómo fue cundiendo la duda entre ellos; desde que estoy aquí no se había vivido nunca algo así. Tenías el pájaro en tu poder, pero había otra fuerza, y esta no quería que continuaras. No sé a través de qué sentí y percibí esto, pero nuestro ser uno no dejaba nada que desear.

—¿Sintieron algo de eso, Dectar?

—No, querido, eso es justamente lo más increíble de todo. Y no lo entiendo bien, porque son poderosos. De todas formas, estaremos seguros si me dejas entrar en ti, Venry, y así no habrá nada que trastorne nuestro ser uno.

—Entra en mí, Dectar, y sigue en mí.

Entonces sentí un nuevo milagro. Dectar entró en mi alma, se unió a mí y nos fundimos. Era como si se me desplazara algo, su personalidad predominaba, nuestras almas encajaron profundamente y me entró una gran felicidad.

—Eres un milagro, Dectar.

—Luego sabrás que no lo soy, Venry. Sé, y he aprendido, cómo hacerme

uno con otro ser humano. Pues bien, ahora somos uno y podemos prepararnos.

—¿Seguirá así, Dectar?

—Sin duda, Venry, ha de ser así. ¿Estuvo Ardaty contigo, Venry?

—¿Ardaty? No, Dectar, mi padre no estuvo allí. Espérate, Dectar, quizá pueda decirte algo más en breve. ¿Qué hacemos hoy?

—Vamos a caminar y a reparar todo bien para tomar nuestras medidas. Tiene que ser ahora, Venry, más tarde ya no será posible, nos siguen en nuestro sentir y pensar, y su percepción es más severa. Pero tengo un plan. Cuando queramos hablar de manera confidencial, tendremos que intentar hacerlo desde ese otro mundo.

—¿Cuánto tiempo se necesita para eso, Dectar?

—En breve podremos estar listos con eso, Venry.

Ya me resultó patente que Dectar no sabía sondear en grado suficiente mi vida interior ni mis dones, porque yo ya podría estar listo gracias a la ayuda de esa otra fuerza; así lo sentía yo y ahora podría usarla en cualquier momento. Pero aparte de mi propio sentir y pensar, comprendí que Dectar también estaba bajo ese liderazgo, porque había visto y vivido lo que ocurría en mí y a mi alrededor. Sobre todo era importante que teníamos que estar juntos los dos y que éramos instrumentos.

Le pedí que se quedara del todo vacío.

Vi algo misterioso en el espacio a nuestro alrededor. Aquí había ojos y esos ojos nos buscaban a Dectar y a mí, y estaban registrando la conexión astral que era nuestro ser uno. Dectar me siguió como un rayo en mi percepción, por lo que reconocí al sabio sacerdote, pero eso me hizo comprender cuánto me quedaba por aprender.

—¿Qué te acabo de decir, Venry? Tenemos que estar alerta y ser muy cautos y siempre rodearnos de nuestro muro cuando queramos vivir nuestra propia vida. Esos ojos nos buscan. Esto siempre ha sido así y eso se hace con todos los que están aquí, pero en especial contigo.

—¿Por qué es eso, Dectar?

—Ahora saben quién eres, pero a la vez no, y eso es justamente lo peligroso.

—Esos ojos, Dectar, ¿lo pueden ver todo?

—No solo ver, Venry, sino también sentirlo todo. Ven, sienten y oyen lo que digo, y lo que pienso en mis adentros. Pero no estamos aquí en estos momentos, ahora vivimos en el espacio, aunque también allí nos pueden seguir. ¿Sientes, Venry, lo que quiere decir eso? ¿Entiendes lo poderosos que son los sacerdotes? Pero esto no es nada en comparación con lo que pueden hacer. Ahora vuelven a marcharse, pero enseguida regresarán. No debemos hablarlos más que en el espacio. Y para eso deberemos dividirnos, Venry, pero esto también lo aprendiste ya. ¿Te quedó claro, entonces, cuánto peligro entrañan

estas fuerzas? Hemos de seguir, Venry, a pesar de tantos peligros. Los conocí en este Templo. Pero a veces me pregunto por qué los siento con tanta nitidez y por qué les calo a los maestros el estado mental. En esta tierra se sabe muchísimo de las leyes mágicas. Ahora soy consciente de todos los peligros. Sin embargo, no sabría explicarte la profundidad de todas estas leyes, pero misteriosas sí que son.

Dectar partió y ambos nos dispusimos a descansar. Después iríamos a pasear. Me acosté y empecé a pensar.

Qué prudente debía ser ahora. Si quería pensar en cualquier cosa que me importara y me afectara, entonces tenía que poder blindarme por completo. Si no tenía esas fuerzas y pensaba de todas formas al margen de este Templo, entonces todos mis pensamientos eran captados y me esperaba un castigo. Me parecía horrible. Si quería pensar en mi juventud y en las cosas hermosas vividas con mis padres, entonces ya me extralimitaba y no obedecía las leyes. Eso también contravenía mis sentimientos y pensamientos interiores, y me parecía horrible. Aun así, intentaría encontrar mi propio camino para poder pensar de tiempo en tiempo en mí mismo, en Dectar y también en mis padres. Para todos ellos mi juventud estaba muerta. Mis padres también estaban muertos, aquí no se deseaba que hubiera otros pensamientos en mí, porque eso frenaba mi formación. Y todo eso lo odiaba, con tanta intensidad e ímpetu que en ello podía olvidarme a mí mismo.

Comprendí, sobre todo, que aquí no había más que odio y horror. Pero ahora seguramente ya me habría vuelto a extralimitar. Si pensaba en ella y en todos estos sacerdotes, entonces no me prestaba atención a mí mismo, y me podía ser fatal. Mi única esperanza era mi ayuda, solo esa ayuda podía ayudarme, si no Dectar y yo sucumbiríamos. Había, sin embargo, algo más, y también eso me infundía valor y fuerza para no sucumbir.

La única posibilidad era de lo que hablaba Dectar. Si me dividía y vivía en el espacio podríamos volver desde allí a la tierra y a todo lo que tuviera que ver con nuestra propia vida, y hasta obedecer las leyes de Isis. Pero entonces sí que tenía que estar presente mi personalidad completa, aquí en mi cuerpo. Y esa fuerza había de representarme durante mi ausencia.

Me sorprendió poder pensar ahora con tanta lucidez. ¿Estaba conmigo mi ayuda? Al poco tiempo sentí algo así y me entró en el alma otra felicidad.

Entonces volvieron los ojos y me visitaron. Me surgió entonces un sentimiento horroroso, por lo que maldije a los maestros. El veneno astral que emitían esos ojos me despertó de una sacudida y me quedé alerta. Los ojos volvieron a desaparecer. Aun así, sentía mucha serenidad, pero era porque el calor estaba en mí y a mi alrededor. El Templo de Isis me parecía un edificio venenoso, donde desde hacía siglos habían estado quebrando corazones y destruyendo jóvenes vidas. Y esto ocurría para tapar sus propias vidas re-

pugnantes y fuerzas diabólicas. Yo había vuelto a la tierra y a esta vida para desenmascarar esa porquería diabólica, y esto se intentaba conseguir convirtiéndonos a mí y a Dectar en instrumentos. Hacían cosas buenas para el mundo, hasta milagros, pero yo sentía cómo todo ese mal se me echaba encima. Yo los desafiaba, a los señores maestros, a pesar de mi juventud, porque me asistía una ayuda más fuerte que ellos. Albergaba una gran arma.

Mi madre

Sobre esta casa había una maldición, sobre quienes gobernaban y sobre cada piedra de este edificio venenoso. Todos tenían culpa, y se derrumbaría.

La serenidad me sirvió para pensar. Y pensé; pensé muy intensamente en lo que se me había dado. Seguí todo desde el momento en que había entrado. Primero repasé lo que Dectar me había enseñado y lo que yo mismo había visto y vivido. Cuando terminé de hacerlo, seguí de nuevo lo que estaba ocurriendo ahora. Durante todas aquellas incidencias, durante esa tensión y concentración —y lo curioso que fue— pensé sentir allí de improviso a mi madre. Me vi despojado de esos pensamientos, o fueron oprimidos en mí, tan pronto como me habían surgido. Y sin embargo tenía el sentimiento de que mi querida madre estaba allí conmigo. Ahora que había empezado con la revivencia, volví, sin proponérmelo, a ese instante y oí que se decía a mi lado:

—Hola, mi querido Venry. Soy yo, tu madre. Aquí estoy, hijo mío, dentro de ti y a tu alrededor. Somos del todo uno, Venry, así que no te preocupes, porque sé lo que es el Templo de Isis, y lo que significa.

Estás en buenas manos, Venry, Dectar también lo está. Te ayudaremos, hijo. Ardaty y yo pedimos fuerza a Dios, que te será dada, porque todos servimos. Venry, ¿ya conociste el sueño? Lo que vives entonces es poderoso y tienes que aprenderlo, porque contiene muchos secretos. Ambos vivimos en esas leyes, Venry, y es muy instructivo.

Padre está muy feliz, aquí también dispone de jardines. Los tesoros de este mundo los llevarás tú a la tierra. Tu boca hablará y harás largos viajes y verás cosas que allí no pueden verse, pero en las que nosotros vivimos y somos uno.

Si te entra un nuevo odio, hijo mío, libérate entonces de él, te lo pido muy intensamente, también papá te lo pide. Lo que hicieron lo tendrán que justificar en nuestro mundo; pero la vida de ellos no te afecta, no lo olvides jamás, Venry. Los fundamentos del Templo están podridos, debajo reinan las tinieblas, y oigo los sollozos de niños pequeños que piden auxilio. Aún son almas jóvenes, que vivieron las leyes y para las que regresaron a la tierra. Veo en esas jóvenes vidas, Venry, y tu padre está al corriente. Piensa en tu tarea, el mundo ha de saber lo que vive de este lado. Tú posees esos dones y fuerzas, están presentes en tu alma.

También recibirás las llaves y conocerás las leyes secretas, pero tienes que assimilarlas y así tendrás mucha fuerza para hacer grande a “Isis”. Pero tiene que haber paciencia en ti, de lo contrario sucumbirás bajo una carga que ahora no puedes llevar todavía. Para eso se necesita sabiduría vital, y la experiencia te puede fortalecer. Jamás lo olvides.

Ay, no te preocupes, hijo, estamos solos y hay ayuda, muy importante, Venry, que ya se te dio de niño. Obedece a Dectar, él conoce las leyes. El veneno de ellos te matará si te precipitas, o si eres demasiado enérgico, y tu ferviente entusiasmo me preocupa; pero, obedecerás, ¿verdad, Venry?

Tienes que contenerte, o si no te esperará la soledad, así que vengo a prevenirte. Ya no eres un niño y más tarde me comprenderás. No me preguntes lo que esto puede significar, porque no podrás ocultarlo y entonces la carga se hará demasiado pesada, y podrán captar tus pensamientos.

Si quieres, me puedes preguntar, luego ya no será posible. Así que pregunta lo que quieras, Venry.

—¿Qué tengo que hacer, querida Madre?

—Pensar y trabajar muy intensamente en ti mismo, Venry. Reprobar que otros puedan captar tu sentir y pensar, y que te entren otros pensamientos que no sean los tuyos propios, o de Dectar, solo los que compongan tu vida y pensamiento, esa es la razón por la que estás aquí.

—¿Está padre aquí?

—No, querido hijo, pero de todas formas nos oye hablar y es muy feliz, ahora que oye y ve que estamos conectados.

—¿Sentí bien, Madre, que estuvo usted conmigo hoy?

—Entonces vivías en el espacio, pero yo también estaba allí, y me sentiste.

—¿No puedo verla, Madre?

—No, imposible, Venry, tal vez más tarde, cuando hayas acumulado mucha sabiduría y tus fuerzas sean grandes, por lo que habrá muchos acontecimientos en ti sin que dejes de ser tú mismo. ¿Lo comprendes, Venry?

—Ya la entiendo, Madre, y le estoy muy agradecido. ¿Sabe usted qué meta tengo en la vida?

—Sí, hijo mío. El Dios de todos nosotros te dio grandes dones. Pero cuando uno recibe dones, a eso va unido usarlos, pero para una sola meta, y esa, Venry, es: servir.

Liberarás el Templo de Isis de todas sus tinieblas y tendrás que levantarlo de nuevo. Te espera una gran obra para la que necesitarás toda la ayuda. Aunque tengas mucha fuerza de voluntad, no serías capaz de llevarla a cabo por tu cuenta, Venry.

—¿A través de quién, Madre, o de quién es la voluntad?

—Si te digo que son centenares de almas las que lo quieren, lo puedes aceptar. Todos quieren ayudar de buen grado, te siguen y te aportarán piedra a piedra para darle a “Isis” una túnica más hermosa. Todas lo hacen por “Él”, a quien aquí llamamos Dios pero que aún es un desconocido para tu propio mundo.

Si, en cambio, eres consciente, hijo mío, de para qué estás aquí, entonces la animación es vigorosa y muy profunda, es una animación que te impulsa,

siempre más lejos y más alto y sin cesar hasta una meta, para acabar tu tarea en la tierra. En el espacio en el que vivo y y en el que también están ellos todo esto lo vemos mientras esperamos tranquilamente. Pero no creas, Venry, que no hacemos nada. Rezamos y pedimos fuerza, para lo que se requiere una continua concentración, y nuestras almas elevan estos pensamientos y sentimientos hasta “Él”, que posee el Omnipoder. Y en eso somos muy seguros.

Nuestras oraciones penetran hasta allí, por lo que los Dioses estarán contigo. Hemos dejado atrás la impotencia, hemos depuesto lo inconsciente. Ese sentimiento agotador, que siente el alma como ser humano en la tierra, querido Venry, se ha transformado aquí en realidad, porque somos conscientes en todo.

Ahora vemos detrás de las cosas y conocemos, a pesar del espacio y de la inconmensurabilidad en que vivimos, la imponente profundidad del insecto más pequeño, que sigue, como nosotros los hombres, su propia evolución. Si llevaras dentro de ti la pregunta de lo que significa esto, sería capaz de poder hablar tan solo de esto durante toda mi vida, porque en ello reside el “comienzo”, pero también el “final” de todo lo que vive. Si fueras capaz de darte cuenta, querido Venry, de que “el espacio” vive en el animal y que podría hacerse audible, entonces el hombre oíría y vería a su Creador, y se le haría visible el espacio en el que nos encontramos ahora. Es muy alentador, querido Venry, pero ellos se sienten todopoderosos. Intenta intuir nuestra vida y lo verás a “Él”, por quien somos.

—Haré cuanto pueda, querida Madre; ahora conozco mi meta y trabajaré y esperaré (—dije).

Entonces sentí que me volvió a entrar mi juventud, y pregunté:

—Querida Madre, ¿conoce a quien le causó pena? ¿Ya se lo encontró allá alguna vez?

—Sí, Venry, padre y yo lo conocemos, pero no es posible encontrarnos con él. Hay un mundo entre nosotros que nos separa. Es asunto de él vencer ese mundo. Lo que podemos hacer por él es rezar y, créeme, querido Venry: mi oración es muy seria, para que sienta y vea que también su camino estará iluminado.

—¿Lo veré, Madre?

—Tienes intención de verlo aquí, ¿no es así, Venry?

—Sí, Madre.

—Ha consumido los poderes que poseía. Él mismo, querido hijo, destruyó la posibilidad de verte, de alcanzarte en la tierra y encontrarte en nuestro mundo.

—Todavía sé, querida Madre, que decía conocerme de otras vidas. ¿Era por eso que podía alcanzarme?

—Cuando miro en eso, Venry, me llegan muchos acontecimientos y veo

que también él sentía algo, pero sin que lo comprendiera todo.

—¿Es una falsedad lo que me respondió?

—Si hablaba de amor, querido hijo, entonces es que transitaba el mal por su alma. Ahora él también es él mismo, y ha aprendido que el odio lo mata y le impide elevarse.

Perdónalo, querido Venry, si me quieres, porque él tampoco conocía las leyes y era un juguete en manos de otros; había otros que vivían a través de él y que querían poseer a aún otros. Hay vidas en ti que ahora desconoces, porque esta vida prima sobre la otra y te absorbe por completo, pero aun así es una con aquella en la que viviste alguna vez. Y de esas vidas venían todos esos sentimientos; él vivía en ellas y era consciente en ellas, pero había otros que le espoleaban a destruirnos.

Créeme, querido hijo, si ambos no nos hubiéramos enmendado, entonces habríamos quedado destruidos. Pero en nosotros está la luz que ve Ardaty y que determina la vida de nosotros dos. Pero incluso el pensamiento erróneo, querido Venry, ya es una sombra en nuestras vidas, que oscurece nuestra luz, es un trastorno que hace que nuestra felicidad no sea verdadera. Esa sombra estaba en nosotros dos, y a nuestro alrededor, en ella vivíamos en la tierra, y es la que le hizo posible conectarse con nosotros. Pero ahora ya pasó todo, también esa sombra se disolvió, y continuamos hacia delante y más hacia arriba. En nuestra vida había una sola sombra, pero para otros son nubes y hasta profundas tinieblas en las que viven y en las que fueron grandes en la tierra.

—Así que usted, Madre, ¿hizo lo que harían los dos?

—Cuando todavía vivía allí, Venry, veía detrás de las cosas y hablaba de sentimientos, haciendo que la gente pudiera ver detrás de la vida material. Esos sentimientos pueden traducirse en palabras si lo quiere “Él”, de quien salen para entrar en nuestros corazones.

Este sentimiento lo tenía bajo mi corazón, querido Venry, y capté en mí esta fuerza; ambos entendimos, ocurriera como ocurriera, que el tiempo no es tiempo, sino que significa empuje.

Estos sentimientos pueden entrar en todas las criaturas, pero no lo entienden porque su capacidad de sentir y oír se ha materializado. Yo los reconocí, por saber y sentir claramente que esa fuerza quería decir felicidad; que nos daba a los dos lo que Dios guarda para toda su vida. La verdadera voluntad tiene que estar en nosotros, Venry, y tenemos que seguirlo a “Él”, aceptar todo, todo; tenemos que querer morir, porque de lo contrario no puede darse el “ir adentro”.

Si sientes esto te quedará claro que es como se muere en la tierra, pero aquí significa entrar a “la vida” y aceptar y recibir la riqueza: nuestra casa y los jardines de Ardaty. Esa “Vida”, querido Venry, nos envió flores y el canto de

los pájaros, por lo que das las gracias, solo eso, porque la felicidad que llevas dentro le da la vida y la felicidad a todo, lo cubre todo con su radiación.

Esas fuerzas, Venry, estaban en mí; venían de aquí e hicieron la transición a mí, por lo que me entró un silencio sagrado. Ya entonces, hijo, vivíamos en el espacio, y sentías que yo llevaba ese silencio dentro de mí y que este obligaba a mi alma a hablar, para querer contarle todo al respecto, todo. Ese empuje me entró mucho tiempo antes, igual que esa atmósfera curiosa pero cautivadora de la que éramos conscientes.

Para nosotros era “la partida”, para otros la huida de las desgracias, de la pena y el dolor, seguida por la muerte en la tierra. Y sin embargo nadie puede librarse de ella, querido Venry.

“A dónde iremos”, te decía, “si nuestros caminos están obstruidos”, porque nuestras almas sentían la fuerza que nos daba “el saber”, la entrega a “Él”, que lo sabe todo de nosotros y que nos llama a venir a “Él”. En la tierra se piensa que esto es tiempo, pero no es cierto, Venry, es el “ir adentro”, y no puede significar otra cosa. El deseo que te entra de conocer todas estas leyes, querido Venry, es tan comprensible como su propio acontecer. Pero ¿cómo te explicaré todas estas leyes milagrosas, hijo mío, ahora que sabemos que todo es sentimiento, y que este ha de ser “vivido”?

También el espacio es “sentimiento”, Venry; ¿cuánto tenemos que sentir y experimentar entonces si queremos ser como “Él”? También es incomprendible si digo que las frutas, las flores y los animales, en suma, toda la vida a la que pertenecemos nosotros los hombres, solo son sentimiento; ¿podrá aceptarse entonces el milagro de esto? Y si digo a continuación, Venry, que las aguas no son aguas sino solo “sentimiento”, ¿acaso no me castigará y encerrará el faraón, pensando que le engaña a él y a mí mismo, y que mi lengua está envenenada, o que lo anormal vive en mí? Ahora creerás seguramente que la “Omniciencia” está en mí, pero tampoco eso es verdad, Venry. La sensación oprimente, hijo, que a veces no es más que preguntar, para querer conocer el “porqué y para qué”, está aquí en nuestras manos. Lo improbable se disolvió “aquí” ante nosotros, todos hemos tenido que aceptar que el “morir” allí es el “ir adentro” en la realidad y que nunca fue de otra manera.

Ves, hijo mío, eso es el saber, ver y vivir tu propia vida, es más profundo y poderoso que lo que se piensa allí, y por otra parte también tan sencillo. A pesar de toda esta profundidad eso vive “en” tu alma, porque es de donde tú mismo has nacido.

Lo que te cuento, Venry, es la verdad, puedo hablar así desde este mundo. En mí vive lo verdadero, y en todos los que vean luz. Por eso somos “conscientes” y formamos parte de esa imponente “Vida”. Cuando hablé del infinito, querido Venry, aún te acordarás —fue poco antes de que partiéramos—, este justamente, es ahora nuestra posesión. En mí no hay vanidad, querido

muchacho, porque esa autenticidad vive en mí, de lo contrario no percibiría toda esta hermosura.

Cuando busco la soledad para sentir y pensar con claridad puedo dar a conocer mi sentimiento y pensamiento. Allí mi capacidad de atención es perfecta, querido hijo, y haber pensado sin cesar me trajo la felicidad de esta “vida”. “Ir adentro” de forma ingenua en las cosas de “Él”, querido Venry, podría suponer para mí un empuje fatal. Entonces no sería quien soy, y, sin embargo, estás oyendo que te hablo yo, que te habla tu madre, y es como si yo viviera allí, ¿no es cierto, Venry? ¿Acaso ha cambiado en “algo” el timbre de mi voz?

—No, querida Madre, no ha cambiado usted en nada, y ¡me hace tan feliz!

—Cuando la felicidad está en ti, querido hijo, ¿no crees entonces, mi niño, que también los demás quisieran ser felices? Mucho tiempo pasará antes de que quieran escuchar, pero tienes que decírselo muy claramente.

Dectar dijo que había que pensar con mucha claridad, usando pocas palabras, y mirar la vida en la naturaleza. Y también yo te lo ruego, Venry: dilo bien claro. Es tu alma la que siente y crea, y la que lo interpreta. Eso es hablar. Si hay profundidad y empuje en ti no será difícil saber ordenar las palabras. Porque si no eres claro, lo grande que tiene se perderá, y tu viaje a nuestro mundo será como ir a una fiesta terrenal; tu vida estará entonces grávida de vacuidad.

Te escucharán, tus palabras serán alimento para el alma, sobre todo para quienes vengan después de ti. Aunque los rodee el esplendor del oro terrenal, querido hijo, incluso cuando piensen saberlo mejor y no vean satisfechos sus deseos, aunque quieran estar por encima de todo y tener una gran personalidad, aun así habrá en ellos vacío, porque aquellos que quieren poseer el oro espiritual se deshacen de lo terrenal. Lo que emitirán entonces es poder y fuerza espirituales, que alimenta el alma y que la hace celestial.

Si se te concediera percibir mi túnica, querido Venry, también esto te parecería plausible, pero tienes que esperar, porque solo después verás este tejido, nacido de nuestro propio sentir y pensar. No se trata de ser “grande” en la tierra, sino de ser pequeño en las cosas creadas por “Él”. Conviértelas en tejidos para tu propia túnica, cual juego de colores.

Comprenderás lo admirable de esto, querido Venry, si digo que todo esto puede alcanzarse sintiendo y pensando. Solo imagínatelo, querido hijo. Basta con pensar, actuar y sentir de forma natural para que sea tu posesión una túnica celestial. Pero entonces has de estar libre de odio y de todos los demás sentimientos tenebrosos que forman la túnica oscura, y que te hacen igual que aquellos que imprecán y maldicen, apenados y doloridos, incluso a “Él”, al Dios del que somos.

¿Te quedó claro, querido Venry, que son ellos mismos quienes tejieron esa

tenebrosa túnica? El tejido del que está hecha son sus actos, y el conjunto representa su propia vida. ¡Hay que ver, hijo mío, cómo se manchan! ¡Hay quienes se contagian ellos mismos y solo por cosas que buscan y que nacen de su deseo! Es cuando se te parte el corazón, querido Venry, y solo puedes albergar amor. Los vi, hijo mío, y son pobres, muy pobres. No tienen oro terrenal ni espiritual, ni comida o bebida, y todo lo ven negro, porque sus almas son tenebrosas. Y qué imprecaciones dicen, justamente maldicen las cosas que echan en falta. Pero por eso son muertos en vida, porque siempre desean sin ver, sin estar convencidos de que les sigue una masa tenebrosa, levantada por su sentir y pensar. ¿Acaso crees, querido hijo, que en algún momento revivan siquiera una sola cosa? Si retrocedieran pensando hasta el momento en que empezaron a desear, y quisieran suprimir los sentimientos que oscurecen sus vidas, entonces allanarían un camino por el que podrán transitar algún día, y que de todas formas deberán recorrer solos. Siempre van más allá y siguen deseando, obsesionándose con lo que en la tierra se llama el “oro”, con los edificios en que viven y hacen festejos, con la posesión de esclavos que les sirvan. En la mano derecha les veo la fusta, con la izquierda prodigan mentiras y engaños, sus corazones son de hielo, ese frío habita allí. Viven detrás de una máscara, querido Venry, para que los demás no puedan ver quiénes son realmente.

Pero en nuestra vida eso lo atravesamos con la mirada, porque nuestras túnicas exhiben la negrura de nuestras almas. Ninguno de ellos es capaz de dar el salto que diste tú, porque se abismarían y desaparecerían en sus propias tinieblas.

—¿Puede decirme, querida Madre, qué significa semejante salto?

—En ti está el deseo de que se te conceda saber por qué razón se suspende la gravedad. Si te digo que es posible a través de la concentración, ¿podrás aceptarlo? Una sola ley así es la que hace que el planeta tierra siga planeando, Venry, y con ella todo lo que vive.

Él que consiguió hacerlo, querido hijo, conoce y posee una pequeña porción de esta ley, presente en la vida de su propia alma, pero que se pone en marcha a través de la concentración. Aunque parezca un gran milagro, acepta ahora que te diga que no hay milagros. No existen.

Se te sostuvo en verdad, y quien te sostuvo se sirvió de lo que dio equilibrio a todo en el espacio y de lo que genera el viento y hace estallar el fuego que causa la lluvia que se precipita torrencialmente. A partir de eso despierta la vida y llega a crecer y a florecer, hijo mío, pero ocurre por sus sentimientos y vigorosos pensamientos. Y en eso es muy fuerte quien hoy te habló, Venry, porque te trajo por encima de ese vacío. Una vez que estés preparado podrás hacerlo por tu propia cuenta, porque eso también es posible.

—¿Así que hubo alguien, querida Madre, que me sostuvo?

—Hoy oíste su voz, Venry. Es muy importante que sepas que es poderoso. Si lo quieres seguir, entonces has de querer servir, porque lo que él dice y ve está vivo. También puedes aceptar que cuando ocurren milagros su existencia es conocida. En nuestra vida, cualquiera que posea luz los puede explicar. Debido a que esos milagros ocurren conscientemente y pertenecen a la realidad, puedes aceptar que nosotros también pertenecemos a la vida consciente, o que también los humanos pertenecemos a lo que es el espacio. Pero en nosotros hay sentimiento y somos partículas de toda esa grandeza que es “Dios”.

El faraón te recibirá y dirás palabras que jamás se olvidarán. Si sigues a quien hoy te habló, querido Venry, verás luz y gracias a esta el “amor”, y es por “el amor” que todo vive.

Realmente, querido Venry, son dos almas, como pensaste algún día, las que representan a la vida. Por eso, debes llegar a conocer a una sola alma, el alma que te pertenece, dar a una sola alma todo tu oro interior, tu verdad y amor, tu propia vida interior, tu corazón y fuerza de voluntad, y poseerás a “Él”, al que hemos llegado a conocer, y que solo es “Amor”.

Cuando este Templo irradie “el amor”, vendrán hasta aquí las multitudes, deseosas de conocer lo grande. Para prepararte para ello, querido hijo, vale la pena que se te conceda vivir, ver y sentir los milagros de Dios, en lo que todos los hombres pueden ser grandes. Pero se lo llevarás a la gente, Venry, porque ya estás entendiendo todas estas cosas milagrosas. Eres viejo, porque no existe el ser joven. Y aun así, todavía eres un niño, pero tu alma ya posee esa vejez. No es preciso que te aclare que esto son todas tus vidas, en las que ya vivías en tu juventud. ¿Acaso todo esto es tan antinatural?

Cuando llegue entonces alguna vez el día en que los mayores no quieran reconocer a los jóvenes por tener que dejarles su sitio, veremos una lucha entre jóvenes y mayores, querido Venry, y esta será a vida o muerte. Pero los jóvenes solo aportan luz nueva cuando llevan dentro la realidad y convicción de esta. Pero la aceptación a ciegas de su propia grandeza los hace caer, y con ellos, a muchos más. Cuando la gran conciencia esté en ti, podrás confiar en tomar las armas, querido Venry, porque lo nuevo que es bueno ha de vencer.

El dolor de quienes no sientan esto es grande. Pero hay una ley que dice “márchense” y apártense; a mí me harán sitio, porque viene mi hijo a demoler aquello que está mal. Y entonces lo antiguo caerá, hijo mío, pero lo nuevo vive, y envejece a su vez.

Así vi mi propio pasado, siempre con esa demolición y la consiguiente reconstrucción. Ahora ya aceptarás que esta es la escuela de todos. Quien pertenezca a “la vida” tiene que seguir esta ley, porque nos lleva a donde está “Él”, que nos dio la vida a todos. Todo esto es ineludible, hijo, pero uno tiene que poseer el sentimiento para ello.

Pero ahora escúchame bien, hijo. Las fuerzas a través de las cuales te hablo

se habrán consumido en breve. Quería decirte ahora que debes olvidar esto, por grande que sea tu deseo de poseerlo y llevarlo dentro. Oh, querido Venry mío, no te asustes, más tarde volverá en ti. Ahora que me sientes entiendes por qué esto es necesario, y sabes a qué me refiero.

Deseo y anhelo profundamente, mi amado Venry, que no pienses en mí, sino solo en tu trabajo. Si retuvieras todo esto, entonces se verá y sentirá, y ocurrirán cosas horribles. Los dolores que me entrarían entonces no los podría vivir. Pero recibirás ayuda eficaz, querido Venry; en eso te ayudaré. Entonces será posible que olvides todo por un tiempo. Ahora que me sientes, hijo, entenderás que es muy importante que eso vuelva en ti.

—Le entendí, querida Madre, y obedeceré. Unas preguntas más, Madre. ¿Volveré a verla?

—Otra vez, muchacho, y entonces más tarde.

—¿También a padre?

—También a Ardaty.

—¿Por qué me habla de “Ardaty”, Madre?

—Te dije una vez que conocerías a tu padre.

—¿Qué quiere decir esto, Madre?

—Que parto, querido Venry. Ya no me preguntes nada y olvida.

—Solo una pregunta, querida Madre.

—Querido hijo mío. Leo tu pregunta en tu alma y te responderé. ¿Conoces el Loto a la luz de la luna? ¿Conoces y sientes ese sagrado silencio? De eso hemos hablado nosotros. En la vida no hay nada imperfecto, Venry. Soy como los Dioses me crearon.

Querido Venry, ahora mi rostro es como siempre lo viste. Ahora soy tu princesa, con la cabeza rodeada de un halo, pero tejido por tu gran amor. Siente en mí el poderoso deseo de que se me conceda mostrarme a ti, pero los Dioses me piden que esté muy alerta y eso significa estar a la espera.

Veo que a lo lejos se están acercando los ojos, querido hijo; están preparándose para venir a ti y a muchos otros, para ver si estás aprendiendo y obedeciendo las leyes. Rezaré por ti. ¡Adiós, mi querido Venry!

—Adiós, Madre, soy muy feliz y le estoy muy agradecido.

* *

*

Mi madre había partido. El calor que todo ese tiempo había sentido en mí y a mi alrededor también se disolvió ahora, y entendí que mi ayuda estaba conmigo. Estas fuerzas probablemente también rodeaban a mi madre, porque si no, no habría podido hablar así. Entonces me vacié por completo

y seguí mis propias vivencias. Al poco tiempo dejé de sentir por completo a mi madre y lo que me había contado. Se me habían aclarado muchas cosas.

Entendí el rápido regreso de Ardaty cuando llegué a Isis. Naturalmente, mi padre y también mi madre sabían que aquí había peligro. Y Dectar se había dividido, como supe ahora.

Volvieron a pasarme por la mente mis propias vivencias, y de nuevo me encontraba ahora ante ese sueño que duraría siete días con sus noches. Ahora que había vuelto a conectarme con eso, se me hacía imposible avanzar más. Había algo que me retenía. ¿Tenía que saber aún más de eso?

Ahora entendí lo que me había dicho Dectar en susurros. De esta manera descubrí todas esas horribles leyes. Me di cuenta de que vivía en un nido espiritual de bandidos, entre demonios de la peor calaña, muy peligrosos. Se succionaba a los discípulos de sacerdotes hasta dejarlos vacíos, al igual que a los adultos, a los que quizá pertenecía Dectar. Estos horribles seres me hacían temblar.

Dormir

Una y otra vez volvía en pensamientos a esos siete días y noches. ¿No era suficiente lo que había estado siguiendo? ¿Acaso no sabía yo lo que era dormir? Estos pensamientos no me abandonaron ni pude desprenderme de ellos. También ahora sentía otra vez ese calor.

Me entró la sensación de que debía vaciarme del todo. Pero entonces venía la espera, la de nuevos sentimientos que me entrarían a continuación. Aunque así podía captar pensamientos y de inmediato sentía si estos me eran enviados o si me llegaban desde el espacio. De eso deduje que se quería sin falta que siguiera esos siete días y noches. Lo más necesario para mí era el sueño.

Para pensar de forma natural tendría que sentir la vida en profundidad. Entonces tomé conciencia y comprendí las palabras de Dectar: “Ver las cosas y seguirlas de forma natural es muy difícil. Ardaty era un maestro en eso”.

Pero eso es muy sencillo, Dectar: Ardaty convivía con la naturaleza y averiguaba todo, seguía el despertar de flores y frutas, y era como es la naturaleza. Me di cuenta de que el pensamiento natural en el fondo era vivirlo todo. En este Templo se vivía, porque todos los que estaban aquí controlaban cada pensamiento y en él se hacían conscientes. Todo me parecía imponente, pero muy difícil y para muchos aquí incluso peligroso. Aun así, era lo que hacía despertar mi alma. Sin embargo, se me llevó al sueño. Cuando me entregué de lleno, oí que se decía en mi interior: “Dormirás profundamente. Has de seguir de nuevo el sueño. Solo entonces podrás seguir avanzando”.

Miré a mi alrededor, pero no vi a nadie. Y sin embargo alguien me había hablado. También mi madre se había referido a dormir. No sentía yo inconveniente alguno y me sintonicé con ello.

A continuación descendí en mí mismo e hice la transición al sueño. También esta vez me entró el instante de dormirme. Todavía me encontraba en el umbral del sueño y ahora era posible, si lo deseaba, entrar en ese edificio desconocido e incomprensible. Descendí en él.

Pero bueno, ¿y esto? Ante mí veía un gran edificio. Yo mismo estaba encima de él, mirando ahora en la profundidad. En este curioso edificio lo único que se veía era una escalera que descendía en caracol. Todo el edificio estaba vacío. Esto era una visión y entendí su representación.

Si descendía en este edificio, si bajaba por aquellas escaleras frente a mí, entonces este descenso significaba que me estaba durmiendo. Eso lo entiendo, mandé con señales al calor, ya que sentía que era este el que me guiaba ahora. Ni me pareció necesario reflexionarlo mucho tiempo, así que descendí de inmediato. Entonces comenzó el descenso.

Cuando apenas hube dado unos pasos, sentí que me estaba entrando el sueño. Entonces se durmió mi cuerpo, pero yo mismo vivía ese estado. Allá arriba veía el espacio. De modo que el edificio estaba completamente abierto. Ahora descendía un poco más al tiempo que sentía que el sueño se iba haciendo más profundo. Después de haber ido más abajo todavía, la luz en el espacio se había tornado crepuscular. Si comparaba esa luz con el sentimiento que había en mí y que significaba sueño, entonces este no era profundo y cualquier cosa mínima que sucediera alrededor y conmigo podría despertarme. Pero ahora que iba a descender de nuevo también desapareció esa luz crepuscular y mi cuerpo se encontraba en un profundo sueño.

¿Qué pasaría ahora? Pero me era posible descender aún más, y eso es lo que hice. Pronto me vi rodeado de profundas tinieblas. Ahora que estaba aquí, me entró el sentimiento de tener que sintonizar conmigo. Y fue milagroso lo que entonces vi y sentí.

Tal como se sentía mi cuerpo material durante el sueño, el alma también experimentó la misma percepción. Este edificio era en el fondo mi cuerpo material, representaba mi cuerpo, pero durante el sueño yo mismo vivía en profundas tinieblas. De modo que un cuerpo material era como este edificio, abierto por arriba, lo que significaba el estar despierto. Pero el alma podía entrar y salir de allí, y alcanzar las más profundas tinieblas, lo que entonces era el sueño profundo. Allí arriba entraba en funcionamiento la conciencia diurna, empezaban a percibir los ojos y todos los demás órganos —entre ellos el cerebro— cumplían con las funciones que les atribuía la naturaleza.

Ahora que llevaba ya un tiempo aquí abajo y me había habituado a las tinieblas, empecé a ver. Lo que percibía ahora era asombroso, pero a la vez muy natural. También aquí había una apertura y podía continuar. Por encima de esta las paredes eran de un material denso, como el usado para construir casas. Pero a medida que iba descendiendo, más etéreo se hacía el material, y ahora que llegaba a los últimos peldaños incluso podía ver otras cosas, pertenecientes a otro mundo. Porque veía vida.

La segunda revelación fue sin duda que yo mismo era como esa vida que, por tanto, vivía detrás de ese mundo material. Ciertamente, me encontraba ahora en otro espacio. Por eso me pregunté si este era el mundo en el que solía estar de niño. Y cuando lo pensé, me entró el sentimiento de estar sintiendo claramente y de que estaba desdoblándome de forma natural.

Por lo tanto, di las gracias a mi ayuda invisible por estas curiosas vivencias. Había muchas cosas en mi poder y a mi alcance. Comprendí que el alma, como ser humano, como vida interior, podía atravesar ese material etéreo, por pertenecer la vida interior a ese mundo. En este mundo vivía mi madre.

De modo que si salía de mi cuerpo, entonces el alma se separaba de él y ocurría lo que yo estaba viviendo y conociendo ahora de forma consciente.

Entonces yo entraba en ese otro mundo al que pertenecía mi alma como vida astral. Porque yo mismo era ahora etéreo, invisible para las personas materiales, y sin embargo este cuerpo etéreo vivía en el ser humano material. ‘Qué natural y fabuloso es lo que estoy aprendiendo’, pensé.

Entonces quisieron que me sometiera a algunas pruebas. Sintonicé con el momento en que Dectar me había llamado y me había asaltado aquel miedo antes de dar el salto por encima del abismo. Y mira, ¿qué ocurría ahora?

Por debajo de mí, o aquí donde vivía, oscureció mucho. Lo etéreo de hace unos instantes desapareció y a mí —qué cosa tan natural— se me enviaba hacia arriba. Me opuse con todas las fuerzas que tenía, pero no me era posible quedarme aquí; no había poder alguno que pudiera detener este elevarse. La vuelta fue tan rápida que llegué arriba en un segundo.

Pero con esta llegada arriba me desperté completamente. ‘Es muy natural’, pensé. No podía haber recibido una visión más clara. Ese miedo me había despertado, ese miedo causaba una disarmonía entre mi cuerpo material y el alma; mi miedo y otras mil vivencias y acontecimientos o sentimientos que la gente podía experimentar en la vida material trastornaban el alma en su profundo descenso en el cuerpo, que significaba entonces estar dormido.

Ahora bien, si había muchos trastornos en el alma, que era estar en rebelión, entonces la morada se hacía más densa y era la propia persona la que en el fondo interfería en el sueño. De modo que quien tenía muchos trastornos, tampoco podía conciliar el sueño. Era necesario haberse desprendido por completo de todas esas vivencias que se experimentaban en la vida terrenal si se quería poder dormir de forma natural y descender hasta allí, para poder alcanzar el quedarse dormido de forma natural. Se me hacía muy asombroso, pero ahora me surgían muchas preguntas.

¿Quién no tenía pensamientos? ¿Había personas capaces de liberarse del todo de los sentimientos y pensamientos? ¿Había personas sin preocupaciones? Y después aquellos que no continúan en la vida, por lo que en el fondo la vida los destruía. Lo más nimio ya causaba una disarmonía y trastornaba el sueño, pero eso partía de la personalidad.

Había además trastornos materiales, enfermedades y otros fenómenos que también trastocaban el quedarse dormido de manera profunda. Ahora que sentía esto comprendí mejor a Dectar y mi propia vida. Ahora me tocaba no convertirme en el esclavo de mi propio cuerpo. Si había armonía en mí, si mi pensar y sentir eran naturales, entonces ambos serían uno, uno en empuje, perfectos y naturales, uno en sentir y pensar. Ahora me era posible escrutar mi propio cuerpo material.

Por medio de esta visión conocí el funcionamiento de mi propio organismo. Ahora seguía todos esos órganos y sistemas: los fundamentos sobre los que descansaba mi cuerpo. Si trastornaba esos sistemas, mi cuerpo se

derrumbaría. Era cuando el alma carecía de suficiente resistencia, cuando esos sentimientos afectaban a la personalidad y sucedía el derrumbamiento que había vivido. Pero vi numerosas posibilidades. Así me fue posible seguir de diferentes maneras el quedarse dormido. Pero ambos cuerpos tenían que experimentar un empuje propio y el espacio infinito estaba presente en esos organismos. Ahora iba a ver para qué era necesario ese quedarse dormido e iba a sentir lo milagroso que era.

Pero mi ayuda espiritual me hizo sentir que se me había dado suficiente. Di gracias muy intensamente y comprendí que esto no surgía de mí mismo. Fui dándome cuenta de la impresionante conciencia que podían poseer ambos organismos.

“Vaciar”, decía Dectar. Ahora que estaba vacío, me sentía completamente uno. En un estado así podía captar pensamientos, porque ahora lo había vivido. Parecía enorme la profundidad del pensar y sentir, porque solo por eso seguía yo las leyes naturales, aprendía a distinguir cuándo ocurría de forma natural.

—No, querido Dectar —dije a mi amigo—, esto no es tan sencillo.

De nuevo volví a los últimos peldaños y me encontré otra vez ante ese otro mundo. Pero ahora entré en él y lo que vi entonces fue fabuloso. Caminaba por una naturaleza espléndida en la que había estado muchas veces de niño. Pero ahora comprendía ese desdoblarse, ahora hacía la transición de manera consciente.

El alma humana era invisible, pero también este mundo. El alma era una partícula de todo este esplendor, y porque esta formaba parte del mismo, yo podía ver y sentir ahora de modo consciente. Pero cuando sintonicé con mi cuerpo material, vi que este yacía allí como muerto. Yo mismo era la vida dentro del mismo; lo dirigía, fuera de mí carecía de vida. No podía haberlo vivido de forma más natural. Y ese era el grado de sueño más profundo de todos, cuando el alma podía desdoblarse a donde quisiera, si en esta vida estaba presente el deseo consciente. Y querían enviarme a este mundo, para eso me formaban y servían los dones que poseía. Además, para eso era el descanso y tenían que seguir de nuevo los discípulos de sacerdotes todo lo que se les hubiera enseñado.

Por la revivencia me hice completamente consciente de todas estas leyes y fui conociéndome a mí mismo y también el espacio. Quien pensara “vivir” en la tierra no vivía, y quien pensara ser algo no poseía nada, porque no eran más que pensamientos. En este Templo se vivían las cosas; “había” que vivir-las también en ese otro mundo. Así se asimilaban esas leyes.

Entonces descansé algo, estaba muy cansado de tanto pensar y sentir, pero lo que había vivido era milagroso para mí. Después de haber descansado algo volví a recibir nuevos pensamientos.

Nuestro muro espiritual

Dectar hablaba desde el espacio; desde allí nos hablaríamos. Ahora que lo había vivido de forma consciente, se me presentaba esa posibilidad y ahondaría en ella. Cuando manteníamos una conversación confidencial tenía que ser posible hacerlo desde allí, pero entonces vivíamos en el espacio.

Entrando al sueño podía dividirme conscientemente, y mientras paseábamos, sin importar dónde estuviéramos, tendría que ser posible. Incluso tendríamos que hacerlo entre los maestros, por peligroso que fuera, porque de lo contrario nos sentirían de inmediato y, además, estaríamos perdidos. Mi ayuda espiritual me había señalado el camino, yo ya lo había vivido. Si Dectar estaba preparado con eso podíamos continuar con tranquilidad. El espacio era infinito, no era tan sencillo encontrarnos allí. Aparte de todos los demás sentimientos que tenía que procesar, estos eran los más necesarios de todos. Entonces podíamos empezar a tratar tranquilamente los problemas más profundos, y aun así estábamos blindados frente a todos ellos.

Ahora que reflexionaba y revivía, sentí que el sueño también nos resolvía el misterio. Por eso tuve que seguir esto, porque en el sueño estaba nuestro blindaje. Primero tenía que atravesar el sueño si quería poder levantar mi muro.

En este blindaje, y alrededor del mismo, estaba determinado el espacio y llegaba yo hasta este, viviendo y experimentando la infinidad. Entonces el alma podía partir y eso eran las grandes alas, las alas espirituales, los dones más grandes de todos los que podía recibir el alma como ser humano en la tierra. En ese mundo el alma conocía leyes que pertenecían a ese mundo invisible. Era espléndido y me sentía muy feliz. Ahora que estaba en posesión de esta gran felicidad empecé a comprender algo más. Porque sentía peligro. Así que no tenía que estar feliz para evitar que pudieran sentirlo. Las dificultades no hacían más que acumularse.

De pronto miré hacia fuera y me asusté. Había una profunda oscuridad. Las horas habían volado, pero sin que me diera cuenta alguna.

Dectar dijo: “No sintonices con nada, Venry, tampoco con mi llegada, no te prepares”.

También entendí eso. Entonces estaba trastornado y aquí no se trastornaba. También eso era muy natural. Aquí no había nada antinatural en nada, la naturaleza estaba milagrosamente terminada, salvo yo. Y así eran todas las personas, que tenían que asimilar lo natural, como yo lo había vivido ahora.

Cuando hube descansado un poco continué. Estuve trabajando durante horas en la construcción de mi muro espiritual, y lo seguí haciendo. Por fin

me quedé dormido del cansancio.

Por la mañana entró Dectar en mi celda. Pronto llegamos fuera y me dijo:

—Muy bien, querido Venry, no digas nada, solo sintonízate, es estupendo. Pero yo también estoy preparado (—dijo).

Comprendí que me había seguido.

—Ahora sabes que te seguí. Yo también me asusté cuando había oscuridad. Pero te olvidaste de algo, Venry.

—¿Me olvidé de algo, Dectar?

—Sin duda. Me siguen, Venry.

—¡Qué peligrosa es esta vida, Dectar!

—¡Piensa en el muro, Venry! Si no piensas en eso estaremos en peligro. Estamos forjando un arma secreta y nos olvidamos de lo que hemos de seguir. No te olvides de que tengo que enseñarte a diario, Venry. Y eso ha de seguir. Mientras revivías te olvidaste de que los maestros te pueden seguir. Pero confiabas en la ayuda de aquel otro. Pensabas y vivías, pero entremedias hubo otros pensamientos en ti, muy peligrosos. Lo vivías todo, pero ya no estabas en tu celda y eso me dio miedo.

Pensaste y a la vez no pensaste en tu propia arma. Estabas construyendo algo, Venry, pero ¿y todo lo demás? Y por eso es tan difícil. Así que se trata de aprender todo, de poder ir lejos, pero con tranquilidad, no hay que querer alcanzar todo de golpe. Entonces estás lejos y aun así en la tierra. Pero seguiste el buen camino. Ahora no hay peligro, pero sé prudente. Allí, en ese otro mundo estamos ahora seguros. Pero no te olvides, Venry, de que seguimos viviendo en la tierra. Para eso construiremos una conexión telepática infalible. Los maestros ya lo hicieron y esa es la fuerza de este Templo. Pero ¿sientes, querido Venry, para qué y por medio de quién existe todo esto?

—¿Se recibió a través de las personas con dones, Dectar?

—Justo, Venry, esto se ha obtenido por las personas con dones naturales. Todos servimos al faraón y esto es beneficioso para este país. Pero es por mí y por ti, y por eso odio todo esto. Somos esclavos, Venry, y me siento feliz ahora que puedo hablar. Ahora hablo en pensamientos y me has seguido, e incluso pudiste hacerme preguntas, y sin embargo también eso es muy peligroso. Siempre tienes que pensar en eso, no debes olvidarlo nunca, y tenemos que prepararnos en el espacio, aunque paseemos por los jardines, aprendas de mí y obedezcamos las leyes. Comentamos todas estas posibilidades, pero partiendo de aquello que solo es posible a través de la perfecta división (—concluyó).

Había estado siguiendo en pensamientos a Dectar, pero entonces me habló y dijo:

—Todos estos niños, querido Venry, —escúchame bien, pero sin olvidar tu muro— fueron succionados hasta quedarse vacíos. Si los maestros estaban

convencidos y también el discípulo, y si entonces había resistencia, Venry, entonces le esperaba el calabozo, para morir en él. La mayoría sucumbió incluso antes, o un veneno detuvo su corazón, y quedaba olvidado el vidente, antaño tan grande, de Egipto. Mira, querido, eso me duele, lo odio, eso le repugna a Dectar. Quiero verlos sucumbir como hicieron sucumbir a los demás. Somos esclavos, Venry (—dijo).

Había entendido a Dectar, y siguió hablando, pero como una persona completamente diferente:

—Esta mañana he de enseñarte muchas palabras, Venry.

—¿Para qué, Dectar?

—Para poder hablar luego, Venry. Estas palabras son necesarias para despertar las otras en ti. Los maestros volverán a despertar las fuerzas que posees, además de varios idiomas que alguna vez hablaste y aprendiste, para poder explicar lo que veas en ese otro mundo. No necesitas aprender nada más, ni conocer del todo nuestro idioma; lo que te enseñó bastará. Esas palabras hacen subir a las otras en ti. ¿Acaso no es sencillo, Venry?

—Me parece espléndido, Dectar.

—Sabemos que en el pasado estuviste en este país, Venry, y que allí aprendiste mucho. Pero hay más posibilidades que solo conocerás más tarde (—dijo).

Dectar me enseñó muchísimas palabras. Escuché con atención y cuando terminó dijo:

—Ves, Venry, tuve que aprender mucho, tú ya no tienes que hacerlo. Eso ha cambiado, es para quienes tienen dones naturales. No deben aprender nada, nada de lo que nosotros sabemos, porque eso trastorna los dones.

Durante un buen tiempo seguimos caminando juntos, cada uno sumido en sus pensamientos. Dectar era un maestro y poseía espléndidos dones, y se le conocía como un gran sanador. Pero lo que veía en mí iba hondo, mucho más hondo de lo que él podía alcanzar por su propia fuerza. En mí estaban los dones más elevados que se conocieran. Por mis dones veía las cosas como habían crecido, pero aún no eran conscientes. Dectar quería poseer esos dones, solo entonces sería un rey en pensamientos y concentración, y poseería el sentir y pensar del que el ser humano común de la tierra no entendía nada. Estos dones solo los conocían los sacerdotes. Las palabras que me enumeró las tuve que volver a repetir, y cuando le pareció suficiente retomamos la construcción de nuestro muro espiritual. Entonces me dijo:

—Ves, querido Venry, ahora puedo contarte todas estas cosas, porque somos uno y porque en eso poseemos los mismos dones y fuerzas. Pasaron todos esos años sin que pudiera contarle nada a nadie para no poner en peligro mi vida. Pero entonces es que no sabías nada de este Templo y no entendías el significado de “Isis”. Pero aun así has de saberlo todo.

—¿Qué significa “Isis”, Dectar?

—En este Templo se llegan a conocer las fuerzas de la naturaleza, Venry. Pero sobre todo el amor. Los maestros conocerán todas esas leyes, pero a través de nosotros. Nuestra señal es como esta Diosa, Venry, la naturaleza nuestro Maestra Suprema y el Loto el sentimiento que está presente en todo y que nosotros hemos de llegar a conocer.

Pero ¿dónde está todo ese amor? Vivimos en el Templo de Isis y la haremos grande. Cuando hablo de “Isis”, querido Venry, entonces sabes a lo que me refiero, o no me atrevo a hablar así y entonces no soy claro. Vi y sentí el Loto y me quedé en silencio, porque me entró el “Amor”. En este lugar empecé a comprender mi propia vida, pero a conocer la de ellos.

No es profunda para nada, Venry, porque lo infinito se ha perdido y está desatendido; el Loto está mancillado, por lo que me estrello en mi formación. No sabías nada de todas estas verdades, pero no te inquietes en absoluto, Venry, te seguí en todo y estoy preparado. Pero también los maestros están preparados, aunque los he podido seguir. De eso aún no te puedo contar nada, quizá más tarde, ahora es demasiado para ti.

Dectar ha reflexionado muy profunda y naturalmente, Venry. Empecé a comprender mi propia señal, acepté esta vida, como ellos quieren que yo haga, pero me mantuve alerta, navegué entre todos esos peligros, y aún sigo haciéndolo. Aquí vive “el amor”, pero conocerás ese amor. Y ahora ya es suficiente, Venry (—concluyó).

Seguimos andando y Dectar me enseñó a sentir y seguir la naturaleza. Pero entretanto no dejaba de hacer nuevas pruebas y controlaba nuestro muro. Después visitamos los animales, para también allí someter a una prueba nuestro secreto ser uno. Dectar entró a las jaulas y jugó con los animales. No conocía el miedo. Para él no existía el peligro en esto. Jugaba con los animales y ahora que yo sabía que él entraba allí sirviéndose de otras fuerzas, porque seguía conectado conmigo en sentir y pensar, empecé a admirar mucho sus dones.

También me resultaba patente que me encontraba en los inicios de mi formación. Dectar ya había avanzado muchísimo y era consciente de muchas leyes místicas. Mientras lo veía allí ocupado de esta manera y pensaba en todas estas fuerzas, me llamó:

—Ven, querido Venry, entra y juega con él.

Se encontraba en la jaula de uno de los animales más poderosos. Con él estaba jugando un león de tamaño increíble, y él tenía ese animal en su poder, incluso si este se abalanzara encima de otro. Dectar le quitaría la comida, aunque el animal tuviera mucha hambre. Parecía infalible en su concentración con seres terrenales —hombres y animales—, por peligrosos que fueran los animales y los poderes y fuerzas de las personas.

Entré en la jaula, sintonicé de inmediato mi concentración y el animal me obedeció.

—¿No ves, Venry? Ya obedece, tu voluntad se ha reforzado mucho.

Experimenté esta sensación con mucha serenidad. Pero no debía hacerme fantasías, porque entonces dejaba de ser yo mismo y ya habría peligro. La intuición infalible suponía estar sintonizado de lleno con una sola meta. El animal me lamíó las manos, se tendió y sintió poder en mí. Su obediencia era completa. Cuando entendí eso, me serví de inmediato de mis fuerzas frente al animal y lo obligué a que me siguiera. Salió conmigo caminando. Mientas tanto, no desatendía mi sintonización con Dectar, pero en estos momentos yo sentía mi ayuda y comprendí que esto era posible. Dectar vio que el animal quería salir de la jaula y dijo:

—¿Estás tan seguro de él, querido Venry?

—Déjame, Dectar, estoy muy seguro.

Cuando quise que el animal se tendiera lo hizo en el acto. Con qué rapidez me obedecía, y eso que ni siquiera lo sujetaba, me seguía como si fuera una especie domesticada. Éramos del todo uno. Quería que el animal se sentara y me lamiera las manos. Abrió las fauces e hizo lo que quise que hiciera. Ahora sentía lo que significaba la concentración y ser uno.

Me fue brotando un calor desde dentro: era mucho amor por el animal y este sentimiento lo dominó. Empezó a mostrar ganas de jugar conmigo, y estos sentimientos también los conocía yo porque venían de mí. De pronto me entraron sentimientos y pensamientos extraños. Me parecía que conocía al animal. En este sentía miles de especies animales y a todas las podría seguir. Después vi todas esas especies y me sentí abrumado.

Ahora caminaba con Dectar y el animal por los jardines. No era algo muy extraordinario, porque cualquiera que aspirara al sacerdocio tenía que poder hacerlo. Pero en mi caso se consideró algo fabuloso por llevar tan poco tiempo aquí, y confirmó mi fuerza y voluntad.

Un sumo sacerdote que nos percibió vino hasta nosotros y observó el juego. Me sometió a más pruebas, a las que el animal obedeció. Lo tenía en mi poder a tal grado que se quedó dormido por mi concentración. El animal estaba sometido a mi voluntad, la experimentaba y eso le provocaba sueño. Cuando lo devolví a su jaula, se dejó caer y se durmió.

Entonces Dectar me hizo sentir que quería exponer nuestro muro a la última prueba de todas. Ahora me hablaría. Una persona insensible no podría seguir nuestro ser uno, pero junto a nosotros había un maestro en intuición. El sumo sacerdote quería que sometiera otros animales, pero Dectar me contaba mientras tanto una historia completamente distinta en la que criticaba con severidad las leyes y todo lo referido a este Templo. Pero el maestro no sintió nada de eso: nuestro muro era perfecto.

Dectar volvió a criticar muy duramente este Templo. Comprendí lo que nos esperaba si aquel hubiera podido seguirnos y sentirnos. Los castigos materiales y espirituales no conocerían fin: días sin comida y quizá completa destrucción. Dectar se jugaba el todo por el todo: nada, o preparados del todo. Y sentí que estábamos preparados, él ya sabría lo que era posible y lo que no. Era un sacerdote sabio.

Al sumo sacerdote se le escapaba todo, había una secreta e invisible irradiación que cubría nuestro sentir y pensar, que velaba nuestro ser uno. Cuando el sumo sacerdote me siguió, Dectar me dijo, como si no bastara ya:

—Si no fuéramos puros y uno, querido Venry, créeme que nos convertiríamos en comida para los animales.

Mientras tanto seguí, consiguiendo que varios animales hicieran lo que yo les obligaba a hacer, pero el maestro observaba. Después sondé sus pensamientos y sentimientos. Mientras estaba haciendo eso, siguiéndolo en su manera de pensar, me encontré en ese camino hasta él a Dectar. Él también se había dividido y me echaba una mirada elocuente, pero después de un instante me dijo:

—Lo ves, Venry, aún estamos en nuestros cuerpos, pero ya podemos encontrarnos en el espacio. Yo también quiero seguir sus pensamientos. Ahora hay que volver rápidamente, es espléndido.

Y volvimos muy veloces; mi personalidad volvió a hacerse una sola del todo. Lo que había alcanzado le bastó al sumo sacerdote para hacer ahora nuevas pruebas. Llamó a Dectar y dijo:

—Vengan mañana los dos para nuevas pruebas.

Después partió.

Yo había experimentado ahora estar con plena conciencia y vivir, sin embargo, fuerzas asombrosas. Esa sintonización con un animal era espléndida, siguiendo siendo uno con Dectar, pero lo más hermoso era que nos habíamos encontrado dentro de él. Pensamos primero que nos había sentido, pero era imposible. Dectar estaba muy contento y dijo:

—Tenemos que continuar siguiéndolo, Venry. Si sientes que hay inseguridad en ti y que esta sigue en ti, nos encerraremos allá, donde tendremos que quedarnos entonces por el momento. Vamos a caminar otra vez, te hablaré de diferentes leyes, pero no dejaremos de seguirlo.

Así fue, pero no sentimos nada especial. Vimos, en conexión, que el maestro se sentía a sí mismo sin pensar más en lo ocurrido. Esa seguridad en nosotros nos pareció la prueba de que estábamos preparados. Nuestro muro era espléndido, aunque siempre hubiera peligro.

Pasamos la noche investigando, porque Dectar quería que me desdoblara, pero él me induciría el sueño. Era necesario para el siguiente día. Mi propio maestro me estaba sometiendo a la primera prueba.

Mi primer desdoblamiento del cuerpo consciente mediante la concentración de la voluntad

Dectar volvió a donde estaba yo y dijo:

—Ves, Venry, todos esos años que tienen que seguir los demás discípulos nos los saltamos ahora. Ya podemos servirnos de tus dones. Llegamos allí pensando y sintiendo, pero ellos necesitan diez años para eso, algunos quince. Pero hay otros que no alcanzan nada. Ahora intentaré que te quedes dormido y entonces me tendrás que decir desde ese otro mundo lo que ves. ¿Querrás, Venry?

—Con mucho gusto, Dectar. Basta que me digas lo que debo hacer.

—Te acuestas tranquilamente sobre la espalda y te vacías del todo.

—¿Seguiré consciente, Dectar?

—Esa es la intención, Venry. En ese otro mundo eres consciente y empezarás a ver, pero tu cuerpo estará dormido entonces. Porque ya lo viviste.

Dectar se me quedó mirando y le pregunté:

—¿Me seguiste en eso, Dectar?

—¿No ves que soy tu maestro, Venry?

—Te estoy muy agradecido, Dectar. Eres un sacerdote sabio.

—Desde ese mundo, Venry, hablarás conmigo. ¿Sientes que es posible?

—Sí, Dectar, te comprendo.

—Pues bien, cuando estés allí te haré preguntas. Los maestros lo harán mañana, pero entonces estaremos preparados.

Me acosté, Dectar se sentó a mis pies y sintonizó su concentración conmigo. De inmediato sentí cansancio y me dominó el sueño. Fui hundiéndome cada vez más y ya no supe nada. Mi organismo había entrado ahora en un estado de trance, lo que en el fondo no era otra cosa que estar dormido.

Entonces empecé a percibir. Vi luz a mi alrededor. Descendí a continuación en mi propio organismo y seguí el empuje de mi corazón. Después vi cómo funcionaban el sistema circulatorio y los pulmones, pero el rendimiento había bajado al cinco por ciento, porque yo mismo era el empuje, la vida interior de mi organismo material. Viví varias veces esa asombrosa percepción. Volvía a bajar una y otra vez en mi cuerpo para seguir el empuje de todos los organismos.

Así es como vi que la circulación de la sangre se iba acelerando, que el corazón estaba empezando a latir a más velocidad y que le estaba entrando más vida a mi cuerpo. Pero ese empuje era yo mismo, que ahora vivía fuera del organismo. Todo mi cuerpo estaba iluminado por dentro y esa fuerza

se debía a la concentración de Dectar, por la que se hacían visibles todos los órganos. Me preguntó por lo que percibía y oí que dijo:

—¿Me oyes, Venry?

—Sí, Dectar, muy claramente.

Mi boca expresó estas palabras sintonizando mi voluntad y concentración en los órganos; después vino la expresión de mis sentimientos. Esto también me suponía un nuevo milagro, una nueva vivencia, aún desconocida. Pero era milagroso.

Entonces dijo Dectar:

—Tienes que concentrarte mejor y hablar un poco más claro, Venry. ¿Sientes lo que quiero decir, Venry?

—Sí, Dectar, porque veo cómo ocurre esta manera de hablar. Soy yo quien les da a los órganos vocales esa fuerza y empuje. Veo un cordón, Dectar, que parte de mí mismo al cuerpo material. Estoy unido a él, ya sabrás a lo que me refiero. Ahora bien, cuando pienso y quiero hablar y esto sucede como por sí solo, entonces el cordón adopta mi sentir y querer. Lo lleva hasta los demás órganos, de los que mi cerebro forma parte y este hace que mi boca diga lo que siento y quiero decir en el mundo en el que vivo ahora.

—Estupendo, estimado Venry, ya es perfecto, es un milagro. Por ahora, Venry, así, sin escuela ni formación, es muy hermoso y me has hablado con claridad.

Añadió:

—Tienes que usar el mínimo de palabras, Venry, hay que ser breve, muy breve, pero sin dejar de explicar todo muy claramente.

—¿Es para las pruebas, Dectar?

—Durante las pruebas debemos intentar ser muy precisos, Venry. Solo ver aquello que se te pida, nada más. ¿Puedes alejarte, Venry?

—Sí, Dectar, iré a tu habitación.

—No, eso no, Venry, aún no, quizá más tarde, no podemos abandonar tu propio espacio.

—Me quedo, Dectar.

Me puse a dar vueltas por mi propia celda e intenté tocar a Dectar desde mi mundo. Lo sintió en el acto y vio lo que hacía.

—Muy bien, Venry, tienes muchos dones. Desciende ahora dentro de mí y mira en mi interior.

Cuando sintonicé con Dectar empecé a ver y constaté que tenía una vieja cicatriz, donde un animal le había desgarrado la carne. Incluso vi ese suceso, y también que Dectar había pasado mucho peligro. Había ocurrido en Isis, hasta quince años atrás. Cuando le dije lo que había visto, exclamó:

—Todo muy correcto, Venry, muy bien. Mira ahora en mi cabeza.

Cuando sintonicé con su cabeza, sentí que me entró una fuerte tensión. Vi

todos los tejidos con nitidez, así como el cerebro y su empuje. Y allí sentí y vi el trastorno. Percibí ese trastorno y lo adopté de él. La causa eran los nervios principales. Me resultaba claro que podría quitárselo.

—Acuéstate, Dectar.

Se tendió en el suelo. Descendí hasta los tejidos y después seguí el sistema nervioso. Sintonizando mi concentración en ello vi entonces dónde estaba el trastorno. Irradié este lugar e hice largos movimientos de roce magnético. Dectar sentía intensos dolores. Los tejidos estaban inflamados y esa inflamación de los delicados órganos causaba los dolores. Vi una complicada telaraña delante de mí. Pero en esa red, que eran los órganos vitales, vi el trastorno. Para ello debía seguir el organismo completo.

Pensando y concentrándome desalojé de los nervios la tensión que se había ido acumulando por agotamiento. Así fui siguiendo un órgano después de otro y para eso descendí muy hondo en el fenómeno. Cuando terminé con eso después de bastante tiempo, los dolores desaparecieron y Dectar se sintió completamente liberado de ellos. Aunque yo había conseguido muchísimo, sentí que esto no podía suceder de una vez.

Dectar dijo:

—Me alegro mucho, Venry: tu visión y seguimiento de mi organismo ya son perfectos.

Sentí entonces en mí la fuerza que me capacitaba para poder curar a los enfermos. Vi muy claramente la fuente de la enfermedad y el empuje, así como la causa, que entraban por sí solos en mi propio organismo y que podía sentir incluso en esta vida. Era imposible que me equivocara en eso. Podría determinar la enfermedad de manera infalible, porque aquí no había lugar a dudas. Lo que veía, vivía y experimentaba vivía en Dectar y yo podía ver esa vida.

Dectar me hizo sentir que me tenía que volver. Pero antes de prepararme oí que dijo:

—A ver si esta vez vuelves lentamente, Venry. Lo que verás entonces es asombroso, pero mientras vuelves tienes que fijarte bien en tu propio cuerpo material y entonces sentirás cómo tú mismo vuelves a acelerar tu organismo, o sea, devolviéndole la vida y el empuje. Después volverás a despertar.

Seguí también este acontecimiento y lentamente fui volviendo en mi propio cuerpo. Los órganos aceleraron su empuje hasta recuperar la normalidad, pero entonces ya estaba viviendo de nuevo en mi propio cuerpo y abrí los ojos. Vivía de nuevo en la tierra.

—Es un gran milagro, Dectar.

—Es muy grande, Venry, pero a la vez muy sencillo y natural, porque nosotros los humanos no somos diferentes. Pero nosotros conocemos el alma y todas sus fuerzas. ¿Sabes cuánto tiempo pasó, Venry, antes de que yo hubiera

alcanzado ese punto?

—No lo sé, Dectar.

—Pasaron siete años, Venry, siete largos años y sin embargo soy una persona con dones naturales. Y ahora obsérvate a ti mismo, anda.

—¿Seré capaz de curar, Dectar?

—Tienes esos dones, Venry, pero creo que no se servirán de ellos.

—¿Por qué no, Dectar?

—Pues, es muy sencillo, Venry. Todos sabemos curar, pero lo que tú llevas dentro no lo posee nadie. Aquí se sabe que en el fondo ni siquiera podemos ayudar a la gente. El hombre, Venry, atrae inconscientemente sus propias enfermedades. Si logramos desarrollar espiritualmente a todas esas personas, conseguimos mucho más que curando todas esas enfermedades, que de todas formas siempre vuelven. Siempre están aquejadas de algo, pero casi siempre porque viven de forma inconsciente. El alma posee esta fuerza, Venry. Sé lo que me pasa ahora, pero es mi propia culpa, Venry. Pero esto no quita que estos fenómenos me hayan llegado por medio de mi sentir y pensar interiores. Sobrecargué a todas luces todos esos órganos. Durante un tiempo no pasa nada, Venry, pero después se quiebra mi resistencia material y me viene la enfermedad. Pues todas las enfermedades, por terribles que sean a veces, se alimentan de la vida interior. Hemos podido seguirlo claramente. Un accidente, querido Venry, eso es algo muy distinto. Cuando todas esas personas sean conscientes y acepten que el alma lo posee todo, que pueden sintonizar como hacemos nosotros, entonces no podrá haber enfermedades en nosotros.

—Eso también es asombroso, Dectar.

—Es algo muy natural, Venry. Ahora que los maestros lo saben y que en ti están las grandes alas, creo que no me encargarán formarte en eso. Ahora pararemos e iremos a dormir, Venry. Mañana continuaremos.

Dectar partió y me quedé dormido.

Mi primer paseo espiritual consciente en Isis

Ya mientras me iba quedando dormido me desdoblé del cuerpo y contemplé la vida terrenal desde ese otro mundo. Antes que nada quería hacerle una visita a Dectar. Cuando me decidí y quería irme, me asaltó de pronto el conocido calor, que ahora sentía más intensamente que nunca, pero no vi a nadie. Entonces partí.

Al abandonar mi celda me sintonicé con Dectar. Daba igual donde se encontrara, no había nada que pudiera trastornarme en esto, porque espontáneamente era trasladado hasta aquello en lo que pensaba. Ya había descubierto estas fuerzas en mi juventud, y ahora entendía lo que debía hacer. Pronto entré a la habitación de Dectar, que era algo más grande que mi celda.

Estaba profundamente dormido. No me pareció necesario despertarlo. Esa posibilidad yo la poseía. Porque con solo concentrarme un momento elevaría la vida interior hasta la conciencia diurna y entonces despertaría Dectar. El organismo y la vida del alma ahora eran uno a la perfección. Cuando sintonicé con él vi que Dectar había padecido intensos dolores de los que no había hablado. Pero vi aún más. Dectar se curaba a sí mismo. Había sintonizado con una concentración natural pero intensa en sí mismo. Se me concedió percibir cómo había querido curar su cuerpo. ‘Es asombroso’, pensé, ‘todo lo que puedo vivir aquí’. Entonces seguí su vida interior.

El sentir y pensar de Dectar estaban completamente sintonizados con la sabiduría, y a eso entregaba su vida. Quería ganarse algo para sí mismo en esta vida, por lo que su fabulosa concentración ya había alcanzado esa altura. En eso era un maestro. Poseía el gran deseo de que se le concediera poder desdoblarse. Él quería morar en ese otro mundo en el que vivía yo ahora. Él deseaba ver en ese mundo, y poder seguir planeando y recibiendo. Para él eran los dones más grandes de todos los conocidos en Isis.

Vi que me resultaba posible liberarlo de su cuerpo. Si pudiéramos hacer juntos paseos en este mundo, para él y para mí sería la mayor felicidad de todas. Y para ello tuvo que estudiar durante años. Pero ya pertenecía a quienes tenían dones naturales y había podido alcanzar esta altura.

Ahora, sin embargo, sentí que debía volver a mi propia celda. Me despedí de Dectar y atravesé a pie los muros. Podía ver todo claramente, veía con nitidez los lugares donde me encontraba. Los secretos de la vida terrenal y espiritual ya no eran misterios para mí, porque vivía en los secretos y veía en todos esos misterios, de los que la gente aún lo desconocía todo. Ahora vivía de manera consciente entre “la vida y la muerte”.

En lo que estaba ahora significaba “la vida”, pero la vida “en la tierra” era

lo temporal y tenía que ver con la muerte. Allí se iba a morir, aquí no había muerte, porque aquí solo había vida. Todos estos hermosos pensamientos los capté desde el espacio y por eso me sentí muy agradecido. Porque así comprendí, a su vez, que me seguían. Eso me serenó. Aunque me faltara confianza para visitar ahora las habitaciones de los sumos sacerdotes, sí que me gustaría mucho. Era como desafiar a todos esos señores; mi juvenil entusiasmo no veía ni conocía peligro alguno, pero tenía que volver. De improviso me asaltó un terrible miedo.

‘Oh, mi Dectar’, en eso no había pensado. Ojalá no haya pasado nada terrible. Los maestros salían por las noches de sus cuerpos y yo eso lo sabía, porque ya lo había vivido. Pero ahora que volvía a mi cuerpo me quedé muy sereno. Cuando entré en mi celda vi que todo se encontraba en buen estado. Afortunadamente, mi celda estaba vacía. Pero ahora viví otro milagro. Me entraron pensamientos como preguntas, y rezaban: ‘Imagínese que ahora, en este instante en que visita a su amigo, los maestros estuvieran aquí. ¿Cómo quiere explicar su partida? ¿Se lo podría dejar claro para quedarse sin castigo?’.

Me asusté de mí mismo; estos pensamientos eran como si una voz hubiera hablado en mí. ‘Eres imprudente, Venry’, así me dije a mí mismo. ‘Juegas con la vida de Dectar, debido a tu imprudencia no construyes, sino que deshaces tu propia vida y la de Dectar’. Ya me arrepentía, pero inmediatamente después volví a oír decir de la misma manera en mi interior:

—Vaya tranquilo, Alado, ve, pero cuide más de sí mismo y de su amigo.

—Le doy muchas gracias, amigo invisible, y haré lo que pueda para estar más atento.

No tuve que pensármelo mucho tiempo y volví a partir. En el mundo en que estaba había una completa serenidad. Poder pasearme por aquí me parecía un gozo, una gracia y una increíble alegría. Y aunque me quedé en mi propio entorno, sí visité las otras celdas y miré hacia los sacerdotes, de los que todavía no había visto a ni uno solo. No me olvidaría del número de celdas que visité, porque quería contárselo a Dectar. Se sorprendería de mis propias vivencias y querría hacer conmigo un paseo espiritual.

Después de visitar todas esas celdas, volví de nuevo a mi cuerpo. Después de haber llegado allí se me impusieron nuevos pensamientos. Sentí que si descendía tranquilamente en mi cuerpo yo no me despertaría, ni mi cuerpo. No tardaría en dormirme y ya no me acordaría de nada más. Por eso sintonicé con el descenso.

Durante el descenso, mi espíritu aceptó el empuje del organismo, ambos cuerpos se fundieron completamente en uno solo, y me quedé dormido.

Cuando Dectar vino a verme por la mañana, yo ya estaba preparado y pudimos irnos al poco tiempo. Comprendí su visión y sentir agudos cuando,

sin haber vivido nada por la noche, dijo:

—Veo, querido Venry, que te has hecho mucho más consciente. ¿Ya recibiste las grandes alas?

Le dije lo que había vivido; mi formación y ayuda le parecieron milagrosas. También estaban todas las celdas con sacerdotes.

El gran deseo de Dectar; mi madre

—Mira, Venry, esto solo es para quienes tienen dones naturales. Eso no lo puedes aprender, yo tampoco, pero me ayudarás. Quiero mirar hacia abajo sobre quienes buscan lo tenebroso; para eso quiero tener muchísima sabiduría y debo poder ir a donde quiera. Quiero ser poderoso, querido Venry, y ver lo que vive entre el cielo y la tierra, solo entonces estaré contento y feliz. Pero tengo cosas desagradables que decirte.

—¿Qué es, Dectar?

—Tienes que adentrarte en las tinieblas, solo, Venry, no verás ni el día ni la noche.

—¿Y para qué es eso, Dectar?

—En el mundo al que irás luego siempre hay mucho peligro. Tenemos que adoptar todas las precauciones para quienes poseen estos dones, a fin de que estén preparados, Venry. Así que lo que se desea es prepararte.

—¿Por qué tan rápidamente, Dectar?

—Es por tus pruebas, Venry, se ha prestado mucha atención. Han visto que has hecho grandes progresos. Y se me dijo que tienes que vivir también eso.

—¿Es útil, Dectar?

—Por supuesto.

—¿Qué harás mientras yo esté encarcelado?

—Tengo que curar, Venry, hay muchísimos enfermos.

—¿No puedo acompañarte?

—No, aún no, quizá más tarde.

—¿Qué pasará después, Dectar?

—Habrá otras muchas pruebas. A eso estarán dedicados los primeros años. Solo después harás viajes, pero si no me encargo de que estemos preparados, te enviarán otro maestro, y podré curar y ver, aunque nada más. Y eso es muy poco, Venry (—añadió).

Dectar estaba rodeado de una influencia triste y se me hacía que estaba muy abatido. Me dijo:

—Dectar puede ver muchas cosas, Venry, y oír bien, pero no más que eso. Siento claramente que no avanzo más, porque mis dones se han agotado. Ya no puedo profundizar más, ni ver, de modo que tengo que permanecer en lo que estoy ahora y eso me deja muy apesadumbrado. Tienes que ayudarme, Venry, a reparar esa ala mía, solo entonces podré ir lejos y planear por el espacio. Después podré decirles lo que veo y eso me hará muy feliz. A veces quiero partir, muy lejos de Isis, y dejar atrás este planeta. Entonces estoy allí

y veo todo, pero hay una voz en mí que dice que no lo haga. Ay, Venry, eso es terrible, porque entonces ya no veo nada. Todos mis dones me abandonan entonces y vivo en tinieblas. Allí no es de día ni de noche y es cuando vivo el proceso de putrefacción de mi propio cuerpo material.

—¿Qué dices, Dectar?

—Para ti aún es un profundo misterio, Venry, pero descubrirás también este, con que todo primero sea consciente en ti. Es “morir” y “no morir”, es estar anclado a este cuerpo en el que vivo ahora, pero entonces estará muerto también ese cuerpo y tendré que vivir también aquello que es necrosar.

—¿Cómo se te han ocurrido estos pensamientos, Dectar?

Me miró sorprendido y dijo:

—No hables de pensamientos, Venry, es la realidad. Nosotros conocemos estas leyes. Pero de mi interior sale una voz para que no lo haga. Aunque aquí nosotros descubramos esas leyes, otros sacerdotes ya las vieron, y es por eso que sabemos mucho de ellas.

—¿Qué significa eso, Dectar?

—Que no debo matarme, Venry. Tenemos que vivir en la tierra mientras los Dioses piensen que sea bueno. Poner fin a eso supone que todo se escurra irrevocablemente. Entonces ya no tendría dones, ni día ni noche, mi cuerpo nada más, que viviría en unas horrendas tinieblas. ¡Tener que vivir entonces que los gusanos estuvieran comiéndome!

Aquello que soy no es posible matarlo, Venry, eso vive y ha de seguir viviendo, porque en ese otro mundo no hay muerte. Nosotros ya lo sabemos desde hace tiempo, y también tú conoces ahora esa vida (—concluyó).

Estaba oyendo cómo Dectar decía cosas terribles, y sus palabras me parecieron muy tristes. Ahora estaba conociendo a otra personalidad, y sin embargo él seguía siendo el mismo.

Prosiguió:

—Eso no lo has sentido bien, Venry. Ahora no soy yo mismo, aunque tú creas que sí. Entonces mi vida interior es muy extraña y dejo de ver las cosas como son. Ya es así desde hace años. A veces avanzo un poco más, pero después recaigo y he de recomenzar.

Esos gusanos me retienen y frente a ese horror no puedo. Entonces me encuentro en un estado desesperado y me siento profundamente desgraciado, Venry. Pero me ayudarás, ¿no es así?, y me soltarás del todo, para que vivamos juntos lo que deseo, lo que anhelo.

—Qué triste estás, Dectar. Te abruma, amigo mío, llama la atención cómo has cambiado.

—Bueno, querido Venry, fíjate entretanto en nuestro muro, no debes olvidarlo nunca, ¿entiendes?, porque si no, ya no podremos hablar de las cosas que me lastiman el corazón. Cuando el amor te asalta, ya no puedes

avanzar. Es cuando dejas de ver las cosas con claridad y todo cambia. Los dolores son insoportables, Venry, pero entonces sé que ella está en la tierra. Mi alma recibe y siente todos esos sentimientos y yo mismo hago la transición a ellos, porque me entran, y de lejos, Venry, y la oigo llorar. Créeme, Venry, entonces es como si un animal estuviera corroyéndome el corazón y aun así no puedo hacer nada, porque no puedo alimentarlo. Sin embargo, esa hambre y sed no te abandonan nunca, y me siento muy infeliz porque sé que ella también está triste.

Ay, si quieres ayudarme, podré buscarla desde ese mundo, y la encontraré. Ahora no es posible, porque soy un cautivo, como las fieras enjauladas; les dan de comer, pero su corazón también quiere espacio, así que jamás están satisfechos.

Ahora me resulta imposible contártelo todo, pero podrás sentirme; porque si te lo digo todo, ya no podrás pensar, y tenemos que prepararnos. Pero te pregunto, querido Venry: ¿Es perfecto el estar aquí? ¿Tenemos que matar ese anhelo? ¿He de destruir en mí aquello que me hace feliz y por lo que todo se originó? ¿Es posible que quiera eso la Divinidad que me hizo a mí y a todas las demás criaturas? ¿Han de secarse las fuerzas que viven en mí y quedar reducidas solamente a lo que es ver y curar? Pienso mucho en eso, estimado Venry, pero nadie ha sabido ayudarme todavía. Y sin embargo esto me vuelve una y otra vez, aunque entonces sé que ella está como yo en la tierra, pero triste, muy triste.

A mí ya me encerraron, he sentido mi muerte, pero allí también permaneció en mí, corroyéndome el corazón. Mi vida está intacta, de lo contrario no podría sentir ni pensar. Yo tampoco soy viejo, Venry, porque incluso puedo hacerme muy joven. Si quisiera, podría tener la misma edad que tú. Poseo ese don. Si los animales lo pueden poseer, Venry, ¿por qué no nosotros los humanos? ¿Es la voluntad de Dios la maldición que hay en mí? Lo que arde en mí, ¿está destinado a ser sofocado? ¿No es el faraón un ser humano como yo, y no posee él también su amor? Créeme, querido Venry: me siento como un esclavo y tendré que seguir siéndolo (—concluyó).

Dectar miró con mucho temor a su alrededor. Entramos en los jardines de mi padre. Siguió contando, el corazón le dolía de deseo, y por joven que yo fuera, aun así sentí cómo me entraban aquellos dolores. En él había una fuerza consciente que lo hacía uno con otro ser.

Todo esto tenía que ver con otra vida. ‘Cómo es posible’, pensé. Desea y sabe por qué. Siente amor, la tristeza de un alma, del alma que conoció en alguna vida. Pero esa alma está ahora en la tierra y desea, como siente y pide, día y noche, que le sea concedido ser amada. Y este amor, ese sentir y pensar y desear se me hacían horribles. Poder pensar y sentir profundamente y poder poseer dones era una gracia. Pero tener que sentir otras vidas y ser consciente

de ellas era un tormento. No debería saber yo todo esto, pero le entendía por completo.

Mientras lo seguía en sus pensamientos y sentimientos, me quedó claro que en eso no podía equivocarse, porque ahora vivía en la tierra su alma, la vida que le pertenecía. Yo ya estaba deseando que se me concediera desvelarle este secreto y hacer feliz a mi buen amigo.

De improvviso arranqué unas hojas de una planta.

—Cómete esto, Dectar.

Siguió mi orden y volvió a serenarse.

—Eso también es innato, Venry. Sabes cómo matar estos sentimientos. Yo ahora no puedo sintonizarme, pero esto lo conocía. En los jardines de tu padre se pueden recolectar muchos milagros. Hay plantas para matar, para sofocar un incendio como este, y para curar heridas y a enfermos. Él era un maestro en eso. En todos los jardines vivían sus hijos, lo miraban los ojos que tuvieron que partir demasiado pronto y que ahora están en el lugar, Venry, a donde nosotros también queremos ir y del que solo los sumos sacerdotes conocen el secreto. Tu padre no quiso esto, estimado Venry. Todas estas hierbas aromáticas son para los enfermos, no para el fin del que acabo de hablar, porque ese está maldito. Sé dónde están todos los pequeños que partieron antes de tiempo, porque a veces veo con mucha claridad en la noche. Y cuando me entraron representaciones de eso, Venry, los seguí en esos periplos y entendí la maldición que descansa sobre este Templo.

Desconozco si recibí ayuda, como tú ahora, porque jugué con mi propia vida. ¿Estaban siendo benévolos conmigo los Dioses? Ahora que sabes algo de todas las fuerzas secretas puedes sentirme y también entenderás ya lo que hice. Y aunque no sea posible seguirlos, Venry, yo sí pude ir a donde quería cuando empezaban sus periplos nocturnos y paseos bienaventurados.

Esto es lo que te pregunto: ¿Estaban los Dioses conmigo? ¿Querían los Dioses que yo percibiera? Créeme, querido Venry, tenía los ojos llenos de lágrimas, que me brotaban de las profundidades de mi alma, y lloré los dolores de todos esos serecillos, que de todas formas llegarían a la tierra para vivir algo, igual que todos nosotros.

“Parta y regrese en sí, despréndase de las cosas que no son para usted”. Bonitas palabras, estimado Venry, pero no obedecen las leyes, porque cierran las puertas de las celdas tras de sí y solo las vuelven a abrir cuando se serena el animal que llevan dentro. Tendrías que verlos entonces, Venry, no se atreven a alzar la mirada, no hay en ellos noche ni luz, solo miedo, miedo por los Dioses, miedo a que los vean o sigan, porque saben cómo deben actuar y que no pueden hacerse valer de leyes. Cuando todas esas sombras, esas almas, reciben la nueva vida, la que sigue, Venry, y vuelvan a Isis, entonces —también esto lo puedes aceptar— habrá una lucha de vida o muerte y sucumbirán

todos esos maestros.

“Váyase y conózcase, deponga todos esos sentimientos y deseos y mátelos”. ¿Cuántas veces no habré tenido que escuchar eso? ¿Y qué es lo que hacen ellos? Veo las sombras, Venry, de todas esas tiernas vidas y de las sacerdotisas que desaparecieron de esta vida. Todas me piden a gritos que las ayude, porque los Dioses así lo quieren. Y sin embargo, miro sin poder cambiar nada, Venry, y ya no sé qué hacer con todos estos secretos. Venry, ¿crees que tu corazón lo resistiría? ¿Te alcanzarían las fuerzas si te lo contara todo? ¿Tan extraño es entonces, Venry, que yo a veces sea presa de la tristeza?

Vertí lágrimas, pero no por debilidad, sino que me preguntaba si a los Dioses les parecía bien y si el faraón sabía todo esto. Cómo recé, Venry, recé por una respuesta, pero los Dioses no me oyeron, y pensé que yo lo sabía. ¿Podría ser porque en mí, Venry, también hay esos sentimientos? Pero, te lo juro, mi vida está intacta, no he sido malo. Mi propia vida la entrego por la verdad, por mis enfermos y por cualquiera que me necesite, pero sobre todo para llegar a conocer lo verdadero. Porque, ¿no es imponente? Vive en mí y siento la naturalidad de estos sentimientos.

Amo el invierno y el verano, y puedo pasar sin comida ni bebida, estoy preparado para ayudar a los enfermos, con todo lo que llevo dentro. Puedo esperar durante muchos soles mi propia muerte y puedo ser uno con las tinieblas, pero tener que aguantar, Venry, que mi corazón siga latiendo y deseando, eso es insoportable.

Oh, amigo mío, ¿cómo debo advertirte? Si llegas a ser presa de eso, ya no podrás ver nada ni desdoblarte corporalmente, ni recibir nada, porque te estará quemando por dentro. Y en las tinieblas se te acercarán seres y tendrás que conocer tus fuerzas. Por eso te hablé de esto. Son como personas, Venry, y aun así son sombras, aunque pertenezcan a quienes ya murieron. Cuando quieres acercarte a ellas, parten, pero regresan a ti y entonces entran en tu interior.

Como sacerdote tienes que vencer todo. Tienes que querer verlo y vivirlo, sin dejar de ser tú mismo. Podrás sentir lo poderosos que son si te digo que aman y ungen, y que poseen las mejores hierbas aromáticas que no conoce ni posee nadie más que el faraón y que proceden de otros países, pero que aun así poseen. Conocen muchos secretos, Venry, y te pedirán que los escuches, porque hacen música y bailan su danza de sombras. Pero, ay de ti, querido Venry, si eso te deleitara.

Ahora eres todavía joven, pero tu alma es vieja y arrastran ese fuego en ti hacia arriba. Hacen que prenda en tu interior. Querido amigo, haz que en eso sigas siendo tú mismo, que no te asalten, porque entonces ya no tendré esperanzas. Eso me dejaría seco, como la carne que se guarda aquí. No te creas, Venry, que estoy hablando en misterios, es muy necesario que te hable

de ello (—dijo).

Dectar me habló de cosas horribles. Me mostró con cuidado lo que me esperaba. A través de su propia pena y deseos me introdujo en los secretos de Isis. Dectar era un maestro, un ser con mucha sensibilidad y un ser humano verdadero.

Prosiguió:

—Mis palabras no parecen muy importantes, ¿no es así, Venry? Pero que no haya negligencia en ti. Pareciera que soy un suplicante, pero sé que no me repudiarás, de modo que podré pisar la “pradera”, donde el verdor nunca se va y las flores siempre florecen. Toda esa vida eterna, querido Venry, te sonrío. Pero cuando se disuelva la oscuridad, tendrás que regresar a tu cuerpo material. Sé cómo es allí, aunque todavía no se me concedió vivirlo en mi corta vida que llevo en Isis.

—¿Cómo sabes esto, Dectar?

—Está en mi alma, Venry; así como en ti hay dones, esos sentimientos y conocimientos estaban en mí al nacer. Veía la “pradera” ante mí, de niño podía ver muy claramente. A veces jugaba en la “pradera” y sin embargo mi cuerpo material vivía en la tierra, y ya sabes cómo eso es posible.

En la “pradera” puedes pasear que es una delicia; es como un viaje por el espacio. El hechizo que emana es celestial. Ya estuve allí hace mucho tiempo, Venry, pero entonces era otra persona y tenía, por consiguiente, otro cuerpo y otro nombre. Pero esa vida la veo con mucha claridad.

Mientras estuve allí la conocí, y era tan cariñosa, oh, tan cariñosa, Venry. Muchas veces me acuerdo y entonces me veo con ella paseando en silencio. Y por eso sé que está en la tierra y entonces la vuelvo a ver. Es por eso que sé que también ella recibió un nuevo cuerpo. Pero entonces, estimado Venry, se me despiertan los deseos, porque mi alma es una con ella. Creo también que es sacerdotisa, porque entonces la siento próxima a mí y la busco en Isis. Pero si, en cambio, me vacío por completo para seguir mis sentimientos y mi ver, entonces la veo en el mundo.

En el rostro que tiene ahora, Venry, veo sin embargo lo otro por lo que siento tanto apego, Venry, porque es mía, solo mía, Venry. Su alma y la mía son una; los Dioses hicieron de nosotros un solo ser y eso seguirá así eternamente. Pero tuvimos que volver a separarnos, Venry, y eso lo experimentan todas las personas. Hay una sola alma que nos pertenece y la conocemos, aunque ahora yo sea un sacerdote. No puedo creerme que ahora se haya olvidado de mí. Pero ¿de quién podrían ser estos sentimientos que sin embargo entran en mí? En toda la tierra no hay un solo ser humano, querido Venry, que pueda captar estos intensos sentimientos, porque soy como ella, nadie más puede ser así, somos del todo uno.

¿Sientes, querido Venry, lo que eso significa? Somos como dos flores de un

solo color, como la cría que se parece a la madre. Como dos estrellas. Somos uno en sentimientos y pensamientos, aunque yo posea otros rasgos.

Yo vivo para ella, y ella para mí y ambos servimos. Respirará a través de mí, Venry, porque siente mi corazón, mi voluntad seria, por lo que es grande nuestra gratitud. En ella veo representada la vida, ambos hacemos la transición en ello, pero estamos ahora de camino, ya desde hace siglos, querido Venry, porque nos hemos olvidado. La tierra es grande, amigo mío, la naturaleza es imponente, el cielo estrellado nos abrume, pero este amor, mi amigo, supera todo. Para nada soy vanidoso si digo, estimado, que ambos lo poseemos todo, y ese “todo” significa que nos pertenece todo el espacio. Pero aún no estoy preparado, Venry, ella tampoco, y por eso tuvimos que separarnos.

Si crees que esto me supone un castigo estoy dispuesto a aclarártelo. Porque lo opuesto es cierto, Venry; Dectar lo tiene en sus manos. Y aun así me entra todavía la desesperanza.

Cuando la veo en la tierra, siento pavor, porque es muy rica y de alcurnia, y yo no soy más que un sacerdote pobre. Seguramente lo sentirás, Venry: hay duda en mí, y eso es muy grave. Pero si ella está en la tierra y si es muy rica y en ella no está este saber, entonces he de esperar hasta que despierte. Porque tiene que saber que soy yo y ha de sentir el deseo de verme. Cuando esa conciencia esté en ella deberá desearme. Hasta el menor de los insectos experimenta estos asombrosos sentimientos, Venry, y ¿crees que nosotros los humanos no? Si el espacio está en mí, también llegará el saber. Pero cuando no me entiendo y la duda me lastima el corazón, este se pone a latir cada vez más fuerte hasta hacerme estallar mi pobre cabeza. Entonces todo de pronto se me vuelve a difuminar y soy otra vez yo mismo del todo. Entonces Dectar alza la vista, hasta el rostro risueño de algún “Dios” y entonces desciende en mí el entendimiento, querido Venry, y me siento como un niño. Oh, créeme, querido amigo, hice muchísimas ofrendas a los Dioses, pero no siempre son aceptadas. Sin embargo, los Dioses saben de cada alma, porque nosotros hemos salido de ellos, Venry.

¿Querrás visitarla por mí cuando poseas las grandes alas? Puedes hacerlo por mí, Venry, conoces la “pradera”, porque estuviste allí. También verás detrás de todos estos muros que las encierran, donde viven las sacerdotisas y donde entran los sumos sacerdotes, convirtiendo su vejez en juventud. Y no se nos permite saber nada de eso.

Pero quiero poseer la despreocupación del cordero y la serenidad y las alas de un ave rapaz para poder descansar sobre mis alas en el espacio, y desde allí mirar hacia abajo a quienes me deformaron. Quiero ir como un rey del aire y conocerme por completo para que salga de mí toda duda. Quiero calar sus pasiones e inmoralidad, así como la túnica que llevan. Actuaré con mucha confianza, querido Venry, como me lo dicte el corazón. Ya nada me blindará

entonces y ni siquiera los vanos portones de Isis me detendrán.

Me son igual de valiosos el salvajismo del depredador que la serenidad del sapo, pero por encima de todo me lo son el espacio y la luz, además de la sabiduría que vive allí y de la que nacimos. Pero ahora mejor escúchame, Venry.

Mira, delante de ti, Venry, allí podremos entrar el año que viene, pasear hacia arriba y abajo, a la izquierda y derecha, y hacer nuestra la felicidad de tu padre. Quien pueda permanecer allí habrá recibido lo que en ese tiempo quiso alcanzar, pero entonces se hará sacerdote, un soñador y durmiente, y experimentará el tormento del organismo. Eso llega muy profundo, Venry, porque este Templo es poderoso y conocido por los muchos tipos de hierbas aromáticas, cultivadas con la maestría de tu padre. Cuando algún día llegues aquí y los Dioses quieran que sepas por qué se cultivan estos jardines, vete entonces abajo. Y allí fue donde Ardaty conoció a tu madre.

—¿Cómo dices, Dectar? ¿Mi madre, aquí, en Isis? ¿Quién te encargó decirme esto?

—Ardaty, mi querido Venry.

Tomé las manos de Dectar en las mías y lo miré. Entonces pude captar lo que había en él.

—Las hierbas aromáticas no sirvieron, Venry, no surtirían su efecto mortal, porque Ardaty era un maestro. Vivirías, querido, y vives, ¿no es así? Ahora tenemos que tener mucho cuidado. Así que presta mucha atención, siento algo y se nos está acercando. Todo esto lo has de saber, Venry.

—¿Mi madre fue sacerdotisa y yo su hijo?

—¿No te previne, Venry? Si no, ¿habría volcado mi corazón ante ti? Pero ¿no sabías esto desde hacía mucho tiempo? Tu padre se la llevó de aquí y su corazón estaba preparado para recibir a tu amada madre y portar con ella la gran pena. Le dio una nueva vida, de la que el amor es el espacio, y de la que te hablé. También ellos son completamente uno.

Lo que debes poseer si la quieres seguir y recibir la bendición de tu padre, si quieres conocer el secreto de tu propia vida, es paciencia y autocontrol. Es el cuidado que tuvo tu madre por su muchacho y esa será la fuerza que te regalan los Dioses (—dijo).

Sucumbí a una profunda emoción. Dectar prosiguió:

—¿Cómo puede emocionarse tu alma, querido Venry, ahora que conoces la verdad? Solo puedes mostrar gratitud; lo que desean es que se te conceda saber y que entonces sigas siendo tú mismo.

Porque mira, estimado, mira en la naturaleza y entonces sabrás que he de ocultarme. Tienes que seguirme, Venry (—dijo).

Poco después, Dectar me dijo, pero como un ser humano del todo diferente:

—Siempre hay peligro, Venry. Bien, ahora hay un poco más de calma,

pero fue muy grave, ese seguir y buscar de mi alma. Pero mira allí, Venry, hacia abajo. Una noche oí en el espacio el canto de un pájaro nocturno. Rompía el silencio de la noche. ¿Puedes seguirme? También esto has de saberlo.

Escucha, Venry, escucha este cantar, querido amigo, tu corazón se serenará y no podrás tener odio. Porque el odio mata, el odio destruye hasta la personalidad más fuerte, y la hace olvidarse y perder el juicio. Pero las aguas se cerraron encima de un cuerpo, querido Venry, y ella murió, pero no ese cuerpo, sino el acontecimiento; la noche dio paso al día; sin embargo, quienes fueron los culpables volvieron a encontrarse a sí mismos. Que sepas, querido mío, que uno vela, que hay uno que siente y piensa por nosotros, y que este curará mi ala paralizada. Para eso recibirás las fuerzas, para poder ocultar ya todo eso, y evitar así que nos quedemos cegados. Y piensa en la “pradera”, y búscala cuando sientas lo que siento yo; entonces mi corazón se serenará.

Continúa siguiéndome, Venry, vuelven. Mira allí, en la profundidad, te indicaré lo que te acabo de contar. ¿Lo sientes, Venry?

—Sí, Dectar, nos siguen, pero estoy en el espacio. Nos están buscando y ahora nos perderemos a nosotros mismos si no tenemos resistencia.

—Si no tuviéramos nuestro muro, Venry.

—¿Está mi secreto allí abajo, Dectar?

—Quien sea que mire eso, querido Venry, ya está siendo seguido. Vigilan esta pequeña parcela de tierra día y noche, pero esto solo lo entenderás más tarde (—dijo).

De pronto Dectar se dio media vuelta y señaló entonces el edificio con la mano izquierda, diciendo:

—Allí ves a los maestros, Venry, detrás de los muros. Pero tú puedes atravesarlos con la mirada. Los muertos hablan y los corazones suplican que haya venganza. Ni siquiera una espada es más afilada que los sentimientos que despierta el arrepentimiento. Detrás de esos muros, en el Templo de Isis, descubrirás muchísimos secretos. Pero no hay luz, Venry, solo tinieblas. Algún día todos los muertos resucitarán y gobernarán este lugar, pero entonces veremos la “pradera”, y la habremos alcanzado, o habremos continuado para ver el despertar de nosotros mismos, para sentirlo y experimentarlo. Les falta fuerza a mis palabras para expresar lo que vive en mi alma, pero tú puedes seguirme y percibirme. Ciertamente, querido Venry, esta mañana mi “yo” está condenado a escuchar lo que tienen que decir los muertos, pero en otra ocasión el amor estará muy alejado de mí y volveré a ser yo mismo del todo. Cuando llegue el día, Venry, se me concederá saber todo y me dirás si mi ala puede ser curada, porque siento que se acerca mi felicidad (—dijo).

Entonces preguntó muy de improviso:

—Cuéntame, querido Venry, ¿alguna vez estuviste en la “pradera”? Ay, no me digas, sé que estuviste. Ya ves lo peligroso que es el amor, porque está muy

confusa mi mente. Pregunto por algo de lo que ya sé la respuesta. Y eso no se debe hacer, para nosotros los sacerdotes eso es muy peligroso.

Por lo demás te habrá quedado claro que mi camino no es transitable, siempre atravieso alturas y abismos, y siempre vuelvo a caer, una falta de prudencia que quiebra mi viejo cuerpo.

Cuando estabas poseído, estuviste en la “pradera”. Pude seguirte. Allí me veré algún día con ella, porque se descansa bien entre la vida y la muerte, pero has de saber cómo regresar al hogar, es un camino largo, de modo que podría ocurrir que me perdiera.

Te parece que estoy muy sombrío, lo sé, pero es que en las tinieblas se precisan numerosas cosas para poder pensar en ellas. Todos estos sentimientos te ayudarán, porque quien entra allí vacío sale ajado. Dectar conoce todos los miedos que había en esas personas, por lo que el cerebro ya no pudo procesarlo más, asfixiándose el alma. Salen ciegas de ese oscuro infierno, sin saber ya si están vivas o muertas. Y solo, Venry, porque no estaban preparadas. No entendían las tinieblas, a pesar de que les hubiera hablado con profusión de ellas.

Pero tú estás preparado y listo —ya lo estás—, tu alma está llena de felicidad y secretos, en ti viven la muerte, las tinieblas y la luz, y verás quién me paralizó el ala, aunque yo también sé muchísimo de ello. Pero tú ves con mayor claridad.

¿Es entonces tan poco natural que haya odio en mí? Odio a quienes me deformaron y despojaron mi alma de su funcionamiento natural. Es cualquier cosa menos agradable, porque he vivido en el espacio y estaba en posesión de las grandes alas.

Me siento sombrío y siempre regreso a este punto, Venry, pero tienes que perdonarme, me hace rebosar el corazón. Pero las cosas que han de suceder las tendremos que vivir los dos, y es mejor que antes uno sepa todo al respecto para que no sea demasiado tarde. Esa seriedad te hará más fuerte y te fortalecerá.

—¿Puedes decirme más cosas, Dectar?

—Pregúntame, Venry, te contaré todo lo que sepa.

—¿Nací aquí?

—No, Venry.

—Te comprendo, Dectar. ¿Es Ardaty mi padre?

—No, Venry.

—¿Tienes alguna idea, Dectar?

—No sé nada, Venry, aún no sé nada.

—Entonces comprendo lo que quería decir mi madre. Sabes, Dectar, cuando estaba poseído, había alrededor de ti y de mis padres una densa emanación, en la que no veía al maestro. Esa emanación te mantenía oculto a ti

y a mis padres, lo veía muy claramente. ¿Lo sabías?

—Sí, Venry, lo sé.

—¿Lo sabes todo, Dectar?

—No, Venry, pero eso lo sé. Veía que estabas conectado con eso.

—¿Es por eso que mirabas de manera tan penetrante a mi madre, Dectar? (—pregunté).

Dectar sonrió, pero no me respondió, por lo que a continuación pregunté:

—¿Y el sumo sacerdote, Dectar?

—¿No viste, Venry, que estaba siendo blindado?

—¿Quién lo blindaba?

—¿No estás al corriente?

—¿Hace tanto ya que está conmigo mi líder espiritual, Dectar?

—Ya puedes estar muy agradecido, Venry; supone una gran protección para todos nosotros.

—¿Fue miedo, Dectar, lo que sentían mis padres? Mi padre se comportaba de manera muy extraña.

—¿Puedes imaginarte e intuir los sentimientos de dos almas felices, Venry, almas que albergan un gran secreto y su propia felicidad? Eso es lo que determina su vida y por lo que poseen absolutamente todo. Cuando vuelvo a pensarlo, querido Venry, y visualizo todo, veo mi propia muerte.

—Ya no te preguntaré nada más, Dectar, quizá más adelante. Te estoy muy agradecido, también por lo que hiciste por mis padres. Tal vez se nos conceda saberlo todo algún día. ¿Qué pasará conmigo después de las tinieblas, Dectar?

—Conocerás la muerte y tienes que familiarizarte con ella. Cuando hayas avanzado muchísimo, no será necesario, pero eso ya lo veremos.

—Pero ¿es que no conozco la muerte, Dectar?

—Claro que sí, Venry, pero de tarde en tarde recibimos experiencias por las que nos desarrollamos muy rápidamente, pero me sintonizaré en eso, quizá mañana pueda contarte más. Pero has de saber, querido Venry, que es muy instructivo.

Y ahora: mucho cuidado de nuevo, o los gusanos ya te habrán mordisqueado el corazón en pedacitos, y entonces no será necesario que sucedan todas estas cosas (—dijo).

Seguimos durante un tiempo, ambos sumidos en pensamientos. Entonces dijo Dectar:

—En todos estos años que llevo aquí, Venry, aún no había podido hablar así, me siento muy feliz de que todo esto haya desaparecido de mí; ya puedo empezar una nueva vida. Ahora vas a conocer a otro Dectar. Me vuelve a entrar la luz y es gracias a ti, Venry.

—¿Qué quieres decir con esos otros muros, Dectar?

—Conocerás los muros invisibles de Isis, no estos, sino otros que aún nadie, ni un solo sacerdote, ha atravesado. Contemplarás ese secreto, me es imposible contarte más de ello, porque entonces te entrarían demasiadas cosas, y eso no es bueno. Pero estoy muy esperanzado, Venry, en ti están esos dones. Ahora tenemos que prepararnos para la prueba en la que te sopesarán. Pero estás preparado —¿no es así, Venry?—, porque si no tendríamos que seguir, y ahora quiero estar solo, completamente solo, para examinar mi tristeza a la luz del ser de las cosas. Cuando entonces regrese a ti, me verás de otra manera, pero entonces habrá penetrado en mi ser el bálsamo que me dan los Dioses, y se habrán curado todos sus puntos enfermos. Si en mis oraciones llegara a ser muy claro, Venry, entonces se curará mi alma, por tocar la realidad.

—¿Qué quieres decir con que te sopesen, Dectar?

—Ya lo verás, Venry. Seguirán tu concentración. Entretanto hemos vuelto a acercarnos al Templo. Olvídate de todo, Venry, por favor. Ahora vacíate completamente, más tarde todo te volverá a entrar. Ahora solo piensa en ti mismo (—concluyó).

Dectar partió y yo entré en mi propia celda.

La segunda prueba

Dectar me parecía un milagro. Su ser tenía algo de misterioso. Unas veces era luminoso y vivía, pero a veces lo asaltaban las tinieblas y acto seguido tenía los sentimientos y deseos de un niño pequeño, pero con la vejez de un supremo sacerdote.

Lo de mi madre lo entendía. En mi vida había un secreto y quizá algún día se me concedería saberlo todo. Isis rezumaba misterio, pero yo quería poseer las fuerzas para poder neutralizar todos esos poderes secretos. Aquí había habido muchos sacerdotes, pero no se les había concedido el sacerdocio; los asesinaron antes. Sentí lo que quería decir Dectar, porque yo veía todos esos pequeños seres de los que había hablado. Aquí vivían sacerdotisas y entendí cuando habló de todos esos horrores.

Isis, Isis mía, Diosa de este Templo, ¿dónde está aquí el amor? Todos buscamos la luz que ha de iluminar las tinieblas.

Todos sucumbieron, pero a mí me entra luz, fuerza y violencia por lo que ya sé ahora. Algún día Isis será grande, radiante y emitirá su amor a quienes tengan esa necesidad.

Sentía serenidad, pero se me venían encima miles de cosas, era como si la naturaleza se vengara de quienes se paseaban aquí con aspecto de seres humanos. Si hubiera sido un animal los habría atacado por sorpresa, pero también contra eso estaban armados espiritualmente, y lo sabrían antes. Mi arma tendría que ser muy diferente y tendría que prepararlo entre la vida y la muerte.

Sentía a mi querido amigo en todo, pero su odio era terrible. Le habían mostrado secretos, o los había podido seguir. Pero sentí que sabía más, aunque no me lo quisiera contar. En mí había una fuerza que me decía que esperara sin prisas y que tuviera paciencia. Poco después regresó Dectar. Estaba muy alegre y era una persona completamente diferente.

—¿Te parece que nos vayamos ya, Venry?

—Estoy preparado, Dectar.

Entramos en el espacio en el que ya había estado. Un instante después llegaron los sumos sacerdotes y no tardaron en empezar con las pruebas. Era completamente yo mismo. El pájaro que aquella otra vez no me había escuchado ahora sí obedeció mi voluntad, porque con eso se comenzó. Después hubo unas cuantas pruebas más, para las que se sirvieron de varias especies animales, pero la más difícil de ellas yo la tenía dominada. Entonces empezaron a hacer otras pruebas.

En medio de la sala había un instrumento y sentí que era la balanza de

la que Dectar me había hablado. Tuve que colocarme encima sin perder el equilibrio. El artefacto colgaba de cuatro cuerdas que se juntaban en una bola que a su vez colgaba de un eje puntiagudo. Era más un instrumento para hacer balanzas que para pesar. Es lo que parecía ser el caso, pero iba unido a la balanza interior. Mediante la concentración y fuerte voluntad uno debía poder conservar el equilibrio.

Me coloqué en la balanza, pero me caí rodando al instante. Por mucho que me concentrara, era incapaz de conservar el equilibrio. Los demás me mostraron cómo hacerlo, también el sumo sacerdote, y no perdieron el equilibrio. Lo que eran capaces de hacer yo tenía que poder hacerlo y volví a colocarme en el artefacto.

La prueba fue un fracaso por segunda vez. Así que aún no estaba preparado y me faltaba para ser yo mismo, porque había fuerzas en mí que no dominaba. El instrumento estaba ajustado con tanta precisión que quien se subiera a él sin poder controlar su pensar y sentir sucumbía. Volví a subirme, pero tuve que dejarlo. La falta de equilibrio que había entre ambos cuerpos yo la sentía con nitidez, pero mi espíritu tenía que ser capaz de llevar esto a cabo.

Se colocó otro sacerdote y también Dectar siguió su ejemplo, todos lo consiguieron, por lo que esta fuerza era la posesión de aquella serena personalidad necesaria para controlar la profundidad de uno mismo y las leyes y empujes místicos del espíritu sobre esta balanza.

Pero sentía que podría haberlo hecho con suficiente tiempo; sin embargo, lo que Dectar me había contado de su propia vida me había llevado a este estado, y en el fondo no me encontraba preparado. Cuando vieron que no podía, tuve que acostarme en un lecho de reposo. Era un lecho de madera, cuyas patas tocaban la tierra. El conjunto estaba construido de tal forma que mi cuerpo entraba en contacto con la tierra, porque los puntos de apoyo habían penetrado algunos metros en la tierra, pero eso no se podía ver.

Me contaron cómo estaba construido para que supiera lo que significaba este lecho y no me surgieran preguntas mientras conciliara el sueño. Pero este contacto era necesario para la conexión con la tierra cuando mi cuerpo se hubiera dormido.

Cuando me hube acostado, con los brazos pegados a mí para el descanso, sentí su tremendo empuje y entendí que había comenzado la concentración de los sumos sacerdotes. Me dormí ya al poco tiempo. Pero entonces me desdoblé y oí que me hacían preguntas. Pero no les respondí. Pero, ay, me seguían, podían verme en este mundo. Entonces oí, en tono muy severo y autoritario, como alguna vez me había hablado Dectar:

—¡Hable! ¡Hablará! —se me decía.

Se me abrió la boca y les pregunté lo que querían de mí. Entonces oí:

—¿Dónde está?

—Junto a mi cuerpo —dije.

—¿Cómo ve eso?

Miré a mi alrededor y dije:

—Porque estoy en un espacio y allí, delante de mí, yace mi organismo.

—¿Puede ver claramente su cuerpo?

—Sí, muy claramente.

—¿Nos ve a todos?

—Lo veo todo.

—¿Puede alejarse?

—Sí, puedo alejarme.

—Entonces váyase, lo seguiremos (—dijeron).

Me alejé de mi organismo y me encontraba ahora ante la salida, expectante.

—Siga, salga, siga, puede continuar —Oí que se dijo.

Entonces atravesé la puerta y me encontré fuera.

—A regresar —me dijeron a voces, y fue lo que hice. Vivía como antes en este mundo, pero ahora bajo el control de ellos. Podía seguir el contacto entre ellos y comprendí que tenía que estar alerta. Me quedaba claro que tenía que asimilar un poder de leyes y fuerzas si quería poder resistirlos. Y para eso necesitaba años. Su poder era grande, sus sondeos y sintonizaciones profundos, y su seguimiento milagroso. Pero su voluntad era terrible. Todos me veían y podían seguirme en todo. Entonces sentí que me dejaban regresar, y quisiera o no, descendí en mi propia vestidura material y me desperté. Podía vestirme e irme con Dectar. Nos sintonizamos con ellos, pero ahora vivimos que ya habíamos quedado blindados. Había vuelto a interrumpirse la conexión con ellos. Solo cuando estuvimos en nuestro propio espacio, nos atrevimos a pensar, y entonces Dectar me dijo:

—Esta vez no fuiste demasiado lejos, Venry. ¿Sabes lo que ha ocurrido?

—¿Qué clase de prueba es esta, Dectar?

—Se colocó un muro de fuerza a tu alrededor, Venry, pero intentarán traspasarlo de todas formas.

—¿Y esto ahora qué significa, Dectar?

—Es un muro astral, Venry, dentro del cual debes permanecer y donde pasarás los días y noches para que puedan alcanzarte.

De pronto sentí lo terrible de estos señores maestros. Dectar dijo:

—Allí vivirás numerosas cosas de las que te hablé. Te harán andar por fuego; te mandarán animales y te rodearán serpientes que te matarán con su mordedura. Pero mucho solo es apariencia, Venry, para destruir el miedo que llevas dentro. Aunque pensarás estar en la realidad y vivir la verdadera realidad, te advierto que no debes responder a eso y que debes seguir siendo tú mismo.

Pero esta prueba es muy breve; las venideras serán más largas, y entonces harás viajes.

—Gracias, Dectar, y haré lo que me dices.

—No te olvides, Venry, de que también esto lo has de vivir y hacerlo tuyo, o de lo contrario sucumbirás en ese otro mundo, por grandes que sean tus dones. En las tinieblas habrás de vencer el mal, y si lo consigues se te abrirán todas las puertas y serás un maestro. Harán falta años para conseguirlo, pero no tienen paciencia porque desde hace tiempo se encuentran en un punto muerto. Necesitan una enorme sabiduría.

La prueba en la balanza no podía salir bien, Venry, su concentración te alteró para obligarte a que los siguieras. Ahora pueden succionarte hasta dejarte vacío, si quisieran, pero nos armaremos contra eso. Son como no pueden ser los animales salvajes, amigo mío, pero mucho y mucho más peligrosos.

Las fuerzas secretas de Isis

—Ven, vamos a pasear, ahora tengo mucho que contarte. Recuerda, Venry, que habrá miles de pensamientos que allí se te abalanzarán encima. Llegarás a muchos mundos cuya existencia conocen, pero de la que a veces no son conscientes, y entonces volverás a estar conectado con la realidad. Por eso son tan horribles. Pero no reacciones ante nada, pronto podrás sentir la realidad y entonces haz como que estuvieras muy cansado.

—Eres como un padre para mí, Dectar. ¿Cómo podré enmendar todo?

—Eres mi hermano, Venry, conozco a tus padres y los quiero mucho a ambos. Pero también me ayudarás a mí, devuélveme mis fuerzas, estoy ali-quebrado. Cuando sienta lo que quieren, Venry, te avisaré. A mí me ocurren estas cosas demasiado pronto. Pero ya te dije, están en un punto muerto, no pueden seguir y ahora ya no saben qué hacer. El Faraón, sin embargo, siempre pide nueva sabiduría, siempre nueva. Vuelve a tu celda, luego iré a buscarte, porque tienes que estar muy tranquilo y prepararte para ello (—concluyó).

Esta espantosa realidad me daba miedo. Me arrodillé y recé a mi madre y a Ardaty. Seguiría amándolo como mi padre y les envié todo mi amor. Después volví a sentirme algo más sereno. Entendí por qué Dectar me envió de nuevo a mi celda. En mí había miedo.

Ahora también entendía a mi madre y por qué se me aparecía, pero sobre todo el odio mío del que me hablaba, como de otras muchas cosas. Qué monstruos vivían a mi alrededor. Vivía en un entorno criminal, por ninguna parte sentía ni veía amor inmaculado. ¿Vivirían los sacerdotes y las sacerdotisas todos estos horrores? Pero quería estar preparado, quizá era bueno para mi desarrollo.

Dectar no tardó en regresar, y dijo:

—¿Estás un poco más tranquilo, Venry?

—Sí, Dectar, estoy preparado de nuevo.

—Ven, retomemos el paseo, pero ahora a escuchar bien y no te olvides de pensar en nuestra propia arma. Has de saber, Venry, que esta es una prueba muy dura. Ya puedes desdoblarte del cuerpo y tu concentración es nítida. Ahora ellos se saltan muchos años. En las tinieblas viví que me estaban devorando el cuerpo animales impuros, hasta que perdí la conciencia, dejando de sentir nada, naturalmente. Pero después volví a despertar y de nuevo viví cosas horribles. Mi celda, la habitación en la que ocurrían estas cosas, estaba en llamas y yo pidiendo ayuda. Pero nadie me oía. Cuando pedí ayuda, ya me habían destruido.

Después viví aún otras cosas. Me encontraba en un barquito sobre un gran

río. Todo estaba en calma, sin viento y con las aguas tranquilas. Sin embargo, pronto el cielo se encapotó y se levantó un viento que se tornó huracanado. Lógicamente, naufragué, Venry, las olas me arrasaron y desaparecí en las profundidades. Aun así, volví a despertar y estaba vivo. Así viví diversos sucesos, pero perdiendo una y otra vez la conciencia, y eso no era bueno, sino muy malo.

—¿Cuál es la intención de esto, Dectar?

—Los sacerdotes o las sacerdotisas tienen que evitar todo esto mediante la concentración y seguir siendo ellos mismos. Porque allí ya no hay serpientes ni otros fenómenos terribles, ni tormentas o fuegos que te quemen, son pensamientos, Venry, solo pensamientos de los maestros, contruidos con su concentración, pero que vives como si fueran la realidad. Cuando aún no estás preparado, Venry, es justamente esa la evolución que es infalible para reforzar y fortalecer tu voluntad.

De modo que tenemos que poder cortar el paso a ese fuego, dominar una tormenta; no hay serpiente con tanta fuerza que pueda alcanzarnos. Ningún ser debe poder aturdirte, Venry, no podrá ocurrir nada si estás preparado y quieres obtener el sacerdocio. Pero a mí y a muchos más nos dejó quebrados; nuestras fuerzas estaban completamente agotadas, estábamos espiritualmente extenuados, por lo que pasaron meses antes de que pudiéramos ponernos a trabajar de nuevo.

—¿Volviste a involucrarte, Dectar?

—Claro que sí, ya que quería obtener el sacerdocio. Y dos años más tarde, Venry, estuve preparado. Pero hubo otros que lo intentaban una y otra vez sin alcanzarlo nunca.

—¿Qué ocurre entonces, Dectar?

—Después de tres pruebas pueden marcharse, pero su vida queda destruida. Lo han perdido todo, ya lo han dado todo de una vez y no les queda nada más por dar. En poco tiempo, Venry, su alma queda completamente desgastada. Vivieron muchos años de golpe y se desploman. Lo vivieron todo, o nada.

Pues bien, estaban vacíos, en ellos ya no había nada, pero es que nada, que les diera fuerza para poder seguir viviendo. Vivieron una ley, Venry, que es caer, caer mucho, o ser un rey en los pensamientos. Pero cuando lo alcanzan, poseen mucha sabiduría y fuerza, y eso los hace grandes. Para eso apuestan su propia vida.

—¿Ocurre lo mismo en otros Templos, Dectar?

—Sí, Venry, pero este ha alcanzado la perfección en ello, está listo del todo, y quien aquí recibe el sacerdocio se hace sacerdote. Pero Isis muere, vive entre el bien y el mal, y sucumbe por este último. Isis se deshace a sí misma, desde hace años que se perdió lo más sagrado. Hazme ahora el favor, Venry,

de no decir ni pensar nada por unos instantes (—me dijo).

Continuamos un buen rato y entonces Dectar dijo:

—Siempre hay peligro, Venry, sobre todo ahora nos siguen.

—¿Preparaste a varios discípulos, Dectar?

—Sí, pero muchos terminaron locos, Venry. Otros se hicieron sacerdotes y ahora son maestros en otros Templos para aprender también allí.

—Pero ¿es que los sumos sacerdotes no saben que la gente sucumbe, Dectar?

—Por supuesto, lo saben todo, y pueden saberlo todo. La primera vez se detienen después de unos días y entonces vuelven a salir. Pero más tarde, la segunda o tercera vez, es todo o nada. Entonces ocurren cosas horribles, Venry, de las que ya te hablé. Entonces ya no hay vida o muerte en ellos, están completamente consumidos, destrozados física y mentalmente. Pero es su propia voluntad.

—¿Pudiste hablar con todos esos otros de esta manera, Dectar, y prepararlos?

—Sí, sí, pero no sirve de nada, todos caen y sucumben o se hacen sacerdotes. Uno se pierde y ya no sabe nada más, ni que viva o que ya esté en esa otra vida. Ya no sabes nada, ni del día o la noche, nada, nada, te quedas sin nada y, sin embargo, tienes que seguir siendo tú mismo en eso. Y entonces todas las demás cosas, que te hacen sucumbir.

—Pero ¿no es alcanzable eso, Dectar?

—¿Me hice sacerdote yo, Venry? Si sigues siendo tú mismo no puede pasar nada. Los desafías a todos, en ti hay dones, desafías a todos esos señores maestros, Venry, porque tú mismo eres un maestro. Yo también caí y sucumbí, y otras muchas veces en mi celda, pero después, Venry, me hice maestro por seguir siendo yo mismo. Y ¿por qué, amigo mío? No, no es posible que lo sepas. Me convertí en un niño pequeño, Venry, muy pequeño, sin pensamientos, y sin embargo muy fuerte y grande, incluso adulto. Pero entonces no había fuego, ni alimañas, ni amor, porque de eso entonces no sabía nada, nada podía alcanzarme en ese tiempo, y sin embargo lo fui todo, como ya has vivido. Y en eso, querido Venry, tienes que intentar encontrar tu propio camino, porque aún no sé qué modo aplican ellos. No todos viven lo mismo. Y eso es para ti, para ser fuerte en ese otro mundo.

—Pero ¿es que hay tanto peligro allí, Dectar?

—¿No sentiste esas fuerzas en tu juventud? Ese ser no era más que un niño pequeño, en comparación con otros. Son monstruosos.

—¿Tengo que prepararme para eso, Dectar?

—Sí, Venry, no te lo tomes muy a la ligera. Porque, ¿de qué les sirve un alado que sucumba allí? ¿Alguien a quien durante meses, incluso años, vuelven loco? Esa locura, Venry, ni siquiera es lo peor, porque sabemos curar,

pero la personalidad queda destruida, esa persona habrá perdido todo, y eso en un solo viaje. Basta con salir unos instantes del cuerpo material. Allí no podemos hacer nada, no podemos hacer nada por esta vida, porque esta alma habrá quedado destruida para esta vida. Cuando mueren algún día, siguen viviendo allí, esperando volver a nacer. Pero pueden pasar siglos, Venry, antes de que vuelvan. Esos siglos, sin embargo, son necesarios para que el alma se pueda recuperar.

—¿Qué es lo que se sabe aquí de todas estas leyes, Dectar?

—Sabemos muchas cosas, Venry, y eso otro lo tengo que descubrir. Si quieres estar preparado para las grandes pruebas tendré que contarte todo al respecto, pero eso será más tarde. Había sacerdotes que vivían las tinieblas, Venry, pero cuando estuvieron en el espacio, sucumbieron. Había también quienes no podían volver otra vez, y entonces al instante se producía la muerte.

—¿Durante la investigación, Dectar?

—Sí, Venry, ¿dónde iba a ser? Fue precisamente durante la investigación cuando sucumbieron.

—Y ¿no podían los maestros retirarlos? A la tierra, quiero decir.

—No hace falta que seas tan explícito, Venry, con una palabra te entiendo. No, entonces ya no era posible. De ese lado había miles de demonios que retenían allí al sacerdote, y de ese modo blindaban la vida terrenal. Muertos en poco tiempo sin que pudiéramos hacer nada por ellos. Frente a eso tampoco los maestros pueden hacer nada.

—Ahora entiendo el peligro, Dectar, pero nosotros tenemos ayuda, y esta supongo que sabrá lo que es posible. Y yo estoy preparado.

—Mira, Venry, en eso confío, pero tenemos que saber muy bien y claramente lo que podemos hacer nosotros mismos. Por eso quisiera suplicarte que no hagas nada, estás cansado y entonces dejas que todo te pase, por lo que todavía no vencerás las tinieblas. Y precisamente esa es la intención, y avanzaremos unos años para seguir preparándonos. Entonces tendrán que esperar también ellos, y junto a ellos, el faraón. Pero aún hay más, Venry. Este Templo está rodeado de un muro astral, pero alrededor de cada celda también hay uno de fuerza.

—¿Y ahora qué me estás contando, Dectar?

—Todo eso aún lo desconoces, Venry, y solo ahora es cuando puedes saberlo. Alrededor de tu propia celda hay un muro astral. Sé que ya estuviste fuera. Porque tú me visitaste, Venry, pero entonces tenías ayuda, de lo contrario ya habríamos recibido nuestro castigo o habríamos sido seguidos en silencio. Pero por eso comprendí que se nos estaba ayudando y obtuve la seguridad de una gran fuerza, por lo que entendí muchas cosas. Entonces no estuvieron los maestros, pero tiene que haberse quedado otra persona en tu celda, porque

eso lo sienten de inmediato. O sea, eso me da mucha confianza, Venry.

—¿Crees, Dectar, que hubo alguien vigilando?

—Por supuesto, Venry. Y cuando recibes esa ayuda en las tinieblas, nosotros podemos esperar tranquilamente. Pero no te olvides de que tienes que aprender, no puedes vivir en el espacio sobre otras fuerzas, eso sería mucho más sencillo, pero ahora no es posible. Aún no ha habido nadie, salvo Isis y los maestros, que haya podido derribar los muros astrales. Este es el poderoso secreto de los maestros. Ninguno de nosotros podía ir a donde quería, estamos encerrados en nuestras celdas, y seguiremos estándolo. No es posible vivir cosas al margen de los maestros. Solo podemos desdoblarnos corporalmente cuando nos controlan, pero entonces no puedes pensar en otra cosa.

—Cuando esté allí, Dectar, y viera a mi madre, ¿no podré decirle nada entonces?

—No, Venry, descartado, son ellos, no tú, quienes hacen viajes, te obligan a obedecer.

—Qué horror.

—Así es, Venry. Pero ahora se avista una posibilidad, amigo mío. Estoy muy esperanzado de que tú deshagas todo, porque de lo contrario sucumbiremos ambos. Y por eso no debemos apresurarnos. Esa resistencia la debemos construir con mucho cuidado, trabajando en ella cada hora, pero siguiendo con conciencia, más y más profundamente, o nos precipitaremos, y eso está mal. Quieren sabiduría, pero a través de ti, y de ahí las prisas.

—¿Por qué rodea ese muro Isis y nuestras celdas, Dectar?

—Porque los maestros conservan todos los secretos y fuerzas. Ni un solo sacerdote tiene fuerza. Ni uno solo es capaz de hablar a los demás de las leyes, fuera de Isis. Si no tuviéramos conexión, créeme que no se me concedería tener ni una palabra, ni un pensamiento, o en mi alma entraría el veneno astral y me mataría. Por todo lo que he dicho me comerán los animales, pero si otro lo decidiera, me quedaré ciego, ciego el resto de mi vida, o paralizarán todo mi organismo.

Isis, amigo mío, seguirá siendo Isis: quien entre aquí tendrá que someterse a las leyes o morir. Es posible sucumbir lentamente, sucumbimos entonces por fuerzas dominantes.

—Y ¿si huieras, Dectar?

—No, Venry, eso es imposible. Estés donde estés, en ningún sitio estarás seguro. Te pueden alcanzar hasta en la otra vida. Porque allí viven demonios que trabajan para los maestros y que hacen algo para Isis. Sirven a Isis. Aunque todos representan el mal o las tinieblas, el hecho es que allí están. Estas son las leyes secretas de Isis, pero aún hay otras, Venry. Y quien se halle en rebeldía sucumbe.

Pero, amigo mío, quien destruya todas estas fuerzas será un gran maestro,

que solo se dará una vez. Aquí los maestros son todopoderosos, Venry. Por eso nuestra tarea tampoco es tan nimia. Los Dioses nos estarán muy agradecidos si conseguimos que se disuelva todo este peligro. Si un sacerdote puede comenzar otra vida, Venry, entonces Isis es digna de seguir ocupando un lugar. Pero se rompe a todos que no consigan lo que se han fijado como meta. De ahí el muro astral, una construcción espiritual pero poderosa, que tienen en sus propias manos. Contra eso, querido Venry, se estrellaron centenares. Muchas sacerdotisas sucumbieron física y mentalmente, ellas y sus pequeños. Hicieron la transición demasiado pronto, sus jóvenes vidas se vieron contagiadas y sus corazones quebrados. Mira, querido Venry, ya solo por eso quiero seguir viviendo. En eso no me escurro del peligro, pero tengo que seguir alerta, y así lo haré. Hemos de conseguirlo, Venry. Quiero sacrificarme, mi amigo, pero Isis tiene que ser depurada de todo mal. Para eso estás en la tierra, y los Dioses nos ayudarán, porque ambos queremos servir. Hace un rato me preguntaste si también hay peligro fuera de Isis. Bueno, amigo mío, si quieres ir al otro extremo de la tierra y huyes de Isis, créeme si te digo, querido Venry, que la muerte te perseguirá, y es más veloz de lo que imaginas. Te alcanzará y te romperá el corazón. Conozco todas estas leyes, he rezado para que se me concediera conocerlas. Pero ahora también te puedo ayudar.

Estamos andando por aquí y no sientes nada. Pero si te digo que aquí, donde estamos ahora, vive en el espacio un veneno astral que nos puede alcanzar, lo puedes aceptar. Los maestros construyen un muro invisible, pero venenoso, y nosotros lo traspasamos andando, sin ser conscientes de nada. Naturalmente, solo construyen ese muro cuando saben algo de nosotros. Pero quien lo traspasa, material o espiritualmente, muere, y muy pronto. Esta aura es mortal. Si no fuera necesario que estuviera activado el empuje mortal, sino la locura, por ejemplo, entonces te asaltaría una locura muy extraña. Pero hay muchas otras posibilidades de destruir a las personas. Si llegan a decidir deformarlas no habrá fuerza en la tierra que lo pueda impedir. Si tienes que perecer por una enfermedad terrible, entonces la recibirás, y pronto. Te cortan el aliento y te dejan ciego en cuestión de segundos. ¿Te ha quedado claro, Venry, que todas esas fuerzas son mortales?

Quien crea poder resistir estas leyes es un hijo de la muerte, o tiene que poder derrotarlos; pero ellos son siete. Eso aún podría ser, sin embargo, aunque entonces ese ser humano sería un milagro, uno entre millones de sacerdotes. Y después están todavía los sacerdotes astrales, o sea, aquellos que han vivido aquí, o en otro lugar, una vida igual y que ahora son sus ayudantes.

—Si te entiendo bien, Dectar, es que no lo conseguiremos nunca.

—Si me hubieras comprendido bien, querido Venry, jamás podrías decir semejantes palabras. Quien se encuentre ante un acontecimiento así, hermano mío, y hable así, ya está perdido. Ya eres esclavo de ti mismo. ¿Crees,

querido Venry, que Dectar juega con su propia vida? ¿Que pone su preciosa vida en tus manos sin que a cambio reciba nada de nada? ¿Te crees que yo podría hablar así? Hay ayuda, incluso ayuda poderosa, querido Venry. Recibirás un arma, solo tú, Venry, porque todas esas fuerzas viven en ti. Si los Dioses quieren que esto suceda, no habrá nada que nos pueda detener, o de lo contrario también nosotros seremos destruidos.

Lo veo como una respuesta a mis oraciones y pensamientos, mis sentimientos y todo lo que pedí a los Dioses. Quiero servir y si quiero servir, amigo mío, llegará ayuda y recibiré esas fuerzas. Sea como sea esta ayuda, llegará, y así será. Los Dioses no permiten que nadie se ría de ellos, algún día intervendrán y lo harán de forma milagrosa, pero muy diferente a lo que imaginamos. Hasta un niño puede obrar entonces milagros y romper las leyes de Isis. Si tiene que ocurrir, recibo esas fuerzas. Si no fuera necesario en esta vida, entonces en la siguiente. Pero sirvo y seguiré haciéndolo.

Algún día, sin embargo, los Dioses sentirán lo que quiero y me enviarán su ayuda.

He podido seguirte desde tu juventud. Ya entonces sabía yo, y solo yo, Venry, que se me daría ayuda. Cuánto deseaba poder conocer esa ayuda. Entonces te vi a ti y ya no me pude dominar más. Pedí perdón a los Dioses y oyeron mi oración.

No, querido Venry, mil veces no, eres tú, tú podrás conseguirlo todo, porque eres el instrumento de poderes más elevados. Ese poder ya me protegió a mí, a tus padres y a ti mismo durante tu juventud, y eso fue un gran milagro. Esa ayuda, querido muchacho, viene directamente de ese mundo y afecta a una ley: la que se llama "Amor". Es todopoderosa, todo lo demás no es más que apariencia, es el sentimiento de muchos malhechores. Pero ellos también sucumbirán alguna vez. Y poder servirse de eso, Venry, poder servir eso ya es, créeme, una enorme gracia, no puede ser y significar más que una gracia.

Ahora he vuelto a ser yo mismo, Venry, más tarde sabrás lo que eso significa. Me verás con diferentes apariencias, pero has de saber entonces que así es como salvé mi propia vida. Entonces has de sentir bien, y trata de entenderme también en eso. Puse mi propia vida en tus manos, pero sabía que he de ayudarte; algún día, sin embargo, recibiré.

Isis es poderosa, también fuera de Isis hay poder. En siglos posteriores, querido amigo, la gente en la tierra vivirá lo poderosas que son las leyes astrales. Quien siga esto por curiosidad después de nosotros es un hijo de la muerte, y quien desconozca estas leyes morirá tarde o temprano, pero morirá. ¿A causa de qué, Venry? Solo por las leyes mágicas, porque son mortales. Desde lejos te succionan hasta dejarte vacío, te atraviesan el corazón, pero su arma es su concentración y fuerte voluntad. Puedo curar a un enfermo a distancia, pero

también matarlo, mi concentración es infalible. Cuando un sacerdote recibe el encargo de matar no hace falta ni veneno, ni violencia salvaje, ni ninguna otra arma. Solo pensamientos, el arma espiritual que nosotros poseemos, Venry, y que hemos asimilado en las tinieblas. Allí es todo o nada; pues bien, nosotros lo queremos todo, todo.

—Eres un milagro, Dectar.

—Solo soy un niño pequeño en pensamientos, así los muros astrales no me aprisionarán. Pero llegaremos, Venry, confío en tu ayuda. Si quieres contemplar un espacio inconmensurable y recibir la sabiduría de allí y ser un Rey en tus pensamientos para dar a este Templo una nueva túnica, entonces, querido Venry, has de tener plena conciencia de ti mismo y saber lo que tú mismo puedes hacer y lo que es imposible.

Tampoco los maestros son perfectos, porque hay una debilidad en su ser uno, que ya hemos conocido. No piensan en nosotros, para ellos todo es honor y fama, oro y plata, y muchas más cosas gloriosas. Pero por medio de ti, solo por las personas con dones naturales. Si fuera poseedor de una fuerza celestial y pudiera tornar los vientos en tormentas, entonces créeme, querido Venry, no quedaría ninguna piedra sobre la otra. Me gustaría aplastarlos a todos. Pero los Dioses no lo quieren, porque esas fuerzas se las reservan ellos, dado que nosotros no sabemos manejarlas.

—Creo, Dectar, que pronto vendrás a buscarme.

—¿Te están entrando estos sentimientos, Venry? ¿Los sientes al margen de ti mismo?

—Sí, Dectar.

—Entonces deja que venga lo que haya de venir. Entonces sabrás cómo actuar y no habrá miedo en mí.

—¿De modo que los maestros me abrirán espiritualmente, Dectar?

—Sí, Venry, pero aún hay otros dones en ti. Aún están sin tocar, entre ellos tu salto por encima del abismo. Son dones materiales, pero todavía no sé si los desarrollan. Pero si dan ese paso, entonces verás milagros. También es posible que cobren conciencia por su propia cuenta. Pero eso será más tarde. Los dones espirituales son los principales, por esas fuerzas podrían ocurrir milagros si no fuera que mienten, engañan y piensan en sí mismos. Solo la realidad podrá hacer grande este Templo, pero ahora no pueden seguir (—concluyó).

Seguimos andando cuando de pronto oímos un rugido terrible. Dectar fue volando hacia una de las jaulas donde estaban encerrados dos leones. Los animales estaban atacándose y se harían trizas. Rodaban por el suelo, mordiéndose, haciéndose sangre. Dectar no dudó ni un segundo, abrió la puerta de la jaula y se colocó en medio. Entonces vi que sus ojos buscaban los de uno de los animales, que de inmediato se alejó arrastrándose. En cuestión de

segundos, Dectar tranquilizó los animales, y dijo:

—Cuando estábamos aquí, Venry, ya sentía que iba a ocurrir esto. Ya no pueden hacerlo, porque quiero mucho a los dos, o tendré que adoptar otras medidas. Pero entonces se separarán y eso sería muy lamentable (—dijo).

Dectar habló a los animales y se le acercaron.

—¿Por qué tanta ira, Wolta? Eres el más fuerte y tienes mucha cabeza, muchísima. ¿Cómo puedes olvidarte así? ¿Tengo que enojarme? Pero ya te arrepientes, ¿verdad? ¿O te mando a las tinieblas?

Ves, Venry, ahora ya no lo puedo seguir. El animal se blindó ante mí. Y entonces me pongo triste. Soy capaz de sentir los sapos en su lento andar, y conozco esa lentitud, Venry, pero ¡estos son tan rápidos pensando y sintiendo!

Muy en su interior viven otros animales y esos no los puedo ver. ¿Puedes verlos tú, Venry? Mira, por favor, e intenta seguirlo. Cuando perciba yo eso, me obedecerán en todo. También el faraón lo quiere saber, y eso se quiere alcanzar a través de ti. Aquí no hay sacerdotes que puedan ver eso, y es que es muy difícil. Wolta es muy cariñoso, pero esos otros animales se despiertan en su interior y entonces deja de ser él mismo (—dijo).

Entendía lo que Dectar me pedía, yo ya lo había percibido en otros tiempos. Sintonicé con el animal y vi diferentes tipos de animales en él, y dije:

—Veo esos animales, Dectar. ¿Se los comió Wolta?

Dectar me sonrió y respondió:

—No, tampoco es eso, Venry, eso no significa nada, pero tú ves, sigue así y retén todos esos animales en ti, consérvalos, Venry, eso es, es un gran milagro. Me hace muy feliz, Venry, te ruego que continúes.

—En este animal, Dectar, viven otras especies animales, porque el alma de Wolta vivió en otros cuerpos. Veo muchos siglos hacia atrás y llego a otros países. Cuando retrocedo mucho me encuentro en el agua, y allí es donde vivía Wolta, pero como otra especie. El alma siguió avanzando, Dectar, siempre más, mientras iba recibiendo cada vez nuevos cuerpos, y son tantos que no puedo contarlos. Ahora no puedo seguirlos, quizá cuando me desdoble. Mi propio cuerpo es un estorbo, porque no puedo moverme, el espacio es demasiado angosto, me obliga a desdoblarme. Lo que vi desaparece ahora y se disuelve.

—Estupendo, Venry, ahora conoceré a Wolta y a todos esos otros animales. De eso se trata, ver en eso es fabuloso (—dijo).

Los animales habían vuelto a tranquilizarse y nosotros seguimos.

—Si puedes ver así, Venry, recibiremos nueva sabiduría. Nadie de nosotros ve en eso, porque es profundo. ¿Cuánto no hay entre la vida y la muerte de lo que no sabemos nada? Allí es donde reside el imponente secreto de nuestra vida en la tierra, y eso es lo que los sumos sacerdotes quieren conocer. Sea cual sea el mundo al que llegues, Venry, porque allí hay muchos mundos,

esto es lo más necesario de todo. Así conozco a todos los animales, aunque haya miles de especies, y sé dónde estuvieron y a qué familia pertenecieron alguna vez. Si pudieras ver cómo nació todo, Venry, entonces nuestra sabiduría se haría grande y recibirías aún más de lo que te predije.

Sin duda, querido Venry, sabemos muchísimo, pero todo lo demás es formidable. Nosotros, los seres humanos, tenemos que vencer todas esas vidas, Wolta también. Cuando le entran esos animales, hay rebelión en él y no es consciente de nada de eso. Pero entonces veo en el animal distintas figuras y son todos esos animales que forman parte de su alma, igual que lo vivimos también nosotros, los humanos.

Las muchas vidas de Dectar

—Te he conocido de diversas maneras, Dectar (—dije).

Sonreía feliz como un niño pequeño y dijo:

—Ves, Venry, puedo ayudar a los animales como un niño pequeño, no como adulto. Wolta me sintió como un niño, porque si no, me habría hecho pedazos. No puede hacerle daño a un niño, pero retrocedo aún más y entonces no soy nada, ha desaparecido la conciencia de mí y el animal enseguida se tranquiliza.

—¿Cómo te sientes entonces, Dectar?

—Pues, Venry, es muy sencillo: como un animal, naturalmente. Entonces entro en Wolta y me siento como su propio hijo. En ese momento sé que siento claramente y entonces me entra el amor de Wolta, y eso es glorioso. Me hace tan feliz, Venry. Entonces Wolta quiere jugar conmigo y puedo alcanzar todo con el animal. Con otros animales es exactamente igual, pero con algunos tienes que poder pensar algunas vidas hacia atrás, solo entonces la conciencia y el ser uno son perfectos.

—¿Es verdad, Dectar, que el veneno es transformado en miel?

—¿Lo dudas, Venry?

—No lo sé, Dectar, pero me parece muy difícil.

—Yo también sé hacerlo, Venry, pero ahora no soy yo mismo, y de eso tengo que estar convencido.

—¿Qué ocurre, Dectar, cuando el veneno es disuelto y uno hace la transición a él?

—Con mi voluntad mato el veneno, pero también la serpiente. ¿Sabías, Venry, que nosotros tomamos el veneno y lo matamos en nuestro interior? Hay maestros que pueden vivir meses, incluso años seguidos, sin comer ni beber, y sin embargo se sienten muy alegres y sanos. Es difícil también y para eso se requieren años de estudio. Nuestra concentración tiene que estar muy enfocada, es decir, en una sola meta, o de lo contrario es imposible. Nosotros llevamos a la serpiente a otra vida, después hacemos una completa transición a esa vida y solo entonces ya no es una serpiente, sino el animal que nos imaginamos. Un pájaro no tiene veneno; pues bien, si hago la transición a él, el veneno pierde toda su fuerza.

—Es asombroso, Dectar, pero ¿es infalible ese empuje?

—Sin duda. Sabemos que cada especie animal ha sido otra especie. Podría contarte muchas cosas sobre eso. También nuestra conciencia puede hacer la transición a otro en quien hayamos vivido alguna vez. Si descendemos mucho, también nos entrarán todas las propiedades de esa otra vida y en el

fondo nos desprenderemos del momento actual.

Por ser esto así —porque conocemos esas leyes— también es posible, Venry, en el mundo animal. Nuestra intensa concentración nos lleva hasta allí. Cuando deseo transformar el veneno, llevo al animal a otra vida, pero después hago la transición en esa otra especie, haciéndome por completo uno con ella, y mira, el veneno es como miel.

Cuando conocí esas leyes me sentí muy feliz. En ellas vi mi propia sintonización. De ese modo fui haciendo continuas transiciones a otras vidas; veían cómo me iba transformando, hasta que me extravié del todo.

Por entonces vivía en diferentes vidas. Me veía como un niño y junto a mi madre, pero en otro país.

—¿Está ese sentimiento en ti de manera consciente, Dectar?

—Indudablemente, Venry. Hago la transición sin darme cuenta y ya nadie me encuentra. Tiene que ser consciente, o de lo contrario pueden traspasarlo con la mirada; saben que quiero ocultarme. Cuando soy niño, naturalmente pierdo esta vida, o la depongo por completo. Si en esto se presentan trastornos, o si mi conexión no es completa, entonces todo el mundo siente esa falta de naturalidad de mi sentir y pensar. Pero entonces hablo de modo muy distinto y no logro expresarme con claridad. Ya sientes, Venry, que entonces sigo viviendo en este organismo, pero que me siento y veo en otro país. En esa vida llevo otra túnica, que se me hace ridícula. Veo túnicas como son las tinieblas.

En otras vidas soy muy viejo y también entonces hablo otro idioma, pero este no se conoce aquí; es cuando los maestros se ríen de mí, aunque les parece muy natural. Sin embargo, no tiene valor para ellos. Hay en mí conciencia de muchas vidas, de las que algunas me parecen horribles, porque en ellas fui demente. Hace algunos años fue terrible. Entonces todas esas vidas eran conscientes. Y sin embargo me pertenecen, lo cual suena muy poco probable, pero es la verdad.

Si mis otros dones no hubieran sido conscientes, me habrían expulsado de aquí, porque yo no valía para desdoblarme del cuerpo y hacer viajes. Se rieron de mí, pero te aseguro que eso salvó mi propia vida. Los dejé hacer, porque de lo contrario ya no estaría aquí.

—¿Lo pudieron determinar los maestros durante su investigación, Dectar?

—Exacto, durante la investigación, Venry. No podían usarme para los desdoblamientos. Siempre tienen prisa y desean nueva sabiduría. Pero todas esas personas me estorbaban al desdoblarme y querían entrar en mi cuerpo para hablar mucho. Esa, sin embargo, no es la intención. Lo que yo mismo veo en el espacio a los maestros les parece útil, no lo de todos esos otros. Lo llaman la conciencia muerta y tiene que seguir muerta, solo hay que experimentar esta vida.

Ahora va mucho mejor, Venry, casi estoy preparado, y entonces los habré vencido. Me encargaré de que vuelvan a dormirse, porque quiero seguir (— dijo).

Vi que Dectar estaba cambiando también ahora, aunque siguió siendo él mismo. Sintió lo que yo pensaba y dijo:

—Ves, Venry, así es como sucede. ¿Me sientes? Sin embargo, soy yo mismo, pero uno de ellos va surgiendo desde mi interior y se despierta. Entonces cambia todo mi ser. Pero esa personalidad no tiene nada que decir, o habría sido maravilloso. Todas esas personas son necias, no están vivas, ni están llenas de conciencia, sino que están dormidas. Lo que tienen que decir es de lo más corriente, no tienen profundidad alguna en nada, todas son espiritualmente pobres, y sin embargo forman parte de la vida de mi alma, porque somos uno. En ti también viven otras personas, Venry, y en cualquier otra persona, pero en tu caso y en el de otras duermen y solo se despiertan si poseen dones y si pueden servirse de ellos. Ya te dije hace un momento que los dormí uno por uno, y en eso he avanzado muchísimo. Pero cuando ese amor está en mí, yo mismo los llamo para que se despierten. Entonces va a volver a empezar y se me hace insoportable mi vida. En mí hay una vida en que fui madre, Venry. Entonces quiero irme de aquí, a las montañas, a mis hijos, donde fui muy feliz. Es cuando veo una hermosa naturaleza con montañas que me atraen hacia ellas, y me entran ganas de llorar de tan consciente que es esa vida en mí. Me vuelve miserable el deseo de tener hijos otra vez. Así ya no me es posible ayudar a los demás, porque entonces mi propio “yo” de ahora se extravía, y la mujer que en esos momentos vive conscientemente en mí no entiende de dones, ni de curar ni de concentrarse. Cuando ella está en mí, pierdo, por tanto, todos mis dones. Es tan sencillo y natural, querido Venry, porque la persona que soy ahora pertenece a esta vida. Y ahora soy Dectar, y además hombre.

—¿Conoces a más sacerdotes que vivan lo mismo, Dectar?

—Aquí hay otros dos, Venry, pero lo pasan aún mucho peor que yo. Yo sigo siendo yo mismo, pero ellos hacen una transición consciente a esas otras personas y entonces ya no saben nada de esta vida. Pero lo que esas otras personas quisieron, sus deseos, por ejemplo, y otros fenómenos, todo eso también está presente en ellos, y entonces hacen cosas incomprensibles y equivocadas.

—¿Cómo te entró eso, Dectar?

—Pues, es muy natural, Venry: por despertar, por mis dones, sensibilidad y conocimiento de todas estas leyes.

—¿Es que no pueden hacer nada por ti los sumos sacerdotes?

—Pudieron ayudarme muchas veces y muy claramente. Pero esto requiere tiempo y lo quiero hacer yo mismo. Tengo que poder hacerlo, Venry. Por eso tampoco pudieron desarrollarse bien mis dones, pero sobre todo mi ala; estoy

paralizado. No me ayudan, sino que me deshacen y me han deformado. Oh, cuando los vea caer, Venry, todas esas personas desaparecerán de inmediato de mí. Pero solo por la felicidad que habrá entonces en mí.

—¿No puedes hacer nada tú mismo, Dectar? (—le pregunté).

Me miró sorprendido y dijo:

—¿Yo solo contra todos ellos? No, eso es imposible. He intentado muchas veces liberarme de sus garras, pero de tanto pensar y concentrarme solo me canso mortalmente. Alguna vez estuve en completa libertad, pero cuando estoy profundamente dormido, precisamente en el inconsciente, querido Venry, entonces es cuando me deforman. Mi precaución y contra-concentración no se agotan, porque si no mi vida en la tierra ya habría acabado hace mucho. En sus ojos ya no siento ni veo nada, y para ellos soy ahora como un niño inocente. Pero muy hondo en mi alma viven Dectar y todo mi odio, que no hace más que crecer.

Ves, amigo mío, ahora resulta que todos esos años los he vivido para nada. Así es como va pasando mi hermosa vida, sin conseguir nada para mí mismo, y eso me apena mucho (—dijo).

Dectar se transformó tremendamente mientras habló de su dolor y todas sus vidas, algo que lo había roto por dentro. Resolví con determinación hacer todo lo posible para ayudarlo y dije:

—¿Podrás tener paciencia todavía, Dectar?

—Querido amigo, ya te había sentido. Me siento muy feliz, Venry, porque ahora veo luz (—respondió).

Dectar había captado entretanto un mensaje. Vendría a buscarme por la mañana para llevarme al edificio donde me encerrarían.

—¿No es una gloria, Venry, ser tan uno? ¡Y este ser uno lo volverán a mancillar! Eso lo odio, porque los Dioses les dan todo, y aun así no están satisfechos (—dijo).

Dectar se fue después de que nos despidiéramos, y yo entré en mi propia celda. Me esperaban las tinieblas, ahora tenía que prepararme. Aunque llevara yo tan poco tiempo aquí, ya había vivido muchas cosas. ¿Sucumbiría? ¿Me destruirían las tinieblas? Pero ¿qué es lo que tendría que vivir? ¿Realmente era tan terrible? Querían convertirme en un gran sacerdote, pero todas esas cosas horribles y los secretos de Isis me hacían temblar. No existía nada peor para mí.

Me quedé pensando toda la noche. Isis estaba cercada por un muro astral que habían levantado los maestros. Era consciente de que necesitaba tiempo, porque si no, no quedaría nada de mi vida interior. En algún tiempo quizá estaría a pleno rendimiento y podrían empezar. Todo era horrible, aquí solo vivían demonios. Ay, cómo comprendía a Dectar. Se movía como un rayo de sol por este entorno venenoso, era el único ser verdadero que había conocido.

Me encontraba en un entorno de pecados y miseria, donde los asesinatos se sucedían. La sangre de la vida corría por el Templo de Isis.

Las señales secretas grabadas en la puerta de mi celda representaban a los maestros, pero su realidad también estaba mancillada. Significaban: “No pienses, eso lo hacemos nosotros. No vivas, eso lo hacemos nosotros. No mates, eso lo hacemos nosotros”.

Pero sería la personalidad de quienes estaban aquí, aunque eso ya lo entendía del todo. Esto no era profundo, porque faltaba la sagrada seriedad.

En el Templo de Isis vivían sombras y todos esos seres querían volver a vivir para así poder experimentar de nuevo esta vida, pero de otra manera. Entonces estarían preparados para los acontecimientos y listos para resistir las leyes mágicas. Querrían estar preparados para destruir a los maestros que deciden aquí sobre la luz y las tinieblas, en quienes vive sin excepción el bien y el mal. Para mí significaba fuerza, una incitación para prepararme.

Dectar quería colocarse encima de las nubes y planear por el espacio, para ver a quienes eran como diablos. Solo ahora comprendí estas palabras, igual que sus sentimientos profundamente humanos. Entonces viviría en el espacio y se sentiría feliz.

* *

*

Me trajeron la cena y mi aceite. Lo segundo se me hacía aún más importante que lo primero. Mi cuerpo tenía que tener mucha flexibilidad, pero comiendo demasiado podría perjudicar mi desarrollo. Me froté las sienes y la zona cardíaca, así como otras partes de mi cuerpo. Esta mezcla de aceites me penetró en la piel, y la consiguiente elasticidad me hizo bien. Cuando terminé con eso me acosté.

Mi líder espiritual

Pronto tuve el honor de que me entraran otras fuerzas, que ahora sentía con más nitidez que nunca. ¿Eran de los maestros? Seguí esta fuerte incidencia y me sentía muy sereno. Después volví a ver ojos, pero de una fuerza del todo diferente, que podían percibirse claramente. Descendió en mí un sentimiento inverosímil que apenas pude aceptar. Porque estos ojos me hacían sentir que debía quedarme tranquilo y que no había peligro. Durante mucho tiempo no vi nada, pero cuando fue cayendo la noche, volvieron a mí.

Estaban muy cerca y el rostro al que pertenecían incluso empezó a adoptar formas, aunque seguía siendo translúcido. Vi ante mí el rostro muy terso, rebosante de fuerza vital con los rasgos muy finos, cuando oí una voz que me decía:

—No tenga miedo, sacerdote de Isis. He adoptado medidas, no le podrá suceder nada. Debe saber que soy su amigo, ya estuve con usted. Ha podido sentir mis fuerzas.

Una vez, hace mucho tiempo, viví en esta celda. Iba a recibir en mi juventud, igual que lo que va a vivir usted, las tinieblas. Yo también estuve preparándome, querido amigo, y me entregué por completo. Pero cuántos tormentos padeció mi alma. Se me hace que está usted preparado para escucharme, porque de lo contrario no le contaría nada: no le quiero infundir miedo. Hay muchas personas que no quieren conocer la verdad, pero no avanzan.

Esta verdad lo puede fortalecer. Muerto, me llevaron de nuevo a la luz. Seguramente que ya lo está sintiendo: yo no estaba preparado. Mi codicia, igual que mi resolución, vanidad y entusiasmo juvenil, destruyeron mi propia vida. Me hirieron hasta hacerme sangrar. Sucumbí.

Y ¿no es usted como fui yo? Por eso comprendo y conozco su meta, y puedo ahora ayudarlo. Oh, amigo mío, no tema, porque ¿no dije ya que adopté medidas? A eso se añade que conozco las leyes y que, además, pertenezco a este mundo y que vivo en la luz. También veo las tinieblas en las que viven quienes alguna vez allí fueron los maestros y que ahora trabajan para Isis desde este mundo, a ellos también los veo, y su vida, pero la mía interior los domina a todos.

Los Dioses quieren que sea su líder espiritual. Mi trabajo es su trabajo, de modo que ambos tenemos que completar una misma tarea. Así que tiene que aceptarme, querido amigo, y ha de saber que lo estoy esperando desde hace tiempo. Ya estoy con usted desde que es joven. Más tarde, cuando esté preparado, haremos grande a Isis.

Pronto vendrán a recogerlo, pero volverá igual de pronto a su celda. También le hice sentir que aún no está preparado. Necesitamos tiempo, porque no les servirá a ellos, sino a los Dioses. Obedecerá esas leyes, no las que posee y decide Isis. Me ha conocido por mi luz, pero ahora no me busque, porque no podrá encontrarme ni percibirme. Pero sí me es posible ir hasta usted, aunque usted no puede venir hasta mí. No se olvide nunca de esto. Cuando piense que es imposible una conexión, justamente entonces estoy con usted. Ha de saber que vive usted en mi irradiación que alguna vez blindó por completo a otros, y que los protegió de muchos peligros, pena y dolor. Eso usted lo ha podido percibir, pero a través de mí. Si usted vive en eso estará seguro de sí mismo, porque mis fuerzas transitan hacia usted. ¿Me explico?

Los muros espirituales de Isis no me suponen ningún estorbo, pero a usted lo mantienen preso. Cuando usted quiere aceptar mis fuerzas ya no es posible hacerlo, sino que hace la transición a otra personalidad. Solo entonces conocerá y comprenderá las leyes de Isis, que usted ya ha transgredido. Si no hubiera velado por usted ya sería un hijo de la muerte, al igual que su amigo Dectar, al que quiero mucho. Puede saludarlo de mi parte. ¿Quiere transmitir este mensaje mío?

Usted aún no lo puede aceptar, sus sentimientos me llegan y eso es muy natural. Déjeme decirle entonces que estuve en su celda cuando su amigo lo visitó y a usted le entró mucho miedo. Si aún tuviera usted dudas, entonces le diría: “Imagínese que los maestros estaban aquí cuando usted partía”. Le surgían sentimientos como preguntas, pero eran míos. ¿Lo comprende? Así que yo estaba en su celda, aunque usted pensara que los maestros no habían estado. Pero no dije nada, porque usted aún no posee las fuerzas para ocultarse. Ahora ya está preparado. Sin embargo, aún no es consciente en su pensamiento y sentimiento, pero yo estuve velando —lo seguiré haciendo— y le pido su entrega completa. Ahora sabe que siempre estaré, pero no ha de pensar en mí. Huelga decir que es necesario. Ya se lo pidieron muchos otros y eso lo hicieron para y a través de mí.

Usted viva su propia vida y déjeme hacer tranquilamente, no piense en nada y “jamás” piense en mí, ¿me entiende? Nunca; siga su propio camino, yo seguiré el mío. Y sin embargo somos uno. Cuando me atrae hacia usted, los maestros lo siguen y no puedo completar mi tarea. Ya ve, está muy claro.

Pero, por favor, conserve la calma, amigo mío. ¿Por qué tener miedo? Sigue dudando de mí. ¿Es que tengo que contarle todo sobre su infancia? Le repito que conozco las leyes que significan tinieblas y luz, están en mí, en mí está todo lo que necesita para servir. Los Dioses me envían a usted. De buen grado quisiera que siga su propia vida y aproveche el tiempo en las tinieblas para aprender a dividirse. Esos sentimientos también le llegaron, pero eran míos.

Así que divídase en muchas personalidades, pero siga siendo usted mismo.

Conozca, sobre todo, las fuerzas profundas de la vida de su alma, y podrá ir donde quiera. Ninguno de nosotros lo ha sabido hacer, porque tampoco ahora es posible al margen de mi ayuda. Pero ha de aceptarme. Conocerá todas estas fuerzas.

Los maestros no lo pueden seguir en el espacio y usted ya lo vivió. Usted vivía entonces en mí, y ¿lo sintieron a usted? Vivía usted entre ellos y sin embargo no estaba allí, sino en mi mundo, o sea, muy lejos y a la vez cerca de ellos, se encontraba aquí y en ninguna parte. Y de eso aún no tienen ninguna noción, amigo mío, aunque se llamen a sí mismos maestros. ¿Le ha quedado claro ahora que soy su amigo? Cuando salga el sol deberá estar preparado. Pero quiero decir algo muy distinto. Así que hágalo en la oscuridad, no a la luz, porque las fuerzas del cielo dominarían entonces su pensar y sentir, y así no conseguiría nada. Todos nosotros hemos nacido en las tinieblas, no cuando ya había luz, y precisamente en eso reside la fuerza de usted. De modo que regrese a la nada, y no lo encontrarán. Para romper corazones aquí desean sabiduría, pero los cubre la ceguera. Creen que se conocen y se sienten todopoderosos, pero ya les entró a sus almas el primer estremecimiento. Y semejantes sentimientos, amigo mío, significan debilidad, y nosotros vemos a través de eso. Estoy preparado para minar su propio “yo”, y esa es mi tarea. Usted también debe prepararse, pero para eso requiere un arma. De eso le habló su querida madre.

Le dará fuerzas si le digo que la conozco. Tranquilo, mi amigo, que no haya ahora ni felicidad ni tristeza en usted. Ya le hablé a usted de su arma. Esa arma la prepararemos de este lado. Aquí, en nuestro mundo, vive el secreto de su vida y el de todos. Pero lo ayudaré con eso. Puedo seguir su modo de pensar, así que sé en lo que piensa, pero no es tan sencillo, amigo mío. Y un niño, sin embargo, podría neutralizarlos a todos si los Dioses lo desearan.

Cuando las estrellas destellan y le envían su luz, entonces se verá a sí mismo. Allí está el origen de todos nosotros y poder vivir y ver en eso es el arma que los Dioses le darán. Lo primero que hace falta para eso es su completa entrega y el sincero deseo de querer servir. Solo entonces se abrirán las puertas de su alma y será perfecto su ver.

Lo que perciba entonces ahora no lo puede abarcar, pero irradia por encima de todo lo dado y conocido hasta el momento. En el espacio, amigo mío, vive el origen de los hombres y animales, y es en mi mundo y en el suyo, que hay vida en la tierra.

Vuelvo a sentir que no acierta a pensar bien. Piensa que verá todo esto en el espacio, pero también está presente en su propio entorno, aquí, en esta pequeña celda. Así que ya ve que no precisa hacer largos viajes. También aquí puede contemplarse ese milagro, porque en él vive el alimento que esperamos. En este espacio vive su arma, que ha de ser espiritual y material. Y le hablo

desde ese mundo. Y sin embargo no estoy en él. ¿No le suena inverosímil?

Vivo en la “nada”, mi amigo, y la “nada” es invisible para los ojos terrenales, ni puede sentirse, a no ser que usted pertenezca a nuestra vida. Si pudiera desplazarse hasta allí entraría a la “nada”, y solo entonces lo poseería todo. Porque de eso hemos nacido, igual que todo lo demás que vive, y entonces podrá derribar los muros astrales de Isis. Gracias a que escucha con tanta atención comprenderá que no conocen el origen de todo lo que vive, ni el final de nuestro sentir y pensar humanos. Solo los Dioses nos podrán dar entonces también esa sabiduría, pero para ello tenemos que servir, y con nosotros muchos más.

En Isis no se sirve. Así es como se van construyendo las tinieblas. Esto ha continuado así durante siglos, pero ahora la luz está empezando a atravesar las tinieblas, aunque no de la manera que ellos puedan imaginar. Por eso recibirán muchísimo, aunque será la razón de que sucumban. ¿No es extraño también eso?

Transformar el veneno en miel es un arte que no han de enseñarle. Pero mi experiencia es ser “todo” en la “nada”, y esa es la que usted asimilará. Para ello acepta usted el niño que lleva dentro, pero tampoco olvide su vejez, porque son una sola cosa. Tiene que poder despojarse de sí mismo si quiere vivir aquello y regresar a ello. ¿De verdad que es tan difícil eso?

Entre “la vida y la muerte”, amigo mío, vive la realidad, todo lo demás no es más que temporal y muere. La envidia, pasión, mentira y el engaño decoran este edificio, y falta la inmaculada animación, porque sus corazones permanecen cerrados a los Dioses. Cuando entre en las tinieblas estaré con usted y lo ayudaré a pensar. Pero ahora váyase a dormir, aunque solo sea su cuerpo material el que descanse, porque usted mismo se desdoblará del cuerpo para ayudar a quienes necesitan su ayuda. Devuélvales la vida, y que su sendero esté iluminado, porque usted sirve, le sirve a “Él”, del que somos todos. El sentimiento que arde en su interior lo guiará, aunque lo lleve a otros países. Pero es usted consciente y está preparado para recibir todo. Aquellos que son conscientes vencerán y vivirán los tesoros del espíritu. Entrará conmigo en el Templo de la verdad, y junto a usted muchos otros. Tiene usted muchos dones, amigo mío, y es usted digno de ser desarrollado, pero solo a través de mí. Le saludo, vuelve a estar solo.

Los muros astrales de Isis; obtuve mi arma

Para mí esto fue una revelación. Acababa de recibir una gran felicidad. Me eché y no tardé en dormirme. De inmediato empecé a sentir y a pensar, y me desdoblé de mi cuerpo. Lo primero de todo lo que percibí fue el muro, el arma envenenada de los maestros. ‘Cómo es posible’, pensé, ‘mi celda está envuelta en una densa emanación’. Era la terrible arma. En realidad, ¿qué peligro me acechaba? Tanto misterio me tenía el corazón alborotado. Y sin embargo ya había estado fuera de mi celda. Mis dones habrían podido suponer al mismo tiempo mi propia perdición. Había un espíritu de la luz velándome a mí y a Dectar. Pero ¿cómo podría yo conseguir atravesar eso? ¿Tendría que dividirme? Naturalmente, yo lo aceptaría a él, para mí era un amigo, pero antes que nada, era mi maestro. Aquí, en la celda, estaba todo, me decía. En este pequeño espacio estaba el comienzo, pero también el final del sentimiento y pensamiento humanos. Pero ¿dónde está? ¿Dónde está y vive este profundo misterio? Súbitamente, pensé sentirlo. Poco después oí que la voz me decía:

—Concentración, nada más que concentración, solo eso y nada más.

Esas palabras me aportaron felicidad. Todavía oí:

—Saca de ti todo mediante la reflexión: la vida en la tierra, pero también mi mundo, y es detrás de eso donde está. Entonces podrá ir a donde quiera, y Dectar con usted.

‘Qué glorioso’, pensé, ‘también piensan en Dectar’. Entonces sintonicé con la “nada”. Tenía que estar completamente vacío. Rápidamente me vi conectado. Antes que nada salí de mi propio mundo, pero después entré en la vida después de la muerte. Vi casas y edificios, hombres y animales, y la luz que irradiaba por encima de toda esta vida era preciosa. Continué. Entonces hubo luz en las tinieblas. Eran dos mundos y se fundían. Retomé mi camino y sentí que estaba siendo dirigido. No obstante, seguía viviendo en mi propia celda, aunque vivía algo milagroso.

Poco después todo se me hizo borroso, todos esos mundos estaban disolviéndose, pero yo mismo seguía consciente.

—Continúe —oí que se decía en mi interior—, un poco más y ya habrá llegado. Yo lo llevaré allí, después tendrá que poder hacerlo por sus propias fuerzas. Tiene que poseer esta conciencia; es la de todos estos mundos, y los muros secretos y astrales de Isis ya no significan nada para usted.

De nuevo continué y viví un gran milagro. Por detrás de la emanación y de todos esos mundos veía ahora profundas tinieblas. Había un sentimiento de enorme felicidad en mí que me daba la seguridad de haber alcanzado el

final. Mi propio cuerpo astral era ahora tan etéreo que apenas ya podía verme a mí mismo. Pero si sintonizaba mi concentración en mí, era plenamente consciente de todo, aunque lo etéreo permanecía. Mi cuerpo espiritual era ahora mucho más etéreo que los muros astrales de Isis. Ya había vencido estos envenenados muros de Isis.

En ese mundo etéreo vivían las primeras leyes de todas, pero yo también vivía en él. Los maestros aún no habían llegado tan lejos y esta era mi arma, una poderosa arma en mis manos. Me arrodillé agradecido y di gracias a los Dioses por esta gran gracia, prometiendo que haría todo lo posible. 'Es increíble', pensé, 'pero llegué, aunque con mis propias fuerzas jamás habría podido conseguirlo'. Pero ahora, adelante. Me encontraba, sin embargo, ante un nuevo problema. Si partía ahora, mi celda se quedaría vacía y de eso no había hablado mi líder espiritual. Me quedé pensando en eso mucho tiempo, pero no lo averigüé. Ahora podría partir, y sin embargo no se me concedía mover un solo pie. Ni siquiera era posible dividirme en este sentido. Al instante, los maestros lo sentirían y lo podrían ver.

El único resultado de este gran milagro fue una profunda tristeza.

Lo que hace unos instantes todavía me había parecido imponente, ahora resultaba carecer de valor. Pero oí decir en mí:

—Si quiere que le ayude, entonces no pregunte nunca quién soy. Escuche, amigo mío. No dude en irse de aquí, yo me quedaré y velaré por su cuerpo. Si fuera necesario, descenderé en él hasta que haya pasado todo el peligro. No tiene que temer nada y ahora puede hacer su trabajo con todas sus fuerzas. Ya no ve mi rostro, tampoco oír mi voz por un tiempo, y sin embargo lo seguiré en todo y le hablaré de cuando en cuando. Me sentirá de inmediato. Es para excluir cualquier peligro. La luz está en usted. Vaya ahora, Venry. Ya oye que lo conozco. Me quedaré aquí hasta que usted regrese. Solo entonces partiré. Ahora los maestros vendrán a nosotros, Venry, pero observe cómo haré todo lo posible.

Volví a estar solo, pero quería seguir lo que iba a ocurrir ahora. A la celda entró un sumo sacerdote, y poco después otros dos. Estaban de camino para controlar a los habitantes de Isis. Los maestros habían abandonado sus cuerpos materiales y viví el escrutinio de mi cuerpo espiritual y material. Pero cerca de ellos, y aun así invisible, estuve observando y viví esta cosa increíble. Qué grandes eran los dones de todas estas personas. Pero ellos seguían el mal y pertenecían a los demonios. Pero jamás había pensado en esta posibilidad, porque podía seguirlos en todo.

Los maestros de Isis estaban de camino; estaba yo junto a ellos y era inalcanzable.

—Mi arma es poderosa, querido Dectar, muy, muy poderosa.

Solo ahora podía empezar mi trabajo. Uno de ellos descendió en mí y

escrutó la vida de mi alma. Sin embargo, me estremecí cuando ocurrió esto. Pronto volvió a los otros. Todos perforaron mi organismo durmiente y allí me encontraron. Mi líder espiritual representaba mi personalidad; mi vida interior no había cambiado en nada, en ella un maestro en concentración era la vitalidad viviente. No me lo habría podido imaginar de manera más grandiosa y sencilla. En el fondo, qué natural era todo, y sin embargo nadie sabía nada de esto.

Los maestros se fueron, pero yo con ellos. Quería seguir a estos monstruos, y caminaba por delante y detrás de ellos, pero no me veían. Si me quedaba en este mundo no corría peligro. Además, ahora comprendía su debilidad y el punto en que se encontraban. Desconocían esta posibilidad de dividirse y de ayuda espiritual. Jamás llegarían a conocer estas fuerzas, porque no recibirían esta ayuda. Para ellos este era el punto muerto mencionado por Dectar. Lo que habían recibido hasta el momento no era más que una fracción de todo aquello que abarcaban ese poder y el espacio.

En el estado en que vivía ahora había muchas maneras de dividirse, pero estos eran los mundos que había conocido. Y de ellos había hablado Dectar, y eso era lo que quería asimilar él. Mi líder espiritual me había conectado con la última posibilidad de todas y con el último mundo de todos. Y desde allí recibirían sabiduría, pero por medio de mí, aunque no antes de que me encontrara preparado.

Sintonizándome con ellos descendí en ellos y adopté sus pensamientos y sentimientos. Era su primera víctima de todas, pero ahora íbamos a Dectar. Ambos alterábamos su paz, porque nos brindaban su plena atención. También ellos estaban en sus puestos y completamente preparados. El silencio en que vivían y su manera de ser indiferente, su forma de simular que no nos seguían solo eran apariencias. En realidad, nos seguían día y noche, estaban concentrados en nosotros dos y así lo iban a seguir estando. Pero en Isis iban a suceder cosas grandes.

Su avance repugnante me estremecía, pero aun así no dejé de ser quien era. Enseguida llegamos a la celda de Dectar y vería cómo había sido deformado mi amigo. Dectar estaba profundamente dormido. Uno de ellos se inclinó por encima de él durante bastante tiempo. El maestro estaba sintonizándose con su vida interior, pero los otros dos siguieron este descenso.

Yo también seguía a los maestros y podía sentir con claridad su pensamiento y concentración. Ya tenían cuidado de no despertar a Dectar. Sus fuerzas conjuntas le obligaban a seguir durmiendo. Ahora que conocía ambos organismos, comprendí ese escudriñar de su alma, porque de lo contrario no me habría sido posible seguirlo ahora. El maestro que iba descendiendo en Dectar seguía el alma de este, mientras que los demás se encargaban de que ambos cuerpos siguieran siendo uno solo, para que continuara durmiendo.

Gracias a mi conciencia elevada podía ver ahora por qué cojeaba Dectar en su conciencia diurna. La parte derecha de su cuerpo material tenía ahora una irradiación completamente diferente de la izquierda. Y en eso se concentraban, por lo que Dectar no era capaz de desdoblarse. Por el lado izquierdo estaba aliquebrado y deformado en su cuerpo material. No alcanzaba a ver por qué se le había deformado, pero también eso lo llegaría a saber.

Los maestros estaban muy satisfechos y se fueron. Pero yo los seguía, sin importar a dónde fueran. Regresaría a Dectar, pero ahora era preciso irme con ellos; quizá aprendería más secretos.

Visitamos muchas otras celdas, pero sin quedarnos en ellas mucho tiempo. Comprendí haber sentido con nitidez. En Isis realmente no había más de dos personas, en el fondo solo una, y era yo. A mí me prestaban especial atención. Aparte de los sumos sacerdotes había otros cuarenta sacerdotes, entre ellos discípulos de sacerdotes y hasta niños, que querían alcanzar el sacerdocio, como yo.

Nos fuimos a otro edificio, donde se reunían los maestros. Cuando entramos allí, vi que se abrieron puertas astrales; solo entonces habíamos entrado en el espacio propiamente dicho. Se me hacía horrible este blindaje. En esta habitación se decidía sobre la vida y la muerte. Aquí había otros dos sacerdotes, pero en su vida material y conciencia diurna, o sea, estaban despiertos. Aun así, los tres maestros fueron percibidos de inmediato. Desde este mundo, los demás obtenían mensajes, que recibían espiritualmente. Yo sentía por qué lo hacían. Era necesario y era para controlar su propia conexión y su ser uno. ‘Ciertamente’, pensé, ‘Isis es poderosa’, y ahora estaba conociendo ese poder. Ni un solo sacerdote sería capaz de destruir este poder con sus propias fuerzas. Su poder estaba anclado a esto, eran uno en sentir y pensar, en oír y ver. Todos no tenían más que un solo objetivo: que sus vidas les permitieran disfrutar de sabiduría, honores, fama y los placeres de la vida. Pero para todos ellos los Dioses eran el medio, la sabiduría, su poder y grandeza, aunque los discípulos de Isis eran las víctimas que tenían que aceptar su veneno animal.

Se me llenó el alma de repugnancia y profunda emoción. Podría vivir aquí más secretos, pero lo pospuse, porque proseguimos el camino. Ahora a otro edificio. También alrededor de este vi un denso muro de fuerza astral. ‘Vaya’, pensé, porque no había puertas; también este edificio estaba espiritualmente del todo cerrado. ¿Sería que iba a conocer nuevos secretos?

El primer secreto y milagro fue que los maestros caminaron a través del muro. Después entraron en el edificio material. Por su propia irradiación volví a reconocer este blindaje, porque iban por su propia fuerza, lo que me hizo comprender también este misterio. Era muy natural, pero mortalmente peligroso para quienes estaban alojados en este edificio. ‘Ay, qué poderosa es Isis, cuánto poder’, me decía una y otra vez, ‘qué terrible es todo, qué terrible

es Isis con sus secretos?

—Dectar, amigo mío, ahora conozco el amor de Isis, pero me pregunto cómo pudiste protegerte durante todos estos años.

Entramos al edificio donde vivían las sacerdotisas. Me llegó una tremenda influencia. Atravesamos varios pasillos y entramos en una celda. Me sintonicé con los maestros. La influencia que me llegaba era del diablo: sentía lujuria, muerte, pasión y la destrucción de una joven vida. La muerte me entró en el alma, seguida por profunda tristeza, lo que me hizo pensar que se me partía el corazón. Después de un intenso esfuerzo conseguí conservar la conciencia, porque lo que me entraba era horripilante. Seguiría siendo yo mismo a todo precio, aunque viviera en el mal. Algo semejante no lo podría volver a vivir pronto, y si me derrumbaba, podría suponer la destrucción de la vida de nosotros dos. Lo que me llegaba ahora no era más que miseria.

Una sacerdotisa yacía desnuda sobre un lecho de descanso, pero estaba muerta. Al parecer, su cuerpo material estaba vacío, tal vez el alma vivía ahora en otra parte después de haber sido arrojada de él. Había entrado en la muerte de forma violenta. Los maestros tenían la mirada clavada en este joven organismo y estaban hinchándose. Aún no podían renunciar de este joven cadáver. Entonces entendí la frase de Dectar: alimentan el animal que vive en ellos.

Todos tenían culpa, pero uno de ellos era el asesino. Se habían hinchado y mancillado su cuerpo espiritual y material. Sentí que se hacía el silencio en mí, del todo. Esta atmósfera mortal envenenaba este pequeño espacio, pero la presencia de ellos aquí contagiaba su último suspiro que aún había permanecido en el cadáver. Aquí vi una de las miles de maldiciones que descansaban sobre Isis, una de las muchas que maldecían a los Dioses, igual que la sabiduría y la santidad del sacerdocio. Estos chacales espirituales miraban el joven cuerpo, que hasta hace poco era parte de esta vida. Y allí vivía el alma, para alcanzar en Isis el sacerdocio. Pero esta alma había sido arrojada de forma brutal del cuerpo y junto a ella, la joven vida que ahora había muerto en su cuerpo. Uno de ellos había matado a su propio hijo y era el padre, pero al mismo tiempo el veneno mortal para esta joven vida.

Era una hermosura esta sacerdotisa, no alcanzaba los veinte años, pero había sido contagiada por una bestia, un monstruo espiritual con la túnica sacerdotal de un maestro.

Cuando descendí en el cuerpo me saltaron las lágrimas. En el cuerpo material aún vivía algo que los maestros no podían percibir porque se habían sintonizado con lo criminal y lujurioso, pero que a ellos les suponía alegría. De esta manera se desfogaban, aunque fueran sacerdotes.

El cuerpo ni siquiera se había enfriado y entonces vi que las almas de ambos, de madre e hijo, partirían en breve. Viví cómo se desprendían ambos

cuerpos espirituales y comprendí por qué se me concedía ahora desdoblarme corporalmente; un poco más, y ni un alma mortal habría sabido de esto. Naturalmente, mi líder espiritual sí estaba al corriente, porque me había dicho que percibiera bien.

Oh, maestros de Isis, ¿es esto servir a la Diosa? ¿Es esa su sabiduría? ¿Les privan las vidas jóvenes? ¿Es este el final del estudio de ella? ¿Y obtuvo el sacerdocio? ¿O estuvo aquí para servir a los maestros? Pero eso no es cierto, porque veo que fue mancillada mientras dormía. No se destruyó una sola alma, sino la de la madre y el hijo. El veneno de Isis vive en su corazón, y esto fue lo que mató la joven vida. El símbolo de lo inmaculado cedió su lugar al asco, la destrucción, la impudicia, la violencia espiritual y material y a las profundas tinieblas. ¿Qué es Isis? ¿Qué significa seguir a Isis? ¿Cuál es el significado del Loto?

—Dectar, ay, Dectar, ¿tú también sabes que ocurren estas cosas inhumanas? Lo sabes, pero soy yo quien vive lo verdadero y criminal de los señores maestros.

Desde mi interior se fue elevando un odio ciego mientras miraba a estos tres lujuriosos. Sus cuerpos astrales eran oscuros y la irradiación que partía de ellos, demoniaca. Estaba dispuesto a apuñalarlos uno por uno, pero lamentablemente me faltaba el arma para ello. En el fondo tenía que contentarme con lo que había vivido. Había vencido los muros astrales de Isis. Allí yacía una joven vida, el alma estaba partiendo y quizá maldeciría su final en la tierra.

En este cuerpo material vivía el veneno de las hierbas de los jardines de Ardaty. La madre y su criatura habían sido arrancadas demasiado pronto de esta vida. Ella había recibido mucha sabiduría, pero esta también había significado su muerte.

La criatura astral lloraba fuera del cuerpo material y ya era consciente.

—Madre, Madre mía, vivimos, pero no allí, ahora vivimos en otro mundo.

—Sí —añadí—, no aquí, sino lejos, muy lejos de estas tinieblas, usted vive allí donde late el corazón de “Él”, que también sabe de esto y que vio cómo los mataron.

Me fui corriendo de este lugar, tan veloz como cuando me llegó el terremoto, lejos de este terrible entorno, pero de regreso a mi propia celda. Por el camino viví, sin embargo, un nuevo milagro. Mientras avanzaba tan velozmente, me percaté de pronto de que iba planeando. Elevado hasta grandes alturas por mi enorme concentración, por toda esta pena y dolor y por la profunda emoción, de repente estaba planeando fuera de Isis. Mientras avanzaba tan velozmente había atravesado sin querer los muros astrales de Isis. Cuando me di cuenta de lo que me había ocurrido, estallé de alegría, porque comprendí que también esos muros ya no significaban nada para mí. Pero durante unos instantes dejé de ser yo mismo, porque había querido volver a

mi celda y me había olvidado de Dectar. Ahora quería visitarlo. No tardé más de unos segundos en alcanzar su celda y en entrar en ella. Para empezar me obligué a tranquilizarme, porque de lo contrario no podría seguir a Dectar. Comprendí muy bien que ya me había olvidado a mí mismo y que esto era muy peligroso. Tenía que seguir siendo yo en todo, hasta en la miseria más profunda.

El ala paralizada de Dectar

Cuando desperté a Dectar, sintonizó conmigo y empezó a verme. No tardó en tomar conciencia y estar espiritualmente preparado, y me dijo:

—Vaya, querido, ¿has venido hasta mí? Oh, Venry, desciende en mí. Ya lo ves, amigo mío, que sentí claramente, ahora sabré cómo es mi paralización. Observa mi deformación, Venry, más no necesito saber de momento. ¿Puedes verla, Venry?

—Sí, Dectar, la veo, pero no te alteres.

—Acaso no te lo había dicho, Venry: me deformaron. Ay, esos maestros, malditos sean todos estos demonios.

—Vamos, calla, Dectar. Tengo mucho que contarte. Estoy preparado, Dectar. Estuve fuera de los muros astrales, e incluso conozco secretos de los que nadie sabe nada. Hoy también recibí mi arma, Dectar, nuestra arma, estimado, pero que los Dioses nos han dado (—le dije).

Dectar se alegró mucho, tanto que habría perdido toda prudencia de lo feliz que estaba.

—¿No me enseñaste tú, Dectar, que hemos de dominarnos en todo? Vamos, piensa en ti mismo.

Se recompuso y me pidió:

—Mira ahora lo que hay en mí, Venry, pero mira bien si puedes ayudarme (—me dijo).

La irradiación de Dectar me dejó ver ahora su deformación y constatar claramente la incidencia de los maestros. No querían que él viera, ni que se desdoblara del cuerpo. Desde hacía años que lo mantenían preso en esta aura. Pero habían podido seguir los sentimientos y pensamientos de Dectar, y él sabía algo de los secretos. Y eso le había sido fatal. Lo que sabía pertenecía a los maestros y al misterioso santuario de Isis.

Aun así, Dectar había sido capaz de protegerse. Y solo había sido posible porque todas estas vidas estaban en él de manera consciente; me había hablado de ellas. Ahora en el fondo era imposible encontrarlo, pero su ver y sentir eran muy puros. A pesar de todo, lo mantenían bajo esta influencia y permanente control. Todos sus dones eran ahogados de esta manera y eso lo frenaba en su desarrollo. Los sumos sacerdotes eran poderosos. De modo que ya podía estar contento de haber sabido salvar su propia vida.

En estos momentos veía pasar ante mi espíritu todos aquellos deformados. De esta manera se incidía en el alma y el cuerpo material, y descendía en ellos su veneno espiritual. Unos se quedaban paralizados, otros se quebraban materialmente, y aun otros eran víctimas de enfermedades físicas o mentales,

o se volvían locos. Yo veía a todos esos infelices que iban arrastrándose, que entendían muy bien qué les pasaba, pero que no podían hacer nada. Conocí una montaña de impudicia y miseria. Vi leyes mágicas y místicas, vivían ante mí. Mirara donde mirara había violencia, pasión y miseria. Esta violenta incidencia los quebraba a todos, muchos de los que habían querido asimilar sabiduría espiritual se habían accidentado. Todos habían sido engañados, estaban material y espiritualmente rotos.

Dectar había quedado deformado en su lado izquierdo, pero los maestros siempre controlaban su deformación. Entonces recibía más veneno nuevo, y eso lo dejaba agotado por querer liberarse. Le dije:

—He podido verlo todo, Dectar, y te juro, amigo mío, que te ayudaré. Pero tienes que escuchar, Dectar, y aún tener algo de paciencia, ahora no me es posible romper estas fuerzas. Solo después de las tinieblas, estimado Dectar. Entonces iré a buscarte, te acomodará encima de las nubes y podrás mirar desde arriba a quienes te deformaron. Porque mi líder espiritual te ayudará. Tengo que saludarte de su parte, y dice que tú también eres su amigo. Después verás la “pradera” y a quien es tu alma gemela. ¿Podrás tener aún un poco de paciencia, Dectar?

—Aunque ahora pudiera tardar siglos, Venry, puedo esperar, ahora que sé que yo también soy su amigo. ¿No te dije que te estás haciendo grande? Recibirás las grandes alas Venry, y Dectar se quedará a la espera. ¿Lo ves? Ahora soy joven otra vez, Venry, me entra felicidad y eso me ayudará. Haré lo que pueda y ahora seguiré siendo yo mismo. Libérame ahora, Venry, entonces podrás ver lo paralizado que estoy. Cuando soy libre y asciendo, vuelvo a caerme hacia la tierra y entonces estoy tan cansado, ay, tan cansado.

—Te liberaré, Dectar (—dije).

Vi a través de esa telaraña de fuerzas espirituales por donde Dectar estaba buscando su camino. Entonces se produjo un suceso asombroso ante mis ojos. Empezó a suspirar y gemir, forzándose hacia todos los lados intentando encontrar la salida de esta telaraña. Mientras tanto sintonicé con los sumos sacerdotes por si quizá había peligro. Pero ahora no nos estaban siguiendo.

Entonces ayudé a Dectar. Su desdoblamiento y la liberación de su vestidura material fueron perfectos, pero de esta manera no podían desarrollarse sus dones. También en Dectar había dones muy hermosos, hasta de los más grandes que un sacerdote pudiera recibir de los Dioses. En el Templo de Isis todos los sacerdotes tenían dones y sabían desdoblarse, pero para poder percibir en profundidad y ver el origen de todo lo que vive era necesario poseer el alma y la personalidad de este ser. En la vida interior de Dectar estaba la capacidad por la que había podido recibir las grandes alas, pero no estaba siendo usada, porque lo estaban deformando. Su cuerpo material tenía que seguir durmiendo ahora. Dado que este presentaba un trastorno, su alma

vivía esta violencia, que le impedía respirar.

Cuando yo quería desdoblarme, podía hacerlo de varias maneras. Cuando quería ascender, desdoblarme a la derecha o izquierda de mi cuerpo, podía hacerlo según mis deseos, en nada había trastornos de ningún tipo. Solo tenía que sintonizar con ello. Pero Dectar jadeaba e iba profiriendo al mismo tiempo imprecaciones y maldiciendo a los maestros. Por fin se hubo liberado y entró en mi mundo. Nos abrazamos como niños felices.

—Ahora estamos juntos, querido Venry, cuánto lo he deseado. Oh, soy tan feliz, si solo supieras lo que esto significa para mí. Recé toda mi vida para que se me concediera este ser uno y ahora lo somos del todo, uno en este inconmensurable espacio donde viven quienes murieron en la tierra. ¿Dónde están ahora todos mis amigos? Solo imagínatelo, Venry. Siente lo poderoso que es poder vivir aquí. ¿Estás dispuesto ahora a ver lo terribles que son sus fuerzas? Pero entonces tienes que seguirme, Venry. Sin tu ayuda jamás habría podido liberarme. Sígueme ahora, querido Venry, así entenderás cómo me torturaron y por qué hay tanto odio en mí (—dijo).

Dectar sintonizó su concentración con el ascender planeando y no tardó en elevarse. Estaba muy concentrado, pero había otra fuerza que volvía a tirarlo hacia la tierra, porque lo dejaba completamente agotado. Gemía de dolor y cayó al suelo como una piedra. Maldijo a los maestros y lloró como un niño pequeño por su miseria y paralización espiritual. Me dijo:

—¿Ves Venry? Estoy paralizado en esta vida. Sus fuerzas incluso pueden alcanzarme en este mundo. No basta con que vaya por ahí manco, aquí tampoco se disuelven esas fuerzas, y eso precisamente es lo horrible. ¿Entiendes ahora, Venry, que eso me corta el aliento? Así es como se rompe mi resistencia. Y no puedo hacer nada, salvo si me ayuda un poder más elevado. Ahora no tengo más opción que rendirme, lo quiera o no, porque ellos son siete. El veneno me mata espiritual y corporalmente, y de eso no me libro ni un segundo. Volveré a ascender para mostrártelo bien, para que sepas que nos destruyen a todos. ¿Que si los Dioses pueden aceptar esto? ¿Es que mi oración es el murmullo de un inconsciente? Pero ahora no haré preguntas, querido amigo, porque veo ayuda (—concluyó).

Pero los intentos de Dectar fueron sofocados. Cuando se hubo alejado unos cinco metros de la tierra profirió sonidos de dolor y volvió a caer como una piedra. Las fuerzas de los maestros por ahora lo habían paralizado por completo. Entonces tuvo un estallido de ira y se le llenaron los labios de espuma. Se me hizo muy extraño, porque ahora vivíamos como seres espirituales y este fenómeno pertenecía al cuerpo material. Aun así, tampoco en esto vi ningún cambio y por eso entendí el ser uno del cuerpo espiritual y material. Había un cordón que unía a ambos cuerpos y era a través de este cordón que le llegaba este fenómeno. Cuando volvió a sosegarse algo, me dijo:

—Si fuera más fuerte, los dejaría a todos ciegos, como hicieron con Astor. Les paralizaría las cuerdas vocales para que ya no pudieran decir una palabra más, o les envenenaría la sangre para que se llenaran de pústulas, como han de experimentar mis pobres enfermos, pero que no hacen daño a nadie. Todos estos demonios no merecen poseer dones; no sirven para nada más que precipitarnos a todos nosotros en la miseria (—dijo).

Dectar se sentó en el borde de su lecho de reposo y junto a su propio cuerpo material, y prosiguió:

—Se llaman a sí mismos maestros, pero lo son del mal. Ahora puedo mirar mi propio cuerpo, ¿tú también ves esas tinieblas en su interior? ¿Puedes ver que el lado izquierdo lo tengo paralizado? ¿Y que mi pobre corazón late con menos fuerza cuando me resisto y que entonces se me corta el aliento? ¿Es eso servir a los Dioses? ¿Es que entonces mi odio es tan antinatural, Venry? Poseo grandes dones, incluso las grandes alas, y los he recibido de los Dioses, pero los maestros me destruyen. Pero ya lo ves, ¿verdad?, lo terribles que son. Este Templo sufre una maldición, como quienes lo gobiernan, están malditos todos ellos, contagian a la Diosa y mancillan su Amor. Pero ¿es que los Dioses no pueden dejarlos ciegos? ¿Pueden seguir destruyéndonos a todos, querido Venry? ¿Para qué poseen ese poder? Pero lo sé, a mí se me ha dado otra fuerza, y así es como salvé mi propia vida. Así que debo estar muy agradecido. Quienes viven en este mundo, querido Venry, y ven la luz, poseen todos ellos las grandes alas, porque planean por este espacio. Pero todos esos demonios no poseen más que las tinieblas, y además todas las enfermedades de la tierra, y eso les amarga la vida, que dura siglos. ¿Ves, estimado Venry? Todo eso lo he visto, y por eso seguí siendo yo mismo. Pero mi odio no me abandonó. Los podría maldecir a todos.

—No debes alterarte, Dectar, porque si no despertarás a los maestros. Te prometo que haré todo lo que pueda por ti, pero has de seguir siendo tú mismo, ¿no ves que ahora no es posible?

—Aun así me sobra valor, Venry, pero a veces me siento muy enojado y entonces me olvido a mí mismo. Se me sube entonces el odio y los maldigo a todos. Pero me estoy recuperando, ¿no es así, Venry?

—Puedes estar seguro de eso, Dectar (—contesté).

Seguimos ahora juntos el empuje de esta fuerza mágica, y acordamos que lo ayudaría después de las tinieblas. Dectar me comprendió por completo cuando le expliqué cómo podía liberarlo de aquello. Entonces le hablé de mis vivencias. Me dijo:

—¿Ves, Venry, lo grandes que son tus dones? ¿No te lo dije ya? Nadie de nosotros es capaz de eso (—añadió).

Mientras Dectar me hablaba me ocurrió algo milagroso. Me miró y preguntó:

—¿Vas a volver ahora al pasado, Venry? Me quedaré a la espera.

—¿Pudiste sentirlo, Dectar?

—Sí, Venry, llama la atención cómo has cambiado, de forma tan natural, conozco ese fenómeno (—dijo).

Entonces Dectar bajó la mirada, inclinó la cabeza y se quedó esperando. Ahora que sentía que yo no hablaba, preguntó:

—Ay, estimado, ¿me perdonarás? ¿Puedo preguntarle algo al maestro?

Asentí con la cabeza, diciendo que era posible, y preguntó:

—¿Te ha entrado la conciencia anterior, Venry?

—Sí, Dectar, ahora veo lo que hiciste. Ahora estoy preparado, Dectar, ya lo estoy, pero por las fuerzas de seres más elevados y porque los Dioses lo quieren. Mi vida anterior ahora es consciente, tal como la viviste tú y aún está en ti. Es por mi líder espiritual, Dectar, sus fuerzas me llevan hasta allí, ha llegado el momento en que he de saber, saberlo todo, solo entonces podremos empezar.

—¿Puede perdonarme, maestro? ¿Puede perdonar a su discípulo? No estaba seguro de mi propio ver y escudriñé su alma. Por las noches lo visitaba, como un ladrón, como un avaro, ya no era yo mismo. ¿Puede perdonarme?

—Sí, Dectar, hace mucho ya se te perdonó todo. El pasado vive ahora en mi alma y yo viví este milagro (—dije).

Entonces me pareció que Dectar se disolvió. Miré ahora en mi vida anterior y ahora que él lo percibía me preguntó:

—¿Ve el maestro su propia vida? ¿Me es posible hacer preguntas? ¿Ya está preparado el maestro para que me pueda contestar? Fui su discípulo y quisiera serlo también ahora. Oh, Padre Taiti, ¿puede perdonarme? (—preguntó).

Volví a ser yo mismo y respondí a Dectar:

—Sí, mi amigo, vi en mi vida anterior, vi muchas cosas sobre mí mismo y otros. Nuestro líder espiritual es poderoso, Dectar, y ambos somos instrumentos y debemos servir. Pero te recomiendo que te domines en todo. Ahora sé lo que tengo que hacer. También vi cómo me visitabas, y pensabas que tú despertabas esta vida en mí, pero era nuestro líder espiritual quien lo hizo, querido Dectar. Se te concedió conocerme en Venry para que supieras que llegaba ayuda. Te hablé entonces y ahora lo podría hacer de forma consciente, pero me ha llegado otro sentimiento que me obliga a partir. Ahora voy a ver por ti, amigo mío, mi líder quiere que vea por ti, porque tienes que serenarte o nuestra vida seguirá corriendo peligro. Ahora vuelvo al pasado, Dectar, y allí está tu felicidad, allí conociste el amor y allí puedo ver dónde ella está viviendo ahora. Cuando lo sepa todo, querido Dectar, vendré a hacerte feliz y estaré preparado para las tinieblas. Ahora descienes en tu cuerpo, porque ya no tengo tiempo que perder. Se me han abierto los muros astrales de Isis, voy a atravesarlos, Dectar. Lo que nos era imposible ya lo tenemos en nues-

tras propias manos, es algo que poseemos, Dectar. Se me concederá saber muchísimas cosas (—dijo).

Dectar descendió en su cuerpo material y nos despedimos. Todavía oí que dijo:

—Si los Dioses lo quieren, querido Venry, se derrumbará este Templo.

Mi vida anterior; Lyra y Lécca

Me había llegado una fuerza que me obligaba a abandonar el país. Estaba de camino a China. Durante el viaje allí volví de manera consciente en mi vida anterior, que ya había sentido estando con Dectar. La vida en que fui Venry fue hundiéndose en mi interior y fue dando paso a la del padre Taiti.

Rápidamente abandoné mi propio país. Fui volviendo año tras año, acercándome a mi vida anterior. Cuanto más me acercaba al país donde había vivido, más nítida se hacía también esta conciencia, porque podía volver a pensar y sentir como antes. Ya me era posible hablar el idioma aprendido en ese país, porque todo lo que pertenecía a esta conciencia me estaba volviendo.

“Sí, Dectar, el padre Taiti ha regresado y tiene que completar ahora una tarea muy distinta a la de antes”.

Mientras planeaba, mi túnica fue cambiando. La que había llevado antes y que pertenecía a esa vida también la poseía ahora. Por eso vivía en la realidad, porque todos los sucesos, sentimientos y propiedades aprendidos permanecen en nosotros y siguen formando parte del alma. En todos esos siglos no había cambiado nada, solo en mí mismo, que ahora significaba el sentimiento, mi empeño en lo bueno. En esa vida sucumbí. Lo que vivía ahora me parecía milagroso. De este modo me era posible volver a ver muchas vidas. Todas habían sido necesarias para despertar.

Volví a portar la túnica de un supremo sacerdote. Pronto llegué al entorno que me resultaba tan conocido. Sobre una alta montaña vi mi Templo. Me encontraba en un precioso entorno, rodeado de montañas. Estaba a la cabeza como padre Taiti y tenía muchísimo poder. Pero ahora era discípulo de Isis, aunque vivía en ambas vidas, de las que esta era la predominante.

Nada más llegar descendí en las cuevas y pasillos subterráneos y visité los lugares donde se castigaba, torturaba y ahorcaba a la gente y donde había destruido a mi enemigo en la hoguera. Volví a ver ante mí todos esos sucesos y donde sucumbían quienes habían maldecido su vida y el sacerdocio.

Todo eso lo había ordenado yo. Todos esos horribles sucesos se me estaban reviviendo y vi a los sacerdotes y a las sacerdotisas de antaño. Todos habían muerto aquí y ahora en alguna parte de la tierra, o de este lado, para volver de todas formas a la tierra y enmendar sus fechorías.

Mi enemigo había sido un sumo sacerdote que quiso arrebatarme el poder. Pero el último de todos sus actos lo había llevado a la hoguera. Me robó mi amor, que intentó alcanzar matando, pero gracias a mis dones y conocimientos de las leyes mágicas seguí siendo su maestro.

A mi lado vi a Lyra, a la que ya había vuelto a ver en la tierra. Pero ¿dónde

vivía Lyra? ¿Dónde estaba en estos momentos? Porque iba a hacerse sacerdotisa.

Sobre la hoguera vi a un ser humano que iba a la muerte. Lyra y yo seguimos este terrible proceso y nos deleitamos con este cruel juego de vida y muerte. El que iba a la muerte había recibido lo que él había hecho vivir a muchos otros. Lo oímos gemir y proferir alaridos de dolor. Incluso me volvía el eco de las palabras que yo mismo había dicho a Lyra. También me volvieron todo mi odio y los sentimientos sinceros correspondientes. Nuestros corazones latían de alegría cuando dio su último suspiro.

Las bailarinas, que llevaban túnicas de sacerdotisas, interpretaban un baile vital. Vivimos la fiesta de la destrucción y la irradiación repugnante de los sentimientos humanos, así como la muerte en la tierra y la entrada en la siguiente vida. En la vida en que yo vivía ahora, el alma continuaba y volvería a prepararse para una nueva vida. Entonces el alma conocería a otros padres y experimentaría de nuevo el nacimiento y la muerte en la tierra.

Yo también había vuelto, pero conmigo todo mi odio y el sicario envuelto en una vestimenta espiritual, el conocedor de las leyes mágicas. En mí vivía la verdadera conciencia, pero eran sentimientos de lujuria, poder y vivencias animales. En esta conciencia lo había enviado a la muerte, pero así fue como mi alma despertó. De ese proceso inhumano despertó el amor servicial, un amor que es eterno y que nunca pierde su fuerza, sino que solo se hace más fuerte y cada vez más grande.

Ahora estaba viviendo que cada acto equivocado aun así contiene el sentimiento superior y que así eleva al alma a lo elevado. Ahora que percibía todo esto pensé en las palabras que me había dicho mi madre.

“Cuando la voz de tu corazón te diga que desciendas, hazlo, pero has de ascender en el amor, asciende y entonces has de conocer el amor, vete adentro”.

Aquí ya había vivido todo eso antes y sus palabras me eran claras. En la vida allí delante de mí, una vida de poder, de ascender y descender, mi alma había adquirido conciencia. Aquí había conocido el amor y se había desarrollado plenamente la vida interior de Lyra, así como la seguridad en nosotros de una gran felicidad en la tierra y de este lado.

Ese amor había despertado en una conciencia que era animal, un amor que se llamaba lujuria, pero que prendió en nuestras almas, poniéndolas en llamas.

Entonces seguí y accedí a los calabozos, donde vivían los sacerdotes y las sacerdotisas. Dectar vivía en una de estas celdas. Había venido a mí como discípulo, pero acabó como maestro su vida terrestre. Había vivido un final horroroso. Ahora estaba conociendo su profundo ser interior.

En Dectar había ahora muchas vidas conscientes, pero de esta vida en el fondo no sentía nada. Los pecados y errores que había cometido en esta

vida los había enmendado a una edad más avanzada. Por eso entendí que esa cuenta la había liquidado. Pero esas otras vidas iban reapareciendo en él conscientemente, una por una, y todos esos sucesos le estorbaban y tenía que vencerlos.

Se había sometido a un tremendo castigo, de eso tampoco me había contado nada todavía. De esta vida solo sentía el amor y el sentimiento de miedo de poner fin a su vida. El sentimiento que impulsaba el alma para ascender y que era el amor, ese sentimiento permanecía y se hacía mucho más fuerte por todas esas vidas. Cuando este sentimiento se quedaba dormido, dejándose sentir como deseo aun cuando significaba el amor, el alma volvía a hundirse al primer estadio de todos, para ya no hacerse consciente nunca más. Pero no era posible, porque para eso uno vivía en la tierra, formando parte de lo infinito. Todas esas vidas servían para alcanzar una conciencia más elevada, para vivir algún día aquello que estuviera en armonía con la naturaleza y con aquello con que estábamos hechos.

En esa celda vivía Dectar. Ahora que pensaba en él capté otros sentimientos. No me estaba permitido pronunciar el nombre que había tenido en esta vida. Y eso me arredraba, porque yo podría despertar en Dectar su vida anterior y entonces volvería a hacer la transición en toda esa miseria. En su vida en Isis esto le sería fatal.

—El sonido de su nombre —oí que se me decía, por lo que entendí que también aquí se me seguía— destruye su paz.

Lo acepté de inmediato.

Lo que veía y lo que también Dectar había vivido en esta vida eran la pena y el dolor de muchas personas; eso aquí a él le había tocado soportarlo solo. Toda su personalidad y su nombre sacerdotal habían ido a la muerte, junto a él.

—Deja eso en paz, Venry, no lo despiertes, no toques aquello por lo que se ha sufrido, por lo que él padeció torturas y por lo que se rompieron corazones. Deja que siga durmiendo irrevocablemente.

‘¿No es maravilloso?’, pensé. ‘También aquí oigo muy claramente la voz que habla en mí y los demás conocen la vida de Dectar’. De nuevo oí que se me hablaba:

—Cuando todo muera, se disuelva y se olvide, al menos no un nombre que está unido a muchos acontecimientos profundos. Eso el alma lo escuchó. Conserva su fuerza durante siglos y una vez que toma conciencia vuelve a atraer hacia sí misma, al menos con quienes tienen dones, todos los acontecimientos, por lo que incluso se vuelve a hacer consciente la personalidad entera. Ese sonido sigue viviendo y si hay algo que despierta el alma eso es el nombre, que representa la vida y la personalidad.

Después siguieron otros pensamientos, con los que sintonicé.

Dectar amaba y en esta vida su amor era Lécca. También ahora sentía ese amor.

—Pero ¿dónde está Lécca? ¿Dónde estás, sacerdotisa, tú que conoces a mi amigo y que sientes su amor? El amor que le llega está despierto, vive, le es enviado y pertenece al deseo consciente. Dectar está en la tierra, aquí fue uno contigo. Lécca, ¿dónde estás? Tú también has de estar viviendo, entre todos esos millones de personas solo hay una que toca a su alma gemela. Dectar dice que vives; te ve en la tierra y le entra tu amor. Ese amor es de su alma. Las leyes mágicas te traerán hasta mí, y así sabré dónde vives ahora. Nada, ¿me oyes, Lécca?, nada podrá detenerte, ¡vendrás hasta mí! Ya había sintonizado con el alma de Lécca y todos mis dones de esta vida se pusieron en marcha. Volví a llamarla. Lécca, te estoy llamando. Mis primeros intentos están poniéndose en marcha, te estoy llamando, Lécca, pero enseguida volveré a llamarte y vendrás hasta mí.

Incluso ahora sabía que Lécca vivía en la tierra. Dectar lo había sentido bien. Ambos eran uno: uno en vida espiritual y material. Lécca conocía las leyes, las fuerzas estaban en ella y despertarían. Nada podía detenerla, aunque estuviera sumida en un profundo sueño: iba a desdoblarse, y tendría que hacerlo, y venir hasta mí. El padre Taiti la llamaba.

Entonces proseguí mi camino hacia mi propia estancia. Quería volver a ver en mi propia vida y vivir otra vez el amor de Lyra y nuestro final en la tierra. Cuando llegué a mi habitación, vi a Lyra y a mí mismo. El amor descomponía mi interior y yo era esclavo de mis deseos, pero se me hacía milagroso. Estaba arrodillado ante ella, mientras le hablaba. Me encontraba escuchando ahora mi propio pasado y me oí decir:

—La juventud y la vejez están en mí, Lyra, y sabes cómo eso es posible. Ambos estamos despiertos y conscientes, y hemos conocido el verdadero amor. De todo eso demoniaco nació nuestro amor inmaculado, aunque sigamos viviendo en nuestras propias tinieblas. Sabes que nos separamos pero que volveremos a vernos en la tierra, porque somos almas gemelas.

Lo que hicimos aquí fue terrible, fue vivir asesinatos, uno tras otro, y nadie puede matar. Hemos matado, Lyra, por nuestro amor, y hemos vivido el baile de la destrucción. Para satisfacer nuestros deseos otros tuvieron que sucumbir. Los maestros me dicen que eres mi alma gemela, de modo que me perteneces, pero que hemos de enmendarlo todo. Algún día llegaremos a vivir que estarás eternamente conmigo. Pero ahora sigues tu propio camino, y yo el mío. Aun así, volveremos a vernos. La conciencia superior que ahora está en mí será mi tarea en esa otra vida. Ya en estos momentos, amada Lyra, hago la transición en esas leyes, y eso ambos lo viviremos. Vuelves al mismo tiempo que yo a la tierra y ya en esa vida se nos concederá volver a vernos. Nuestras almas son una y tienen conexión con las leyes. Por el remordimien-

to que llevo dentro, amada Lyra, viviré, y venceré mi odio. Este dolor es verdadero, muy natural y sincero. Hay en mí dolor y arrepentimiento sincero por lo que hice.

Se me parte el corazón, pero mi madre me ayudará, siento su oración; quiere que yo siga viviendo en esto, y al mismo tiempo es nuestro vínculo para la siguiente vida.

Me destruiré a mí mismo, Lyra, también todos los errores que me retienen. Hemos de servir, Lyra. A mí se me ha dado que destruya todos los Templos en los que la luz se ha oscurecido. Volveré a encontrarme con mi enemigo porque está causando pena y dolor nuevos, rompiendo corazones, pero por el poder de sus dones. Ya bendigo el momento de mi concienciación. ¿Puedes sentir que ahora hay una sagrada seriedad en mí? ¿Que intentaré conservar la conciencia? ¿Que hemos sido criados en una sola alma? Tu alma es una con mi vida, Lyra, en todo somos uno.

Los maestros quieren que los siga. En la próxima vida mi tarea será grande, como mi amor por ti. Ahora somos uno, Lyra, en otras vidas te pertenecerán otros, pero yo viviré en ti, aunque será con ellos con quienes tengas que enmendarlo. ¿Estas preparada para el veneno, Lyra? Lo que nos espera será un castigo, pero esa vivencia es nuestro desarrollo para aquella otra vida. Has de saber, amada Lyra, que te entrará el último dolor de todos, y el más profundo. Pero para eso recibimos la conciencia elevada. El dolor más profundo de todos nos lo imponemos nosotros mismos, pero eso hará despertar nuestras almas y favorecerá nuestro ser uno.

También Dectar fue allí adentro, y con él, Lécca. Eran uno, también en la muerte. ¿Sientes este silencio? ¿Puedes seguirme, ahora que la vida está tocando a su fin? ¿Tanto me amas que estás preparada? ¿Es un “sí” consciente, Lyra? ¿Qué dices? ¿Oyes llorar a Dectar? ¿Oyes la débil voz de tu hermana? Viven, por supuesto, amada Lyra, viven y han de vivir, pero por eso cambiará su conciencia, una conciencia más intensa que su ser uno en la tierra, y esa envolverá con sus rayos la conciencia diurna.

Amada Lyra, la vida animal nos devora el corazón a pedazos y seguiremos conscientes y uno solo hasta que aparezcan nuestros huesos, hasta que recibamos la nuda verdad. Y en eso habrá aún más dolores, Lyra; así que has de saber lo que haces. ¿Estas preparada?

* *

*

El veneno puso fin a nuestra vida terrenal. Lo ingerimos con serenidad. Después vi que fuimos a nuestra propia tumba terrenal y allí nos acostamos.

Tomados de la mano, nuestras almas una y conectadas. Así entramos a la muerte. Nuestros cuerpos vivieron el mismo proceso, y aun así todavía había tanta distancia entre nosotros. Lentamente, se fue acercando el momento de morir, aunque la entrada consciente en ese otro mundo. Lyra dejó de hablar, se le nublaron los ojos, pero volvieron a abrirse y ahora vivíamos en la otra vida.

Una muerte por suicidio, serena y consciente, para poder elevarnos espiritualmente siempre más, para saciar deseos, apagar las hogueras del alma y para conocer las leyes místicas y mágicas, pero sobre todo para enmendar. Las consecuencias fueron terribles.

Dectar oyó una voz interior que le hablaba cuando quiso poner fin a su vida terrenal. Ahora lo comprendí, conocía esa voz y los sentimientos de mi buen amigo.

—Sí, Dectar, hubo un día en que los gusanos devoraron tu cuerpo, pero tú mismo viviste ese horripilante proceso, que no es más que inconsciencia y que significaba pobreza. Nosotros también, Dectar, los dos lo hemos vivido. Y con nosotros, otros miles de personas, sin conseguir así nada, nosotros tan solo adquirimos ese conocimiento, nada más. Queríamos posesiones espirituales, desarrollo espiritual y el deseo de enmendar. Pero así no es posible enmendar. Hemos vivido el proceso de putrefacción y aun así aprendimos muchísimo, querido Dectar, porque la segunda vez el alma de uno se niega, no se puede vivir eso de nuevo.

Cuando hube seguido esto, regresé a la celda de Dectar. Los pensamientos que me entraron ahora me espolearon a no perder el tiempo. Volví a sintonizar con Lécca.

—Lécca, estás en la tierra. Estés donde estés, vendrás a mí.

Seguí llamándola un tiempo y empecé a ver. Ya me era posible seguir su alma. Me quedé esperando un rato, me sentía muy tranquilo.

—Sin duda, querido Dectar, está en la tierra —le dije en voz alta—, vive en un nuevo organismo, cerca de ti, incluso. Tus pensamientos son puros y naturales, querido Dectar, tu amor es verdadero y ella vendrá hasta mí.

En la celda de Dectar tracé un círculo mágico a mi alrededor. Tendría que quedarme ahora dentro de él, porque estaba despertando el infierno y al diablo. Aun así, Lécca tendría que venir hasta mí, porque también en ella vivían esas fuerzas, a fin de cuentas había sido sacerdotisa. En aquellos tiempos yo había puesto mis dones al servicio del mal y muchos otros asuntos tenebrosos, pero ahora al de la felicidad de dos almas. Mi concentración era completa, seguí sintonizándome con su alma y atraje estas leyes y fuerzas tan peligrosas hacia mí. El círculo mágico era ahora mi propia protección para evitar que me arrastraran por las tinieblas y fuera el juguete de los demonios. Las fuerzas negras estaban vinculadas a él, igual que las elevadas, que podían

ser usadas por el bien de la humanidad.

En mí estaba cómo tener que conectarme con ellos. En esas fuerzas vivían todos esos seres, pero yo mismo hacía la transición en ellas. En esta vida era un maestro en eso; para Dectar y otros lo era el padre Taiti, que velaba por todos sus hijos.

Las fuerzas tenebrosas ya se me estaban imponiendo. Por eso volvería hasta mí el alma que aquí se llamaba Lécca y que portaba este nombre. Entonces volví a proferirle:

—Lécca, ¡vendrás! El padre Taiti te llama, estés donde estés: ¡vendrás! ¡Desdóblate, Lécca, desdóblate! Dectar está en la tierra, te sigue siendo fiel y te ama profundamente. Está esperando. ¡Desdóblate, Lécca! ¡Usa tus alas y ven a mí!

Mientras tanto puse una nube de fuerza a mi alrededor. Por experiencia sabía que se me exigía que estuviera todo el tiempo atento. Si mi personalidad hacía la transición en estas fuerzas estaría perdido. Muchos habían muerto de esa manera, porque yo estaba tocando las leyes de las tinieblas.

De nuevo llamé a Lécca y seguí llamándola un buen tiempo, siguiendo mi concentración, y la obligué a que se desdoblara.

Lécca era sacerdotisa y hermana de Lyra. Ambas conocían las leyes y no había fuerza alguna que pudiera detenerla ahora. Si su alma no viviera en la tierra yo tampoco podría hacer nada. Pero si su alma vivía en un nuevo organismo y ella pertenecía al mundo consciente entonces vendría a mí y esta vida se haría de pronto consciente en ella. Solo el mundo en el que el alma había de esperar para nacer podía imposibilitar mi concentración y conexión. Pero Lécca vivía en la tierra.

Me volvieron estos pensamientos que me eran enviados. Lo que siguió lo entendí como lo anterior:

—¿Qué es mágico y qué son las leyes mágicas? Es el conocimiento de vidas anteriores, el ser uno en ellas, y experimentarlas y vivirlas de forma consciente. ¿Cómo es el empuje?

A eso le sigue el despertar del pasado. El alma, como ser humano, lleva todas esas fuerzas en sí, porque nada se ha perdido. Y ahora que sabemos que todo conserva la vida, que también los pensamientos y sentimientos no expresados significan empuje, el alma puede conectarse con ellos, y este ser uno es vivir la realidad, los sentimientos que alguna vez se experimentaron. Cuando usted sabe que todos sus actos y sentimientos son una posesión del pasado y que por eso usted vive y experimenta la conciencia diurna, y que además crea y recibe y actúa y ve y escucha, y que esos sentimientos configuran su personalidad entera, entonces podrá aceptar que el alma también vive en la conciencia diurna en el pasado.

¿Le ha quedado claro que su alma aún no asimiló nada en esta vida? ¿Que

se afana usted en construir, crear y servir, y que en eso aún no ha ganado nada? ¿Cuáles son los nuevos rasgos que asimiló en esta vida? Busque en su propio interior, descienda allí, o “vaya adentro” y mire bien y con claridad si esto es así y aceptará que usted y todos quienes están en la tierra viven en su propio pasado y que se nutren de él.

¿Es eso antinatural? Antes que nada, compruebe quién es usted y en qué se ha convertido ahora. ¿Ha habido cambios en eso? ¿Quién le daba en su infancia una conciencia adulta? ¿Puede recibir eso? ¿Dónde consiguen los críos sus rasgos que sin embargo pertenecen al ser adulto? ¿Es tan sencilla la vida? Usted conoce las leyes, ahora tiene que rodearse de protección. ¿Tiene conciencia de que esto también es necesario? Si la plena conciencia está despierta usted sentirá que fue esto lo que le proporcionó todos estos conocimientos, pero es el pasado, aquello que usted asimiló en otras vidas.

¿Siente usted que esta vida en la que está ahora le dio el conocimiento? Lécca viene porque también ella vive en su propio pasado, y porque esto es su conciencia diurna. Porque uno habla y piensa y siente en y desde el pasado. De modo que solo está el “ahora”, eso es y sigue siendo, no hay pasado, “la vida” es, y en eso usted tiene ahora conciencia. Pero solo de aquello que configura su propia vida.

Ninguna de estas palabras era mía, me eran dadas. Pero me pareció asombroso. Todo me había quedado claro. Me llegaban ahora los sentimientos de sueño, y ese sueño era de Lécca. Su alma estaba soltándose del organismo material, y ella vendría a mí. Por lo que acababa de oír, mi conexión se había hecho mucho más sencilla. Ya desde lejos me enviaba sus pensamientos. Lécca estaba de camino. Unos instantes más y estaría aquí. Se me acercó una aparición, envuelta en una densa emanación luminosa.

—¿Lécca? ¿Eres tú, Lécca? ¿El alma gemela de Dectar?

—Padre Taiti, ¿me ha llamado?

—¿Me reconoces, Lécca?

—En mis sueños siempre lo veo. Oh, Padre Taiti, mi maestro, ¿por qué me ha llamado? ¿Sabe dónde vivo y dónde estoy ahora?

—Me alegra, Lécca, que me reconozcas, que el pasado se haya hecho consciente en ti y que sientas el amor que poseías también aquí.

—Oh, Padre Taiti, es por eso que me ha llamado usted. ¿Puede hacerme feliz? Él es a quien más amo, todo es consciente en mí, y en eso vivo. He rezado, he hecho muchos sacrificios, y ¿ahora recibiré? ¿Sabe usted dónde vive mi alma? ¿Dónde está quien me ha sido dado por los Dioses? ¿Se me concede poder verlo? Oh, lo sé, Padre, no pronunciaré su nombre, también el mío murió. Cuando pienso en él regresa en mí el silencio. Pero también la tristeza y todo su dolor, que también está en mí. Oh, dígame su nombre, ¿puedo saberlo?

—Dectar es su nombre, y ¿el suyo?

—Mi madre me llamaba Myra. De niña mi nombre anterior estaba en mí y pedí a mi madre que me lo pusiera. Pero más tarde siempre me entraba tristeza, y empezó a llamarme Myra. Llámeme Myra, Padre Taiti, y ¿dónde está Dectar? ¿Dónde está mi alma? Y ¿sabe que lo deseo? ¿Que le envió mi amor? ¿Está la conciencia en él? En mí está el amor y en él seguiré viviendo.

—Vendrá hasta ti, Myra. Dectar vendrá, vive y está consciente, pero solo en el amor, todo lo demás tiene que seguir durmiendo. Veo que eres madre, Myra, pero que no eres feliz. Eres hermana del faraón. ¿Veo con nitidez, Myra? ¿Han mancillado tu maternidad? Los Dioses quieren que veas a Dectar, y también lo que él siente y ve es nítido. Dice que eres rica y de alcurnia, y él es un hombre humilde y pobre, Myra.

—¿Tiene importancia eso, Padre?

—Lo que desees, Myra, te será dado.

—Cómo puedo agradeceréelo, Padre. ¿Podremos volver a ser uno, Padre?

—Claro que sí, hija mía. Tu amor va consumiendo a Dectar. Vives en él, Myra, y en el entorno donde está ahora. También veo cómo es tu vida y que no te puede llegar la felicidad, porque tu alma es Dectar. Lo verás, Myra, pero aún tienes que esperar. Todavía no debes saber dónde estamos, para evitar que tus deseos te superen. Pero aun así me reconocerás, y a Dectar. Escucha, querida Myra, lo que se me concede ver ahora, te lo contaré.

Ambos iremos hasta ti. Recolectaré una flor blanca del espacio para ti, Myra, y solo entonces me reconocerás como esa otra persona. Vivo en otra túnica, pero entonces sabrás que el padre Taiti está presente y que vive en ese otro cuerpo. La flor será de Dectar, de tu alma gemela, y entonces reconocerás tu alma en la persona que te llevaré. ¿Te ha quedado claro lo que vi y te dije, Myra?

—Sí, Padre.

—Siglos separan esta vida y aquella en la que estás ahora. Y sin embargo no hay pasado, Myra, también a mí me ha quedado claro. Ahora estás despierta y eres consciente, pero el amor ignora los siglos. ¿No está en ti el amor? Este sueño llevará hasta ti la realidad, Myra.

Quédate a la espera, en la corte te reconoceré como la hermana del faraón. Por extraño que sea, recibiremos la realidad.

Luego te despertarás, Myra, y sabrás dónde estuviste, aunque luego sigas pensando que solo fue un sueño. Pero te pido que lo olvides todo, Myra, y que esperes. Nuestras vidas, la de Dectar y la mía, corren peligro. Después verás la “pradera”. Dectar siente deseo por ella y tú la reconocerás. Entonces sabrás, hija mía, que una corona no garantiza la felicidad. El oro y el poder no significan nada. No tienen ni punto de comparación con este amor, esta felicidad que es eterna. Pero los Dioses quieren que sirvamos, aunque solo se

puede servir cuando amamos a aquella alma que nos pertenece.

Dectar se entregó. Vivió aquí para despertar, y tú le fuiste fiel y lo seguiste. Los gusanos despedazaron tu corazón, el desarrollo como sentimiento es tu posesión, ahora solo puedes amar. Y que se te conceda vivir en eso, ver y poder sentir y ser uno, querida Myra, es la felicidad más grande de todas las que nosotros los humanos podemos recibir en la tierra.

Vives en la vida del alma de Dectar, tu ser uno crece y florece en su corazón. Si eso es consciente en ti, Myra, ¿cuánta ventaja no tienes entonces sobre los demás? ¿Qué significa entonces el oro?

Si tenemos en nosotros de forma consciente el deseo y conocimiento de este eterno espacio, cuando el pasado llena la conciencia diurna y hace latir más fuerte tu corazón, si la irradiación de Dectar te trae felicidad y la “Flor de Loto” te envía su fuerza inmaculada, solo puede sentirse lo perfecto, Myra, que significa el “ir adentro” en el amor.

Sí, mi querida Myra, te preguntas: ¿Por qué he de completar mi vida en ese vacío? ¿Qué sentido tiene si no se me concede vivir mi pleno saber y sentir en el ser uno? Te duele, Myra, pero en mí también viven estos sentimientos, aunque hemos de enmendar. Cada segundo es tiempo que se pierde, cada día se te hace un siglo, y así va pasando esta vida.

¿Y ahora, querida Myra, ahora que sabes que tu alma está en la tierra? ¿Cómo serán tus deseos ahora? ¿Cómo serás cuando tengas a Dectar frente a ti? ¿Podrás dominarte entonces? ¿Cómo serás, querida Myra, cuando te miren sus ojos y sientas que se arrodillará ante ti? No puede haber más que gratitud en ti por que se te conceda verlo.

¿No sucumbirás bajo esta felicidad? Cuando lo veas, ¿no te olvidarás entonces de tu propia tarea en la tierra? ¿Sí que poseerás ese autocontrol, querida Myra, cuando veas a Dectar y sientas su corazón desbocado, para que tu hermano no sienta nada? No te olvides de que él es el faraón y nosotros sirvientes. Y tiene que estar en ti, Myra, para no destruirte a ti misma ni la felicidad de tus hijos. ¿Estarás preparada, hija mía?

—Sí, Padre, estaré preparada y aceptaré. ¿Me permite que ya conozca el nuevo nombre de usted?

—No, Myra, todavía no, pero eso también vendrá. ¿Se olvidó Myra de las leyes? No debes saber nada de nosotros, Myra, porque los milagros que sucederán requieren que te domines. Seré muy joven, muy joven y aun así mayor. Poseo las grandes alas, Myra, y el Faraón me recibirá y verás una lucha de vida y muerte, pero venceremos, porque hay ayuda poderosa. Más no te puedo decir. Y ahora tenemos que partir, Myra, he de estar preparado antes de que salga el sol.

—¿He de olvidar todo, Padre?

—Piensa en un sueño, Myra, pero no me busques y espera. Vete ahora, hija

mía, vuelve a tu vestimenta material.

—¿Sabe dónde está mi hermana Lyra?

—No, Myra, pero sí me encontré ya con ella. Recibiré donde vive ella y entonces también mi felicidad será completa. Adiós, Myra, Dectar vendrá (—concluí).

Se disolvió como una nebulosa ante mí y también yo sentí que tenía que partir. Aquí yo ya no tenía nada que experimentar.

Cuando volví a sintonizar con mi vida presente empecé a percibir. Vi que solo habían quedado los fundamentos del Templo. Me encontraba sobre una ruina; en los siglos transcurridos el edificio se había desplomado. Veía claramente cómo y por qué; los Dioses quisieron borrar el edificio de la faz de la tierra.

Otra fuerza quiso a continuación que yo partiera. Lo que había visto ahora era parte de mi tarea. Y solo cuando hubiera vivido todo podría empezar con mis trabajos y preparativos. Estar preparado y todos esos sucesos significaban fuerza y la conciencia del padre Taiti.

Ahora que reflexionaba sobre todo esto volví a tener nuevos pensamientos, entre ellos sobre cómo proseguir mi camino. Esos sentimientos se me enviaban desde lejos. Lo asombroso de ello era que mis pasos estaban siendo guiados. Se sabía de todos estos sucesos, un empuje infalible me impulsaba en esa dirección. Estaba de camino a Isis, allí conocería nuevas verdades y secretos. Y de eso me había hablado mi madre. Cuando los Dioses estuvieran conmigo y la luz estuviera en mí podría saberlo todo. Y la luz ya la había recibido. Por eso me apresuré por el espacio, rumbo a Isis. La fuerza de mis alas y el rápido avance se debían a mi propia concentración.

Mi padre y mi madre

Ahora el camino me lo indicaba la luz, que significaba sentimiento y que estaba en mí. Así continué, acercándome a Isis y entrando a los jardines de Ardaty. El sentimiento de descender dominaba todos los demás que tenía. Había jardines, diseñados allá abajo, que formaban parte del misterioso Isis. Dectar me los había mostrado. En ellos había una pequeña casa en la que Ardaty cultivaba sus hierbas. No me lo pensé mucho y descendí en estos jardines místicos. Dectar me había hablado de ellos. En estos jardines vivían los tesoros naturales de Isis. Aquí había hierbas de las más milagrosas, pero solo los sumos sacerdotes accedían a este paraíso natural, aunque envenenado.

Ardaty las conocía todas, su maestría era famosa por todos los alrededores. Determinaba la fuerza del veneno natural por el tipo de planta y su olor, y era infalible en eso. Era un don natural de Ardaty. Tenía los órganos olfativos desarrollados hasta el grado más elevado.

Durante mi viaje me encontré con sombras y estos seres eran de Isis. Eran almas, seres humanos, que habían vivido aquí alguna vez y que habrían sido destruidos de alguna manera. Había algo desagradable en cómo seguían planeando. Todas estas almas vivían la vida terrenal de nuevo, pero desde ese mundo. Vi personas mayores y otras aún jóvenes de las que pude determinar la edad. Pero seguían su propio camino y eran espiritualmente conscientes.

Cuanto más me acercaba a ese edificio, más nítidamente empezaba a sentir. Por un estrecho sendero llegué a la entrada, y accedí. El edificio estaba vacío. Por lo visto aún no se había podido encontrar a otro maestro. Empecé a ver en el mismo instante.

Era noche y el sol se había puesto hacía tiempo. Vi a Ardaty, que estaba mezclando hierbas. '¿Por qué trabajas aún tan tarde, Ardaty? ¿Has descubierto nuevas hierbas?'. Mientras me estaba haciendo estas preguntas entró un sacerdote que dijo a Ardaty:

—¿Qué? ¿Está listo, Ardaty?

Me asusté muchísimo, porque conocía a este sacerdote. Pero ¿dónde me lo había encontrado ya? Ardaty le dio hierbas, sin decirle nada, aunque estaba pensando, y yo podía captar esos pensamientos. El sacerdote se fue de inmediato, pero yo con él. Era curioso lo claro que este pasado era para mí de manera consciente, podía percibir todo con mucha precisión.

'Claro', pensé, 'se va a ese edificio'. ¿Dónde iba a ir si no? Entramos en el edificio donde vivían las sacerdotisas. Yo ya había estado aquí. No dejé de seguirlo. Entonces entró en una celda. Había una sacerdotisa en un lecho de reposo. El sacerdote se acercó y la abrazó. La sacerdotisa se resistió con todas

las fuerzas que tenía y no quería saber nada de su amor. Pero lo que vi y sentí con nitidez me pareció horrible. La sacerdotisa se encontraba en un estado de conciencia medio despierta, en el fondo ni siquiera era consciente de lo que le estaba sucediendo. Estaba yo conociendo ahora las fuerzas inconscientes que sin embargo sí pertenecían a la conciencia. Porque en esta conciencia medio despierta estaba procurando, no obstante, protegerse. Todo su ser estaba rebelándose y esto era su subconsciente que conformaba la personalidad. Esta se estaba despertando a golpe de miedo. Podía percibir claramente el trastorno en su sistema nervioso, por lo que entendí que esta vida tenía que sucumbir. Había una tremenda fuerza que la obligaba a permanecer en esta conciencia, impidiéndole que se resistiera.

Sintonicé con el sacerdote y sentí que iba a usar sus fuerzas. La despertó parcialmente, pero no se le concedería poseer su conciencia plenamente. Si la sacerdotisa sobrepasaba la conciencia semidespierta sin duda pediría ayuda a gritos, y eso era lo que él estaba intentando evitar. Oí que dijo:

—Tómese esto, hermosa princesa, esto le hará poseer dones, le hará ver y oír, y recibirá las grandes alas.

Pero ella no tenía ni siquiera opciones, le suministró el medicamento, y lo hizo con violencia. Me brotó odio, un terrible sentimiento, por el que sería capaz de destruirlo. Esto era lujuria y violencia. La sacerdotisa se quedó dormida, el veneno la había sumido en el sueño. Yo lo había percibido como observador. Entonces sintonicé con la vida interior de la sacerdotisa. Pensé que me iba a derrumbar. ‘Madre, Madre mía, mi querida Madre’.

Era mi querida madre. Hubo otra fuerza que me serenó, porque ya no me conocía a mí mismo. Sentí un intenso dolor. ‘Ay, Madre mía, ¿ha tenido que vivir esto? Ahora ya sé cuál es su secreto’. La fuerza que me estaba entrando quiso que continuara y seguí al sacerdote. De golpe me di cuenta de quién era, porque lo había reconocido.

‘Tú, Satanás, demonio, ¿tú aquí con mi madre?’. Me olvidé a mí mismo unos instantes, pero recuperé mi autocontrol. Este sacerdote había destruido mi juventud y me había azuzado contra mis padres. Ahora estaba experimentando lo que mi madre había padecido en Isis, y me acordé de las palabras que me había dicho: “Te entrará un nuevo odio, Venry, no permitas que este te asalte”.

‘Ay, querida Madre mía, la vengaré. ¿Cómo pudo liberarse de este terrible antro? ¿Cómo fue su final? ¿Quién la deformó? ¿Quién se la llevó de aquí? ¿Quién le dio nuevas fuerzas? ¿Fue Ardaty?’.

Nací, pero ¿dónde? El sacerdote partió. Lo seguí. Al percibir sus pensamientos vi a mi propio padre. Estaba pensando en este suceso. Este sacerdote amaba a mi madre, pero el supremo sacerdote de Isis era mi padre. Mi madre había sido asaltada con la conciencia semidespierta. Habían querido matarme

a mí y a mi madre. El que andaba allí delante de mí iba a ejecutar la sentencia. Pero los Dioses no querían que muriéramos. Regresé a mi madre, había algo que me obligaba a hacerlo. Cuando volví a percibir vi que había sentido claramente. Una escena me conectaba con la otra. Sobre su cabeza vi una estrella, símbolo de su casa y nacimiento. También me había hablado de eso. Mi madre era princesa de nacimiento y quería alcanzar el sacerdocio. En el fondo era todo lo que me hacía falta saber. Pero por mis venas corría sangre mixta: mi padre era sumo sacerdote y padre del Templo de Isis. En mí iban sucediéndose las emociones. Solo por medio de una fuerte concentración conseguiría seguir siendo yo mismo. ¿Cómo tenía que procesar esto? Y sin embargo tendría que seguir siendo yo mismo. Si no fuera por lo triste que era, me habría entrado una carcajada nerviosa. Suprimí con todas mis fuerzas estos sentimientos antinaturales.

‘Querida Madre mía, la vengaré, y a Ardaty, que fue como un padre para mí. Los quiero a los dos y nunca lo olvidaré’.

De pronto me vi presa del miedo. ¿Estaba siendo seguido? ¿Me había olvidado de mí mismo? Me apresuré hacia mi propia celda, pero percibí que no había peligro. Aun así recibí un mensaje de mi líder espiritual. Tenía que darme prisa y no malgastar mi tiempo. Volví lo antes posible a casa de Ardaty, porque también allí me faltaba por experimentar algo.

Cuando el sacerdote se hubo marchado con las hierbas, Ardaty se quedó a solas. Ese fue el instante que vi ante mí. Ardaty estaba pensativo y se decía a sí mismo: “Quieren matarla, hermosa princesa. ¿Por qué la envió el faraón a este Templo? Pero mi veneno surte otro efecto que el que se creen ellos. No, hermosa princesa, todavía no morirá. Los Dioses quieren que viva. Soy un hombre pobre, conocedor de las hierbas, pero mi oración es muy poderosa. Me llegaron pensamientos, querida princesa. Si siento bien, y con claridad, se me hace que me llegan desde los Dioses. Son los sentimientos de poderes más elevados. Porque es grandioso lo que hay ahora en mí. Me han quitado toda timidez, todo rechazo, por lo que sé con seguridad cómo actuar.

Hermosa princesa, ¿conoce estas fuerzas? Los Dioses solo descienden en nosotros los seres humanos cuando hay grandes acontecimientos, poniendo en nosotros el despertar que es el saber conscientemente, por lo que me entrego del todo.

Solo me queda una posibilidad. Usted quedará deformada, su juventud se ha tornado en vejez, pero vivirá. Vivirá en una serenidad inmaculada y celestial. Su corazón conservará la juventud, y no la reconocerán. Venga hasta mí, Ardaty será un padre para usted. En mis jardines podré ocultar su secreto cuando su corazón diga ‘Voy’, y usted quiera aceptar mi entorno. Solo quiero cuidarla para que pueda nacer su hijo. Mi larga estancia aquí no ha sido en balde, pero la luz que irradiaba el Loto me pareció sospechosa cuando lo

observé detenidamente. ¿Le enviaron los Dioses el secreto de usted? Sí, seguramente, porque no estoy habituado a sintonizarme con eso, pero le aseguro que mi sentir y ver toca la realidad verdadera, aunque crean que solo soy un conocedor de hierbas”.

Ardaty había dejado de pensar y yo me quedé a la espera de lo que fuera a ocurrir ahora. El sacerdote regresó a Ardaty unos instantes más tarde y dijo:

—¿Está usted seguro, Ardaty, de que son las hierbas indicadas?

Ardaty se quedó pensando bastante tiempo y contestó:

—Si usted quiere, maestro de Isis, y me lo permite, le suministraré otras. Si al maestro de usted le pareciera bien, pues entonces yo estaré preparado, pero tráigamela.

El sacerdote odiaba a Ardaty, pero este lo calaba. El sacerdote pensó mucho tiempo y cuando seguí sus pensamientos, me llevó al jefe de Isis y a la corte del faraón. A continuación volvió en pensamientos al padre del Templo. Seguí esta milagrosa conversación que mantenían como un solo ser, de sentimiento a sentimiento.

Mi madre tenía que irse de aquí, había sido víctima de una grave enfermedad contagiosa. El sacerdote había recibido sus órdenes y dijo a Ardaty:

—¿Está usted seguro de sí mismo?

—Tráigamela, maestro de Isis, aquí, a mi habitación, en poco tiempo haré que el cuerpo vuelva a ser polvo. Pero tiene usted que permitirme que haga esto. ¿Puede Ardaty servir a los maestros? Estoy dispuesto y preparado.

El sacerdote ya había llegado a una decisión y dijo:

—Estimado Ardaty, pronto volveré hasta usted y recibirá todo el poder, también el sello.

—Tráigame ese permiso, sumo sacerdote, porque usted sabe que también yo he de cumplir con las leyes. Conocerá mi conocimiento y le mostraré mi maestría.

El sacerdote se fue y Ardaty se quedó esperando. Poco después volvió a entrar, con mi madre en brazos, a quien colocó en un lecho de reposo. Odiaba a Ardaty, pero estaba como un niño pequeño y quería que el sacerdote se fuera. El sacerdote se negó y se quedó. Ahora ¿qué?

Entonces Ardaty le dijo:

—¿Conoce usted las leyes, maestro de Isis? Tiene usted derecho a expulsarme de su santuario, pero los Dioses me dieron poder y conocimientos, y derecho a este lugar. Si usted sirve a la Diosa, pues vaya, de lo contrario me iré yo.

El maestro de Isis le envió su odio, pero se fue. Ardaty se puso manos a la obra. Mientras hacía su poderoso trabajo se dirigía a los Dioses y lo oí decir:

—Mezclaré las hierbas más poderosas, de las que solo usted conoce el secreto, y que me acaba de entrar. ¿O era del Loto? ¿Está la Diosa de Isis con-

migo? Aplicaré aceites a este cuerpo y lo ungiré, le suministraré a ella lo que necesite. Pero seré como fluyen las aguas, veloces y fuertes, cuando se acerca un maremoto. Me dominaré bajo esa violenta agitación y estará la fuerza que ahora me llega. Tienes que agrandar mi maestría aún más, porque esta es mi primera prueba de todas. Ayúdame, Dios de todo lo que vive, dame el conocimiento para poder matar el veneno en ella, su hijo tiene que seguir vivo. ¿No es esto imponente? Tú, Dios de todo lo que vive, puedes ayudarme y yo estoy preparado. Ya veo las huellas del veneno en su rostro, que la deformará, aunque siga viviendo. Su vida será un sendero luminoso para mí y los demás que vengan hasta nosotros. En primer lugar para su hijo. Anotarán su muerte en letras doradas y la consignarán al papel, describiendo su enfermedad. Ungirán su cuerpo, pero la verdad nunca se conocerá.

Ayúdame, oh Dios poderoso, si soy digno de servir, ayúdame a llevarla a mi humilde morada, mi morada detrás de las colinas, y nadie la reconocerá, ni nadie sabrá quién fue alguna vez. Tampoco el faraón sabrá nada. Y tu bendición planeará por encima de las cabezas de los sumos sacerdotes, facultados por las leyes de Isis, de modo que allí tampoco hay peligro, porque sirven, todos sirven a los Dioses.

Ay, mira cómo ya tiene deformada la cara. Pero vive y también su hijo vive. La amo, Dios poderoso de todos nosotros, y seré un padre para ella. Déjame servir, quiero servirte a ti y a ella.

¿Lo oigo bien? Su corazón late como antes, todo el peligro pasó. Ardaty vive un milagro, es posible a través de tu concentración. Ciertamente, Dios poderoso, el hijo está en vida. Te doy las gracias por todo. La cuidaré como a una enferma. Es conocido que Ardaty es un maestro y que recibe a muchos pobres. Nadie conocerá nuestro secreto. Te lo juro. Ven a mí, Dios de todos los Dioses, y ayúdame para que la pueda proteger.

Vi que Ardaty se arrodilló y que se puso a rezar. Parecía haber recibido nuevas fuerzas y estaba preparado. La envolvió en una tela y se la llevó hacia su vivienda. Ahora yo lo sabía todo, pero aun así no dejé de seguirlo. Entonces la introdujo en su vivienda. Yo había nacido en este lugar, también eso él lo había podido mantener secreto. En el lugar donde me encontraba ahora di gracias a los Dioses por todo lo que se me había concedido recibir de los dos. Me fue pasando ante los ojos toda mi juventud. Comprendí a mi querida madre y a Ardaty. Ardaty irradiaba la felicidad y el amor de un gran ser humano, su natural sencillez los unía a ambos con “la vida y la muerte”. Eran como dos niños felices, dos hijos de Dios.

Yo había conocido nuestro secreto, pero también mi propia arma. Me encontraba ante una lucha de sangre contra sangre; una lucha del hijo contra su padre, de odio contra odio, de vejez contra juventud. Me proponía paralizar sus alas y envenenar su sangre, y vengar a mi amada madre. Ahora me dirigía

de nuevo a mi celda. Mi líder espiritual aún no había partido, su enorme fuerza venía a mi encuentro.

—No sé quién es usted. No es posible percibir todo su ser, y sin embargo vive usted aquí y me ve; ¿siente mi gratitud, pero también mi odio? Su poder y sabiduría son grandes. Ciertamente, no me resta más que inclinar la cabeza, pero hay odio en mí. Estoy amargado, porque me pareció terrible lo que usted me hizo percibir. ¿Conoce el dolor de mi madre? Y ¿conoce a Ardaty? ¿No vale la pena que usted se encuentre con él allí? Su vestimenta depuesta nos irradia a todos, porque en él vivían los Dioses; y el Loto le llevó el silencio. Quizá piense usted que estoy agradecido, pero ahora desconozco ese sentimiento, aunque se lo enviara. ¿Es por mi juventud que me llegan sentimientos de rebeldía? ¿Puede ser que el pasado me sobrepase? Mis padres “fueron adentro”, gran maestro, y su amor aún está conmigo y me dará descanso.

Que aún haya odio en mí diluye lo que hay de natural en mi alma; eso también será mi lucha contra él, contra mi enemigo que mancilló la juventud de ella. Mi sangre está contaminada, no me toque. Por eso me pregunto lo que usted intenta encontrar en mi entorno. ¿Valen la pena mi vida y persona para que usted me siga? ¿No puede invertir su tiempo y fuerzas en algo más útil? Usted vigila aquí como un esclavo a su maestro, y todos nosotros jugamos el juego de “la vida y la muerte”.

¿Es tan insignificante su espacio? (—concluyó).

Me senté, pero oí:

—Padre Taiti, ¿está usted contento? ¿Vio a Lécca? ¿Aún están en usted las fuerzas del pasado? ¿No le gustaría ver a Lyra? También ella vive, querido Venry, sé dónde está, algún día la verá. Tenga paciencia todavía, tenemos que tener listo nuestro trabajo y entonces lo llevaré hasta donde esté ella. ¿Por qué hay odio en usted? ¿Ahora que sabe que las leyes hay que vivirlas? ¿Cuando siente que no hay pasado? ¿Por qué hay odio en usted? Todos hemos de enmendar cosas, Venry, usted también, sus padres también, cualquiera. Algún día se le concederá verla, porque ahora viven en las leyes.

Los Dioses quieren que usted sepa todo esto, pero sus sentimientos son transparentes como los de un niño. Habla usted ahora como una persona inconsciente, como quienes sucumben bajo su pena, que padecen una carga inexistente, que claman por ayuda y que están cegados. Piense en las palabras de su madre y de su amigo Dectar. Ambos son conscientes. ¿Es un esclavo un accidentado mientras espera y sirve? ¿Conoce usted la felicidad de que se le conceda servir? En este pequeño espacio vive “Aquello que todo lo abarca”, y eso usted lo ha conocido, pero su conciencia actual toca lo terrenal y humano. En su propia vida usted no vio luz, aunque su sendero fue luminoso.

Ha de aprender a aceptar. Dice estar agradecido, pero su vacío pesa más que su gratitud; su sentimiento amargado puede significar su propia ruina.

Todo esto lo puede matar, amigo mío. Si hubo luz en usted, piense entonces que esta le fue dada, porque si no no habría podido ver el pasado. Todos estos milagros no pueden suceder en odio, no podré acabar mi tarea. Cuando su madre se “hundió”, había odio en su alma y sin embargo veía la luz que le llevaba el Loto, y la Diosa de Isis le trenzó una aureola que le embellecía su hermosa cabeza en nuestro mundo.

Todos estos sentimientos le podrían ser fatales a usted, nunca se olvide de eso. Su pensar y sentir ingenuos después de todo este saber son sentimientos tenebrosos. Yo no estaría aquí si mi ver y sentir no destruyeran lo terrenal. Pero usted aún no ve lo que hace falta, su juventud vive en usted y su vejez es inconsciente. A mí se me ha dado empezar ya, pero tengo que esperar. Su sentir y pensar me obliga a seguir otras leyes. Podría haberse abierto, amigo mío; en lugar de eso, busca su propio odio y lo alimenta. Pero nos quedaremos a la espera. Pero ha de saber que estoy preparado, conoce mis fuerzas. ¿Quiere conocerme completamente en cómo sirvo? También para eso estoy preparado, para ir hasta usted, si alberga la voluntad de servir. Pero entonces ha de haber una sagrada seriedad en usted.

Parto, querido Venry. Cuando esté en las tinieblas, reflexiónelo entonces todo. Descienda ahora en su propia vestimenta material, allí hay serenidad; durante su viaje fui discípulo de Isis. Si piensa que esto es muy sencillo le aconsejo que siga mi concentración, así verá cuántos hubo aquí. No se olvide de que también los maestros viven en su propio pasado, ha podido sentir el miedo de eso, por lo que su huida de vuelta a su celda es un miedo infantil. Aun así ha podido ver la vida de ellos, pero a través de mí. Su cuerpo material ahora está vacío, yo me salí de él, pero usted no pudo percibirme. ¿Eso no le dice nada? ¿Lo pequeño que soy, con todo lo que hay en mí? ¿Lo que hago aquí y si merece la pena ver a Ardaty? Bueno, amigo mío, escuche lo que le voy a decir. Veo ante mí un espacio y “voy adentro” (—dijo).

Aún pude oír:

—Si quisiera seguir mis consejos, intente pues dormir algo. Dele a su vestimenta material lo que sabe ahora y esta le dará la bienvenida, porque usted ha de ser uno. Los maestros conocen estas leyes. A lo lejos veo mi propio cielo y a aquellos que piden que se les enseñe, deseosos de conocer las leyes. De modo que no es usted el único que recibe. Me retiro, voy al espacio inconmensurable, y sin embargo estoy en mi puesto. Adiós Venry, vuelve a estar solo (—concluyó).

Pude sentir claramente cómo la personalidad se fue alejando. No me era posible verlo. Descendí en mi cuerpo material y pronto me quedé dormido.

* *

Cuando volví a despertar me sentí descansado. Dectar pronto vendría a buscarme. Tenía muchas cosas que contarle. Qué feliz estaría si se le concediera saber que su alma gemela vivía en la tierra. Durante mi sueño me había entrado serenidad, las fuerzas de mi líder espiritual eran fabulosas. Era una persona incomprensible, pero poseía una gran fuerza, y me arrepentía de mis pensamientos. Entonces entró Dectar a mi celda y dijo:

—Eres un milagro, Venry.

—¿Cuánto tiempo nos queda, Dectar?

—Tenemos que apresurarnos, Venry, ¿tienes mucho que contarme?

—Sí, Dectar, mucho. Me encontré con tu alma, ella vive en la tierra. Tienes que conservar la calma, Dectar, yo también he vuelto a olvidarme de mí mismo. Ninguno de nosotros dos es consciente, aunque mi líder espiritual dice que tú sí lo eres. Conozco a mi madre y a mi padre, Dectar. Y mi propio secreto, ahora lo sé todo de ti y de mí mismo.

¿Conoces su nombre, Dectar? ¿No te entró su nombre? El amor que sientes te viene de ella. Tus sentimientos son puros, Dectar.

—Conozco su nombre, Venry. Se llamaba Lécca, pero ahora se llama Myra.

—¿Desde cuándo sabes esto, Dectar?

—Me desperté por la noche y se me concedió seguirte. Pero me quedé en mi cuerpo material. Entonces te oí hablar en la distancia y que llamabas a Lécca. En ese momento, querido Venry, lo entendí todo y se despertó mi alma completamente, pero tan solo a través de tu líder espiritual, yo mismo sería incapaz, porque ya sabes cuál es mi estado.

—La verás, Dectar, está esperando y seguirá haciéndolo, hasta que vayamos a ella.

—Me siento muy feliz, Venry, y haré todo lo que pueda. Que los Dioses nos asistan, ahora necesitaremos mucha fuerza. Tenemos que volver a olvidarlo todo, Venry, y pensar solo en las tinieblas. Los maestros pueden venir hasta nosotros. Cuando vuelvas a estar conmigo seguiremos hablando. ¿Está mi amigo preparado?

—¿No hay tiempo para contártelo todo, Dectar?

—No, ahora olvídate de todo.

—Estoy preparado, Dectar, y te seguiré.

—Entonces ven, Venry, pronto volverás a estar conmigo. Piensa en todo y no olvides nada de lo que te conté. Hay que pensar sobre todo en el cansancio, entrégate entonces del todo, y deja que venga lo que haya de venir. Vacíate por completo y así no podrán conseguir nada.

—Estoy vacío, Dectar.

—Eres fenomenal, Venry, después de tantas emociones.

En las tinieblas

Dectar me llevó al edificio donde iban a encerrarme. Me miró y partió.

Un sacerdote con una túnica oscura se me acercó, pero sin decirme palabra alguna. Me llevó a un espacio tenebroso, me explicó dónde y cómo recibiría mi comida sencilla y desapareció. En mis pensamientos recibí sus palabras no pronunciadas, porque era como la muerte y guardián del silencio. Tenía prohibido hablar.

Me quedé solo. Solo ahora empezaría realmente mi desarrollo. Me encontraba ahora en ese terrible espacio del que muchos habían salido enloquecidos y donde otros habían encontrado la muerte. Esta celda era circular. Aparte de un lecho de reposo y de mí mismo estaba completamente vacía. Me eché, porque tenía muchas cosas en las que pensar. Cuando hube terminado con mis propias experiencias me sintonicé con las tinieblas.

Mi lecho estaba orientado hacia el oeste. Significaba algo.

‘Esa cama no puede quitarse, tiene que seguir allí. Pero quédate todo lo que puedas en el este’.

Estos pensamientos no eran míos, mi líder espiritual estaba en su puesto. ‘Le estoy muy agradecido’. Aun así intenté mover la cama, pero fue imposible. Se me podía alcanzar con mayor facilidad en este lugar y así no les hacía falta esforzarse violentamente. Si mi organismo yacía con la cabeza hacia el oeste, entonces la mitad de mi concentración ya se había perdido. Obedecería las leyes naturales, pero ahora vivía en un estado de disarmonía. No me parecía justo, pero me di por vencido. Mi alma, sin embargo, pedía sintonización, mi propia vida y pensamiento estaban orientados hacia el este, no el oeste. No era esto una armonía natural, sino el quebrantamiento de mi personalidad.

Aún se podía percibir algo de luz, enseguida habría mucha oscuridad. Tendría que permanecer en este infierno durante siete días y noches. Bien hubiera querido consumir todas mis fuerzas, pero había otra fuerza que se oponía. Me sentía muy fuerte y pensé que estaba preparado. Se adueñó de mí una sensación de sueño. También aquí vi un muro astral. Las tinieblas no dejaban de acercarse, apenas ya podía distinguir nada. Entendí asimismo que tenía que intentar salvarme yo; no se me estaba ayudando en todo, porque entonces no aprendería nada. Tendría que asimilar ahora varias fuerzas. Ya me vi objeto de su empuje y de los peligros de “la vida y la muerte”, porque caí preso de un cansancio mortal. Me dejé llevar y me quedé dormido, aunque espiritualmente despierto.

Mi organismo estaba ahora dormido, yo vivía en él y estaba despierto. Este milagro sí que lo había sabido asimilar. Mi estar despierto era perfecto gra-

cias a mis dones naturales. Ahora estaba esperando los primeros fenómenos y perforé las tinieblas.

Mi sueño —el primer fenómeno de todos— no dejaba de intensificarse; un cansancio mortal me dominaba, así como a mi vestimenta material. Los maestros habían sintonizado su concentración. Estaba cansado, mortalmente cansado. Colgaba como un enfermo en mi propio cuerpo. Me escurría de él sin querer, pero no quería salirme. Por eso sintonicé mi concentración como empuje opuesto para poder seguir su pensamiento y sentimiento. Querían alcanzarme en mi sueño; si estaba extenuado podían hacer conmigo lo que quisieran.

El cansancio que sentía ahora era terrible. Pensaba que iba a derrumbarme, y sin embargo llevaba poco tiempo aquí; aún tenía que empezar. A medida que se hacía más intenso mi cansancio, más intensos se hacían mis propios deseos para seguir despierto. Este juego de entrar y salir del sueño lo pude aguantar. Había perdido la noción de cuánto tiempo llevaba ya ocupado con esto.

Mientras tanto tomé un poco de néctar y después sintonicé con la naturaleza, porque quería saber desde cuándo estaba aquí. Pero la naturaleza estaba blindada para mí, para mí no existía ni el día ni la noche, tiempo ni sol, nada, solo las tinieblas. Ahora vivía en su mundo; su concentración y blindaje eran destructivos.

Era incapaz de pensar en nada. Mis propios sentimientos y pensamientos se ahogaban. Solo se me permitía sentirlos a ellos, era su preso espiritual. Tenía que intentar procesar los terribles pensamientos que me enviaban.

‘Son ustedes infalibles, señores de Isis, su concentración es muy nítida, pero horrible’.

Conocí un mundo de poder y fuerza; desde su mundo jugaban un juego de vida y muerte, porque sus pensamientos estaban empezando a tomar forma. Cuando lo hube procesado me entraron otros pensamientos. Volví a sentir el calor y comprendí su significado. Había perdido la noción del tiempo y el espacio, del día y la noche, pero el calor me hizo sentir lo que debía hacer. Era mi única posibilidad de poder seguir pensando a pesar de todo al margen de ellos.

Mi cuerpo material era un producto de la naturaleza. Mi propio cuerpo podía conectarme, a mí como ser pensante y que sentía, con la naturaleza. Si pensaba bien, pudiendo sintonizarme de todas formas al margen de ellos, entonces también a mí me era posible pensar y seguir siendo yo mismo al margen de ellos. El organismo poseía una sintonización natural, había surgido de la nada, pero ahora vivía a pleno rendimiento y era perfecto. Si ahora siguiera ese empuje y se me ayudara a hacerlo, entonces sí me sería posible seguir pensando al margen de ellos y prepararme para su ataque. Seguir este

empuje, que significaba el proceso de crecimiento, me exigía darlo todo. Estuve bastante tiempo ocupado con eso cuando me sentí uno. Solo entonces comprendí este milagro.

Entonces me llegó sueño desde mi cuerpo material, el sentimiento que experimenta todo ser viviente. Este sentimiento pertenecía a mi propio organismo, y eso me obligaba a quedarme dormido. Pero a partir del sueño pude determinar en qué momento vivía y la hora. 'Esto es curioso', pensé, 'veo y siento que el sol se ha puesto'. Llevaba ya un día completo en las tinieblas y seguía estando consciente. Ahora que no dejaba de seguir este cansancio natural pude ver que se acercaba la noche. A través de esta sintonización sí me fue posible ver, aunque los maestros me habían elevado hasta su propio mundo. Pero seguí sintiendo su empuje.

Pude distinguir claramente el cansancio de mi vestimenta material y el de los maestros. El de ellos era basto y me castigaba, el otro cansancio me suponía un descanso beneficioso. Me sentía feliz ahora que podía controlar estos distintos tipos de cansancio. Envié mi gratitud a mi maestro por lo que había aprendido.

En el fondo, estaba siendo yo inalcanzable hasta el momento. Fue exactamente como cuando me sondaron por primera vez sin que pudieran encontrarme. Estaba y no estaba. Vivía aquí y experimentaba su concentración, aunque ya hubiera pasado un día y aún conservara la conciencia. Era un resultado espléndido y mi primer conocimiento después de un día de experiencia en las tinieblas. Pero Dectar no me había contado nada de esto. Mi cuerpo estaba dormido, aunque yo tuviera que despertarlo. De pronto me entró una sed muy fuerte. Se me hacía muy extraño este sentimiento, porque en el fondo estaba viviendo fuera de mi cuerpo material. Era el cordón que unía a ambos cuerpos el que me llevaba esa sed: el cuerpo necesitaba hidratarse. Mi propio organismo me obligó a despertarlo y a satisfacer su necesidad. Para ello descendí en mi cuerpo. Cuando fui uno y puse en marcha el organismo, fui presa de un terrible cansancio. La continua concentración de ellos me había extenuado el cuerpo a tal grado que apenas pude moverlo. Me arrastré hacia donde estaba el néctar y regresé. Estaba más muerto que vivo.

No obstante, había conseguido protegerme todo un día y evitar que se hicieran más densas las tinieblas. En cada momento me parecía ya estar viendo sombras. Ya no conseguí mantener despierto mi cuerpo, así de intensos eran los pensamientos de los maestros. Su veneno estaba descendiendo en mí. Habían vencido ahora mi cuerpo material, esto me había quedado claro. Me entró miedo. Si me derrumbaba podrían empezar y enviarme las alimañas. ¿Me vendrían las sombras de las que había hablado Dectar? Durante todo un día estuvieron embistiendo mi vestimenta material, que yacía allí como muerto. Se acercaba mi perdición.

Miedo y el sentimiento de no poder hacer nada me entraron en el alma. El cansancio se acercaba más y más; solo faltaba yo, solo entonces empezaría todo. Por eso busqué un medio para protegerme de ello. Muy dentro de mí ya estaba el veneno de ellos, porque una sensación de pereza me obligaba a dormir. Si esto era posible, es que este espacio vacío estaba poblado, y sin duda se despertarían las figuras aparentes, entre las cuales había demonios que vivían en la realidad. Ya casi no me era posible pensar. Cuando pronuncié el nombre de Dectar, aquel ya no significaba nada para mí. Lo repetí varias veces. “¿Dectar? ¿Quién es Dectar?”.

Me sentía muy lejos, en un mundo donde no conocía a nadie, donde todo me era extraño. Pero gracias a un agradable sentimiento mi alma se despertó. Este sentimiento me ayudó a pensar. Pero me encontraba en el umbral de la inconsciencia, aunque me fue tendida una mano servicial que me elevó hasta la conciencia diurna. Casi había estado perdido y convertido en un juguete de los maestros. Ya ni conocía a mi mejor amigo. Supliqué por ayuda, por mi querida madre y Ardaty, todos a los que quería tenían que ayudarme. El comienzo de la inconsciencia lo acababa de sentir, porque había dejado de ser yo mismo. El nombre de Dectar no me decía nada. En mí había una pérdida de conciencia. Me quedaba grávido de su veneno, este no paraba de acercarse y me destruiría. El peligro ya estaba acercándose. Entonces me entró el calor. En el último momento hubo una intervención, pero había vivido mi lección y la intensidad de su concentración.

—Divídase hasta el veinticinco por ciento, si sigue ofreciendo resistencia se volverá loco —oí que se me dijo.

—¿Puede imaginarse —reenvié— que usted me hace feliz? Aceptaré su ayuda con gratitud y haré todo lo que pueda, ahora es todo lo que hay en mi interior.

Después de haber elevado mi gratitud me puse manos a la obra. Me dividiría y comprendí lo que se pretendía. Para eso tenía que descender en el cuerpo y aceptar su empuje. Pero ese veinticinco por ciento sería mi propia arma, el porcentaje restante tendría que vivir lo que me enviaran. Me había quedado muy claro y descendí en mi vestimenta material.

De inmediato sentí el cansancio mortal de mi cuerpo; casi lo habían asesinado a través de su continua concentración. Yo había ofrecido resistencia demasiado tiempo, aunque al final no pudiera librarme. Ahora estaba de camino la violencia. Ya no me era posible ahora pensar ni sentir. Pronto me hundí y se me hizo borrosa la mirada. Los maestros se habían adueñado de mí. Ya no supe nada más.

* *

Me encontraba fuera. Ante mí veía un paisaje precioso. La naturaleza era muy hermosa, estaba yo buscando frutas que crecían y maduraban de noche. El entorno era solitario y desolado, no andaba absolutamente nadie por allí. Mi camino me condujo a un valle. Una extraña fuerza me impelía a ir a toda prisa, siempre más rápido, por lo que casi ya no pude respirar. Aun así me restaba algo de fuerza para frenar ese ritmo tan acelerado. Al llegar al valle iba algo menos apresurado. Acelerar el paso ya no era posible. Era como si fuera un instrumento sin voluntad que tenía que vivirlo. Sintonicé con las frutas, con la esperanza de encontrar muchas. Con ellas haría feliz al faraón. Eso se remuneraba, al implicar un enorme peligro. Era posible que de pronto me encontrara ante sucesos naturales como los animales salvajes que aquí abundaban. Vi ante mí una cueva donde seguro que las encontraría. No pensaba en peligro. A la entrada me topé con una corriente de aire frío. Una vez habituado a ella me adentré más en la cueva. Busqué por todos lados, en las grietas y rocas salientes, pero sin ver frutas. Al adentrarme en una galería tras otra me fue entrando miedo.

Fuí corriendo por todas las galerías, hasta que me perdí. Me había extraviado en un laberinto de grietas y galerías. Me brotó sudor frío y estaba desesperado. Seguí buscando, pero sin encontrar nunca una salida. Me asaltaron el miedo y el horror. La luz que acababa de ver se extinguió y tuve que buscar la salida al tacto. De pronto oí un horrible siseo, muy cerca de mí algo se arrastraba por el suelo. Dos ojos llameantes me miraban y se me acercaban. El animal irradiaba luz; podía verlo claramente. Era una serpiente increíblemente grande. Cuando se me acercó más pedí ayuda a gritos. Los ojos me obligaron a quedarme donde estaba, pero no paré de gritar pidiendo ayuda. El siseo no dejaba de acercarse, la lengua bífida se disparaba hacia mí, no tardaría en alcanzarme. Empecé a sentirme mareado por el miedo. Fui hundiéndome más y más hasta que todo a mi alrededor se fue borrando. A pesar de ello seguí pensando de forma consciente.

Pero este pensar era como un recuerdo de siglos antes. Me sentía y no me sentía a mí mismo. Aun así lograba acordarme de que era yo, la persona que tenía que vivir algo; de que poseía un cuerpo como todos los seres humanos y de que vivía en la tierra. Me sentía como una partícula de mí mismo, la otra cantidad había desaparecido de mí y no podía atraérmela ahora. Yo era como un solo pétalo de una flor, y sin embargo tenía que ver con el conjunto, del que formaba parte.

Ya no me daba cuenta de mi miedo y mareo, ni de que estaba buscando y palpando, ni del siseo del horrible animal. Empecé a pensar con calma. La serpiente ya se me había acercado y me estaba envolviendo con su cuerpo. Su

constricción me mataría, pero ya no me quedaban fuerzas para ofrecer resistencia. Dejé que viniera lo que tuviera que venir. Me encontraba paralizado, sin fuerzas para oponerme concentrándome.

La serpiente me estaba destrozando el pecho. Sentí cómo me entraba un fuerte dolor, pero me faltaban fuerzas para pedir ayuda. El dolor me cortaba el aliento. En breve me quedaría inconsciente. Pero todavía podía pensar.

¿Ya me había aplastado hasta matarme? Ya ni siquiera podía seguirlo. Ciertamente, todavía vivía, pero lentamente estaba muriéndome aplastado. Cada vez más me costaba respirar, no podía hacer nada, me entregué por completo y aceptaba lo que me tocaría vivir. No temía morir, porque la muerte no existía. Al parecer, el animal no tenía hambre, porque de lo contrario ya me habría aplastado. El proceso de muerte lo tenía que aceptar y ahora lo viviría. Era como si estuviera durmiéndome. Los dolores disminuyeron, se me paró la respiración. Estaba muerto, había fallecido en la tierra, aplastado por un reptil, pero la muerte no era otra cosa que quedarse dormido. Me había despojado de mi conciencia terrenal, ahora me iba a entrar la espiritual.

Había vivido el proceso de muerte y la entrada en ese otro mundo, y me quedé esperando a que me llegaran nuevas fuerzas. Ahora me encontraba en la vida después de la muerte, poco a poco me iba volviendo mi propia vida, y comprendí lo que me había ocurrido. Reflexioné como un rayo sobre aquello que había tenido que vivir, y se me hizo milagroso. Pero la concentración de ellos era terrible.

Pero, en realidad, ¿dónde me encontraba? Este espacio me resultaba conocido. ¿Me había seguido mi líder espiritual? Y en ese estado ¿había ofrecido yo resistencia? ¿Hubo momentos en que me había olvidado de mí? ¿Habían podido seguir los maestros mis pensamientos y sentimientos? Mientras hacía todas estas preguntas vi cerca de mí un terrible monstruo. Era como un ser humano terrenal, pero tenía ojos verdes y respiré un hedor nauseabundo. Era como un animal salvaje y emitía alaridos satánicos. El hombre bestia se me abalanzó, pero antes de que el animal humano me alcanzara me derrumbé y perdí la conciencia. Ya no tenía resistencia, había consumido todas mis fuerzas. Entonces me desperté y me vi rodeado de tinieblas. Empecé a pensar con cautela y a preguntarme dónde vivía. Me palpaba el cuerpo y lo sentía. Sí, aún vivía, pero ¿dónde? ¿No me había aplastado el hombre bestia? A mi alrededor había tinieblas, no tenía noción de vida ni de muerte, ya no había una conciencia normal en mí. Ya no poseía nada que me sirviera para orientarme. Pero, realmente, ¿qué me ha pasado? ¿Vivía entre “la vida y la muerte”? ¿Aún pertenecía a la tierra? ¿Podía pertenecer a la tierra? Pero ¿dónde estaba? ¿Dónde estoy, dónde vivo? Había perdido el juicio. Ya no me era posible pensar con normalidad. ‘Estoy loco, me ha entrado la locura’.

Me encontraba en el umbral de la locura. Ya no había vida en mí, jamás

había vivido algo tan horrible. ¿Ya estaba loco? ¿Cómo se sentían las personas que habían perdido el juicio? ¿Eran capaces de sentir y pensar entonces? ¿Les quedaba algo de su propia conciencia, o es que entonces se disolvía la personalidad entera? ‘Me he vuelto loco, querida Madre, loco, Ardaty, estoy demente y he perdido el juicio. ¡Socorro, socorro! ¡Estoy loco!’.

De pronto oí que se dijo cerca de mí:

—No estás loco. No estás demente. Puedes pensar y sentir. Tu sentimiento es normal. ¿No estás preguntando por tu madre?

—Sí —grité—, sí, pregunto a gritos por mi madre, y sé quién es mi madre.

Mi cerebro estaba confuso y yo agotado; después volví a derrumbarme.

Igual que la noche da paso al día, así volví a la vida. Me había despertado otra vez, pero mi estado era exactamente igual. De nuevo empecé a hacer preguntas, a sentir y a pensar, y me serené un tanto. Comprendí ahora que seguía siendo normal, porque podía pensar. Mi propio ser estaba volviendo a mí. Pensé en mi madre, en Ardaty y Dectar. Con cautela seguí y reflexioné sobre todas las cosas, y me quedó claro lo que había vivido. Estaba en las tinieblas, había experimentado el proceso de muerte y me había derrumbado algunas veces. Ahora era yo mismo otra vez y el calor planeaba por encima de mi cabeza. De modo que mi maestro no me había dejado solo. Ahora me estaba indicando el camino, tenía que intentar seguir siendo yo mismo. Volví a seguir todo y después me quedé a la espera.

Aún no podía determinar si estaba viviendo otra vez en mi celda. Y aún no era posible ver escenas en la tierra, ni pensar en cosas terrenales. Vivía en un caos espiritual, se me echaban encima diferentes mundos, pero en el fondo no era consciente en ninguno de ellos. Ahora ya no era capaz ni de avanzar ni de retroceder, pero tenía que seguir siendo yo mismo. ¿Seguía en las tinieblas? Ni me atrevía a sintonizar con nada. Pero tenía que pensar y de todas maneras volví a seguir todo lo que había vivido. Ahora se aproximaba el morir en la tierra, el reptil me estaba matando con su constricción. Ya no podía respirar, la muerte estaba cerca y volví a derrumbarme.

Mi resistencia se había quebrado, mi propio “yo” había sido despojado de todo. Yo me había convertido en un juguete, un hombre sin sentimientos. ¿Lo sabrían todo esto los maestros? Pedí tiempo, tiempo para despertar, para volver en mí. Necesitaba tiempo para recomponerme.

¿Me estaba entrando conciencia? Hace unos instantes pensé sentir el calor y eso significaba ayuda. Mi conciencia estaba cobrando fuerzas, me estaban llegando nuevos pensamientos y estos me estaban devolviendo a mí mismo. Mis sentimientos y pensamientos habían sido erróneos, porque no había usado mis dones, por lo que los maestros habían podido hacer conmigo lo que quisieron. El comienzo había sido precioso, mi división muy buena, pero me había olvidado de mí mismo y había dejado fuera de servicio mis propias

fuerzas. ¿Quién me había vuelto a despertar? ¿Quién me hacía pensar ahora? Estaba pensando de nuevo, pero ¿a través de quién?

La intención era muy buena, pero ¿no había aprendido nada? ¿Había experimentado todo como ser vacío? ¿No había aplicado lo que había aprendido por medio de Dectar? Todas estas preguntas me iban surgiendo, pero no entendía nada. De modo que tenía que empezar de nuevo y prepararme, tenía que estar en mi celda y fuera de ella, en la tierra, o en este mundo en que pensaba que me encontraba. Aún no estaba seguro de ello, pero esperaba que se me concediera saberlo en breve, entonces podría proseguir.

Me acordaba de que revivía todo y de que me derrumbaba cuando había llegado a ese reptil. Pero ahora quería saber primero dónde estaba realmente. Me palpé, me pellizqué el cuerpo y sentí que vivía en mi organismo material. Ciertamente, estoy en mi celda, en las tinieblas. Cuando sentí mi cabeza me puse muy feliz. También conservaba los brazos y las piernas, de modo que no me había accidentado, ni muerto, lo había vivido a través de los maestros. Esa alimaña era una figura aparente, pero había sentido su realidad. Ahora estaba oyendo el latido de mi propio corazón y sentía que me volvía la conciencia. Me saltaron las lágrimas de pura alegría. Qué feliz estaba de conservar todavía la conciencia normal. Se me relajó el cuerpo por la alegría y las lágrimas, y pude respirar con algo más de holgura.

Después quise saber si seguía echado en mi lecho de reposo. No, no lo sentía, tocaba el suelo con las manos. ¿Realmente estaba en mi celda? Tenía que saberlo, o no me serenaría. A esto le siguió una vuelta por estas tinieblas. Me arrastré por todas partes, hacia el medio, y también de allí me fui. Solo veía en las profundas tinieblas, seguía sin encontrar mi lecho de reposo. Pero algo me había quedado claro: estaba buscando y mi manera de pensar era normal. Los sentimientos que albergaba correspondían a la conciencia normal. Descansé algo y después empecé a buscar de nuevo. Mi cuerpo se había cansado mucho de tanto arrastrarse, pero aguanté, tenía que saber dónde estaba. Después de haberme arrastrado mucho a diestro y siniestro, hacia delante y atrás, volví a encontrar por fin mi lecho. Con todas mis fuerzas que aún conservaba me elevé como pude, y volví a derrumbarme. Después de eso me desdoblé simultáneamente de mi organismo y vivía ahora en ese otro mundo. Un sentimiento me advertía de que viviría la realidad. Me encontraba en un imponente espacio, pero otra vez estaba muy solo.

Aun así, había algo de luz, pero iba apagándose. En este espacio vacío la vida estaba adoptando formas y haciéndose más densa. A medida que se hacía más densa también entraba la oscuridad. Cuando se hubo hecho muy oscuro vi figuras e incluso cavernas y chabolas en las que vivía gente. Estas personas habían vivido en la tierra y eran demonios astrales, de los que Dectar me había hablado. No obstante, me sentía muy tranquilo y me acerqué

algo, porque quería saber más.

‘Cómo es posible’, pensé, ‘son personas, pero monstruos horribles’. Cuando sintonicé con esos cuerpos vi su sangre y también pude seguir su vida interior. Estas personas eran como no podían ser los demonios ni los animales.

Me llegó:

—Su vida es inconsciente, no saben nada de su propia existencia y están listos para abalanzarse encima de ti.

La explicación había vuelto a ser de mi líder y me sentí muy agradecido por ello. De modo que vivía en la realidad. Mientras contemplaba todo lo que hacían comprendí lo miserable que era su tenebrosa vida. Lo que hacían no era humano, un animal no vivía así. Pero esa cosa inhumana me tenía cautivado y en aquel instante había vuelto a olvidarme de mí mismo. Sintieron que las contemplaba y vinieron hacia mí como locos.

Habría tenido que sintonizar mi concentración y usar mis conocimientos de las leyes mágicas. En la conciencia de todas estas fuerzas habría podido resistir a todos y aceptar una lucha abierta. Pero un sentimiento que me brotó repentinamente me hizo cambiar de parecer y huí. Busqué una salida entre todas esas cavernas y chabolas, pero sentí que me acorralarían de todas formas. Entretanto choqué con algo, haciéndome daño en la cabeza. Mientras huía volví a sintonizar con ellos, porque quería saber si me seguían. Me habían acorralado por completo; un nuevo miedo, diferente, me tomó desprevenido y me derrumbé, inconsciente.

Cuando desperté y quise saber dónde estaban, vi que estaba rodeado de tinieblas, pero diferentes a aquellas en las que había estado. ¿No me habían destruido los demonios? ¿Dónde me encontraba? Volví a vivir entre tinieblas. ¿Aún estaba en el mundo? Al sentir mi lecho de reposo me quedó claro que había vivido un nuevo milagro. ¿Quién me había llevado a mi celda? Sentí un agudo dolor en la cabeza. Lo que había vivido allí también lo tenía que vivir mi organismo. Me habían llevado en esa inconsciencia, no podía ser de otra manera. Entonces obtuve una respuesta, a mi lado hablaba una voz y oí:

—Los maestros han podido liberarlo, se disolvió usted en sus manos, porque si no los demonios lo habrían matado, lo que supone la ruptura del cordón.

Mi líder me había seguido, me sentía muy feliz. Ahora comprendí muchas cosas, aunque había fuerzas a las que seguía sin conocer. En mi cabeza se había instalado ahora un vacío y mis dolores fueron mitigándose. Me atravesó una fuerza placentera y estas eran las fuerzas de la conciencia superior. También eso le agradecí a mi líder. Me dio a conocer ahora que Dectar pronto vendría a buscarme, y que estaba muy satisfecho. Después me acosté y me quedé dormido.

Desconocía el tiempo que había dormido, pero ya no sentía ese espantoso cansancio. Había ahora un sentimiento más fuerte que todos los demás. Comprendí que todavía yo les resultaba inútil, esos derrumbamientos no valían, no estaba preparado para todas esas dificultades. Podía estar satisfecho con el resultado, pero aun así había aprendido mucho.

Lentamente las tinieblas iban disolviéndose. ¿Ya se había agotado mi tiempo? Se me hacía que había estado aquí durante siglos. ¿No tardaría en venir Dectar? Pero volví a dormirme. Entonces abrí los ojos y vi luz a mi alrededor. Entró el sacerdote y me llevó a Dectar.

—Dectar, oh, querido amigo mío, ¿cuánto tiempo estuve allí?

—Todavía debes tener un poco de paciencia, Venry, enseguida podremos hablar (—contestó).

Seguí a Dectar afuera y cuando le pareció que podía hablar dijo:

—Estupendo, Venry, no habría sido posible mejor. Aún no vales nada, así no te pueden usar los maestros, las tinieblas te quiebran.

—¿Pudiste seguir todo, Dectar?

—Sí, Venry.

—¿Al margen de los maestros, Dectar?

—Sí, pero por medio de ayuda.

—¿Lo sabes todo Dectar?

—Se nos concedió que conserváramos nuestra conexión, Venry, por eso pude seguirte (—dijo).

Entré en mi celda y tuve que descansar. Dectar me dejó dormir y cuando volvió me sentí descansado. Había descansado varios días seguidos. No tardé en hacer preguntas.

—¿Sabes, Dectar, que casi me vuelvo loco? ¿Qué pasará conmigo cuando esto dure siete días y noches?

—Entonces todo volverá a ser distinto, Venry, y tendrás otra conciencia, estarás preparado. ¿No sentiste que ibas haciéndote más fuerte?

—¿Pero acaso no volví a derrumbarme, Dectar?

—Eso está muy bien, Venry. Pero sí entendiste que los podrías haber detenido a todos, o que podrías haber adoptado otras medidas, como debe ser. ¿Sentiste claramente ese empuje?

—¿Quieres decir esa fuerza que me hizo perder la conciencia?

—No, eso no, sino la fuerza que te hizo huir, Venry. Esa fuerza quiso que te entregaras del todo, porque si no los maestros habrían hecho más pruebas todavía. ¿Lo has comprendido todo bien, Venry?

—¿Qué quieres decir, Dectar?

—Ya no sentías nada de tu veinticinco por ciento. Al hundirte muy profundamente, esas fuerzas se disolvieron, aunque cada vez te despertaras por ellas. Las dejaste de sentir por completo. Aun así, vivías en ellas y ese empuje muy curioso lo habías recibido de tu líder espiritual. Esas fuerzas te devolvían una y otra vez tu propia conciencia, porque de lo contrario habrías permanecido en ese estado y tendrían que haberse detenido. Para algunos sacerdotes eso ya supone su final, y ya te habrá quedado claro por qué salen locos. Pero los maestros se preguntan ahora de dónde venía esa resistencia, en ti no pudieron constatar esas fuerzas. Y es que eso no es posible, porque proceden del espacio y son de tu líder espiritual. Él estuvo vigilando, Venry, y te ayudó muy intensamente, encargándose de mi conexión. Me siento muy agradecido de que se me concediera vivir esto, con otros discípulos ya no pude sentir nada por el predominio de los maestros. Esto se debe a nuestro muro, Venry, somos uno y seguimos siéndolo, también en las tinieblas.

—¿Pudiste seguirme en esa cueva, Dectar?

—Claro, Venry, yo también viví algo parecido, pero nunca te lo dije, porque pueden aplicarlo de diferentes maneras. Esta me pareció muy buena, pero peligrosa. ¿Sentiste lo claro y natural que es todo?

—Me pareció horrible, Dectar, y allí fallecí.

—Exacto, ese morir, Venry, y sin embargo estar vivo, lo podrías haber sabido de inmediato, porque te hablé de ello. Pero entonces ya no queda ninguna conciencia en nosotros y ya no sabemos de la vida. Aprendiste mucho, amigo mío, y luego estarás preparado, espiritual y físicamente.

—¿Sentiste aquel cansancio, Dectar?

—Sí, Venry, te vencieron de manera muy sencilla.

—¿Qué habría ocurrido, Dectar, si hubiera seguido ofreciendo resistencia?

—Te habrían asesinado espiritual y físicamente. Aquí aún no ha habido sacerdotes que hayan podido procesar eso. Es muy natural y por eso es tan peligroso, pero tu división fue espléndida. Pero no todos tienen ayuda. Este modo, Venry, es el más sencillo, pero también el más peligroso de todos de los que aquí se aplican.

—¿Por qué es tan peligroso, Dectar?

—Porque a tu cuerpo le roban todas sus fuerzas, y el mismo destino le espera a tu alma. De esa manera, al ofrecer resistencia, el discípulo vive o bien la locura o bien la muerte en la tierra. El alma se agota a sí misma por completo y así se convierte en un juguete para los demonios y maestros. Contigo intentaron muchas posibilidades y así comprendieron que no ibas a sucumbir. Pero con otros discípulos no pueden ir tan lejos, porque entonces ya es demasiado tarde. Cuando comprendieron que siempre te despertabas por tus propias fuerzas, siguieron. Este estar despierto lo atribuyeron a fuer-

zas que están en ti y que más tarde se harán conscientes, pero que sin embargo ya estaban emergiendo. Tú te nutriste de ellas y eso es autoprotección, las tienes o no las tienes.

Cuando los maestros sienten eso, van siempre a mayores profundidades. Pero nosotros sabemos que esas fuerzas están en ti y que son tu líder espiritual; creen que forman parte de tu subconsciente. ¿Lo sientes, Venry?

—Me queda claro, Dectar, que de allí uno sale loco. Ya había perdido el juicio.

—Pude seguir tus pensamientos. Por dormir vuelves a despertar y a tener conciencia. La conciencia vuelve en el sueño si no siguen incidiendo en nosotros otras fuerzas y mientras no caigas en manos de demonios. Tienes que irte hundiendo aún más, Venry, y solo detrás de eso está la locura. Tu líder no permitió que se llegara a ese punto, porque eso ya ni siquiera se puede vivir. Entonces pierdes la noción de todo y eres, por tanto, espiritualmente inconsciente y estás físicamente derrumbado.

¿Qué habría ocurrido, Dectar, si esos demonios me hubieran tomado desprevenido?

—Te tomaron desprevenido, Venry, pero te disolviste en sus manos. Aceptemos, sin embargo, que así ocurriera: entonces es que los maestros estarían ante grandes problemas y tendríamos que celebrar sesiones, día y noche, sin parar, para liberarte de sus manos. No pueden matarte, pero la miseria que entonces vivirías es horrible. Antes de que llegaran a una decisión te habías disuelto, y lo viviste.

—No sé nada de eso, Dectar.

—Es muy sencillo, es que estabas inconsciente. Aun así, los maestros te llevaron a tu celda. Es un largo camino y sin embargo está tan cerca. Donde estamos, Venry, viven demonios. Todavía vivías en tu propia celda y aun así te asaltaban seres astrales. ¿Te quedó claro que la muerte puede llegar hasta ti? Debemos conocer todas esas leyes y asimilarlas si queremos poder desdoblarnos del cuerpo y traer aquí la sabiduría que hay allí. Seguro que ya sientes lo poderoso que es todo esto. Y nos prepararemos, Venry, ahora es cuando realmente vamos a empezar con ello.

—Entonces todo me queda claro, Dectar. Aún tengo algunas preguntas que hacerte, ¿es posible?

—No te olvides del muro, Venry, ¿qué quieres saber?

—¿Qué edad tenía mi madre cuando entró aquí? ¿Sabes algo de eso, Dectar?

—Siete años, Venry, así que muy joven todavía, pero aquí llegó a tiempo.

—He visto al sacerdote que quiso alcanzarme en mi juventud. ¿Cómo fue su final?

—Desapareció sin dejar rastro, Venry, una muerte repentina.

—¿Cómo fue posible ocultar lo de mi madre, Dectar?

—Isis es poderosa, querido amigo. En lugar de sus restos mortales se embalsamaron otros y les dieron sepultura. El faraón no sabe nada, pero a mí se me concedió ver muchas cosas y solo ahora he comprendido por qué. Ya sabes que estoy deformado, ¿verdad?

—¿Tiene que ver algo con esto, Dectar?

—Eso es justamente, querido Venry, pudieron seguirme, pero no lo saben todo.

Nuestro líder ya me dejó verlo todo entonces, porque sin él es imposible.

—¿Ya no lo volviste a ver en Isis, Dectar?

—Lo vi algunas veces en el edificio donde se embalsaman los cadáveres. Cuando dejó a Ardaty, Venry, se fue acercando su final. Esa noche también él iba a morir, pero violentamente. No olvides que tu madre era una princesa. Cuando estabas poseído lo pude ver a él, todo me quedaba claro y lo reconocí por su voz y forma de hablar. Un poco después lo vi muy claramente, aunque intentara ocultarse de mí. Él también me reconoció y me maldijo, pero eso no me hace mella. No podía alcanzarme.

Pero todos nosotros, Venry, recibimos entonces la protección de tu líder espiritual. Si el padre del Templo hubiera podido seguir esto —lo que a mí me sigue pareciendo un gran milagro— todos nosotros no habríamos tardado en morir. Tu madre estaba deformada y tú eras hijo de él, y sin embargo pudieron blindarlo de cara a todos estos secretos.

—¿Así que no saben nada de mi madre ni de Ardaty, Dectar?

—No, Venry, aquí no saben nada de eso, él tampoco.

—¿Ya lo llevabas sospechando mucho tiempo, Dectar?

—Dectar ve a veces muy bien, querido Venry, y yo soy amigo de Ardaty.

—Pero Dectar, ¿es que pudiste hablar con Ardaty?

—No, ni palabra, porque sería como pedir permiso para morir. Pero había aún otras posibilidades.

—¿Puedo conocerlas, Dectar?

—Claro, Venry, ahora es posible, ya no están aquí, pero solo ahora puedes pensar en eso. Estaba muchas veces con Ardaty, y sin embargo no se me permitía pensar en nada ni jamás hacer preguntas sobre tu madre. Ni siquiera en pensamientos, de ninguna manera posible. A Ardaty lo seguían día y noche. Pero conseguí otra manera para hablar con él. Ardaty poseía dones y podía hablar con sus hijos.

Lo oí hablar a toda esa vida en el silencio de su propio interior, y eso lo pude seguir. Era tan sensible en eso que por eso lo llamaban maestro. Pero también entonces eso ocurrió por otras fuerzas, porque si no los maestros sí que nos habrían podido seguir. Fui a él con una planta, una que era muy sensible. Quería que Ardaty me dijera lo poderoso que era su veneno. Obtuve

la explicación, pero llené y rodeé la planta de pensamientos, y Ardaty pudo captarlos todos.

Con cuidado le di a entender que estaba siendo seguido día y noche en su pensamiento y sentimiento. Pero también Ardaty estaba preparado y pensaba en un enfermo en otras latitudes, una mujer a la que estaba cuidando. Cuando comprendió que se me había concedido ver y que todo le quedaba claro, volví a blindarme para él sin volver a mencionarlo jamás. Ahora se me hace glorioso, querido Venry, teníamos un solo secreto, y eso me hacía feliz. Ya solo por eso valía la pena aceptar todo lo que los maestros me imponían. Pero ahora sé que todo fue supervisado por tu líder espiritual, también la deformación del rostro de tu madre, todo, Venry. Los maestros deberían haberlo visto, todos tienen muchos dones.

—Dectar, ¿cómo llegaste a saber que él es mi padre?

—Empecé a ver, Venry, en el lugar se me concedió verlo todo. También eso recibí.

—¿Ya entonces, Dectar?

—Sí, Venry, solo para armarme, de modo que siempre estaba preparado. Saberlo todo, por peligroso que sea, es mejor que no saber nada, y eso aquí es necesario. Así no te pueden tomar desprevenido, pero nuestro autocontrol tiene que ser muy fuerte. Desde aquel momento, Venry, todas esas vidas se fueron haciendo conscientes en mí y Ardaty me comprendía.

—Ya no tengo preguntas, Dectar, lo sé todo.

—Entonces también ha de quedarte claro, Venry, que tienes que ser tú mismo y que no puedes pensar en nada, o si no estaríamos perdidos también ahora. Ese secreto muere, pero los maestros siguen vigilando, sospechan algo. Con Ardaty el secreto de ellos ha muerto, pero tú vives todavía. Cuando estés preparado, solo entonces se resolverá también esto, pero esperaremos. Tendrás paciencia, ¿no es así, Venry?

—Haré lo que pueda, Dectar. ¿Ahora qué hacemos?

—Puedes venirte conmigo para curar.

—Eso es glorioso, Dectar, estoy preparado y descansado.

—Ven, sígueme, Venry, pero cubre tu rostro. No te fijas en nada y recuerda que también en eso nos siguen. No deben llegarte ni entrarte otros sentimientos, Venry, ese mundo ha muerto para nosotros.

El gran don sanador de Dectar

Pronto nos encontramos fuera. El terremoto había derribado varios edificios y casas, pero la nuestra se la había tragado la tierra. Dectar me dijo que habían empezado con la reconstrucción.

Yo llevaba gran cantidad de hierbas y aceites que él necesitaba. Entramos en una cabaña miserable. Sobre la cama yacía una joven madre, el cuerpo lleno de abscesos. Dectar la tranquilizó con unas pocas palabras amables. La enferma me miraba, pero yo tenía el rostro oculto bajo la cogulla, solo los sacerdotes eruditos podían exhibir su cara. A Dectar lo conocía todo el mundo en esta zona. Me dijo:

—Nosotros dos hablamos de sentimiento a sentimiento, Venry. La enferma no debe oírnos, pero los maestros me pueden seguir. Así que si hablamos confidencialmente lo hacemos desde el espacio, pero cuando se trata de un enfermo me abro por completo a los maestros. Ven ahora aquí conmigo y mira (—dijo).

Dectar irradió todo el cuerpo y vi cómo se disolvía una emanación azulada. La enferma no podía ver nada de esto. Sentí para qué era esto, pero Dectar dijo:

—Ya sentiste, Venry, para qué hace falta esto. Es una protección astral, para blindarla contra la extensión (—dijo).

Entonces le frotó el cuerpo con un suave aceite. Después trató la piel y untó una pomada de hierbas alrededor de las heridas.

—Venry, ¿verdad que sientes por qué evito las heridas?

—Lo haces para fortalecer la piel, Dectar.

—Exacto, Venry, y entonces las heridas se curan ellas solas. La piel alrededor de las heridas tiene que fortalecerse, no el sitio mismo, eso vendrá luego. Voy a irradiar las heridas, no hace falta nada más (—dijo).

La enferma tuvo que darse la vuelta y entonces vi que tenía la espalda como si fuera una sola herida. Dectar habló a la enferma y dijo:

—Ves, estimada, estas heridas eran antes muy pequeñas y ahora es como si fuera una sola herida grande. Eso ya es curación (—añadió).

A mí me dijo:

—No tenía curación posible, querido Venry, los demás no la pudieron curar y me llamaron a mí. Ya conseguí mucho. Podría haberla curado de golpe, pero entonces es demasiado rápido. Te lo mostraré enseguida. Las hierbas y pomadas me ayudan, pero son mis propias fuerzas las que tienen que curarla. La enfermedad viene de dentro (—dijo).

Dectar irradió a la mujer y sintonizó su concentración. Su mano derecha

planeaba por encima del cuerpo; con los ojos cerrados rezaba por fuerzas. Las heridas manaban sangre, la irradiación producía una intensa incidencia y vi cómo se producía un milagro.

Después de que irradiara las heridas durante un tiempo se cerraron por sí solas, algo para lo que en el fondo hubiera hecho falta bastante tiempo. La gran fuerza de curación de Dectar aceleró el empuje natural y él redujo este proceso a una rápida curación. Su tremenda concentración obraba milagros. Después de haberla irradiado un tiempo dijo:

—¿Pudiste seguirlo, Venry?

—Sí, Dectar, vi cómo se curaba, eres un gran milagro.

Pero él no reaccionó y se dirigió a la mujer enferma:

—Ahora a quedarse así, solo un momento, enseguida te dormiré (—dijo).

Dectar me mostró entonces su gran fuerza. También el muslo lo tenía lleno de heridas. Al irradiarlo, las heridas fueron cerrándose bajo sus manos.

—Ya lo ves, Venry, puedo sanar todas estas heridas en poco tiempo, pero ya te dije que entonces va demasiado rápido. Esto tiene que hacerse lentamente, como hace su trabajo la naturaleza (—dijo).

Su concentración era maravillosa. Percibí que las heridas se contraían y que adquirirían costras que luego iban cayéndose. Fue un proceso breve, pero aun así estaba mal, iba demasiado rápido. Dectar poseía fuerzas asombrosas. Para mí era ahora como un niño pequeño. Sintió en qué estaba pensando y dijo:

—Así es, querido Venry, lo has sentido bien. Ahora soy como un niño, pero entonces veo con mucha nitidez. También me entran unos sentimientos tan hermosos que podría llorar de felicidad. Los enfermos lloran conmigo, pero no saben por qué les llegan esos sentimientos. Yo sé, sin embargo, que son felices por esas fuerzas sanadoras, pero aún hay mucho más. Lo que me llega entonces es asombroso, Venry, y me hace muy feliz. Es cuando hago la transición a esas fuerzas, y el enfermo, a su vez, las recibe de mí. Esas fuerzas me elevan y entonces me siento muy etéreo, muy sensible. A veces oigo voces, y puedo hablarles. Esas voces son de personas que han estado en la tierra y que ahora viven en ese otro mundo, pero lo principal es, sin embargo, que esas personas me dan consejos, que son más poderosos que mis propios conocimientos y todos mis dones. Naturalmente, sabes lo que esto significa. Es cuando poseo las grandes alas, Venry, y entonces puedo planear por el espacio y ver muy profundo. Los maestros no saben nada de esto, porque si no me lo prohibirían. Este es mi propio secreto, Venry, pero sé mucho más, ahora que he conocido a tu líder espiritual.

—¿Crees que es él, Dectar?

—Otra posibilidad no hay, Venry. Los maestros me pueden seguir en todo, pero de esto no saben nada. ¿No es maravilloso? A veces me vienen personas que han tenido la misma enfermedad y me decían que esta les había causado

la muerte. Me aclaraban cómo se pueden usar todas estas hierbas, pero es por mis propias fuerzas que tengo que sanar. Me dan alegría y felicidad, también para los enfermos, y saben mucho de las enfermedades. Ahora no están aquí. No las he visto en mucho tiempo, y es por mi propia culpa.

—¿Por qué, Dectar?

—Bueno, querido Venry, soy muy terco, porque ya no quería verlas. Su gran felicidad solo me hacía infeliz. Cuando las veo en su luz radiante lloro de deseo y dejo de ser bueno para mi trabajo. Para verlas y seguir tanta felicidad hay que ser muy fuerte. Es cuando uno empieza a hacer comparaciones, y eso es un error. Han avanzado más que yo y eso es algo que he de aceptar. Es cuando me pongo triste, porque lo poseen todo y yo nada. Sin embargo, soy muy rico y poseo hermosos dones, pero su felicidad ¡es tan poderosa! ¿Puedes sentirlo, Venry?

—Sí, Dectar.

—Todas esas personas rara vez están solas, siempre las veo juntas. Seguramente ya lo habrás comprendido: son almas gemelas. Están de camino y viven en el espacio, pueden partir adonde ellas mismas quieran y lo poseen todo. Planean por encima de la tierra y nos contemplan, a los seres humanos, que no poseemos nada de toda esa felicidad. Después me pongo a desear, querido Venry, y lo hice tan intensamente que se me quitaron las ganas de verlas de nuevo.

Ya ves, Venry, es muy débil por mi parte, pero es que así es como soy. Ven mucho más de lo que creemos saber. Y eso es muy natural, porque dicen que han muerto de todas las enfermedades, con lo que quieren decir que allí todas las personas viven y que cada una en el fondo ha vivido otra enfermedad. Y allí atraviesan la vida con su mirada; ven claramente las enfermedades en la tierra, pero no como las vemos nosotros, que poseemos estos dones. Pero ya lo sabes, cuando estás desdoblado del cuerpo lo ves todo, el comienzo y el final de una enfermedad, y eso lo tenemos que poder ver aquí.

Su felicidad es indescriptible. Si me esfuerzo al máximo, dicen ellos, recibirás nuestra felicidad. Ahora sé que dicen la verdad y que ya no pueden mentir ni engañar, porque viven en la luz. Una de ellas fue una fuerza que me ayudó, Venry.

—Y ¿conoces ahora esa fuerza, Dectar?

—Por supuesto, es tu líder espiritual que ya lleva años esperando, y que también me ayudó en eso.

Ahora haré que se duerma y después proseguiremos (—dijo).

Dectar se sentó junto a la mujer enferma y tomó su mano en la suya. De sus hermosos ojos profundos vi salir luz y pronto la mujer se sumergió en un profundo sueño. La tapó.

—Descansa, hija mía, mañana estarás bien, mientras estés durmiendo se

te curarán las heridas —dijo.

Nos fuimos.

—¿Sabes, querido Venry, cuánto tiempo tiene que dormir y lo que tengo que hacer ahora?

—¿Dormirá hasta mañana, Dectar?

—Sí, Venry, y seguiré ayudándola.

—Es maravilloso, Dectar, seguirás siendo uno con ella, ¿verdad?

—Sentado junto a ella, Venry, me hice uno. Ahora tiene que dormir, porque yo también estoy dormido ahora.

—¡Tu división es completa, Dectar!

—Cuando curo, Venry, estoy preparado. De esta manera podría hacer dormir a muchas personas, y sin embargo hago mi otro trabajo, pero sigo siendo uno con ellos. Puedo hablar y hacer otras cosas, pero mi concentración se mantiene, sigue continuamente sintonizada con ella, sin cambios, hasta que me proponga que se despierte. Mañana las heridas estarán curadas y se habrán detenido las contracciones. Eso le duele mucho y la debilita. Ahora recibe nuevas fuerzas, nada más que por el sueño. Porque conocemos todas esas transiciones en el sueño. Bueno, yo sigo con ella dentro del sueño, pero sin perder mi conciencia. ¿Sabes quién me enseñó esto, Venry?

—¿Los maestros de Isis?

—No, querido amigo, tu líder espiritual.

—¿Así que estás conectado con él desde hace mucho, Dectar?

—Tiene que esperar, Venry, y prepararse para todo, por eso es que somos uno. Los maestros conocen todas estas posibilidades, pero en esto aún hay otra fuerza de la que no saben nada. Creen que ellos mismos son esa fuerza; yo acepto de muy buen grado esa sabiduría y me dejo ir entonces, entregándome a todo. Pero eso no está permitido, tengo que poder justificar todo yo mismo, y cada enfermedad se anota. Si la fuerza vive en ese otro mundo entonces no nos pertenece. ¿Sientes, Venry, por qué lo quieren? No quieren depender de nada. Vamos, entremos (—dijo).

Entramos en otra cabaña, pero primero nos llamaron para ir a un enfermo al que habían traído de lejos porque sabían que vendría Dectar. Era un hombre mayor. Lo había picado un insecto y lloraba de dolor. Dectar se le acercó y lo tranquilizó. Tenía la pierna derecha hinchada y de un tono entre azul y negro.

—Veo que ha esperado demasiado tiempo, ¿por qué no vino a Isis? —preguntó Dectar.

El hombre quiso disculparse, pero Dectar no se dio por aludido, porque lo caló:

—Lo ayudaré, pero no cuente nunca más mentiras, o le entrarán los demonios —dijo.

Primero embadurnó la pierna con una pomada de un olor fuerte. Después se concentró en el enfermo. Con las manos irradió la pierna y vi que esta fue desinflamándose cada vez más bajo sus manos hasta que adoptó su forma normal. Dectar curó la enfermedad en poco tiempo, que resultó ser una intoxicación. El hombre lloraba de felicidad y quiso recompensarle, pero Dectar lo rechazó tajantemente.

La pierna estaba curada y el hombre se fue a casa a pie. Después fuimos al otro enfermo; era una mujer de mediana edad. La había mordido una serpiente y su organismo había empezado a presentar trastornos. Dectar me habló de su afección y en qué medida se había desarrollado.

—Estoy tan preparado ahora, querido Venry, que hoy puedo eliminar el veneno que aún está en ella. Naturalmente, ya está muerto, pero hay órganos que se han visto afectados y su funcionamiento está viéndose dificultado. El veneno ha dejado una sensación paralizante en los intestinos. Ahora tengo que darle unas hierbas.

Dectar se las dio y nos fuimos.

—Todas estas hierbas, Venry, crecieron en los jardines de Ardaty. Le purificarán la sangre y reactivarán esos órganos paralizados. Ardaty cultivó todas estas hierbas y eso le tomó años, pero ahora las tenemos nosotros. Él dominaba ese arte que hace que los enfermos se curen. Pero solo cuando las hierbas estén actuando empezará mi trabajo. Entonces sigo las hierbas por todo el cuerpo y las conduzco a través de mi visión y concentración al lugar donde pulule la enfermedad. Esta curación solo es posible a través de mi visión, de las hierbas y de mi conocimiento de la enfermedad, Venry. Enseguida sentirá terribles dolores que surgen por las hierbas, pero también haré que se quede dormida. Debido a la curación que está próxima y que significa empuje, siente dolor. Sé cuánto tiempo puede durar ese dolor, pero la dejo dormir mientras tanto. Porque durante el sueño el organismo no funciona a pleno rendimiento y llegan a descansar los órganos, pero el organismo tiene que recuperarse con la conciencia plena. Con otras enfermedades es muy distinto, por lo que entonces he de adoptar medidas diferentes (—dijo).

Dectar se fue a la enferma y después me mostró cómo la había curado.

—Ves, Venry, eso ha aparecido por las hierbas, pero fui yo quien lo sacó del cuerpo. En breve se dormirá y seguiremos (—añadió).

Rumbo a otro enfermo nos paró un hombre mayor, que preguntó a Dectar:

—Maestro Dectar, los Dioses lo han hecho cruzar mi camino, ¿podría curar a mi esposa? La noto muy extraña, desde hace unos días no la reconozco. Los Dioses me enviaron hasta usted.

—Llévenos, estimado (—contestó).

El hombre nos llevó a su vivienda. Mientras nos dirigíamos allí, Dectar dijo:

—¿Viste, Venry, que no fue él mismo quien nos habló?

—Sí, Dectar, veo otro ser en él, ¿de modo que es un enviado?

—Muy bien visto, Venry. Ya sé lo que tenemos que hacer. Su mujer está poseída, pero por su propia culpa. Todos quieren tener dones, sucumben por la sabiduría y quieren morir por ella. Pero ¿somos como ellos? ¿Nuestros deseos son distintos? ¿No son los maestros que desean un día tras otro? ¿No quiere el faraón siempre nueva sabiduría? Lo que hacemos nosotros todos creen poder hacerlo, Venry, pero quien no conozca la realidad sucumbe (—concluyó).

Llegamos a una cabaña, pero Dectar se detuvo junto a la entrada, desde donde observó al enfermo. Había un ser de sexo femenino en el suelo como si fuera un instrumento sin voluntad, tenía los ojos desorbitados. Sentí que Dectar empezaba a percibir y lo seguí en su visión. Entretanto me dijo:

—Lo ves, ¿verdad, Venry? Está poseída de la manera en que tú también lo viviste. Si quieres, la puedes curar en poco tiempo y entonces ya no elevará sus oraciones por ayuda y dones. Los Dioses le enviaron la inconsciencia en una figura humana, pero fue un demonio el que descendió en ella. Será mejor que la ayudemos los dos, Venry. Siento mucho deseo de seguirte. Ni siquiera hace falta que la irradiemos, la personalidad astral ya sentirá que nos sintonizamos y partirá (—dijo).

Ambos sintonizamos con la enferma y empezamos a percibir. Dectar dijo:

—¿Puedes verlo todo, Venry?

—Sí, Dectar, está poseída, el ser astral se desfoga a través de ella y le promete tesoros espirituales de los que él mismo no entiende nada. Es un hombre, Dectar.

—Muy bien, Venry, pero mira, quiere resistirse y todo. Observa, se encoge de dolor, se retuerce como una serpiente, pero nuestro fuego espiritual lo obliga a soltarla. Ahora ella se derrumbará, inconsciente, pero entonces él ya no estará (—dijo).

Nuestra fuerte concentración obligó al monstruo astral a salir de su cuerpo y la mujer se derrumbó inconsciente. La llevamos a un lecho de reposo y Dectar dijo a su marido:

—¿Prefiere usted que ella ya no posea estos dones?

—Oh, maestro, libérela de todos estos fenómenos, los Dioses maldicen mi vida y ella trae pena y dolor, a mí y a mis hijos.

—La blindaremos, Venry, para que sus sentimientos sigan dormidos. Ciertamente, es muy sensible, pero esto para ella no es más que miseria. Podríamos hacer de ella una sacerdotisa digna, pero ahora es madre, y su sintonización es confusa. ¿Conoces este empuje, Venry?

—Sí, Dectar, veo lo que vive en ella, me queda claro.

—Su vida interior se ha dividido de esta manera, Venry. Para muchos

es precisamente el desarrollo más sencillo de todos, pero para ella es fatal, esta sensibilidad le proporciona un estado de desequilibrio. Rodearemos sus dones de una densa áurea y pensaremos un tiempo en ella. Cuando todas esas fuerzas hayan vuelto a dormirse podremos parar y ella quedará liberada de ello para esta vida (—dijo).

Pusimos alrededor de su vida interior una densa emanación, hecha de concentración y firme voluntad. Después de unos instantes esta alma quedó liberada de esa fuerza impositiva y destructiva, y curada. Dectar dijo al hombre:

—Puede dejarla dormir, así se curará. Todos esos horribles dones ya no están en ella.

—Doy gracias a los Dioses.

A otro enfermo lo curé de la alta fiebre que tenía. Dectar dijo:

—Ves, Venry, todo sigue siendo consciente en ti y ya puedes volver a sanar como antes.

Iremos a ver ahora un caso asombroso, querido Venry, y creo que ahora podremos quitar el tumor. Pero sucede en Isis. Ven, sígueme (—dijo).

También ahora entramos en una miserable cabaña, porque los ricos venían al Templo y recibían una ayuda diferente, dado que las habitaciones de Isis se quedarían llenas. A los pobres se les solía ayudar sin cobrarles nada, pero a veces se aceptaban sus dádivas. La madre del enfermo dio la bienvenida a Dectar y llamó a su hijo. Era un chico de unos ocho años, y era retrasado. Dectar me dijo:

—Sintonízate con él, Venry. El tumor está en la cabeza.

Dectar posó su mano derecha en la cabeza del niño. Lo seguí y vi lo que iba a percibir. En el interior de la cabeza había un tumor, pequeño pero grave. Pude percibir claramente que estaba maduro y que ahora podría ser eliminado. Después de unos instantes Dectar regresó a su propia vida y dijo:

—¿Te diste cuenta, Venry, lo visible que es el tumor? Por eso el niño está inconsciente.

A la madre dijo:

—Venga con el niño al Templo. Visítenos mañana y entonces sanaremos al niño. Se quedará unos días con nosotros y volverá a usted sano.

* *

*

Esa tarde seguimos visitando a enfermos. A todos los ayudamos y después regresamos al Templo. Tras un breve descanso Dectar vino a buscarme otra vez y visitamos a los enfermos que estaban en Isis. Después me llevó con él a la habitación donde se hacían los embalsamamientos, que me permitieron

presenciar. Había fallecido en un accidente un alto personaje y estaban embalsamándolo. Así transcurrió el día. Acordé con Dectar que iría a visitarlo de noche para rectificar su deformación, y se fue.

Esa noche me desdoblé del cuerpo y lo rodeé de mis propias fuerzas para fortalecer su resistencia. Poco después pude empezar de nuevo con ello y predominaron nuestras propias fuerzas. Aun así, los maestros no debían saber nada de todo esto. Construimos una fuerza opuesta y cuando estuviéramos listos Dectar podría desdoblarse y percibir en ese otro mundo o vivir diferentes cosas. Esperaba poder conseguirlo a través de mi líder espiritual. Estuve trabajando en esto hasta por la mañana.

Cuando vino a verme, me dijo:

—Dentro de muy poco, Venry, podré planear.

—Pero ¿es que sabes, Dectar, hasta dónde he llegado?

—¿De verdad que no ves que ya puedo erguirme de nuevo? Pero tendré que tener cuidado. Ven, vamos a caminar, tengo que hablarte de lo que sabemos, para que estés preparado para las pruebas.

Visitamos otros jardines y edificios para que yo conociera el Templo y todo lo que formaba parte del mismo. Había jardines en los que andaban sueltos diversos animales salvajes, junto a otras especies animales aladas. Asombraba ver todos esos animales juntos, pero la mayoría de ellos estaban controlados. Pregunté a Dectar:

—¿Qué se sabe de todas estas especies?

—Sabemos que nosotros, los seres humanos, siempre regresamos y que recibimos nuevos cuerpos, pero también los animales regresan. Cómo ocurre y a dónde van todavía no lo sabemos. Tienes que contarme lo que veas, Venry (—me dijo).

No pude explicar lo que veía y dije:

—Soy incapaz de expresarme, Dectar, para eso tengo que desdoblarme, pero veo esa variedad de especies de animales.

—Eso va a ser muy hermoso, Venry. No te esfuerces más, esto ya basta. ¿Qué ves en el espacio, Venry?

—Otros mundos, Dectar. Árboles y flores, hombres y animales. Tú también puedes verlos.

—Todo muy bien, Venry, pero he de saber lo que tú percibes.

—Veo a personas que llevan túnicas preciosas, la naturaleza es mucho más hermosa que aquí y son felices. También se me ha concedido ahora ver las tinieblas. ¿Ya se conoce todo eso?

—Todo, Venry, también que allí siempre hay luz o profundas tinieblas. Todas esas personas murieron aquí y estuvieron en la tierra. Pero lo que hemos de saber es si en este espacio viven más personas como nosotros. Hemos de saber si todas esas bolas de fuego luminosas están habitadas. Los maestros

buscan e intentan llegar a ese punto. También el faraón tiene que estar al corriente y siempre pregunta si ya sabemos algo. Pero aquí aún no ha habido sacerdotes que hayan podido determinarlo. Ahora nuestra esperanza es poder recibirlo a través de ti.

—¿Me enviarán allí los maestros, Dectar?

—Claro, Venry, que tú poseas esos dones supone sabiduría para todos nosotros. Estamos muy deseosos de que se nos conceda saber eso.

—Y ¿podría ir hasta ella, Dectar?

—Tendremos que verlo. Sabemos que el alma vive en ambos cuerpos y que somos hombre y mujer. Pero lo que queremos saber es si esos cuerpos están conectados entre sí en el espacio. No dejamos de avanzar, pero lo que aún no sabemos es de dónde venimos y a dónde vamos. Naturalmente, sabemos que seguimos viviendo, pero eso no es todo lo que queremos saber. Tiene que haber allí cuerpos en los que vivan personas. Los maestros así lo creen y sienten, y en eso han avanzado mucho. Tiene que ser posible una conexión, es decir, nosotros los hombres también hemos vivido en otros cuerpos en el espacio, y lo seguiremos haciendo. ¿No es algo imponente, Venry?

—¿Hubo otro sacerdote más, Dectar?

—No, Venry, este ver es uno de los dones más grandes que hay. Ni uno solo de los maestros posee esos dones, yo tampoco, nadie aquí en Isis.

—¿De qué modo se celebran estas sesiones, Dectar?

—Ya lo viviste, Venry. Te desdoblas del cuerpo y tienes que empezar a ver en ese otro mundo. Entonces los maestros te harán preguntas. Tienes que responder a todas esas preguntas. Si no ves bien y nosotros nos damos cuenta te avisarán los maestros. Ellos te controlarán y te harán preguntas, y lo que preguntan ya lo sabemos. Si tu respuesta es clara y natural seguirás avanzando, y más profundamente, siempre más allá.

—Me hablaste de las aguas, Dectar: ¿Hubo sacerdotes que vieron en ellas?

—Todos podemos descender en las aguas, Venry, pero no es tan sencillo explicar toda esa vida. Hubo un sacerdote que sabía explicar muchas cosas, pero luego resultó que no era parte de la realidad y que todo eso carecía de valor. Tenemos que poder constatarlo, Venry, y poder seguir todos esos mundos, solo así conoceremos las leyes. Lo que explicó en las primeras sesiones y que a los maestros les pareció milagroso resultó más tarde ser parte de la irrealidad. El faraón estaba furioso y eso no es bueno para Isis. Eso arruinó a otros Templos. Lo que reunimos ha de tener fundamentos, porque solo así avanzaremos. Si puedes ver allí en la realidad, eso hará grande a Isis y a todos nosotros, pero de nada sirven aquí los pensamientos propios. Hubo sacerdotes que habían recibido dones espléndidos, pero los empujes que creían ver los veían en su imaginación. Las averiguaciones posteriores destaparon que habían dicho disparates, sin que siquiera fueran conscientes de ello.

—Pero, Dectar, eso se puede ver, ¿no?

—No, querido amigo. Lo ven y viven un mundo, y toda esa vida la ven ante ellos, y sin embargo no son más que apariencias. La culpa de ello es su vanidad y codicia y su deseo por poseer las grandes alas. Todos recibieron su castigo y hubo a quienes se mató. Hemos podido seguir todo ese sentir y ver, Venry. El tesoro más grande de todos es poseer dones que los Dioses puedan darnos a nosotros los humanos, pero resulta fatal, Venry, creer poseerlos y vivir en pensamientos según cómo quieran verlo y se lo imaginen. Así nos arruinamos todos. Los maestros son muy dóciles, pero ay de quienes crean ver lo que sin embargo no pertenezca a la realidad: se destruirán a sí mismos.

—Pero ¿acaso es necesario destruir por eso a un sacerdote, Dectar?

—Es lo que piden, Venry, nosotros no pedimos mentiras ni pensamientos propios, queremos conocer las leyes.

—Podría quebrarlos a todos, Dectar, a todos esos maestros, y con ellos al faraón. Odio a los maestros. Ya podría comenzar ahora mismo, y darles pruebas de mis fuerzas si se me concediera hacer lo que deseo.

—Si continúas así, amigo mío, estaremos esta noche en el punto del que estamos hablando. ¿Ya te olvidaste de que aún no estás preparado? No debe haber en ti semejantes pensamientos, o nos quebrarán. Tengo que advertírtelo una y otra vez, y eso me da miedo. Ay, Venry, por favor, ten cuidado.

—Estaré más atento, Dectar. Pero los odio, y más ahora que sé quién es mi padre. A veces ya no tengo paciencia. Siempre esa destrucción, Dectar, a todos esos sacerdotes los han asesinado, y ¿para qué? ¿Cuántos sacerdotes y sacerdotisas no han desaparecido aquí sin dejar rastro?

—Eso no hay manera de cambiarlo todavía, Venry, tenemos que vigilar nuestras propias vidas. Cuando eres juvenil me entra miedo. Yo, cuando soy un niño, me entra una sagrada seriedad y tengo mucha fuerza. Tú no, y entonces tiemblo, porque no piensas en nada. Pero volveremos a tu celda, tienes que blindarte mejor, o ya no diré ni una sola palabra. ¿Seguirás acordándote de eso, Venry?

—Te lo prometo, Dectar.

—Iré a buscarte, hoy sanaremos. Se te concede presenciar esa sesión.

—Ahora estaré más atento, Dectar.

—Veremos, amigo mío, y esperaremos.

Mis dones físicos

Dectar tenía miedo, pero me propuse mantener la máxima seriedad. Mi odio podía destruir mi vida interior. Ese odio me surgía de repente y entonces ya no me reconocía. Ahora que reflexionaba en mi propia celda sobre todas esas cosas me entraban otros sentimientos, que me eran enviados. La sensación de sueño dominaba toda mi vida y fui hundiéndome. Pero me quedé en mi cuerpo material, aunque después me salí de él, un desdoblamiento que sin embargo no me era conocido. Me encontraba en un estado muy peculiar. Cuando vivía en ese otro mundo me entró el sentimiento de que desde este mundo podía desplazar las cosas materiales en la tierra. Lo curioso de este estado era que al mismo tiempo me mantenía conectado con el mundo material. Yo era medio espiritual y medio material, y en eso me quedaba.

Cuando ahora pensaba en objetos terrenales y me sintonizaba en ellos, el objeto vibraba y era como si se pusiera en movimiento. Me parecía que era imaginación, pero oí que mi líder espiritual dijo:

—Puedes hacerlo, querido amigo, estos pensamientos son míos. Porque no conoces estas fuerzas. Posees estos dones. ¿Te olvidaste del salto? ¿No sentiste entonces, Venry, que alguien te portaba? Y ese frío, ¿qué? Ahora también vives en eso. No tienes que dudar, o no avanzaremos. Estás jugando con tu propia vida y con la de Dectar. Si continúas así ya no podré alcanzarte. ¿Creías, amigo mío, que estabas preparado? Oh, no te asustes, así solo se agrava, he adoptado, como siempre, las medidas necesarias. Haremos una prueba, pero tienes que prometerme que esto nunca lo intentarás hacer tú solo. Quiero ser uno contigo, completamente, por eso hablo de manera confidencial. ¿Me sientes, Venry?

—Me esforzaré al máximo, maestro.

—Qué infantil eres todavía, pensando que ya estás preparado. Si conocieras a Isis expulsarías de ti todos esos pensamientos, igual que tu odio, pero sigues sin darte cuenta de eso. Ahórrate todas esas fuerzas para un trabajo más útil, o volveré y te abandonaré a tu suerte. Si quieres vivirás milagros, porque también estoy preparado para eso.

—¿Me perdonará?

—Es mejor evitarlo, entonces no hará falta perdonar nada. Escucha ahora, Venry, lo que te voy a decir.

Ahora estás fuera de la vida material, pero sigues conectado con esta, ya lo sentiste. Allí, delante de ti, ves una fruta. Pertenece a tu mundo y está sujeta a la gravedad. Pues bien, lo que quiero es lo siguiente. Desciende en esa fruta. Después serás uno con esa vida y podrás levantar la fruta, pero desde este

mundo. Para la tierra, la fruta planeará entonces en el espacio, pero eres tú mismo quien la levanta y desplaza. Te conectaré con ella.

Ni un solo sacerdote ha sabido hacerlo; aunque uno sepa de estas fuerzas, hay que poseer los dones. Hay que establecer esa conexión, el ser uno, en este mundo. No creas que eres el único que posee estos dones, porque cualquier ser vivo posee estas fuerzas, pero no se usan al desconocerse qué hacer con ellas. Ahora tienen que suceder estos milagros, Venry, lo que solo más tarde te quedará claro. Solo suceden a través de mí. El faraón te recibirá e incluso estará muy sorprendido, igual que todos a quienes se conceda vivir esto. No serás tú quien haga grande a Isis, sino yo, y los dos somos instrumentos y servimos. ¿Quieres seguirme?

—Sí, por favor, con mucho gusto.

—Ahora tienes que aceptar que esto es posible. Posees muchos dones, de modo que podré conectarte con todos estos milagros. Sabes que en nuestro mundo tenemos flores y que la naturaleza es como en la tierra. Aquí donde estoy florece y crece todo, y para siempre. Si quieres, querido Venry, puedes llevar nuestras flores a la tierra, y entonces se habrán materializado. Ahora no dudes, conocerás este milagro. Los maestros saben de todos estos milagros y dones, pero los usan muy raras veces, porque no entienden estos milagros. Así que ya comprenderás que en el fondo somos nosotros quienes hacemos que sucedan, aunque seas tú quien posea estos dones. Es posible hacer que ocurran por tus propias fuerzas, pero para eso necesitas una vida entera, y larga, ese estudio roza el infinito. Pero yo vivo en el infinito y conozco todas esas leyes, de modo que me puedes aceptar. Ahora a sintonizarse (—concluyó).

Había estado escuchando a mi líder al margen de mi propio organismo. Pero empecé a tener miedo de mí mismo y no conseguí sintonizar. Oí:

—Si crees y sientes así, los milagros no pueden suceder. Conoces la fuerza de las palabras de Dectar, ¿verdad?, cuando dice: “¡Dormirás! Nada más que dormir, quiero que duermas, dormirás”. No puedes librarte de ellas y tienes que quedarte dormido. De esta manera suceden todos estos milagros. Sintonízate, Venry, y desea que yo te conecte (—dijo).

Entonces viví un acontecimiento asombroso. Cuando sintonicé con la fruta y pensé en elevarla, de pronto esta se puso a planear por el espacio. Este producto material había adquirido alas y ya no estaba sujeto a la fuerza de gravedad. La fruta planeaba por mi celda, pero era yo quien la portaba, mientras seguía cómo planeaba. Cuando sintonicé con otra cosa, la fruta volvió a caerse al suelo. La conexión se había roto.

Oí decir:

—Ya ves, Venry, todo es posible. Pero solo tienes que seguir pensando en esto. Tu alegría interior trastornó la conexión. Tus pensamientos de decirle

todo esto a Dectar y tu alegría causaron tu inmediata transición a algo diferente. Ya lo ves, por mínima que sea tu alegría, rompe este milagro.

No, Venry, si has sido incorporado a las leyes naturales, aunque invisibles, tienes que vivirlas, solo entonces ocurren estos milagros. No deben llegarte ni entrarte otros pensamientos, solo piensa en esto. Si quieres seguirme no habrá alegría y Dectar dejará de existir para ti, entonces solo existirá esta fruta o lo que tenga tu interés. Cada vez te olvidas de tu vejez. El padre Taiti no está en ti ahora, aunque creas estar viviendo en esa conciencia. Y ahora a sintonizarse de nuevo (—dijo).

Sintonicé con la fruta. La elevé al instante y podía hacer lo que quisiera. La hice bajar y subir y venir a mí. Pero fui siguiendo todos esos movimientos y tuve que vivíroslos, de lo contrario no serían posibles las subidas y bajadas.

Entonces oí decir:

—Si quieres, Venry, puedes trasladar esta fruta a través de las paredes materiales. Piensa ahora en el instante en que todavía pertenecía al mundo invisible. Así estarás conectado con otras leyes, pero te sigo y las pongo en marcha. Así que regresa a la nada, pero mantén la fruta sujeta por medio de la concentración, para que no se disuelva del todo. Llévela a mi mundo, eso también es posible. Allí se disuelve y desaparece, pero vive aquí y es perfecta. Después continúas y la llevas a través de las paredes, pero entonces la vuelves a retirar al mundo material y la fruta será como es. ¿Un milagro antinatural?

No, mi querido amigo, son leyes espirituales y materiales, y las he podido asimilar, de modo que es algo que yo poseo. Así que te ayudaré (—dijo).

Todavía oí que se dijo:

—¿Estás preparado? Mi concentración es infalible (—se oyó).

Sintonicé con la fruta y la traje a mi mundo. Se disolvió para la tierra. Caminé con la fruta a través de las paredes materiales, saliendo de mi celda. Ciertamente, se había producido el milagro. Entonces oí:

—Ahora vuelve con ella a la tierra, Venry. Tráetela muy rápidamente, puedes hacerlo como un rayo. Cuanto más rápidamente lo hagas, más perfectamente funcionarán las leyes, pero sigue pensando en esto. Si ahora te entran trastornos, si tu concentración no es perfecta, se manifestarán fenómenos antinaturales en tu cuerpo material. Estas te pueden afectar mortalmente, aquí también es “todo o nada”.

Me sintonicé, tenía una concentración fabulosa, y llevé la fruta de vuelta a la tierra. Se me había concedido vivir un gran milagro. La fruta no había cambiado en nada.

—Estupendo, Venry, así todo es perfecto. En el pasado tenías todos estos dones, ahora los usaremos de otra manera. Ahora haces estos milagros a través de mí y conmigo, más tarde los harás tú solo. Porque sigo siendo uno contigo, aunque no me oigas ni sientas. Pero nunca olvides, amigo mío, que

todos estos milagros forman parte de mi tarea y que son tu propia arma. ¿Sientes ahora lo poderosa que es tu arma?

—Le estoy muy agradecido, maestro.

—Ya ves, sintonizándote claramente podemos hacer milagros. Si fuera necesario puedes hacer desaparecer así tu propio cuerpo. ¿Puedes seguirme?

—¿Es posible eso?

—Eso también es posible, Venry, y ocurrirá. Entonces podrás desplazarte muy lejos en poco tiempo. Todos estos milagros, amigo mío, harán grande a Isis, pero para eso he de obedecer las leyes. Pero ahora otra prueba, más tarde se disolverá tu cuerpo material, cuando estés listo también para eso. Mira lo que te voy a mostrar ahora. ¿Qué ves, Venry?

—Veo flores, maestro.

—Muy bien, están en mi entorno. ¿Ves todos esos colores?

—Sí, maestro.

—¿Qué flor te gustaría poseer, Venry?

—Esa que es de un azul morado, allí, delante de mí, maestro.

—Estupendo, te agradezco tu rápida decisión, en esto no debe haber dudas, porque si no piensas mal. Atráela hacia ti, Venry, te ayudaré, pero tu concentración tiene que ser muy profunda (—dijo).

Cerca de mí vi muchas flores y corté una; después sintonicé con el regreso a la tierra. Mi líder espiritual me dijo:

—Tú también regresarás, Venry. Allí te despertarás, pero esta flor estará en tus manos. Ábrete (—terminó).

Me vacié por completo y sentí que me llegó una fuerza imponente. Después descendí a mi vestidura material y me desperté. Y mira, entre mis brazos estaba la flor espiritual, era como las flores materiales en la tierra. Había ocurrido un gran milagro. Me caían lágrimas de felicidad, pero me sentía extenuado. En mi celda había un curioso silencio y yo vivía en él. Pensé que me había vuelto a olvidar de mí mismo, pero mi líder espiritual me dijo:

—Verás, Venry: yo también, y conmigo muchos otros, nos sentimos muy conmovidos cuando conocimos estas leyes. En Isis todavía no se conoce este milagro. Este producto espiritual es como sus hermanas en la tierra. Forma parte de todos esos milagros, Venry, que poseemos aquí. Nuestra propia vida también es un gran milagro. Lloramos de emoción cuando entendimos que no hay muerte. Todos nosotros formamos parte de esta cosa imponente que conocemos aquí, y que es Dios. Si seguimos esta vida, conociéndolo así a “Él”, quien nos dio la vida, lo único que queda es arrodillarse y sentir gratitud. Pero también tienes que saber vencer esta conmoción, Venry, tenemos que seguir siendo nosotros mismos en la felicidad, en la pena y el dolor, o nos seguirán los maestros. Si ahora vivieran lo que sucedió hace unos instantes crecería su odio y se olvidarían de sí mismos. Así que sigue siendo tú mismo

en todo, o exigirán tu sangre, y eso también está mal. Más tarde entenderás lo que quiero decir. Pero ya te he avisado.

Vendrán tiempos, Venry, en que querrían poseer tu sangre. Ahora buscan luz interior, pero para todos ellos no es más que el poder. No puedo aclararte todo esto, pero lo vivirás. Ahora veo con mucha antelación y mi advertencia es sincera, no lo olvides nunca.

Puedes quedarte con la flor, hasta que venga Dectar. Entonces la flor volverá a mi mundo y tienes que volver a olvidarte de todo. Ahora eres muy valiente, Venry, pero tienes que pensar con aún más intensidad y profundidad, y encargarte, sobre todo, de que en ti haya seriedad sagrada y de que la vejez viva en ti. ¿Me comprendes en todo? Tu juventud es muy peligrosa, también para Dectar. Ahora me voy, Venry, viene Dectar. Dale la flor, por poco tiempo, para que también haya felicidad en él. Ahora quiero que esperes y tengas paciencia. Ahora sabes que siempre estoy y que te espero. Te saludo, amigo mío.

* *

*

Dectar entró en mi celda. De inmediato vio que había sucedido un milagro y dijo:

—Venry, oh Venry, ¿qué veo? ¿Se te despertaron estos dones? Porque esta flor no es de esta tierra (—dijo).

Me miró y añadió:

—Has cumplido muchos siglos de edad, Venry, ¿y eso en este tiempo tan breve? Ahora veo a mi maestro. Venry, ¿me permites ver la flor y apretarle contra mi corazón? Los Dioses vienen a nosotros, ya estamos viviendo milagros. Y después, cuando se haya completado tu formación, ¿qué, Venry? ¿Qué pasará en unos años?

Dectar tomó la flor en sus manos y lloraba de felicidad. Se sentó y fue hundiéndose. Lo seguí y vi que se desdoblaba del cuerpo. Fue a parar a un curioso estado. Su boca habló y lo oí decir:

—Oh, gobernante, líder y maestro, puede torturarme ahora que se me ha concedido contemplar este milagro. Estoy preparado para seguirlo a usted en todo. Oh, ayuda invisible, ¿cómo darle las gracias? Hago una profunda inclinación y me siento muy feliz de poder vivir a su sombra.

Dectar se desdobló entonces, y vi que era elevado por otro poder y que se sentó encima de una nube. Ya estaba planeando por el espacio y estaba viviendo uno de sus mayores deseos. Junto a él vi otra fuerza. No podía ver si era un ser. Pero pude percibir una gran luz y en ella vivía Dectar. Allí, en

el espacio, se hablaba, vi y sentí que Dectar estaba escuchando. Podía verlo muy claramente.

Después vi que se le puso muy serio el rostro, pero irradiaba felicidad, felicidad celestial. Mi querido amigo planeaba por el espacio. Sí que era curioso: hoy había nubes, nubes blancas como la nieve, y él se había sentado encima. Entonces vi que regresaba a la tierra y que se despertaba. Me dijo:

—Querido Venry, hermano mío, se me ha concedido sentarme en una nube. ¿Pudiste seguirme? Oh, qué poderoso es este maestro. ¿Cómo se lo puedo agradecer a los Dioses? ¿Qué sacrificios podré hacer ahora? Estoy preparado, querido Venry, y lo seguiré en todo, por difícil que pueda ser para mí, estoy preparado.

—¿Qué ocurre, Dectar? ¿Te pasa algo?

—¿Te parece mal que me emocione, Venry? Acabo de vivir un milagro.

—Y sin embargo hay algo, Dectar.

—Me ha entrado el silencio, querido amigo, nada más que serenidad y alegría (—dijo).

Lo encontraba raro y sentía algo curioso, pero ambos oímos que se nos dijo:

—Hijos de Isis, los Dioses están con ustedes. Ahora olvidenlo todo.

Dectar seguía teniendo la flor entre las manos.

—Ahora está regresando, Dectar, mira cómo se está disolviendo (—dije).

Ambos vimos cómo la flor se le disolvía entre las manos. Cuando hubo desaparecido ante nuestros ojos, casi nos derrumbamos. Volvimos a oír que se nos dijo:

—Si actúas de este modo ya no vuelvo a ti. Así no se conserva un secreto, cualquiera sentirá tu felicidad y te la verá en la cara. ¿Te has olvidado de que vives en Isis? Hay inconsciencia en ti, te falta conciencia adulta.

Nos recompusimos y partimos.

Grandes sanadores

Abandonamos mi celda como dos pecadores. Encontraba muy callado a Dectar y no me decía palabra. Entonces accedimos al edificio donde se producirían otros milagros. El niño enfermo ya estaba allí. En la pieza reinaba un ambiente agobiante que me dificultaba la respiración. Al cabo de un rato me acostumbré y pude respirar con más holgura.

Dectar dijo:

—Es para purificar nuestra respiración y este ambiente, Venry.

En mis pensamientos le di las gracias por esta explicación. Entraron los maestros. El niño fue colocado en un lecho de reposo. Miré a mi padre, pero se me hacía imposible pensar en mí mismo, otra fuerza había blindado por completo mi vida interior. Entonces comenzaron.

Indujeron al niño a dormir, el alma tenía que desdoblarse y entonces el cuerpo material se volvía insensible. El niño astral permaneció todo aquel tiempo en ese otro mundo. Uno de los maestros trazó un círculo mágico alrededor de nosotros; en este espacio vivíamos todos, y no debía romperse ese círculo hasta que se completara la curación. Ello con vistas a excluir cualquier peligro. Estos pensamientos los recibí de Dectar, pero ahora éramos todos, de sentimiento a sentimiento, uno del todo, y estábamos conectados con los maestros. Aquí no estaba permitido decir ni una sola palabra. Lo que iba a vivir ahora era poderoso. Todos seguimos el alma del niño, el cuerpo material ya se había dormido, pero el alma aún permanecía despierta. La personalidad interior vivía ahora en ese otro mundo y caminaba entre nosotros, alegrándose de que todos esos trastornos se hubieran anulado. Para la vida interior no había allí trastornos, el alma era ahora libre y otra vez normal. Aquel trastorno estaba vinculado al cuerpo material y ahora sería eliminado.

Entonces uno de los maestros se desdobló de su organismo. Todos podíamos seguirlo y vi que se acercó al niño. El maestro sintonizó con el niño y la vida interior se quedó dormida. El maestro blindó la vida del alma con su propia aura. Todo esto me pareció muy hermoso y natural. Dectar dio un paso adelante. Había tratado al niño y eliminaría el tumor.

Otro sacerdote había untado la cabeza con una potente pomada. Poco después se disolvieron los pelos y fue apareciendo el cuero cabelludo. Obtuve la explicación y la comprendí.

Dectar untó la cabeza con otras pomadas y se quedó esperando. Mientras tanto se había preparado agua para aclarar y gasa de una tela tejida con mucho arte. Dectar se sentía muy tranquilo y estaba listo para su tarea más importante. Todos los sacerdotes estaban profundamente concentrados. Dectar

empezó a tratar la cabeza; el cuero cabelludo se había reblandecido por las hierbas y pomadas. Pronto se fue abriendo el cuero cabelludo y fue levantado el cráneo. La atmósfera que sentía me parecía sagrada. Era como si viviéramos en el cielo y los Dioses estuvieran presentes aquí. Dectar había completado su trabajo hasta el momento en un silencio absoluto.

Entonces vimos los órganos internos al descubierto y funcionando. El tumor se podía ver claramente. Estaba envuelto en una membrana, que ya se había visto de antemano, de lo que cabía deducir que la intervención no se había producido ni un segundo demasiado pronto o tarde. El tumor había dejado ido al niño y le provocaba fuertes dolores de cabeza. Dectar había colocado la membrana alrededor del tumor mediante su fuerte voluntad, concentración y poder sanador para evitar que aquel se extendiera. Esto también me parecía un gran milagro. Entonces se procedió a extirpar el tumor. Todos nos quedamos concentrados y esperaríamos. La extirpación fue milagrosamente rápida. Dectar mantuvo el tumor entre sus manos, mostrándolo a los maestros, que estaban muy contentos. Dectar había adquirido gran maestría en ello, y yo lo admiraba con todo lo que había en mí. Se me hacía increíble esta curación, los maestros de Isis eran infalibles, todos servían, todos eran como serían los santos. El silencio era poderoso, cautivadora su serenidad, y sus conocimientos de todas estas leyes irradiaban todo lo humano en ellos. Veía a un maestro, un ser humano con la conciencia plena, una persona con dones; servir le daba la mayor de las felicidades.

Empezaron a quemar hierbas de fuertes olores, el humo llenó la habitación. Los maestros se pusieron a explicar todos estos fenómenos, de lo que aprendí mucho.

Fueron conectándose uno a uno conmigo, así era como se hablaba. Los escribanos anotaban todo y esto también se guardaba.

Dectar, entretanto, había vuelto a colocar el cráneo en su sitio. Estaban usándose ahora aún otras hierbas. Primero se untó toda la cabeza y a continuación se envolvió en vendas. Después se aplicó todavía una pomada extraordinaria sobre la cabeza vendada para que se hiciera más denso el cuero cabelludo. La naturaleza se encargaba de la curación completa.

Los maestros estaban preparados para todo; Ardaty había cultivado las hierbas para todas las enfermedades, sin distinción. Algunas hierbas se usaban como veneno natural, otra pomada rompía estas leyes y despojaba los tejidos de toda fuerza, lo que yo acababa de percibir. Por eso, el cuero cabelludo se había quedado elástico.

Aquí se conocían centenares de especies de hierbas y todas actuaban sin fallar, también en esto se había alcanzado la perfección. Poseían pomadas, hierbas y venenos para la muerte y la vida.

Cuando Dectar hubo concluido, se volvió a llamar el alma del niño de vu-

elta al cuerpo material. Pero el niño no debía despertarse y seguiría durmiendo todavía bastante tiempo. Todos los sacerdotes se mantuvieron directamente conectados con él, pero fue Dectar quien lo trataba. Si la curación era perfecta se detenía la concentración, con la colaboración de todos, cuando se trataba de un estado extraordinario. Y este lo era. Solo después el maestro volvía a su propio cuerpo y terminaría esta sesión. Llegaron otros enfermos, que también fueron tratados.

El niño yacía allí, inmóvil, pero su alma y cuerpo material estaban siendo vigilados. En este Templo, los dones y las fuerzas de la naturaleza, la sabiduría y la razón, los sentimientos y la intuición se habían fundido hasta formar un solo conjunto. En el niño había serenidad, el alma y el cuerpo estaban en armonía.

Lo llevaron a otra sala. Dectar se alejó con el niño y volvería a mí. Ahora se estaba ayudando a otros enfermos.

A un hombre mayor, con más o menos los mismos trastornos, le extirparon un tumor, pero de otra manera. Para ello no hizo falta quitar el cráneo. Cuando se hubo echado, el padre de Isis nos pidió a todos que siguiéramos el proceso y estableciéramos el diagnóstico. Todos vimos el mismo estado y en eso éramos infalibles.

El alma de esta persona permaneció en el organismo, la instalaron en la conciencia semidespierta. Tenía en la cabeza un ensanchamiento que ahora podía ser eliminado. El enfermo iba a ser curado por un maestro, pero incluso ahora ya lo estaban ayudando todos, porque para esto se requería una concentración masiva. Todos los sacerdotes sintonizaron con el enfermo. El sacerdote que había tratado al hombre hizo varios movimientos de roce magnético por encima de su cabeza, y con eso se le ayudaba. La concentración masiva estaba sintonizada en un solo punto. Junto a su oreja izquierda vi aparecer un ensanchamiento. Allí le habían untado una pomada que reblandecía la piel. El ensanchamiento no paraba de crecer, hasta que se desgarró la piel, haciendo aflorar el pus. Vi suceder una curación milagrosa. El sacerdote volvió a hacer grandes movimientos de roce magnético por encima de la cabeza y condujo el pus hacia el orificio detrás de la oreja. Hasta en cuatro ocasiones vi un ensanchamiento. Cuando quedó eliminada toda la suciedad, el hombre resultó curado. Me pareció milagroso. El enfermo volvió a su propia conciencia y partió.

Así se ayudó y curó a muchos enfermos en esta tarde. Y a todas esas personas les parecía muy normal, porque los sacerdotes de Isis eran poderosos en eso. Dectar volvió a nosotros, pero el padre de Isis lo llamó. El supremo sacerdote estuvo hablando largo rato con él, pero no conseguí seguirlo, ambos estaban blindados para mí. Todos partieron. Dectar volvió al niño, yo podía alejarme.

* *

*

Cuando llegué a mi celda descansé un poco. Qué maravilloso era todo, esto eran milagros. Comprendí todo, todo esto tan poderoso, habían avanzado mucho, muchísimo. Habían recibido esta sabiduría por medio de los alados, y la maestría de Ardaty les daba ese poder. Pero todos tenían dones, eran videntes y estaban formados. La percepción de todas esas enfermedades, sin embargo, era lo principal. Sabían de antemano lo que debían y podían hacer, si no no hacían nada. Dectar había completado este milagro en poco tiempo. Enseguida vendría a mí y yo entonces quería hacerle preguntas, porque tenía deseos de saber lo que sentía durante su maravilloso trabajo. Me gustaría saber si aceptaba el empuje desde ese otro mundo, o si solo sintonizaba con los maestros, además de muchas otras cosas. Ya estaba deseando que viniera a estar conmigo.

Conocí la muerte

Por fin entró en mi celda, pero lo encontré muy raro:

—¿Ocurre algo, Dectar? —le pregunté.

No me respondió y no dejaba de mirarme.

—¿Le ocurre algo al niño? —volví a preguntarle

Entonces me contestó:

—Discípulo de sacerdote de Isis, continuaremos hablándole de las leyes de este Templo, que hicieron grande a Isis.

Lo observé y creía estar viendo a un loco. Sintonicé como un rayo con él, pero mi maestro, amigo y hermano estaba completamente blindado para mí. Me estremecí de miedo y pregunté:

—Dime, Dectar, ¿pasa algo?

Pero hizo como si fuera aire y continuó:

—Tiene que escucharme y no hacer preguntas. Soy su maestro y los sumos sacerdotes quieren que usted me escuche.

De nuevo pregunté:

—Dime, Dectar, ¿qué pasa? ¿Hay peligro? Habla y no me dejes preocupado.

—Soy su maestro y profesor, no se olvide de ello.

Entonces comprendí que algo pasaba. Me llegó una terrible influencia. Quería descender en él, pero me era imposible encontrarlo.

—¿Estás loco, Dectar? ¿Estás disolviéndote?

—No debe pensar usted de esta manera, discípulo de sacerdote, o estará destruyéndose. Se olvida de que soy su maestro.

Esto me bastó y dije:

—¿Me habla completamente en serio, Dectar? Contésteme la pregunta.

—Soy su maestro y usted ha de obedecerme. No deseo que me busque. Las leyes de este Templo se lo prohíben y usted tiene que seguirme en todo, e inclinar la cabeza, o sabrá lo que son las leyes.

—Ay, canalla, farsante, mancillas el verdadero amor, vete, vete de mi celda o te estrangulo. Te maldigo, animal ruin, demonio, largo te digo o me olvido de mí. Mi poder es grande y te aplastaré (—terminé).

Me atravesaba los ojos con los suyos, pero yo ya no sentía a mi amigo. Dectar había muerto para mí. Sentía odio por él y por todos que se hacían llamar maestros.

—Eres un traidor, un canalla, mancillas a mis padres y a ti mismo. Vete, sal de mi celda, aquí no te quedas más (—añadí).

Se quedó lanzándome una mirada penetrante, pero sin decir palabra. Era

como una esfinge, envuelto en misterio que ahora me era imposible calar. Qué horrible, me sentía engañado. Me brotaba un odio rabioso, la sangre se me disparaba a la cabeza y me latía el corazón en la garganta. Me levanté de un salto para estrangularlo, pero al saltar fui presa de una sensación paralizante, y volví a desplomarme sobre el lecho de reposo.

Allí seguía él, mirándome. Me recompuse de inmediato y volví a maldecirlo. No dejaba de mirarme.

—¿Qué quiere de mí, cómo he de hablarle? ¿Cómo desea el reverendo que me dirija a él? Farsante —añadí. Si no fuera tan profundamente triste me resultarían asombrosos sus melindres, pero él iba completamente en serio. Allí estaba, como un gran misterio.

Volví a preguntarle:

—¿Hay algo, Dectar?

Silencio. Otra vez me asaltó ese odio rabioso, más rabioso que nunca, y lo maldije. Me puse sarcástico y pregunté:

—¿No querrá sentarse el maestro encima de las nubes? ¿No querrá ver a quienes lo deformaron? ¿No querrá saber si hay más animales en uno solo? Vil farsante, ingrato, destructor de todo, de mi felicidad y de mi vida. Lo odio, maestro de Isis.

“¿Te cuidarás bien? Seré un padre y una madre para ti, querido Venry, y te daré todo mi amor. Cómo agradecérselo a los Dioses. Cómo he rezado por este ser uno”. Te maldigo (—concluí).

Me atravesó una corriente helada. De nuevo intenté descender en él, pero estaba blindado para mí. No lo entendía, pero tenía que aceptarlo. Nuestro muro se había derrumbado, me encontraba encima de una ruina. Aun así, volví a sintonizar con él, porque me resultaba imposible aceptarlo. Había una fuerza alrededor de él, una fuerza asombrosa y me parecía sentir ese blindaje. Sin embargo, volví a sacudirme todo mi ver y sentir, porque ya no me creía a mí mismo.

Cuando me calmé un poco le podría haber perdonado todo, pero seguía sin darme cuenta de que lo había perdido como hermano mío. Una cosa sí me había quedado clara: en concentración era mi maestro. Así que me había equivocado conmigo mismo, porque creía estar preparado, y sin embargo no podía descender en él. Su alma estaba cerrada, completamente blindada para mí. ¿O es que estaba jugando? ¿Iba completamente en serio? Aún me era imposible aceptarlo.

Todavía le pregunté:

—¿Podría conectarse el maestro conmigo en el espacio?

Me quedé esperando una respuesta, pero creí morirme cuando me respondió:

—Si no desea morir, piense entonces solo en Isis y su sacerdocio. El sumo

sacerdote de Isis me encargó ir a verlo con usted. ¿Me sigue, por favor?

—¿Cómo dice usted?

—¡Quería decirle que pisará suelo sagrado y que tiene que seguirme! (—dijo).

Este hombre se me hacía horrible. Él me era un misterio, pero había vuelto a hacerme con mi autocontrol.

Añadí:

—¿Es así el amor de usted? ¿Qué dirá mi líder espiritual de esto?

—¿Está preparado, discípulo de sacerdote?

—Sí, maestro —dije, pero por dentro lo maldecía. Pero no quería destruirlo todo y añadí—: Estoy preparado, maestro Dectar, nunca antes lo había estado tanto como ahora, estoy preparado, si quiere se lo repito: estoy preparado.

Pero no reaccionó ante ninguna de mis palabras y lo seguí hasta los maestros. Me sentí siglos más viejo en este breve lapso de tiempo. Entramos en el santuario de los maestros. El supremo sacerdote estaba acompañado de tres maestros más. Dectar se acercó a ellos y dijo mientras creía volverme loco:

—Padre, maestro de maestros, jefe del Templo de Isis, mi discípulo no obedece las leyes (—comentó).

Eran mentiras. Dectar, ¿quejándose de mí? ‘Está loco’, pensé. No obstante, mantuve la calma, pero ya no me sentía. Los maestros sintonizaron conmigo y me sondaron. Estaba yo aquí como un niño, pero no sentía a mi líder espiritual de ninguna manera. ¿Me dejaba solo en esto?

Mi padre me taladró. Y me dijo:

—¿Por qué no se toma usted su tarea en serio?

No respondí.

—Hablará, discípulo de sacerdote (—añadió).

Dije, pero a través de otra fuerza que de pronto planeaba en mi interior y alrededor de mí:

—Realmente, no sé por qué estoy aquí. No soy consciente de haber hecho nada malo y me esfuerzo todo lo que puedo. Sé cómo es mi vida y estoy agradecido a los Dioses por poder contribuir a hacer grande a Isis. Para ello me daré por completo y asimilaré todas las leyes. También intentaré pensar de manera más profunda y natural, y me prepararé. ¿Podría brindarme usted esta gracia? Serviré y me entregaré a ello en cuerpo y alma.

—¿Puede confiar usted plenamente en su maestro? ¿Quiere seguirlo en todo?

—Si pudiera acusarme a mí mismo de deslealtad, gran maestro, entonces apuñalaría mi corazón y sacrificaría mi alma a los Dioses, o le pediría a usted cómo liberarme de ello, para hacerme con las leyes del Templo de Isis.

—Es usted vigoroso, pero aún muy joven. Ha de saber que lo estamos ayu-

dando. Le pedimos su completa entrega, todos hemos podido seguirlo y las quejas del maestro Dectar están justificadas. Tiene que sintonizar más claramente, sobre todo cuando descanse y finalice sus quehaceres diarios. Se toma usted descansos y duerme, pero en el sueño ha de permanecer despierto. En usted no hay una seriedad sagrada y está jugando con su vida.

Hubo un profundo silencio y una nueva sintonización conmigo; mi padre dijo:

—Aún no es usted nada, discípulo, se pierde en su propia vida y no es un conocedor de la muerte, su camino es intransitable. Ya habría podido avanzar mucho, pero no hay seriedad en usted. Queremos que sirva y que obedezca las leyes. Ahora comprendo por qué el maestro Dectar se queja de usted. Nosotros, como maestros de este Templo, queremos que haga todo para trabajar en sí mismo. Considero que no conoce usted la muerte, y ha de ser uno con ella. Se olvida de que vive entre la vida y la muerte (—dijo).

A Dectar dijo:

—Váyase ahora, maestro Dectar, y obedezca mis órdenes.

Seguí a Dectar al exterior, pero no lo sentía, seguía inalcanzable para mí.

Mi amigo estaba muerto.

Me dolía y volví a la celda arrastrándome. Cuando entramos en ella me asusté. Donde había estado mi lecho de reposo había ahora un féretro. Comprendí este castigo, Dectar me había hablado de él. ¿Por qué se me castigaba? El calor que había sentido en él había desaparecido. Tenía ganas de llorar de pena y dolor.

Me dijo:

—Ya lo ve, discípulo de sacerdote, le espera la muerte y puede dormirse. Es para que se haga uno con Su Majestad la Muerte. Ahora la conocerá, porque detrás de ella vive su propio saber y la razón por la que está usted aquí. Está jugando un juego con usted mismo. Por eso, hágase uno con ella, y usted sabe por qué esto es así. Ahora duerme en una cama que nos espera a todos, pero ahora usted ya la está conociendo. En ella oírás el latido de su corazón, al que se llama la “muerte”, y aprenderá a aceptarla, para que haya en usted seriedad sagrada.

‘Pero, Dectar, ¿realmente eres tú’, me pregunté, ‘o estás poseído, o eres una de todas esas horribles personas que he conocido aquí?’. Pero no me sentía, ya no quería sentirme ni comprenderme. ‘Pues bien’, pensé, ‘muy bien, a partir de ahora seguiré mi propio camino. Para mí has muerto’.

—Vaya adentro, discípulo de sacerdote de Isis, tiéndase y duerma, si cree poder hacerlo (—dijo).

Lo miré, pensativo, pero reiteró:

—Vaya adentro, discípulo.

Me acosté en mi féretro. En cada esquina ardía una pequeña luz, mi lecho

mortuorio era espléndido. Cerré los ojos. Aparte del taparrabos no llevaba nada más. Extendí los brazos a mis costados y sentí la intensa incidencia de Dectar. Entonces sentí que me entraba un nuevo mundo, que me hacía uno con Su Majestad la Muerte. Me era imposible dormirme y empecé a pensar. Lo primero que hice fue rodearme de un nuevo muro; el de los dos había quedado destruido. Ahora tenía que pensar en mí mismo, sentir y comprender la seriedad de mi presencia aquí. Aún sentía a Dectar, pero a la vez, que se iba. Mientras sucedía creí que se me partía el corazón.

Me había quedado a solas con la muerte. Entonces me saltaron las lágrimas. Estuve llorando toda la noche y hasta entrada la madrugada, incapaz de parar. Por fin recuperé mi autocontrol. Sin embargo, empecé a sentirme algo más relajado, volví a reconstruir mi propia personalidad y me puse a pensar de nuevo. Pero ahora ya no como antes. Me sentía del todo desvinculado de mi maestro; era lo que había intentado conseguir.

Sintonicé con mi nuevo estado. Aun así, volví a él y otra vez le fui haciendo preguntas. Dectar era un demonio o ya no era normal. Si me había olvidado de mí mismo, entonces ¿por qué no me habían destruido? ¿O tenía que cometer estupideces aún mayores? Cuanto más pensaba, más confuso se hacía todo lo relacionado con él. Qué hermoso había sido nuestro vínculo y nuestro ser uno, pero de eso ya no quedaba nada. Había sido para mí como un padre y una madre, y ¿ahora este final? No había quedado nada. Iba a levantarme ahora mi propio muro y protección, y dentro de estos me mantendría. No sentía a mi líder de ninguna manera, quizá también él estaba enojado. Si era así, ya no me creería nada ni quería volver a oír su voz, y era él también uno de los demonios. Qué peligrosa era esta vida. Aun así me propuse entregarme por completo a mi tarea y prepararme para alcanzar el sacerdocio. En estas pocas horas ya me había convertido en una persona completamente diferente. Ahora solo tenía que continuar, pero los retaba a todos, por grandes que fueran. Si me castigaban más todavía, les mostraría que Dectar era un loco. Sin embargo, tenía que tener cuidado. Y si aquí él me hacía la vida imposible, pediría otro preceptor y así me lo quitaría de encima.

Hasta aquí había llegado, y sin hacer nada hice la transición a mi nuevo estado. Me llegaba la muerte. Estaba en mi féretro. A mi alrededor había un ambiente con decoración festiva, en cada una de las cuatro esquinas ardía una luz en su honor. En la tierra la gente moría, y sin embargo ni siquiera era posible morir verdaderamente. Pero entendí muy bien la sagrada seriedad de este castigo. Era para destruir mi juventud. ¿Estaba jugando yo con los milagros? El peligro ¿era aún más grande que lo que pensaba y sentía? Seguía sin saber nada de mi líder espiritual, pero seguramente estaría al corriente, lo sabía todo de mí y de Dectar.

Esto significaba morir. Pero detrás de esto había un poderoso espacio. Es-

taba conociendo esta majestad y seguí pensando toda la noche, porque no podía dormirme. ¿Se me mantenía despierto? Durante todo ese tiempo había seguido varios lechos de muerte, que podían ser vividos por la gente; este en el fondo era el más hermoso de todos. Ahora moriría en completa serenidad y podría prepararme para ello.

Otras personas, a su vez, morirían de otra manera y para muchas era un proceso poderoso que no se esperaban. Naturalmente, no estaban preparadas ni listas para este gran acontecimiento. Toda esa gente estaba preparada y completamente lista para miles de cosas vacuas, pero no para ella, para esta imponente grandeza. Casi no se pensaba en ella. A esta gran Reina, aunque tan repugnante al parecer del hombre, no se le prestaba ni un pensamiento, nada.

Visitaba a la gente de improviso, anunciándose: había que aceptar y ocurría lo inexorable. Pero entonces, ¿qué ocurriría entonces?

Seguí a esta Reina en su viaje inhumano, porque sembraba dolor y pena, nada más que miseria, y sin embargo era tan tierna, tan increíblemente buena, pero eso nadie lo comprendía; la gente no lo quería comprender. Este secreto solo se conocía aquí y en otros Templos. Las personas lo querían saber todo de los demás y se contaban sus experiencias, pero ni una hablaba con amor de ella, a quien solo ahora estaba conociendo claramente, por lo que me entró una sagrada seriedad. Ahora que estaba conectado con ella casi podría estarle agradecido, porque servía para mi formación. Lo que estaba sintiendo y experimentando era poderoso.

Si Dectar aún fuera mi amigo, ahora podría sentirme muy feliz, porque me seguía doliendo haberlo perdido. Mis padres ya habían conocido la muerte y ahora comprendí lo asombrosamente profunda que era mi madre. Me acordé de sus palabras: “¿Adónde iríamos, querido Venry, si todos los caminos estuvieran obstruidos?”.

Y también decía: “Si quieres seguir viviendo, Ardaty, muere conmigo”.

Cuando uno se moría era cuando en realidad por fin se vivía. Madre era grande, tenía conciencia interior y yo esperaba también alcanzar esa conciencia, y asimilarla. Y estaban en vida, ella y Ardaty. Aun así, habían fallecido, pero no en un féretro: su muerte había acaecido a causa de los elementos de la naturaleza. Habían depuesto la vida terrenal y recibido una nueva vida, una vestidura bellísima y la felicidad de su propio paraíso. Quien no estuviera preparado sentía miedo y temblaba ante la muerte. Ese castigo en el fondo era bueno para todos, porque así se aprendía a pensar y a amar todo lo que era bueno. Para muchos suponía una formación interior, haciéndolos despertar en poco tiempo y hacerse interiormente más grandes y conscientes, como me pasaba ahora a mí. Entonces no les podría llegar de improviso, estarían prevenidos de que llegaría, en el fondo estarían siempre preparados, y así no

habría que estar esperando.

Podías hablar con ella, porque esta Reina era muy sabia. Conocía a todo el mundo, los animales, la vida de las plantas y flores, todas las vidas, porque podía seguir la vida interior. Calaba la grandeza del alma, le bastaba con mirar y sentir, y en eso era infalible.

Para ella no era morir, ni pena, ni dolor, sino un viaje hacia la eternidad. Yo había estado allí hacía poco, aunque toda esa experiencia hubiera sido horrible. Y sin embargo oí que dijo:

—Entre las personas se me odia, Venry. ¿Por qué la gente me odia? Porque no me conocen. ¿No ves todas esas cosas preciosas, como las flores, los hermosos árboles y todas esas preciosas casas y edificios, sin olvidarnos de los Templos? Y luego todas esas personas y animales que llamé hasta mí. Cuando estoy triste, Venry, solo es porque no quieren conocerme. No hay ni una sola persona en la tierra, querido Venry, que me ame verdaderamente. Y ¿no me preocupo por ellas? Naturalmente, han de encargarse de que no alberguen odio, que estén en armonía con mi vida. Pero tienen que quererlo, Venry, obligarlas a ello, eso no lo hago.

Oh, observa, Venry, cómo son las casas que habitan, no aquellas chabolas ni cavernas en que viven en la tierra, no, hijo mío, son edificios grandes, enormes, hasta Templos que reciben de mí. Y todos esos edificios están decorados, allí acuden pájaros que cantan mi canción, la canción de la alegría y felicidad, del ser uno, del amor sagrado, querido Venry. Y sin embargo me odian, soy odiada, pero me conocerán como tú me ves ahora y como ya me conoce tu madre. Las personas en la tierra piensan en todo, pero no en mí. Solo cuando me presento. Y créeme, querido Venry, siempre aplazo mi llegada en lo posible, porque sé a quién y qué aman. Crean que los ayudaré para suplicar más fuerzas, pero eso es demasiado necio, demasiado sencillo, demasiado infantil, estimado Venry, lo tienen que querer ellas mismas. Pero no en el último instante de todos, Venry, no cuando les pido que me dejen entrar, porque entonces ya no sirve y es demasiado tarde. Entonces tengo que actuar sin que pueda haber compasión en mí, estimado Venry. Entonces soy implacable y terrible, por lo que la gente se pone a llorar sin poder parar. ¿Crees, querido Venry, que no tengo un corazón por el que corre sangre? Late de alegría y felicidad, como el de los seres humanos. A sus ojos soy la destructora de toda su felicidad, me odian como no se odia a nadie, pero mira en mi corazón, Venry, y conóceme ahora. Verás, Venry, cuando llamo a mí a personas mayores, a veces sus sentimientos y pensamientos son bondadosos y cariñosos, debido a que es mejor que vengan a mí, en lugar de quedarse allí y solo complicarles la vida a los demás. Pero, ay, hijo mío, cuando llamo a su hijo o persona amada porque debe continuar aquí, debido a que se agotó su tiempo y vida allí, entonces me maldicen, odian y vilipendian como a nadie

más en la tierra. Pero cuando voy tienen que venir a mí porque tienen que conocer las leyes en mi mundo y terminar su vida allá. A veces me retiro en soledad y reflexiono sobre todas estas cosas, toda su pena y dolor, pero no puedo actuar de otra manera, querido Venry, tienen que venir a mí, a fin de cuentas soy la eternidad. Cuando después de nacer alcancé la edad adulta y tuve que comenzar la tarea que me habían impuesto los Dioses, entonces, querido muchacho, me puse furiosa y planeé por mi casa, me fui de este a oeste, de sur a norte, a la velocidad de un rayo por el universo, para aplacar mi ira y olvidar mi dolor y todo ese odio. Aun así, no me fue posible librarme de ella, a fin de cuentas mi tarea es así, dura, severa y terrible, e incliné la cabeza, porque las leyes son así. A ti sí estoy dispuesta a contártelo, querido Venry, porque ahora que estás solo en la vida y has de seguir por tus propias fuerzas me puedes seguir y escucharme bien. Pues bien, pasaron siglos, Venry, sin que pudiera hacer ya otra cosa que vaciarme llorando. ¿Tan extraño te parece? Tú también te vaciaste llorando, ¿no es cierto? No obstante, después también yo me sentí animada, me puse a trabajar otra vez, repasé esos sentimientos humanos y los llamé a mí, pero sin compasión, sin perdón, ya fueran reyes o emperadores, ricos o pobres, cada cual tenía que venir, y así fue, Venry, mis órdenes los aniquilan.

Cómo sufrí, hijo mío, y sigo haciéndolo, porque me odian. Naturalmente, en lo que vivo eso lo compensa todo, los Dioses me dieron el espacio; las estrellas y los planetas me pertenecen y son los ornamentos de mi propia casa. Y, además, la luz y las tinieblas y todos esos mundos que ya has conocido. ¿No es maravilloso? Claro, querido muchacho, todas esas posesiones me dieron fuerza y poder, pero también responsabilidades. Los Dioses también me siguen a mí, pero el Dios Supremo, querido Venry, a veces me llama igualmente, y entonces he de contar clara y nítidamente cómo están todos sus hijos. Las personas en la tierra creen que su Dios no lo sabe, Venry, pero yo también he de obedecer las leyes.

Alguna vez cada miles de años —porque ya sientes que vivo en un espacio inconmensurable— tengo que presentarme ante “Él”. Deberías poder escuchar nuestra conversación, querido Venry, porque es muy instructiva. Entonces yo también tengo que responder a todas esas preguntas. Créeme si te digo que a veces intento callarme cosas por el bien de las personas, para ahorrarles a muchas pena y dolor cuando veo que se esfuerzan mucho. Algunas veces lo consigo, cuando el Dios Supremo está de buen humor, entiendes, pero muchas veces me observa y entonces sé que me está calando. En el fondo Él lo puede ver todo, pero entonces tiene compasión. Aun así, dice Él, no se ha de tener compasión por todos esos hijos, porque así no aprenden y no volverán nunca conmigo. Y esa sin duda es la intención, querido Venry, porque todos esos hijos son Dioses, son hijos del Dios Supremo.

Cuando estoy allí y acudo a Él, llegan los ángeles y atenúan mi pena, y recibo todo. Cantan y bailan, querido Venry, ¿y eso en el espacio? Es inaceptable, hijo mío, pero allí todos son felices, ya no albergan nada que los trastorne. El palacio del Dios Supremo está hecho de materia etérea. Cuando Sus hijos hacen el bien, viven en amor y se aman con sinceridad eso agranda Su palacio y los cristales se hacen de oro y plata, y entonces el cántico de los ángeles es tan nítido como la irradiación que solo posee el Loto. Y cada pensamiento bueno representa a un solo hijo, es una sola partícula de Su poderoso sentimiento, que es el espacio inconmensurable donde Él vive. Pero cuando las personas odian, estimado Venry, entonces allí también se estremece y tiembla todo, y el Dios Supremo ve lo que hacen y eso queda anotado. Después de recuperar todas mis fuerzas he de volver a la tierra y a todos esos otros cuerpos. Y así vuelvo a estar rodeada de todos aquellos que me maldicen, pero entonces puedo aguantarlo, porque no hay palabras para lo que allí recibí.

Después de Dios, querido Venry, estoy yo. No creerás que soy vanidosa, ¿verdad? Es que mi tarea es esa y no otra, y la dignidad de mi grandeza la he tenido que aceptar. Mi maestro en realidad se llama “La Vida” y a mí ya me conoces. Se me llama “La Muerte”. Pero ¿estoy muerta? ¿No oyes que te estoy hablando? Cuando empezamos a pertenecer a la vida visible —créeme también esto, querido Venry— ninguna de nosotras dos quiso aceptar su tarea. Sentimos que una y otra cosa significaban que nos echarían maldiciones. En eso también pasaron siglos, antes de que mi maestro y yo llegáramos a una decisión. Aun así, no aceptamos nuestro trabajo voluntariamente, Venry, sino que fue la voz en nosotros la que decidió. A mí me entró mi verdadero nombre, tal como a ti te entran sentimientos y tu madre vivió cosas, y entonces comprendí mi tarea.

Yo me llamaría “Muerte” y Ella, que vivía antes que yo y que, por tanto, era mayor que yo, se llamaría “La Vida”. Si te contesto tu pregunta, querido Venry, lo hago porque eres tan valiente y me quieres escuchar. No, estimado, Ella vivía antes que yo, porque cuando aún no había Vida, tampoco podía haber Muerte. Primero fue “la Vida”, después nací yo y me atraje toda esa Vida. En el fondo ya entonces había aceptado mi tarea, pero nuestras preguntas y llamadas, poder saber quién se llamaba en realidad “Muerte” o “La Vida”, están a medio camino. La Vida aún era muy joven, Venry, ya entonces la tuve que llamar a mí. Nos preguntamos lo que haríamos y llegamos a una decisión.

Ser Dios Supremo, eso tampoco es muy sencillo, querido Venry. Sé que me maldicen, pero a mi maestro se le piden las cosas más imposibles. ¿Acaso puede hacer reyes y emperadores de todos sus hijos? Todas esas preguntas y oraciones, estimado Venry, llegan primero a los ángeles, que investigan y siguen a continuación a esas personas en la tierra, y ven que mienten y en-

gañan. Con todos esos asuntos tenebrosos, los ángeles le ahorran a su maestro mucho dolor, ya que de por sí faltan palabras para Su tarea. Cuando entonces estoy allí repasamos todos esos asuntos. Así fue como aprendí y pude ver, querido Venry, que, con todo, mi propia tarea es la más sencilla. Tengo una sola meta, una sola cosa en que pensar, y es llamarlos a tiempo. Pero mi maestro necesita millones de ayudantes para investigar todas esas oraciones, peticiones, preguntas y pensamientos, porque en eso el hombre es muy astuto, a veces sarcástico, o está lleno de compasión y sincero deseo, pero lo habitual es que el amor puro brille por su ausencia y aquel intente engañar a Dios. Los sacrificios que hacen, querido Venry, suelen ser las sobras que los animales salvajes desprecian.

¿Tan extraño es entonces que Dios se tape los oídos? Créeme, buen muchacho, los sentimientos sinceros siempre son oídos, pero también tiene que ser posible materializarlos. Piden las cosas más imposibles, y normalmente felicidad, ya sea en oro o plata, ser reyes o emperadores, muchos esclavos y muchas propiedades terrenales. Pero míralos entonces, Venry, se olvidan de sí mismos y por sus propios actos maldicen a su maestro. Y eso no puede ser, ¿verdad?

No, hijo, entonces mi tarea es más sencilla. Y aun así no piensan en mí. Pero ¿hay alguna cosa en la tierra que pueda llegar a mi altura? ¿Alguna cosa que sea tan natural? ¿Hay alguna cosa, Venry, que valga la pena ser pensada? ¿Puede haber algo que me iguale? ¿Pueden llegar a mi altura los reyes terrenales? ¿Es tan poderoso como yo el faraón? Dale unas vueltas, hijo mío. ¿Qué sientes ahora?

Cuando voy a ellas y las llamo para que vengan a mí, ellas también tienen que obedecer, ni una sola persona puede librarse. Y sin embargo, querido Venry, se le honra, los seres humanos lo adoran y lo siguen a la más mínima, y hasta se arrodillan ante él. Cuando veo eso, solo me queda sonreír, no me merecen la pena más sentimientos, ni otros. Pero qué nimio es un rey de esos, Venry, comparado conmigo. Créeme, y ahora lo puedes sentir porque te está entrando mi serenidad y silencio, qué digo: felicidad, alegría, muchísima alegría, y solo porque estás conociendo a mi verdadero “Yo”. ¿Y qué hago yo, estimado Venry?

Cuando visito a los enfermos y les hago sentir mi serenidad con antelación, solo llaman a todos los sabios terrenales para mancillar mi serenidad y gran alegría, además de mi sagrado e inmaculado silencio. Y aun así, continuo predominando sobre todos esos pensamientos y medicamentos; llamo, querido Venry, y mi voz, mi orden, es obedecida.

No quieren recibir de mí enfermedades ni otros fenómenos que dañan el corazón. Y acepta también esto, hijo mío: ni siquiera me pertenecen, son de mi maestro, es así como tienen que llegar a conocerme. Seguramente que sentirás que las dos somos una en todo, y que tenemos que serlo, porque tanto

la “Vida” como la “Muerte” están indisolublemente conectadas. Para poder explicártelo todavía más claramente te diré lo siguiente.

Una surgió de la otra. Más claramente todavía, Venry, es: “después de la ‘vida’, o por ‘la vida’, vino ‘la muerte’”. La muerte surgió de la vida porque había vida”.

¿Lo sientes, Venry? Pero mira cómo son las personas, hijo mío. Siempre las aviso y ni así me escuchan. Se olvidan de todas esas advertencias, una y otra vez, y viven su propia vida, sin prestar atención a nada. Pero en eso son necias o están dementes, porque a quién se le ocurre burlarse de esta ley tan inmensa, imponente, inconmensurable e incluso divina. Pero son frívolas, y lo seguirán siendo. Claro, también hay quienes se entregan por completo, pero es que entonces han aprendido mucho. Unas vienen tranquilamente, otras de golpe, y aún otras por el veneno de terceros. Y otras más por un accidente, pero todas, querido Venry, todas vienen a mí. Experimentan una sola cosa, y eso es “ir adentro”, dentro de mi Reino donde no hay “Muerte”, porque soy “la Vida”. Soy una con Dios, y así seguiremos (—concluyó).

Así habló la muerte, mientras yo lo oía todo.

—Claro, así es —le dije—. Mire el espacio en el que me encuentro postrado, es de mendigos. Pero usted no hace distinciones, todos los hombres, también los ricos, yacen como yo en su féretro y tienen que ir hasta usted. Hasta el insecto más pequeño se cava un sitio “dentro”, y es rico, pero usted ya conoce la razón. Yo no puedo odiarla, estoy empezando a sentir amor por usted, ya me siento agradecido por haber podido conocerla de tan cerca y porque me haya hablado. ¿Me permite que sea su amigo?

Ya siento latir su cálido corazón, late de amor inmaculado, dentro y alrededor de mí, pero lo oigo latir muy bien. No hace frío en mi ataúd, es usted muy cálida. Pero es usted pobre, amiga mía, para quienes no la conocen. En el fondo es usted inmensamente rica, la variedad de sus riquezas me irradia entero, me ha entrado, atenúa mi tristeza y enmudece mi odio, permitiéndome olvidar y perdonar todo. Si ahora voy a conocerla y a sentir su poderosa voluntad, es porque vivo cerca de usted y soy uno con usted, en la vida y la muerte. Aquí no podrían haber imaginado mejor castigo para mí. Aprendo y me hago consciente, y le estoy muy agradecido. Siento entrar en mí su calor, que da fuerza a mi alma. Quiero aceptar, y siempre seguiré pensando en usted con alegría y serenidad, pero también con pena y dolor. Las fuerzas que siento ahora me ayudarán a prepararme para alcanzar el sacerdocio. Después poseeré las grandes alas, por conocerla a usted. Para muchos usted es horrible, pero en usted está el espacio inconmensurable y su panorama es poderoso (—dije).

Hablé durante horas con la muerte. Me entró profundidad, así como vejez espiritual. Mi celda estaba completamente vacía, esto excluía todo y a todos,

era yo del todo uno con la muerte. Me había entrado ahora sagrada seriedad, y esta seguiría en mí. Con qué asombrosa rapidez había cambiado. Mi alma anhelaba la profundidad y yo mismo adquiriría conciencia en ella. Los pensamientos y sentimientos de la muerte eran profundos. Lo infantil y juguetón había desaparecido de mí y había sido matado, me había conocido en poco tiempo y me sentía muy feliz.

La noche dejó paso al día, pero yo seguía pensando, siguiendo la muerte en sus miles de estadios de fallecer y morir. Las pequeñas luces seguían ardiendo, solo habían consumido una décima parte de su contenido.

Oí que estaban golpeteando la puerta de mi celda y que entraba alguien. No podía ver quién era, el féretro era demasiado hondo. Solo me era posible sentir y sintonizar con ello. No era Dectar, su influencia e irradiación eran diferentes. Me entró un extraño sentimiento y eso me permitió determinar esa personalidad desconocida. Esos sentimientos se me fueron acumulando y vi a la persona, podía verla claramente. No conocía a este sacerdote. Lo que venía a hacer aquí lo viví pronto, porque estaba rociando mi cuerpo. También eso lo entendí, porque lo adopté de él. Quien entraba en la muerte no requería alimento. De modo que no se me dio nada, tendría que conciliarme con eso. ‘Ciertamente’, pensé, ‘Isis es poderosa, profunda también en esto’.

Empecé a pensar de nuevo, porque no podía dormirme. No había pegado ojo en toda la noche, tenía que quedarme despierto, como fuera, o no aprendería nada.

“Si quiere, intente dormir”, había dicho Dectar, pero me era imposible. También en esto era grande y profunda Isis, casi diría que perfecta. Mejor pensar entonces, pensar de nuevo, una y otra vez, revivir absolutamente todo desde mi juventud y asimilarlo. Por eso repasé toda mi vida, seguí todo desde que fui niño. No se había perdido nada, todo volvía a mi conciencia, ahora que también era uno con esta. Cuando terminé con eso, el día había vuelto a terminar y se acercaba la noche. Seguí entonces lo que me había enseñado Dectar y que habíamos comentado juntos. Ahora absorbí su sentir y pensar, porque su sabiduría me proporcionaba serenidad además de gratitud, por lo que dejé de sentir odio por él. ‘Ciertamente, es curioso’, pensé, ‘si esto sigue más tiempo así, hasta le estará agradecido por todo lo que se me concede vivir ahora’. Me volvió el amor hacia él, lo cual me hizo muy feliz. Seguí sin oír nada de mi líder espiritual. Pero cuanto más pensaba en Dectar, más gratitud sentía por él. Cuando llegué al punto de aceptarlo de nuevo, también me volvió el amor, pero también la noche había vuelto a pasar, dado que se estaba levantando el sol. No me había sido posible dormir, tenía que seguir despierto.

Otra vez viví cómo me rociaban el cuerpo y eso me refrescó de manera agradable. Ya vivía desde hacía dos días y noches en mi féretro, y las pequeñas

luces seguían ardiendo, no querían morir. Cuando estas hicieran su entrada en la muerte, yo volvería a pertenecer a los vivos y habría concluido mi ser uno con la muerte. Y era extraño, ni siquiera sentía hambre o sed. Estaba siendo uno y conectado de manera demasiado intensa. De modo que opté por volver a pensar y a seguir todos esos lechos mortuorios humanos, deseando muy intensamente que la muerte volviera a mí, porque ella me enseñaba mucho. La sentía muy lejana durante el día, pero en la oscuridad éramos del todo uno. El día se me hacía ahora eterno, tan fuerte era mi deseo de que cayera la noche. Comprendí que las pequeñas luces seguirían ardiendo por el momento. Todo iba por ese mismo camino, no había ni un solo organismo vivo que pudiera librarse. Durante el día me veía sometido a esta serenidad mortal, era como si estuviera preparándome para la noche para poder escuchar bien y claramente. Me había olvidado del Templo de Isis y de todos los maestros. Solo pensaba en Ella, en Su Majestad “La Muerte”.

Me sentía muy consciente en esto, esta conciencia solo me había llegado recientemente. Sin embargo, seguía las leyes de Isis y las asimilaba. También quería asimilar las leyes invisibles, de las que me había hablado “la Muerte”. El día transcurrió con lentitud hasta que otra vez se fue haciendo de noche.

No sentía cansancio, pero mi cuerpo estaba tensado, como si ya no tuviera vida. Ya se estaba haciendo de noche, el sol se había puesto hacía tiempo, en el Templo todos se habían dormido ya, solo yo seguía despierto. Sin duda, este castigo me estaba curando, daba profundidad espiritual a mi pobre alma, y el despertar me elevaba, haciendo que se acercara otro silencio, diferente a su vez al de hace un rato, al de ayer y al de antes de ayer, también era más profundo, diría que aún más sereno.

Tuvo que ser después de la medianoche cuando oí que se acercaban los suaves pasos de la muerte. Tenía que venir acompañada de un flujo de aire gélido, pero ahora me entró un intenso calor. Su Majestad estaba haciendo su entrada. No tuve que esperar mucho hasta que la vi como una verdadera figura ante mí. Me dijo:

—Buenas noches, querido Venry.

—Buenas noches, Majestad, ¿vuelve usted a mí?

—Sentí tus deseos, muchacho, así que vengo a contarte algunas de mis experiencias que hace poco tuve que vivir otra vez. Digo “tuve”, querido Venry, porque no querían escucharme ni venir a mí, así que —ya lo sentirás— tuve que volver a recurrir a la violencia, y eso es una gran pena. Estaba yo con un caballero rico, Venry, tenía muchos bienes terrenales y todas sus mujeres lo lloraban. Me fijé en todas esas lágrimas, querido, pero ni una de ellas era sincera. Le habían servido porque querían formar parte de la vida mundana y para poder ver todas esas riquezas, aunque ni siquiera fueran de ellas. Pero a su maestro, un hombre alto, grande y fuerte, lo picó uno de mis ayudantes

—un insecto venenoso— y él vendría a mí. Las personas creen, Venry, que las torturo, pero eso no es cierto. Tienen que venir, y para eso se requiere la destrucción de su pequeña vestimenta. No importa cómo se produzca, el caso es que así suceda. Pues bien, echaba pestes y estaba furioso, pero no le sirvió de nada. Hace unos instantes hizo su entrada en mi reino, pero no tengo para él una chabola, ni una cabaña, nada de nada, querido Venry, vive en las tinieblas y allí yace, y esperará a que Dios lo vuelva a despertar. Era demasiado rebelde. Vi en su vida. Recibí muchas cosas hermosas, pero no las entendía. Ves, Venry, es cuando mancillan todos esos tesoros y maldicen a mi maestro.

Esta tarde llamé a muchos a la vez. Eran miles, otra ayudante los barrió por la tierra con agua y después los succionó en sus profundidades. Querido Venry, así hay muchos que me ayudan, pero soy “yo”. Había una mujer que envenenó a su esposo. Ella también pensaba que me ayudaba, pero no es cierto, y me pregunto dónde mete las narices. Seré yo quien elija mis ayudantes, y me siguen de muy buen grado.

Crearás que tengo muchas cosas que contar, pero en breve he de retomar el camino, Venry, esta noche tengo muchísimo que hacer. Y tú tienes que ir a dormir luego. Por la mañana volverás a estar entre los vivos. Cuando vengas a mí igual que aquellos a quienes amas, acepta entonces, muchacho, que tu entorno tendrá una decoración festiva, de la que yo misma me encargaré. Cuando estés entonces en la “pradera” y me veas en toda mi fuerza y gloria, en tu corazón y en el de ellos entrará alegría, una que es celestial y que es de aquellos que te pertenecerán eternamente.

Te está entrando sueño, Venry, sé por qué, y por eso me retiraré en silencio para retomar mi largo camino. Saluda de mi parte a quienes forman parte de los vivos, a quienes me conocen y quieren aceptarme, explícales que solo soy “Amor”, y que dejen de odiarme. ¿Lo harás, querido Venry? Atenúa mi dolor y háblales de todo ese calor mío para que despierten todos esos durmientes, todos esos soñadores que creen que viven. Hijo mío, voy a seguir y te saludo, termina tu tarea y sé fuerte, no te olvides nunca de pensar en mí, entonces siempre estarás preparado. Cuando se levante el sol mi Reino estará lleno de millones, de los que muchos llorarán como niños, pero estos, en cambio, están despiertos y conscientes, y su interior me da calor, por lo que también puedo comprender lo gloriosa que es mi tarea. Te saludo, amigo mío, yo también parto (—concluyó).

Me quedé pensando mucho tiempo. En ese sonido, en la sensación cálida y agradable, pensé sentir el entendimiento, la conciencia adulta, es más: a un maestro. Me parecía que me hablaba un amigo que me conocía desde hacía tiempo. Pero sí era muy extraño y tampoco acepté mis pensamientos, pero me pareció sentir en Ella a mi propio líder espiritual. Y quizá no era cierto,

pero aun así había aprendido mucho.

La noche fue acercándose al día, pero me quedé dormido. Cuando me desperté por la mañana seguían encendidas las lucecitas. Pero las lámparas se habían agotado, en breve también ellas morirían. Eso también era fallecer. Me quedé entonces esperando mientras se iban apagando una tras otra. Del interior me brotó mucha alegría, porque significaba el final de mi ser uno con la muerte. Ahora volvería a formar parte de los vivos en la tierra y retomaría mi tarea. Si se me permitiera abandonar ahora la casa de la muerte y si pudiera darle las gracias a Ella por su hospitalidad, me sentiría muy feliz. Le elevé una oración.

—Le doy las gracias, oh, Muerte, por su sabiduría que he recibido ahora. Usted me hizo muy viejo, y eso en solo poco tiempo. Me convertí del todo en mí mismo. No hay poder más grande que el suyo, una vez que se acepte. Le doy las gracias, Majestad, por sus pensamientos y sentimientos que me dio a cambio de nada. Se la maldice y odia, pero yo la amo. Me ha entrado su grandeza, mi alma es consciente y la comprendo. Le estoy agradecido por el silencio, por su poderosa casa, este féretro que me acogió y albergó, por la luz y el calor, por todo, porque usted ha matado el odio que llevaba dentro. Ya no podré odiarla cuando me venga lo que es de justicia. He vencido mi miedo, por todo le doy las gracias (—concluí).

Las lámparas se habían apagado, el sol traía la nueva luz, pero ahora me sentía extenuado, estaba sediento y hambriento. Mi cuerpo material estaba despertándose, mi propia sintonización lo había librado de eso, ahora había vuelto a ser parte de la vida. Pedía líquidos y alimentos vigorizantes por mi propio deseo de poder trabajar.

Se abrió la puerta de mi celda y entró Dectar. Ya no me era posible odiarlo, pero aún no lograba hablarle. Lo vi como mi maestro y dijo:

—Buenos días, sacerdote de Isis.

No le contesté. Sin embargo, me encontraba muy feliz por que hubiera venido a mí, aunque no se lo hice sentir. Volvió a colocarme en mi lecho de reposo, el féretro desapareció y me humedeció los labios. Después me dio a beber un poderoso néctar de hierbas. Cuando terminé de bebérmelo, sentí que se me iban relajando los miembros y que se recuperaba la circulación mientras me entraban al cuerpo nuevas fuerzas.

Dectar se fue, no me saludó. Se parecía ahora a la muerte y al silencio de la tumba. Volví a estar solo y me dormí.

Las hierbas me habían dejado dormido, pero me desperté por la tarde. Dectar me trajo néctar, se concentró en mí, y volví a sumirme en un profundo sueño. Solo me desperté varios días después, sintiéndome completamente descansado. Mi organismo se había recuperado del todo, ahora mi alma poseía una fuerza fenomenal, porque ya no me conocía. Me había encargado

de matar a mi personalidad anterior.

Dectar me refrescó, cuidándome como lo habría hecho mi madre. Eso me alegró mucho y me hizo muy feliz, y ya estaba dándole las gracias a los Dioses de que no me hubieran privado de él. Di las gracias a los Dioses por poder estar cerca de él, sentir y ver su personalidad, y por que se me concediera poder seguir su imponente silencio y autocontrol. No entendía nada, me preguntaba por qué lo amaba tanto, casi como si estuviera obligado a hacerlo por serme impuestos esos sentimientos. Cómo había cambiado yo. Ahora era del todo yo mismo y me encontraba delante de él como un hombre frente a otro, aunque él siguiera siendo mi maestro. Mi juventud había muerto, yo vivía en otra vestimenta, mi ser entero estaba siendo irradiado por la conciencia. Ya me arrepentía de no haberle devuelto el “buenos días”. Cuando volvió a mí y me dio unos alimentos más consistentes, dijo:

—Si quiere, podemos salir, pero si lo prefiere nos quedamos aquí.

Lo miré y dije:

—Si mi maestro cree que es bueno para mí, entonces por favor, pero todavía me siento muy cansado (—contesté).

Al poco tiempo entraron dos sacerdotes que me portaron al exterior. Me instalaron en un entorno muy hermoso, donde fui aspirando las fuerzas de la naturaleza. Dectar se sentó a mi lado y me leyó las leyes de Isis.

‘Pero ¿qué es lo que le ha sucedido, extraño, para que ya no me conozca?’.

Había visto que su forma de andar había mejorado bastante; ahora iba erguido y muy normal otra vez. Pues eso al menos lo había recibido a través de mí. Después de cierto tiempo se nos acercó un sumo sacerdote que habló con Dectar de mi estado. Vino hacia mí y preguntó:

—¿Empieza a sentirse más fuerte?

—Gracias, gran maestro, me siento muy bien y pronto estaré preparado.

Se alejó y volví a estar a solas con Dectar. No dijo ni una palabra sobre nuestro pasado, todo lo que habló tenía que ver con las leyes de Isis. Solo ahora comprendí que en el fondo yo no sabía nada todavía. Me dio a conocer todas las leyes. Pronto me hube recuperado del todo y volví a irme con él para visitar a los enfermos. Siempre estábamos juntos, aunque ya nunca me hablaba como antes. Ese Dectar había muerto, como mi propia personalidad. Pero también amaba mucho a este Dectar. En el fondo me parecía muy bien, ahora ya no había peligro. Ya no sentí ni oí nada de mi líder espiritual, y tampoco lo comenté con Dectar. Mientras tanto fueron pasando los años.

Tampoco sabía si Dectar seguía deseando a Myra, y ya ni siquiera me interesaba. También me dejaba del todo indiferente si aún quería avanzar planeando sobre nubes, todo eso lo habíamos enterrado, habíamos olvidado el pasado y aceptado una nueva vida.

Su palabrería infantil y las muchas vidas que había en él, y que yo tanto

amaba y por las que tanto lo quería a él, se habían disuelto. También eso era parte del pasado. Él era del todo él mismo.

En los años transcurridos había sido mi maestro y profesor, nada más, pero tampoco nada menos. Gracias a él había aprendido y podido asimilar muchas cosas. Lo aceptaba a él y lo obedecía en todo. Quería vivir las cosas y había matado las preguntas “por qué y para qué”. Me había entrado conciencia, una gran fuerza, y ya me sentía preparado para las tinieblas.

Una tarde me preguntó:

—¿Cree estar preparado para las tinieblas? Descienda en usted mismo, tiene que saberlo.

Se me quedó mirando con expresión interrogativa, pensé que en cualquier momento me diría “mi querido Venry”, pero no abrió la boca y se reservó todas esas cariñosas palabras. Sin embargo, contesté:

—Estoy preparado, maestro Dectar, muy preparado.

Se me permitió regresar a mi celda, ya no me dijo nada más, él también se fue, pero se dirigió a los maestros. Al día siguiente me hizo saber que debía prepararme. Aún no sabía si volvería a llevarme a las tinieblas, como años atrás.

Había pasado ahora cinco años en el Templo de Isis. A otros les tomaba diez años, también me sentía agradecido por ya estar preparado ahora. Y me encontraba preparado, en mí estaba ese saber.

Poco antes de adentrarme en las tinieblas le pregunté si seguía deseando a Myra, pero me respondió:

—Le prohíbo que me investigue y que me haga semejantes preguntas.

Incliné la cabeza y tuve que aceptar ahora que el pasado estaba enterrado o embalsamado, pero esto último no lo aceptaba. No obstante, pensé: ‘Vaya, vaya, ¿también eso está olvidado?’. No podía aceptarlo, no creía en eso, para él eso lo era todo. Pero no me quedaba claro por qué me resultaba imposible aceptarlo, nadie me respondía. Incliné la cabeza ante este sacerdote y acepté su personalidad, a la que yo amaba grandemente, porque había otros mucho más severos que él.

De nuevo en las tinieblas: puesta a prueba de mi conciencia

Dectar me llevó, como unos años atrás, al edificio. De camino creí ver algo más de sentimiento en él. Cuando iba a entrar y él tenía que apartarse, me agarró de las manos y dijo:

—Si entre nosotros hay alguien, discípulo de sacerdote, que desea que usted alcance el sacerdocio, ese soy yo. Pero sé que usted está preparado.

Miré en sus hermosos ojos, bajé como un rayo en él —ahora era posible— y comprendí que estaba abierto a mí, por lo que sondé sus sentimientos. Pero en el mismo instante su alma se volvió a cerrar para mí y sentí a mi maestro. Aun así dije:

—Le doy las gracias, maestro Dectar, le estoy muy agradecido. ¿Podrá aceptar mi gratitud?

—Si los Dioses quieren que sea digno de su gratitud, entonces estoy preparado, pero solo soy un servidor (—contestó).

Lo comprendí, se resistía a aceptar ninguna gratitud, no podía aceptarla. Entonces me separé de él. Entré en las tinieblas, que ahora durarían siete días y noches. Pero estaba completamente preparado. Me coloqué. Todo era como antes, pero yo había cambiado. Después me acosté y esperé. No tardé en sentirme cansado y comprendí que los maestros habían sintonizado su concentración. Pero ahora supe dominar este cansancio; no permití que pudieran alcanzar mi organismo material. El cansancio desapareció tal como había llegado. Tracé un círculo mágico a mi alrededor y allí dentro me quedé, sintiéndome preparado, por lo que podían empezar. El primer cansancio de todos ya lo había vencido. Pero el segundo y tercer ataque fueron más intensos. Hice más denso mi pequeño círculo para que les fuera más difícil poder atacarme. Pero no cejaban en su empeño, se me hacía cada vez más difícil, aunque seguí siendo yo mismo.

Entonces empecé a ver, y vi que toda mi celda estaba poblada. Vi miles de pequeños animales, pero venenosos, que se me acercaban. Buscaban una entrada, para destruirme a continuación. Pero mi muro mágico pudo resistirlos. Sabía que eran figuras aparentes, pero conservé la conciencia. Todos esos animales se estrellaban contra mi concentración. Los animalitos no lograban encontrarme, y en realidad eran los maestros. Los obligué a detenerse y a dar media vuelta. Adormecía a todos esos animales, pero no paraban de venir nuevos, así que desistí. También así podían destruirme. Por eso hice más pequeño mi blindaje, impidiéndoles así que llegaran a mí. Entonces viví la poderosa felicidad de ser dueño y señor en terreno familiar, porque el padre

Taiti era consciente en mí. De todas formas, vivía en la vida de Venry, porque ambos éramos ahora del todo uno. Los animales se quedaron dormidos y se disolvieron; los maestros habían sentido que así no podían alcanzarme. Entonces vi sombras de las que Dectar me había hablado.

Todas eran mujeres y muy bellas. Pero también ellas estaban muertas para mí, no conocía esos sentimientos. Me siguieron rodeando hasta hartarme, y me engañaban para salir de mi propia casa, pero no reaccioné, por mucho que insistieran. Estaba consciente y seguía estándolo. Pero comprendí lo demoniacas que eran estas figuras humanas. También ellas se disolvieron. Se me engañó para que saliera. Seguí a un ser humano por la naturaleza y me invitó a que lo siguiera por encima del agua. Lo comprendí, y a los maestros, y por eso no seguí. No iba a malgastar mis fuerzas. De eso también me había hablado Dectar. Aun así, me parecía que el juego valía la pena, y me mostré, pero en un diez por ciento. Mis demás fuerzas seguían constituyendo mi conciencia. Flotábamos en una gran masa de agua. Entonces llegó la tormenta y nos ahogamos. Pero yo era consciente y se me hacía ridículo. Después se incendió mi celda; las llamas abrasaron mi muro mágico. Se hizo tan terrible que empecé a admirar plenamente a los señores maestros. No obstante, no conseguían alcanzarme. Sentía ese calor hasta en mi círculo, pero conservaba la conciencia, no sentía miedo. ¿Qué iba a vivir ahora? Ni sentía ni veía nada e intenté dormir un poco. Sin embargo, al instante me desdoblé de mi organismo.

Vi dónde estaba, estaba viviendo otra vez en ese otro mundo. Allí, delante de mí, vi a muchas personas. Eran demonios, me encontraba en las tinieblas, ahora volvería a vivir la realidad. También ahora los observaba, pero de improviso se abalanzaron hacia mí. Unos años antes habría emprendido la huida, pero ahora me quedé esperándolos.

Eran seres humanos bestiales. Me encerraron por completo, fueron estrechando el círculo a mi alrededor, pero ahora ya sabía lo que iba a hacer. De golpe me atacaron y me arrastraron por las tinieblas. Mientras esto sucedía me entraron pensamientos de retirarme en sus manos, porque yo no pertenecía a ellos. “En la tierra eso lo podría haber hecho con mi cuerpo”, me dijo una vez mi líder espiritual; aquí yo era espíritu. Me concentré y me disolví en sus manos. Vieron cómo desaparecí ante sus ojos. Vieron cómo se producía un milagro increíble, del que no entendían nada. Todas estas personas eran como diablos. Se quedaron mirándose estupefactos. Eran peludos y vi a mujeres y hombres juntos. Aun así, quería volver con ellos, quería saber más de sus vidas. Cuando sintonicé con eso, su mundo se hizo más denso y yo había vuelto a acceder a sus vidas y a aceptar sus tinieblas. Entonces hice un gran paseo por las tinieblas y permanecí mucho tiempo entre ellos. Cuando me veían, me apresuraba a retirarme en mi propio mundo y en mi propia vida.

Mientras caminaba por aquí, contemplando y conociendo su reino, sentí que estaba siendo seguido. Ahora que miraba a la especie animal sentí que me seguía un maestro del pasado y que me atacaría. Un demonio del que me había hablado Dectar. Era un maestro, pero uno que vivía en las tinieblas. Pero me retiré y atravesé el ser humano bestial andando, y no me vio. Nadie me podía hacer nada, vivía en las leyes del padre Taiti.

Después de estas personas vi muchas otras especies, pero no dejé de caminar. Así fui conociendo las tinieblas y se me hizo que llevaba aquí al menos varios días. Ahora estaba viviendo entre la vida y la muerte y había podido asimilar mucha sabiduría. Mientras iba avanzando sentí que me estaba entrando sed y comprendí que esto era parte de mi cuerpo. Por eso regresé a mi cuerpo, lo desperté y le di de comer y beber. Entonces volví a acostarme y pronto me dormí. Pero no tardé en desdoblarme y regresar a las tinieblas, porque quería seguir allí mi camino. Quería conocer ahora todos esos mundos. Me concentré en planear y fui en esa dirección. En todos los lugares donde miraba y vivía había tinieblas. Si subía un tanto, saliendo de las tinieblas, la luz se hacía más difusa y clara. Después de haber conocido todos esos mundos tenebrosos sentí que la luz me atraía, y me puse en marcha. Ciertamente, esto era otro mundo.

También aquí vi a personas, hombres y mujeres mezclados, pero eran diferentes. Me pareció ver más sentimientos humanos en ellos. Cuando me acerqué a ellos, se aproximaron y uno me preguntó:

—¿A dónde lleva su camino?

‘Una pregunta clara y humana’, pensé, pero seguí cauteloso. También se acercaron otros, tenía a nueve personas a mi alcance, entre ellas a cuatro mujeres.

Respondí:

—Aquí soy un extraño.

—Vaya, un extraño, y usted ¿qué hace aquí?

—Nada —dije, porque no sabía qué decir. Pero él respondió:

—Si le importa su vida, váyase rápido.

A las mujeres les divertía muchísimo la situación, pero me horrorizaban sus risas. Al parecer, habían podido captar o sentir mis pensamientos, porque una de ellas me dijo:

—Mira, está enfureciéndose, le horrorizamos.

Toda la banda se me precipitó encima, tan repentinamente que me tomaron desprevenido. Entonces sintonicé mi concentración en retirarme y también me disolví en sus manos y ante sus ojos. Estaba como una sombra ante ellas y dije:

—Todos pertenecen a los demonios. Empiecen otra vida y dejen en paz a los extraños.

Continué, pero sus risas y chillidos me seguían, podía oírlo claramente en mi propio mundo. De nuevo me encontré con otras personas y estas también me atacaron. Me atacaban una y otra vez, pero continuamente me retiraba y así fue como en el fondo conocí todos esos diferentes mundos de los que me había hablado Dectar. Vivía en la más verdadera de las escuelas de la vida.

Seguí andando ahora y vivía en un espacio nebuloso. También era parte de uno de los muchos mundos, pero no vi a nadie. Tras un breve tiempo caminando, vi por encima de mí una figura que poseía alas. Cuando percibí el ser, este se hizo más denso y vi que era un ser humano. Aunque era una aparición completamente diferente, no confiaba en esta figura, ni en nadie.

Pero este hombre me miraba, me sonreía y parecía interesarse por mí. Aquí, sin embargo, el peligro acechaba por doquier. Proseguí mi camino y quise continuar. Pero por encima de mí planeaba el ser humano y cuando me cansé y me senté para descansar un poco se alejó. Me parecía muy extraño y no me inspiraba confianza. Un poco más tarde volví a ver la misma figura, pero alumbrada por algo más de luz. Era como si iluminara el entorno.

Vi que se fue haciendo visible una mano de hermosas formas, pero que irradiaba luz. La mano me lanzó una fruta y oí que se me dijo:

—Si quiere, cómala, extraño, porque tiene usted sed.

La cacé al vuelo, pero la volví a tirar al instante. No me fiaba de tanta bondad y quería estar preparado para lo que fuera.

De nuevo oí:

—Tome, extraño, aquí tiene otra fruta, pero cómala, es buena y puede confiar en mí (—dijo).

Sin embargo, la figura se encargaba de que no pudiera verla entera, y eso levantó mis sospechas. Pero oí:

—Cómala, no se fía, pero en mí puede confiar.

Sondé la fruta y sentí que era buena. Lo había aprendido en Isis y Dectar era un maestro en eso. Todos los sacerdotes y todas las sacerdotisas tenían que saber hacerlo por su propia seguridad. Lo que llegaba de fuera a Isis se controlaba de esta forma, porque muchos sacerdotes habían sido envenenados en el pasado. También ahora sintonicé con la fruta, y sentí y vi que era buena. Me la comí. La fruta, carnosa a reventar, llena de delicioso néctar, me dio fuerzas. Nunca había comido una como esta en el Templo. ‘Qué delicia’, pensé, ‘pero aun así, atención’.

Después de no haber visto nada durante un tiempo de esta persona invisible y bondadosa, de pronto oí que se me dijo desde otro mundo:

—Siga un poco más, amigo de la tierra, y verá hermosas escenas. Cuando quiera, use sus alas. En este mundo puede ir donde quiera. Así que hágalo.

Pero me resistí con firmeza y me quedé donde estaba.

—Inténtelo, de todas formas, ¿no quiere conocer todos estos mundos?

—¿Quién es usted?

—¿Qué más da? Soy un amigo de los hombres. ¿Acaso mi fruta no era buena? ¿No era natural? Sondó esta fruta, amigo, he podido seguirle a usted. Pero era deliciosa, ¿verdad?

¿Sabía este ser humano en qué pensaba yo? Pero eso también lo sabían hacer los demonios. Se me hizo extraño, sin embargo. Aun así, me quedé donde estaba y pregunté:

—¿Por qué permanece invisible para mí si dice ser un amigo de los hombres?

—Estimado amigo, mi luz solo lo asustaría. Así que me quedo donde estoy, pero intento ayudarlo. Pero se equivoca en lo que piensa de mí. Las personas con las que se encontró eran demonios, también aquellas otras. Si hubiera descendido aún más en las tinieblas, se habría encontrado con otras, pero esas son muy peligrosas.

—¿Es usted hombre o mujer?

—Eso carece de importancia, aquí somos ambas cosas.

—Habla usted en misterios, usted es un misterio.

Pero la sombra dijo:

—Si todos los sacerdotes fueran como usted, créame, entonces sus vidas serían demasiado breves si quisieran alcanzar el sacerdocio. Si sigue así, jamás llegará. Esta prudencia la conozco, no toma riesgos, pero tampoco recibe nada. Está muerta en vida. En el mundo en que usted se encuentra ahora, las cosas se viven. De este lado se aprende por experiencia, pero en usted hay miedo. ¿Dónde está su sabiduría, discípulo de Isis?

Me asusté: ¿Me conocían? Y eso ¿estando yo entre la vida y la muerte? ¿Me conocían en este mundo? Me levanté de inmediato y continué. Ya no vi al extraño. ‘Qué asombroso’, pensé, ‘¿cómo saben aquí quién soy? ¿Acaso sería mi líder espiritual?’. Pero no se me hacía así. Me concentré en seguir planeando. Vivía ahora en el espacio y poseía las grandes alas. Era una gloria seguir así con mis propias fuerzas. Cuánto más avanzaba, más luz empezaba a haber. Pronto hice la transición a otros mundos, y también aquí vi a personas. De frente me irradiaba una luz, grande y poderosa, de la que acepté la gloriosa serenidad y fuerza.

Si quería descender, continuar sobre mis propias piernas, bastaba con quererlo. Debajo de mí había un precioso paisaje. Vi árboles y flores y pequeños ríos, esto era como un paraíso. Aquí quería quedarme y descendí. Más allá había muchísima gente reunida, y a ella quería acercarme. Vi a hombres y mujeres, y todos llevaban túnicas muy hermosas, eran jóvenes y bellos. Su serenidad irradiaba hacia mí. A una persona joven, con un aspecto muy hermoso, pregunté:

—¿Puede decirme dónde estoy?

—Claro que sí —respondió de lo más amable el hombre, pero preguntó—: ¿Es usted de la tierra?

—¿Cómo lo sabe?

—Lo veo por su irradiación. Pero ahora está usted en la vida después de la muerte.

Me quedé mirándolo con sorpresa; no vivía yo muchos momentos en que me hablaran con tanta franqueza. Era una persona sincera, no podía ser de otra manera.

Respondió:

—Intúyame, querido amigo, no digo nada que no sea verdad. Ya lo ve, todos nosotros estamos completamente abiertos y puede usted intuirnos.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunté.

—Esperamos amigos. Hoy morirán en la tierra, pero nos veremos en este lugar. Después volveremos a nuestro mundo, que es más hermoso que este en el que estamos ahora.

—¿Cómo sabe que morirán hoy?

—Si conociera nuestra vida, no nos lo preguntaría, pero está usted todavía en la tierra y tampoco lo puede saber. Aquellos que están en la tierra y que nos aman, amigo mío, piensan en nosotros. Captamos todos esos pensamientos y los seguimos desde aquí en la vida terrenal. Pero solo nosotros podemos ver cuándo mueren allí, y esos sentimientos están ahora en nosotros. Sucederá de pronto, y será por un accidente.

‘Es usted muy sabio’, pensé; acto seguido contestó, por lo que comprendí que había captado mis pensamientos.

—Todos sabemos hacerlo, querido amigo, es una posesión nuestra, veo en lo que está pensando.

Me puse a pensar en todos los mundos que debía haber aquí, pero también ahora captó mis pensamientos y dijo:

—Aquí solo vivimos temporalmente —como ya le dije— porque habitamos otro mundo, más hermoso que este. Este mundo es una transición a un mundo más elevado. Cuando quiera le mostraré ese otro mundo, más elevado. Tengo todo el tiempo y lo haré con mucho gusto.

Ya no dudé de su honestidad y buenas intenciones, y continuamos juntos. Por el camino le hice muchas preguntas, a las que me respondió. Vi mundos en los que vivían personas que podían vivir allí tranquilamente su felicidad espiritual. Había edificios y Templos muy hermosos que irradiaban su propia luz, y vi flores y plantas, que desconocíamos en Isis. Me mostró flores muy hermosas, y me asusté mucho.

Entre todas esas especies de flores vi la mía propia, que me había sido dada desde este mundo. Me sentí profundamente emocionado por este reencuentro y por la realidad. Tomé la flor entre las manos mientras me corrían las

lágrimas por las mejillas. Pensé en Dectar y en el acontecimiento de ese día. Lloraba de felicidad y emoción, de gratitud y alegría, y olvidé brevemente a mi acompañante. ¿Cómo era posible que Dectar olvidara este milagro?

Cuando miré hacia él, me sonrió con amabilidad, como si comprendiera lo que me estaba pasando por la cabeza. Entonces le hice preguntas, siendo la primera:

—Usted vivió alguna vez en la tierra, pero ¿poseía usted allí toda esta sabiduría, este esplendor y la realidad de esta vida?

—No, mi amigo, allí todos éramos inconscientes. No obstante, hemos vivido vidas en las que éramos conscientes, pero solo después de morir hemos conocido el gran milagro.

—¿Tiene usted ahora conciencia del nacer y morir en la tierra?

—Sí, somos ahora conscientes de ambas cosas.

—¿Cuál es su deseo en este mundo? ¿Tiene deseos?

—Todos deseamos poder ir más allá y más alto, y que se nos conceda poder alcanzar esos mundos más elevados.

—Eso es maravilloso; ¿y puede alcanzarlos?

—Sin duda, si queremos entraremos pronto en esos mundos, porque estamos de camino, estimado amigo. Antes, muchos años atrás, vivíamos todos en este mundo y no podíamos seguir más allá. Ahora estamos allí, y hemos avanzado, pues.

—¿Y están todos preparados? ¿Quieren elevarse más e ir más lejos?

—Nadie se queda atrás, todos están preparados.

—Es una gloria encontrarse con personas conscientes que sepan lo que quieren. ¿Qué cosas hace usted?

—Nosotros servimos, amigo mío, ayudamos a los pobres de espíritu, y quienes desean sabiduría reciben sabiduría vital. Ayudamos a todo aquel que venga a nosotros y estamos preparados para dar nuestra asistencia.

—Eso es una gloria. ¿Conoce usted su propia existencia? Y ¿conocen todos su propia posesión y la razón por la que son parte de esta vida?

—No solo nos conocemos a nosotros mismos, sino que también sabemos que somos parte de todos esos mundos, y le damos las gracias a “Aquel” que nos dejó ser parte de ellos. Conocemos las leyes y sabemos cómo fue creado todo y dónde estuvimos antes de que viviéramos nuestra última vida en la tierra.

—¿Está esta sabiduría ya en la tierra?

—No, amigo, en los Templos ya se sabe mucho de nuestras vidas, pero eso no. De la sabiduría suprema aún no se sabe nada, y quizá usted se la podría dar a la gente.

—¿Es en eso que reside el secreto de que nosotros, los seres humanos, tengamos que vivir en la tierra? ¿El comienzo de toda vida?

—Exactamente, en eso reside y vive el comienzo de toda la vida, así como las leyes que hemos de obedecer.

—¿Fue usted un sabio en la tierra o un sacerdote?

—En mí última vida sabía mucho del sacerdocio, amigo mío, pero era muy pobre, aunque ahora he recibido otra riqueza diferente.

—¿Sabe usted de sus vidas anteriores?

—Por supuesto.

—¿Son conscientes todas esas vidas en usted?

—También eso, amigo mío, y ahora sabemos dónde estuvimos y cómo se completaron esas vidas.

—Es poderoso lo que dice y conoce. ¿Sabe de todas las leyes que han de obedecerse aquí?

—Ya le dije que hemos conocido muchas.

—Pero ¿sabe usted también cómo pueden nacer estas flores en la tierra?

—Sí, eso también lo sabemos.

—Y ¿podría hacer eso usted, si lo deseara?

—Para eso se requieren fuerzas terrenales, o sea, dones, pero es posible.

Me miró, pero sin decir nada, y yo quería seguir porque no quería abusar de su bondad, pero él sintió en lo que estaba pensando y dijo:

—Puedo acompañarlo, amigo mío, el tiempo que yo quiera. Así que no se preocupe por nada, estoy contento y feliz de poder ayudarlo.

‘Qué modo de vida tan hermoso’, pensé, pero le dije:

—Si quiere, lléveme entonces al primer estadio de todos, cuando aún no había nada.

Me miró con sus ojos radiantes y respondió:

—¿Sería usted capaz, siendo un niño de cuatro años, de llevar a sus padres en los hombros, y así durante horas?

—Le doy las gracias, le estoy muy agradecido por esta sabia lección, esperaré.

—Gracias por su muy aguda comprensión, pero no lo decepcionaré. Vamos, sígame, si quiere.

Atravesamos otros países y vi que la naturaleza siempre iba cambiando y que había cada vez más luz.

—Todo es milagroso. No sé cómo agradecerélo.

—Aquí tenemos que quedarnos, no es posible para usted seguir, porque si no su deseo de poseer todo esto en la tierra destruirá su vida interior, y entonces ya no podrá hacer su trabajo. Pero mire bien, y tome nota de todo, de momento no volverá a ver esto. Será posible cuando esté preparado más tarde, pero ahora lo trastorna, porque esas fuerzas aún no están en usted (—concluyó).

Miré durante bastante tiempo la tierra que tenía ante mí, y sentí que me

estaba cansando. Esta belleza sobrecogedora me producía fatiga, porque no podía procesarla, y ahora comprendí la explicación. Me entró un sueño diferente al que conocía de la tierra, y el extraño me dijo:

—Descanse un poco, querido amigo, me quedo aquí velando por usted, aunque no hace falta, aquí nadie lo molestará. Cuando regrese a la tierra necesitará muchísima fuerza.

Me acosté y no tardé en dormirme. No sé cuánto tiempo había estado descansando, pero después me sentí en la gloria. Después de que me hubiera despertado vino el extraño y me preguntó:

—¿Ha descansado?

—Sí, me siento estupendamente. ¿Cuánto tiempo estuve durmiendo?

—Si tengo que seguir ese tiempo según los cálculos terrenales, habré dormido varios días.

—¿Cómo dice?

—Varios días, amigo mío. ¿Acaso no tenía todo el tiempo? ¿Por qué tantas prisas? Es mejor que esté aquí que en ese pequeño espacio.

—¿Está al corriente?

—Podemos ver todo, amigo mío.

—¿Sabe usted entonces también cuánto tiempo estuve caminando por las tinieblas?

—Allí también estuvo varios días.

—Pero entonces tendré que apresurarme, me llama mi cuerpo, tengo que volver ahora.

¿Sabe usted también de eso, quiero decir de esa llamada de mi organismo?

—Sé de ella. Tenga, mi amigo, llévese estas frutas a la tierra, le darán fuerzas. No solo alimentan al cuerpo, sino sobre todo el alma. Pero iré con usted, y luego volveré a mis amigos. ¿Nos vamos?

—Por favor, y le estoy muy agradecido.

Regresamos juntos a la tierra. De camino me aclaró muchas cosas, pero después se despidió.

—Ahora me voy, amigo mío, y usted seguirá, de vuelta a su organismo (—dijo).

Me apretó las manos muy cordialmente, mirándome a los ojos, por lo que me sentí bienaventurado. Después se disolvió ante mí y me quedé solo.

Aun oí que dijo:

—Aplíquese mucho en la tierra, sacerdote de Isis, es usted sacerdote.

—Le doy las gracias —le dije en voz alta y me apresuré de vuelta a la tierra. ‘Todo esto es milagroso’, pensé, y me sentí muy feliz. Hendí el espacio a gran velocidad y sintonicé con mi cuerpo. Después entré en mi celda, había completado un viaje asombroso. Ahora estaba en posesión de las grandes alas, tenía poder y había aprendido mucho. Me arrodillé y di gracias a los Di-

oses por tanta bondad. Después sintonicé con el tiempo porque quería saber cuánto tiempo llevaba aquí. Los siete días y noches casi habían transcurrido. Nada podría haber interferido conmigo, había regresado a la tierra con renovadas fuerzas. Había conocido las tinieblas y mundos más elevados. Qué feliz me sentía. Si tan solo pudiera compartir ahora mi felicidad con Dectar, solo entonces mi vida sería perfecta.

Descendí en mi cuerpo y me desperté. El cuerpo no había sufrido y tampoco me sentía cansado. En las manos tenía las frutas; estos productos espirituales habían vuelto conmigo a la tierra. De nuevo pensé en mi glorioso viaje. ‘Vaya’, pensé, ‘las flores. Por qué no habré pensado en ellas’. No me lo pensé ni un segundo, me sumí de inmediato en el sueño y volví a desdoblarme. Sumirme en el sueño era ahora una posesión mía y podía hacerlo cuando quisiera. Volví como un rayo a ese mundo. Fui llenándome los brazos con flores de este edén de paz y serenidad. Me llevé flores níveas, moradas y de un azul intenso, también de un rosa pálido y de otros muchos colores. También arranqué unas frutas y me las comí. Entonces regresé a la tierra.

Quería llevarlas a la tierra, igual que lo habían vivido las frutas conmigo. Pero sentí que esto tenía que hacerlo de otra manera. Por eso descendí en mi cuerpo, pero las flores las dejé atrás. Cuando desperté en mi organismo, vi las flores delante de mí. Entonces sintonicé con ellas y quería tirar de ellas para llevármelas conscientemente a mi mundo. Las agarré, me las apreté contra el corazón y volví a la tierra. Mi concentración era perfecta, se habían materializado y eran mías, aunque nacidas en la tierra. Inspiré su aroma y ahora me latía el corazón de alegría. Con las flores bien agarradas entre los brazos me quedé dormido.

No pude saber cuánto había dormido, pero en mi celda había luz. Las tinieblas habían acabado y se habían disuelto. Las puertas se abrieron, y ¿quién entró a la celda?

—Dectar, maestro Dectar, ¿viene a buscarme?

Nos miramos a los ojos. Vi y leí en él profundidad y otro sentimiento. Me llegó una felicidad indescriptible. Se me caían por las mejillas lágrimas de alegría y también Dectar lloraba de felicidad. Cuando pronunció mi nombre y vi sus lágrimas, casi me desplomo.

—Venry, mi amado Venry, qué feliz me siento.

—Dectar, hermano mío.

De nuevo sentía y veía a mi Dectar. Di gracias a los Dioses de Isis por su gran amor, su tremenda paciencia y autocontrol. Entonces me dijo:

—Sacerdote de Isis, vengo a buscarlo, a partir de ahora es usted sacerdote y recibirá otra túnica. Todos estamos muy contentos (—dijo).

Entonces observó mis flores. Dectar conocía este milagro y me hacía sentir cuánto me quería. Ahora comprendía a mi amigo. Dectar había tenido que

jugar un juego. Le di las gracias por toda esa fuerza y su severidad, aunque todavía me faltaba por comprender la razón, aunque me parecía sentirla. Todavía me dijo:

—Sacerdote de Isis. A veces hay tiempos que son muy difíciles, pero permiten que se nos manifiesten las leyes. “Aquel” que manda en el cielo y en la tierra nos da a los seres humanos cosas que cargar, y en eso hemos de estar solos. Usted ha mostrado ser usted mismo, ha salvado el abismo entre “Vida y Muerte” y es consciente. Es muy duro cuando una madre tiene que castigar a su propio hijo, porque abre profundas heridas en el corazón materno, pero si es necesario para la conciencia, para el despertar, para que la juventud se torne en vejez, entonces sí sigue ese camino. De este modo, los sacerdotes de Isis se van conociendo a sí mismos. Las flores que tiene usted en los brazos representan su sabiduría. Ha conocido las leyes, no a través de mí, ni de los maestros, sino con sus propias fuerzas. Todos lo saludamos y lo aceptamos en nuestro seno. Mi muy amado Venry, no fue mi voluntad la que se hizo, sino la de tu líder espiritual, que dijo que eras sacerdote (—dijo).

Comprendí a Dectar, y también que había podido seguirme y que seguíamos siendo uno. Había llevado una máscara durante todos esos años, pero por una fuerza increíble había sabido dominarse.

—Ven, querido Venry, los maestros están esperando, ya tendremos ocasión de hablar.

Fuimos al exterior. Se me acercó el supremo sacerdote, que inclinó la cabeza ante las flores y dijo:

—Le doy la bienvenida entre nosotros. Sacerdote de Isis, todos nos alegramos de verlo aquí con nosotros (—dijo).

Los ojos centrados en mí echaban fuego, sentía el odio y la envidia cada vez más cerca de mí. Pero todos me hicieron un lugar, inclinando la cabeza por este poderoso milagro. Ahora ninguno de ellos era capaz de igualarme. La fuerza que emanaba de este milagro los obligaba a todos a ser respetuosos. Aun así habían podido seguirme en las tinieblas y me llevaron a su santuario. El faraón había enviado a un mensajero para contemplar el milagro. Según las leyes de Isis debería haber esperado algunos meses más antes de que se me concediera llevar mi túnica. Pero recibía mi vestimenta ahora, la túnica de color blanco y amarillo con cinturón negro, en señal de que había vencido a la muerte.

Me incliné profundamente ante el supremo sacerdote. El mensajero del Rey nos invitó a todos a ir a ver al faraón. Entonces recibí mi señal y las grandes alas.

Había un joven con alas planeando por el espacio y por encima de la pirámide, extendiendo desde allí su sabiduría a quienes vivían en la tierra. Estas eran las señales de las grandes alas, y ahora las poseía yo. Entonces sentí

que me entraron pensamientos, y quise saber si los maestros sabían algo de mí y Dectar, por lo que le pregunté al supremo sacerdote:

—Maestro elevado, soy muy feliz y le doy las gracias. Pero mi felicidad no sería completa si no pudiera compartirla con mi maestro que me dio esto tan poderoso y que me convirtió en quien soy ahora.

—¿Qué desea, sacerdote de Isis?

—¿Puedo obsequiar a mi maestro esta flor que vivió y creció entre la vida y la muerte? ¿Y puedo ofrecer esta otra a los Dioses de Isis?

—Es usted un digno discípulo: me impone un total respeto y admiración. Obséquiele a su maestro esta felicidad, su firme liderazgo engrandece Isis.

Con eso supe bastante y miré a Dectar, y él también me comprendió. Entonces mi amado amigo se quedó con la flor y yo me acerqué al mensajero del Rey, diciéndole:

—Si se me concede hacer feliz al faraón, he aquí otra flor para su poderosa casa, para él y su consorte.

Me coloqué delante de él, me incliné hacia la tierra, corté en el mundo invisible un cáliz de un negro profundo y se lo entregué. Vi que todos se arrodillaron. El enviado temblaba de miedo y emoción por este milagro.

Le dije:

—Diga a su Rey que seguirá viva hasta la noche, después se disolverá.

Y me dirigí al supremo sacerdote:

—Yo, que conozco las leyes entre el cielo y la tierra, me digo ahora a mí mismo que debo irme a descansar.

Me salí del grupo, aunque era consciente de que no debería haberlo hecho, pero un sentimiento que me brotó de pronto me obligó a hacerlo. Este poder no se conocía en Isis, a ningún sacerdote se le había concedido vivirlo, aunque supieran muchísimo de todos estos milagros. Dectar me llevó a mi nueva celda. Cuando nos quedamos solos, me abrazó y ambos lloramos.

—Dectar, oh, mi amado amigo, qué feliz me siento de que todavía seas mi hermano. Qué agradecido te estoy, Dectar, te tengo un sagrado respeto, eres un gran maestro, un maestro en todo. Me faltó sagrada seriedad, pero ¿por quién, querido Dectar, y por qué tan de repente? Ahora mis dones son conscientes, puedo ir a donde quiera, puedo desplazarme ahora en la vida material, y eso gracias a ti, Dectar. Ahora vivirás milagros, amigo mío, y esta seriedad seguirá estando en mí. ¿También tú tienes las grandes alas, Dectar? ¿Y sin embargo no sabes nada todavía de Myra? Veo todo, querido amigo, y mi visión es muy nítida.

—Escucha, querido Venry. Cuando sucedió el primer milagro, fue tu líder espiritual quien me lo encargó. Oías voces en el espacio, y cuando volví a la tierra me sentí muy impresionado. Por terrible que me resultara, querido Venry, fue necesario, porque nos habíamos olvidado. Fue cuando se me

partió el corazón. A Myra no la he visto todavía, pero eso será pronto. Me siento muy feliz, Venry, ahora volvemos a ser completamente uno, aunque tenemos que seguir teniendo mucho cuidado. Para mí eres una visión, Venry, un gran milagro. Ya lo ves, también el faraón está ahora al corriente, fue posible seguirte y sentir tu poder, pero yo he recuperado mis alas, querido Venry, y de eso no saben nada. Solo tu líder espiritual, Venry, y aquel al que conociste allí.

—¿Crees, Dectar, que era mi líder espiritual?

—No puede ser de otra manera, pero para los maestros es un gran misterio, solo yo lo sé, y se me concedió verte allí.

—Entonces todo está perfecto, Dectar, y podemos empezar nuestro trabajo. Solo ahora estoy preparado, en todo, Dectar. ¿Estuvo mi líder espiritual también conmigo “en la muerte”, Dectar?

—Allí también, querido amigo, tampoco allí te dejó solo.

—¿Podrás perdonarme todo, Dectar?

—¿Es que hay algo que perdonar, Venry? Estoy muy feliz de que esto haya terminado, ahora puedo hablar otra vez contigo. Sin embargo, te seguí en todo, pero tu blindaje era perfecto.

—¿Te blindó tan profundamente mi líder espiritual, Dectar?

—¿Es posible que las personas terrenales se blinden tanto, Venry?

—No, no es posible, así que en todo hay fuerzas.

—Ahora empieza nuestro trabajo, Venry.

—Más tarde verás a Myra, Dectar, y después la “pradera”. ¿Todavía te queda algo de paciencia?

—Por supuesto, esperaré.

—¿Recuperaste las alas por medio de mi líder espiritual?

—Experimentaste la muerte, y en ese tiempo me liberó de sus fuerzas, Venry.

—Es muy hermoso todo, Dectar.

—Pero ahora tienes que descansar, Venry. Sacerdote de Isis, tiene que dormir. Ahora dormiré. Me están volviendo las fuerzas, Venry, también venciste el sueño. Dectar recibirá ahora sabiduría, y juntos iremos al faraón. Va a ser glorioso, Venry. Ya posees las alas más grandes de todas. Cómo darles las gracias a los Dioses. Me voy, adiós, Venry (—dijo).

Después de admirar mi nueva celda me acosté. Pero antes de que me durmiera oí por primera vez que mi líder espiritual me volvía a hablar:

—¿Puede usted, sacerdote de Isis, aceptar mis sencillas felicitaciones? Ciertamente, estimado Venry, ya sabes actuar y adoptar medidas. Ahora eres digno de poseer dones, tu juventud murió. Ahora sirves a los Dioses, de quienes recibiste todos estos dones. Querido Venry, ¿puedes perdonarme también a mí? Tuve que tomar esas medias, a tu amigo Dectar le pareció

horrible, pero no había más remedio.

¿Ya lo oíste, Venry? Quienes son pobres espiritualmente ya te están invitando, y de eso te hablé hace unos años. Ahora ha llegado nuestro momento. Te recibirán. Te pido, Venry, que te comportes como un sumo sacerdote. Eso también lo recibirás pronto. Muéstrales tus fuerzas, pero ve como el cordero a su madre, rodéate de toda tu sabiduría, aunque sin ocultar su maestría, solo déjales ver tus milagros cuando te lleguen los sentimientos, porque entonces estaré preparado. Porta la vestimenta de la sencillez y humildad, pero deja que emanen de ti todos tus conocimientos y toda tu fuerza, serenidad y conciencia. No te olvides, querido Venry, de que él es el faraón y que tú eres un sacerdote. Si en algún momento te sintieras superado por las consecuencias de todos los milagros, me llamas. Yo di las alas a tu hermano Dectar y le estoy muy agradecido; tengo un respeto sagrado por su gran ayuda. Venciste a la muerte, querido Venry. ¿Conoces ahora la muerte? ¿Sentiste mi calor? A partir de ahora puedes contar conmigo, has de saber que siempre estaré. No hace falta que me busques, ni que me esperes, pero aun así los milagros solo ocurrirán a través de mí. Que sepas entonces que somos uno en todo.

Eres un maestro, pero sigue siendo tú mismo. Deja que se vayan quienes causan una herida tras otra, les llegará su hora, la nuestra es segura. Les hablarás a todos, Venry, por eso has de saber elegir tus palabras de tal modo que ellos no puedan sondear la profundidad pero sí te comprendan. En eso te ayudaré. Me voy, amigo mío, nuestro poderoso trabajo empieza ahora. Quien te conoció entre la vida y la muerte te saluda.

En la corte del faraón

A la mañana siguiente, al despertarme, me sentí completamente descansado. Dectar vendría a buscarme. En muchas leguas a la redonda ya se sabía que en Isis había ocurrido un gran milagro, y que pertenecía a un sacerdote aún muy joven. Dectar me envió estos pensamientos, se lo agradecí mucho. Nuestro ser uno era otra vez normal, no podría haberme dado él alas más grandes. Al poco tiempo entró.

—¿Está listo y bien descansado mi hermano, Venry? Se nos espera y tenemos que marchar.

—¿Me seguirás en todo, Dectar? Verás a Myra, te la voy a llevar. Estoy recibiendo un mensaje, Dectar, que te alegrará. Se me concede cortar una flor para Myra, así lo desea nuestro maestro. Tienes que estar preparado para eso, Dectar.

—Me haces muy feliz, Venry, y dale las gracias de mi parte, porque me dio la gran luz. Y ahora tenemos que ir; se nos espera (—dijo).

Los porteadores estaban listos. Me sentaría junto al padre de Isis, los demás nos seguirían. Miré a Dectar, pero a través de él, y me sintió y comprendió. Poseíamos un sagrado vínculo: entre la “vida” y la “muerte” éramos completamente uno. Pronto llegamos al palacio. Los servidores del faraón fueron al encuentro de los maestros y nos llevaron a todos al Soberano. Yo caminaba junto al padre de Isis, pero no me concedía de ninguna manera pensar en nada que me afectara a mí, a Dectar o Isis. Lo seguí ciegamente, y accedimos a la sala de recepciones, donde nos esperaban el faraón y su consorte. El jefe de Egipto se nos acercó, dándonos a todos la bienvenida. Lo acompañaban dos leopardos, unos animales espectaculares que lo seguían por donde fuera. Sabía por Dectar que los habían criado los sacerdotes de Isis, por lo que, igual que los demás animales que habían aprendido en el Templo, podían obedecer una severa y firme voluntad, activada mediante la concentración.

—Les doy la bienvenida a todos. Estimado Iseués, le estoy muy agradecido por los grandes milagros de los que usted es el creador. Si puedo hacer algo por usted lo haré con mucho gusto (—dijo).

Admirado, yo solo había seguido a los leopardos. Fue por un sentimiento que me surgió de improviso que me vi obligado a seguirlos. El faraón me miraba, pero el supremo sacerdote me envió su veneno, que capté y sentí.

El faraón se dirigió al padre de Isis:

—Se me hace que a quienes saben crear milagros los Dioses de Isis obsequian también otros dones, que los dejan fuera de toda la vida y de todas las leyes, y de los que sabremos (—dijo).

A mí me dijo:

—Lo saludo, sacerdote de Isis, es usted bienvenido en mi casa. Veo que mis animales son sus amigos, y debe valorarlo mucho; su educación les enseñó a no hacer eso, pero veo otras fuerzas en usted con las que se le ha bendecido. He oído que es usted un sacerdote con dones muy especiales (—dijo).

Cuando el faraón vio que los animales me estaban acariciando, se dirigió a su séquito y dijo a su consorte y a su hermana:

—He aquí un gran milagro, un joven y ya sacerdote de Isis. Los Dioses le dieron las grandes alas y un panorama poderoso, y sin embargo pareciera que aún fuera como un niño. Ya lo ven, los animales le brindan su amistad, y todos ustedes saben lo que eso significa. Lo saludan muy profundamente (—dijo).

Entonces el faraón se dirigió a mí:

—Puede venir a vernos cuando quiera, sacerdote de Isis, mi casa es la suya.

Ahora todos se sentaron y hubo una conversación profunda. El faraón y su consorte me dieron las gracias por la flor espiritual que les había regalado. Esta se había disuelto a tiempo, un milagro que habían experimentado. La Reina pidió que se le mostraran más, a lo que el faraón nos invitó a todos a la gran fiesta de la cosecha que pronto se celebraría, para que les pudiera mostrar aún otros milagros, si los Dioses estaban con ellos. Después me hicieron preguntas y la primera del Rey fue esta:

—¿Es usted consciente, sacerdote de Isis, de los milagros que ocurren por sus dones, como dicen los maestros?

Sintonicé con mi líder espiritual y respondí:

—Si no conociera las leyes, gran faraón, habría ceguera espiritual en mí y el milagro supondría mi destrucción, y envolvería mi túnica en las tinieblas, pero hay luz y la animación es poderosa.

Se hizo un profundo silencio. La Reina había podido seguirme y preguntó:

—Habla usted de felicidad y sabiduría, sacerdote de Isis, pero ¿es de noche cuando ve todos esos milagros, cuyas leyes son muy profundas y por los que hemos de dar las gracias a los Dioses?

Estaba preparado y respondí:

—El día y la noche son uno, sabia Reina, así como la “muerte” y la “vida” que se ven en esos otros mundos, y que son el crecer y florecer, el sentir y pensar de todo lo que vive.

—¿Pudo percibir los milagros con plena conciencia?

—Me entraron luz y tinieblas, y la “muerte” dijo que estaba bien, pero la “vida” nos seguía a ambos y predominó.

No hubo más preguntas durante un tiempo. El faraón habló al supremo sacerdote y preguntó:

—Estimado Iseués, ¿es nuevo este idioma para Isis?

Mi padre se salvó con estas palabras:

—Creemos, gran faraón, que los Dioses nos están dando nuevas leyes, porque este idioma es nuevo para Isis.

Los príncipes, las princesas y la hermana del faraón se acercaron más y escucharon con atención, aunque el supremo sacerdote me envió su odio. Pero era completamente yo mismo, mi líder espiritual estaba presente. Entonces la Reina preguntó:

—Sacerdote de Isis, ¿cómo son sus sentimientos cuando vive estos milagros por los Dioses?

—El sentimiento que hay en mí, sabia Reina, es el sentimiento y pensamiento del niño aún sin nacer. Me entran silencio y serenidad. Cuando mi ser uno es completo experimento esos milagros (—dije).

Todos perdieron suelo firme bajo los pies y planearon conmigo por el espacio. Mi padre pensó tener que oscurecer la luz en mí:

—¿Puede explicar sus sentimientos de tal modo que sintamos la tierra y lo que nos pertenece, aunque al mismo tiempo estemos allí y podamos seguir a los Dioses? —preguntó.

Todos me miraron; mi padre parecía estar muy contento con su pregunta y sus pensamientos eran ‘responde, joven’.

Dectar temblaba, pero lo tranquilicé:

—Gran maestro, padre de Isis, si le digo que aquí reinan las tinieblas por mucho que brille el sol, que los Dioses viven aquí y que me conectan con las leyes, ¿podrá aceptarlo entonces? —respondí.

Se quedó pensando.

—¿Es esa la explicación de lo que pregunté? —dijo.

Yo estaba preparado y respondí:

—¿Es posible para usted sintonizar sus sentimientos y su concentración? ¿Sabe usted entonces que el estar “lejos” es el estar “cerca”? ¿Que se tiene que perder si quiere conocer y experimentar las leyes? ¿Le fue posible mientras dormía en su madre y se producía el proceso de crecimiento advertirle de peligros? Cuando está en nosotros el sentimiento, entonces ¿qué dicen las palabras, qué son las frases y qué es un idioma? ¿Para qué preguntar si la respuesta conforma su propia vida? ¿Por qué buscar calor y sabiduría cuando se le ha dado a uno la vida eterna?

Hubo un silencio glacial y el faraón dijo:

—Los Dioses quieren, estimado Iseús, que nos preparemos para comprender y sentir lo que tengan que decirnos. ¿No cree usted que mis pensamientos explican lo que se ha dicho?

Pero el supremo sacerdote se mantuvo y respondió:

—Si los Dioses se acercaran un poco, gran faraón, entonces todo cambiaría y lo que dirían tocaría la tierra en la que vivimos, nuestra razón lo

comprendería y el alado se desvanecería.

El faraón lo comprendió y se esforzó por suprimir una sonrisa.

—¿Está usted tan insatisfecho, estimado Iseués, como para obligar a los Dioses a que se nos acerquen? ¿Le parece demasiado lejano el medio por el que hablan?

En mi padre había una rebelión que divertía al faraón, igual que a todos los demás presentes. Nuestra lucha, la de sangre contra sangre, juventud contra vejez, había comenzado. Pero se mantuvo y respondió:

—Entre la vida y la muerte hay muchos mundos, gran faraón, de los que ninguno de nosotros sabe nada todavía, pero que quizá se nos conceda percibir.

Comprendí su respuesta, también el faraón la aceptaba, pero sus sentimientos y pensamientos eran diferentes. Hice una profunda inclinación ante la Reina:

—Los Dioses me dicen, sabia Reina, que tengo que mostrarle las fuerzas y los poderes que se experimentan entre la vida y la muerte como leyes. Ninguno de ustedes conoce las leyes, y las aceptarán de los Dioses porque les serán mostradas —dije.

Estaba entre todos ellos; escuchaban con tensión las palabras que ahora les dirigía.

—Ya lo ve, tengo las manos vacías. Aquí, en este espacio, veo frutas hermosas, pero son invisibles para ustedes. De modo que veo en otro mundo, donde viven los Dioses. Estos quieren que corte algunas frutas para ustedes, para que el milagro ocurra ante sus ojos.

Y me dirigí al supremo sacerdote:

—¿Ve, padre de Isis, que soy uno con los Dioses? ¿Puede ver toda esta vida tan hermosa? ¿Ve allí, delante de usted, esas bonitas flores? —le pregunté.

El faraón preguntó al supremo sacerdote:

—¿Es cierto lo que dice?

Mi padre no vio nada y respondió:

—Conocimos en el Templo a sacerdotes que creían ver. No veo ese mundo, gran faraón.

Miré a la Reina extendiendo las manos y acercándome a ella, y sentí que me entraba una fuerza enorme; se me estaba conectando con el milagro. Vi las frutas, las corté y al mismo tiempo las llevé a la tierra, por lo que todos vieron ocurrir el milagro. Tenía en mis manos las frutas espirituales, llenas de un delicioso néctar, y se las ofrecí a la Reina con las palabras que mi líder espiritual me dijo:

—Los Dioses le piden que acepte este milagro y que pruebe las frutas ante sus ojos. Los Dioses le preguntan si son auténticas, si son naturales. La vida eterna no puede superarse en riqueza y los Dioses sienten la emoción de ust-

ed, porque el milagro es poderoso.

Si en usted hay amor profundo, gran Reina, entonces los Dioses esperan que todos ustedes despierten; su panorama será contemplar el milagro y probar estas frutas que viven aquí y de las cuales el espacio está lleno. Si la conciencia infantil está en usted podrá percibir todos estos milagros, para que la felicidad cubra su casa. Nosotros vivimos en esto, sabia Reina, aunque pensemos que solo sean pensamientos, porque también esa conciencia nace de allí. Mi concentración son pensamientos centrados en este milagro, de ser uno y sentir, pero todos estos milagros suceden por mis dones, que me dieron los Dioses (—dije).

La Reina estaba muy emocionada, se hizo un silencio celestial. También el faraón aceptó la fruta que le ofrecí, al igual que su hermana; los príncipes y las princesas extendieron las manos, y también ellos recibieron. Pero los sacerdotes de Isis y el supremo sacerdote se sentían derrotados.

Los ojos de Dectar estaban radiantes de felicidad y alegría. De inmediato sintonicé con otro milagro. Mi dirigí a todos los presentes:

—Los Dioses quieren que suceda otro milagro más —dije.

Me concentré en mi líder espiritual, porque era él quien quería que yo hiciera feliz a Dectar y lo conectara con mi alma. Ahora me hice uno con mi líder espiritual, vi ese otro mundo delante de mí, corté una flor nívea y la llevé a la tierra, diciendo al Faraón:

—Gran faraón, los Dioses quieren que regale esta flor a su hermana.

Y al mismo tiempo entregué la flor a Myra. Hizo una profunda inclinación ante el milagro, me miró y me habló de sentimiento a sentimiento:

—Maestro, oh padre Taiti, veo a Dectar.

—Allí ve a mi maestro —respondí, para que todos lo oyeran—, recibí todos estos milagros por medio de él. ¿Puedo traerle al maestro Dectar?

—Por favor, sacerdote de Isis, sería un gusto.

Llevé a Dectar hasta ella; dos almas estaban siendo conectadas y reunidas en una sola vida. Al faraón y su consorte les parecía milagroso. Dectar estaba hablando con su eterno amor. A mi alrededor había felicidad, solo el supremo sacerdote actuaba de forma misteriosa. Se me acercaron los animales y jugué con ellos. Myra y Dectar eran uno y el sueño de ella pertenecía a la realidad. También se estaban haciendo realidad los sentimientos y deseos de él, así como la experimentación de todas esas fuerzas como sacerdote. Su pensamiento y sentimiento era la conciencia inmaculada y natural que había asimilado en todas esas vidas.

El faraón me dijo:

—Sacerdote de Isis, hemos visto milagros que solo son dados una vez. Damos gracias a los Dioses de Isis porque se nos haya concedido contemplar estos milagros. Hemos podido experimentar el descenso desde sus cielos, por

los milagros vemos que los Dioses están entre nosotros. Usted trae la suerte a nuestra casa, su sangre es bendita, sobre su cabeza quisiera ver la estrella de nuestra casa. Estamos muy agradecidos a los Dioses, y a usted.

Y la Reina dijo:

—Si quiere, sacerdote de Isis, venga a vernos para contarnos, a mí y a las princesas, de todos estos milagros.

Me asaltó un sentimiento de susto, del que me había hablado mi líder:

—Sabia Reina, si los Dioses lo desean pronto estaré aquí de nuevo —dije, no obstante.

Y dirigiéndome al faraón, pregunté:

—¿Me da permiso, gran Faraón, para irme ahora?

Respondió:

—Nunca antes sucedió, sacerdote de Isis, que mis huéspedes se fueran cuando quisieran, pero los Dioses sabrán por qué lo deciden así; me resigno ante su decisión. Bendigo el momento en que llegó usted aquí, y me quedo a la espera de los acontecimientos que ocurran aquí en Isis.

Se hizo un espeso silencio. El faraón se dirigió a continuación al sumo sacerdote y dijo:

—Estimado Iseués, a este sacerdote lo elevo a supremo sacerdote de Isis, y creo que los Dioses me enviaron sus sentimientos y deseos, que obedeceré.

A continuación, la Reina se dirigió a mí:

—Usted hará de Isis algo grande; por favor, transmítales a los Dioses mi gratitud, usted está tan cerca de ellos y ve que mi corazón está lleno de amor. Todos le damos las gracias —dijo.

Antes de irnos sentí que me estaba entrando el silencio, y cuando miré hacia el espacio vi a mi querida madre. Oí que me dijo:

—Querido Venry, el faraón te acogerá en su casa, sobre tu cabeza está la estrella de nuestra casa, pero ten cuidado. Ahora vete.

Me sentía muy feliz. Me ofrecieron muchos regalos. Para Dectar pedí deliciosos aceites, que también nos dieron. El faraón me entregó las distinciones del sumo sacerdote. En poco tiempo había escalado desde el escalafón más bajo hasta el más alto. Debía estar contento con este resultado. Ahora poseía poder y llevaría otra vestimenta. Ante todos incliné la cabeza profundamente, y nos fuimos.

Lyra

Mi nueva vivienda me fue asignada en la cúpula alta del Templo; en mi celda anterior no había dormido más de una sola noche. Dectar no lo podía aceptar, pero los hechos eran irrefutables. Su vida solo podía comenzar ahora, había recibido su gran amor. En él estaba el amor, pero el sacerdocio le había dado esta conciencia. Esta gran fuerza vivía en lo hondo de su alma.

Ahora podía ir a donde quisiera, no solo entre la vida y la muerte, sino también en el Templo, todos los edificios estaban abiertos para mí, ya no había muros astrales, nada me detenía. Me prescribí el descanso que creía necesitar, porque ahora ya no me hacía falta quedarme esperando órdenes. Quería empezar cuando estuviera descansado y preparado. Dectar vería la “pradera”, eso también era parte de mi tarea. Mi vida era muy diferente a la de él. Aun así nos sentíamos uno, porque veíamos una sola ley, que animaba a todo lo que viviera: era “el Amor”. Un amor que entre la vida y la muerte se vivía como una ley, y que había conocido allí, pero que todos los seres humanos tenían que asimilar. Si querían comprender este amor cualquiera recibiría la gran felicidad, pero para ello había que ponerse a servir. Dejé que Dectar se me acercara, y dijo:

—¿Está preparado el gran maestro para recibirme?

—Ven, Dectar.

—Me da miedo cuando los Dioses quieren que seas aún más grande, Venry, de lo que yo pueda ver y sentir. Me pregunto, Venry: ¿Realmente estás seguro de ti mismo? No puedo sentir a los Dioses, pero me entró miedo cuando ocurrieron así, sin más, todos esos milagros ante mis ojos. Eres poderoso como ninguno de nosotros. Creo que vi a tu madre, Venry, ¿es posible?

—¿Había miedo en ella, Dectar?

—No pude sentir eso, Venry, pero no me esperaba para nada verla, y creí comprenderla. En el fondo vivías en tu propio entorno. ¿Te sentiste en casa allí?

—Has visto bien, Dectar; mi querida madre me advirtió, pero no había miedo en ella. Cuando era niño, me habló de esto, y ahora hemos llegado a ese punto. Pero piensa, querido Dectar, que no soy más que un instrumento, en el fondo no soy nada. Todos esos milagros son poderosos, y sin embargo tan sencillos. A ojos de ellos son milagros, porque les ciega el poder y se deleitan viendo arrodillarse a sus esclavos. En mí no verás esos rasgos, Dectar, tú me enseñaste a ser sencillo, pero quien me vea de otra manera no entiende lo que es la sencillez. Los Dioses quieren que vivamos milagros, pero hasta el insecto más pequeño es capaz de hacerlos, porque pertenece a la vida de

“Aquel” que nos dio la vida. Esa fuerza está hasta en el ser más pequeño, Dectar, pero en nosotros está la conciencia de ella. No hay más que un solo Dios, amigo mío, que infundió sentimientos y alma a toda Su Vida; una sola chispa que se precipita desde el cielo lo representa a “Él”, por quien suceden todos estos milagros. No es más que una chispa y sin embargo es capaz de representar a Su Grandeza, porque da luz. Pero cuéntame, querido Dectar, ¿eres feliz?

—Oh, Venry, me siento muy feliz.

—Sí, Dectar, ahora eres tú mismo y yo soy yo mismo, pero ambos seguiremos avanzando. Tú en el amor, pero yo he de terminar mi tarea. Te pido, sin embargo, que me cuentes lo que sientes cuando lo sabes todo y te conoces a ti mismo, cuando te ha entrado la conciencia y planeas sobre nubes, cuando abrazas a tu alma gemela, que te has ganado con pena y dolor.

Pero cuando luego estés en la “pradera”, querido Dectar, ¿sabrás entonces si las cosas que poseíste en otras vidas eran más grandes que esta felicidad? Quiero saber, amigo mío, si una corona es más poderosa que el amor, aunque estoy convencido de cuál será tu respuesta, como la gran felicidad que ahora está en ti y que irradian, y que entonces también me sonreirá a mí. Pero ya me pregunto ahora, querido amigo, si realmente tienes las fuerzas para eso y no sucumbirás. ¿Qué harás, Dectar, si tu corazón está lleno de amor? Cuando planees por el espacio con tu alma gemela a tu lado, ¿cómo serán tus sentimientos entonces? Cuando “vayas adentro”, querido Dectar, en un Templo elevado muy por encima de todos los demás, ¿cómo serán tus sentimientos, amigo mío, cuando tu ser uno sea perfecto? Todo eso lo quiero saber de ti, Dectar, tú me lo tienes que decir, tú vives en esa inmaculada felicidad. Pero ahora voy a ver, amigo mío, escucha.

Tenemos que ser muy cautos, porque el supremo sacerdote está furioso. Pero no te preocupes de nada, estoy preparado. Ahora, sin embargo, lo siguiente. Ahora vives esa poderosa felicidad, incomprendida, pero más tarde, Dectar, quizá dentro de siglos, yo recibiré ese amor y entonces tú poseerás las grandes alas. Cierto que en esta vida no has sido sacerdote, pero ya conociste las leyes, y por eso estás aquí en el Templo. En esa vida verás los milagros como yo los tengo que experimentar ahora. Entonces vivirás entre la vida y la muerte, y se te concederá hacer feliz a muchísima gente. Ahora vives en tu eterna felicidad, entonces te pedirán que des todo lo que tengas dentro, y tendrás que servir. Prepárate para eso, Dectar. Que ahora estés conociendo esta felicidad es porque en siglos posteriores tendrá que haber en ti la conciencia de todos estos milagros y de las leyes; todo eso te será dado por las alas más grandes de todas.

Veo todas estas leyes y sucederá tal como lo quieran los Dioses. Ahora te espera la felicidad en su forma astral, vivirás todo como alma, pero con plena

conciencia; pero entonces planearás entre el cielo y la tierra, yendo y viniendo, de la tierra a las tinieblas, a los cielos y aquellos lugares en el espacio donde ahora no permaneceré. Pero quizá se me conceda ir a verte y explicártelo todo. Ahora veo con mucha antelación, muchísima, Dectar, y esto es parte de todos esos milagros.

Se me ha dado, querido amigo, conectarte. Hoy verás la “pradera”. Después estaré preparado para los grandes acontecimientos que se vivirán en Isis. Eso nos ha sido dado, pero quienes vengan después de nosotros seguirán este sendero, porque es luminoso.

Lo viste, Dectar, los milagros llegaron a nosotros antes de lo que pensábamos. A algunos les toma siglos y tienen todo el tiempo para prepararse, pero nosotros, querido Dectar, vamos sobre alas y en breve estaremos preparados.

—¿Sigue siendo necesario nuestro muro, Venry?

—Más que nunca, Dectar, quiero seguir así, no veas en mí un poder supremo. El muro es necesario hasta el último momento. Cuando haya pasado mucho desde la puesta del sol, Dectar, iré a buscarte e iremos a la “pradera”.

Dectar se fue; yo también sentía necesidad de estar en la naturaleza y visité los jardines de Isis. Tenía que intentar procesar todo lo que había vivido. Los jardines del Templo estaban ahora abiertos para mí.

Pronto alcancé la edad de diecinueve años, pero ahora estaba del todo preparado y fuerte, aunque esa fuerza vivía entre la vida y la muerte, y ni siquiera me pertenecía. No obstante, me entregué del todo. Me entró el sentimiento de ir a visitar los edificios donde vivían las sacerdotisas. Ahora tenía derecho a entrar allí, y ya no hice caso de los muros astrales, ni de los maestros; había vencido todas esas leyes. Desconocía lo que experimentaría allí, pero seguí los sentimientos que me acababan de llegar.

Accedí al santuario de las sacerdotisas y me di de bruces con mi padre. Mi vida interior adquirió una aguda conciencia. Mi padre, ¿aquí? ¿En este edificio? ¿Habrá sacerdotisas que requieran una formación especial? Leí su alma y eso despertó de golpe mi odio. Ya no me imaginaba capaz de odiar, pero ahora no sentía otra cosa que odio, aunque solo por él. Me miró con sus ojos destellantes, que me enviaban su odio destructor desde detrás de una máscara. Me había reconocido; ahora sabía quién era, pero comprendí que mi nacimiento y juventud quedaban ocultos para él. Estaba enfurecido, aunque intentaba dominarse. Se me había revelado ahora la debilidad de su carácter.

Pasó de largo, pero retomamos las armas que siglos atrás habían sido enterradas, y en el fondo no fue hasta este instante que empezó la lucha a vida o muerte. Sangre contra sangre, el hijo contra su padre, pero vencería la juventud. Vio en mí al padre Taiti. Me había reconocido por mis dones y los milagros, su visión e intuición eran ahora excelentes. Este ser humano había

experimentado por mí la hoguera, lo había castigado por todos sus asesinatos; nuestros caminos volvían a cruzarse y volveríamos a experimentar las leyes. Él pensaba que también ahora podría desfogarse, pero yo destruiría su vida, aunque de otra manera, muy diferente, de tal modo que su alma despertaría.

—Es usted poderoso, padre Iseués, pero transparente como un niño, por lo que hasta un ciego ve lo que quiere y cuáles son sus deseos.

Mi nueva túnica me abría las puertas del Templo de Isis, nadie podía detenerme. Sentía que me llegaba odio, nada más que odio. ¿Cuántas hermosas sacerdotisas habría en el Templo?

Conté diecisiete celdas; aquí había hijas de príncipes y dignatarios, pero solo unas pocas que tuvieran dones “naturales”. Entré en una sala donde estaban reunidas las sacerdotisas. Una de ellas, que derrochaba su luz por encima de mí como un sol radiante, me miraba. Me asusté mucho. ‘Eres tú, Lyra? ¿Tú? ¿Aquí? ¿En el Templo? ¿Es por ello que mis pasos son conducidos hasta aquí? ¿Existía el deseo de que me encontrara con mi padre? ¿Quieren darte a ti también las grandes alas?’. Me preguntaba si estaba soñando. No podía ser de otra manera, ella era Lyra. ¿Cómo darles las gracias a los Dioses? Lyra, ¿se me concede verte? Las otras sacerdotisas se fueron y me acerqué a ella.

—Alma de mi alma, ahora se nos concede vernos, pero todo me ha quedado claro. Soy yo, amada Lyra, de niños estábamos en la “pradera”, también ahora nos ha conectado mi maestro. ¿Te acuerdas de la “pradera”?

—Lo sé todo, Venry, he tenido que esperar mucho tiempo, pero has venido a mí. Mi visión, sin embargo, es verdadera. Qué grande eres, Venry, conozco tus milagros, vas a engrandecer Isis. Veo en tu vida, se me concedió seguirte siempre. Mi maestro me mostró, como si lo sintiera, que mi vida está preparada. Ay, no temas, Venry, tu líder está velando, siempre veló por mí; esa formación queda lejos de mí; mi causa y consecuencia hicieron la transición a la espera. En mi alma está mi propia protección, porque los demonios me visitaban muchísimas veces; pero también hubo otra fuerza, muy fuerte y poderosa, Venry, que a ti te hizo experimentar los milagros, y que puso alrededor de mi alma el primer milagro de todos, por lo que se marcharon atemorizados. Serviré, Venry, y quien quiera servir recibe la protección de los Dioses, aunque me encontré muy solo frente a un poder tremendamente superior.

—Lyra, mi alma, estoy aquí para engrandecer el Templo de Isis. Se me concedió ver en nuestra vida anterior. Lo que experimentamos allí fue pasión y violencia. Ocasionamos pena y dolor a otros, pero nuestras almas despertaron y nos saturamos por medio de quienes murieron en la hoguera. ¿Eres consciente también en eso, Lyra?

—Sí, Venry, lo sé todo.

—Si esto lo tienes claro, Lyra, ¿sientes entonces por qué estamos aquí? ¿Es

consciente en ti el milagro del ser uno? Me darás la fuerza para completar mi tarea, porque los Dioses saben que solo, sucumbiré. Me pertenecerás en otras vidas, porque ahora todavía no estamos preparados, querida Lyra, para recibir la felicidad más elevada de todas. Y sin embargo somos uno, pero este ser uno es una gracia y pertenece a mi tarea. Vivimos en las leyes, este ser uno va de la mano de esta causa y consecuencia, hija mía, y es parte de ellas.

¿Cómo podría servir, Lyra, si no conociera el amor? ¿Qué sientes tú? ¿Puedes aclararme todo?

—Mi querido Venry, gobernante de Isis, portador del amor, ya experimentaste milagros, pero los venideros superarán a todos los demás. Los Dioses quieren que sirvas, y yo también tengo que servir. Nuestro ser uno hizo que se despertaran tus dones y se formara tu alma. En mí vive Isis, somos hijos de Dios, nuestra vida terminará en esto, para luego proseguir y enmendar. Aunque mi alma vaya a vivir en otros cuerpos, somos y seguiremos siendo uno, Venry. Daré a luz a niños, creados por otros, y sin embargo soy tuya, solo tuya, Venry.

Esperaré, pero alguna vez seré grande y volveré a ti, y si es necesario me entregaré por completo, sea como sea mi final en la tierra. Llegarán tiempos, Venry, en que no sepa nada de todas estas leyes, pero en mí estará el sentimiento que me da fuerza para aceptar todo. Ahora portas el amor, en otras vidas eres inconsciente y preguntarás “por qué y para qué”. Empecemos, querido Venry, y nuestro primer ajuste de cuentas lo aceptarán los Dioses, para que puedas volver la mirada sobre esta vida. Cuando algún día esté el vacío en nosotros y tengamos que sufrir el dolor que nos espera, estaremos preparados también para eso. Esta vida predominará, querido Venry, y nos fortalecerá cuando nuestras almas clamen y busquen sin encontrar el camino, y estemos rodeados de tinieblas. En mí misma están todos esos errores y pecados. Esta vida transcurre, querido Venry, para prepararme para todas esas otras vidas en las que serviré, en las que experimentaré el dolor y la pena, la incomprensión, el estar sola, el experimentar sola, y el buscar y preguntar por mi alma.

¿Que por qué estoy aquí, Venry? ¿No es consciente ahora mi alma? ¿Podría vivir ahora en las tinieblas? ¿No vamos ambos por un solo camino? ¿Y no es para que despertemos? ¿Puedes estar más lejos que yo? Si tú tienes que seguir la luz, esta también me envolverá a mí con sus rayos, o no seríamos uno. Si buscas, querido Venry, yo también buscaré, si hay vacío en ti, también lo habrá en mí, porque en todo somos uno.

Oh, lo comprendo todo. Llora cuando veo en las siguientes vidas, Venry, no por miedo, ni por el vacío, sino por el deseo de servir. Serás muy grande, después de nuevo muy insignificante, sin saber ya nada de todos estos milagros, porque entonces habrá otra vida que predomine. No preguntes entonces

por qué estás solo, ni por qué tienes que experimentar esa soledad; “iremos adentro” entonces en la causa y consecuencia, y entraremos también en ese Templo, dando las gracias a los Dioses porque se nos concediera servir y despertar.

Doy las gracias a los Dioses, querido Venry, que se me concediera verte ahora. ¿No podemos ser felices? ¿No es nuestra lucha para despertar? ¿Cómo fue nuestro final cuando el padre Taiti conoció a su gran amor? Todavía siento las alimañas en mi corazón, aún los dolores y el despertar en el espíritu. Oh, mi alma, cuando sea “madre”, y viva y crezca en mí la partícula de ‘Amon-Ré’ y se quede dormida bajo mi corazón, entonces seremos uno, porque nos hará despertar. Soy consciente, querido Venry, como nunca antes, porque pienso y siento, y esta soledad es solo un breve instante. Mi preparación será recibir, y este recibir significa que habremos vivido nuestra vida terrenal y que continuaremos en esos otros mundos. Seguiré rezando y pidiendo a los Dioses que también ahora se me conceda morir contigo, será lo único que pida. Mi oración va lejos, alcanza a los Dioses, querido Venry. A ti se te dará la sabiduría y el conocimiento de que te espero y de que me llamas para que me prepare. Sé que es una enorme gracia, pero aun así podemos recibirla, querido Venry, si haces lo que te piden las leyes, y así sucederán los milagros. No suplico que se me haga feliz; soy todo, alma de mi alma, en mí está la felicidad, la de querer despertar y seguir a los Dioses. Solo pido que se me conceda morir también ahora contigo, pero este morir significará la conciencia y el “ir adentro”.

—Gracias, amada Lyra, por la fuerza que hay en ti, me alegro de que sepas todo. El poder que se me ha dado te protegerá en el Templo; en otras vidas los Dioses velarán por ti. En la “pradera”, querida Lyra, volveremos a vernos. Estoy preparado, lo tienes todo, eres una con mi alma, ambos representaremos algún día a “Él”, nuestra casa será como es el espacio y recibiremos en nuestro seno a todo aquel que quiera despertar.

Cuando las tinieblas cedan ante la nueva luz, cuando los demonios estén condenados a quedarse dormidos, cuando mi sangre se repose e Isis despierte, cuando la Diosa coloque su corona de rayos en tu amada cabeza, entonces, querida Lyra, habré terminado mi trabajo e “iremos adentro”, recibirás y estaremos entre “la vida y la muerte”. Entonces iré a buscarte y recibirás “Muerte y Vida”, porque quieres servir (—dije).

Mi líder espiritual planeaba entre nosotros, y quería que yo también la hiciera feliz a ella.

Dije a Lyra:

—Deja que te apriete contra mi corazón, Lyra, y mira cómo será nuestra vida algún día.

Me abrazó, y yo a ella, pero entre nuestros corazones vivía y despertaba el

Loto. Su luz irradiaba nuestro amor entero y nuestros corazones se fundieron en uno solo; nos entró el silencio, más profundo e intenso que todos los poderes y todas las fuerzas terrenales juntos. En su alma vivía el amor eterno, en sus ojos vi representado el universo entero, su corazón me hablaba, y el hechizo, el felicísimo ser uno con 'Amon-Ré' estaba despertando, porque nuestras almas aceptaban esta sagrada irradiación. Vivimos durante unos breves instantes en el espacio, y vimos Templos y los ángeles que vivían allí.

—Alguna vez, querida Lyra, seremos como el Loto. Nuestra luz será entonces clara, nuestras túnicas serán de una sola hechura, tejidas con nuestros actos, y que solo se llevan allí donde vive mi madre. Guarda el Loto, amada Lyra, cuando se disuelva iré a buscarte y moriremos. Qué agradecido estoy a los Dioses.

Oh, mi alma, no preguntes nada, venceré mi odio y me acercaré a él con dignidad. Mi lucha se libraré en el amor, porque quiero servir y llegar contigo a un solo vivir, un solo sentir y un solo comprender, solo entonces nuestro amor será perfecto. Me venceré a mí mismo, Lyra, y depositaré todo mi ser en tus manos y velarás por mí como está en ti la profundidad de tu "amor materno". Entonces iremos "adentro", Lyra, y nuestra vida será bendita.

Reina de mi corazón, ¿estás convenida de que me venceré a mí mismo? ¿Sientes que ahora por fin estoy preparado? Vives en mí y alrededor de mí, serviré a nuestra felicidad. Ahora sentías que yo vendría, también más tarde se te concederá saberlo. Tengo que partir, Lyra, me lo hace sentir mi maestro.

—Ve, mi amado Venry, no te preocupes, te esperaré.

* *

*

Me fui, pero Lyra vivía cerca de mí. Me pertenecía, di las gracias a los Dioses por ello. Son inescrutables los caminos que los Dioses nos obligan a recorrer, puede ser en pena y dolor, pero también en la felicidad. Comprendí todo, sentía esta gracia, mi servir sería perfecto. Tendría que ganarme mi alma gemela, todas las personas lo vivirían. Éramos conscientes en esto. Cada cual experimentaba su propia causa y consecuencia, sus deseos. Todos estaban de camino para encontrarse con esa alma, que ocupa una sola parte, un solo cielo, un solo Templo, un solo espacio para ambos, donde vivían. También nosotros estábamos de camino y ocupados en ganarnos todas esas cosas poderosas.

Volví a mi vivienda, porque quería revivir todo en mi propio entorno. Tenía que ser cauto, de todas formas, aunque tuviera poder y tuviera la simpatía del faraón. Mi padre todavía era el supremo sacerdote del Templo, pero su

odio era demoniaco. Aún eran milagros para todos ellos, más tarde podrían declararme loco, pero antes de eso tenía que estar preparado para ello. Poseía dones de los que ninguno de ellos entendía nada. Y en eso residía el peligro y estaban los pensamientos que también ahora me llegaban. Apuntaría de forma natural mi arma espiritual sobre él; la lucha que libraría me parecía muy hermosa y de lo más natural. Vencería por medio de mi líder espiritual. Le di las gracias por todo, también por esta felicidad, y me esforzaría al máximo.

La “pradera”

El sol se había puesto hacía mucho, en Isis todos se habían quedado dormidos, pero yo me preparaba para desdoblarme corporalmente. Mi líder espiritual velaba por mi cuerpo material y me representaría, en caso necesario. Lo primero que hice fui ir a Dectar. Cuando llegué a él, me estaba esperando en el espíritu, su organismo también recibía ayuda, porque si no le sería imposible partir. Lo oí decir:

—No creas, Venry, que esto no es parte de nuestro trabajo, estos acontecimientos también tienen significado, de lo contrario no me ocuparía de los sentimientos y deseos terrenales. No puede usted sondear cuánto me adelanto viendo, pero ha de saber que a Dectar le es necesario esta conciencia. Váyase ahora, se velará por la túnica material suya, los muros astrales de Isis ya no lo mantienen preso.

Dectar estaba radiante de felicidad cuando me vio y dijo:

—Oh, Venry, cómo podré compensarte todo esto.

Le conté lo que había oído y me comprendió.

—Si ahora se me concede recibir, Venry, quizá seas tú más tarde el afortunado y yo ya no sabré nada de todas estas cosas milagrosas. Pero te prometo que cuando posea dones me esforzaré al máximo.

—Ahora escucha, Dectar. Te llevo a la “pradera” y allí esperarás, porque regreso a la tierra para ir a buscar a Myra. Más tarde ya no será necesario y podrás ir a donde quieras por tus propias fuerzas (—dije).

Abandonamos la tierra y planeamos juntos a la “pradera”. La “pradera” está entre la vida y la muerte y es un lugar donde el alma puede morar temporalmente para desprenderse de los sentimientos. Es aquel lugar donde se encuentran las personas terrenales y donde son uno con quienes ya murieron. Pero cuando se experimenta este ser uno, ocurre en sus sueños; algunos son conscientes, pero entre millones de almas no habrá más de una que posea estos dones, que hará que la conciencia de ambas sea perfecta. Yo conocía la “pradera” por ya haber estado allí con Lyra, conocía ese lugar sagrado también de mi vida anterior. También entonces nos desdoblábamos de nuestros cuerpos materiales. Cuando me desdoblaba liberaba a Lyra y planeábamos juntos por el espacio. A veces, el desdoblamiento ocurría de día, pero normalmente después de la puesta del sol, cuando el universo podía recibir las almas terrenales en el silencio de la vida. Habíamos experimentado más de una vez que Dectar quisiera planear sobre nubes, y era una sensación asombrosa. Entonces planeábamos por el espacio y vivíamos allí, lo que para muchos era una revelación.

La “pradera” es como un sanatorio, donde el alma se hace con nuevas fuerzas para poder experimentar la vida material en todos los estadios de pena y dolor. No hay alma en la tierra que no haya estado allí, consciente o inconscientemente. Pero volvían a la tierra reanimadas, llenas de fuerzas espirituales, para aceptar lo que portan y descansa encima de sus hombros como causa y consecuencia. Lo sé, igual que quienes viven en ese otro mundo y ya lo han experimentado. En todos nosotros yace el deseo de encontrarnos con esa alma por la que sentimos amor y que los Dioses pudieron darnos como una gracia. También sé que solo verán la “pradera” quienes desean con sinceridad y que están preparados, no quienes tienen que despertar ni aquellos para quienes este amor carece de significado, que experimentan la vida terrenal de forma inconsciente.

Sin embargo, también ellos ven la “pradera”, porque su alma también vive y está en algún lugar, y eso puede ser en el espacio o sobre la tierra. Pueden encontrarse unos a otros en todos los estadios diferentes, pero es el organismo en el que vive el alma. Todos esos cuerpos representan la cantidad de estadios que posee el organismo material, que empiezan en la niñez.

Los estadios que puede recibir el alma y que ha de experimentar son incontables. Lo que ahora es el niño en la tierra, que posee la conciencia paterna y materna, era en la vida anterior “madre” y “la madre” de quien ahora es madre. Las leyes de Dios son inescrutables, insondables, no pueden conocerse ni sentirse, y aun así son visibles para quienes aceptan que no hay muerte, que el alma alcanzará la plena conciencia espiritual en ambos cuerpos. Así es como es, eterno, esto seguirá siendo así eternamente, porque estas son las leyes, y que nosotros los sacerdotes quisimos conocer.

La “pradera” se encuentra por eso entre la vida y la muerte y es una esfera espiritual. Es como un rinconcito de la tierra y como un lugar celestial, es ambas cosas, refuerza el organismo y la vida interior. En la “pradera” se es consciente y allí es donde la vida anterior vuelve a nosotros. Allí se sabe a dónde vamos y quién nos pertenece, quién está para la eternidad con nosotros y sigue formando parte de nuestra vida. La “pradera” es para agitar y despertar la conciencia espiritual, y para espolear el alma para que desee ese amor, lo cual significa volver a Dios. El Creador del cielo y la tierra comprendió que Sus hijos no despertarían si de tiempo en tiempo no se les concedía “ir adentro”. Este “ir adentro” es la alegría y la felicidad para el alma, que esta experimenta al volver a la tierra como “sentimiento”.

En la “pradera” la madre vuelve a encontrarse con su tesoro fallecido, el padre con su mujer, la hermana con su hermana, el hermano con su hermano, pero los amados se encuentran el uno al otro como almas gemelas y experimentan su felicidad espiritual. La “pradera” ayuda al hombre material a portar, sirve y da, brinda fuerza y ganas de vivir a lo que es la vida de Dios.

Dios comprendió que todos Sus hijos sucumbirían, porque la vida terrenal solo es para despertar, para enmendar lo que alguna vez se hizo mal.

En las muchas vidas en las que el alma vivió y mancilló, y además odió y encima destruyó, la “pradera” viene a auxiliarla. Pero sobre todo en la vida en la que la vida sobre la tierra es un continuo castigo, allí la “pradera” da al alma fuerza y resistencia, si no sucumbiría.

Pregunté a Dectar:

—¿Hay conciencia en ti, Dectar, de que alguna vez estuviste en la “pradera”?

—En mí, querido Venry, está y vive esa gran felicidad, pero Myra también lo sabrá (—dijo).

Planeamos cada vez más lejos, apartándonos de la tierra. También podríamos quedarnos en el espacio y acostarnos para descansar en la mullida cama de la energía y fuerza por las que se originó el espacio. También podíamos ir a otros países y, si así lo deseábamos, seguir allí a las personas en sus quehaceres, todo estaba a nuestro alcance y abierto ante nosotros, porque estábamos en posesión de las alas. Pero seguimos más y más, por lo que la tierra se disolvió ante nosotros, y entramos en otro mundo. Allí está la “pradera”, entre el cielo y la tierra, y está conectada con ambos mundos.

Cuando estuve poseído de niño volví a ver allí a Lyra. El estado de posesión me condujo a la “pradera”, porque por medio de aquella volvió a ser consciente mi vida anterior. Había visto la “pradera” en esa vida, esos sentimientos iban vinculados a esta y entonces volví a vivirlos. Los sucesos graves cavan profundas heridas en el alma humana, que se experimentan como sentimientos. Semejante sentimiento me conectó con la “pradera”. Por estar poseído despertó mi alma, ese sentimiento emergió y se hizo consciente en mí. Ahora, sin embargo, estábamos siendo reunidos por una ayuda invisible. Pero el sentimiento en el que alguna vez vivimos y en el que el amor despertó en nosotros sería en la siguiente vida el deseo, que está presente en cada alma y que esta percibe como “sentimiento” y que así ha de ser vivido. Empezaba a aceptar y a comprender todo.

Pero en la “pradera”, todos esos sentimientos vuelven de manera consciente: son la conciencia de la vida anterior. En mí había calor y dones, pero esas leyes las había asimilado, y había conocido la mística. Nos habíamos matado castigándonos. Lo que ahora poseía como sentimiento pertenecía a la vida del padre Taiti, pero ahora vivía en otro organismo, y estaba preparándome para poder recibir el amor inmaculado durante siglos. Por esta conciencia volví a ver a Lyra y Dectar a Myra, porque éramos almas gemelas; de lo contrario no habríamos podido vivirlo. Eso también me quedaba claro.

Lyra vivía en la tierra, como yo, y éramos uno. Más tarde tendríamos que volver a separarnos para enmendar otra causa y consecuencia. En esa vida

anterior nos habíamos suicidado, después hubo que esperar un nuevo organismo y volvimos a nacer. Pero en ese tiempo no había cambiado nada en Lyra, ni en mí ni en Dectar. Yo solo había recibido un nuevo cuerpo, pero era de nuevo sacerdote, porque hacía el mismo trabajo, aunque ahora buscaba lo elevado. Mientras iba planeando me entraron todos estos sentimientos. Todo me había quedado claro y se me hacía muy natural, porque pasado no había, vivía en el “ahora”.

Dectar me dijo:

—Qué claro se me hace todo, Venry.

—¿Pudiste seguirme, Dectar?

—Sí, Venry, porque te seguí en pensamientos y me pareció muy instructivo. He vuelto a aprender mucho.

—Qué sencillo es todo, ¿verdad, Dectar?

—¿Pueden ser antinaturales los Dioses, Venry?

—No, amigo mío, no es posible, pero tenemos que despertar.

La vida de Venry y del padre Taiti, querido Dectar, solo ahora se convierten en una sola, ¿también comprendes eso?

—Ahora eres consciente, Venry: ambas vidas son del todo una, así lo veo yo, pero eres tú quien lo experimenta.

—Mira allí, Dectar, la “pradera”.

—Mi querido Venry, comprendo todo.

—Enseguida vuelvo, Dectar, estás esperando a Myra.

Volví muy veloz a la tierra y pronto alcancé el entorno donde vivía Myra. Entré en el palacio. También alrededor de este edificio vi un muro astral, esta casa estaba siendo protegida contra los demonios, pero el muro había sido levantado por los maestros. Entré en otro edificio, situado detrás del palacio. Pronto llegué a la habitación de Myra. Estaba sola y profundamente dormida. Apretaba su flor contra el corazón, pero en este viaje aquella se disolvería. Aquí no estaba su consorte. Cuando sintonicé con él, vi dónde se encontraba en este momento. Estaba unido al aura de Myra, pero solo para esta vida; en la vida eterna Dectar era su alma, su amor, su propia vida, su felicidad y gloria.

Un dignatario de elevado rango podía hacer lo que le placiera, pero estaba muy alejado de esto tan poderoso y era inconsciente en el amor. Sintonicé con la vida de su alma y la liberé. Me reconoció de inmediato y preguntó:

—Oh, padre Taiti, ¿ha llegado hasta mí? Maestro mío, ¿me llevan sus milagros hasta Dectar?

—Ven, querida Myra, sígueme, Dectar espera en la “pradera”.

Fuimos planeando por encima de las pirámides, ascendiendo más y más, hasta que la tierra desapareció de nuestra vista. Por el camino le fui haciendo preguntas.

—¿Es todo en ti consciente, Myra?

—Hay muchísimo que sé, Padre, pero no todo. Cuando todavía era una niña todos los sentimientos de mi vida anterior eran conscientes en mí, pero cuando me hice algo mayor se durmieron. Algunas veces podía ser muy mayor, otras veces era como una niña.

—¿Es verdadera la felicidad en la vida material y en la conciencia, Myra?

—Soy tan feliz, ahora acabaré mi tarea, pensé que sucumbiría bajo ella. Esto me da fuerza, por difícil que sea, no abandonaré mi casa. Ahora sé que mi alma es consciente de mi amor, porque tuve dudas; ya no pensaba nada, ya no sentía nada y estaba preparada para volver a tomar el veneno. Ahora puedo esperar, sé que durará siglos, pero aun así puedo esperar. ¿Ya sabe dónde vive Lyra?

—Sí, Myra, hoy se me concedió verla. Está en Isis, y si lo deseas visita entonces a las sacerdotisas allí, se lo haré saber. Conoces su pensar y sentir, y Lyra te reconocerá.

—En mis sueños veo a Lyra, muchas veces viene hasta mí, pero no me dijo su nombre. ¿Posee las alas? ¿Tan cerca de mí está?

—La verás, Myra, vete a visitarla y habla interiormente, de sentimiento a sentimiento y llévale todo mi amor.

—La sabiduría que usted posee ahora, maestro, ¿es de este mundo?

—Sí, Myra, los Dioses quieren que purguemos Isis de todas las tinieblas. ¿Tienes algo que decirme, Myra? Lo leo en tu alma y quieres decírselo a Dectar. Habla, Myra, estoy preparado.

—Tendrá mucho cuidado, ¿verdad, maestro?

—¿Ya fue elegida la princesa, Myra?

—Cuando usted lo desee, quieren la sangre de usted, y usted hará feliz a Karina.

—Me armaré para ello, Myra. Observa, hija mía, allí está la “pradera”.

Dectar estaba rejuvenecido; se arrodilló un joven, hizo una profunda inclinación ante su alma gemela. Myra se acercó a él y ambos me dieron las gracias.

—Eso no, hijos de Dios, no hagan eso, den las gracias a “Él”, que hace posible todo esto. Solo ahora podrán empezar su vida. Pero han de saber que ambos vivirán en otras vidas para asimilar la conciencia más elevada. Todos hemos de seguir avanzando, enmendaremos lo que alguna vez hicimos mal, pero iremos siempre más alto para alcanzar los cielos más altos de todos. Te esperaré por la mañana, Dectar, tienes que explicármelo todo.

Dectar y Myra se disolvieron ante mis hijos, porque la “pradera” es inconmensurable y no tiene final, y es una con las esferas más elevadas de todas, por lo que los Dioses están allí cuando “van adentro”. Vi a millones de personas, todas experimentaban una sola cosa, que es la más increíble, la más

poderoso que siente el alma y por la que muere y sacrifica su propia vida, y que es percibida como “El Amor”. Después me fui planeando de vuelta al Templo de Isis. Visité a los maestros, pero permanecí invisible para ellos. Ahora hice la transición a todos los secretos, me eran visibles. En estas habitaciones se habían urdido y ejecutado terribles asesinatos. Podía ver ahora siglos hacia atrás. Vi a todos esos sumos sacerdotes ante mí, uno tras otro, iban sucediéndose. Aquí vivía el veneno del Templo de Isis, y eso tenía que cesar y ser limpiado, y así sería. Aquí moraban sus actos, vi muchas escenas. Las sacerdotisas y los sacerdotes que habían sido envenenados y que yo percibía como sombras esperaban aquí para vengarse. Comprendí, en cambio, que ninguno conocía las leyes, este planear sin rumbo significaba ser inconsciente en la vida en la que estaban. Había pasión y violencia en ellos, sucumbían y ya habían sido arruinados en la tierra, porque tampoco estaban libres del odio. Esta conciencia pertenecía a las tinieblas.

Recé a los Dioses por fuerza, porque me sentía preparado para destruir todo esto. Volví con otra sabiduría a mi organismo material y cerré las puertas de mi alma para cualquier incidencia. Ahora no estaba abierto a nada, solo a la serenidad y al silencio de la “pradera”, a la sabiduría que me daba la plena conciencia.

Mi líder espiritual no me dijo palabra alguna, pero eso también lo comprendí, no requería ninguna explicación de él. Pronto me quedé dormido y cuando me desperté por la mañana me sentí gloriosamente descansado. Llamé a Dectar para que viniera.

—¿Puede aceptar mi maestro que sigo viviendo en el espacio? —dijo al entrar a mi celda.

Me quedaba claro que me hablaba desde el espacio. Los maestros nos estaban siguiendo y dijo:

—Los Dioses me dieron las grandes alas, por lo que se me concedió “ir adentro”. Mi alma está llena de esa sabiduría que recibí allí; una sabiduría que es poderosa y profunda, por lo que hay gratitud en mí, alegría y felicidad, sencillez y humildad, así como los sentimientos del niño nonato, que me dieron ese sagrado silencio. ¿Está convencido mi maestro de que la conciencia adulta significa la destrucción de este silencio? ¿Puede aceptar, maestro de Isis, que “ir adentro” supone experimentar todos esos milagros? Cómo temblaba yo de emoción cuando me conocí a mí mismo y me entró una conciencia diferente. Cuando vi y sentí cómo nos habían creado los Dioses comprendí que esto era lo único por lo que despertábamos. Esa revelación reprimió mi sentir humano y conciencia diurna, y fuimos “adentro” para recibir los milagros, que nos hicieron comprender qué es lo que nos reconduce a Dios. Es el “Amor”, maestro de Isis, solo el “Amor” puede engrandecer Isis.

En la “pradera” llegamos a tener plena conciencia nosotros y todos aquellos

que experimentaron el milagro como nosotros. Una corona no significa nada cuando no hay amor en aquellos cuyas cabezas han sido coronadas. Lo poderoso que un alado puede disfrutar al margen de la tierra, maestro de Isis, se acerca al panorama inconmensurable. Ahora sé que las cosas que mañana nos harán grandes y felices a nosotros los humanos, solo son posibles por la vida y que significan el “ir adentro”. Quien desperdicie todas esas fuerzas recorre un sendero sin salida, porque cuando todas las almas vivan como nosotros, llegará un tiempo en que ya no habrá almas en la tierra. Cuando conocimos eso, inclinamos la cabeza y entramos en el “Templo de Amor”, y éramos uno con la realidad. En nuestro corazón vivía el Loto, y fuimos bendecidos. Después volvimos al mundo material y se nos concedió que nos situáramos juntos en las nubes. Planeamos por el espacio sobre un lecho de energía y fuerza, hasta que fue despuntando el día y tuvimos que volver a nuestra propia casa. Myra dice que las coronas carecen de importancia y que quiere seguirme y que me esperará hasta que nuestras almas vuelvan a ser conectadas y el eterno “ir adentro” sea posesión nuestra. Estamos preparados, maestro de Isis (—concluyó).

Cuando los maestros dejaron de seguirnos, Dectar me dijo:

—¿Te quedó claro todo, querido Venry?

—Todo, amigo mío, yo también estoy muy feliz. ¿Volverás a ver a Myra?

—Nuestro contacto está preparado; cuando mi corazón lo desee volveremos a ser uno.

Mis dones físicos (2)

Para prepararme para las pruebas más importantes de todas mi líder espiritual quiso que se pusieran a prueba mis dones físicos. La hora de estar juntos la determiné yo mismo. Los maestros ya estaban presentes y junto a ellos varios escribanos que consignarían en ideogramas lo que aquellos experimentarían. Cada palabra que se dijera, también las preguntas y respuestas, se consignaban y guardaban. Me acosté bajo una tenue luz y entre aromas de potentes hierbas, con los sanadores a mi alcance, y pronto entré en un profundo trance. A mi alrededor se trazó un círculo mágico. Al ver los maestros que me encontraba profundamente dormido y que yacía allí como un muerto aparente, me siguieron por ese otro mundo. Cuando me percibieron, el sacerdote supremo hizo su primera pregunta, que decía así:

—¿Dónde se encuentra, sacerdote de Isis?

Sonó la respuesta desde mi mundo y mi boca material dijo:

—Le hablo desde otro mundo.

—¿Es usted consciente de lo que ve allí y de lo que dice?

—Inclino la cabeza ante los Dioses de Isis, y le juro que veo y sé dónde estoy; puedo percibirlos a todos. Los maestros pueden verme, todos ustedes poseen las grandes alas (—dije).

Vi que los escribanos anotaban lo que se había dicho. El sacerdote supremo dijo:

—Si usted es consciente de sus fuerzas, muéstrenos entonces de qué es capaz.

Me quedé esperando a mi líder espiritual, pero el padre de Isis ya me estaba preguntando de nuevo:

—¿Oye usted lo que piden los maestros?

Pero yo aún no sentía a mi líder espiritual y no podía decir nada, en todo se me conducía. Respondí:

—¿Está permitido que un discípulo de sacerdote de Isis abra una sesión cuando los maestros aún no estén presentes?

—¿A quién espera, sacerdote de Isis?

—A los Dioses, ¿a quiénes si no?

Comprendió que necesitaba tiempo, pero preguntó:

—Si la vida en ese mundo es como la conocemos aquí, ¿cómo será entonces la luz que nos envolverá a todos con sus rayos y que significa sabiduría?

Ya estaba provocando disarmonía, pero lo comprendí:

—La sagrada seriedad de esta vida me obliga a ser como un niño si quiero recibir sabiduría para usted que engrandezca Isis; he de obedecer las leyes

y esperar a que vengan a mí los Dioses. Si no tengo paciencia ya puedo ir volviendo, pero entonces todos andaremos a ciegas —respondí.

Mientras hablaba sentí cómo me llegaba mi líder espiritual; ahora estaba preparado.

—Puede hacerme preguntas —dije.

Pero a mi padre ya había conseguido afectarle:

—Si se desea que seamos como niños, ¿para qué sirve entonces el crecimiento y florecimiento adulto? —preguntó.

Me encontraba preparado:

—Si me hace preguntas que empequeñecen su profundo interior, búsquelo entonces en usted mismo y no aquí, donde vivo ahora, o será un juguete de los demás —respondí.

Guardó entonces silencio y comprendió que respondería a todas sus preguntas. Preguntó:

—¿Hay dones físicos en usted?

—Si un discípulo de sacerdote aún no está preparado, ¿puede entonces recibir el sacerdocio de usted? Si yo no estuviera preparado todavía ni tuviera esos dones, no lo habría hecho venir a usted, ni a los maestros.

—Entonces le pido que me traiga esas flores que ve allí, delante de usted, pero que pertenecen a nuestro mundo.

Comprendí lo que quería decir. Cerca de él había un pequeño jarrón con flores aromáticas que se usaban para estas sesiones. Tendría que llevarle desde este mundo el jarrón con flores y entonces el objeto material planearía unos instantes por el espacio, como ya había experimentado con la fruta. Sintonicé con el jarrón; mi líder espiritual me hizo sentir que estaba preparado y llevé al supremo sacerdote el objeto terrenal. Hice una profunda inclinación:

—¿Está convencido el supremo sacerdote de Isis de que los Dioses están aquí presentes? —dijo mi boca.

La sorpresa fue grande, todos se estremecieron al ver este milagro. Los escribanos lo consignaron.

—Devuélvalas, por favor —me pidió, cuando terminaron.

Volví con el jarrón; después siguió la explicación de este milagro, que fue consignado. Tal como mi líder espiritual me había aclarado el milagro de la fruta, así también ellos recibieron ahora la explicación, y cuando hubieron terminado, preguntó:

—¿Es posible que libere a unos de los sacerdotes de la fuerza de la gravedad?

—¿Con quién debo hacerlo?

—Con su maestro.

De Dectar me venía la irradiación de una gran felicidad. Cuando sintonicé con Dectar vi venir a mí unos seres que me ayudaron a portar, pero que per-

manecieron invisibles para los maestros. Ahora Dectar iba envuelto en una densa emanación y lo portamos por el espacio y de vuelta a su sitio.

Me quedé a la espera.

—Esto es un milagro, sacerdote de Isis, pero conocemos estos milagros y, además, podemos explicarlos. —Oí.

Me sentí afectado y dije:

—Explíquemelos entonces, supremo sacerdote, para mí todos estos milagros son nuevos, milagros de los que usted aún no sabe nada.

Tuvo que responder:

—Todos nosotros escuchamos y nos entregamos del todo, pero cuéntenos lo que ve allí y explíquenos las leyes —dijo.

Elevó la disarmonía y no quiso reconocer que no entendía nada de esto. Y encima pedía respuestas.

—Usted conoce las leyes y estos milagros, y ¿aun así me pide que se los explique? —respondí.

Silencio en derredor, pero se estaba sopesando mi respuesta.

—Si no me equivoco, sacerdote de Isis, ¿también allí se ven afectados y se conocen sentimientos que oscurecen la sabiduría? —fue su respuesta y pregunta.

Lo comprendí.

—En el mundo en el que vivo ahora no se pide una respuesta cuando aquellos que viven aquí la conocen y esa sabiduría está en ellos. Es malgastar fuerza y perder el tiempo. Es la palabrería de un inconsciente. Aquí se va más allá, siempre más allá y más profundamente, por lo que reciben nuevos alimentos, nunca vuelven a lo que conocieron en el pasado, todos están agradecidos y se sienten como niños —le respondí.

Pero todavía no se dio por vencido:

—Si los milagros son tan grandes y profundos y tenemos que seguir la escuela de la vida, ¿cómo es posible entonces que podamos obedecer y seguir los milagros, si el tiempo terrenal es demasiado breve? —dijo.

Su doblez y su palabrería al margen de las leyes me incomodaba. Pero me encontraba preparado:

—Usted está en posesión de su mando y es el jefe de Isis. Explíqueme todas estas leyes, porque su sabiduría es poderosa —contesté.

Todos los maestros sintieron esta terrible lucha, pero estas sesiones no eran para eso; además comprendieron que también él creía conocerlas, pero que quería destruirme. No llegó a ninguna explicación, porque le era imposible. El primer navajazo que había tocado y herido su soberbia y vanidad, su personalidad, y que había hecho temblar su pedestal, lo había recibido de mí.

—¿Está usted en posesión de otros milagros que no conozcamos? —preguntó entonces, severo y cortante.

Mi líder espiritual afiló mi arma y le dije:

—Son las leyes del Templo que prescriben consignar y dejar constancia de lo recibido, para que no pueda haber trastornos en ello, antes de proseguir. Quiere explicar primero todos estos milagros para que podamos seguir, los Dioses lo están esperando. Los escribanos también.

Oí que les dijo:

—Anoten.

Entonces siguió la historia de un sacerdote de Isis que había hecho milagros y que estos se habían realizado desde otro mundo. Pero se hizo un lío tremendo y por eso dio una explicación equivocada.

Pregunté:

—¿Está listo el supremo sacerdote de Isis?

—Estamos listos —me dijo, volviéndose a sentir el supremo sacerdote.

Pero mi líder espiritual le respondió:

—Su explicación es errónea, porque hay otras leyes por las que suceden estos milagros, y de ellas no dice nada.

De nuevo, silencio y sorpresa, pero respondió:

—Desde hace siglos se sabe que todos estos milagros suceden de este modo. Sigamos.

—No vamos a seguir, porque usted está mal y su explicación no ha terminado —dije.

Su pedestal tembló y su odio lo hizo sentirse inseguro:

—Regrese, sacerdote de Isis, nos lo explicará en este mundo, así que en su propio cuerpo. No seguiré —me espetó.

A mi líder espiritual le pareció que ya estaba bien y me hizo responder:

—Escuchen todos, maestros de Isis. Yo solo no puedo portar al maestro Dectar, no puedo ir a mayor altura que la de mis fuerzas, pero recibí ayuda de otros. Son personas que han vivido sobre la tierra y juntos portamos al maestro Dectar por este espacio.

Pero me gritó con más dureza incluso que antes:

—¿Quiere decir con esto que usted es capaz de hacer todos estos milagros al margen de nosotros?

Yo estaba preparado:

—Exactamente, supremo sacerdote, con eso quiero decir que usted no ha visto nada, nadie de ustedes, que su visión no llegará a mayor profundidad que los dones y fuerzas y la conciencia interior que posean —respondí.

Se quedó pensando, pero seguí a Dectar, aunque mi amigo se sentía muy tranquilo; sin embargo, su corazón latía de felicidad y tensión. Había comenzado la lucha a vida y muerte. Mi maestro quiso que sintonizara con Dectar y le pregunté.

—Bueno, maestro Dectar, ¿vive usted ahora en la realidad?

Dectar me sintió al margen de ellos:

—¿Puede imaginarse que ahora he olvidado toda mi pena y que soy feliz? —dijo.

La breve conversación con mi amigo me dio mucha fuerza y reforzó mi vida interior.

—¿Puede volver a llevar a cabo este milagro? —dijo el supremo sacerdote entonces.

Mi maestro me hizo sentir que no lo haría:

—Los Dioses me dicen que es suficiente así, se olvida usted de que está conectado con los Dioses. De modo que seguiremos, pero los escribanos han de dejar constancia de esto —dije.

Pero insistió en que este milagro debía ser demostrado, si no cerraría esta sesión.

—Los Dioses quieren que usted acepte esto y que sigamos —le respondí, sin embargo.

Al parecer sí que le pareció esta la solución adecuada y preguntó por segunda vez:

—¿Posee usted otros milagros que no conozcamos?

Dije:

—¿Quiere que mi cuerpo material desaparezca ante sus ojos? Puede estar seguro en ese caso de que no regresaré y de que terminaré por hoy.

A lo que respondí:

—¿Eso también se lo han dicho los Dioses?

—Sí, maestro de Isis, porque obedezco las leyes.

—Si eso también es posible, entonces luego, cuando nos vayamos. ¿Puede hacer milagros, o sea, otros?

—Si los Dioses lo quieren descenderé en el leopardo allí delante de usted, y nadie de ustedes podrá detenerme, porque su concentración no es consciente —respondí.

Esto lo superó. Me llegaron su odio y miedo, y mientras tanto mi líder espiritual se divertía:

—Sacerdotes de Isis, ¿temen la muerte? En todos ustedes hay miedo; conocen las leyes, enseñan a otros cómo tienen que sintonizar, pero siento miedo e inconsciencia en ustedes —me hizo decir.

Nadie dijo nada y continué.

—Escuchen, todos deben escucharme, esto es lo que me dicen los Dioses: si sus sentimientos no cambian, ni el idioma que habla, volveré a usted y adoptaré otras medidas. En este mundo oigo otro idioma, y usted lo aceptará. Si no lo consigue, iré al faraón y preguntaré al Rey que venga a presenciar con nosotros estas sesiones. En las imágenes que se están dibujando se podrá ver en los siglos venideros su odio; no son sabiduría para quienes vengan después

de nosotros.

Mis palabras sembraron confusión, ni un solo sacerdote de Isis jamás había hablado así al sacerdote supremo. Se sintió profundamente afectado:

—Si los Dioses desean que nos abramos y los sigamos, entonces estamos preparados —respondió.

‘Estupendo’, pensé; su pedestal había vuelto a temblar y yo había tocado su personalidad:

—¿Puede mostrarnos lo que usted mismo sabe hacer? —preguntó, no obstante.

Mi líder espiritual estaba incidiendo ahora mucho en mí y me hizo sentir claramente que había peligro. Era un momento peligroso, porque no podía hacer nada al margen de los Dioses; pero respondí:

—Estos milagros suceden por medio de los Dioses.

—Entonces siga.

—Este jarrón de flores lo podrá encontrar de nuevo fuera de este edificio. Está fuera de este espacio. Inclínese, por favor, padre de Isis, los Dioses han realizado un milagro —dije.

En el mismo instante descendí en el florero y lo llevé hasta afuera, a través de los muros materiales. Después regresé:

—Si mi maestro quiere escuchar a los Dioses, vaya entonces y muéstrelas a todos este milagro —dije.

Bajó de la tarima, seguido por los escribanos. Volvió con el jarrón y las flores. Todos estaban atónitos. Entonces volvió a decir algo por lo que el farsante quedó al descubierto:

—Maestros de Isis, lo han podido ver todos, en el Templo de Isis viven los Dioses —dijo.

—¿Puede mostrarnos este milagro otra vez, pero de tal forma que lo podamos seguir? —me dijo.

Comprendí su mensaje y dije:

—Sucederá otro milagro. ¿Ve todas esas flores en este mundo?

—Sí —dijeron los maestros—, las vemos con sus colores y están vivas.

—Pues bien, presten mucha atención y síganme en lo que voy a hacer.

Me concentré en las flores espirituales y las llevé a la tierra. El proceso se fue completando lentamente y pudieron percibir cómo las flores espirituales se fueron haciendo más densas.

—Si usted, sacerdote supremo de Isis, me permite regalarle estas flores, estará colmado de felicidad mi corazón, pero le advierto que no vivirán mucho tiempo —dije al padre de Isis.

Aceptó las flores:

—¿Por qué serán más por tan poco tiempo? —preguntó.

Tenía preparada mi respuesta:

—Porque no sabe cómo alimentarlas para que puedan seguir viviendo, por lo que enseguida volverán a disolverse en sus manos y regresarán a esta vida. Ese regreso también es un milagro —dije.

No tardó en responder:

—Si le da una limosna a un mendigo, ¿por qué hacerlo a bombo y platillo? —dijo con aspereza, firmeza y dureza.

Pero de nuevo estaba preparado:

—Si el mendigo no es capaz de comprender mi gran obsequio por su inconsciencia, rudimentaria educación y pobreza, le explicaré el valor que tiene —respondí.

Se dio por vencido, pero di las gracias a mi líder espiritual. Entonces les dije:

—Tenemos que parar por hoy, pero volveré a ustedes.

Pero también ahora estaba preparado para atacarme y dijo:

—¿Así que tenemos que aceptar que no es posible que su cuerpo se disuelva y que esas fuerzas no están en usted?

‘Ingrato’, pensé, pero esperé a lo que hiciera mi líder espiritual. Ya estaba impacientándose otra vez:

—¿No están estos milagros en usted y no son sus alas tan grandes como se imagina que las posee? —volvió a preguntar.

Seguía sin oír ni sentir nada de mi líder espiritual y me quedé esperando pacientemente, solo no podía realizar nada. El supremo sacerdote ya se imaginaba que podía destruirme:

—¿Está oyendo, sacerdote de Isis, lo que le están diciendo ahora los Dioses? ¿Puede oírlos bien? ¿Es inconmensurable su oído? ¿Se encuentra en armonía y sabe de ese modo lo que dice? ¿Está eso en usted para su propia destrucción? —volvió a preguntar, pero con sarcasmo.

Cuando terminó de hablar experimenté algo. Era un gran milagro, del que él no podía percibir ni sentir nada, pero al que me vi sometido. Inmediatamente les ordené que echaran el cerrojo a las puertas. Me envolvió la radiación de una maravillosa luz de este lado. Pregunté:

—¿Está convencido, sacerdote supremo, de que nadie puede ir “adentro” ni “afuera”?

—Sí, todos estamos convencidos de eso.

Allí me disolví, mi cuerpo material desapareció ante sus ojos, y le dije, pero ahora como espíritu después de que mi voz se hubiera materializado:

—¿Oye cómo estoy tocando la puerta? Estoy pidiendo que me dejen entrar, soy un sumo sacerdote, las puertas del Templo no están cerradas para mí.

El lugar donde había estado mi cuerpo material estaba vacío.

—Un gran milagro, un gran milagro —oí decir a Dectar.

Me quedé a la espera. El sacerdote supremo me abrió la puerta. Todos quedaron convencidos, y de inmediato enviaron un mensajero al faraón.

Pero yo deseaba que a las próximas sesiones asistiera un alto dignatario. Después partí junto a Dectar. Ya solos, me dijo:

—Oh, querido Venry, ojalá hubieran podido vivir esto tu amada madre y Ardaty.

—Pero, Dectar, ¿no los viste entonces? Ambos me acompañaron en el espacio. Pudieron seguir todos estos milagros y eso me dio seguridad.

—Es poderoso, Venry, muy poderoso. Pero esta lucha es terrible. ¿Serás capaz de aguantarla, Venry?

—¿Acaso no es poderoso mi líder espiritual, Dectar?

—No hay miedo en mí, Venry, pero en el Templo no se nos había concedido todavía vivir algo así. Hace preguntas que a nosotros jamás se nos permitió formular.

—Si conservas la calma, Dectar, venceremos. Es lo único que tienes que hacer, con eso ya me ayudas, porque así seguiremos siendo uno. Ni él ni los demás oyeron nada de nuestra conversación. Pero tienes que advertirme, Dectar, siento que ahora hará las preguntas de otra manera. Cree que así me destruirá. Cuando sientas que vaya por otros caminos, tienes que hacérmelo sentir. Lo que vaya a ocurrir luego, amigo mío, va a suponer su ruina. Pero estoy preparado, Dectar, no te preocupes por nada.

—He vivido milagros, Venry, pero ¿lo aceptarán los demás? ¿Podrás vencer al faraón?

—Eso también llegará, vamos a esperar.

Las sesiones psíquicas

Mandé que viniera Dectar.

—Querido amigo mío, tienes que ayudarme. Ambos tenemos que emprender un gran trabajo; mi líder espiritual me comunicó que para el nuevo Templo tendremos que describir todo lo que hemos experimentado juntos. Tenemos que dejar constancia de todas mis preguntas y de tus respuestas, además de nuestras experiencias. Servirá para que otros aprendan, Dectar, cuando ya no estemos. Se lo aclararé al sacerdote supremo, y si se niega, iré al faraón. Haré lo que me encargue nuestro maestro.

—Qué gloria, Venry, me alegro mucho. Me haces muy feliz (—contestó).

Desde mi propia habitación envié al sacerdote supremo mi deseo de que me recibiera. Me hizo sentir que estaba esperándome y entré a sus aposentos. No me afectó su mirada hostil y le dije:

—Los Dioses quieren que me ponga a describir todo lo que se me ha concedido experimentar por medio de ellos, y lo que aún estamos recibiendo. Si desea sintonizarse, sabrá que estos mensajes son ciertos.

—Si le falta determinación, descenderé en usted y seguiré a los Dioses —respondió.

Sondeó mi interior y dijo:

—¿No basta lo que consignan nuestros escribanos?

—¿Duda usted de los Dioses? —pregunté.

Me perforó con la mirada, su odio era destructivo, pero mantuve la calma.

Entonces respondió:

—Quiero hablarlo con el faraón.

Volví a preguntarle:

—¿Duda usted de los Dioses? ¿A través de quién ha obtenido sus alas?

—Cuando la juventud reniega de la vejez, sus casas y edificios se derrumbarán, igual que los milagros que hagan, porque es el trabajo de los demonios —respondió a continuación.

Me horrorizaba su odio, pero tenía preparada mi respuesta y dije:

—Si estuviera yo poseído, ¿merecería la dignidad de la Diosa?

—No tiene usted derecho a comparar su vida con lo último de todo, está jactándose, es usted un fanático.

—¿No es su maldición la mía? —fue mi respuesta, ya preparada.

Entonces se hizo esperar con la suya. Después de un instante dijo:

—Es usted hijo de los demonios.

—Ya veremos, sacerdote supremo de Isis, quizá también usted forme parte de ellos —respondí sin pensármelo.

Su veneno era horripilante y ya había perdido su autocontrol. No me alteré y esperé. Pero lo seguí en su sentir y pensar. Volvió en pensamientos al pasado, como si quisiera atraer nuevas fuerzas. No dejé de seguirlo, fuera a donde fuera, y eso lo puso recalcitrante. También comprendió que podía seguirlo y que no podía destruir mi concentración. En pensamientos librábamos ahora una intensa lucha, aún más terrible que la de a vida o muerte. Sintió que no dejaba de seguirlo y volvió a su propia vida de sacerdote supremo de Isis. Pero seguí mirándolo y comprendí que la victoria sería mía.

Después se recompuso; se blindó ante el pasado, pero me gritó, como un animal desbocado y salvaje, con el cuerpo entero temblando:

—Ya podrá repetir esto a su Rey, sacerdote de Isis, yo soy su sacerdote supremo.

—Pero yo tengo las grandes alas —le dije. Me recompose muy rápido—: Cuando el sol se haya puesto dos veces y haya vuelto a alcanzar el cenit, lo espero a usted para las pruebas espirituales. También para eso estoy preparado. Aún soy joven, padre de Isis, pero poseo la juventud y la vejez; usted, sin embargo, solo lo último. Adiós —añadí.

Me siguió una maldición mientras volví a mi propia vivienda. Allí recibí varias indicaciones de cómo tendría que celebrar las sesiones.

Todos entraron a la hora convenida. Entre los asistentes había un alto dignatario, a quien le dieron un sitio muy cerca de Dectar y de mi organismo material. Me acosté y no tardé en entrar en trance. Volvía a vivir en el espacio y sintonicé con todos ellos. Dectar estaba experimentando el momento más destacado de su vida, y me llegó su amor, grande e inmaculado, por lo que le estuve muy agradecido. Me hice uno con él:

—¿Me seguirás en todo, Dectar? —le dije.

Acepté sus sentimientos y seguí las preguntas que hacía el sacerdote supremo. Su primera pregunta fue:

—¿Dónde vive usted en este momento, sacerdote de Isis?

—Vivo entre “la vida y la muerte” y veo tinieblas.

—Haga entonces la transición a la luz.

—Estoy preparado, puede hacer preguntas.

—¿Es usted consciente?

—Soy del todo yo mismo y puedo percibirlo a usted en la tierra.

—¿Cuál fue su comida hoy?

—Consistió en dátiles y néctar de frutas, pero las leyes de Isis me prescriben no ingerir alimentos antes de estas sesiones.

—¿Quién era su maestro?

—El maestro Dectar.

—¿Puede usted seguirme?

—También estoy preparado para eso, padre de Isis; sus preguntas son muy

claras y los Dioses están muy contentos.

—Hay especies animales salvajes en el Templo. ¿Conoce nuestro animal predilecto?

—Se refiere usted a Wolta.

—¿Para qué son estas sesiones, sacerdote de Isis?

—Para engrandecer Isis y para servir. Todos servimos al faraón.

—¿Hay luz y tinieblas a su alrededor?

—Vivo en dos mundos, porque veo uno tenebroso y otro luminoso.

—¿Puede percibirnos desde aquellas tinieblas?

—También eso me es posible, pero entonces veo su mundo, tal como es ahora.

—Esas leyes las conocemos y sus respuestas son claras, pero ¿puede explicar cómo ve?

—Podría explicarle mi vida, cuando se me hagan esas preguntas.

—¿Puede percibir si los escribanos están listos?

—Usted les ha enseñado a terminar su trabajo mientras se hacen las preguntas. Están preparados, padre de Isis.

—¿Tiene conciencia de sus alas?

—Estoy preparado para ir allá donde usted me envíe.

—¿Quiere intentar conservar esta conciencia?

—Los Dioses dicen que estoy preparado.

—Estupendo, sacerdote de Isis, está muy claro. ¿Son una la vida y la muerte?

—La vida y la muerte son una, pero cada mundo tiene su propio significado, porque estoy rodeado de la vida eterna.

—¿Son las tinieblas de este mundo como allá donde usted?

—No, estas tinieblas son invariables, siempre están, pero aun así se tornarán en luz, disolviéndose.

—Está muy claro. Usted dice que esas tinieblas se disuelven: ¿Puede contarnos algo más sobre eso y, a ser posible, explicarlo?

—¿Conoce usted estas leyes? —pregunté.

—No, quiero decir la disolución de las tinieblas, es algo muy novedoso para todos nosotros.

—Estas tinieblas solo se disuelven con la ayuda de todas las personas y si quieren emprender una vida grande y llena de amor. Estas tinieblas las hemos construido entre todos, según me dicen los Dioses, y tendremos que volver a desmantelarlas. Solo entonces habrá luz.

—Dice usted que hay luz, ¿no es contradictorio?

—Las tinieblas se disuelven y se hacen luminosas: entonces pertenecen a todos esos mundos más elevados.

—Eso es nuevo para nosotros, sacerdote de Isis, pero lo hemos compren-

dido. Pero ¿puede distinguir la noche en la tierra y las tinieblas que hay allí?

Estaba preparado y respondí:

—La luz que ve allí pertenece al mundo material. Estas tinieblas son el mundo astral y allí viven demonios que han vivido todos en la tierra, donde han depuesto sus cuerpos materiales. De modo que fallecieron.

—Eso también está muy claro, le estamos muy agradecidos. ¿Puede alejarse?

—Poseo las alas más grandes que hay y puedo ir a donde me plazca.

—Váyase entonces y busque las aguas, aléjese todo lo que pueda, intentaremos seguirlo.

Abandoné el grupo y busqué las aguas. Mi líder espiritual me condujo a otro entorno, hasta el fondo de un mar. Allí me puse a percibir. Después me sintonicé con mi organismo, mis órganos vocales empezaron a vibrar y los sacerdotes me oyeron decir:

—Puede hacerme preguntas, estoy en el fondo de un mar y veo ante mí toda esa vida milagrosa.

Oí claramente su pregunta en mí, como si se la captara:

—¿Puede ver si los animales hacen la transición a otras vidas?

Cuando me hizo esta pregunta empezó a haber más luz a mi alrededor y pude ver todo.

Dije:

—Todas estas especies animales van más allá y más alto, hasta que llegue un tiempo en que salgan del agua y vivan en tierra firme. Seguramente que ya lo está sintiendo: esto es para la vida del alma y esta recibe entonces nuevos cuerpos, por lo que puede comenzar la siguiente vida.

—Maestro de Isis, esto es muy hermoso, muy natural, le damos las gracias.

Sintonicé con los escribanos y vi que también ellos estaban casi preparados, y dije al sumo sacerdote:

—Estoy preparado, también los escribanos, así que puede hacer nuevas preguntas.

—¿Ve usted cuánto hemos avanzado? ¿También puede seguir la vida allí? —preguntó, sin embargo.

—Siempre se olvida de que poseo las grandes alas. Ahora a hacer otras preguntas que tengan que ver con este milagro.

—¿Puede seguir usted la vida del alma para el organismo material?

Empecé a ver y dije:

—Alrededor de mí veo una densa emanación y de allí nace la vida interior, que es el alma para toda esta vida material. El animal material atrae de ella tanto como lo que necesita en lo que respecta a su animación y energía, según su funcionamiento y tamaño.

—¿Así que ve claramente una masa?

—Puede aceptarlo usted, es milagroso lo que percibo ahora.

—¿Hay tinieblas también allí?

—No, a mi alrededor hay luz, una luz que recibí de los Dioses. Pero por mi propia sintonización y concentración empiezo a percibir. Veo en esa vida y, por tanto, estoy conectado con la realidad. Percibo que todas estas especies animales tienen que ir más allá y más alto, y que algún día se extinguirán aquí.

—¿Puede ver cómo sucede el elevarse?

—Le responderé. Cuando la vida interior de todas estas especies animales alcanza la edad adulta en su propia especie, aquella, o sea, el alma, hace la transición a otro mundo y recibe un nuevo organismo. Lo que la vida interior experimenta entonces es que renace.

—¿Está usted convencido de que esto es así y que es parte de la realidad?

—Ahora sé que nadie de ustedes posee estas alas, porque de lo contrario no me haría una y otra vez esta pregunta. Esto pertenece a la realidad, y no es necesario que dude de mi percepción. En este lugar veo en los milagros y me inclino profundamente ante esta sabiduría (—dije).

Se había hecho el silencio en su círculo, pero me quedé esperando, hasta que lo oí decir:

—Cuando se aleja del mundo material, ¿qué ve después?

—Pues es muy sencillo. Entonces se disuelven las aguas ante mí y vivo en otro mundo o espacio. El espacio en el que usted vive y ve es el espacio material, pero yo también veo ese otro espacio, que sin embargo es invisible para quienes no posean esos dones.

—Queda muy claro, sacerdote de Isis. Ahora le pido esto: queremos que se ponga a ver lo que también sea invisible para nosotros y de lo que aún no sepamos nada. Desplácese, por favor.

A toda velocidad planeé por el espacio. Cuando sentí que sintonizó conmigo, oí que mi propio entorno decía:

—Sacerdote de Isis, ¿puede oírme hablar? Le estoy hablando y le pregunto cómo es esta conexión. Así que, ¿nos explica, por favor, de qué modo le llegan a usted mis palabras?

Mi líder espiritual me hizo sentir que me desprendía de los milagros y de las leyes de la naturaleza más poderosas, interrumpiendo continuamente mi conexión, pero también lo que debía decirle.

Ya me encontraba preparado:

—Sus palabras y mi conexión con usted tampoco han cambiado ahora. Porque en este mundo no hay distancia. Pero los Dioses me dicen que le diga esto: Si continúa de esta manera y me sigue enviando de la luz a las tinieblas antes de saber lo profundo y milagroso que es todo, sin sentir que yo soy uno en este espacio, no avanzaremos, y tampoco se trata de eso. Los Dioses dicen

que su conciencia de todos estos milagros no es verdadera; porque esté donde esté, mi vida interior ha de obedecer y seguir aquello que se me muestre. Usted me interrumpe continuamente cuando soy profundamente uno con estos milagros. El viaje que hice ahora lo puedo comparar con la luz y las tinieblas en la tierra. La luz nos da a todos una poderosa sabiduría; las tinieblas, en cambio, nos llevan a lo inconsciente, y usted cree que me perderé en esas tinieblas, pero eso es imposible. ¿Siente usted —me preguntan los Dioses— lo antinatural que es que me haga sus preguntas? —dije.

Ignoró todo y preguntó:

—¿Puede decirnos entonces de qué modo hablo?

—Su pregunta no es muy clara, pero lo comprendo y le contestaré: las palabras que usted dice y que me llegan a mí las oigo en mi interior. Hay un cordón luminoso que me sigue desde mi cuerpo material, que me conecta con mi cuerpo terrenal, aunque sea invisible para ojos materiales, pero que me trae sus pensamientos y sentimientos. Recibo las palabras de usted en mi vida interior, o sea, de sentimiento a sentimiento, pero es como si el habla se hubiera materializado.

—Queda muy claro, sacerdote de Isis. Cuando se experimenta el proceso de morir, ¿es el cordón que se rompe?

—Exactamente, padre de Isis. Cuando el hombre muere, este cordón se rompe y el alma va a uno de todos estos mundos, y continúa viviendo. Veo muchos mundos, muy luminosos, pero hay otros que pertenecen a las tinieblas.

—¿Es usted consciente de ello, así como de los milagros que hay alrededor de usted, y puede explicármelos?

—Soy consciente de mi propia vida y de todos estos mundos. Tengo la sensación de ser una partícula de todo lo poderoso en que vivo ahora. No me es posible equivocarme en eso, porque veo, oigo y siento el milagro, y soy uno con este.

—¿De qué modo es usted consciente de su organismo material?

—Esta pregunta tampoco está bien formulada, pero le responderé, porque aquí no se habla de “modo”: el milagro solo se puede sentir. Lo que duerme allí para mí no es más que el medio para que yo mismo pueda vivir como “alma” en la tierra. Cuando mi organismo muera allí, voy “adentro”, “yo” que vivo ahora aquí, pero tendré que aceptar ese mundo, que se corresponde con mi vida interior, y lo que mi alma, o sea, “yo mismo”, posea de luz y tinieblas. Siento muy claramente que sigo viviendo en la tierra, aunque ahora esté en el espacio. Mi organismo material no es más que una herramienta, maestros de Isis.

—Hemos podido seguirlo y nos parece algo muy natural. Le damos las gracias. ¿Siente, o puede percibir, que usted mismo continuará eternamente?

—En este mundo en el que vivo ahora “yo mismo” soy eterno. Cuando en mí está el sentimiento y la conciencia de todos estos mundos, tenemos que aceptar irrevocablemente que no puedo morir, sino que he de seguir avanzado y ascendiendo. Pero tengo que asimilar todos estos mundos.

—Le damos las gracias por su clara explicación y percepción. Estamos preparados y preguntamos: ¿Qué ocurrirá, maestro de Isis, cuando muera aquí y vuelva a nacer?

—Usted conecta las tinieblas y la luz hasta formar un solo mundo y eso no es posible, pero le responderé y sintonizaré con ello. Mi líder espiritual me conectó con este milagro y le dije:

—¿Su intención es que yo sienta cuándo me toque experimentar volver a nacer?

—Sí, esa es mi pregunta.

—Los sentimientos que me entran ahora, sacerdote supremo de Isis, son muy profundos y tocan el espacio inconmensurable. Les pido a todos que se concentren claramente para que puedan aceptar lo que recibo y lo que se me concede que perciba. Por poderoso que les parezca este milagro, también a mí me parece que pertenece a los milagros más importantes de todos los que se conocen aquí. Pido a los escribanos que sean claros, porque los Dioses me hacen sentir que lo que experimentaré ahora es sagrado. Estoy preparado.

En el mundo en el que vivo ahora están entrando las tinieblas. Hace unos instantes sentí claramente que se me conectaba, pero continúo avanzando y profundizando hasta el momento en que el Dios de todos los Dioses creó todo esto. En eso desciendo, me siento del todo uno y veo ese mundo con mucha claridad ante mí. Es el gran instante sagrado en que Dios mismo se dividió, dividiéndose en incontables partículas. Veo y vivo ahora en ese mundo.

Entonces reinaban las tinieblas, porque veo en un vacío asombroso y allí hay mucho silencio, oh, tanta serenidad. En esos tiempos el espacio aún estaba vacío. Maestros de Isis, intuyan lo que esto quiere decir. Aún no había personas, ni animales, estrellas o soles, nada, no había nada todavía. Todo lo que vive en la tierra y en el espacio aún tenía que nacer. Pero los Dioses me dejan ver ahora el siguiente estadio.

Ahora veo que llega la vida. Aquí, delante de mí, veo nubes, y se van a hacer más densas. Pero por eso, maestros de Isis, nació toda esa milagrosa vida. Lo que veo, padre de Isis, pertenece al primer estadio de todos y de allí nació todo.

Estas tinieblas son, por tanto, muy distintas a las que ya conocemos y en las que viven los demonios. De estas tinieblas nacieron todas las demás y en ellas comenzó el nacer.

—¿Sigue siendo consciente de las cosas que ve?

—¿Hablo como un inconsciente? ¿Podría explicarles los milagros si mi mente estuviera confusa? ¿Es capaz un inconsciente de percibir lo que yo veo ahora? Los Dioses quieren que perciba y los han preparado a ustedes con antelación. No se sabe nada de lo que les cuento. A mi alrededor vive ese milagro, porque veo el proceso de crecimiento de toda esta vida poderosa y cómo esta se hace más densa.

—¿Es capaz de aclararnos que usted puede volver a nacer?

—Los Dioses dicen que ustedes aún no saben nada de este poderoso milagro. ¿Por qué quiere que me aleje de nuevo?

—Eso será más tarde, sacerdote de Isis, respóndanos ahora.

‘Egoísta’, pensé, ‘usted se maldice a sí mismo’, estaba volviendo a crear disarmonía e interrumpía mi asombrosa percepción, lo que desde luego no podía ser el caso, porque ahora estaba conectado con las leyes. Dectar me hizo sentir que esto él tampoco lo había experimentado todavía y que solo era para destruirme, para que regresara como un demente. Le estaba muy agradecido. Pero mi líder espiritual continuó y respondí:

—Si me vació, padre de Isis, entonces me entrarán otros sentimientos, pero entonces también se me disolverá ese otro mundo en el que vivía hace unos instantes. También ahora veo tinieblas y estas han nacido de aquellas otras, pero siglos y siglos más tarde. Ahora voy “adentro”, hago la transición a esas tinieblas, pero aun así sigo siendo yo mismo. Si esto no fuera posible —seguramente que ya lo estará sintiendo—, entonces tampoco podría responder ni explicar lo asombroso que es esta conexión y lo que veo. Aun así, enseguida haré la transición a este mundo y en ese momento perderé mi conciencia. Pero los Dioses quieren que siga siendo consciente. Ahora me está entrando el sentimiento de que ya vivo desde hace siglos y que fallecí en la tierra. Ahora pertenezco a uno de esos mundos. Así que cuando fallecemos en la tierra, aquí seguimos avanzando y elevándonos.

—¿Ve todos esos mundos ante usted?

—Los Dioses vuelven a decir que debe concentrarse en un solo milagro o una sola ley, porque de lo contrario no comprenderá nada de todos estos milagros, y entonces se confundirá su mente. Los Dioses me dicen que es muy sencillo que usted se concentre en las tinieblas, pero ahora es usted uno con la luz, y esta luz es sagrada y tiene que asimilarla (—dije).

Me llegó su veneno, y estaba trastornando mi conciencia siempre que podía. Su manera de hacer preguntas era molesta, pero volví a responder antes de que él hablara.

—En el mundo en el que vivo se encuentra, por tanto, también ese mundo en el que tengo que descender si quiero volver a nacer. De modo que no vivo en un solo mundo, sino en muchos a la vez, aunque cada uno de ellos es un estado aparte (—dije).

Había vuelto a prepararse:

—¿Así que usted vive en tres mundos y los ve todos? —preguntó.

A mi líder espiritual le divertían sus preguntas infantiles, pero inmediatamente después me entró una sagrada seriedad, y respondí:

—Padre de Isis, hace usted preguntas infantiles. Los Dioses acaban de responder a esta pregunta. No es usted consciente, y sus sentimientos y pensamientos son confusos. Pero los Dioses son benevolentes con nosotros, y le respondo: en el mundo en el que vivo ahora hay muchos mundos, también aquellos a los que el alma tiene que volver para poder experimentar un nuevo nacimiento. Pero no puedo sintonizarme más que con uno solo de estos mundos, porque me es imposible, como a todos los que viven aquí, vivir, ver y sentir en todos ellos al mismo tiempo, porque de lo contrario seríamos Dioses. Todos estamos tan solo ante el comienzo de nuestro camino, y sin embargo, maestro de Isis, tenemos millones de siglos.

—Nos queda claro, pero todas estas formulaciones son nuevas para Isis. ¿Puede encargarse de seguir consciente?

—Los Dioses dicen que están preparados y que es necesario lo que verá para ustedes, pero tiene que concentrarse con mayor claridad; tiene que intentar sentir el milagro y seguir un solo estado, porque de lo contrario no comprenderá nada de lo que le dicen los Dioses.

—Dice usted que puede sentir y percibir allí, y que “dentro” de usted está el nuevo nacimiento, pero ¿cómo ocurren estos milagros?

—Los Dioses me dicen que el sentir y pensar de usted no son conscientes, porque sus preguntas no son importantes, son dispersas, hay un sentimiento de incomodidad que trastorna su propia conciencia, y se resiste usted a aceptar que también es una partícula de todos estos milagros. Aun así, los Dioses le responderán.

Si deseo volver a la tierra como alma, maestros de Isis, solo es posible por medio de dos seres materiales. Los conocen ustedes como “hombre” y “mujer”. Son ellos quienes brindan un nuevo organismo al alma, y son uno con estas leyes. Estas leyes se ponen en marcha porque ambos poseen este poder y esta fuerza, pero estas leyes no pueden verse, solo pueden experimentarse.

Si esta explicación les resulta clara, entonces no podrán más que inclinar la cabeza y estar agradecidos, porque todo lo que recibo para Isis es sagrado.

—Le estamos muy agradecidos, sacerdote de Isis. Pero ¿puede usted seguir las leyes, aunque no las vea? Es de suma importancia que lo sepamos. Esperamos una respuesta (—dijo).

Mi líder espiritual me hizo sentir lo equivocadas que estaban sus preguntas. Se le estaba enmarañando la mente y sus preguntas no eran profundas; los discípulos de sacerdote eran más profundos que él y harían otras preguntas.

Ya estaba preparado y respondí:

—Ahora tiene que escuchar lo que le dicen los Dioses. Sus preguntas no son de ninguna manera profundas, siempre pregunta lo mismo. Lo que los Dioses le preguntan es esto: ¿Vive en la tierra? ¿Ha experimentado lo que es volver a nacer? Seguramente que ya lo estará sintiendo, padre de Isis: tiene que seguir la vida en la tierra, usted mismo representa esta ley, vive en la tierra y con usted toda esa otra vida. Ahora recibe la explicación.

Cuando el alma desciende en ese mundo, vuelve al primer estadio de todos y espera entonces en ese mundo hasta que es atraída.

—No nos queda claro ese primer estadio de todos del que habla.

—Ya lo ve, sacerdote supremo de Isis, sus pensamientos y sentimientos ingenuos tocan lo inconsciente. Usted mismo ha violentado esas leyes. Sus palabras fueron: “Eso ya vendrá, sacerdote de Isis, respóndanos”. Pero cuando fui uno con ese mundo, todos ustedes vivían en esas leyes y acto seguido habrían recibido la explicación. Ahora no comprende nada de todos estos milagros. Pero los Dioses dicen: Nuestro origen se remonta a cuando el Dios de toda la vida se dividió a sí mismo, pero entonces éramos partículas nimias, ni siquiera perceptibles. Ese es el primer estadio de todos. Pero ahora el alma está en la tierra como ser humano hecho y derecho. Si el alma quiere volver a la tierra, la vida interior regresa a este primer estadio de todos, es cuando nace. “Dentro” de la madre, maestros de Isis, se completa este milagro que hemos experimentado todos. Después sigue el proceso de crecimiento, la vida material que se hace más densa. El siguiente estadio ya es el nacimiento: eso se sabe en el Templo de Isis.

—Qué imponente, sacerdote de Isis, su explicación es muy natural y clara. Estamos listos y preguntamos: ¿Puede sentir o percibir si usted mismo anima aquello que vive “dentro” de la madre?

—Los Dioses me dicen que yo, que ahora estoy conectado, soy la animación para la vestimenta material que crece “dentro” de ella y que nacerá si el Dios de toda la vida quiere que así suceda.

—Le damos las gracias por su clara explicación. Pero ¿puede percibir si entonces es usted joven o viejo, o si esta es su primera morada terrenal de todas?

—Los Dioses me hacen ver que en usted hay todo tipo de sentimientos equivocados, porque de lo contrario no haría preguntas tan confusas. Siga lo que está escrito y verá sus propias preguntas. De esto ya le han hablado. Todos nosotros ya llevamos de camino millones de siglos.

¿Por qué tiene la mente tan confusa, padre de Isis? El maestro Dectar me enseñó a hacer preguntas claras, so pena de recibir el castigo que me sacudiría hasta despertarme. ¿Cómo son sus preguntas? Su atención no es consciente, ni se da cuenta de que lo que recibimos es poderoso. Es una enorme gracia que nos enseñan los Dioses. Pero también ahora está preparada la respuesta y

explico lo que los Dioses me hacen percibir.

Mi primera casa material de todas la recibí de “Dios”, hace millones de siglos. Nadie más que los Dioses de Isis pueden conectarme a mí y a usted con ella. Entonces verá todo, también el primer estadio de todos. Ya no hace falta explicar ahora mi edad (—dije).

Ignoró todo y preguntó:

—¿Puede ver, sacerdote de Isis, si en eso reside la ley de “hombre” y “mujer”?

—El Dios de todos los Dioses quiso que nosotros, las almas, seamos “hombre y mujer”, porque solo así llegamos a conocer las leyes.

—¿Quiere decir que no soy capaz de ver ni de sentir las leyes?

—Padre de Isis, posee usted el organismo creador, pero en ese otro cuerpo, que es el “organismo madre”, puede experimentar las leyes.

Se quedó pensando mucho tiempo, y dijo:

—Le damos las gracias, todos estos milagros son nuevos para Isis, y lo seguimos con atención. Preguntamos: ¿Es una ley de “Él” que tengamos que conocer ambos organismos?

—Si desea ser como el Dios de todo lo que vive y como todos los Dioses, entonces “tiene” que experimentar esa incidencia, si no seguirá siendo como siente ahora. Si quiere conocer y experimentar esa ley, lo que experimentará entonces será cómo nacieron las estrellas y los planetas, soles y otros cuerpos. Pero eso solo es posible “dentro y por medio” del “organismo madre”. A ese cuerpo está unido lo que ocurrió aquí en el espacio y lo que dio la luz a las estrellas, planetas, soles y otros organismos, lo que les dio la “Vida”, aunque a los animales el sentimiento y a nosotros los humanos la conciencia, presente en usted y en todos nosotros, pero para la que se necesitan miles de organismos antes de poder alcanzar la altura en la que viven los Dioses.

—Su estado mental es muy natural y todos le estamos muy agradecidos. Estamos preparados y preguntamos: ¿Está seguro de que podemos experimentar las leyes en el cuerpo de la madre?

—Es usted muy prudente en sus preguntas, pero la respuesta ya está preparada, también ahora: ¿Le resulta posible que “dentro” de usted pueda crecer algo que dé a la nueva y joven vida —que es el niño— la posibilidad de volver a nacer? No, sacerdote supremo de Isis, porque es usted “creador”, si lo desea, pero prefiere quedarse al margen de todo esto, recorre un camino sin salida, pero así no llega a conocer las leyes (—dije).

Lo que me enviaba ahora era terrible:

—Sus respuestas están siendo contrarias a las leyes de Isis. ¿Quiere tener en cuenta, sacerdote de Isis, que vivimos sobre un suelo sagrado y que todos estamos aquí para engrandecer Isis? En este momento somos uno con los Dioses —fue su respuesta.

‘Qué farsante’, pensé. No dejaba de crear disarmonía.

—Mi explicación y mis respuestas son para Isis y para quienes vienen después de nosotros. Sigue sin darse cuenta de la sacralidad de este ser uno, aunque lo mencione. Es usted muy grande, padre de Isis, y viejo, pero tiene que seguir a los Dioses como un niño pequeño y aceptar todo esto —fue mi respuesta.

Volvió a ignorarlo todo y preguntó:

—Sacerdote de Isis, ¿dónde está usted?

—Estoy más lejos de usted que el sol, y sin embargo estoy cerca de usted, muy cerca. Antes ya se le dijo a usted: “¿Está convencido de que lo ‘cercano’ y lo ‘lejano’ son uno?” (—dije).

Me llegó su odio y todos estaban inquietos:

—Ahora me habla de milagros que son para Isis, pero no para usted mismo —dijo, no obstante.

—Lo que digo es para Isis, pero en primer lugar para todos ustedes, porque es sabiduría. Los Dioses quieren que me escuchen y que los sigan, pero como niños, no como seres humanos adultos en vejez sacerdotal, entonces son demasiado ustedes mismos, y no pueden ser nada, si todos quieren ser uno —respondí.

Entonces perdió el dominio sobre sí mismo y me gritó:

—¿Desde dónde está hablando, sacerdote de Isis? ¿Puede seguir las leyes o se cree que las ve?

—Si viera mis alas, sacerdote supremo, ya se tranquilizaría. Si sintiera mi profundidad, le entraría el deseo de querer poseer las alas más grandes de todas, pero usted, por estar creando disarmonía sin cesar, se paraliza, y su visión y sentimiento se oscurecen. Ahora mira al maestro “Sma” y se pregunta si él y todos los demás me pueden ver, pero yo no soy visible; no estoy en su entorno; no estoy en ninguna parte, y sin embargo soy uno con las leyes, porque ahora vivo en los milagros y soy uno con “Él”, que les dio a todos la vida.

Al terminar de hablar los miré a todos. Ahora estaba preparado para paralizar sus alas, si me fuera permitido. Al pensar en esto me entraron aquellos sentimientos que me hicieron comprender que esto también era parte de mi tarea. Le dije:

—Usted cierra sus ojos porque cree que están cansados y que así podrá percibir más claramente, pero usted sabe, como lo sabemos todos nosotros, que percibimos interiormente, o sea, espiritualmente, y que nuestro ver no está relacionado con los ojos materiales.

—¿Desde dónde y por medio de quién habla usted, sacerdote de Isis? —No le respondí esta vez, porque estaba esperando a mi líder espiritual, pero me volvió a gritar—: ¡Hable! ¡Le digo que hable! —Seguía esperando a mi

líder, pero dijo—: Me va a responder y hablará de otra manera que ahora.

Entonces sentí que debía contestar y dije:

—De lo que hablo lo recibo de los Dioses.

—Usted cree que ve.

—Supremo sacerdote de Isis, a eso le responderán los Dioses. Si continúa haciendo preguntas desprovistas de espiritualidad, tendrá que alejarse y habrá otro que pregunte en su lugar. Los milagros en los que vive son sagrados, pero no está preparado, crea disarmonía, desmantela Isis, es usted una fuerza que trastorna.

No respondió, sino que dijo al alto dignatario:

—¿Oye con qué palabras está hablándole un sacerdote de Isis al jefe del Templo ?

Ya no esperé más y dije:

—Si cree usted que tiene que buscar ayuda allí e intenta buscarla en la tierra, es que no sigue a los Dioses, sino a los hombres. ¿Para qué estamos entonces reunidos? Déjeme entonces volver y cerrar esta sesión. ¿Es el alto dignatario un alado? ¿Posee el faraón alas? ¿No está también él dispuesto a aceptar? ¿Acaso no quiere el faraón saberlo todo? ¿Acaso no está agradecido a los Dioses? ¿Acaso no obedece también él las leyes? El faraón es el maestro de todos nosotros, pero ¿conoce él todas estas leyes? Usted es el maestro de todos nosotros y el padre de Isis, pero sus preguntas son inconscientes, y ahora está adentrándose en las tinieblas. Se ha puesto morado de la rabia, pero le digo: sigo a los Dioses y no soy más que un servidor. Tiene que ser usted como un niño y sentir mucha gratitud; tal como estoy aquí y como me siento quiero poder percibir los milagros. Supone una gracia que los Dioses vengan a nosotros.

—Sacerdote de Isis, esto lo va a repetir ante su Rey.

Me quedé a la espera. Después se recompuso:

—¿Dónde está usted, sacerdote de Isis? —preguntó.

Obtuve la respuesta:

—Cuando un discípulo de sacerdote de Isis pregunta dos veces lo mismo, gran maestro, es que no siente las leyes, pero las conocerá, aunque sea por medio de un castigo. ¿Está preparado? —dije.

Había cundido la confusión entre ellos, ninguno ya era él mismo, solo Decar se sentía tranquilo. Pero el sacerdote supremo preguntó:

—¿Le cayeron las tinieblas encima para que llegue a indignarse? ¿O quiere esconder su desconocimiento?

Realmente no supe qué responderle y me quedé esperando. Pero volvió a preguntarme:

—¿Ya no es consciente de nada? Esas leyes las conocemos y se las podemos explicar. ¿Perdió usted sus alas? ¿Lo veremos cayendo en breve como un

pedernal, para desaparecer en la tierra, o para volver allá donde vive ahora?

Volvía a sentirse más poderoso que nadie y del todo consciente, porque yo seguía sin contestarle. Volvió a preguntar, pero de forma sarcástica:

—¿Está reflexionando sobre si usted mismo es un creador? También esas leyes se las podemos explicar, sacerdote de Isis. Miró a todos los maestros y se sentía preparado para lo que fuera.

Pero entonces me entró algo tan grande y poderoso que respondí:

—El fuego que hay ahora en mí y que me dan los Dioses me rodea por completo con sus rayos, y con eso podré abrasar después sus alas o prepararlo como un pájaro que llene su estómago y le dé nuevas fuerzas. En las tinieblas y la luz donde vivo ahora veo su propia insignificancia y la de todos nosotros. Solo puede haber gratitud en mí, ahora que veo que mis alas me dieron ese poder. En usted hay tinieblas e inconsciencia, no vive usted “dentro” de los milagros, sino al lado. Debe hacer otras preguntas, padre de Isis, ahora es usted un muerto en vida.

—¿Lo oyen, sacerdotes de Isis? Nos vamos al Rey, levanto la sesión.

Mi líder me hizo decir:

—Yo también estoy allí, pero los Dioses dicen que debe tener paciencia y que solo se podrá ir cuando mi organismo ya no esté allí.

Capté una imprecación suya:

—¿No será que se cree un Dios, verdad? —dijo.

Estaba preparado:

—Si fuera un Dios lo convertiría en un sapo, porque su pensar y sentir son como el suyo —respondí.

Esto era terrible, en el Templo jamás se había vivido algo semejante. Entonces se disolvió mi organismo ante sus ojos. Mi maestro consiguió este milagro. Ante el palacio del jefe de Egipto volví a recuperar mi organismo y a vivir en la tierra. Entré en el palacio. Me pasó de largo un mensajero del supremo sacerdote, pero lo seguí hasta el faraón. El Rey estaba extremadamente sorprendido cuando le expliqué lo sucedido. Envió un mensajero a la Reina y aparecieron altos dignatarios, además de los consejeros del faraón. Cuando entró el padre de Isis junto a su séquito comenzó inmediatamente la sesión, porque el faraón tenía que administrar justicia. Se estaba controlando lo escrito, y fue pasando de mano en mano. Después el Rey me hizo su primera pregunta. Me sentía tranquilo, pero Isis caería o resucitaría; o bien sería destruida, o bien Dectar y yo nos enfrentaríamos a la muerte. Pero también aquí estaba mi líder espiritual conmigo. El Rey preguntó:

—Sacerdote de Isis, tiene usted muchos dones, le estamos agradecidos por esta sabiduría y damos las gracias a los Dioses. ¿Puede explicarnos lo que se dijo?

—Los Dioses darán respuestas a todas sus preguntas y están preparados,

gran faraón —respondí.

—Hemos visto que hay trastornos, ¿a qué los achaca? —preguntó.

—Gran faraón, las preguntas que me hicieron me llevaron de un milagro a otro, y el espacio es inconmensurable. El faraón puede seguir lo escrito y controlar las respuestas. A los Dioses les pareció muy poco claro y son preguntas de un inconsciente; el supremo sacerdote de Isis no está preparado para estas sesiones.

—Es usted claro en sus respuestas, sacerdote de Isis. Estimado Iseués, ¿cuál es su respuesta?

—Si digo que los milagros que nos vienen son poderosos, ¿lo puede sentir el gran faraón? Quiero investigar todos estos milagros. No volverá a suceder lo que vivimos hace algunos años.

—También su explicación es muy clara y natural. ¿Cuál es su respuesta, sacerdote de Isis?

—Los Dioses dicen, gran faraón, que soy un supremo sacerdote y creen que están perdiendo el tiempo cuando se hacen preguntas de ese modo. Hay que aceptar de inmediato lo que digan los Dioses, no soy un discípulo de sacerdote, sino que poseo las alas más grandes de todas.

El faraón se dirigió al supremo sacerdote:

—Me ha quedado completamente claro, estimado Iseués: vemos que hizo usted varias preguntas, pero que estuvo muy distraído al hacerlas. Veamos, estimado Iseués, estas fueron sus preguntas —dijo.

Lo escrito volvió a pasar de mano en mano y el Soberano se lo entregó al supremo sacerdote:

—Sacerdote de Isis, díganos: En el espacio, ¿se tiene seguridad acerca de todos los sentimientos y son respondidas las preguntas según los mismos? —preguntó después.

Sentí lo que quería decir y respondí:

—Pregúnteselo a todos los alados, todos le dirán lo que le explicaré ahora. Cuando los Dioses responden a las preguntas, quieren que todas sean claras y se centren en un solo objetivo. A nosotros los sacerdotes, las leyes de Isis nos prescriben que hablemos con claridad y hagamos preguntas naturales. No es posible que hagamos otras preguntas antes de que se haya aclarado todo el milagro, solo entonces podemos seguir. Quienes no obedecen las leyes reciben su castigo. Estas son las leyes de Isis, gran faraón, pero estoy en el espacio y he de obedecer las leyes de los Dioses; allí soy uno con los Dioses. No puedo decir nada más, absolutamente nada más que lo que recibo por medio de ellos. Por antinatural y severo que sea, tengo que transmitirlo. Los Dioses dicen que el faraón tampoco conoce esas leyes. Tengo que seguir porque los Dioses me dieron esas alas; el faraón tiene que llevar a cabo una tarea diferente para ellos.

—No, sacerdote de Isis, las alas no son posesión mía, tengo que reconocerlo.

—¿No es clara esta explicación? —le preguntó al supremo sacerdote.

Mi padre estaba preparado:

—Ahora la respuesta es muy clara, gran faraón, pero vivimos fuera de las leyes —respondió.

El Rey volvió a mirarme, pensó unos instantes y preguntó:

—Sacerdote de Isis, ¿le es posible terminar en mi casa esta sesión, para que pueda administrar justicia?

—Gran faraón, los Dioses están preparados. Se me acaba de decir que los Dioses están viniendo a nosotros. ¿Podría el faraón atenuar un poco la luz para que consiga dormirme?

El alto dignatario que había asistido a la sesión habló con el faraón, y comprendí de qué hablaba.

El Rey preguntó al supremo sacerdote:

—Estimado Iseués, ¿no dice usted nada del milagro que todos ustedes pudieron contemplar? ¿Acaso no fue poderoso el milagro que ocurrió ante sus ojos?

Mi padre estaba preparado también ahora y respondió:

—En todos los siglos que los escritos nos demuestran no hubo más que un solo sacerdote a quien se le otorgó este milagro, pero este sacerdote volvió al lugar de donde había venido, y las tinieblas lo incorporaron, aunque Isis guardó silencio sobre él.

‘Mi sentencia de muerte’, pensé. Dectar rezaba por mí, pero me sentía tranquilo y quedé a la espera. Los animales del faraón vinieron a mí, como si quisieran protegerme, acostándose a mis pies. Cuando el Rey lo percibió preguntó al supremo sacerdote:

—¿Puede explicarme, estimado Iseués, por qué mis animales aman a este sacerdote? Sé de su amor por los niños y que no se acercarán a gente mayor. ¿Puede un niño ser poco claro y estar envenenado?

También ahora estaba listo:

—Hay alados, gran faraón, que poseen ambas cosas —la juventud y la vejez— y que pueden volver en el insecto venenoso, pero entonces su picadura es mortal y su lugar no es en el Templo de Isis —respondió.

Todos los presentes me miraron.

—¿Está usted preparado? —me preguntó, no obstante, el faraón.

Me acosté donde estaba, pero los animales se quedaron conmigo. Pronto entré en trance, desdoblándome corporalmente. Oí que el faraón dijo al supremo sacerdote:

—Estimado Iseués, ya lo ve, creo que ahora puede hacer usted preguntas.

El supremo sacerdote preguntó:

—¿Dónde está usted, sacerdote de Isis?

—En el espacio.

—Cuando le entraron las tinieblas, ¿dónde estaba usted en ese momento?

—Tengo que rectificar su pregunta, porque en este mundo hay muchos mundos tenebrosos. No puedo saber a qué tinieblas se refiere mi maestro.

—Quiero decir el primer instante de todos; de ese habló usted. ¿Puede regresar hasta ese lugar y percibir a través de qué recibimos nuestra luz?

Cundió tensión entre los presentes, se me hizo una pregunta que podía destruirme a mí o mis alas si me abstenía de responder. Antes de responder sintonicé con Dectar:

—Tienes que ayudarme, Dectar, y para eso es necesario que conserves la calma, más ayuda no necesito. Los Dioses están presentes —le dije.

Ahora me quedé esperando a mi líder espiritual:

—¿Y? Sacerdote de Isis, ¿está usted en las tinieblas? —preguntó ya de nuevo.

Vi que el Rey lo miraba, pero respondí:

—Cuando los Dioses nos crearon a nosotros y toda la vida, eso tomó tiempo. Para sintonizar poderes y fuerzas, que significa prepararse, hicieron falta millones de lunas, antes de que nosotros los seres humanos hubiéramos alcanzado el estado adulto. Si ahora quiero ir “adentro”, entonces los Dioses de Isis me piden a mí y a todos ustedes humildad, y que nos preparemos para toda esta sacralidad. Me encuentro ante un portón que está cerrado, pero si el padre de Isis eleva su poderosa oración a los Dioses, estos me dejarán entrar y así se enaltecerá Isis. Me encuentro postrado y elevaré mi humilde oración para que se me conceda percibir para todos ustedes.

Los miré a todos y sentí cómo comprendían y sentían mis palabras. Al Rey le pareció estupenda mi respuesta, la Reina estaba sumida en una profunda oración y mi respuesta causaba en los animales un sentimiento juguetón, pero a mi alrededor había silencio, un silencio sagrado, y el supremo sacerdote preguntó:

—Si los Dioses estuvieran dispuestos a oír mi oración, entonces le pido que otorgue esas fuerzas para que pueda percibir allá donde nunca antes se le concedió a un sacerdote que viera.

Estaba preparado ahora y dije:

—Lo que veo es un gran milagro. Veo en las tinieblas, y en ellas está entrando ahora la luz. Esa luz causa empuje y después veo vida. Lo que percibo es como el agua en la tierra. Muchas lunas antes esta agua era una masa de nubes, pero se ha hecho más densa. De modo que de allí surgió el agua. En esa agua veo pequeños animalitos, una vida que es traslúcida, y se parecen a gotas de agua. Los Dioses de Isis me explican este milagro y le dicen: Una vez usted vivió en esto, igual que toda la demás vida que está presente en la tierra

y el espacio. Ahora ha completado usted su crecimiento, pero nació usted en este lugar, en las tinieblas. La vida fue creciendo, siguió avanzando más y más, y adquiriendo mayor tamaño. Si usted ve en eso, entonces está conectado con la realidad, que fue el último momento de todos de su vida. Usted ve una sola gota de agua, pero aun así ya murió y volvió a nacer miles de veces antes de eso. Las aguas generaron toda la vida, pero esa vida continuó avanzando y alcanzó la tierra: el planeta que se había hecho denso. También entonces murió y volvió a nacer toda la vida, hasta que la vida interior alcanzara lo perfectamente humano. Los Dioses de Isis me piden que los siga; voy a percibir los cielos. Ahora veo un mundo en el que todos poseen alas. Veo Templos y una naturaleza muy hermosa y personas perfectas, que han vivido todas en la tierra a la que pertenecieron nuestros antepasados. Veo todos esos milagros por medio de mis dones. Todos ustedes han de aceptar ahora lo que me dicen los Dioses de Isis, lo que yo les transmitiré.

Cuando los soles recibieron su luz ya tenían millones de lunas de edad. Todos recibieron una tarea para que la completaran y se desarrollaron, como lo hemos hecho todos dentro de nuestra madre, aunque se le llame “empuje” en lo que vivo ahora. Por medio de ese empuje nacieron las estrellas y los planetas, las tinieblas y la luz; ese empuje daba a todos esos cuerpos, fuerza, poder y movimiento. Solo veo movimiento y esto continúa avanzando hasta que todos hayan completado su tarea. Pero toda esa poderosa vida nació antes que nosotros, fue creada solo para nosotros, los hombres, como almas y como personas materiales, porque todos tenemos que regresar a “Él”, al Dios de todos nosotros. Todos nosotros aún estamos de camino, como quienes viven aquí y que han avanzado más que todos nosotros: también ellos vuelven a Dios. Si el padre de Isis me sigue y siente lo que los Dioses nos dicen ahora, la cabeza del Templo de Isis comprenderá y sentirá que lo que se les está dando a todos ustedes es sagrado (—dije).

Los seguía en la tierra, todos estaban tranquilos. El supremo sacerdote preguntó:

—Si hubiera peligro para Isis, ¿qué haría entonces?

Sondé su pregunta y me entró:

—Si los Dioses de Isis quisieran que mis alas se abrasaran, gran maestro, o que me convirtiera en alimento de los animales, aun así estaría dispuesto y me sacrificaría.

—Bueno, estimado Iseués —oí que dijo el Rey al supremo sacerdote— eso sí que es una respuesta digna de un sumo sacerdote de Isis.

Pero el sacerdote aún no estaba satisfecho y preguntó:

—¿Qué medidas adoptará cuando usted sienta y vea que quienes se le presentan como Dioses y le susurran que los escuche humillarán a Isis?

Volvió a crear disarmonía, pero respondí:

—Usted conoce al faraón, pero le pregunta usted quién es; ¿que respuesta cree que obtendrá ahora que sabe quién es?

Todos sintieron a dónde quería él llegar, pero no hizo caso alguno y preguntó:

—¿Qué pretende con esta respuesta?

—Los Dioses quieren que vuelva en sí, padre de Isis, ahora es usted uno de los inconscientes: pregunta por verdades que conoce (—dije).

El supremo sacerdote se quedó pálido como un muerto y los animales se inquietaron, pero proseguí:

—Sus alas están paralizadas y su luz se ha oscurecido. ¿Por qué no les pide nuevas alas a los Dioses? Pero pregunte entonces también cómo se han de usar las alas más grandes de todas, o se desplomará como un pedernal y se estrellará.

La Reina se quedó mirando muy seriamente al supremo sacerdote, pero fue el Rey quien le dijo:

—Mi estimado Iseués, ¿me va a seguir debiendo la respuesta? ¿Se quedó manco en un ala? ¿Tanto avanzó su hijo y discípulo como para que ya no sea capaz de seguirlo? Aquí se habla de lo que es digno para Isis. Y a ustedes, altos dignatarios, consejeros, sacerdotes de Isis e escribanos, a todos les pregunto: ¿Por qué he de administrar justicia? ¿Tan incomprensible es esto? Tenemos a un sacerdote de Isis que ha recibido las alas más grandes de todas, que es del todo uno con los Dioses, ¿no tenemos que estar entonces agradecidos? Bueno, mi estimado Iseués, ¿podría responder? (—preguntó).

Mi padre se había salvado, pero yo había vencido. Dijo:

—¿Le resulta posible al faraón comprender que los milagros que se viven ahora engrandecen Isis? Pero pasan por encima de nuestras cabezas, como un diluvio que arrasa la tierra sin que pueda detenerse al agua.

—Eso me ha quedado claro, estimado Iseués, pero mejor descanse algo, está muy cansado y así podrá recuperarse. Sin embargo, administraré justicia. Los invito a todos a compartir la cena con nosotros (—dijo).

El faraón me dijo a mí y a todos los presentes:

—Regalo a este sacerdote de Isis, que es digno de portar las alas más grandes de todas, mis animales predilectos; todos ustedes saben lo que significa eso (—dijo).

Alrededor de mí hubo alegría. Dectar se acercó. Con este regalo, en el fondo se me estaba venerando como supremo sacerdote de Isis. Volví a la tierra y cuando me desperté, el faraón me preguntó:

—Sacerdote de Isis, ¿me ha oído?

—¿Me permite el gran faraón que le dé las gracias por este poderoso obsequio? Los Dioses de Isis quieren que le transmita también la gratitud de ellos (—dije).

Al padre de Isis le pareció terrible. Después nos reunimos y tuvimos profundas conversaciones. Se me acercó Myra, pero la llevé a Dectar. Todos los presentes formulaban preguntas y yo tenía que responder a todas.

El Rey preguntó:

—¿Vive usted cada momento en los milagros, sacerdote de Isis?

—Si los Dioses lo quieren, se pueden vivir en cualquier instante.

—¿También los puede vivir usted aquí, en nuestro entorno?

Sentí qué peligro me acechaba ahora y respondí:

—Los Dioses nos dan poderosos dones, pero para ellos hay que sacrificarse por completo.

—¿Y si los Dioses lo desean?

—He de obedecer las órdenes, gran Rey, y las aceptaré.

—¿Le gustaría servir a su Rey en su entorno?

—Si los Dioses me otorgaran ese honor, cuánta gratitud sentiría.

Pero tuve que dominarme, porque sentí lo que ella quería de mí. Entonces llamó a su hija y le dijo:

—Karina, cuéntale al supremo sacerdote tus sueños, los Dioses los explicarán.

Se me acercó un ser extraordinariamente hermoso. Por fuera parecía muy seria, pero su conciencia interior estaba vacía. No había sentimiento en ella. Me habló de sus sueños, que no lo eran. Eran pensamientos vacuos y deseos de una niña antinatural. No tardó en alejarse, mis respuestas eran demasiado profundas y no conseguía seguirlas, aunque hizo como si me comprendiera. Ahora seguí a todos los presentes. Muchos estaban completamente cerrados, y aun así leía sus almas y podía seguirlos. En esta casa había odio y envidia, celos, vanidad y horror, aunque les complacieran ahora las cosas más elevadas y los milagros que habían llegado a conocer. Mi líder espiritual me hizo percibir muchísimas cosas, por lo que le estuve muy agradecido.

Querían poseer mi sangre y al mismo tiempo sería entonces uno de los consejeros del faraón. Entonces era otro esclavo que el que ya era yo ahora. Me llegó entonces un mensaje de mi líder espiritual para que le hablara al Rey de mi obra. Ya no había pensado en eso, y también por ello di las gracias.

Pregunté:

—¿Me otorgaría el gran faraón el derecho para que apunte todas mis experiencias que los Dioses me conceden vivir? ¿Y sería el faraón tan amable de comunicárselo al supremo sacerdote de Isis, para que tenga yo también su aprobación?

—Si los Dioses lo desean, sumo sacerdote de Isis, y necesitara usted ayuda: estoy preparado para ayudarlo en todo (—dijo).

Se lo comunicó de inmediato al sumo sacerdote, y así también esto quedó zanjado a mi favor. Volví a darle las gracias por todo. Entonces les mostré

diversos milagros y me disolví ante sus ojos. A algunos les pareció milagroso, pero también hubo quienes se atemorizaron. Dectar estaba en el cielo junto a Myra, pero había llegado el momento de volver a casa. Nos despedimos todos, los animales del faraón me siguieron; ya había recibido el más grande obsequio de todos, en el fondo no precisaba poseer nada más. El padre de Isis se sintió envejecido.

Nuevas sesiones

En Isis seguimos tranquilamente. Nuestro trabajo nos exigía a todos plena entrega y sagrada atención. Solo ahora podíamos empezar. Les pedí a todos que estuvieran presentes. Entraron a la hora acordada, y me desdoblé corporalmente. El supremo sacerdote hizo su primera pregunta:

—¿Dónde está, sacerdote de Isis?

La pregunta se repetía una y otra vez para controlar si había conciencia en quienes se desdoblaban. Entonces empezaron a percibir, el alado se alejaba, y continuaban.

Respondí:

—Estoy en el espacio material.

—¿Acaso hay un espacio invisible? También esta pregunta volvía a ser capciosa para poner a prueba al alado.

Le dije:

—Hay un espacio visible y otro invisible. La vida interior de usted siente y piensa, y esa es el alma; es invisible, pertenece al mundo invisible.

—Si muero aquí, ¿irá entonces mi alma adentro? —preguntó.

Me parecía una pregunta extraña para él, y Dectar me hizo sentir que aún no se habían formulado semejantes preguntas. A él también se le hacía extraño, pero respondí:

—Si hay un gran amor en usted, padre de Isis, puede ir “adentro” donde haya luz y esta lo espere. Si hubiera otras fuerzas en usted, entonces le esperarán las tinieblas.

—¿Por qué amor?

—Porque “Él”, que nos creó a todos, solo es “Amor”.

—¿Quién es ese “Aquel” del que usted habla?

—Los Dioses de Isis dicen que todos somos hijos de “Él” si queremos seguirlo a “Él”.

—¿Puede verlo a “Él”?

—Cuando los veo a todos ustedes lo veo a “Él”, según me dicen los Dioses. Puede verlo a “Él” en los animales, en la vida de las plantas y flores, y en todo lo que es parte de la vida. En el fondo, todo eso es “Él”, o el Dios de todo lo que vive. Toda esa vida es como es “Él”.

—¿Así lo llaman allí?

—A “Él” lo llaman aquí el único Dios de todo lo que vive. Al margen de “Él” no somos nada. Usted me llama un Dios, y es lo que soy si “La Vida” está en mí (—dije).

Recayó en su odio por mí:

—Si lo que quiere es castigo solo tiene que decir de nuevo que es usted un Dios, y lo tendrá —dijo.

Yo estaba preparado y dije:

—Si usted supiera quién soy yo —y lo sabe—, entonces ahora dejaría caer su máscara, y su vejez haría la transición al “ser niño”, volviendo a este estado, y podríamos experimentar cosas grandes, y usted lo seguiría a “Él”, que desea que seamos como es “Él”. Pero si sigue odiando, entonces lo acogerán las tinieblas.

—¿Sabe, sacerdote de Isis, con quién está hablando?

—¿Se olvidó usted, padre de Isis, de que recibí los animales predilectos del faraón? A eso corresponde poder y me otorga el derecho a decidir sobre la vida y la muerte. Se está armando de manera equivocada, supremo sacerdote, porque me acerco a usted con todo el amor que llevo dentro, que también siento aquí y que me llega. Pero si no es capaz de perdonar ni de olvidar, váyase entonces y deje de alterar nuestro ser uno con los Dioses. Aunque si quiere continuar, entonces me disolveré allí delante de sus ojos y acudiré al Rey, el Jefe de Egipto. Ahora puede seguir lo que usted mismo prefiera (—dije).

Lo vi como un ser humano quebrado; dio órdenes al maestro Sma para que hiciera preguntas por él. Este maestro, el único que aún poseía sentimientos, hizo su primera pregunta:

—Díganos, alado, ¿quién es el Dios del que nos habla? Porque hemos conocido a muchos Dioses, que también le enseñaron a usted.

—Sacerdotes de Isis, escuchen. Los milagros que han podido seguir eran poderosos y nos fueron obsequiados por los Dioses. Otros sacerdotes vivían en el espacio donde estoy ahora, pero ninguno de ellos tenía los dones que yo sí he recibido de los Dioses. Pero no hay más que un solo Dios.

—Hemos oído sus respuestas y le damos las gracias. ¿Hay pobres y ricos allí?

—¿Acaso Dios no consideraría a un pobre su hijo? ¿Acaso puede hacer distinciones un Dios de “Amor”? “Él”, el único Dios de todo lo que vive, que nos creó a los seres humanos y todo lo demás que vive, “Él” es, como se le conoce a “Él” aquí, el único Dios que decide sobre la vida y la muerte. “Él” es el Dios de las estrellas, de los planetas y soles, y lo será eternamente. Cuando todos ustedes estén en la “pradera”, ¿no verán entonces en vidas anteriores? Entonces habrá conciencia en ustedes y lo conocerán a “Él”, el Dios de todos nosotros. También quienes viven aquí lo conocen y lo aceptan a “Él”, solo a Dios, el “Dios” de Amor. Esta sabiduría, sacerdotes de Isis, va miles de lunas por delante de todos los hombres.

—Dice usted que somos como “Él” y que ellos lo pueden seguir a “Él” en los animales y en todo lo demás que vive, ¿verdad?

—Cuando estén listos los escribanos, continuaré. Toda esa vida, maestros de Isis, la ha hecho nacer “Él”. Todos nosotros volvimos a “Él”. ¿Les ha quedado claro? ¿Pueden aceptar que todos estamos en vías de convertirnos en como es “Él”?

—¿Y puede ver en eso, sacerdote de Isis?

—¿Toda esa vida la puedo seguir, maestro Sma. La veo aquí delante de mí, pero también se puede ver en la tierra. Todos seguimos elevándonos para alcanzar los cielos más altos de todos. Aquí siempre es de día, pero también las personas se hacen cada vez más hermosas. Todos aquellos que ahora viven todavía en la tierra son recibidos aquí, pero lo tienen que seguir a “Él”. Solo entonces contemplarán y asimilarán los milagros en sus propias vidas. Aquellos que lo siguen a “Él” ya no son capaces de odiar y son clementes, aman todo lo que vive, porque es parte de la “Vida de Él”, y pueden aceptar los milagros que no comprenden, pero que aun así serán sabiduría para ellos. En la vida hace sitio para aquel que posea amor y lo siga, porque “Él” es luz. Las tinieblas han de ser vencidas. En lo que veo ahora aún le es desconocido a usted, estos milagros son nuevos para Isis, solo aquí se sabe de ellos. Si el padre de Isis sintiera esto, vendrían a él los Dioses y lo seguirían los maestros de Isis (—dije).

Mi líder espiritual quería ayudarlo más, pero se levantó y se marchó. Continuamos y el maestro Sma rogó:

—Sacerdote de Isis, los milagros son poderosos, pero nos gustaría ayudarlo y asistirlo en todo, ahora que el supremo sacerdote se ha marchado. Todos nosotros estamos preparados y nos encargaremos de que ya no nos lleguen trastornos, y nos sentimos honrados porque nos enseñen los Dioses y el Dios de todos nosotros. Por lo que nos quedamos a la espera de poder hacer preguntas.

—Los Dioses quieren que hagan preguntas, maestro Sma, yo también estoy listo.

—¿Así que la muerte es vida que dura eternamente?

—Es una pregunta muy hermosa y consciente, maestro Sma, continúe así.

Ciertamente, la muerte es la vida que dura eternamente, porque no hay muerte, en nada, nada puede morir, vea como quiera ver la vida, solo hay vida.

—¿Tienen un nombre las cosas que ve allí delante de usted?

—Cuando voy a las tinieblas es una esfera, pero una que es tenebrosa, y allí viven, como saben todos ustedes, personas que buscan la vida tenebrosa. A los cielos luminosos aquí también los llaman esferas, y a las personas se les ha concedido que conserven sus propios nombres, y es como se reconocen los árboles y las flores, las aves y todo lo demás que vive. Pero dondequiera que mire, hay vida y toda esa vida lo sigue a “Él”, solo a “Él”.

—¿Y hay muchas esferas como esa?

—Veo muchísimas, pero dicen que no puedo percibir las todas, porque aún no he avanzado tanto. Los Dioses dicen que cada esfera es diferente y que la belleza que posea depende de su luz. Todas las personas que viven aquí tienen que asimilar las leyes y comenzar esa vida más elevada si quieren poder alcanzar esas esferas más elevadas.

—Eso es nuevo para Isis, y le estamos muy agradecidos. Preguntamos: ¿Es seguro que todo aquel que lo desee recibe esos mundos más elevados como propiedad suya y alas?

—No se excluye ni una sola alma de todo esto tan milagroso, todos siguen avanzando y algún día llegarán a esos cielos.

—Dice usted que todos poseen las grandes alas, pero ¿siente usted por qué?

—Todos vivieron alguna vez en la tierra. Cualquiera que haya sido su vida allí, ahora viven en la plena y verdadera luz, y continúan. Han llegado hasta ese punto por el amor que han recibido, de modo que solo es posible a través del “amor”.

—Eso es imponente, sacerdote de Isis. ¿Son conscientes de eso?

—Quienes viven aquí siguen una doctrina en Templos muy hermosos, pero después todos se ponen de camino y ayudarán a los desconocidos con quienes se encuentren. Por eso empiezan a despertar y lo siguen a “Él”, que desea que se ayude a todos. Obedecen las leyes, descubriéndolas y comprendiéndolas. En el lugar donde se viven los milagros, van “adentro” y sus maestros les explican los milagros, que los hacen muy grandes y conscientes a todos. Todas estas personas poseen las grandes alas, planean por este espacio y muchos otros mundos, convirtiéndose en los enseñantes de otros. Estos milagros que hemos recibido ahora ellos ya los conocen desde hace siglos, porque despertaron en los mismos, así que todos les pertenecen. Todos comprenden los milagros y aceptan, porque lo han conocido a “Él”.

—Es muy hermoso. Estamos preparados y preguntamos: Dice usted que todas esas personas vivieron alguna vez en la tierra: ¿siempre en el mismo país?

—Puede aceptar, maestro Sma, que todas las almas vivieron en todos los países entre todos los pueblos, formando parte de ellos. No hay ni un alma en la tierra que no haya estado donde viven las personas y que no pertenezca a todos los pueblos.

—¿Despertaron por eso?

—Todos poseen aquello que el maestro Dectar siente y ha recibido ahora. Viven en la gloria y la felicidad y son conscientes en todas esas vidas. Fueron “hombre” y “mujer”, niño, hermano y hermana: el alma tiene que seguir y experimentar todos esos estados en la tierra para que su interior adquiera plena conciencia.

—Es muy hermoso, maestro de Isis, y le estamos muy agradecidos. Los escribanos están listos y preguntamos: ¿También hay animales allí, quiero decir especies salvajes? ¿Puede respondernos a eso?

—Los Dioses dicen que sus preguntas son muy claras. La respuesta es: la especie animal salvaje se eleva más y recibe otros cuerpos materiales en los que adquiere conciencia el animal interior, para seguir después en este mundo como la especie perfecta y más elevada.

—Su respuesta es perfecta, sacerdote de Isis. ¿Cómo es allí la vida de las flores y de las frutas?

—Ya vio usted las flores, y las frutas las recibirá ahora. Los Dioses de Isis están muy satisfechos (—dije).

Vi desde mi mundo que mi líder espiritual los estaba haciendo felices a todos. Dejó que yo mismo respondiera:

—Sacerdotes de Isis, ahora comen frutas espirituales, se las obsequiaron los Dioses. Cómanlas, amigos míos, les darán fuerzas. Pero yo sigo. Los animales en este mundo son todos de las especies más elevadas. Cuanto más se elevan, más hermosos se hacen, y volverán a nacer —igual que lo tenemos que experimentar nosotras, las almas— en otros cuerpos. Toda esta vida, sacerdotes de Isis, vuelve a “Él” y son hijos de Dios, cualquiera que sea la forma en que viva el animal interior. La especie salvaje permanece en la tierra y muere, igual que tiene que disolverse en nosotros todo el odio, si queremos poder elevarnos. De modo que si todos ustedes pueden superarse a sí mismos, los acogerán los cielos, o los portones seguirán cerrados hasta que inclinen la cabeza y acepten las leyes.

—¿Pueden explicarle los Dioses todos estos milagros?

—Ustedes pueden explicar ahora muchos milagros, maestros de Isis, y obedecer lo que se conozca, porque ustedes mismos forman parte del milagro más grande que haya creado Dios. Todos nosotros nos hemos adelantado mucho a las personas, pero ustedes son sacerdotes de Isis y conscientes, para que puedan seguirme. Sigán por eso su propia vida, en ustedes está presente todo, porque forman parte de todo ese poder y toda esa fuerza, y las leyes les pertenecen. Los Dioses les preguntan ahora a todos ustedes: Han podido vivir milagros. ¿pueden aceptarlos todos?

—Sí, maestro de Isis. Estamos preparados.

—Los Dioses me encomiendan describir todos estos milagros y ustedes pueden ayudarme a hacerlo. Si entre ustedes hay uno solo que de todas formas crea tener que dudar de todo, que hable y recibirá la respuesta.

—Estamos dispuestos a ayudarlo y aceptamos todo.

—Si el sumo sacerdote quiere aceptar nuestra ayuda, todos le estaríamos muy agradecidos.

—Les doy las gracias, maestros de Isis, nuestro trabajo puede comenzar y

lo acabaremos. Enmienden lo que alguna vez hayan hecho mal y que la luz de este mundo les entre a todos. Volveré a ustedes, porque las fuerzas se han consumado (—concluí).

Pronto recuperé la conciencia en mi vida material. Controlamos todo y nos separamos.

* *

*

Recibí de mi líder espiritual la comunicación de que podíamos celebrar las sesiones de otra manera y que entonces él mismo les hablaría. Se nos hablaría en estas sesiones directamente desde ese mundo, por lo que todos los maestros aceptarían. También en estas sesiones estaría presente un alto dignatario, que nos daría el sello del Rey. No se dudaría de la realidad. Me senté rodeado de todos ellos, en una tenue luz roja, envuelto por el olor de hierbas; entré en trance. Pero ahora me quedé en mi organismo. Mi líder espiritual les habló a todos desde su mundo. Su voz se había materializado y se oía con claridad. Dijo lo siguiente:

—Sacerdotes de Isis, también ahora están viviendo un gran milagro, porque los Dioses quieren que me oigan hablar. Están recibiendo nuevas leyes para el Templo de Isis. Léanme las leyes existentes, porque muchas se anularán; las sustituirán otras mejores.

Las nuevas leyes de Isis

Todos oyeron decir a mi líder espiritual:

—No odien si no quieren ser odiados.

En Isis hay un solo supremo sacerdote y lo llaman Padre, pero será “Amor”.

Los sacerdotes que junto a él representan el Templo son uno con su Rey y le sirven como consejeros suyos.

Aquellos que quieran obtener el sacerdocio y acceder al Templo reciben una protección “amorosa” y tienen como superiores directos al supremo sacerdote y al Padre del Templo.

Desaparecerán los muros astrales de Isis, así como todas las moradas por las que el alma vive como un preso. Todos son uno y están conectados por el Amor.

Las tinieblas permanecerán, pero quien quiera puede “ir adentro” por decisión propia. Este aislamiento es para llegar a Él, el Dios de todos los Dioses.

Las leyes de formación siguen vigentes, pero el “Amor” prevalecerá por encima de todas las leyes existentes. Quien sea grande en el “Amor” recibirá las alas más grandes de todas.

Tanto el sacerdote como la sacerdotisa pueden ser grandes en el “Amor” y alcanzar su ser uno en él.

Solo después de diez años pueden recibir esta conexión; la consagración tendrá lugar en el Templo de Isis.

Las personas con dones naturales seguirán otra formación, que determinarán el Padre del Templo y los sumos sacerdotes.

Quien haga preguntas tendrá derecho a hacerlas por “el amor” y poseerá las alas más grandes de todas.

Hacer preguntas que sirvan a uno mismo puede dar lugar a que los demás aparten a este sacerdote.

Si un discípulo de sacerdote posee las alas más grandes de todas, si la conciencia es plena, entonces podrá hacer preguntas, aunque siga siendo un discípulo de sacerdote (—dijo).

Mi líder transmitió aún otras muchas leyes, y de todas ellas se dejó constancia. Al final dijo a todos ellos:

—Los Dioses quieren que ustedes obedezcan todas estas leyes y que el faraón las firme. Seguirá más sabiduría (—concluyó).

Después mi líder espiritual volvió a marcharse; los maestros habían vivido un gran milagro. Una vez redactadas de nuevo las leyes, continuamos y volví a vivir en el espacio. Nos reuníamos todos los días. Mi líder espiritual me llevaba a otros planetas, descendía conmigo en las aguas y recibíamos la

profundidad de todas esas leyes y milagros. Estuvimos conectados durante varios meses y obtuvimos sabiduría espiritual. Fuimos describiendo mis propias experiencias y para ello recibí la ayuda de todos ellos. Mientras tanto me desdoblé de mi propio organismo y recibí fuera de mi cuerpo lo que engrandecía Isis. Así seguimos hasta que recibí el mensaje de que estaba enfermo el Padre del Templo.

La muerte de Iseués

Le pedí que me recibiera; esperaba que quisiera verme una última vez. Envié mi deseo a él de sentimiento a sentimiento; aun así me hizo esperar, pero por la noche me llamaron. Habíamos estado en la corte el día anterior; mi líder espiritual me mostró nuevos milagros, por lo que conseguí lo que él jamás había logrado. Volvió envejecido al Templo. Me acerqué a él:

—Padre de Isis, ¿le permite a su discípulo que le ayude? Estoy preparado para usted con todas las fuerzas que están en mí, si quiere aceptar mi ayuda. Mis manos lo elevarán y volverá usted a estar fuerte y preparado para engrandecer Isis. Todos los sacerdotes le desean suerte y fuerza —dije.

No obtuve respuesta. Tenía los ojos inyectados en sangre; comprendí lo que estaba haciendo y lo que se aplicaba a sí mismo. En poco tiempo puso fin a su propia vida; había sintonizado sobre sí mismo una sugestión mortal. Así puso punto final a su propia vida. Entonces me dijo:

—No quiero su veneno.

—Para sí mismo no, Padre de Isis, pero tenía usted bastante para mi querida madre y para mí. Ya lo ve, sigo viviendo —le contesté sin perder la calma.

Me miró mientras se levantaba de su lecho de reposo y me gritó:

—Fuera de mi vista, diablo, ¿qué hace usted aquí?

—Vine a verlo para ayudarlo.

¿Me reconoció? Estimado Iseués, soy su hijo, pero no tengo nada de usted, mi sangre no sufrió ningún contagio, por dentro y por fuera soy como mi querida madre. Ni su veneno material pudo acercarse nunca, porque Ardaty fue un maestro.

—Fuera de aquí, satanás.

—Exactamente, padre Iseués, ahora puede ver muy claramente que sobre mi cabeza descansa una estrella: mi madre fue una princesa y cuando estoy con el Rey vivo en mi propia casa. ¿Por qué se me acercan los animales? Me pertenecen, Padre Iseués, son de mi madre. Los Dioses querían que los recuperara, y usted ha podido seguirlo. Y sin embargo, Padre de Isis, ahora que sabe usted quién soy, inclino la cabeza con humildad ante usted. Llego hasta mi padre como un niño y discípulo de sacerdote, y como sumo sacerdote. Quiero asistirlo en todas estas personalidades, con todo lo que llevo dentro. Le pido perdón, enmendaré y olvidaré todo, pero el Templo de Isis será radiante, tengo que depurarlo de todo el veneno. El fuego espiritual abrasó sus alas y se desplomó usted como un pedernal. Pero ¿es esa mi voluntad? Usted ya no quiere vivir, porque esa cobardía está en usted. Cobardía y vacío: es todo lo que hay en usted. La juventud triunfa, padre Iseués, porque así

lo quieren los Dioses. Se lo vuelvo a preguntar. ¿Quiere aceptar mi ayuda? ¿Podrá perdonarme?

—Váyase, que las tinieblas lo traguen a usted y a los suyos. Su madre me pidió que la hiciera mi alma y... —No consiguió continuar. Di un salto hacia él, pero de pronto fui retenido. Entre nosotros dos estaban mi madre y Ardaty.

Mi madre me dijo:

—Querido hijo mío, ¿quieres volver a destruirlo ahora todo? ¿Quieres abrasar tus alas porque te entra el fuego del odio? Desciendes en el odio, querido Venry, y te previne contra eso. ¿Es ese seguir lo que te hizo grande? ¿Es eso ser agradecido? ¿Está el “Amor” en mi hijo? ¿Puedo estar ahora orgullosa de ti, querido Venry? Eso no, hijo mío, te humillas. Vuelve en ti, Venry. Si no quiere tu ayuda tampoco lo puedes ayudar. En nuestro mundo son abandonados a su suerte hasta que inclinen la cabeza, quieran aceptar nuestra ayuda y deseen empezar otra vida. Vete, hijo mío, y termina tu trabajo. Aquí ya no tienes nada que hacer. “Irá adentro”, querido Venry, porque lo quiere, nadie podrá detenerlo. ¿Ves a Ardaty? Te sonrío y somos muy felices. Algún día estarás para la eternidad con Lyra junto a nosotros, querido Venry. Querido muchacho mío, vuelve a tu trabajo, tu maestro te espera. Nosotros también volvemos, porque ya no hay ningún peligro y ya no necesitas mi ayuda. El Dios de todos nosotros vela por Sus hijos, también por él. Adiós, mi querido Venry. ¿Saludarás a Dectar de nuestra parte? Adiós, hijo mío.

Me fui, y aunque su veneno me siguió, no me hizo daño alguno. Le había perdonado todo y estaba dispuesto a ayudarlo, pero no necesitaba mi ayuda. A la mañana siguiente pudimos embalsamarlo y sepultarlo también a él.

Me llamó el faraón. Ahora iba a ser yo el Padre del Templo. Aun así, mi líder espiritual quiso que nombrara a mi sucesor. Lo sería el maestro Sma. Los otros sacerdotes me aceptaron.

En los años que fueron pasando completamos nuestro grandioso trabajo. Describimos los milagros físicos y psíquicos, además de mis propias experiencias que se me concedieron recibir y vivir por medio de mi líder espiritual. Cuando terminamos, le regalé este imponente trabajo al faraón, el jefe de Egipto lo guardaría, poseía el nuevo Isis. El viejo lo había derruido yo por medio de poderes más elevados, y junto a mí Dectar y los demás que nos seguían. Nos sentíamos muy felices y satisfechos y quedamos a la espera de nuevos acontecimientos.

El fin del Templo de Isis

Mi líder espiritual vino a mí y dijo:

—Querido Venry, te queda poco tiempo, pero nuestro trabajo está listo. Oremos juntos y demos las gracias a los Dioses. Te fue concedido recibir los milagros. Mira lo que te voy a mostrar ahora, y solo cuéntaselo al faraón cuando yo te lo haga saber. Velará entonces por Isis, y después de él lo harán otros. Cuando sientas que ocurran otros milagros estaré contigo. Dectar y Myra se encontrarán en la “pradera”. No puedes librarte de las leyes, Lyra y Dectar tampoco, las obedecerás, como las vivieron tu madre y Ardaty. Volveré, pero ya te doy las gracias por todo. Ahora observa, querido Venry (—concluyó).

Este país quedó envuelto en ominosas tinieblas. Después vi que las aguas se desbordaron y que el cielo se tiñó de un color rojo encendido, como ya había visto en mi juventud. Comprendí la visión de inmediato. Entonces se fue mi líder espiritual.

* *

*

Poco después alcancé la edad de veinticinco años. Fueron transcurriendo las semanas y los meses y se fue acercando el verano. En la noche del mismo día en que ocurriría el milagro visité a Dectar y Lyra. Cuando los llamara tendrían que estar preparados. Todos los demás del Templo podían ir a donde quisieran, cada uno debía actuar conforme a sus propios sentimientos. Los animales ya habían recibido sus cuidados, había mandado devolver al faraón los suyos, estábamos preparados en todo, nada trastornaba nuestra paz interior. Por la tarde ya habíamos podido percibir el primer fenómeno de todos. Algunos años atrás, Dectar había visto bien y claramente lo que iba a ocurrir ahora.

Cuando sentí el primer temblor llamé a Lyra y Dectar para que acudieran. Dectar no tardó en dormirse, veía a Myra en la “pradera”, mi maestro liberaría a Myra de su cuerpo material. Los Dioses habían oído la oración de Lyra, se nos concedía morir juntos. De nuevo sentimos una sacudida, pero poco después oí decir a mi líder espiritual:

—Ya lo ven, hijos míos, aquí estoy. Veo que Dectar ya está de camino y que se encontrará con su alma en la “pradera”. Pero ahora, querido Venry, ha terminado mi tarea aquí. Nos vemos allí, hijos míos, en la “pradera”.

Cuando mi líder hubo terminado de hablar, sentimos que la tierra temblaba y que se desgarraba. Vi que las aguas recorrían la tierra, derribando casas y edificios. Isis estaba derrumbándose.

Cuando sentimos la sacudida nos desdoblamos. Isis se venía abajo en el mismo instante y se rajó el cordón que unía ambos cuerpos. Nuestros cuerpos materiales estaban siendo aplastados, pero planeábamos por el espacio, donde había estado tantas veces. El Templo de Isis se había disuelto y con él todo el veneno y toda la impudicia. Mantenía apretada a Lyra contra mi corazón, y estábamos mirando lo que lo que los Dioses habían hecho desaparecer. Vendría otro Templo en su lugar; el Templo interior y espiritual estaba preparado. Entonces nos desprendimos de este lugar y fuimos planeando hacia la “pradera”.

Cuando llegamos allí, nos estaban esperando Myra y Dectar. Era el momento de empezar un breve paseo. Pero entonces vimos que se nos fue acercando una gran luz, y desde aquella luz celestial nos habló mi líder espiritual:

—Hijos de Isis, les estoy muy agradecido a todos. Todos ustedes volverán a la tierra, Myra aún no está preparada y tiene que terminar su tarea en esta vida. La ayudaré con eso, pero después de esta vida también ella volverá a la tierra. Isis tiene ahora poder, hijos míos. Isis les dio a todos ustedes esta gran felicidad, la conciencia de la “pradera”, porque todos ustedes saben que al rajarse el cordón se disuelve el alma y que acepta la nueva vida como chispa.

Mi tarea ya ha terminado, querido Venry, pero algún día volveremos a encontrarnos. Dectar recibirá las alas más grandes de todas, así lo quieren los Dioses. ¿Están preparados? Volverán a vivir y regresarán aquí. No queda mucho tiempo, hijos, dense prisa, las leyes siguen funcionando. Volveremos a vernos en este lugar. Que el Dios de toda la vida los bendiga a todos. Me voy y les estoy muy agradecido (—terminó).

Nos postramos y dimos gracias a los Dioses por esta enorme gracia. Ahora podía comenzar nuestro paseo. Sentí que Dectar no tardaría en disolverse, y también sentí que nosotros dos —Lyra y yo— teníamos que seguirlos. Mi querido amigo estaría preparado en breve. Estas eran las leyes de la vida y la muerte, y cada uno tenía que experimentarlas. Hacían ascender y descender el alma, a la riqueza y la pobreza, en el horror y la miseria. Aun así, todas las personas tenían que volver a la tierra para enmendar.

Ambos éramos del todo uno con Myra y Dectar. Vi ante mí el instante en que Dectar esperaba a Myra. La recibió con las manos extendidas, para apretar su alma contra su corazón. Entonces ambos nos precedieron.

Dectar en su belleza masculina, Myra rebosante de amor. Dectar había asimilado su belleza espiritual con humildad, igual que su gran amor por todo lo que vivía, por medio de su fuerza de voluntad y oraciones, trabajando, con pena y dolor, soportando preocupaciones y tristezas. Esto era belleza,

posesión espiritual, incomparable con la de la tierra.

—¡Myra! —Oímos que gritaba, era el momento en que llegaba ella. Con un grito de alegría, que expresaba todo su amor y bienaventuranza, hizo la transición en su propia alma, y este ser uno les trajo el silencio, que era celestial, que solo podían sentir las almas conscientes, pero en un profundo silencio. En este silencio solo se podía sentir, unos sentimientos que eran poderosos y profundos; su ser uno era sagrado.

—Myra, felicidad mía, mi alma. Siento una gratitud infinita hacia los Dioses que nos han dado esta gracia de poder vernos una vez más antes de que deba recorrer el resto de mi camino vital. Tu amor me dará la fuerza para soportar toda la pena y todos los deseos que me esperarán en mi nueva túnica material.

Quizá sea entonces inconsciente, y sin embargo sentiré, reconoceré esos sentimientos claramente. Habrá instantes en que mi corazón se desborde de felicidad, pero entonces no sabré por qué soy tan feliz. Pero entonces serás tú, querida Myra, solo tú, quien me hará sentir esa felicidad, igual que se nos concedió vivirla en esta vida. Podré soportar entonces todo el dolor y pena, y mi carga no me pesará tanto.

Myra, lo quieren los Dioses. Aún no ha llegado el momento en que se nos conceda estar juntos, pero llegará, amada Myra, y entonces estaremos juntos para la eternidad. Entonces se nos abrirán las puertas del cielo e iremos “adentro”, donde nos recibirán. Estaremos rodeados de quienes nos amen realmente, y entonces recibiremos la felicidad y la bienaventuranza eterna.

Oh, mi amada Myra, si solo quisieran comprender esto las personas sentirían que toda pena es pasajera y que tienen que prepararse. Ojalá comprendieran que la pena y el dolor son para despertar y servir, entonces tampoco ellas sentirían dolor y ya no podrían sucumbir.

Ningún alma se queda al margen de todo esto: cualquiera recibirá esta felicidad poderosa e inconmensurable. Si quisieran despertar, ya no se lamentarían ni se quejarían, pero la inconsciencia está en todos ellos. Creen que mueren verdaderamente y que entonces se acabó todo. Suplico con ardor a los Dioses que me den una vez más esa gracia, que me concedan poder servir todavía una vez más en una de mis muchas vidas, y esperar y rezar para que me sea concedido poseerte. Para eso quiero vivir y morir, y portar todo, sí todo, Myra, todo.

Qué agradecido estaría si entre todas esas almas hubiera una sola a la que se me concediera abrirle los ojos, para que conozca la gloria de Dios y la “pradera”. Abriré y despertaré su vida interior por medio de lo que vive en mí, les mostraré que su morada material, aunque sea un Templo, es, no obstante, una cárcel en la que viven durante el tiempo en que vivan en la tierra. Pero en esa casa material, amada Myra, en su propio Templo, podrán erigir un

edificio espiritual que superará en belleza a todo a lo que accedan al llegar de este lado y recibir la felicidad eterna. Eso será entonces su propia posesión que habrán adquirido ellas mismas, amada Myra, pero que habrán merecido por todas esas vidas; y los Dioses darán su bendición a las dos almas.

Todo esto, alma de mi alma, es lo que quería decirte, y por eso suplico a los Dioses que me dejen servir una sola vez más, para que mis dones y las alas sean perfectas.

Oh, amada Myra, me ayudarás, consciente o inconscientemente, vivas donde vivas, pero me apoyarás. Vivirás en mi cercanía y me darás esa fuerza para que entienda y pueda darlo todo, hasta que se vacíe mi alma y volvamos juntos.

—Dectar, vida mía, mi vida propia, mi gloria, mi felicidad, te doy las gracias desde lo más hondo de mí. Expreso con fervor mi gratitud a los Dioses por esta gracia de que ya ahora seamos uno y que podamos seguir siéndolo. Doy las gracias a los Dioses por saber que nada nos podrá separar y porque tú seas la única alma entre todos esos millones de almas que sea mía y me pertenezcas.

Dectar, mi alma, mi amor, esto no es una despedida, es el comienzo de nuestro camino vital y la primera piedra de nuestro Templo, que construiremos juntos. Será un Templo, amada alma, más hermoso y poderoso que todos los Templos terrenales, para poder recibir a todos los que aman.

—Tus palabras, mi querida Myra, me dan la fuerza para poder soportarlo todo. Me animan, a mí y la vida terrenal que aún ha de venir. Por horrible que sea mi casa, tú me seguirás. Por rico que yo sea allí, amada Myra, no hay nada comparable con esto que conocemos y poseemos ahora, y que permanecerá en nuestra profunda vida del alma, creciendo y floreciendo, hasta que en la tierra alcancemos la última conciencia de todas. Tu amor me mantendrá en pie y cumpliré con mi obligación hasta que los Dioses digan que esté bien.

Mi vida y alma te pertenecen a ti, para la eternidad, amada Myra, para siempre. Esas vidas también pasarán como en un sueño, a veces en riqueza, otras en pobreza, según lo que tengamos que enmendar.

—Esperaremos, amado Dectar, y cuando los Dioses estén satisfechos, nos darán esa gracia y te veré y encontraré en la tierra. Pero habrá una vida en la que seremos uno, Dectar, una sola vida juntos a la “Madre Tierra”, y entonces serviremos para todo lo que hayamos recibido de ella en todas esas vidas.

—Mi amada, Myra, por ti moriré, cien veces, y serviré y trabajaré, lo que la gente es incapaz de hacer porque no está en ella la conciencia. Todo ese trabajo lo depositaré en tus manos, solo para ti, Myra, todo lo hago para ti. Te construiré un Templo frente al que el palacio del faraón no será más que una chabola, rodeado de hermosos parques con flores y plantas. Los pájaros te cantarán mi canción, la del amor y la conciencia, del trabajo y el deseo,

del servicio, de ser uno en todo, de la pena y el dolor, y del comprender. La canción de la vida, amada Myra, de morir y nacer, te la cantarán los pájaros, y nuestra felicidad será eterna.

Y cuando descansemos, amada Myra, se nos acercarán los cisnes y agrandarán nuestro ser uno, y colocarán sus cabecitas en nuestros regazos. Entonces habrá una felicidad celestial en nosotros, Myra, ni muerte ni vida, ni un Dios trastornará nuestro ser uno, porque habremos vencido “la muerte y la vida” (—dijo).

Dectar guardó silencio, pero ambos estaban envueltos por los rayos de la felicidad celestial. Los Dioses habían establecido una conexión sagrada y para la eternidad.

Cuando Myra contempló a Dectar con sus ojos radiantes de felicidad, lo vio envuelto en una emanación. Dectar iba a disolverse en breves momentos y volvería al primer estadio de todos, para nacer a continuación. Estaba preparado para completar su pesada tarea, y para enmendar.

Lyra y yo fuimos hasta él, y dije a mi amigo:

—Lo ves, mi querido Dectar, ya te estás disolviendo, te estás convirtiendo en la chispa de Dios que anima a la vida joven, y de la que hemos conocido el milagro. Crecerás en tu madre, quizá en otro país, como “hombre” o “mujer”, pero de todas formas regresarás a esta vida para volver a prepararte. Algún día llegará la última de todas tus vidas, también la de todos nosotros, y quizá unos hayan avanzado más que otros, pero aun así seremos uno y seguiremos siéndolo para la eternidad.

Vete, hermano mío, las leyes están funcionando (—dije).

Dectar se disolvió ante nuestros ojos, pero Myra no lloró, en ella había profundidad y el silencio de la “pradera”. Conocíamos esta ley y comprendíamos a dónde iba.

Le dije a Myra:

—Querida Myra, ahora tienes que volver a tu cuerpo material, pero antes de que te vayas he de decirte lo siguiente. Explícales todo al faraón y a la Reina, y cuéntales todo lo de mi propia vida. Comprenderán entonces por qué él no recibió mi sangre, porque quiero seguir avanzando y mi alma es Lyra. Diles, querida Myra, que el “amor” es lo más elevado de todo lo que nosotros, los humanos, podemos recibir de los Dioses, y que también ellos tienen que ir a conocer la “pradera”. Diles a los dos que volverán y que entonces quizá serán como los pobres que no tienen ni para comer o beber, y que ahora son sus esclavos. Explícales, querida Myra, que todo lo que poseen es de prestado. Tú, querida Myra, terminarás tu tarea, pero los Dioses darán su bendición a tu final (—dije).

Myra se despidió de nosotros y volvió a su cuerpo material, pero también ahora había luz a su alrededor. Ambos comprendimos, pero nos quedamos

solos.

También a nosotros nos esperaba una separación por muchos siglos.

—Mi alma, amada Lyra: el Dios de todo lo que vive nos juntó y ambos representamos a ‘Amon-Ré’, a quien debemos nuestra vida. En nosotros hay felicidad y sabiduría, y esta ley la viviremos de manera consciente. Si nos encontramos en otras vidas, quizá ni siquiera me reconocerás. Pero enmendaremos y cuando Dectar y Myra construyan nuestra propia casa, les aportaremos una piedra tras otra y enmendaremos. Veo muchísimo dolor, pena y tristeza, pobreza y miseria, y las muchas heridas abiertas por nosotros que han de ser curadas. No deseamos poseer ninguna corona real, solo amor y concienciación. En cada paso reside la plena conciencia y el regresar a “Él”.

Aunque en otras vidas estaré vacío, aun así estará en mí el sentimiento y buscaré para que me vuelva a entrar la realidad. Aún no tenemos ninguna posesión, aunque haya en nosotros sagrada seriedad para querer servir y aceptar todo, absolutamente todo. Pero de todas formas llegaremos hasta allí. La vida que me espera ahora pide otra conciencia, esta vida se quedará dormida. Recibiré otro nombre, Lyra, viviré en otro país y formaré parte de otro pueblo. ¿Dónde estarás tú entonces? Pediré a los Dioses que me despierten entonces.

—Mi querido Venry, sea cual sea el nombre que lleves, amo este. Ah, y seguiré rezando, querido Venry, para recibir sabiduría y para que se me conceda poder despertar. En mí estará eternamente la petición de que se me conceda poder verte y amarte, como hago ahora. Ahora deja que el silencio entre en ti, Venry, postrémonos para rezar, deja que me disuelva “en” ti, porque siento que esa ley también está empezando a funcionar en mí (—dijo).

Éramos uno y estábamos conectados en profundidad; dimos gracias a los Dioses por todo. Entonces sentí que me llegaba ese imponente empuje. Abracé aún más fuerte a Lyra y la besé, pero estaba viviendo que se disolvía entre mis brazos, y tuve que aceptarlo.

—Oh, Dios poderoso, perdóname mis pecados y errores. Quieres perdonarme todo, pero no puedes, por mucho que quieras, porque somos almas como Tú y porque regresamos a ti. Gracias por todo.

Entonces sentí que me estaba volviendo más ligero, la “pradera” se fue difuminando ante mis ojos, mi conciencia se hizo inconsciente, este sagrado espacio se estaba disolviendo ante mí y me llegó una ley imponente que se puso a funcionar en mí, obligándome a volver a la tierra. Hice la transición a otro mundo y ya no supe nada más.

Nuevas vidas

Después de haber vivido mi última vida de todas, volví a la vida después de la muerte y vi en todas mis anteriores. Había vivido vidas en las que di a luz a niños y en las que tenía el “Cuerpo maternal”, por lo que conocí las leyes. En esa vida conocí un alma ante quien tenía que enmendarme por lo que había hecho con mi propio cuerpo. Esa alma descendió en mí y tuve que aceptar que en mi interior se hizo consciente el poderoso milagro. En él servía, solo allí podía servir, en él me entregaba.

En esa vida viví el milagro más poderoso de todos los que creó Dios. Tuvo lugar en mi interior, mi alma hizo la transición a ese milagro, la joven vida fue emergiendo desde las tinieblas y se hizo consciente en mí. Allí fui “madre”.

Después vi muchas vidas, en las que experimenté la ley de “causa y efecto”. Padece hambre y penurias, viví dolores horrorosos, enfermedades y pesadillas que pueden vivirse en la tierra cuando esa vida nos lleva a la esclavitud. Me veía a mí mismo como un esclavo y otros me asesinaban, y así de todas formas volvía a morir en la tierra, una vez alcanzada mi edad, para regresar allí. Una y otra vez era atraído por la tierra, por dos almas, hasta que en ella no hubo más almas ante las que tuviera que enmendarme. Así me encontré ante mi última vida de todas en la tierra. Pero ya había enmendado un montón de miseria, de pena y dolor, infligidos a otros.

En cada vida buscaba ese “amor” que me comprendería, pero no lo encontraba. Vivía en mi propia “causa y efecto” y eso significaba pena y dolor, y despertar. Pero seguía anhelando ese amor, seguía preguntando “por qué y para qué”. Albergaba sentimiento, mucho sentimiento, y estaba preparado para enmendarme, pero no tenía a mi alcance los correspondientes medios. Hice un viaje por todo el mundo, unas veces pobre, otras muy rico. Mi alma era atraída por todos los pueblos. Volvía de una raza (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) a la otra, pero allí donde viviera y ante quienes tuviera que enmendarme era el resultado de una sola ley, que es la de “causa y efecto”.

Había en mí una cosa que predominó en todas esas vidas: el sentimiento de comprender y del amor. Cómo lo deseaba, pero en ninguna parte donde viví encontré mi propio amor.

Consciente de la insatisfacción y del preguntar “por qué y para qué”, y con el tremendo deseo por ese amor en particular, estaba preparado de nuevo para mi última vida de todas, para volver a la tierra y concluir mis vidas terrenales.

Mi renacer en la tierra

Vivimos en el siglo quince. El pedacito de tierra a donde te llevo ahora está junto al Mediterráneo, en Cataluña, cerca de Barcelona. Te llevaré a un hermoso entorno, donde un día estuvo mi cuna. Como vástago de un antiguo linaje de nobles, de riqueza venida a menos, seguíamos habitando, a pesar de todo, y como última reminiscencia de esos días de opulencia, un cómodo castillo, propiedad de mis padres, del que nunca lograban separarse. Aquí habían vivido sus antepasados, aquí habían muerto; otros habían logrado hazañas en este lugar, y por todos esos recuerdos, también ellos quisieron vivir su final aquí.

Yo jugaba en el jardín con mis perros y otros animales que poseía. Mi madre me llamó:

—¿Alonso, dónde estás?

Hice como que no la oí y seguí jugando. Tenía cinco años y ahora era hijo único, mis hermanos ya habían muerto a temprana edad. Me llamó de nuevo y me acerqué.

—¿Qué hacías, Alonso? ¿Por qué tardaste en venir?

—Estaba jugando con mis animales, Madre, pero no quieren obedecerme. Me lanzó una mirada severa y preguntó:

—Alonso, ¿por qué quieres que te obedezcan? Tienes que dejarlos en paz. Ven, ven conmigo, tu padre quiere verte.

Entramos en la habitación de mi padre, que llevaba enfermo desde hacía tiempo. Me dio un fuerte abrazo: yo lo quería muchísimo, más aún que a mi madre. Me comprendía en todo, mi madre y yo siempre discutíamos, por lo que me sentía atraído hacia mi padre.

—Alonso, ¿por qué no le cuentas a tu padre lo que estás haciendo?

A pesar de saberlo ya desde hacía tiempo, mi padre preguntó:

—¿Qué quieres de los animales, Alonso?

—No lo sé, pero tienen que obedecerme y jugar conmigo.

Mi madre dijo a mi padre:

—Ya lo ves, Alonso, el niño tiene una afición horrorosa y no creo que eso vaya a ir por buen camino.

—Pero déjalo, quiere tener los animales sometidos, después será un buen gobernante.

—Vete, Alonso —me dijo mi madre, y volví a mis animales.

Mi padre no tardó en curarse, y cuando me hice algo mayor jugaba conmigo y con mis animales.

Fueron pasando los años, pero mi amor por los animales solo fue en au-

mento. Se intentó liberarme de esos sentimientos horribles, pero no cambié, lo que entristecía y molestaba a mi madre. Esto nos alejó, porque ella quería que renunciara a mi afición. Para mi padre reflejaba un rasgo muy desarrollado de mi carácter, que más tarde desaparecería del todo, que ya se transformarían en otros poderosos rasgos. Mi madre seguía exigiendo que me apartara de ellos, pero tenía la ayuda de mi padre y conservé mis queridos animales.

Cuando tenía yo diez años, me regaló dos leones cachorros, que le había obsequiado uno de sus amigos para mí. Los pequeños animales eran muy cariñosos, y jugaba un día tras otro con ellos. Pero al poco tiempo murió mi padre, y mi madre se quedó sola, conmigo.

Su primera decisión de todas fue que había que quitar mis animales. No sirvieron de nada mis oraciones y súplicas. Mis animales predilectos tenían que desaparecer, porque durante años le habían amargado la vida. Fui creciendo, era lúcido, pero extremadamente sensible. Lo que tenía que aprender lo absorbía, pero aun así mantuve mi amor por los animales. Así fueron pasando mis años mozos y alcancé la edad de dieciocho. En los años transcurridos había coleccionado, de todas formas, pero a escondidas, otras especies de animales, y los había alojado en alguna parte en mi entorno. Mi deseo más profundo era volver a poseer algunos animales salvajes, y me lancé a investigar. Después de preguntar y buscar mucho volví a tener dos leones jóvenes. Pronto se acostumbraron a mí y fueron creciendo conmigo hasta convertirse en dos magníficos animales. No sentía ningún interés por las tierras; máxime, sabiendo que ya no nos pertenecían. Pero el arte me interesaba muchísimo, y estos eran los únicos rasgos de mi carácter que habían alcanzado plena conciencia.

Mi amigo, un joven poeta y nieto del hijo más insigne de España, me atraía, y éramos buenos amigos. Era descendiente de una famosa estirpe de artistas y se llamaba Joan, el mismo nombre que había tenido su abuelo.

En esos años fueron adquiriendo conciencia en mí otros deseos: por la vida invisible. Se me iban imponiendo todos esos asombrosos problemas como “la muerte y nacer”, y quería conocerlos. Joan también sentía un gran interés por ellos, y a veces manteníamos serias conversaciones, que volvían a tratar, una y otra vez, todos estos problemas. Fue la razón de que en cierta medida fuera remitiendo mi predilección por los animales. Estos nuevos sentimientos y deseos fueron intensificándose, y según me iba haciendo mayor, ya no deseaba más que una sola cosa: que se me concediera saber más de eso. Con mi madre apenas podía hablarlo, y cuando lo hacíamos, no nos comprendíamos. Según ella, todos esos problemas no se debían conocer, solo había que aceptar lo que se nos había enseñado. Para ella esto era la fe, pero tampoco más, y con eso bastaba.

Pero me seguía. Una tarde me preguntó:

—¿Otra vez nuevos rasgos en tu carácter, Alonso?

No le respondí, porque no quería empezar una discusión. Me respondió:

—También estos son muy extraños, Alonso, hasta podrían volverte loco. ¿Y qué es lo que quieres con esos animales salvajes? ¿No pueden escaparse? Ya no eres un niño, Alonso, ¡vas a quitar esos animales!

No le respondí todavía, pero ella dijo de manera implacable:

—¡Quiero que los quites!

Entonces respondí, y a la vez le pregunté:

—¿Por qué tiene miedo, Madre? Por favor, permítame ese gusto. A padre le parecía bien, y ¿qué más me quedaría? ¿Tengo que encerrarme aquí? ¿O debo ir a trabajar tierras que son de otros?

—Alonso, te prohíbo que hables así. Siguen siendo propiedad nuestra y eso no se abandona. Sería bueno dedicarle a eso unos pensamientos más serios que a todas esas aficiones que no sirven de nada. De este modo no podremos quedarnos aquí durante mucho más tiempo. ¿Y tú descendes de un antiguo linaje? ¿Qué diferentes eran tus hermanos! ¿Y tu padre? Él permitió que tuvieras animales, pero eso te echó a perder. No sientes amor por nada.

—¿Es culpa mía, Madre, que sea así? ¿Acaso no recibió usted lo que vive en su interior? Tiene que aceptarme como soy, llegamos a la tierra y no sabemos de dónde, pero a fin de cuentas es así, y no de otra forma, como me hizo Dios.

—¡Alonso!

—No digo nada especial, Madre: somos como somos y no podemos cambiar nada en eso, siempre que comprendamos que es bueno como somos. El “porqué y para qué” es algo que de todas formas no llegaremos a saber, y los clérigos tampoco lo saben.

—¡Alonso! ¿Cómo te atreves?

—No es cosa de atreverse, digo y siento algo. Quitaré los animales, la sosegará.

Así terminó nuestro diálogo de incompreensión, y se fue.

Mi deseo por la vida invisible

No nos comprendíamos. A medida que me iba haciendo mayor, más grande se hacía el abismo entre nosotros. Su fe no me decía nada, lo que la molestaba mucho. Pero no podía hacer nada por cambiarlo, por mucho que me lo propusiera.

Cuando alcancé la mayoría de edad, busqué mi propio camino. Un día me dijo:

—Estás recayendo, Alonso. Vives como un gitano.

Nunca antes me había dicho algo semejante. La miré y le respondí:

—Toda nuestra familia es... —Pero no pude continuar, porque me quitó la palabra y me gritó:

—¡Alonso! ¡No te olvidas de ti mismo!

—Lo siento, Madre, no soy consciente de ello.

No hizo caso de mi respuesta, sino que prosiguió:

—Tienes que desprenderte de tu amigo y buscarte otros amigos. Has cambiado mucho, Alonso. Ay, si tu padre supiera.

—Está usted rrande, Madre, porque no he cambiado. Mi padre también me comprendería en eso. Y mi amigo Joan no tiene que ver nada con esto.

—No es un amigo para ti, no me acompañas ya a misa, ya ni siquiera tienes una fe, y eso es por esa diabólica búsqueda tuya. Me causa muchísima pena.

—¿Qué es lo que tendría que hacer entonces, Madre? A mí no me consigue satisfacer esa iglesia. Siempre se oye lo mismo, hasta la saciedad, es sempiternamente lo mismo.

—Eres un pagano, pero velaré por tu fe.

—Mejor un buen pagano que un mal cristiano.

—¡Alonso!

—Si yo fuera usted, Madre, no haría nada. Lo único que hace es complicar las cosas, para mí y para usted. De todas formas seguiré, no dejaré de buscar y buscar, nada me detendrá. Se ha dicho: “Hay que examinarlo todo y retener lo bueno”. Busco y seguiré buscando hasta mi fin en la tierra. Lo que dice la iglesia carece de sentido para mí. Tal vez no para usted y otros, pero sí para mí. Joan no es malo. ¿No puede ser mi amigo porque es pobre? ¿Y qué suponen los orígenes, el dinero y las propiedades?

—Ay, ojalá viviera Geraldo todavía, era tan distinto.

—¿Como usted misma, Madre? Ve a Geraldo desde su propia vida, su propio pensamiento y sentimiento. Quiere verme como es usted. ¿Por qué cree que Geraldo sería distinto?

—No veo tu carácter en toda nuestra familia. Tampoco conocemos tus inclinaciones de poeta. Toda esa búsqueda es diabólica. Pero consultaré a mi sacerdote.

—No lo haga, Madre, eso nos separará aún más el uno del otro, porque no hablo de mí mismo con esas personas. No saben nada de eso y creen que estoy poseído por el diablo. No quiero que me conviertan, no veo ningún problema. Tiene usted los nervios destrozados, Madre, y tiene que descansar un poco. ¿Le pasa algo, Madre?

Se alejó sin darme una respuesta. Era extraño, muy extraño. Casi ya no la conocía, pero yo no había cambiado en nada para ella. Hablé de eso con Joan, pero callé esa cuestión en particular.

—¿Qué piensas, Joan?

—¿Tiene obligaciones, Alonso? ¿A quién pertenecen las tierras?

—Conozco a esos señores, pero ella quiere que cambie mi vida y me dedique algo más a las tierras. No obstante, no trabajo mi propia tierra para otros. Si esto no cambia me iré del país. Oye, Joan, ¿por qué será que la gente es tan diferente? ¿Por qué creó Dios todos esos tipos de personas? Ninguna es igual a la otra, nadie te comprende.

—¿Y tu padre, Alonso?

—Cierto, Joan, me comprendía completamente. Y resulta que estas personas son las que uno pierde. Mi madre es soberbia, siempre fue así. Pero es ahora cuando estoy empezando a verla claramente. Quiere que yo viva como ella ve la vida. Pero no puedo, Joan. No quiero que nadie me viva. Y sin embargo me pregunto: ¿por qué albergo esos deseos, Joan? ¿Por qué tanto buscar la realidad? ¿Por qué quiero que los animales me obedezcan? ¿Por qué quieres hacer poesía y cantar la vida en tus versos? No hay otra opción, no sirves para nada más, tienes que hacer poemas, y lo harás. Pero ¿por qué? ¿Tendría un significado, Joan? ¿Por qué quiere Carlos representar la vida y por qué cada uno tiene deseos diferentes? En el fondo ni un solo hombre es sí mismo ni se conoce; todos somos un misterio. Con que mi madre solo quisiera comprenderme yo estaría en paz conmigo mismo. Si hago lo que quiere seré vivido, Joan, y eso no lo deseo. No, amigo mío, seguiré, ineludiblemente, y más, porque he de saberlo, o no conseguiré serenarme nunca.

¿Por qué soy como soy ahora? ¿Por Dios? Ya sé lo que me vas a responder, Joan. Claro, mis antepasados, pero eso tampoco ya no me dice nada. El alma tiene que ser autónoma. Cada una es ella misma, Joan. ¿Por qué quiere mi madre que viva como ella ve la vida? Cree que su fe es la buena, la única buena, pero a mí no me dice nada. Pero ¿por qué? Dice que mi carácter no aparece por ninguna parte en toda nuestra familia. Explícame este misterio, Joan. ¿No puedes? No sabes, y sin embargo en eso reside esa autonomía. Llevo dentro de mí los sentimientos de un gitano, no hay nada en mí que le

pertenezca a ella. ¿Acaso no es esto un misterio? Es incomprendible, y sin embargo todos nuestros sentimientos significan algo. Es muy útil pensar mucho sobre esto, Joan, o uno no llegará allí nunca. Merece la pena conocer todos esos misterios. ¿Hay algo más útil que se pueda hacer en la tierra? La “propia” vida, Joan, es el gran misterio. Que se le conceda a uno ver y sentir en ella es lo más necesario de todo, lo único natural. Entonces uno conoce “el día y la noche” y los animales, todo, en una palabra. Pero sobre todo a uno mismo.

Entonces descienes en todos esos misterios, Joan, y comprendes lo que es morir. ¿Por qué no cantas todos esos misterios en tus versos? Ahora están muertos en vida, solo entonces tus obras de arte vivirán, Joan. Ay, amigo mío, no te sientas herido. Lo digo de corazón. No sientes el espacio, Joan, y nunca lo alcanzarás si no buscas, si no sientes de dónde has venido y a dónde vas.

—¿No lo sabes, Alonso?

—Ya no lo creo, Joan. No puedo aceptar que con esta insignificante vida todo haya terminado y estemos listos para recibir la eterna buenaventura. Tal como se nos enseña, Joan, no es natural. ¿Cómo puede un Dios de Amor condenar a sus hijos? ¿A vivir eternamente condenado?

—No entres demasiado a fondo en esto, Alonso. Este camino es peligroso, ya sabes lo poderosa que es la iglesia.

—A mí la iglesia me da igual, Joan. Que mi madre consulte a quien quiera, yo seguiré mi propio camino.

—Eres demasiado sensible, Alonso, demasiado serio y solitario, te encierras demasiado y de todas formas no lo vas a averiguar; el gran misterio seguirá siendo un misterio también para ti.

—Hay muchísimos misterios y tengo que averiguarlo. No piensas, Joan. Cántalos todos en tus versos. Pídenos a nosotros, los hombres, que sintamos y pensemos. Pregunta por la vida, búscala en la naturaleza, canta todas esas injusticias. Pero no te atreves, tienes miedo, miedo de la iglesia.

—Mis versos son vacíos, pero ¿no está ese vacío también en ti?

—Tú dispones de algo concreto, Joan, posees el arte, yo no soy más que un buscador. Pero ¿es que no sientes lo que quiero decir? Yo no poseo nada, no tengo dones, pero tú y Carlos pueden servir, también a otros, pero no lo sientes.

Ay, ya me gustaría tenerlo, ¿cómo serían mis versos? Me referí a la condena y todas esas injusticias. Tú nos puedes mostrar todos esos misterios, puedes ahondar más y más en ellos, ir siempre más allá, hasta quedarte vacío y ya no sentir nada, nada en absoluto, y tu vida habrá sido útil. ¿Pero yo? No consigo nada, sigo buscando y preguntando, nadie me responde. ¿Tenemos que volver a Dios, Joan? Pero ¿cómo? ¿Tenemos que alcanzar los cielos más elevados en una sola vida breve? ¿Crees en esos sinsentidos? Mira la gente, Joan, mira cómo vive, cómo piensa y siente. ¿Podrá alcanzar toda esa gente los cielos

más elevados? Es imposible, Joan, pero ¿entonces qué? ¿Puedes contestarme?

—No, Alonso, ni yo ni nadie. Preguntas demasiado, tu búsqueda es demasiado profunda y ya no es humana. No vives en la tierra: planeas por el espacio.

—Yo planeo y tú pisas la tierra, y aun así quieres planear, quieres elevarte por encima de todo, pero eso no lo consigues por falta de voluntad. En mí hay vacío, claro, no tengo nada ni soy nada, nada, Joan. Pero ¿te conformas con eso? ¿Te conformas con este arte? ¿No es de mayor calado tu animación? ¿A esto lo llamas felicidad? ¿Tu arte toca lo verdadero? ¿Tiene profundidad?

Por Dios, Joan, tienes que planear, atrévete a hacerlo, llévanos a esos lugares, lejos de esta estrechez de miras, haznos sentir que hay más que lo que conocemos y comprendemos hasta ahora.

Ay, ojalá pudiera tener algo propio, si solo Dios me diera lo que posees tú. Entonces no tendría miedo de nada, sería la continuación de mi propia vida, Joan, y poder hacer eso es glorioso, es lo único por lo que merece la pena vivir la vida.

—Te estás rebelando, Alonso.

—¿A esto lo llamas ser rebelde? ¿Hay insatisfacción en mí? Entonces no me sientes bien, Joan, entonces no me comprendes, porque no me rebelo. Lo único que quiero es saber: siento y pienso y busco y seguiré buscando. No me rebelo contra todo esto, pero llego a la insatisfacción porque no acepto que Dios pueda condenarnos. Mi búsqueda y mis sentimientos son naturales, aunque extraños, porque busco a demasiada profundidad y porque mis sentimientos no adquieren conciencia. No soy como tú, Joan, y sin embargo tú también buscas, estás suplicando que se te conceda saber. Y quieres servir, abrirnos los ojos, y aun así tú mismo eres un buscador. Dejémoslo ya, porque de todas formas no vamos a avanzar (—concluí).

Me fui y pasaron los años, así hasta que cumplí los veintiséis. Mis animales no me pudieron resolver el misterio, pero mis deseos de poder saber más sólo fueron acentuándose. Tampoco era posible salvar el abismo que me separaba de mi madre, le había quitado esa posibilidad ahora que negaba mis orígenes y recorría mi propio camino.

Un buen día me visitó un sacerdote, pero se marchó pronto, sin haber sacado nada en claro de mí. Recuperé mi predilección por los animales y volví a imponerles mi voluntad. Conseguí someterlos a mi voluntad mediante la concentración y entonces podía hacer con ellos lo que quisiera. A mi madre le parecía un engorro carente de sentido, pero yo no abandoné.

Cuando mi perra favorita tuvo cachorros también eso se me hizo un misterio grande y profundo; estuve velando a la madre día y noche, porque me parecía milagroso. Nacieron siete cachorros. Así, sin más. Habían crecido en su cuerpo, adquiriendo conciencia. También esto se me hacía un gran

misterio.

Ay, esa naturaleza, esa naturaleza inescrutable. Rezaba día y noche a Dios, para que se me concediera saber y conocer toda Su Vida. Pero Dios no me oía y seguía muy alejado de nosotros, los hombres. Pero ¿de dónde venía la vida en estos animalitos y en nosotros, los seres humanos? ¿De dónde? ¿Cómo ocurría este milagro? De qué forma tan natural se producía todo esto. De qué manera tan sencilla a la vez que profunda; tan tremendamente profunda que pensaba volverme loco, solo por mi búsqueda.

¿Preguntaba demasiado? ¿No se me había concedido buscar? ¿Era mi madre dueña de la verdad? ¿Era su fe la única, y bastaba? En el fondo ¿para qué estaba yo en la tierra? ¿Por qué buscaba? ¿Por qué sentía toda esa injusticia y albergaba ese sentimiento? ¿Significaban algo estos nacimientos? ¿Tenían que haber nacido todos esos animales? ¿Llegarían también al cielo? Realmente, ¿para qué eran todos esos animales? La vida humana no era muy diferente a la de estos. En el hombre había conciencia, podía pensar y sentir, pero también los animales sentían y pensaban, solo que de manera un poco distinta. Aun así, íbamos por un solo camino: todos nacían y tenían que volver a morir. ¿Toda esa vida no estaba más que una sola vez en la tierra?

No podía aceptarlo ni conseguí averiguarlo, pero seguí buscando.

El misterio de la vida y la muerte

No había visto a mis amigos en meses y quería visitarlos. La conversación volvió a centrarse de inmediato en todos estos problemas. Joan preguntó:

—¿Qué, Alonso? ¿Existe la pervivencia?

—No he avanzado nada, Joan. Pero ¿cómo estás tú? ¿Viven tus poemas? Tus últimos poemas me parecieron espléndidos, Joan. ¿Ves ahora a través de los problemas? ¿Te acercaste un poco más a ti mismo y a la vida?

—Eres el más sensible de todos nosotros, Alonso —dijo Carlos—, así que tú podrás saberlo. ¿O estás atascado?

—A veces me parece que lo sé, Carlos, a veces, pero entonces se me vuelve a ir todo y me quedo vacío por completo. Pero sale de mi propio interior.

—¿Así que te acercaste un poco más a ti mismo, Alonso?

—Sí, Joan. Me tomarás por loco, pero he de conocerme a mí, a aquel que ahora habla. En eso reside el secreto de todo y él es quien piensa y habla, el que se llama Alonso. Pero esto muere, aunque “yo” seguiré viviendo eternamente. Todavía no sé cómo será esa vida, pero también eso lo averiguaré. A veces me veo en otros países, Carlos. No sé cómo me entra eso, pero lo veo claramente.

—Estás perdiendo el norte, Alonso, así te vas a volver loco.

—Ya te lo advertí, Carlos, si piensas así eres antinatural. Lo sé, y sin embargo siento en mí todos esos problemas, el poderoso misterio está en mí. Sí, uno se puede reír, pero te aseguro que es así. Claro que no puedo dar las pruebas correspondientes, solo siento, tampoco es más.

—Son tus propios deseos, Alonso.

—También es posible, Joan, pero ¿quién experimenta esos sentimientos?

—Tú, ¿quién si no?

—Pero ¿quién es ese “yo”, Joan? Eres incapaz de responderme a eso.

—Eres tú, ¿quién iba a ser?

—¿Mi cerebro, Joan? ¿Y ese cerebro se descompondrá cuando yo tenga que morirme?

—Desde luego me parece que algo has avanzado, Alonso.

—No he avanzado, Carlos, sino que me he acercado a mí mismo. No existe la condenación. ¿Arder eternamente? Nada más que un horror para infundir miedo a la gente. El alma es un ente autónomo, es lo esencial de todo nuestro ser, y sigue viviendo, no puede ser quemado. En esta breve vida uno no puede alcanzar su cielo, no aquel cielo donde Dios nos da a los hombres lo perfecto. Geraldo es quien está más cerca de la naturaleza, y lo siente. ¿No es así, Geraldo?

—Dime, Alonso, ¿de dónde sacas todos estos sentimientos?

—Pienso y siento, Geraldo, un día tras otro, y así es cómo intento llegar a ese punto. En mi interior vive algo que me dice que siga con esto para conocer el misterio. No sabría decirte lo que es en el fondo. Pero a veces lo siento todo y también lo comprendo todo. Entonces hablo conmigo mismo y con los animales. Mi perra me responde entonces y me comprende por completo. Habrá quien piense aquí ‘ese está volviéndose loco’, pero sigo siendo yo mismo y del todo normal. Cuando empiezo a sentir todo con mayor profundidad dejo de ser yo mismo, depongo mi conciencia y sigo viviendo, aunque en otra persona. Eso también es muy extraño. Pero llegaré hasta allí.

—¿Quieres convertirte en vidente, Alonso?

—No, Joan, eso no, cuando estás verdaderamente despierto puedes ver a través de las cosas. Pero somos muertos en vida, todos nosotros. Esto no guarda ninguna relación con ver.

—¿Ya sabes algo sobre el morir, Alonso?

—No, Geraldo, lo que es saber no sé nada, pero siento algo.

—Vamos a acordar lo siguiente, Alonso. Quien muera el primero de nosotros y viva allí y sea consciente, tiene que venir a contarnos de ello a los demás que sigamos en la tierra.

—Acepto este acuerdo de inmediato, Joan.

—Es una idea fenomenal, Joan.

—Así por lo menos avanzaremos algo, Geraldo.

Me fui. Un gitano me había contado alguna vez que era posible hablar con los muertos y cómo había que hacerlo. Volví a ver a mis amigos unas semanas después y les hablé de ello. Los convencí para que vinieran a visitarme a hacer pruebas. Quizá avanzaríamos algo. Llegaron a la hora acordada para que comenzáramos. Para ello tenía una pequeña caja de madera, que había sido de mi padre. El fallecido pondría la cajita en movimiento, según había asegurado el gitano, y entonces se podía empezar a hacer preguntas.

Mi padre

El objeto de madera estaba en la mesa y nuestras manos seguían en contacto con el mismo. Empezaría a moverse por su propia cuenta. Hacia la izquierda era “no” y hacia la derecha “sí”. Más sencillo, imposible.

Al inicio hubo risotadas, pero en poco tiempo nos pusimos tensos. ¿Que sucedería? ¿Realmente se movería el objeto de un lado para otro? La cajita no tardó en empezar a moverse hacia ambos lados. Todos pensaban que eso lo hacían los demás, y sin embargo sentimos que a la madera le pasaba algo curioso, como si temblara. Velozmente iba de un lado para otro sobre la mesa, pero nadie se atrevía a hacer preguntas.

Entonces pregunté:

—¿Hay vida?

Los otros empezaron a reír. Carlos dijo:

—¿No estás vivo, Alonso?

—Tienes razón, Carlos, mi pregunta no es clara, tengo que formularla de otra manera.

—Alonso, ¿ves que parece que el objeto estuviera esperando?

—La caja escucha, Alonso, siente, espera otra pregunta.

Entonces dije al cacharro de madera:

—Si te parece, vete hacia la izquierda y eso será “no”. Y hacia la derecha será entonces “sí”.

Después hice nuevas preguntas.

—¿Existe la pervivencia después de esta vida?

—Sí —dijo la caja.

—Vaya, hay que ver —dijo Carlos, pero con sarcasmo—. ¿Hay alguien viviendo allí o no?

Joan preguntó:

—¿Qué? ¿Contento, Alonso?

—Sería mucho mejor no alterarse tanto, de verdad lo pido, quizá esa caja nos permita llegar a saber algo más.

Volví a preguntar:

—¿Es usted un ser humano?

—Sí —fue lo que llegó. Pero Carlos añadió:

—¿Ya vio a Dios?

—No —dijo la caja.

—Ya lo ves, Alonso, la caja habla en serio.

—Puedes sentir y pensar lo que quieras, Joan, pero algo le pasa a la caja. No te puedo decir qué, pero es como si la madera viviera, como si se moviera.

—Nosotros tampoco hemos visto todavía a Dios —respondió Carlos a la caja—, busquemos y seguiremos buscando. Ya me gustaría saberlo por Alonso, él lo necesita, porque de lo contrario igual pierde el juicio.

—No —dijo la caja, al margen de todos nosotros, porque salió volando de entre nuestras manos y se cayó con un golpe en el suelo.

—Vaya, hay que ver —dijo Carlos con sorna—. La caja está empezando a acelerarse y a tener carácter. Ahora a hacer preguntas.

Pregunté:

—¿No hay un infierno?

La caja se quedó donde estaba y me pareció comprenderlo, y pregunté de nuevo:

—¿Hay un infierno que está eternamente en llamas?

—No.

Entonces paramos unos instantes para comentar el caso. Geraldo dijo:

—Son nuestros propios deseos, Alonso. Tú no quieres un infierno eterno, y por eso la caja también dice “no”.

—Pero ¿de dónde salió esa repentina fuerza, Geraldo?

—La caja salió volando de la mesa por nuestros temblores, Alonso.

—Tonterías, Joan, no estoy temblando, ¿por qué iba a hacerlo? Intentémoslo otra vez, pero entonces hay que mantener la seriedad.

Después de que pusiéramos las manos encima de la caja, esta se deslizó hacia el retrato de mi padre. No comprendí nada, pero de pronto me pareció sentirlo, y pregunté:

—¿Conoce a esa persona?

—Sí —dijo la caja.

—¿Sabe usted que es mi padre?

—Sí —fue lo que llegó, y al mismo tiempo la caja se me acercó, imponiéndose. En el mismo instante en que eso ocurrió y la caja me rozó, me entró otra idea y dije a mis amigos:

—Un poco de atención, por favor. Tengo una idea. Deberíamos anotar el abecedario y luego hacer una aguja, a fin de poder ir tocando cada letra, para luego cerrarlas y poder hacer frases.

Les pareció una idea magnífica y fabricamos algo parecido. El alfabeto era claramente legible. Joan y yo sujetábamos la aguja. El cacharro giró de inmediato a toda velocidad encima de la mesa, buscando las letras. Geraldo iba a anotar todo.

Pronto obtuvimos:

—Soy tu padre, Alonso, no te rías de esta posibilidad de hablar.

Nadie supo qué decir, pero la aguja deletreó: “Hazlo solo, Alonso. Siéntate, intentaré escribir por medio de ti. Los demás no pueden aceptarlo y así no avanzarás. Siéntate, hijo”.

Hice lo que deseaba de mí mi padre —si es que era él— y me senté. Mi mano se puso en movimiento y se puso a escribir, al margen de mí; yo había perdido el control sobre mi propio brazo. Después de haber estado escribiendo un buen rato, mi mano volvió a detenerse ella sola y nos pusimos a descifrar lo anotado. Leí: “Hijo mío, Alonso, la muerte no existe, solo la vida, que dura eternamente. Sigue, Alonso, volveré, y lo haremos regularmente. Por hoy ya basta”.

Lo demás no lo pudimos descifrar, pero esto estaba claro. A mis amigos les pareció muy interesante, pero no podían aceptarlo. Después se fueron.

Ya solo, lo volví a intentar, pero mi mano no escribió. Sentí que tenía que esperar hasta la noche siguiente. A esa hora sucedió algo que me asustó mucho.

Fui derribado de mi silla y caí rodando por el suelo. Pero no abandoné y me volví a sentar. Ahora fue mejor y mi mano escribió. Era una escritura al margen de mí. Era otra fuerza la que dirigía mi mano, y era tan enorme que yo mismo perdí el control sobre mi propia extremidad. Por eso no me cabía duda de que mi brazo estaba siendo dirigido. Y esa fuerza era consciente, esa fuerza escribía, así que podía pensar. Me mantuve plenamente consciente y me daba cuenta de lo que estaba viviendo. Me era indiferente si era un ángel o el propio diablo el que escribía, el hecho es que se estaba escribiendo. No me hacía faltar dudar, estos fenómenos eran auténticos, y por eso me entregué por completo. Me resultaba factible seguir la escritura, pero iba a una velocidad sorprendente. Seguí escribiendo hasta la medianoche y entonces mi mano se detuvo. Leí lo que esta había escrito. Fue lo siguiente:

“Pero ¿qué es lo que buscas, Alonso? Lo tienes tan cerca de ti, porque vives dentro de eso. Te lo vuelvo a decir: vivo y soy tu padre. Pero aquí hay más personas, todas han fallecido y me complican las cosas. Tu madre se preocupa y lo comenta demasiado con su sacerdote. Pero tienes que permitirme que vuelva otra vez a ti y entonces se te concederá hacerme preguntas. Intentaré responder a todas tus preguntas, Alonso”.

No seguí leyendo, me senté de inmediato y pregunté:

—¿Es usted, Padre?

Mi mano escribió: “Sí, Alonso, soy tu padre”.

—¿Puede probarlo?

“Amas los animales, Alonso”.

—Sí, así es. ¿Puede darme más pruebas de que es usted mi padre?

“Tu hermano Geraldo está aquí conmigo y murió muy joven”.

—Eso también es cierto, Padre, muy cierto, creo que es usted. ¿Puede decir algo Geraldo?

“No, todavía no, quizá más tarde”.

—¿Se me concede hacer más preguntas?

“Sí, Alonso, claro, adelante”.

—¿A qué se debe, Padre, que yo tenga tantísimas ganas de poder saber más de todos esos milagros?

“Eres consciente en eso, Alonso”.

—Pero ¿de dónde me viene esa conciencia, Padre?

“Por tus muchas vidas, Alonso, estamos en la tierra varias veces”.

—¿Cómo dice, Padre?

“Que vivimos en la tierra varias veces, o sea, no solo una vez”.

—Sus palabras son tan claras, Padre, me siento muy feliz. ¿Se me concede hacer más preguntas?

“¿Como cuáles, hijo mío?”.

—¿Existe el infierno?

“Sí, Alonso, lo hay, pero ese infierno no es como dice la iglesia. Díselo a tu madre, ella también lo ha de saber”.

—No lo aceptará, Padre.

“No importa, Alonso, solo hace falta que se lo digas”.

—Y ¿hay un purgatorio, Padre?

“También lo hay, Alonso”.

—¿Tal como se nos enseña?

“No, de otra manera, allí reinan las tinieblas”.

—Qué interesante, Padre, ¿sabe usted lo feliz que estoy?

“Desde hace tiempo estoy contigo, Alonso, pero no me sentías ni veías”.

—¿Podría alcanzar eso?

“No, aún no, pero siempre estaré aquí y te ayudaré”.

—¿Qué hace usted allí, Padre?

“Aquí también tengo mi tarea, Alonso. Estar quieto es algo de lo que no sería capaz. Ayudo a avanzar a mucha gente, para que puedan comenzar con su propia vida”.

—Eso es magnífico, Padre. ¿Y Geraldo?

“No siempre veo a Geraldo, solo a veces, porque también él tiene su propia tarea”.

—¿Ya se encontró usted con su propio padre?

Ahora todo iba muy rápidamente y respondió por medio de mi mano: “Sí, Alonso, y también a mi madre, fue muy buena conmigo. Y también a mi amigo que se accidentó, tu madre ya te habló de aquello, está mucho conmigo”.

—Es milagroso, Padre. ¿Qué tengo que hacer? ¿Hablar con madre?

“Háblalo con ella si te apetece, pero es ella quien tiene que decidir, aceptar o no, eso da igual, pero háblalo”.

—Quiere liberarme de todos mis sentimientos, Padre.

“Lo sé, Alonso, pero eres tú el que tiene que saber lo que quieres y cómo

quieres experimentar tu vida”.

—Eso está claro, Padre.

“No te olvides, Alonso, de que estas cosas son muy graves”.

—¿Qué quiere decir con eso, Padre?

“Llegarán tiempos que serán muy graves y entonces habrá peligro”.

—¿Para mí?

“Sí, para ti y tus amigos, Alonso. Pero puedes estar seguro de que soy yo quien ahora te habla. Tienes que aceptar que estás conectado con la realidad, Alonso, no puedes albergar dudas, porque entonces lo pasarás mal. Ahora tienes que parar, o vendrán otros que son antinaturales y que te ofrecerán mentiras y engaños. Adiós, hijo mío, buenas noches”.

Aun así lo intenté una vez más y también ahora escribió mi mano. Cuando leí lo que también ahora se había escrito, me asusté. Decía que mi amigo Joan había fallecido inesperadamente. Me fui corriendo para visitarlo yo mismo y convencerme. Me lo encontré en su habitación. Estaba vivo. De todas formas, le leí todo lo demás de mi padre.

—Ya lo ves, Alonso, sigo estando entre los vivos, pero estas afirmaciones son muy claras.

De pronto se había extinguido mi entusiasmo. Pero aún no me di por vencido. Volví a casa y por la mañana se lo comenté a mi madre.

—Tiene que escucharme, Madre. Usted sabe a lo que me dedico. Tengo noticias de padre, vive y está bien. No existe la muerte, Madre, solo hay vida y esa vida continúa. Tampoco existe el infierno ni el purgatorio, como creen los clérigos. Es milagroso, Madre, lo claro que es lo que dice padre.

Me quedé esperando una respuesta. Me echó una mirada fría y severa, y dijo:

—Si no dejas esos líos diabólicos me iré de aquí. No quiero oír ni una sola palabra más, ¿entendido?

Ahora ya sabía lo que tenía que saber, pero no quería abandonar. La siguiente noche volví a sentarme y me quedé esperando. Mi padre no tardó en escribir y me dijo: “Madre no quiere saber nada, ¿no es así, Alonso?”.

—¿Está usted al corriente?

“Estaba en la habitación, Alonso, y te oí hablar con ella”.

—No hay manera de alcanzarla, Padre.

“No, Alonso, y lo hablará con su clérigo. ¿Temes la iglesia, Alonso?”.

—No, Padre. ¿Se me concede hacer preguntas?

“Sí, hijo mío”.

—¿Quién escribió por medio de mí que se había muerto mi amigo?

“No debiste sentarte de nuevo a la mesa, Alonso. Te previne de las mentiras y los engaños, pero no me escuchaste”.

—¿No fue usted?

“No, Alonso”.

—¿Es usted feliz, Padre?

“Soy muy feliz, Alonso”.

—¿Está usted allí con otros? Quiero decir, ¿aquí, en mi habitación?

“Sí, son muchos los que quieren escribir, pero eso no es bueno”.

—¿Conoce a Dios?

“Sí, pero no como se le conoce en la tierra a Él”.

—Pues ¿cómo entonces, Padre?

“A Dios no se le puede ver y sin embargo se le conoce por Sus obras. Nosotros, los seres humanos, y los animales, la luz y las tinieblas y el Universo: todo eso es Dios”.

—¿Se ha convertido en un hereje, Padre?

“Ese es el peligro, Alonso, y es un peligro muy grande”.

—Ahora le comprendo, Padre, es usted muy claro. —Ya no supe qué preguntar, y sin embargo me quedaban tantas preguntas por hacer.

Mi padre escribió:

“Es mejor que ahora pares, Alonso, y que vayas a dormir, estás cansado”.

Pero no pude dejarlo, y pregunté:

—¿Me cuenta algo de su nueva vida, Padre?

“A este país llegan todos, Alonso. Uno se va a las tinieblas o a la luz. Peso eso está en manos de cada cual. Busca siempre el bien y verás la luz. No abandones esta vía, Alonso, pero has de saber por qué continúas. Cuando lleguen tiempos difíciles uno tiene que saber lo que quiere, ¿o no?”.

—¿Qué significa esto, Padre?

“Pueden llegar tiempos difíciles, hijo mío, pero ya sabes que te ayudaré. Aquí me volverás a ver, Alonso. Dios es justo y es ‘Amor’. Por eso no debes hacer cosas malas si quieres ver y recibir la luz. Sobre todo has de andarte con cuidado con la iglesia, Alonso, solo con la iglesia”.

—¿Por qué está tan preocupado, Padre?

—Ya te dije que podrán llegar tiempos difíciles. Y ahora a dormir”.

—¿Volverá a visitarme, Padre?

“Una vez más, Alonso, y después ya no podré acudir más, pero tengo a alguien aquí conmigo que escribirá por medio de ti, pero mañana. Ahora vete a dormir, Alonso, te saludo. Tu Padre”.

Comenté todos estos milagros con mis amigos, pero no podían aceptarlos. Me dio mucha lástima. Tampoco Joan lo pudo aceptar, esa noticia en particular lo había despojado de toda fe.

Le pregunté:

—¿Y eso de la iglesia, Joan?

—¿Qué tengo que decir de eso? ¿Es que hay peligro?

—No, todavía no, pero podría haberlo.

—Mejor ándate con cuidado, Alonso, vas demasiado lejos. No deberías haber hablado de eso con tu madre. Lo está comentando.

—Para ella ya soy un hereje, Joan, y sin embargo no me voy a detener. No tengo miedo, porque ahora sé que estoy conectado con la realidad.

—Alonso, ¿quieres que demos a conocer estos escritos?

—Me encantaría, Joan, pero no pongas ningún nombre debajo.

—Bien, descuida.

Un líder espiritual

Unos días después obtuve nuevamente conexión con mi padre. No tuve que esperar mucho tiempo y pregunté:

—¿Está aquí, Padre?

“Sí, hijo mío, pero no estoy solo”.

—¿Con quién está?

“Estoy con alguien, Alonso, que tiene muchas cosas que decir. Asumiré mi tarea. Te aportaré pensamientos muy bellos. Sé feliz, Alonso, este espíritu es ‘Amor’”.

—No sé cómo agradecerse, Padre. No sabe lo agradecido que estoy.

“Ahora escúchame un momento, Alonso. Después partiré. Te esperan tiempos difíciles, pero ahora sabes que vivo y que te esperaré algún día de este lado. Tienes que ser fuerte y valiente, hijo mío, porque estoy muy orgulloso de ti. Esta es tu fe, Alonso: nada más y nada menos. Te manda saludos Gerardo; a tu otro hermano no puedo verlo, porque vuelve a la tierra”.

—¿Me habla en serio, Padre?

“¿No te dije, Alonso, que vivimos varias veces en la tierra?”.

—Es tan increíble, Padre.

“Y sin embargo, hijo mío, es la verdadera realidad. El Creador del cielo y de la tierra así lo quiso. Tenemos que aceptarlo”.

—¿Quién lo aceptará, Padre?

“Tú, muchacho, y todos aquellos que sientan, que sean conscientes. Tengo que dejar ahora mi sitio a un maestro y te pido que le des todo el amor que lles dentro. Es muy grande y poderoso. ¿Lo harás, hijo mío?”.

—Es lo que más deseo, Padre.

“Solo estuvimos brevemente juntos, hijo, pero es la voluntad de Dios”.

—No quiero retenerlo, Padre, y me esforzaré todo lo que pueda. Una sola pregunta más. ¿Así que le parece bien que continúe?

“Ese es mi máximo deseo, hijo”.

—Quiero decir, Padre, ¿he de entregarme por completo?

“Alonso, escucha lo que el maestro me dice, te transmitiré sus pensamientos. ¿Acaso no prevalecen las cosas de tu Padre sobre todo lo demás que hay en la tierra?”.

—Qué elevado, Padre, me faltan las palabras y ya me alegro de poder recibir a mi maestro.

“¿Me escuchas otra vez, Alonso?”.

—Por favor, Padre.

“Cuando el silencio te rodee y te embargue, cuando el día haga la tran-

sición a la noche y los durmientes sueñen con cosas hermosas que no ven pero sí sienten, cuando su alma esté abierta y sienta mi silencio, entonces iré a verlo y se le disolverá la noche, y su oración será el amor que le llegue y entre desde lejos”.

—Magnífico, Padre; oh, déjeme escribir, quiero recibir a este desconocido. Estoy preparado, quiero hacer todo y abrirle mi corazón.

“Lo recibirás, Alonso. Ahora ya me voy. Adiós, hijo mío”.

—Adiós, Padre, gracias.

Mi mano dejó de escribir. Entonces me entró el silencio y mi mano volvió a escribir: “Buenas noches, hijo de la tierra. Vengo hasta ti con un mensaje; es un mensaje de felicidad, de paz y conciencia. Te pido que solo escribas por las noches y no más de tres veces en el tiempo que allí donde estás se llama una semana. De modo que reparte esos momentos e iré a verte. Puedes hacerme preguntas”.

—¿Quién es usted, maestro espiritual? ¿Es usted una mariposa y pueden verse sus colores?

“Ciertamente, amigo mío, tengo alas y mis colores son los de un arcoíris a plena luz del sol. Desconoces estos colores y tus ojos no soportarían mi luz, porque tu alma no está abierta”.

—Sea bienvenido. Entre en mi humilde casa, forastero, y siéntase. Le estoy muy agradecido. Me parece que está preparado, su elocuencia es perfecta.

“Gracias, amigo terrenal, por este cálido recibimiento, que me acaricia como la mano suave del niño a la madre, cuya felicidad es muy grande”.

—¿Es usted poeta?

“¿Cómo puedes hacerme semejante pregunta? ¿Acaso no es poeta todo aquel que sienta y conozca la vida? ¿Puedes ‘ir adentro’ de lo que Dios ha creado sin inclinar la cabeza? ¿Puedes albergar otros pensamientos cuando sientes la serenidad, la paz y la felicidad? Es cuando uno tiene el amor dentro, y quien sienta amor es un poeta de la vida. El idioma que uno anota entonces procede de aquello que sienta el alma, que es muy profunda y que roza lo eterno. ¿Acaso el campesino no es un poeta del campo? Lo que siembra crece y florece. Sigue eso, amigo mío, y lo verás a ‘Él’, que compuso poemas en un silencio al que se llama empuje”.

Pensé en mis amigos, lo que dirían de esto, pero el desconocido escribió: “No te alegres de quienes son ciegos aunque tengan ojos para ver. No pueden aceptar esta realidad, porque son inconscientes. No están preparados para estos milagros, amigo mío, pero aquellos que sienten en su interior te están muy agradecidos y leen con voracidad lo que anotamos por medio de ti. Estos son como niños, amigo de la tierra, porque los adultos no son conscientes”.

—¿Por qué hay tanta injusticia?

“A tus ojos todos esos acontecimientos son injustos. A los míos, no son más

que empuje y la vuelta a Dios”.

—¿No querrá decir que es bueno y que significa amor?

“Me alegra ver y sentir en ti empuje, que en el fondo es rebeldía y el ‘no’ comprender de los milagros, porque de lo contrario me iría, porque no hay quien hable con los muertos en vida. Todas esas personas tienen que volver a nacer, y es imposible quedarse esperando eso. Pero te pregunto, estimado amigo, ¿quién habló de ‘amor’?”.

—Le he comprendido, gracias.

“Hablé de empuje, porque solo hay empuje, jamás ha habido injusticia”.

—Pero ¿acaso no estoy viendo por todas partes injusticias? Y la gente se está hundiendo, ¿es esa la intención?

“Nosotros solo conocemos el empuje, no existe el mal en la tierra, tampoco la injusticia, todo es ‘causa y efecto’, es decir, empuje y además enmendarse”.

—Nadie podrá aceptar esto.

“¿Sabías que el castigo que se recibe es la compensación de un acto cometido?”.

—Ahonda usted mucho, forastero.

“Cuando te castigan y sabes lo que has de enmendar, ¿cuáles son entonces tus sentimientos?”.

—Yo estaría feliz y agradecido, porque solo entonces uno avanza, ¿no es así?

“Mira, amigo mío, los milagros que ocurren por medio de mi Padre tienen un significado profundo, que los hombres sienten y ven como injusticia”.

—Ahora le comprendo, pero ¿y toda esa miseria en la tierra?

“Cuando le das una limosna a un mendigo, ¿le preguntas lo que hará con ella cuando te separas de tu donación?”.

—Es usted muy profundo, maestro, pero ¿qué significa esto?

“Dios te dio ‘Su Propia Vida’, te dio todo, como a mí, y ¿acaso preguntó: Qué haces con tu propia vida, que sin embargo es ‘Mi Vida’?”.

—¿Qué quiere decir con esto?

“Que Dios no consiente la injusticia, ni la pobreza, la pena o el dolor; Dios lo dio todo, Dios dio ‘Su Propia Vida’. Pero, amigo mío, ¿cómo fue nuestra vida?”.

—Me da usted miedo, maestro, sus palabras son como las de un hereje, y para quienes se llaman a sí mismos clérigos es usted diabólico.

“¿Eres consciente de vidas anteriores?”.

—Ni siquiera sé que esto sea posible.

“¿Pudiste seguir la naturaleza en todos sus estadios?”.

—Sí, porque los animales me gustan mucho.

“Exactamente, pero solo para imponerles tu voluntad, nada más”.

—¿Está al corriente de esto?

“Yo ya te conocía, estimado amigo, antes de que nacieras.

—¿Cómo dice?

“Veo en tu vida interior. Ya te conocía hace centenares de años”.

—Pero eso imposible de aceptar, ¿no?

“Dudas, eso es muy evidente, porque no eres consciente. Tu pregunta es la de quienes desesperan, la de quienes dudan de ellos mismos y de todos los milagros, porque tu alma no está abierta. Repito: no conoces la naturaleza, eres inconsciente en la vida terrenal. No conoces la vida, de ninguna manera.

¿Acaso no dio Dios a las aves lo que es de las aves? ¿Por qué existe la noche en la tierra? ¿Por qué la luz y las tinieblas en nuestro mundo? ¿Por qué estás allí y vivo yo en mi propio cielo? Has de saber ahora que se me concedió conocer a Dios.

Y también has de saber que, hable como hable, todo lo digo con sagrada seriedad”.

—Me avergüenzo, maestro, mi falta de fe es terrible.

“Si no albergaras estos sentimientos estarías muerto en vida; llevamos dentro lo bueno y lo malo. Aquel que reconozca ambas cosas, amigo mío, merece vivir, es poderoso y profundo, e “irá adentro” de la casa de mi Padre”.

—¿Eso lo dijo Cristo!

“¿Sabías, estimado amigo, que soy Su hijo y que tus animales son Sus hijos?”.

Pensé que se trataba de una profanación, y al instante se escribió: “Tus pensamientos son de quienes desconocen a Dios y que, sin embargo, hablan de Él”.

—Qué imponente es todo lo que dice usted, forastero, le estoy agradecido.

“Si tuvieras en ti esos poderes no me necesitarías, pero las puertas de tu alma se encuentran cerradas; estás preparado, sin embargo, para seguirme”.

—¿Está usted convencido de la seriedad de mi voluntad?

“¿Estás convencido tú, amigo de la tierra, que si se te partiera el corazón, aun así sonreirías a tu Dios? ¿Incluso si se te quemara vivo?”.

Me asusté, de eso me había hablado mi madre, y era el peligro de la iglesia.

Pregunté:

—¿Tan difícil es esa sonrisa?

“Te pregunto: ¿Conoces el diablo y sus jugadas?”.

—¿Eso tiene que ver con mi sentir?

“¿Hay dentro de ti, amigo mío, entrega completa y voluntad de vivir los milagros?”.

—Sí, lo deseo, mucho.

“¿Serías capaz de darlo todo por tu Dios? Y ¿estás preparado para amar, sea como fuere la vida? ¿También entonces, amigo mío, cuando te envuelvan las tinieblas? Pues entonces hazme preguntas y las responderé todas. Piensa

sobre todo esto y volveré a ti. Te saludo”.

Releí todo y se me hizo milagroso. Todo era elevado, pero profundo. Por la tarde visité a mis amigos y les leí todo en voz alta. Me horrorizó su respuesta.

Joan dijo:

—Alonso, tienes que preguntarle si es Dios mismo.

Me enojé.

—Todos son ciegos, espiritualmente inconscientes.

—Mejor ándate con cuidado, Alonso, o te volverás loco. Son líos diabólicos.

—Pensé, Carlos, que esto lo sentirías.

—Es un hereje, Alonso, y demasiado peligroso para nosotros.

—¿Lo crees en serio, Joan?

—No me hace falta creer nada, Alonso, tú mismo nos lo leíste.

Me fui, no habrían podido ofenderme más profundamente. No eran alcanzables.

Fueron pasando los días, pero me encontraba muy triste. No obstante, sentía un fuerte deseo de poder recibir al desconocido. A la hora acordada me senté y me quedé esperando. Entonces empezó a escribir mi mano.

“Buenas noches, amigo mío, ya lo ves, vuelvo a estar contigo. ¿Tienes preguntas que hacer? ¿Por qué estás tan sombrío, tan influenciado? ¿Por tus amigos?”

—¿Lo sabe?

“Estaba contigo y oí cómo les hablabas”.

—Eso me hace bien y me pone feliz, de repente me he curado. Eso me dice que me quiere ayudar. Estoy preparado.

“¿No te previne? Están ciegos. ¿Tan improbables son mis palabras? No dejes que te altere, Alonso. Todos son muertos en vida. Vengo a estar contigo para abrirte. Puedes hacerme preguntas”.

—Dígame lo que he de hacer.

“¿No te resultan bastante claras mis palabras? Vete por tu propio camino, Alonso, no te arrepentirás. A ellos todavía no se los puede ayudar. No soy ningún Dios, Alonso, hago lo que puedo para ser un hijo de Dios, pero no necesito sus consejos. Su vida transcurre en la inconsciencia. ¿Quieres seguirlos? Bien, amigo, entonces me voy”.

—Quédese, por el amor de Dios.

“¿Lo que tienes que hacer, Alonso? Puedes ser útil haciendo muchas cosas. Ábrete, si quieres, y me acercaré a ti. Alégrate de tu propia vida y de la de otros, y prepárate, para que la vida pueda acercarse a ti. No agarres las cosas que estén por encima de tu capacidad o sentimientos, si no sucumbirás, amigo mío, y contigo todos los demás. ¿De qué manera crees que conocerás a tu Dios? Ya lo ves, yo también puedo hacer preguntas y tú tienes que intentar

responderlas”.

—¿Existe la pervivencia, maestro?

“Qué ingenua es tu pregunta, amigo mío. Tu pensamiento y sentimiento no son claros. Recaes, te has visto afectado, y ha sido por tus amigos. Porque yo escribo por medio de ti”.

—¿De modo que pertenezco a los muertos en vida?

”Semejantes preguntas solo las pueden hacer los muertos en vida, Alonso, pero en ti hay sentimientos, si no me iría”.

—¿Me perdonará?

“No hay nada que perdonar, Alonso. Por supuesto que existe la pervivencia. ¿Tan nimios te parecen los milagros de Dios? Solo lo son para quienes creen poseer arte y que, sin embargo, son huecos en sentimientos. Su arte no tiene alma, no saben lo que es eso. Cuando uno se esfuerza con su propia vida, Alonso, solo puede hacerlo físicamente, espiritualmente ni siquiera es posible, porque uno no es nada. Yo tampoco soy nada y Dios nos conoce a todos”.

—¿Qué quiere decir con esforzarse?

“Cristo dio Su propia vida por todas las almas, y también nosotros, que vivimos en la luz, estamos preparados, pero también tememos que crean amarnos materialmente, porque esa no es la intención”.

—Lo que dice ahora es muy instructivo, maestro.

“Eso me parece, Alonso, pero es profundo, afecta a la vida que dura eternamente. Todos nosotros estamos preparados para esforzarnos con nuestra propia vida, Alonso, para todos, para todas las almas, para cualquier hombre o mujer: estamos preparados. Eso es muy difícil en la tierra, porque allí no se comprende este amor. Creen en un ser material, pero es el alma, esta es la que da, la que sirve, la que “va adentro”, Alonso, en todo, porque seguimos a Cristo. Cuando Dios despierta en uno, Alonso, se sigue a Cristo. Entonces uno está preparado para darse por completo y solo entonces hay animación en uno. Pero, ojo, amigo mío, es fuego sagrado y ese fuego nadie lo siente ni comprende, porque es poco común. Este fuego vive en ti y a tu alrededor, es la oración del animal que ama a sus cachorros y la aceptación de la vida verdadera. Puedes esforzarte con tu propia vida por la felicidad de los demás, y eso es poderoso, muy poderoso, Alonso, pero has de saber que solo puedes seguir a Cristo y que ningún amor te dirá nada si no hay lo que dura eternamente”.

—¿Quiere decir que tengo que entregarme completamente?

“Durante la vida sobre la tierra eso es posible una sola vez. Y aun así uno puede entregarse en muchas otras situaciones, pero Dios lo pide, nos lo pide a todos nosotros, una sola vez, y entonces es perfecto. Entonces uno vive, y está habitado por el alma, entonces uno vive en la realidad y está preparado

para aceptarlo todo, todo. Así uno va conociendo la vida y sabe que en un solo animal viven varias especies, pero que esta vida tiene que seguir su propio camino.

Ya estás pensando que digo disparates, pero mi alma está llena de ello, y sé lo que digo. Se me hace difícil aclararte todos estos pensamientos, porque hay ira en ti, rabia y tu personalidad se ha visto afectada. Tu melancolía me hace pensar en Pedro, cuando el gallo cantó tres veces y él supo lo que su maestro le había dicho. Su falta de fe estaba entonces lejos de él y Pedro fue ‘adentro’.

—¿Qué quiere decir con “ir adentro”, maestro?

“Ir adentro’ significa dar todo, absolutamente todo, vivir lo puro y natural, verlo y oírlo, para que uno lo viva en su propia carne. Quien vaya “adentro” hace otras preguntas y es consciente. Ahora no me puedes hacer preguntas: te obceca la insensibilidad de tus amigos, y sin embargo pides que se te abra. Podrías verme, pero tu alma está cerrada y a ti no se te puede dar el ‘ir adentro’ en los milagros de Dios”.

—¿Que quiere decir con abrirse, forastero?

“¿Acaso no abrió Cristo uno por uno a los apóstoles? ¿Estaban preparados para todos los milagros? Y ¿son esos milagros para tu mundo diferentes para nosotros? ¿No estuvimos en la tierra todos los que vivimos ahora aquí? Cierto, Alonso, sentimos y pensamos de otra manera que allí, pero estamos preparados para darlo todo, absolutamente todo, porque queremos conocer el verdadero amor, y lo hemos recibido, porque fuimos ‘adentro’. Cristo nos enseñó a buscarlo en nosotros mismos y a servir después, a los demás, para que estemos preparados a poner en juego nuestra alma y nuestro cuerpo material. Si quieres aceptar mi luz, Alonso, entonces te digo: “ve adentro” y vivirás. Todos los que poseen aquí la luz están despiertos y son conscientes, Alonso, y comprenden su propia vida y la de los demás. Si no te puedes abrir consideraré mi tiempo como perdido. Ahora será más natural que me vaya y que así puedas dormir, porque estás cansado y estás vacío por dentro. Por ahora estás saturado, pero por el veneno de quienes te pueden afectar. Buscaré las aguas de la vida, Alonso, y me llenaré hasta rebosar para que cuando vuelva pueda saciar tu sed. No te olvides de ir a dormir. Volveré a la hora que hemos fijado. Te quedas solo”.

Cuando se hubo marchado y leí todo, de pronto hice jirones todos los papeles, porque no comprendía nada. Era para volverse loco. Estaba yo poseído y el demonio escribía por medio de mí. El miedo me invadió el alma, miedo por muchas posibilidades que sentía. Al día siguiente me puse a trabajar con la voluntad de entregarme por completo a las cosas terrenales. Mi madre dijo que volvería un sacerdote, y me pareció muy bien. Unos días antes lo había echado de casa, pero ahora todo me parecía bien y obedecí.

Y llegó el reverendo:

—Su madre, estimado señor, me ha hecho llamar y ya sabe usted por qué he venido a verlo. Así que seremos breves. ¿Sabe que es usted punible ante la iglesia? Le pido, por su propio interés, que deje esto. Su búsqueda es absolutamente diabólica. Busca usted conectarse con el demonio. Mancilla su propio entorno y hace insoportable la vida a su madre. Está extraviado y se condenará para la eternidad si continúa mancillando la casa de su padre. Su madre no puede quedarse aquí, la está ahuyentando. Una hija de Dios y un hereje bajo un mismo techo, eso es imposible —dijo.

Miré al sacerdote, pero prosiguió:

—Todavía no es demasiado tarde, puede venir a confesarse con nosotros, todavía le serán perdonados todos sus pecados. Oremos.

Hubo una larga oración, fue rezando un rosario tras otro, pero de pronto sus murmullos me despertaron. Todos esos pensamientos fríos y vacuos me hicieron estremecer y temblar de rabia y exasperación. De repente vi su Dios y el mío propio ante mí, y de golpe quedé convencido de lo que quería, a quién servía y cuál era su fe. Lo escuchaba pero me entraron sudores fríos. Cuando paró, pregunté:

—¿Qué le debo, excelencia? Pero no se olvide de que ando mal de dinero. Los animales que andan por aquí están enfermos, de lo contrario me complacería aprovisionar sus almacenes.

—¿Está usted loco? ¿Cómo se atreve? Exijo que retire todo lo dicho, está usted poseído y su enfermedad es contagiosa. El demonio habita en usted, el demonio vive aquí, en esta casa. Su madre tiene que irse, fuera de aquí, tomaré medidas, ¿me oye? A usted no se le puede ayudar, su veneno es diabólico y sobre usted recaerá la eterna condena.

Huyó de vuelta a su iglesia. Entonces entró mi madre y dijo que se iba.

—Escuche, Madre, antes de que se vaya quiero decirle lo siguiente. No estoy poseído, Madre, ni enfermo, si alguna vez he sabido cómo actuar es ahora. No hago cosas equivocadas y mi búsqueda no me convertirá en una mala persona. Quédese, Madre, no me deje solo. ¿Qué dirá de esto mi padre?

—Estás poseído, Alonso, no cambio mi decisión, el demonio habita este lugar.

—Bien, Madre, entonces vaya usted por su camino, yo iré por el mío. Algún día también se le abrirán los ojos a usted.

Mi madre se fue y ni siquiera me sentí triste.

—Vaya en paz, mi querida Madre, pero no seguiré a su iglesia.

Fui a mi habitación y busqué los papeles que había hecho jirones, pero sabía todo: de pronto me había entrado la conciencia. El desconocido tenía buenas intenciones, ahora todo me había quedado claro. Este milagro de pronto había venido a mí y en mí. Qué gratitud sentía, qué felicidad por

haber seguido siendo yo mismo. Esto es estar despierto, consciente, lo de ellos es ser un muerto en vida; ahora lo sigo a él y a todos aquellos que dieron su vida por todo esto.

Cielos, qué bien comprendo ahora todo. Qué cierto y natural es todo lo que se me ha dado desde ese mundo.

Esa misma noche me senté y obtuve lo siguiente: “¿Se derrumbó tu iglesia, Alonso? Eres un hereje y ahora se está rezando por ti. ¿Lo has conocido a él y a su Dios? ¿Por qué dices cosas tan horribles, Alonso? Tienes que intentar ver todo claramente y conservar lo bueno, no destruirlo todo. Son inconscientes, Alonso”.

—¿Y por qué viene usted todavía a mí?

“¿No te dije que quería abrirte? Pero si crees que lo sabes hacer tú mismo, bueno, pues me iré de inmediato y no volveré”.

—Quédese, por el amor de Dios.

“Mi intención es abrirte, nada más, y eso es mucho para ti y otros, porque entonces verás las cosas como son y podrás tomar medidas.

—¿No debería haber hablado de esta forma?

“Puedes hablar como prefieras, pero también lo podrías haber dicho de otra manera. No te olvides, Alonso, de que él es ciego e insensible”.

—¿Por qué comprendí todo de repente?

“Porque yo te quiero abrir, ¿no es así?”.

—¿Usted?

“Sí, yo, si quieres aceptarme. Las palabras que dijiste no fueron mías: te hice ver y de forma realmente repentina”.

—Entonces le estoy agradecido. ¿Por qué odio a todas esas personas?

“Porque conoces el sacerdocio, Alonso”.

—¿Yo? ¿Cómo se le ocurre eso?

“Mira, Alonso, ahora estamos en lo que quiero sentir y pensar, e intento abrirte. Un día fuiste sacerdote, y realmente uno muy grande”.

—¿Lo dice en serio?

“En nuestro mundo no hablamos de cosas relacionadas con mentiras y engaños, o tendría que pertenecer a aquellos que no poseen luz, y alrededor de mí la hay. Pero así no avanzamos y tienes que estar preparado antes de que las cosas sucedan. ¿Me oyes?”.

—Usted lo escribe, a usted no puedo oírlo. Hace unos instantes me pareció que lo sentía a usted.

“Si descendiera a mucha profundidad dentro de ti, Alonso, entonces podría abrirte y podrías seguirme y comprenderme en todo, porque en ti hay muchos milagros de los que ahora ya no sabes nada. Cuando el alma vuelve a la tierra olvida todo de aquella vida anterior, porque esta vida predomina y es muy grave. Solo puede ser sentida y ese sentir es poderoso.

Tu madre partió, ama la iglesia más que a ti y tú eres la propia vida de Dios, su fe no es más que una conciencia infantil. Y, sin embargo, también ella es hija de Dios, pero aún tiene que despertar. No pienses mal, Alonso, no sabe lo que hace. Pero ¿qué ocurrirá, Alonso, hasta que sienta y vea su Dios, tal como nosotros lo hemos conocido? Partió porque hablas de milagros que no siente ni conoce, y sin embargo también ella lucha con mucha fuerza, aunque no pueda nunca ‘ir adentro’. Su camino es un sendero sin salida, Alonso, y todos ellos son herejes, ¿me oyes? Son herejes, justamente porque rezan tanto. Sigue queriéndola, porque ¿cómo nos enseñó el Hijo de Dios?

Para poder hacer eso tienes que ver las cosas como son, Alonso. Lo bueno y verdadero no puede ser destruido, ni lo de ella ni lo del sacerdote, ni lo de nadie.

¿Sientes, amigo mío, que todos poseen una pequeña parte de la realidad? Todos tenemos que despertar, se nos tiene que abrir espiritualmente, también ella, que busca a su Dios y que cree poseerlo. Por eso he venido a verte: quiero ayudarte porque tu vida toca la mía”.

—¿Qué tengo que hacer con lo escrito?

“No tienes que hacer nada, Alonso, ya lo hiciste todo. Hubo un tiempo en que fuiste consciente en todos los milagros y leyes de Dios, pero ahora albergas sentimiento, y juntos lo abriremos. Porque aun así tendrás que poder actuar en todos los sentimientos conscientes e inconscientes, dado que tienes que saber a quién quieres seguir. A ti mismo o a Dios, a Cristo o al diablo.

Tienes que recorrer un solo camino, Alonso, no tienes otra opción, porque vives ‘la causa y el efecto’, como lo tiene que hacer toda alma. Esos sentimientos emergieron de pronto de tu vida interior, y supiste lo que tenías que decir, pero ellos también son hijos de Dios. ¿O es tan extraño eso?”.

—No, maestro, lo comprendo y le estoy muy agradecido.

“Ya te dije, Alonso, te traigo un recado. ¿Estás satisfecho?”.

—Sí, maestro, si no tiene nada más que decirme, ya en este momento me siento muy agradecido. Dígame, forastero, ¿qué peligro me acecha?

“Estás triste, ¿no es así? No hay nada al acecho, sino que vive en ti. Es parte de ti, Alonso. Lo tienes en tu alma y es parte de toda tu personalidad. ¿Puedes estar triste ahora que estás conociendo los milagros? Cuando descende el ataúd de uno, Alonso, créeme, entonces uno mismo está allí observando aquello que le sirvió. Y uno siente gratitud hacia Dios por lo que entonces se percibe con la conciencia plena. Quienes se quedan atrás y se vacían llorando, Alonso, no son conscientes, porque les esperan los cielos, por estar abiertos y sentir que Dios no es más que amor. También es posible que apoyes a otros que mueran contigo y a quienes abrirás, Alonso, para que tu amor los haga felices. Cuando estés preparado y Dios te llame como uno de Sus hijos, solo podrá ser una gracia, para ti y todos que lo vivan”.

—Me está introduciendo en algo, quiere prepararme, pero ¿para qué?

“Alonso, ¿no dije que quiero abrirte? Y eso lo hago en cuerpo y alma, con todo lo que hay en mí. No vayas a quererme, Alonso, como lo sabe hacer la gente para la que uno se abre, no hagas eso o me iré y jamás volveré a ti, porque entonces no me habrás comprendido”.

—¿Tan brusco es usted, maestro? ¿Tan susceptible?

“Es una pregunta muy natural, Alonso. No, amigo mío, no es eso, pero no despilfarro mis fuerzas, Alonso, tu amor pertenece a otra persona. Tienes que aceptarme como soy. Quererme como eso se vive en la tierra, por recibir algo de mí, es algo que desconocemos en este mundo. Entonces tendría que partir”.

—Qué duro es usted.

“¿A esto lo llamas ser duro? Estoy de camino para servir, Alonso. No para recibir amor, sino para darlo. Pero ay de ti si no me sientes y dejas hablar tu personalidad, pensando que te quiero por tu persona. En nuestra vida somos libres como un pájaro volando, pero nos damos completamente. Si quieres aceptar este amor, entonces seré tu maestro, y aunque haya avanzado más que tú, seré, no obstante, tu servidor. La profundidad de mi amor y de todos los que viven aquí toca lo espiritual y se desarrolló a base de pena y dolor. Seguimos al Sagrado Hijo de Dios, amamos todo lo que vive, Alonso, porque tenemos que volver a Dios. ¿A quiénes consideramos preparados para recibir este amor? A quienes comprendan, sientan y puedan aceptar, a quienes estén dispuestos a aprender que se abrirá su alma”.

—¿Está dispuesto a entregar su vida para todos?

“Sin duda, Alonso, para cualquier alma que esté dispuesta”.

—Claro, ahora que ya no tiene nada que perder, ¿verdad?

“Qué ingenuo eres todavía. En esta vida lo puedo perder todo. En mí hay luz y conciencia espiritual. Pongo en juego todas mis posesiones cuando me doy por completo, porque en eso también me puedo perder. Y eso significa pena y dolor, y entonces no se nos comprende. Esa incompreensión, Alonso, nos parte el corazón, porque entonces experimentamos que se nos ve como seres materiales, mientras que pensábamos ya estar encaminados, por lo que esa concienciación superior, lo único y último de toda nuestra vida, se vería como perfecta unión”.

—Es usted muy profundo, maestro. Nuestra vida es diferente y en ella pronto nos perderemos a nosotros mismos.

“Cuando uno es capaz de perderse a uno mismo, Alonso, detrás de eso hay que uno lo recibirá todo. Es la voluntad de Dios que dejemos de vivir una y otra vez, pero muriendo entramos en otra conciencia, que es superior”.

—Eso lo tengo muy claro y lo comprendo del todo. Pero ¿puede ponerse eso en práctica aquí?

“Precisamente en la tierra, Alonso. En nuestro mundo, en cambio, eso es mucho más difícil. En la tierra se posee todo, es posible ayudar a los demás de diversas formas, no solo sirviendo a otros, sino también a uno mismo. Nadie hace nada por los demás, Alonso, todo lo hacemos para nosotros mismos, por eso avanzamos”.

—Pero eso no está claro, ¿no?

“Ya ves lo difícil que es todo. Ahora también te habrá quedado claro que no queremos recibir amor. No damos ni servimos porque tengamos que recibir algo a cambio, Alonso. Cristo se dio a sí mismo, incluso del todo, y también nosotros queremos seguirlo a Él. Si de cualquier manera he de aceptar que me quieres, entonces no sirvo de forma completa, por haber despertado en ti otros sentimientos. Tengo que poder servir con la plena conciencia de poder llegar siempre más lejos y más alto, pero servir así no tiene nada que ver con mi propia personalidad. De este lado todos quieren darse por completo, se ponen en juego a sí mismos, y lo hacen por quien sea. Cuando no son comprendidos, Alonso, se abandona a su suerte a quienes reciben, hasta que puedan aceptar exclusivamente aquello que los abra y les haga despertar el alma. Nada más, Alonso”.

—Es maravilloso, maestro, poder servir así.

“Fíjate en el Hijo de Dios, Alonso, siempre, eternamente, y seguirás el verdadero amor. La vida en la tierra es para experimentar todas estas leyes. Significa que “la causa y el efecto” están presentes en cada alma, y que todas las personas han de aceptar lo que les impone la vida terrenal.

Cuando te entre el fuego sagrado, que se llama animación, entonces, amigo mío, ten cuidado de que no te declaren poseído. Eso es terrible, porque entonces uno se queda solo, incomprendido; pero nunca olvides que tenemos que estar solos si queremos poder alcanzar la perfección. Aquellos que despiertan se ponen de camino para ayudar a otros. Así es como todos estamos de camino, sirviendo. Esto acabará algún día, Alonso, y entonces estaremos preparados para recibir lo más sagrado de todo y habremos comprendido la vida de Dios”.

—Le estoy muy agradecido.

“También yo lo estoy, Alonso, porque me quieres escuchar y comprendes que solo estoy aquí para abrirte. Seguramente que ya sentirás, amigo mío, que esto es una escuela, porque lo tenemos que saber nosotros mismos y asimilar ese conocimiento: solo entonces podremos ayudar a otros.

Si crees poder dar todo lo que llevas dentro, pon entonces también todo en juego, y recibirás a Dios e irás ‘adentro’. Verás despertar entonces la vida de Dios en el alma de las personas, y ese despertar es el de la personalidad espiritual. Si llevas dentro esa sacralidad, entonces arderá en ti el fuego más sagrado, que se llama animación, y lo irradiarás por encima de todos aquellos

que quieran recibir”.

—Es maravilloso, maestro, pero ¿me está preparando para algo?

“¿No te dije que quería abrirte? Eso requiere mucha fuerza, pero estás despertando”.

—¿Tan peligroso es ese despertar?

“Sin duda, porque entonces serás un incomprendido”.

—¿Es posible que algún día lo vea a usted?

“Algún día me verás y reconocerás”.

—Eso también es curioso. Y ¿después?

“Entonces uno es consciente de sus propias vidas como no lo es ningún mortal en la tierra. Es cuando uno comprende su felicidad interior. Es cuando uno alberga otra conciencia, lo que le permite a uno percibir en muchas vidas”.

—¿Es posible eso?

—Para Dios todo es posible. De este lado uno se conoce a sí mismo y ve a todos sus padres, a todas sus madres y a todos sus hermanos”.

—¿Cómo dice?

“Que poseemos miles de padres y madres y que también tú diste a luz”.

—Es decir, ¿que fui hombre y mujer, o que aún me falta por ser ambas cosas?

“Por improbable que sea esto, Alonso, hablo, sin embargo, de milagros sagrados, que nosotros, los seres humanos, hemos de experimentar como vida interior, como alma. Dios nos creó a nosotros, los hombres, y todo lo demás que vive. También la vida animal ha de seguir este camino”.

—Está profundizando cada vez más, ya no puedo seguirlo.

“Y sin embargo albergas la conciencia, todos estos milagros están en ti, así que ya los recibiste”.

—Pero no sé nada de eso.

“El sentimiento que se aloja en ti, que eres tú mismo, que el alma asimiló y que se siente como sentimiento, toca esta conciencia que se manifiesta en tu búsqueda y deseo. Si esto te queda claro, Alonso, sentirás que el alma tiene que asimilar todos estos sentimientos, y para eso hacen falta vidas enteras. Es imposible conseguirlo en una sola breve vida terrenal. Volvemos a Dios, jamás lo olvides”.

—No se puede aceptar y aun así me parece muy natural.

“Verás, Alonso: estás despertando y tomando conciencia. Hubo vidas en que todos fuimos madres, experimentando las leyes y los milagros de Dios. ¿Puedes aceptarlo, Alonso?”.

—Va usted muy lejos, mi mente no puede procesarlo.

“Podría ir aún más lejos y decirte que conociste todos estos milagros, que una vez viviste en las leyes y que recibiste todos esos milagros. Ya te lo dije:

una vez fuiste un gran sacerdote”.

—Habla usted como un Dios.

“Piensas otra vez en profanaciones: te aseguro que no soy más que un niño y que lo que hago es hacer de mí mismo un buen niño”.

—¿Camina usted allí como debemos hacerlo nosotros aquí?

“Esta pregunta tampoco es clara, Alonso. ¿Sabes a qué distancia está mi cielo de este lugar?”.

—No, no lo sé.

“Si dijera una marcha de billones de jornadas, te asustarías. Si dijera que mi cielo está en esta pequeña habitación, no podrías aceptarme; y, sin embargo, Alonso, necesitarías millones de años para recorrer esta distancia y aun así tendrías que aceptar que no podrías alcanzar mi cielo. Te pregunto: ¿puedo recorrer esa distancia a pie en solo un segundo?”.

—¿A dónde me está llevando?

“Te estoy llevando a ‘entre la vida y la muerte’, amigo mío, conocerás las leyes y así te abriré. ¿Sabías, Alonso, que viajo más rápido que la luz? ¿Que viajo a la velocidad de mis pensamientos?”.

—Ahora sí que se pone interesante, forastero. ¿Cómo es posible eso?

“Soy tan veloz como los pensamientos. Quiero ir a la tierra y visitarte, me sintonizo con eso, vuelo por el espacio veloz como un rayo y soy uno contigo. Puedo ir a donde quiera, el espacio me pertenece”.

—Qué asombroso. ¿Recibimos nosotros también esa gracia?

“Si quieres abrirte interiormente, sí, Alonso, cualquiera. Pero para eso hace falta una sagrada seriedad y una fuerte personalidad. Entonces tu tiempo es valioso y no debes perderlo”.

—Me está dando miedo.

“¿Tienes miedo? ¿De qué? ¿De la muerte? ¿Ahora que sabes que no la hay?”.

—No, mil veces no, maestro, la muerte no me da miedo. Usted me lo ha quitado. Le estoy profundamente agradecido por eso, y seguiré estándolo, aunque no quiera mi amor.

“Esa tampoco es la intención, Alonso; cuánto me agrada recibir tu amor, pero tienes que aceptar mi personalidad tal como es, no amar a mi persona. Tienes que ver y sentir en mí la vida de Dios, y amarla te abrirá. Entonces seguirás mi propia vida e “irás adentro” de aquello que es eterno”.

—Estoy empezando a comprenderlo, maestro. Estoy preparado para seguirlo en todo.

“Verás, Alonso: entonces podría encontrarme preparado. Podría irme, pues, por poco tiempo y así todo esto lo podrás procesar y experimentar. No debes olvidarte nunca, estés donde estés, que siempre podré llegar hasta ti, aunque estuvieras en el corazón de la tierra. Cuando hayas llegado a ese punto y creas seguir necesitándome, entonces podrás llamarme. ¿Qué te parece,

Alonso?”.

—A mí me suena muy bien, porque tengo que poder procesar esto, y para eso necesito algún tiempo. Volveré a hablar una vez más con mis amigos, quizá ahora sí estén preparados. ¿Querrá venir a verme después otra vez?

“Pero claro, Alonso, cuenta conmigo. Escucha ahora, amigo mío, quiero llamarte, pronunciar tu nombre”.

Oí una tenue voz que decía: “ALONSO... A...L...O...N...S...O...”.

“Cuando vuelvas a oír esto, amigo mío, entonces es a mí a quien estarás oyendo, e iré a verte. ¿Estamos listos para esto?”.

—Sí, maestro, gracias.

“Recuerda todo, Alonso, sé fuerte, y te aseguro que recibirás amor celestial y que conocerás a mi Dios y al tuyo, al Dios de todo lo que vive”.

—Veo la luz de usted, ¿puede ser?

“Muy bien, Alonso, quería mostrarme a ti”.

—Es usted maravilloso, oh, qué grande es su luz.

“Esta luz, Alonso, la asimilarás, y mucha de ella la llevas dentro. Me voy, pero volveré. Que Dios te bendiga, amigo mío, te ayudaré en todo”.

El forastero partió y me dejé caer en la silla. Me entró miedo, miedo, un miedo horroroso. Aun así intenté dormir. Así es como me quedé dormido en poco tiempo, pero sentí que se debía a otras fuerzas.

Mi muerte; Carma

El rey dio orden de designar inquisidores y me convertí en víctima de la Inquisición.

Después de haber celebrado mi última sesión, me tomé un descanso para procesar todo lo escrito. Visité a mis amigos, pero ninguno de ellos se creyó nada y me tomaron por demente. A mi madre no la había visto en todo ese tiempo. De pronto estalló la persecución y fui uno de los primeros a quienes se encarceló.

De noche me levantaron de la cama. Seríamos medio centenar de hombres y mujeres, encerrados en jaulas con rejas, porque todas las prisiones estaban llenas, y esperábamos nuestra sentencia.

Había personas de todos los estratos sociales. A mi lado había una mujer joven, que ni siquiera estaba triste. Me pareció admirable y me sentí atraído por ella, porque los demás tenían la cabeza caída, estaban abismados en sus pensamientos. Sus ojos irradiaban fuerza y personalidad, la conciencia y plena entrega, no había rastro de miedo en ella. Todo su ser me irradiaba ternura y gran amor, causándome una sensación agradable. Había tenido poco trato con mujeres, o ninguno, pero esta joven mujer poseía algo que me llegaba, aunque todavía me resultaba del todo incomprensible. Sentía en ella algo de lo que había hablado mi maestro, y que tenía que ser, o significar, el sentimiento servicial. En ella había lo que se me había concedido asimilar en ese breve lapso de tiempo y por lo que me había abandonado mi madre, y que significaba poner en juego la personalidad entera. Intenté averiguar por qué estaba aquí, y pregunté:

—¿Es usted una extraviada?

Me comprendió al instante y respondió:

—Dicen de mí que soy una bruja y mala para mi hijo, por eso estoy aquí. ¿Y usted?

—Sigo sin saberlo, pero imagino que sospechan que he cerrado un pacto con el diablo.

—¿Por qué con el diablo?

—Quería conocer la muerte y ahora la tengo cerca de mí.

—¿Y la conoce?

—Sí, la conozco, si todo es como lo siento, pero entonces me esperará la felicidad e iré “adentro”.

—¿Irá “adentro”?

—¿Tan mal me explico? “Ir adentro” es poder entregar todo. ¿Cómo lo ve usted?

—No tengo miedo a la muerte. En mí hay algo que me dice: no existe la muerte, después de esta vida hay una pervivencia eterna.

—Eso es maravilloso, no se encuentran muchas personas así. ¿Y su niño? ¿Dónde está?

—Mi niño está en el lugar del que habla usted; murió hace unos días. Después se le perdió la mirada y se quedó pensativa. Sus pensamientos eran profundos.

Después de un tiempo pregunté:

—¿Qué edad tiene usted?

—Tengo veintiséis años.

—¿Tan joven y tener que morir ya?

—¿Vale la pena vivir la vida aquí? ¿Es usted feliz? ¿Cree que conservará la vida? Sus padres ¿viven aún?

—Mi padre murió, pero mi madre vive todavía. ¿Y los suyos?

—Mi padre aún vive, pero mi madre lleva mucho tiempo muerta. Estoy sola en este vasto mundo.

—¿Y su marido? ¿Muerto también?

—No, no está muerto, pero no sé dónde está.

—¿De modo que completamente sola en la tierra?

—Sí, sola y no sola, porque tengo mi Dios.

Sus ojos estaban radiantes mientras hablaba de su Dios, su fe era muy poderosa.

Entretanto había caído la noche y todos intentamos dormir un poco. El pueblo se había vuelto demente y la iglesia estaba poseída por el diablo. El carcelero vino a comunicarnos que me interrogarían por la mañana, junto a otros, entre ellos a esta joven mujer. Se hizo un silencio opresivo. Podíamos oír el clamor de la muchedumbre, un griterío diabólico. No había manera de dormir, nadie era capaz de hacerlo, cada uno pensaba en sí mismo, o en otros y en la muerte. El rostro de todos reflejaba miedo y horror, y muchos estaban encogidos de dolor. Otros estaban muy animados y esperaban que se les absolviera. Retomé la conversación con la joven y pregunté:

—¿No tiene miedo? Y ¿cómo se llama?

—No tengo miedo y me llamo Carma. ¿Es noble? Todo lo que veo en usted me hace pensarlo. ¿No tiene protección su linaje? ¿Cómo se llama usted?

—Alonso.

Le conté mi vida entera de manera sucinta, hasta el momento del encarcelamiento. Después me contó todo de ella misma. Había sido rica y había recibido una buena educación, pero más tarde, a los diecisiete años, su felicidad se había visto cruelmente trastornada y se malogró su joven vida.

Le respondí diciendo:

—No, Carma, no tengo miedo y mi linaje no me dice nada. No temo la

muerte. Cuanto más se me acerca, más tranquilo me quedo, y me llega y entra un gran silencio, que lo abarca todo.

—Acércate un poco, Alonso, aquí, a este rincón, tengo que decirte algo.

Hice lo que me pidió y me estampó un beso en los labios, mirándome como una niña pequeña ingenua, y se quedó esperando a lo que fuera a decir.

—¿Sabía, Carma, que este es mi primer beso?

—Precisamente por eso, amado amigo: es usted como un niño y quiero mucho a los niños. ¿Quiere aceptarlo?

—Incluso le estoy muy agradecido, Carma.

Me fue subiendo del interior un sentimiento de calor y comprensión. De pronto supe que la amaba mucho y que, si estuviera en libertad, me casaría enseguida con ella. En ella estaba ese calor antinatural que no se comprendía en la tierra. Le hablé confesándole mi amor.

—¿Puede usted, niño grande, ponerse a amarme así, sin más? ¿En esta situación? Luego ya no estaremos aquí, Alonso, y quizá usted continúe solo, o yo, y nos perdonen y todo se olvide otra vez.

—¿Cómo puede decir palabras tan duras? ¿Tan débil es mi palabra? ¿Irradió mentiras y engaños?

—Si su madre lo supiera, ella lo liberaría, Alonso. Yo no soy más que una mujer que no cuidaba de su niño ni se confesaba, como decía la gente, y por eso he de morir. Saben que daba hierbas a los enfermos y también sé cuál es la correspondiente sentencia. Soy una bruja, Alonso.

—¿Curó a gente, Carma? ¿Quién le dio esos conocimientos?

—Están en mí, Alonso. Ya de niña veía en la naturaleza fuerzas para curar a los enfermos. Busqué, encontré y curé a los enfermos. Es algo muy inocente, pero ellos me ven como una bruja. Ahora ya te matan, Alonso, solo por mirar al cielo. Por eso me quemarán viva. De todas formas, ¿tiene alguna culpa mi pobre cuerpo de lo que hizo mi alma, de lo que hice yo misma?

—¿Ya está preparada? ¿Se conoce usted misma, Carma? Habla usted del alma y el cuerpo, pero eso solo lo saben unos pocos en la tierra.

—Está en mí, Alonso, o sea, de niña eso lo recibí de Dios, es algo que no se puede aprender, tenemos que experimentarlo los seres humanos.

—Es milagroso, Carma.

—Tú vivirás, Alonso, pero yo moriré por esto, aunque lo haré encantada.

—Es usted una niña feliz, Carma.

—Lo soy, Alonso, nunca antes lo había sido. Oh, Alonso, ven, bésame, apriétame contra tu corazón. Siento mucho vértigo, Alonso, me ha entrado el amor, nada más que amor.

Se desplomó. Agarré la garrafa de agua y le humedecí la cabeza y la cara.

—Ay, mi Carma, por favor, sigue consciente todavía, hablemos un poco más.

Recé por ayuda, mi maestro ya me ayudaría. No tardó en volver a abrir los ojos y mirarme.

—¿Pensaste, Alonso, que soy débil? Mientras me iba hundiendo me fui de la tierra planeando y vi una “pradera” verde, en la que estábamos juntos. ¿Podría ser un presagio, Alonso? Oh, había tanta belleza allí. Y el silencio que sentí, oh, Alonso, que me quemó viva por ese silencio. Pero ¿querrías seguirme hasta allí?

—Me gustaría mucho, Carma, mucho.

—Debe de ser el silencio del que me hablaste, Alonso. Es un lugar celestial. Pero solo fue un breve instante y después fui reenviada a mi cuerpo. Entonces sentí el frío y me desperté. ¿Crees que es allí, Alonso, donde vive tu forastero y a donde iremos cuando nuestro cuerpo se haya consumido en llamas?

—Tú has visto, Carma. Estabas fuera de tu organismo. Esto es un milagro, posees dones. Lo estoy viendo. De eso no me habló el forastero, pero lo habría hecho si yo no me encontrara aquí. Esto es un presagio, Carma. Mi padre habló de esto. También él. Moriremos juntos, si se me concede seguirte (—dijo).

Los demás no nos comprendían y se complacieron en dejar hacer a estos jóvenes enamorados. Nos deseaban esta gran felicidad y les estuvimos muy agradecidos por ello.

—Carma, cómo te amo. Ahora lo sé, no: lo siento, soy tu Alonso.

—Y yo tu Carma. Moriremos juntos, Alonso, y seguiré cerca de ti. Eres mi nueva vida y ahora seguiré estando junto a ti para la eternidad (—dijo).

Los demás empezaron a sentir miedo, dado que se acercaba el amanecer. Unos se quejaban y se lamentaban de no haber concluido sus obras, otros maldecían al hombre, invocaban a Dios y al diablo y estallaban en llanto. Aun otros ya sentían su propia muerte, y era una muerte horrorosa. Dos personas mayores se habían desplomado inconscientes y era imposible volver a despertarlas. Y aun otros proferían sonidos aterradores que me dieron la impresión de que se me partiría el corazón. ¿Hay un Dios? Muchos gritaban algo parecido, pero todos habían dejado de ser ellos mismos.

Los intenté animar.

—¿Por qué tienen miedo? ¿Por qué maldicen a su Dios? En todos estos años que han vivido, ¿aún no lo han llegado a conocer a Él?

—Tan joven aún —dijo uno—, pero tan lleno de valor y fuerza vital. ¿No le tiene miedo a la muerte?

—Pero no es eso muy natural —dijo otro—, estos hijos aman, en ellos hay animación, fuego sagrado y desconocen el peligro.

—El amor da fuerzas —dijo otro, y de nuevo hubo silencio.

Entró el carcelero. Se aproximaba la hora de partir y teníamos que prepararnos. Leyeron en voz alta nuestros nombres de una lista, estábamos entre

los primeros de todos.

—¿Te quedarás conmigo, Alonso? Nos iremos juntos y seré muy fuerte.

—Anda, no digas nada, pequeña heroína.

—Nos casaremos, Alonso, y nuestro viaje será a la hoguera. Invitaremos a algunos huéspedes y allí les daremos la bienvenida.

—Te admiro, Carma. Oh, mi alma, te amo tanto.

—¿Por qué dices “alma”, Alonso?

—No lo sé, Carma, me salió de repente (—contesté).

El carcelero nos sacó. No tardamos en llegar al edificio donde nos esperaban los inquisidores. Entraba y salía una multitud de personas. Se llevaban a viejos y mujeres, incluso a niños. Se dijeron nuestros nombres. Carma iría después de mí, porque recibimos un número. Estábamos presenciando el primer interrogatorio; el culpable era un anciano. Era un ateo. Un gran hereje. La sentencia fue breve y contundente. Se desplomó inconsciente. Condenado a la hoguera. Se lo llevaron a rastras, y siguió el número dos. Él también recibió idéntica sentencia, pero se mantuvo entero. A los números tres y cuatro les fue igual, aquí la misericordia brillaba por su ausencia. Ni siquiera era posible defenderse. Más sencillo, imposible. Todos seguían el mismo camino: iban directos a la muerte. Dijeron mi nombre y di un paso adelante.

—Hay alguien que implora que usted diga que no es cierto —me dijeron.

Mi madre. Pero yo sentía a mi amada Carma. ¿Había alguien para ella? No me lo pensé ni un segundo y dije:

—Lo que hice y dije es la sagrada verdad. Soy un buscador. Digan a mi madre que su casa está vacía, ya nada le dará miedo ahora. Hagan lo que tengan que hacer.

Después de unas risotadas llenas de mofa llegó la sentencia. A la hoguera. Di un paso hacia atrás, estaban interrogando a Carma. Estaban leyendo en voz alta las razones por las que estaba aquí, y ella respondió:

—¿Qué tiene de malo curar a los enfermos? Mi hijo tenía la misma fe que yo y nuestro Dios es el “amor”.

Hubo un breve intercambio de palabras y la sentencia fue:

—A la hoguera.

Nos llevaron de allí, de vuelta al lugar para esperar. Dimos gracias a Dios por estar juntos de nuevo. A la mañana siguiente se ejecutaría la sentencia. Ya por la tarde se llevaron a gente. La iglesia se deshacía de todos los herejes. Depuraban la fe de cualquier mácula. Ambos estábamos esperando en nuestro rincón. Aquellos que partían eran cubiertos con una tela, pero solo por unos instantes: después, que lo experimentaran, que lo vieran todo de antemano, así lo exigía el pueblo. Poder ver morir a personas, eso no se vivía todos los días, de lo contrario no habría espectáculo. Muchos se derrumbaban y se les colocaba encima de la hoguera inconscientes.

—¿Serás fuerte, Carma?

Me miraba y sentía que me entraba una tremenda fuerza.

—Pero ¿es que no sientes, Alonso, lo fuerte que soy, ahora que me quieres? Ahora que morirás conmigo soy muy feliz. Oh, Alonso mío, lo mejor que podemos hacer es estarle agradecidos a Dios. Me siento tan feliz porque eres mío, y me siento tan unida a ti. Eres como soy yo, Alonso, como siempre fueron mis deseos de que se me concediera poder conocer este amor. ¿Nos conocerá Dios? Alonso, ¿sabrá Dios que tengo ganas de morir? Ahora que se me ha concedido conocerte a ti, Alonso, le agradezco a Dios todo con fervor. Quiero seguirte, Alonso, en todo, vayas donde vayas. El amor que siento solo ahora es para seguirte, y me siento muy fuerte en ello. Siente, Alonso, lo fuerte que late mi corazón por ti, solo de felicidad y gratitud. Soy fuerte, muy consciente, Alonso, y también lo seré cuando las llamas abrasen mi cuerpo.

—Te estoy muy agradecido, Carma, oh, qué agradecido estoy. Si solo se me concediera mostrarte cuánto te quiero. Le juro a Dios que te querré eternamente, y soy consciente, Carma, de lo que digo ahora. No soy ningún niño ni ningún jovencito, quiero hacer y vivir todo por ti, porque somos uno, uno en la pena y en la felicidad. No, mi niña querida, no desesperaremos, ni nos derrumbaremos, seguiremos conscientes hasta el último instante de todos. Vamos allá donde nos espera la paz y la incomprensión esté muy alejada de nosotros. El silencio de la “pradera”, del que me hablaste, entrará en nosotros, y seremos uno para la eternidad. ¿No quieres dormir un poco, Carma?

—¿Cómo podría dormir, Alonso, ahora que tenemos las horas contadas? ¿Ahora que siento tu amor? ¿Y que el amor está en mí? ¿Necesito ahora dormir todavía? Seguiremos despiertos, Alonso, y te mostraré cuánto te amo. En eso está mi amor, no lloraré por los dolores, Alonso. Es en eso, alma mía, en lo que te amo. Veo en tus ojos, Alonso, que eres mío. Mostraremos a Dios que merecemos que se nos conceda amar. Moriremos por Dios. Queremos merecer que se nos conceda recibir este amor. Soy tu mujer, Alonso, ¿no es así?

La apretaba con cada vez más fuerza contra mi corazón, porque la amaba espiritualmente.

—¿Es este amor de la tierra, Carma? ¿Es posible que las personas terrenales amen así? ¿Es posible entonces que aún haya palabras duras? Claro que no. Ves mi amor en todo, hasta en mi profunda vida inconsciente, me sentirás y aceptarás en aquello que yo mismo aún desconozco. ¿No son nuestras almas del todo una, Carma?

—Este amor no es de la tierra, Alonso. ¿No estás preparado? ¿Quién recibe preparación? ¿No es esa una gracia? ¿No estuvo contigo el forastero? ¿Y tu padre? Este amor, mi querido Alonso, es lo más sagrado de todo lo que las personas pueden recibir: es celestial. Porta y sirve y se inclina ante todo lo que

vive. Este amor es inmaculado, Alonso. ¿No querrías morir por él? Este es el fuego que me consume, como no lo puede hacer el fuego material que destruirá nuestros cuerpos. No sentiré dolor, Alonso, mi amor lo domina todo. Ahora estoy preparada. Oh, Alonso mío, noto que ves, tus ojos están lejos. Sigue viendo, Alonso, el forastero nos ayudará y te mostrará cosas hermosas. Dime lo que ves, Alonso. ¿A dónde iremos? Te ha entrado luz en los ojos. Esa luz no es de esta tierra.

—Estoy empezando a sentirme tan de otra manera, Carma, me está entrando silencio.

No dijimos nada durante un tiempo, hasta que llegó el alba y empezó a salir el sol.

—Mi niña, mi alma, eres parte de mí mismo. Cómo agradecerse a Dios. Si todo lo que he recibido es cierto, amada Carma, entonces planearemos luego por el espacio, un espacio que nos pertenece, que es nuestra propia casa. Entonces veremos en otras vidas, porque él me habló de muchas vidas que cada alma tiene que experimentar. Ya no quiero volver a la tierra, Carma, hay una fuerza en mí que me dice que allí seguiremos avanzando. No recibiré otro organismo. Tú tampoco, allí seguiremos juntos. Cuanto más se acerca la hora de nuestra muerte, más sagrado se hace el silencio y nuestro ser uno.

—Somos del todo uno, Alonso. Dices lo que siento, porque está en mí. Yo tampoco quiero vivir más, Alonso, no quiero seguir aquí, porque es en ese lugar de allí donde vive mi felicidad, la verdadera y real. ¿No es imponente, Alonso?

—Es, alma mía, como si estuviera adquiriendo conciencia, como si ese amor estuviera emergiendo desde mi interior. Es como si te conociera desde hace siglos. Así de claros son estos sentimientos, Carma. Creo que te conocí antes, porque esto no puede ser de otra manera, en eso siento y veo. Ahora sí podría componer versos, Carma. Los que hacía antes eran superficiales, carecían de sentimientos, yo mismo no estaba despierto. Oh, mi alma, cómo siento ahora la vida. Qué profunda es. Qué poderoso es este amor. Cuando se es del todo uno, Carma, dos almas son ellas mismas, como dos flores de igual color, sintiéndose en todo.

Ahora veo la vida como es, Carma. ¿Es porque aquí se acerca nuestro final? ¿O es porque ahora somos conscientes en el amor? Mira a todas esas personas, Carma. Son muertos en vida y tienen miedo. Están rotas. Sus almas se durmieron. Oh, si solo este hermoso mundo real pudiera continuar así. Este miedo de ellos y nuestro amor nos brindarán la plena conciencia. Es esto, Carma, lo que quiso Dios para que todos Sus hijos despertaran. Te amo, Carma, quiero morir contigo, pero viviremos.

—Sigue hablando, Alonso, me haces muy feliz. Oh, Alonso, ¿no es sagrada esta noche? Qué noche, qué mañana.

—El día es para nosotros, Carma, ahora seguirá siendo de día eternamente. Habremos vencido entonces las tinieblas.

Estás cansada, mi niña, pero qué hermosa eres. Cuánto amor irradia tu alma, Carma. Qué grande eres, querida mía. ¿Podré compensarte alguna vez todo esto? Más adelante te daré las pruebas de mi amor; te amo con mi alma. Allí poseeremos una nueva vestimenta, que emitirá nuestra propia luz. Morimos por Dios y por su Hijo Santo. Dios nos dará fuerzas, Carma. Estamos preparados, ¿no es así? (—pregunté).

Fueron acercándose extraños gritos, pero de miedo, cada vez más cerca. Se abrieron las puertas y nos llamaron por nuestros nombres. Tomé la delicada mano de Carma en la mía, y estábamos preparados.

Le acariciaba con la otra mano y ella lo comprendía todo. Cada leve presión la sentía y la comprendía; descendía en ella un tesoro de amor y después me reenviaba todo el amor suyo. Ya lo habíamos dicho todo.

Moriríamos doce a la vez. La única mujer era Carma. Todos los demás éramos hombres, en su mayoría bastante mayores. Nosotros dos éramos los más jóvenes de todos. Cuatro hombres robustos se derrumbaron, quedándose en el suelo como muertos. Poco después, uno de ellos se volvió a despertar, pero sus piernas temblorosas apenas lo sostenían. Ahora tenía que experimentar de manera consciente el proceso de morir; los otros fueron arrastrados al exterior, donde quizá podrían conservar su bendito desvanecimiento para no tener que sentir las llamas.

Le susurré a Carma:

—Alma querida, ¿no podría significar eso una gracia de Dios? Ya lo ves, están inconscientes. Mira, Carma. Los otros están recuperando la conciencia, pero ese hombre mayor de allí, con su pelo níveo, sigue inconsciente. Ya murió, Carma, mira ese color cadavérico. Su mirada ya se quebró. ¿No es esa una gracia? ¿No vela Dios por Sus hijos? ¿No vemos en eso la mano de Dios? Dios interviene en el último momento de todos. Oh, Carma, le deseo esa gracia, pero yo quiero seguir despierto. Solo ahora, alma querida, siento los empujes de Dios, ese Dios incomprensible, y aun así, qué claro es este desvanecer y qué poderosa es la mano de Dios.

Mira, mi alma, está muerto. Él ya está adonde vamos nosotros. ¿No es un milagro? Se nos ha concedido experimentar un gran milagro, Carma. Ese es Dios, nuestro Dios Todopoderoso, que nos ha dado este amor, nuestro sagrado amor. Vamos a Dios, querida Carma, a Él, el Dios de todo lo que vive.

Mira allí, Carma, él también ya es un hombre mayor, es como si por la frente le saliera luz. Qué sintonización tan elevada tiene esta figura. ¿De dónde viene esa luz? ¿Ves esa luz, Carma?

—La veo, Alonso, oh, es sagrada. Dios no quiere que Su hijo vaya envuelto en tinieblas. De ese otro allí, Alonso, no se debe mofar nadie. ¿Y nosotros,

delicia de mi vida? Nosotros tenemos que mostrar que somos hijos de Dios, y estamos preparados, ¿no es así, Alonso?

—¿No quisieras cambiar de papeles, Carma?

—No, alma querida, mil veces no, quiero seguir consciente.

—Dios nos da una carga y se lo agradecemos. Quien posea fuerza, querida Carma, tendrá que cargar, los demás no están preparados. Mira, mi ángel querido, allá puedes ver nuestro lecho de muerte.

De nuevo hubo varios que perdieron el sentido, pero estos pronto recuperaron la conciencia. A los demás los subieron a rastras y les dieron su sitio en la hoguera. También nosotros nos fuimos acercando. Los verdugos estaban listos y enseguida prenderían el fuego. Ni siquiera oíamos los abucheos del gentío.

A nuestro lado oímos que se dijo: “Mira a esos. Parece que van a casarse. Esos dos. Mira allí. Allí, esos dos. No tienen miedo. Aman”.

Apreté la mano de Carma más fuerte y me comprendió. Entonces fuimos subiendo por la escalera. Los demás nos siguieron, arriba ya había siete, tres estaban inconscientes. El hombre mayor había muerto. Aun así, los demás recuperaron la conciencia. Ahora tenían que vivir este infierno.

En el medio habían colocado una columna y allí nos habíamos sentado. Apreté a Carma contra mi corazón. Por última vez volvimos a mirar a la gente que quería presenciar este juego de vida y muerte. Entonces nos despedimos para siempre, de ellos y de la tierra. La apreté aún más fuerte contra mi pecho y la miré en sus hermosos ojos.

—Así moriremos, Carma, moriremos por Dios y por nuestro amor.

Los verdugos habían recibido la señal y una densa nube de humo iba elevándose; la sentencia estaba siendo ejecutada. Todos sentimos el calor. Al poco tiempo fueron ascendiendo las llamas, pero aún no nos habían alcanzado. Mi alma —yo mismo— hizo la transición a Carma y nos sentimos por completo uno. Fui “adentro” en su profunda vida llena de amor; ahora estábamos conectados y nos quedamos esperando. Venían acercándose las llamas. El acontecimiento solo sucedía para nosotros, no oíamos nada de las lamentaciones de los demás.

Dije en voz alta a Carma:

—Sigue sintiéndome, Carma, quédate dentro de mí, somos del todo uno. No te vayas de mí. Yo también seguiré en tu interior.

Las llamas no paraban de subir y ya nos habían alcanzado. El fuego ya nos estaba quemando las piernas, porque sentía cómo se me abrasaba la carne.

—Sigue en mí, querida Carma, “dentro” de mí te puedo ayudar y somos uno.

Sentía sus dolores, y ella los míos. La gran hoguera iba elevándose.

Entonces me gritó:

—Alonso, oh, mi querido Alonso, cómo te amo. No hay palabras para expresar cuánto te amo, solo los Dioses pueden amar así. Veo, mi amado Alonso, veo, me estoy haciendo clarividente. Empiezo a ver. Empiezo a ver, mi Alonso; empiezo a ver ahora que las llamas están desgarrándome la carne. Veo en otro mundo, Alonso. Nos veo a los dos. Oh, Dios mío, qué grande es esta gracia. ¡Alonso! Alonso, mi amor eterno. ¿Me oyes? ¿Me ves, Alonso? Alonso, te quiero. Se me está yendo esta vida, estoy haciendo la transición a otra. Te estás yendo, Alonso, te estás yendo, mi amor. Me está entrando otra vida y aun así soy una contigo. Ambos seres me pertenecen. Soy otra persona, Alonso. Soy otra, y esa otra es ahora consciente en mí. Yo misma hago la transición a ella. ¿Lo sientes, Alonso? ¿Ves y comprendes todo?

—Sí, querida Carma. Yo también estoy haciendo la transición en otra vida. Te veo, mi alma, te veo. Estoy contigo, Carma. Nos veo a los dos en otra vida. ¿Sientes las llamas, Carma? ¿Sientes mi amor? ¿Sientes que nuestro amor lo domina todo? ¿Sientes cómo te amo? Que ardan las llamas, oh, que ardan. Dios mío, queremos ver aún más, queremos seguir conscientes. Deja que nuestros cuerpos se quemen, pero que no perdamos la conciencia. Ahora vemos en otras vidas. Oh, mi alma, estamos adquiriendo conciencia de nuestra vida anterior, ya se nos concede saber que seguiremos viviendo eternamente. Las llamas solo nos pueden aportar más amor y brindar más conciencia. Las llamas, querida Carma, nos dan esta visión. Te beso, mi alma, te abrazo, porque mi cuerpo está desgarrándose, mis labios están estallando y tu hermosa vestimenta material está quemándose. Pero mi amor es fuerte, amada Carma, es consciente y te pertenece (—dije).

Sentíamos cómo se nos iban las fuerzas. Después volvió la imagen y adquirí conciencia de otra vida. Era como si se levantara un velo y yo pudiera percibir. Carma también empezó a ver y me siguió. Éramos profundamente uno y seguimos siéndolo. Vi un precioso paisaje, por donde íbamos paseando. Y con nosotros, más personas. Esa era la “pradera”, y éramos muy felices.

—Nos veo a los dos, Carma.

—Yo también te veo, mi querido Alonso. Te conozco. Te llamo por el nombre que llevabas entonces. Oh, mi Venry, mi querido Venry, Alonso y Venry son uno. ¿Lo oyes, Alonso? Eres mi Venry, mi Venry, mi maestro (—dijo).

Las fuerzas fueron disminuyendo cada vez más, y a más horrible que se hacía, más nítido veíamos. Vi mi alma, nos vi a los dos y dije en voz alta a Carma:

—Mi alma, mi Lyra, alma de mi alma, somos uno. Seré fuerte, Lyra. Pero quiero seguir consciente. Oh, Dios mío, déjanos ver. Déjanos seguir conscientes.

Mi Lyra, ay, mi Lyra. Mira allí: la “pradera”. Ahora volvemos a ser con-

cientos. Es donde éramos del todo uno y ahora regresamos allí. La “pradera”, querida Lyra. Mírala allí: la “pradera”.

—Oh, Dios, déjanos ver.

—Sigue en mí, Lyra, querida Lyra, seguiremos conscientes hasta el último momento de todos. ¿Lo sabes todo, Lyra?

—Todo, todo, Venry ... Todo, t...o...d...o ... ¡Venry!

—Mi querida alma, sigue consciente, oh, sigue consciente.

—Dios mío, déjanos vivirlo todo.

Los ojos de Carma ya estaban abrasados y no me podían ver más. Me percibía espiritualmente, porque éramos uno. Lyra estaba alzando los ojos, Carma moriría. Lyra estaba despertando y seguía alerta. Me veía con sus ojos espirituales. Éramos uno en el espíritu. Aún quería hablar su boca, su boca terrenal, y todavía oí:

—¿Alonso? V...e...n...r...y... A...l...o...n...S...o...m...i...V...i...” Carma había muerto en la tierra.

De pronto oí que alguien exclamaba mi nombre, tal como había vaticinado el forastero.

Oí:

—¿A...L...O...N...S...O...? ¿Me oyes? Estoy aquí, estoy esperando a los dos. A ti, mi querido Venry, y a tu querida Lyra, tu alma, tu amor eterno.

Ya teníamos que haber muerto en la tierra, pero aun así seguíamos conscientes.

—Mira, mi alma, nuestro líder espiritual del pasado —dije a Lyra.

En el mismo instante, sin embargo, salimos de nuestros cuerpos materiales carbonizados y entramos en la vida que dura eternamente. Fuimos “adentro” y habíamos muerto en la tierra. Estaba manteniendo a Lyra entre mis brazos en la otra vida. Éramos uno y seguíamos siendo uno. Le di un intenso beso en los labios.

—Mi querido Venry, solo ahora nos hemos enmendado. ¡Estoy tan agradecida a Dios!

Entonces miramos a quienes habían muerto junto a nosotros. Algunos estaban siendo recogidos por sus seres queridos, otros se disolvían ante nuestros ojos: comprendimos a dónde iban. Estos recibirían un nuevo organismo. Fuimos elevándonos cada vez más y entonces estuvimos planeando por encima de la hoguera. Poco a poco fuimos dejando atrás la tierra. De pronto vimos una poderosa luz que se nos acercaba.

—¿Ves esa luz, Lyra?

—Sí, Venry, se nos está acercando. Cuanto más cerca, más poderosa se hace.

—Es un ángel, Lyra. Pero un ángel como un hombre, como nosotros. Ya veo una figura. Dios mío, Lyra, ¿quién es? ¿Puedes sentirlo?

—Me está entrando serenidad, Venry, luz y calor.

—Cielos, ¿quién es usted? ¿Quién es usted? —exclamamos a la vez. Apreté a Lyra contra mi corazón y nos quedamos esperando.

Después oímos que se dijo:

—¿Alonso? ¿Mi querido Alonso? Mis hijos, mi Venry, mi Lyra.

Nos arrodillamos e inclinamos la cabeza, pero oímos que se nos dijo:

—Venry, mi querido Venry, Lyra, mi amada Lyra. Vengo a recogerlos y les doy la eterna bienvenida en la casa de mi Padre. Hijos de Isis, mírenme. ¿Son conscientes? ¿Despertó Isis en ustedes?

—Sí, maestro, todo es consciente en nosotros.

—Acérquense a mi corazón, hijos míos. Mi querido Venry, mi querida Lyra. Dejen que mis lágrimas de felicidad hagan olvidar sus dolores y pena. ¿Saben que esto era necesario?

—Sí, maestro, y sentimos una muy profunda gratitud hacia Dios. ¿Se nos concede saber quién es usted?

—Soy tu padre, tu padre que te quiere, querido Venry, uno de tus numerosos padres. Pero nuestro vínculo tiene un significado. Dios quiso que completáramos una tarea determinada. No estaba permitido que lo supieras en Isis, porque entonces los maestros habrían podido seguirte. En esa vida no se me concedía despertar este pasado en ti. Hace muchos siglos éramos uno, querido Venry, juntos sufrimos mucho y eso nos juntó. Los Dioses han querido que me siguieras, y ahora ese trabajo está hecho. Todo lo demás lo sabes. Lyra es tu alma gemela. Continuarán juntos, para la eternidad. Vamos, síganme, queridos hijos. Tengo que mostrar algo.

Fuimos planeando hasta Egipto y vimos que había nacido un nuevo Templo de Isis. En el Templo reinaba el amor.

—Lo que percibes, querido Venry, ya es parte del pasado. Ese Templo también fue destruido. Ahora te conectaré con este tiempo y entonces podrás percibirlo todo.

—¿Cómo se hace eso, Padre?

—Siento, querido Venry, lo que sientes tú, también lo que le pasa a Lyra. ¿Creían, querido Venry y querida Lyra, que lo que haya nacido en amor puede ser destruido?

—Pero ¿dónde está nuestra sabiduría, Padre?

—¿Te olvidaste de Dectar?

—Dios santo, Padre: ¿dónde está Dectar?

—Dectar volvió a nacer, querido Venry, y llevará los tesoros del Templo de Isis a la tierra. Sé, querido Venry y querida Lyra, que así sucederá. Pero de eso luego más, cuando estén conmigo.

Ahora voy a mi esfera, hijos, allí volveremos a vernos. Venry ya vive de nuevo en todos sus dones y fuerzas, y convencerá a un solo ser humano del Dios

verdadero. En un tiempo vendrán a mí, somos hermanos y hermanas. Ahora todo ya pasó, todo ha sido enmendado y todos le estamos muy agradecidos a Dios. Vamos, hijos, nos vamos a la “pradera”, allí hay otros esperando. Aquí ya iré por mi propio camino. Volveremos a vernos, hijos, saben dónde vivo y los recibiré en amor, y conmigo miles más. Adiós, Venry, adiós querida Lyra.

Volvimos a la “pradera”. Alonso padre me esperaba, y junto a él estaba mi hermano Geraldo, junto a otras muchas, muchísimas personas. Ya las quería a todas y eran uno con nosotros. Entonces se nos acercó un ángel y junto a esta aparición vimos a un pequeño niño de las esferas. Lyra apretaba a su propio hijo contra su corazón.

—¡Oh Dios —exclamó—, qué grande es Su amor!

Puso su niño en mis brazos y dijo:

—Nuestro hijo, querido Venry, es nuestro hijo de las esferas.

Entonces vinieron a recoger al niño y se lo llevaron a su propio cielo. Ambos nos arrodillamos en la “pradera” y dimos gracias a Dios por todo.

—Qué grande es ahora nuestra felicidad, querida Lyra. Eres mi Lyra y mi Carma, quiero a las dos. Sigues siendo para mí la valiente Carma, mi Carma llena de amor, pero Lyra y Carma son una y lo seguirán siendo para la eternidad.

Entonces volvimos a la tierra. Allí me esperaba una tarea: esta gran gracia también la hemos recibido de nuestro Dios, Nuestro Padre de Amor. Me sentía consciente de mis dones.

No tardamos en llegar a la tierra y entramos a la habitación de Joan. Lo desperté. Después hice más denso mi cuerpo espiritual y me vio mi querido amigo, que exclamó:

—Alonso, oh, amigo mío, se me rompe el corazón. Pero ¿me merezco que vengas a verme? ¿Cómo le puede parecer bien eso a Dios?

—¿Me reconoces, Joan? ¿Sabías que me quemaron vivo? Pero, querido amigo, así es como he llegado a conocer al Dios de “Amor”.

—Ay, Alonso, lo sé, fuiste tan valiente, igual que ella: el ángel que estaba contigo. ¿Te llegó desde el cielo? Dicen que existe el amor “inmaculado”. Los verdugos lloraron como niños, Alonso, y la gente rezó. Te han declarado santo, y a ella santa. Créeme, mi querido y estimado amigo, fue sagrado, sagrado. Muchos despertaron gracias a ti y a ella, por ambos. ¿Y ahora vienes a verme para decirme que vives? Enmendaré todo, todo, todo, querido amigo mío.

—Díselo a los demás, Joan. Y prepárate, tu vida allí es breve. Has de sentir gratitud por esta enorme gracia, Joan (—dije).

Entonces me disolví para él y vimos lo que hizo. Los demás no me interesaban, pero Joan era mi hermano gemelo, era a él a quien se me concedía convencer.

—Ven, mi alma, querida Lyra, ¿nos vamos a descansar un poco? ¿Iremos a visitar ahora nuestra morada espiritual y celestial? ¿Queremos ver cómo es nuestro Templo?

Tomados de las manos fuimos planeando hacia nuestro eterno descanso, a nuestra morada espiritual, construida por nosotros dos. De camino hacia allá nos esperaba otra felicidad.

—Madre, mi querido y buen Ardaty. Pero ¿cómo se lo podemos agradecer a Dios?

Juntos seguimos adelante y de este lado entramos a la tercera esfera: un cielo de una belleza sin precedentes. Encontramos nuestra morada espiritual, que ya estaba lista. Nuestra casa estaba decorada con flores, los pájaros vinieron volando hacia nosotros mientras cantaban su canción de bienvenida. Fuimos “adentro” y comprendimos, sentimos, estábamos agradecidos, muy, muy agradecidos. Después nos postramos y rezamos. “Oh, Dios mío, qué grande eres, qué bueno eres. ¿Cómo podemos darte las gracias? ¿Te conocen? Padre, Padre nuestro que estás en los Cielos, te damos las gracias.

Hombres de la tierra: vean su único Dios, que no es más que ‘Amor’. Nosotros vamos a seguir, siempre más lejos y más alto, porque nos están esperando otros planetas. Volvemos a Dios, hemos llegado a conocer ‘Su Sagrada Vida’. El ‘amor’ está en nosotros.

Tú, hombre de la tierra, ¿puedes aceptar a este Dios de ‘Amor’?”.

Fin